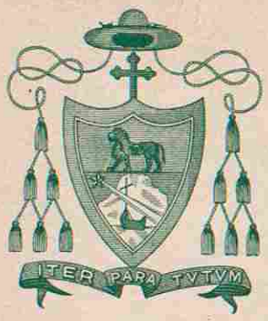
7
93

TESORO
DEGLI ORATORI
SAGRADI
XVIII

TESORO
DEL BIANO
DEL
MINISTERIO
DE
MARIA SS.

BV4217
T4
v.18
1871-93

008548



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

TESORO MARIANO.

De esta obra se han publicado los tomos siguientes:

Tomo I: 31 discursos;

EL JARDIN MARIANO,

Ó SEA:

La Santísima Vírgen simbolizada por las flores.

Consta de 286 páginas, en 8.° mayor: su precio 9 reales vn. en rústica y 14 en pasta.

Tomo II: 31 discursos;

LA VÍRGEN DE NAZARETH,

contemplada en los principales pasos de su vida, durante el mes de Mayo.

Consta de 272 páginas: su precio 9 rs. vn. en rústica, y 14 en pasta.

Tomo III: 31 discursos:

LA VERDADERA DEVOCION Á LA SANTÍSIMA VÍRGEN,

Ó SEA:

Discursos morales, en los cuales, con el ejemplo de la Madre de Dios, se nos enseña lo que hemos de practicar para poder llamarnos verdaderos devotos de María: discursos propios para el mes de Mayo. Pueden tambien servir para Adviento, Cuaresma, Novenarios, etc.

Consta de 446 páginas: su precio 13 rs. vn. en rústica y 18 en pasta.

Tomo IV:

NOVENARIOS PARA LAS PRINCIPALES FESTIVIDADES DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN, Y SEPTENARIOS DE LOS DOLORES.

Discursos que pueden además servir para el Mes de Mayo y Panegíricos.

Consta de 508 páginas: su precio 14 rs. vn. en rústica y 19 rs. vn. en pasta.

Tomo V: 31 discursos:

LAS VIRTUDES DE MARÍA SANTÍSIMA.

Discursos propios para el mes de Mayo, Triduos y Novenarios.

Consta de 260 páginas: su precio 9 rs. vn. en rústica y 14 rs. vn. en pasta.

Estos tomos del Tesoro Mariano (2.ª parte de la **Oratoria Sagrada**, ó sea: **Biblioteca selecta de Predicadores**), y los que seguirán, se podrán adquirir por tomos sueltos indistintamente, puesto que cada tomo, ó á lo más dos, forma un tratado completo independiente de los demás tomos.

TESORO

DE

ORATORIA SAGRADA.

TOMO XVIII.

SEGUNDA PARTE.

TESORO MARIANO

TOMO VI.

PANEGÍRICOS

SOBRE LOS

MISTERIOS

DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,
Ó SEA:
BIBLIOTECA SELECTA
DE
PREDICADORES;

COLECCION ESCOGIDA

de Sermones, Pláticas y otros Discursos sagrados sacados de los más sobresalientes autores nacionales y extranjeros, en especial modernos;

CONSIDERABLEMENTE

ampliada con gran copia de trabajos originales, Sermones, Planes de sermon, Divisiones, Pasajes, Figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres.

2.ª EDICION

CORREGIDA, ORDENADA Y COMPLETADA,

POR UNA SOCIEDAD DE ECLESIÁSTICOS,

bajo la direccion

del R. P. Ramon Buldú,

Provincial franciscano.

PRIMERA PARTE.

Comede volumen istud, et [illegible]
quere ad filios Israel. [Ez[illegible]

SEGUNDA PARTE.

Tomo VI.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA:
PONS Y C.ª EDITORES, CALLE DE PETRITXOL, NÚM. 9.

1884.

Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
45179
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

BV4217
T4
V. 18
1871-93

LOS EDITORES SE RESERVAN LA PROPIEDAD DE ESTA OBRA
CON ARREGLO Á LA LEY.

Imprenta de Luis Tasso, calle del Arco del Teatro, núms. 21 y 23.

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA,
Ó SEA:
BIBLIOTECA SELECTA
DE
PREDICADORES.

SEGUNDA PARTE.

TESORO MARIANO,

ó sea:

Panegíricos de la Santísima Virgen, relativos á todos los **Misterios,** sus **Virtudes,** los **Hechos** todos de su Vida, y á los principales títulos y advocaciones, con que la honran los fieles;

DIRIGIDA, COLECCIONADA Y COMPLETADA

POR EL

R. P. Ramon Buldú,
Provincial franciscano.

TOMO VI.

PANEGÍRICOS
SOBRE LOS
MISTERIOS
DE
MARÍA SANTÍSIMA;

QUE PUEDEN TAMBIEN SERVIR PARA EL MES DE MAYO.

CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA:
PONS Y C.ª EDITORES, CALLE DE PETRITXOL, NÚM. 9.

1884.

008348

PROFECÍAS DE LA BIBLIA RELATIVAS A MARÍA.

DISCURSO I.

Memoria mea in generationes sæculorum.
Se hará memoria de mí en toda la serie de los siglos.
(Eccli. XXIV, v. 28.)

Dos mil años hace, que no ha cesado el universo católico de pregonar las grandezas de María. Su memoria, siempre viva en el agradecimiento y en el amor de los hijos de la gracia, no se debilitará jamás; y cuando hayan transcurrido los siglos como un rio seco, el nombre de nuestra divina Madre vivirá todavía más plenamente en el seno de la eternidad inmutable y permanente.

Mas el culto de la Vírgen Santísima no abraza solamente los tiempos trascurridos desde su paso por este mundo, de cuya salvacion fué el instrumento dándonos al Hombre Dios: podemos afirmar sin recelo, que los justos de la ley natural y de la ley escrita mitigaron su destierro fijando sus proféticas miradas sobre el destino de la Madre del Mesías, que llena los siglos de la promesa, así como es la gloria de los siglos cristianos; y entónces viene á ser evidente la verdad de estas palabras: *Memoria mea in generationes sæculorum.*

Hoy voy á probar, hermanos mios, que la Biblia encierra una porcion de profecías, cuyo objeto principal es la Vírgen purísima; y haceros comprender, como el dogma de su milagrosa maternidad alivió las esperanzas de los justos que vivieron en los siglos preparativos del Evangelio; y como los santos patriarcas, que cumplido su destierro fueron á aguardar el día de su redencion en el seno de Abrahán, refrigeraron su alma con las esperanzas en la promesa del Mesías. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

La dicha de nuestros primeros padres en el Jardin de las delicias no fué más que una rápida parada entre su vocacion y su caida. Ven-

cidos por el envidioso arcángel, debieron tener atormentada su alma de una desesperacion infinita, y nunca nos podremos formar una idea del terror que se siguió á su prevaricacion, y fué el primer castigo de su caida vergonzosa. La serpiente tentadora debió figurarse despues de su victoria, que había destruido para siempre el plan divino de la apotéosis del humano linaje por la encarnacion del Verbo. El crímen de nuestros primeros padres acababa de hundir á la especie humana en un degradacion universal: toda ella estaba manchada; y ¿cómo de un tronco marchito había de salir el Mesías? ¿Cómo se le habia de hacer producir la Mujer por excelencia, la Vírgen sin mancha, la divina Eva, la gloriosa reparadora de las humillaciones de nuestra madre segun la carne? Consolémonos, hermanos mios: Satanás será sepultado en su triunfo, y hallará un escollo en sus propias redes, y un naufragio eterno donde había esperado alcanzar una victoria insolente. María será Madre del Verbo encarnado, Madre del Redentor, la fianza y la víctima de la humanidad degradada, ántes de ser el glorificador y reparador del hombre caido. El Calvario permitirá que la justicia y la misericordia divina se dén en la cruz el ósculo de una reconciliacion eterna. La Vírgen inmaculada saldrá de un tronco seco y marchito; pero, desde el primer instante de su formacion en el seno materno la cubrirá la gracia de su Hijo y su Dios; y siendo hija de aquella Eva que nos perdió, será prometida á la tierra como su más cara esperanza. Recojamos las primeras palabras que nos ha transmitido el libro de la revelacion para gloria de la nueva Eva, de la madre inmortal del nuevo Adán. Una mujer, dice Dios al arcángel caido, quebrantará tu cabeza: *Ipsa conteret caput tuum* (1). La Iglesia, que no admite otra version canónica de la Biblia más que la Vulgata, ha mirado siempre estas palabras sublimes como el anuncio profético de la victoria que debía alcanzar María sobre la antigua serpiente; y la tradicion entera al comentarlas, ha hallado siempre en ellas los primeros rayos del destino de la Madre de Cristo.

Ahí pues, tenemos, mis amados hermanos, la promesa de la Vírgen Santísima para colmar las esperanzas de la humanidad desde los primeros dias del mundo. Y cuando añade el Espíritu Santo: Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, es evidente para la conciencia, que quiso manifestarnos que, segun el plan concertado en los consejos eternos, el espíritu más soberbio sería vencido por la mujer más humilde. Estas palabras son un oráculo profético del poder de María

(1) Gen. III, v. 15.

sobre las legiones infernales; y si lo consideramos de cerca, quedaremos convencidos, de que la Sabiduría divina, publicando desde el orígen de los tiempos el ódio profundo, eterno y terrible que debe existir entre la Vírgen por excelencia y la antigua serpiente, nos deja vislumbrar la inmortal prerogativa, en cuya virtud se librará María del anatema que condenaba todas las generaciones á una mancha original. Bendigamos, hermanos mios, las misericordias infinitas del Dios de todo consuelo, al ver reanimar con su inefable clemencia aquellos dos grandes reos que Lucifér ha puesto debajo de sus piés, lisonjeándose de haber destruido sus esperanzas. Saludemos á María en las auroras de los tiempos, y asociémonos al amor de esta divina Madre, de que debió penetrarse el corazon de nuestros primeros padres durante el largo luto de su penitencia.

Ahora meditemos las palabras de esperanza que derramaba Dios en el corazon de Abrahán, Isaac y Jacob, á fin de hacer siempre más vivas para ellos y su posteridad las promesas que miraban al Mesías; promesas que llenaron los tiempos antidiluvianos, y que transmitió Noé como una herencia á sus tres hijos. En una de aquellas noches tan serenas y apacibles del hermoso clima de la Caldea, tomando Dios de la mano á su siervo Abrahán, le llevó en medio de una espaciosa llanura, y le dijo: «Levanta la cabeza y cuenta si puedes las estrellas: tu posteridad será más numerosa que los astros del firmamento, y todas las tribus de la tierra serán benditas en el que saldrá de tí (1).» El Hombre Dios y la Mujer divina habian sido predichos á nuestros primeros padres; pero ¿de qué familia nacerá el Mesías? Dios se lo manifiesta á su siervo Abrahán, y este gran patriarca recibe de la boca misma del Altísimo la solemne promesa que la Madre del Mesías saldrá de su descendencia. Observemos, hermanos mios, que estas inmortales palabras no tienen aplicacion positiva y directa más que al divino Hijo de María. En efecto; Abrahán fué padre de una posteridad, que en cuatro mil años no ha podido desaparecer del mundo. Los judíos, esparcidos por toda la tierra descienden de Abrahán, y ellos solos en medio de todos los pueblos vivientes pueden encontrar el rastro de su orígen, que sube más allá de todos los imperios conocidos. Mas, entre los hijos de Abrahán, ¿quién es el que debe echar sobre el género humano la bendicion prometida al santo patriarca? San Pablo tiene cuidado de advertirnos, que no dice Dios á Abrahán: Todas las tribus de la tierra serán ben-

(1) Gen. XV, v. 5.

ditas en los que salgan de tí, sinó en el que salga de tí: *Non in seminibus, sed in semine* (1). Luego, solo de uno de los hijos de Abrahán debe provenir esta bendicion universal. Así la nacion judía, considerada sobre todo de diez y ocho siglos acá, léjos de ser la bendicion y gloria del mundo, es, por el contrario, la ignominia, y la plaga de él. Pues si no hubiese venido el Mesías, ni salido de la descendencia de Abrahán, ni derramado las bendiciones de su gracia y su Evangelio sobre el universo, habría que decir, que léjos de haber cumplido Dios las promesas hechas á Abrahán, había marcado la memoria del santo patriarca con una especie de ignominia é infamia cuando desechó á los hijos carnales de tan gran varon. A medida que trascurren los siglos, derrama más vivos resplandores la luz de tan gran promesa. Los profetas del Dios de Israel no se limitan ya al hecho de la venida futura del Mesías, sinó que describen todas las circunstancias, y forman la historia más especificada de él; y parece que su amor descansa con inefables transportes de júbilo en las glorias de la Vírgen que debe dar á luz un Dios.

Oigamos á David, descendiente de la tribu de Judá, á este sublime pastor, que llegó á ser el rey de la nacion heredera de las promesas, y está destinado á ser abuelo de la Madre de Cristo. «La principal gloria de la hija del rey está en su interior (2).» «Escucha hija, y mira é inclina tu oido, y olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y el rey se enamorará de tu beldad (3).» «El Señor ha consagrado su tabernáculo (4).» «El que me crió ha descansado en mi seno (5).» «La reina se sentó á tu derecha con vestido bordado de oro, y engalanada con varios adornos (6).» «Serán presentadas al rey las vírgenes que han de formar el séquito de ella: ante tu presencia serán traidas sus compañeras (7).» En las palabras que acabamos de citar, así como en otros cien pasajes de los himnos sagrados de David, ha descubierto siempre la Iglesia por sus doctores, teólogos y predicadores, una série de oráculos proféticos sobre el destino de la Madre de Cristo.

Salomon llenó los libros que le dictó el Espíritu Santo, de las prerogativas y alabanzas de la Vírgen Santísima; y la liturgia romana,

(1) Gal. III, v. 16.
(2) Psalm. XLIV, v. 14.
(3) Psalm. XLIV, v. 12.
(4) Psalm. XLI, v. 5.
(5) Eccles. XXIV, v. 12.
(6) Psalm. XLIV, v. 10.
(7) Psalm. XLIV, v 14.

que debe ser la de todo el universo católico, ha tomado sin cesar de las sublimes páginas del rey más sabio la apología de las grandezas de nuestra Señora. «Desde el principio de sus caminos me poseyó», exclama la Vírgen por boca de Salomon. «Desde la eternidad tengo yo el principado (1).» Aún no existian los abismos, ya era yo concebida. Yo soy la Madre del amor hermoso. Yo he hecho penetrar las raices de mi gloria hasta las entrañas de los pueblos. Yo he crecido como el plátano (2). «A la manera que el lirio entre las espinas, así mi amiga entre las doncellas (3).» «Eres toda hermosa, amiga mia, y no hay mancha en tí (4).» «¿Quién es esa que se adelanta como la aurora al salir, hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército formado en órden de batalla (5)?» «Mi hermana es un huerto cerrado, fuente sellada. Vén del Líbano, esposa mia, vén del Líbano, vén, y serás coronada (6).» «¿Quién es esa que sube del desierto inundada de delicias, apoyada en su amado? Parécese al humo del incienso y de la mirra (7).

Oigamos á Isaías. «No están lejanos los tiempos, exclama el hijo de Amós: hé aquí que una Vírgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel (8).» La virginidad inmaculada de María, su divina fecundidad, el abatimiento del Verbo y las grandezas de su Madre se recapitulan en estas palabras sublimes: hé aquí que una Vírgen concebirá y parirá un hijo. «Y saldrá un renuevo del tronco de Jessé, y de su raíz se elevará una flor (9).» Este renuevo es la Vírgen sin mancha: esta flor es el Verbo encarnado: así lo han entendido todos los comentadores católicos. Y ¿era posible expresar el glorioso privilegio de la maternidad divina por medio de una imágen más bella? «Lluevan las nubes el justo, continúa Isaías: ábrase la tierra y brote el Salvador (10).» Estas dos brillantes imágenes poéticas junto con la que hemos citado ántes, son la explicacion más magnífica de la gran profecía de Isaías: hé aquí que una Vírgen concebirá y parirá. El seno de María es un renuevo siempre verde, que dá

(1) Prov. VIII, v. 22.
(2) Prov. XXIV, v. 19.
(3) Cant. II, v. 2.
(4) Cant. IV, v. 7.
(5) Cant. VI, v. 9.
(6) Cant. IV, v. 8.
(7) Cant. VIII, v. 5.
(8) Isai. VII, v. 14.
(9) Isai. XI, v. 1.
(10) Isai. XLV, v. 8.

la preciosa flor de la gracia y la salvacion: es un cielo que derrama un rocío divino: es una tierra que ha producido el fruto de vida; mas el renuevo que crece en su raíz, la flor que se abre, el rocío que cae del cielo, y la planta que sale del seno de la tierra, son las imágenes más puras y verdaderas de la virginidad de María unidas á su divina fecundidad.

«Una mujer, ó más bien la mujer, dice Jeremías, llevará al hombre en su seno: *Fœmina circumdabit virum* (1).» Desde el orígen de los tiempos, las madres no han llevado en su seno más que hijos malditos: así, cuando Jeremías nos asegura, que la mujer llevará en su seno al hombre, predice la divina fecundidad de la mujer por esencia, y anuncia á la tierra la concepcion divina del Verbo encarnado y el parto divino de María.

Luego, mis amados hermanos, ó hay que acusar de impostura la interpretacion constante, uniforme y universal de nuestros Libros santos por la Iglesia católica, ó tenemos que confesar, que la Biblia contiene una porcion de profecías, cuyo objeto, fin y causa es la Vírgen Santísima. La expectacion del Mesías constituía la esencia de la fé de los patriarcas, y en esta deliciosa esperanza hallaban el remedio de la pena lenta de un largo destierro, y de los males con que era probada su virtud. La promesa de un Redentor divino no estaba reducida á la descendencia de los hijos de Jacob: los de Noé la habian dejado como herencia de gloria á toda la tierra; y Job, que fué contemporáneo de Moisés, exclamaba en el seno del gentilismo: «Sé que mi Redentor vive (2).» Notemos esta expresion prodigiosa: «Sé que mi Redentor vive.» El Cristo era ayer, es hoy, y será eternamente. No dice Job: Sé que mi Redentor vivirá, sinó tengo la certeza, sé que vive: confesion sublime de la divinidad de Cristo y de la union personal del Verbo divino con la naturaleza humana, porque el santo varon añade: «Y en mi carne veré á mi Dios;» lo cual es imposible sinó se encarna el Verbo eterno, si no se reviste de nuestra humanidad. Es tan viva esta esperanza en el corazon del profeta de la tierra de Hus, abrasa su alma en un fuego tan suave, que declara, que esta esperanza descansa en su seno, y le recrea sin cesar con deleitable recuerdo: *Hæc spes reposita est in sinu meo*. «Jerusalén, dice el santo Tobías, tú resplandecerás con una luz brillante, y todos los confines de la tierra te adorarán... porque invocarán un nombre

(1) Jerem. XXXI, v. 22
(2) Job XIX, v. 26.

grande dentro de tí. Yo seré dichoso si los restos de mi descendencia llegaren á ver el resplandor de Jerusalén (1).»

Así, pues, el dogma de la divina Maternidad fué el gran pensamiento de los patriarcas y profetas del pueblo de Dios. «Abrahán, decía el Salvador del mundo, ardió en deseos de ver mi dia: le vió, y se regocijó (2).» ¡Ah, cristianos! la razon es, que la luz de la gracia había enseñado á aquel patriarca á conocer el precio de la vida sobrenatural, de la regeneracion divina que debía traer al mundo al Hijo de María. El tiempo de la prueba era una especie de martirio para Abrahán, tan impaciente estaba por renacer en Jesucristo, su Padre, segun la gracia, su Señor y su Dios. «Vió aquel dia tan deseado y se regocijó: *Vidit, et gavisus est*.» San Pablo compendia en una expresion enteramente profética y divina el lado sobrenatural de la vida de los justos y santos de la ley antigua, cuando nos dice: *A longe aspicientes et salutantes*: Mirando de léjos y saludando (3). Adán, Abél, Henoch, Noé, Abrahán, Isaac, Jacob, Josef, Leví, Moisés, Josué, Samuel, David y Salomon, Isaías y todos los profetas; Job y todos los santos de los siglos de expectacion; pasaban su vida contemplando con la luz de la fé el gran misterio del anonadamiento del Hijo de Dios en el seno de la Vírgen destinada á ser Madre suya. Miraban de léjos y adoraban. Pero no se mira más que lo que se ve: ¿cómo, pues, veían lo que no existía aún? Lo veían de léjos, por entre los siglos, en las edades remotas. Miraban á Nazaret, Belén, Jerusalén, el monte Olivete, el Tabor y el Calvario; y miraban estos lugares con una mirada de esperanza, de deseo y amor. Adoraban el misterio del Cristo, y quedaban absortos en presencia de las grandezas futuras de su divina Madre.

Mirar de léjos, amar, adorar al Mesías; contemplar, amar y venerar á su casta Madre, esa fué la vida de los santos de la ley figurativa. ¡Oh! y ¡cómo nos condenarán en el dia de las justicias la fé y el amor de los justos de aquellos tiempos lejanos! Innumerables siglos los separaban de las santas realidades de la gracia, y ellos las contemplaban y adoraban de léjos; y nosotros, que vivimos en medio de estas prodigiosas maravillas, que estamos cargados de las misericordias de la gracia y de la sangre de Jesucristo, y que podemos orar al pié de los altares de María, no sabemos contemplar ni adorar estas cosas. Nosotros hemos venido despues del cumplimiento, y los santos patriar-

(1) Tob. XIII, v. 13.
(2) Joan. VIII, v. 56.
(3) Hebr. XI, v. 13.

cas vivían en la expectacion de lo que se ha cumplido; deseaban y buscaban lo que poseemos. Miremos pues de cerca lo que ellos adoraban de tan léjos, y vivamos de amor como ellos vivían de esperanza. Los justos de los tiempos antiguos tenían sed de la venida del Cristo, de las bendiciones de su divina Madre, y de los misterios de la gracia, y su sed no podía apagarse. Descubrían la fuente de vida, y la veían correr á lo léjos; pero no podian aún refrigerar su alma en ella. ¡Ah! somos unos desgraciados ciegos é ingratos. El agua de la verdadera vida corre para nosotros á torrentes, se derrama por todas partes, y mana hasta la eternidad: vamos, pues, á beber su agua divina, vamos á refrescar nuestra alma, vamos á vivir para no morir más.

Añado, que el dogma de la Maternidad divina, objeto de la esperanza y del amor de los patriarcas, fué como un cielo anticipado para los justos que fueron á parar al seno de Abrahán despues de su muerte. «Lázaro murió, leemos en S. Lucas (1), y fué llevado por los ángeles al seno de Abrahán.» Pero ¿por qué esta mansion de los justos se llama el seno de Abrahán y no el de Adán ó cualquier otro patriarca? Porque la fé de Abrahán y el mérito de su obediencia le valieron la gloria de ser el padre de todos los creyentes, el tutor y guardian del sagrado depósito de los escogidos, hasta el dia en que penetrando en los limbos el Cristo Redentor, los hizo contemplar la luz beatífica de su alma, y derramó sobre ellos los resplandores de su gloria. Mas ¿qué hacian, preguntareis vosotros, aquellos innumerables hijos de la promesa que fueron llevados al seno de Abrahán? Pensaban en el dia del Cristo y en las glorias de su divina Madre, y vivían, no ya con una esperanza mezclada de temor, sinó gustando la infalible seguridad de poseer á Aquel que habían columbrado de léjos y saludado con los deseos de su alma.

¡Ah! Si durante su destierro habian podido librarse de las distracciones de una naturaleza sujeta á tanta miseria; si bajo el imperio de la noche y de la sombra de la luz figurativa se habian fatigado, por decirlo así, sus ojos, en mirar de léjos los misterios de la salvacion y la gracia; ¿cuáles no serían sus transportes cuando, desprendidos de los lazos corporales y desembarazados del peso de nuestra mortal existencia, se vieron reunidos en este lugar que llenaba solamente la idea de Cristo y su divina Madre? Entónces fué cuando se cumplió plenamente para ellos la expresion de S. Pablo: *A longe aspicientes et*

(1) Cap. XVI, v. 22.

salutantes. Contemplaban las maravillas de Cristo y el gran destino de María, que se habían trasparentado, por decirlo así, para ellos en la luz de una vision ya enteramente celestial. David, Isaías, Jeremías y Daniel, habían señalado los tiempos de María, y celebrado la gloria de la Vírgen inmaculada; pero las almas detenidas en el seno de Abrahán conocían el número de los dias de la esperanza. Para ellas habían desaparecido las oscuridades inseparables de los santos oráculos ante la claridad de una intuicion siempre creciente. ¡Cómo me complazco en figurarme la dicha de aquellas almas grandes, cuando los ángeles del Cielo fueron á anunciarles el cumplimiento del misterio de la Encarnacion y del nacimiento del Hijo de Dios! ¿Quién me dirá los inefables trasportes que experimentaron, cuando los ilustres padres de nuestra Señora, Joaquin y Ana, la madre del Bautista, este mismo glorioso precursor de Cristo, y aún S. José, fueron á esperar en el seno de Abrahán por algunos dias el completo cumplimiento de la venida del Mesías? ¿Quién dirá los misteriosos coloquios de todas aquellas almas? ¿Quién referirá las cosas que se dijeron, el gozo que sintieron, y el amor que las consumía santamente, á medida que llegaba el dia de su eterna union con el divino Hijo de María?

¡Ah! mis amados hermanos, esta mística tan familiar á las almas contemplativas se oculta á nuestra apática indiferencia. Nosotros somos todo fuego para esas miserables fruslerías que fatigan nuestra existencia; y los gozos profundos y eternos de la gracia que nos mereció la sangre de Cristo y nos prepara el amor de María, nos dejan en nuestro sueño. Nuestra egoista ambicion quisiera llenar toda la tierra; desearíamos ocupar un lugar en todos los corazones; y no sabemos entrar por la oracion en un comercio misterioso de amor con los ángeles y los santos. Nuestra actividad enfermiza no descansa jamás en el lugar donde está puesto su lecho de dolor; y no sabemos penetrar por la fé, la esperanza y la caridad en esas pasmosas regiones de la gracia, que habita Jesús con su santísima Madre.

PROFECÍAS DE LA BIBLIA RELATIVAS A MARÍA.

DISCURSO II.

Memoria mea in generationes sæculorum.
Se hará memoria de mí en toda la série de los siglos.
ECCLI. XXIV, v. 28.

La vida de la Santísima Vírgen no se circunscribe á los pocos años que pasó en la tierra, sinó que se remonta de generacion en generacion hasta la cuna del género humano: comienza en el paraíso terrenal, unida á la de nuestros primeros padres, prolongándose por una larga série de siglos, incorporada con la de los patriarcas, reyes y profetas, y con la del pueblo de Dios. Razon tiene pues la Iglesia para aplicar á María las palabras del Eclesiástico: *Memoria mea in generationes sæculorum.*

En este dia, carísimos hermanos, me propongo referiros la larga vida de la Santísima Vírgen ántes de nacer al mundo, esto es, daros noticia de las profecías con que ciertos varones inspirados de Dios, viendo de léjos á María, la saludaron gozosos, poniendo en Ella toda su esperanza, y consolando al pueblo escogido, hablándole de la Vírgen que habia de dar á luz al suspirado Mesías. Mostrar que María Santísima fué objeto de profecías, que fué revelada al mundo y esperada por las generaciones, ¿no es mostrar su grandeza, sus glorias, y sus privilegios cerca de Dios, y, por consiguiente, animarnos á profesarla la mayor veneracion?

Tal es el fin de este discurso, en el cual os hablaré: 1.° *de las profecías que se refieren á la Santísima Vírgen;* 2.° *de la expectacion universal de la Vírgen.* Imploremos ántes los auxilios de la gracia A. M.

Para seguir algun órden en las predicciones relativas á la Vírgen, las dividiremos en tres clases: 1.ª las de los patriarcas; 2.ª las de los reyes; 3.ª las de los profetas. La Mujer entre todas bendita, la escogida en los decretos divinos para Madre del futuro Redentor,

es revelada al mundo desde muy temprano en las santas Escrituras. No es en los más modernos libros donde aparece la primera noticia de la Vírgen, sinó en el más antiguo de todos, y en sus primeras páginas; en las páginas donde se refiere el orígen del mundo, y la creacion del hombre. Acababa de cometerse la culpa; verificábase la separacion del Cielo y la tierra; el júbilo se habia disipado; el paraíso terrenal iba á convertirse en árida campiña; los elementos se trastornaban; los enemigos del hombre se levantaban por todas partes contra él; los enemigos interiores, esto es, el remordimiento, el desasosiego, la turbacion, el vacío del alma, las tinieblas, la embriaguez de las pasiones, las necesidades tiránicas; los enemigos exteriores, esto es, los seres hasta entónces sujetos desde su creacion á la voluntad del hombre; la madre naturaleza convertida en madrastra; la esterilidad, las enfermedades, y por último, la muerte, que se levantaba contra él, enteramente libre en todos sus dominios. ¡Qué espectáculo! Adán, Eva, la mejor obra de la creacion, reyes del mundo para quienes se hizo la luz, y una naturaleza riquísima, ¿en qué habeis venido á parar? Nobles criaturas, salidas de las augustas manos de Dios, y tratadas tan magníficamente en ese Edén delicioso, donde recibíais las visitas del Señor, cual en un palacio de gloria; ¿cómo habeis venido á tal bajeza; cómo habeis caido en tan hondo abismo? El despertamiento de nuestros primeros padres despues de su caida debió ocasionarles gran terror. Sus angustias habieron de ser tan dolorosas, que no han tenido semejante. Concíbese una terrible desesperacion en un alma castigada de grandes infortunios; pero ¿será esa desesperacion peor, ni siquiera igual, á la que sentirían Adán y Eva? No desesperes, no, naturaleza caida, que tiempo vendrá que vuelvas á levantarte. Entónces fué cuando Dios se dignó revelar al mundo la Madre de la esperanza. Una Mujer, dice Dios al enemigo tentador, quebrantará tu cabeza: *Ipsa conteret caput tuum* (1). La revelacion está hecha; el ministerio de la Madre del Redentor queda señalado. María triunfará del demonio, alcanzando sobre él una brillante victoria por el hecho de quebrantar su cabeza Satanás habia logrado poner á sus plantas al rey de la creacion; pero será derrotado para siempre. Entónces cobraron ánimo los dos culpables, agradecieron á Dios la misericordia que usaba con ellos, y la compasion con que habia mirado su desgracia, saludando entónces de léjos al Mesías Redentor y á la Mujer bendita que habia de llevarle en su seno.

(1) GEN. III, v. 15.

Vemos, pues, que el Salvador del mundo y su divina Madre fueron anunciados á nuestros primeros padres; pero faltaba algo que añadir á esta primera revelacion. Importaba mucho al género humano conocer la raza, el pueblo, la familia de donde habían de salir, para que el Señor tardase en manifestar estas circunstancias. Llegada la ocasion oportuna, habla Dios á un hombre para descubrírselas. «Abrahán, le dice, sal de tu tierra, deja á tus parientes, y la casa de tu padre, y vén á la tierra que yo te enseñaré... Quiero constituirte cabeza de una gran nacion, y bendecirte, y glorificar tu nombre.... Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, como las arenas del mar.... Y todas las naciones de la tierra serán bendecidas en un descendiente tuyo: *Et benedicentur in semine tuo omnes gentes terræ* (1).» Abrahán, Isaac, Jacob, David y Salomon, son los progenitores del Mesías. En la nacion hebrea aparecerá el que es la esperanza de los pueblos, y de familias patriarcales nacerá la Mujer que el hombre Dios eligió para Madre suya. Estos oráculos se repiten á Isaac y á Jacob. Rodeado éste de sus doce hijos, que serán cabezas de las doce tribus de Israel, vuélvese el venerable anciano á Judá, y le dirige su inmortal profecía: El cetro no será quitado de Judá, ni de su posteridad el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y éste será la esperanza de las naciones. (2). Aunque especiales para el Mesías, las promesas hechas á los patriarcas se refieren tan íntimamente á la Santísima Vírgen, que á pesar de la profunda humildad de Ella, y de la ley del silencio que se impuso acerca de cuanto la concernía, no pudo menos de exclamar, movida del Espíritu Santo que la inspiraba, diciendo: El que es Poderoso ha obrado en mí grandes maravillas; ha adoptado á Israel su siervo; y se ha acordado de su misericordia, segun la promesa que hizo á nuestros padres, á Abrahán y á su descendencia, por los siglos de los siglos (3).

Miéntras pasan los siglos de expectacion, la claridad de las divinas promesas aparece más viva. Son tan precisas las Profecías de David y Salomon, relativas á la Santísima Vírgen, que llenan de admiracion siempre que se recuerdan. Escuchad primero á David, á quien Dios destinó á ser uno de los progenitores de la Madre de Jesucristo: Toda la hermosura, dice, de la hija del Rey, es interior. Oye, oh Vírgen, y mira, inclina tu oido, olvídate de la casa de tu padre, y el

(1) Gen. XXII, v. 18.
(2) Gen. XLIX, v. 10.
(3) Luc. I, v. 55.

Rey se prendará de tu belleza (1). El Señor, añade, consagró su tabernáculo (2). Se colocó como una Reina á tu derecha, dice en otro salmo (3). Serán presentadas al Rey las vírgenes que han de formar el séquito de Ella; ante tu presencia serán traidas sus compañeras. Todos los comentadores, todos los teólogos, pontífices y predicadores de todas las épocas, han aplicado unánimemente á la Madre de Dios estas y otras palabras de David. Y en efecto, atendida la distancia de la realizacion, y la natural oscuridad del lenguaje profético, no cabe, digámoslo así, más exactitud en esos vaticinios. La Iglesia católica, intérprete infalible de las Santas Escrituras, ha declarado siempre, que en estas palabras se designa á la Vírgen María, por el hecho de emplearlas en su liturgia, al hablar especialmente de la Madre de Dios.

Los libros de Salomon, aún más que los salmos de David, explican las prerogativas de la Santísima Vírgen, publicando sus loores. Hé aquí algunos pasajes: El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, desde el principio, ántes que criase cosa alguna. Desde la eterdad tengo yo el principado de todas las cosas. Todavía no existían los abismos ó mares, y yo estaba ya concebida. Yo soy la Madre del bello amor. Me arraigué en un pueblo glorioso. Me alcé como el plátano. ¿Quién hallará una mujer fuerte? De mayor estima es que todas las preciosidades. Viene á ser como la nave de un comerciánte, que trae de léjos el sustento... Levantáronse sus hijos, y aclamáronla dichosísima... Muchas son las hijas ó esposas que han allegado riquezas, mas á todas has tú aventajado. Como azucena entre espinas, así es mi amiga entre las vírgenes. Toda tú eres hermosa, oh amiga mia, no hay defecto alguno en tí. ¿Quién es esta, prosigue el inspirado de Dios, que vá subiendo cual aurora naciente, brillante como el sol, bella como la luna, terrible y majestuosa como un ejército formado en batalla? Huerto cerrado eres, hermana mia, esposa, fuente sellada. Vén, esposa mia, desciende del Líbano; vén y serás coronada. ¿Quién es esta que sube del desierto rebosando delicias, apoyada en su amado? Parécese al humo del incienso y de la mirra. Este lenguaje no ha menester comentarios; basta oirlo para aplicarlo al personaje que quiere significar. La Vírgen escogida del Señor, la Madre de Jesucristo, es aquella á quien Dios poseyó desde el principio; es la Madre del amor hermoso; es la Mujer fuerte, á quien todas las ge-

(1) Psalm. XLIV, v. 12.
(2) Psalm. XLV, v. 5.
(3) Psalm. XLIV, v. 10.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

neraciones proclamaron bienaventurada; es la que sube con la majestad de la aurora, cuya espléndida belleza sobrepuja al brillo del sol; es, en fin, la venturosa privilegiada, que se reclina en su amado, el Dios-Hombre, el Hijo querido de su corazon.

Los profetas que refirieron los pormenores de la vida del Salvador, tambien hablaron de su divina Madre. Isaías la nombra llamándola *raíz* de donde brotará la flor de Jessé: Saldrá un renuevo, dice, del tronco de Jessé, y de su raíz se elevará una flor. En otro lugar la distingue con el título de *nube*, y de tierra fecunda: Lluevan las nubes al Justo, exclama; ábrase la tierra, y brote al Salvador (1). Tan grandes y sublimes son estas imágenes, que solo convienen á la Madre de Dios. Porque ¿de quién, sinó de la Vírgen escogida, puede decirse con propiedad, que sus entrañas son un cielo que vierte divino rocío, y una tierra que produce fruto de vida, y una planta llena de savia de donde nace la flor de gracia y salud? Mas el profeta no limita su vaticinio á esas magníficas figuras. Despues que un ángel purifica sus lábios con fuego del altar, hácese más íntima su revelacion, manifestando lo que la lengua humana no se había atrevido ántes á pronunciar. Hasta entónces se había nombrado á María como á *Mujer* que había de quebrantar la cabeza de la serpiente; como á *Mujer fuerte;* como á *Reina*, que se sienta á la diestra de Dios; como á *Esposa* del Amado; como á *Madre* del amor hermoso; pero Isaías la dá otro nombre más grato á su corazon; el de *Vírgen*: Sabed, dice, que una Vírgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel (2). Esta profecía es completa, pues reasume todos los misterios concernientes á María, es decir: su virginidad y su fecundidad; *la Encarnacion del Verbo y la Maternidad divina*. Este vaticinio encierra todas las promesas, todos los anuncios. Despues de él, es supérfluo hacer más citas. Pudiera multiplicar los textos que hacen referencia al lugar donde la bienaventurada Vírgen había de dar á luz al Salvador, á su huida á Egipto, á la Presentacion en el Templo, á los dolores de María, y á la crucifixion de Cristo; pero creo que basta la exposicion que acabo de hacer, para demostrar hasta la última evidencia, que los libros santos contienen numerosas profecías, de las cuales María nuestra Señora es objeto, fin y causa. Pasemos ahora á la segunda parte de mi discurso, en la cual trataré de la *Expectacion universal de la Madre de Dios*.

(1) Isai. XLV, v. 8.
(2) Isai. VII, v. 14.

Cuantos acontecimientos ocurrieron en el mundo antiguo, no tuvieron otro fin en los designios de la Providencia, que el de preparar el advenimiento del Mesías, y fundar su Reino en la tierra. Por eso no hay hecho más unánimemente admitido en la historia, tanto sagrada como profana, que el de la expectacion universal de un Mesías, para el pueblo de Israel en particular, y en general para todos los pueblos de la tierra. Abriendo los sagrados Libros, léese en sus primeras páginas el anuncio de la venida de un Redentor; y más adelante se observa, que la fé de los patriarcas estribaba por completo en la esperanza de un Libertador divino. El apóstol S. Pablo reasume admirablemente la vida de ellos con estas pocas palabras, que expresan con toda fidelidad el estado de los justos en la ley antigua: Miraban de léjos los bienes, dice, y se contentaban con saludarlos: *Longe aspicientes, et salutantes* (1). El Evangelio menciona en muchas partes la esperanza universal del Mesías en el pueblo de Israel. Hablando de S. Juan Bautista, dice: que la multitud, al verle y escucharle, opinaba que quizá era él el Cristo (2). Dice, además, que los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas para que le hiciesen esta pregunta: ¿Quién eres tú? Esto es: ¿Eres tú el Cristo que aguardamos? No, contestó San Juan; no soy yo Cristo (3). El mismo Precursor envió cierto dia dos de sus discípulos al Salvador, con encargo de preguntarle, si era él el que había de venir ó debían aguardar á otro (4). Del anciano Simeon dícese tambien en el Evangelio, que aguardaba el consuelo de Israel (5). Y de Ana, profetisa, se hace advertir, que hablaba del Mesías á cuantos aguardaban la redencion de Israel (6). La Samaritana tenía tan grabada en su ánimo la tradicion popular de la venida del Mesías, que respondió con profundo convencimiento á Jesús: Sé bien que el Mesías, llamado Cristo, ha de venir pronto (7).

Con respecto á los demás pueblos, sus historiadores nos han transmitido su tradicion acerca de este punto, conforme en todo con la del pueblo hebreo. Refiere Suetonio, que la antigua creencia de que de Judea había de salir el Dominador del mundo, estaba muy extendida por todo el Oriente (8). Hay una tradicion general, añade Tá-

(1) Hebr. XI, v. 13.
(2) Luc. III, v. 15.
(3) Joan. I, v. 20.
(4) Matth. XI, v. 3.
(5) Luc. II, v. 25.
(6) Luc. II, v. 33.
(7) Joan. IV, v. 25.
(8) In Vespas. c. 4.

cito, fundada en antiguos escritos de sacerdotes, de que por aquel tiempo se levantaría la Judea con el dominio del mundo (1). Hojead los libros griegos, decía Clemente Alejandrino á los paganos; leed á la Sibila, y observad como muestra á un solo Dios, vaticinando lo que ha de suceder: registrad á Histaspo, y hallareis en sus escritos al Hijo de Dios designado de un modo admirable (2). Preciso era que los libros de las Sibilas fuesen bastante claros, para que los doctores del cristianismo los citasen á fin de argüir á los gentiles. En efecto, desde el año 63 ántes de la era cristiana, era conocido un oráculo sibilino, en que se anunciaba el nacimiento de un Rey para el pueblo romano. Omito aducir otras citas, sacadas de los libros sagrados de la India, de la China y de la Persia, porque su doctrina está conforme con la de los griegos y latinos, y con la de otros pueblos, pudiendo reasumirse en este notable fragmento de uno de sus sábios: Los pueblos, dice Mencio, discípulo de Confucio, aguardan al Santo como las plantas marchitas aguardan el rocío (3). Ya veis, pues, que la expectacion del Mesías es un hecho histórico, tan completamente averiguado, que la misma incredulidad lo tiene por auténtico. Héme detenido en exponer la prueba de este hecho, porque sirve de base al que voy á sentar, esto es: la *Expectacion de la Vírgen María*.

La esperanza de una Madre de Dios era consecuencia natural de la de un Mesías. Si los pueblos han llamado con sus deseos, durante largos siglos, al *grande Enviado*, necesariamente pensarian en la criatura destinada por el Altísimo para madre de él. El dogma de la *Maternidad divina* no pudo estar separado en su entendimiento del dogma de la *Encarnacion*. Abrahán, vuestro padre, decia al Salvador, ardió en deseos de ver este dia mió: vióle, y se llenó de gozo (4). El tan deseado dia que viera el santo patriarca, es el del nacimiento del Hijo de María. Vió en efecto Abrahán entre suspiros el dia del viaje de María á Belén, y la noche venturosa en que dió al *Hijo de las promesas*; vió esto y se regocijó. El padre de los creyentes, postrado mentalmente ante el pesebre que contenia la esperanza de su pueblo, adoró en medio del silencio, con los ángeles y pastores, con María y José, al que Dios le había dado á conocer de léjos: adoró al Mesías y se regocijó. Pero si Abrahán vió el día de Jesucristo, tambien debió ver el día de su divina Madre. Él y los que le habían

(1) ANNAL. I. V, c. 13.
(2) STROMAT. I, 6.
(3) SCHMIT, *Orig. de los mitos.*
(4) JOAN. VIII, v. 56.

precedido, Adán, Abel, Enoch, y los de su larga descendencia; Isaac, Jacob, José, Leví, Moisés, Josué, Samuel, David, Salomon, Isaías, y los profetas; Tobías, Job, y todos los santos de los siglos de expectacion, al contemplar las humillaciones del Hijo de Dios en el seno de la Vírgen, saludaban con sus votos el día de esta Vírgen, la más digna de sus hijas, el más noble vástago de su estirpe, al cual Dios había escogido, no solo para que fuese como ellos tronco de un gran pueblo, sinó la Madre del Libertador prometido. Cuando los justos del antiguo Testamento bajaban al sepulcro, sin poder entrar aún en la gloria, ¿qué llevaban sus almas al seno de Abrahán, que les sirviera de consuelo y sostuviera su paciencia en aquella mansion de esperanza? Una creencia firme en los dogmas de la *Encarnacion* y de la *Maternidad divina*. A la luz de una vision enteramente celestial, manifestábanse estos dogmas á su espíritu con más claridad que ántes. Habían visto en vida al Mesías y á su Santísima Madre aparecer entre el opaco reflejo de la profecía; mas ahora distinguíanlos al resplandor de una intuicion directa. ¡Qué gozo para los santos padres!

Si las almas del Purgatorio dirigen con fervor sus pensamientos al día que ha de poner fin á sus penas, ¡con qué éxtasis cifrarían las almas del seno de Abrahán sus esperanzas en el *Libertador* futuro, y en Aquella á quien llamaron, ántes que nosotros, Consoladora de los afligidos! Cuanto más se acercaba el tiempo, tanto más vivos eran los deseos de los santos padres. Por eso saludaron con efusion amorosa á la madre de nuestra Señora, cuando pasó á aguardar con ellos el cumplimiento de los misterios que empezaban ya á realizarse. Por eso felicitaron á Joaquin, á Isabel, á Juan Bautista, y más que á todos, á José. La última hora había sonado; estaba ya en el mundo la Reina por tantos siglos esperada, puesto que sus abuelos, sus padres, su parienta, el Precursor, y hasta su esposo lo anunciaban con su presencia. ¡Oh misteriosos coloquios de las almas justas! ¡Goces puros de la esperanza! ¡Suspiros de tantas generaciones! Llegasteis á vuestro término. La Aurora se ha manifestado ya; no tardará en aparecer el Sol que ha de iluminar con sus rayos los profundos abismos. ¡Salve, Aurora, que anuncias la venida del Señor!

«Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya; ella quebrantará tu cabeza.» Estas memorables palabras dirigidas por Dios á la serpiente, siempre estuvieron en la memoria de la descendencia de Adán. Eran la esperanza del hombre, y la esperanza nunca muere en su corazon. Que vendría una mujer á reparar los males por otra mujer causados, creencia fué ésta que

pasó de boca en boca, de generacion en generacion. Al dispersarse los pueblos desde las llanuras de Senaar, llevaron los hijos de Noé á todas las regiones del mundo esta consoladora tradicion; y tan profundamente la grabaron en las almas, en las instituciones, y hasta en los monumentos, que ni las edades, ni los trastornos, ni las trasformaciones sociales, ni el politeismo con su extenso poder, consiguieron borrarla, ni siquiera alterarla. La expectacion del Mesías, y la expectacion de la Vírgen su Madre, fueron dos dogmas sagrados para todos los pueblos, así cultos, como salvajes, del Oriente y del Occidente, del Septentrion y del Mediodía. En efecto, recorriendo las diferentes regiones del globo, y estudiando las teogonías de todos los tiempos, vemos, que la creencia que domina en todas ellas y constituye su principal fondo, es la de un Mesías esperado, y la de una Vírgen prometida, de quien Aquel había de nacer de un modo divino. Los Budistas concuerdan en enseñar, que *Chakia-Muni*, el reformador del género humano, nació de la Vírgen María sin concurso de hombre alguno. «El Santo, dicen los libros chinos, concebido por obra de *Tien* (el Cielo) que le dió el sér milagrosamente, debía nacer sin lesion de la virginidad de su Madre.» Los egipcios, tan investigadores de tradiciones antiguas, aunque aficionados á desfigurarlas extraordinariamente, no dejaron de mezclar en sus cuentos míticos la *Maternidad virginal*. Creían, como refiere Plutarco, «que una mujer quedaría fecundada, recibiendo únicamente el *soplo de Dios*.» Los griegos, discípulos de los egipcios, admitieron tambien esta creencia. La institucion de las vestales entre los romanos, atestiguaba su culto á la Vírgen. En Francia dedicaron los drúidas en el interior de un templo una estátua á la Vírgen Madre del Libertador futuro: *Virgini parituræ*. Los pueblos del interior de Africa, los semi-salvajes de América, aislados por tanto tiempo del globo, habían conservado la misma tradicion. No nos cansemos: á do quiera que en la tierra volvamos los ojos, descubriremos el nombre de una Vírgen, asociado al de un Libertador que de ella debe nacer. ¡Siempre, y en todas partes, el dogma de la *Encarnacion* y el de la *Maternidad divina!* ¡Cuán venerable es por su antigüedad esta creencia! ¡Cuán firme se mostró siempre en ella el género humano, y con cuánto afecto, puesto que la guardó por tantos siglos como un sagrado depósito! ¡Oh María, Madre de Dios y Madre nuestra! ¿con qué es verdad que has tenido hijos desde la primera edad del mundo, y que los santos de la antigüedad te rindieron culto con sus votos y deseos, y que hasta los pueblos más privados de tradiciones religiosas, han guardado tu nombre an-

tonomástico de *Vírgen*, pronunciándolo en sus plegarias? ¡Qué confusion para nosotros, que con tener templos, fiestas, y altares á Tí dedicados, con tener tu vida y tus ejemplos, te conocemos tan poco, tan poco te honramos, y tan poco amor te tenemos! ¿Y ha de decirse que aquellos pueblos, que no vieron á María sinó en lontananza, ni pudieron saludarla sinó con el deseo y al través de los siglos, la glorificaron más que nosotros, colmados de su favores, hijos predilectos suyos, y hermanos de Jesucristo? No; no demos pié á semejante aseveracion.

¡Oh Santísima Vírgen! al aclamarte hoy por Reina de los siglos, ya que en todos los siglos tuviste servidores que te honraron, prometemos, oh inmaculada María, postrados á tus piés, fidelidad y cordial devocion á tu culto: porque este siglo, más que otro cualquiera de los pasados, es siglo tuyo.

FIGURAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

QUE SE REFIEREN Á LA VÍRGEN.

DISCURSO I.

Ab initio et ante sæcula creata sum, et usque ad futurum sæculum non desinam.

Desde el principio y ántes de los siglos, recibí yo el sér, y no dejaré de existir en todos los siglos venideros.

(Eccl. XXIV, 14.)

La Iglesia, al poner estas palabras en boca de María, quiso manifestarnos, que el dogma de la maternidad de nuestra Señora es el gran pensamiento de Dios y del universo. La bienaventurada Vírgen vivía en el consejo de la Sabiduría eterna; su nombre estaba escrito en el pensamiento del Verbo ántes que hubiesen salido los siglos del seno de la eternidad; y desde el día que empezó á correr el tiempo como un río, el destino preparado á María no ha cesado de consolar á la tierra. «Desde el principio y ántes de los siglos, recibí yo el sér, y no dejaré de existir en todos los siglos venideros:» así se expresa la Sabiduría eterna, cuyas palabras aplica la Iglesia á María.

Jesús y María llenan lo pasado, lo presente y lo porvenir: el universo tiene por causa final la gloria de ambos; y los justos de la ley figurativa y los santos de la de gracia no vivieron más que á la sombra de su amor. La Biblia, para quien sabe leer este libro bajado del Cielo, está llena del destino de la Reina de los ángeles, cuyas virtudes se reflejan en cada página de él, y cada palabra sirve de velo, digámoslo así, para encubrir alguno de los misterios cumplidos en el seno de María.

Los doctores y teólogos católicos han descubierto en la Biblia un vasto simbolismo de los privilegios de nuestra Señora; y Dios, para quien los siglos no tienen pasado ni futuro, delineó en el antiguo Testamento todos los rasgos de la vida de su divina Madre. Entremos en esta materia fecunda, y comprendamos que la Vírgen Santísima es, juntamente con su divino Hijo, el pensamiento dominante de los Libros santos. Ningun católico se atreverá á negar, que Cristo llena todas las páginas de la antigua ley, y es el punto céntrico, el foco iluminador de los Libros divinos. Esta verdad es un punto revelado, porque el Espíritu Santo nos enseña, que los personajes sagrados de la ley antigua y los sucesos y hechos del antiguo Testamento anunciaban al Hombre Dios.

Los doctores y teólogos de la Iglesia juzgaron que la Biblia encerraba, igualmente, un foco vastísimo de figuras relativas á María. Bajo de la corteza de las divinas Escrituras descubrieron constantemente aquellos ingenios sublimes, los lineamientos figurativos de la vida temporal é inmortal de la Madre del Verbo encarnado. Exploremos á su ejemplo esta mina inagotable, refrigeremos nuestra fé, nuestra piedad y nuestro amor en esas fuentes misteriosas: comprendamos que la Biblia contiene una multitud de imágenes, cuyo objeto, término y fin es la Madre de Cristo: probemos que la Santísima Vírgen es, juntamente con Jesús, el pensamiento universal de las Escrituras; y tratemos de entrever algunos rayos de las obras divinas, cuyas partes todas y majestuoso conjunto se dirigen hácia el dogma de la divina Maternidad de María como á su punto céntrico. Pidamos ántes los auxilios de la gracia por intercesion de la misma Vírgen. A. M.

El mundo de la naturaleza fué hecho para el de la gracia. Lo imperfecto tiene su tipo y término en lo perfecto, á lo cual se esfuerza á acercarse sin cesar. El Doctor de las naciones anuncia claramente esta verdad capital cuando dice: «El mundo, la vida, la muerte, las cosas presentes y las futuras... todo es vuestro. Pero vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios.» Así el mundo de la naturaleza se dirige á Jesucristo como á su centro, y llama al de la gracia, no como un principio llama la consecuencia que encerraba oculta, sinó porque queriendo la Sabiduría divina realizar el mundo sobrenatural, trazó, por decirlo así, un bosquejo de él en los elementos del mundo de la naturaleza. Por lo cual, si la Santísima Vírgen es la maravilla, la obra maestra, el ornamento y la gloria del mundo de la gracia,

hay un lado de las obras de la creacion que debe ser para nosotros como un espejo del destino de nuestra augusta Reina. Estudiada la Biblia desde este punto de vista, vá á reunir á los piés de nuestra Señora todas las bellezas, flores y maravillas de la creacion.

Segun el libro sagrado de los Cantares, María es «como la aurora en su nacimiento, resplandeciente como el sol, bella como la luna, pura como el firmamento: su corona está tejida con las estrellas que adornan la bóveda de los cielos.» Su alma inmaculada es el paraíso del nuevo Adán y el jardín misterioso que ha producido el árbol de la vida. El manantial de la gracia está en sus entrañas, y de su seno ha salido el agua de la verdadera vida para refrigerar y purificar á todas las criaturas.

La tradicion católica ha visto una sombra misteriosa del destino de la Santísima Vírgen en el arca de Noé. El pecado original cubría con sus espumosas olas á las generaciones; pero la Vírgen sin mancha no se sumergirá en la inundacion, porque lleva en sus purísimas entrañas al verdadero Noé: allí se ha guarecido la semilla divina de donde debe salir la familia de los escogidos, la descendencia bendita de los Hijos de Dios. María es la paloma celestial que lleva á Jesús, verdadero ramo de la gracia y de la paz: es el arco iris, que brilla en medio de las tempestades y promete á la tierra una alianza eterna.

La zarza ardiendo, desde la cual deja oir Jehová su voz, y que conserva su lozanía y verdor en medio de las llamas, no es más que una imágen de María, siempre santa y siempre abrasada en el amor de su Dios en medio del triste desierto de este mundo.

El Arca del antiguo Testamento ha parecido á todos los doctores de la Iglesia un símbolo manifiesto de las maravillas y gracias ocultas en el seno de María. Esta Vírgen celestial es más pura é incorruptible que el oro y el cedro, que sirvieron para construir y hermosear el Arca figurativa. María llevó en sus sagradas entrañas al mediador de Dios y de los hombres, el pan de los ángeles, el maná del cielo, el legislador del mundo, el testamento eterno.

El vellon de Gedeon prefigura á la Vírgen inmaculada. Miéntras que la llama impura del pecado original abrasa todas las almas, la de nuestra Señora está siempre inundada de los resplandores de la gracia, y siempre refrigerada por el blando rocío de las bendiciones divinas; ó si el alma de todos los hijos de Adán está cargada de los negros vapores del pecado, la de María arde siempre con la llama del Espíritu Santo.

El libro de Job, el de los Salmos, los de Salomon, los Cánticos sagrados de las mujeres ilustres de la antigua ley, todos exhalan perfumes de las flores virginales de la futura gloria de María. María es hermosa y pura como la azucena que crece y se levanta entre las espinas (1): es suave como la rosa de Jericó, brillante como el fruto del naranjo y dulce como la granada (2). Sus virtudes esparcen el olor de la mirra, del gálbano, del incienso de Arabia y del cinamomo (3). Ella tiene la majestad y gracia del cedro, y se levanta como el plátano, ó como la palma del desierto (4). Su gloria se eleva sobre la de los ángeles y todos los escogidos, como el Líbano domina las colinas que le rodean. La paloma y la tórtola nos dan una idea imperfecta del candor de su alma y de la ternura de su amor; y el cervatillo y la gacela con su rápida carrera no nos presentan más que una débil imágen de los vuelos de su alma para levantarse á las cumbres más altas de la contemplacion.

Así, amados hermanos mios, todas las maravillas de la creacion nos dicen algo de las misteriosas riquezas cuyo depósito vino á ser el corazon de María: el océano con sus perlas, el cielo con sus estrellas, el firmamento con su luz, los campos con sus flores, la noche y el astro silencioso que la alumbra; el rocío con su aljófar, el blando ruido de las fuentes, el ave que canta en la enramada, el insecto que zumba, la yerba de las praderas y sus variados colores, nos cuentan la gloria de la que ciñe en sus sienes la corona del mundo de la naturaleza, y empuña en sus manos virginales el cetro del mundo de la gracia y de la gloria.

¡Ah! si abriéramos los ojos para contemplar esos suaves y maravillosos conciertos, todos los objetos de la naturaleza, desde la flor de los valles hasta los luminares del cielo, serían para nosotros una imágen de los admirables resplandores con que brilla la frente inmaculada de María. Ella es la divina Eva, la Madre de todos los vivientes: nunca salió del paraíso de la gracia, ni la serpiente infernal la manchó con su mortífera ponzoña. Ella turbó sus pérfidos consejos, subyugó su pujanza y le quebrantó la cabeza. Ella dió á luz el verdadero Abel, el justo, el inocente, vendido y sacrificado por una nacion fratricida.

María es la verdadera Sara, más milagrosamente fecunda que la esposa de Abrahán: es Madre del verdadero Isaac, de ese Hijo único

(1) Cant. II, v. 2.
(2) Eccles. XXIV, v. 18.
(3) Eccles. XXIV, v. 20 et 21.
(4) Eccles. XXIV, v. 17, 18, et 19.

que llevará la leña para su sacrificio al monte santo, é inmolándose á vista de su divina Madre, no preguntará como el hijo del patriarca antiguo: ¿En dónde está la víctima del holocausto (1)?

La hermosa Rebeca, adornada de todos los dones de la naturaleza, es una figura muy imperfecta de la divina belleza del alma virginal de María. Esta es la que debe dar á luz al verdadero Jacob, el heredero de las generaciones santas, el deseado de los collados eternos; el que para salvar á sus hermanos tomará las vestiduras de Esaú, y llevará en su cuello la marca de la servidumbre.

María es la verdadera Raquel, la madre del Justo que será vendido por sus hermanos, conducido á Egipto, condenado al suplicio infamante que se reserva para los facinerosos, elevado despues á la cúspide de las grandezas, y convertido en Salvador y esperanza del mundo por sus humillaciones y su muerte.

María, hermana de Moisés, caminando á la cabeza de las mujeres de Israel, y cantando el cántico de la libertad de su pueblo, y el triunfo de su Dios sobre el ejército de Faraon, nos recuerda á María, gloria de todas las mujeres. Cuando las generaciones santas hayan atravesado el río del tiempo y el mar tormentoso y ensangrentado de este mundo degradado, la Madre divina de Cristo irá delante de los escogidos, y los guiará á las playas de la gloria eterna, cantando el triunfo de su Hijo sobre las legiones dispersas de los ángeles rebeldes, y la descendencia culpable de los hijos de la impiedad.

María es la verdadera Jahel, que con la cruz de su Hijo quebrantó como con un martillo la cabeza de Lucifér. La Iglesia celebrará para siempre como Débora su victoria.

Judith, la mujer más hermosa de todas, y la viuda más casta é irreprensible, es la gloria de su nacion. No hay nada que iguale á la fortaleza de su brazo. Ella sola vá al campo del enemigo más implacable de su pueblo, se encamina en derechura á la tienda de Holofernes, le fascina, le desarma y le corta la cabeza. Una mujer, una sola mujer, pone en derrota á un ejército formidable, y restituye la paz, la alegría, la dicha y la vida á un pueblo, sobre el cual iba á caer el general asirio como un buitre cruel. Judith, redentora y madre de las tribus de Israel, las gobierna en justicia, y su nombre pasa á las edades futuras colmado de las bendiciones de una nacion cuya gloria es. Pregunto yo: ¿no es la historia de Judith un emblema vivo de la vocacion sobrenatural y de las grandezas de la Santísima

(1) Gen. XXII, v. 7.

Vírgen? Leed, meditad el admirable libro de Judith, y cada página, cada versículo, cada palabra, os ofrecerán un rasgo del destino de la Madre de Cristo.

Esther resplandece por su pasmoso concierto con la Reina de los Cielos. La que tuvo por protector, tutor y padre adoptivo al pobre y humilde Mardoqueo, arrebató el corazon del monarca más grande. Sale aquélla de su profunda oscuridad, y de en medio de su desterrada descendencia vá á dar la mano de esposa á Asuero, y á ser la reina del imperio más vasto que el sol alumbra. Su incomparable hermosura se aventaja á la de todas las hijas de los hombres. Ella desbarata las maquinaciones homicidas del cruel y pérfido Amán, y este insolente enemigo del pueblo judío viene á morir en el suplicio que tenía preparado para Mardoqueo. Esther salva á su nacion entera de una ruína al parecer inevitable, hace revocar el edicto fatal que la condena á perecer toda, y oye de la boca misma de Asuero esta expresion de ternura y de amor, que parece una profecía de la inmaculada concepcion de la Vírgen: «Esta ley de muerte no se estableció para tí, sinó para todos (1).»

Indudablemente, amados hermanos mios, el gran Dios de la eternidad, Aquel ante quien los siglos futúros son como si ya hubieran pasado, sembró en la Biblia una multitud de tipos figurativos y de símbolos vivos de las glorias de María. Esas figuras tan apacibles, esas semejanzas tan admirables, tan suaves, tan poéticas, tan armoniosas, no son fruto de un ciego entusiasmo, ni una invencion fantástica y arbitraria. Segun san Pablo, toda la Biblia está llena de las grandezas proféticas del mundo de la gracia; pues ¿cómo podía callar acerca de la Reina y Madre de la gracia? Esas armonías de la naturaleza y la historia de que está llena la Biblia, son la clave de este libro inspirado; y es una dicha para el cristiano oir celebrar á las mismas criaturas inanimadas el destino de Aquella, ánte quien se inclina el universo y á quien veneran los ángeles. Partiendo de este dato de sublime teología mística, á saber, que la naturaleza se hizo para la gracia, debemos hallar una multitud de imágenes ordenadas por el Dios criador á un fin sobrenatural y misterioso. Entónces se refleja el mundo espiritual en lo visible, y el mundo presente empieza á abrirnos el de la gracia, que es el pórtico divino del de la gloria.

Jesús y María son las dos obras capitales, los dos ejes del mundo

(1) Esther, XV, v. 13.

sobrenatural; luego deben proyectar las sombras de las grandezas sobre los elementos de la creacion, y los ojos de nuestra fé deben buscar con afán, bajo la cubierta de las criaturas, algunos rasgos de la belleza divina con que brilla su frente en lo más alto de los Cielos. Estudiada la naturaleza conforme al plan divino, no es ya un libro cerrado, sinó que vuelve á su destino primordial y providencial. Rásgase el velo que la cubre, y el misterio de la Madre de Cristo derrama sobre ella una luz, que nos ayuda á enlazar el mundo del tiempo con el de la eternidad. Así, miéntras que la vista empañada de los hijos de la tierra se detiene en la estéril contemplacion de las formas y superficies de una naturaleza llagada y destruida por el mal; los verdaderos hijos de la luz construyen otra vez por la fé el plan primitivo; y la creacion, reducida á su fin supremo, se convierte en un himno de amor y gratitud cantado en gloria de María.

La historia del pueblo de Dios nos ofrece á su vez sus innumerables figuras de los siglos y de los misterios de la gracia: hace que pasen delante del trono de María, una en pós de otra, las mujeres que ilustraron la nacion israelita; y su vida no es ya á los ojos del cristiano sinó un concierto melodioso, que preparaba por espacio de cuatro mil años el reinado de la Mujer divina. Ya, pues, registremos el libro de la naturaleza, ya meditemos el de las antiguas revelaciones, no nos detengamos en la superficie estéril, en la realidad material, por decirlo así, de los sucesos y los hechos. Al meditar sobre las maravillas de la creacion subamos más allá de sus formas transitorias, bajemos hasta las entrañas de las existencias, y por entre las formas perecederas, descubriremos algunos rasgos de las divinas bellezas de nuestra Reina. Al meditar la Biblia, consultemos la historia profética de los designios de Dios sobre la Vírgen anunciada en los primeros días del mundo. ¡Oh¡ ¡cuántos atractivos tiene este estudio para un alma verdaderamente cristiana! ¡Cuán gustoso es buscar debajo de la cubierta material de los hechos bíblicos las santas realidades del mundo de la gracia!

Muchas veces he pensado, amados hermanos mios, que un pintor cristiano á quien la fé hubiese dado la centella del ingenio, y que supiera inspirarse de un casto entusiasmo hácia la Madre purísima del Hijo de Dios, podría escribir en el lienzo una especie de epopeya del arte cristiano con el auxilio de los datos cuyas ideas principales acabamos de bosquejar. María, sentada en un trono y coronada de sus glorias, aparecería en el punto culminante del cuadro con la apacible majestad que conviene á la Madre de Cristo y á la Reina del

mundo. Se la vería protegiendo con sus miradas y bendiciones á las mujeres inmortales de la antigua ley que hemos traido á la memoria, y que no tuvieron otra vocacion en la tierra que preparar los caminos á la Vírgen por excelencia. A la cabeza de estas mujeres ilustres se presentaría Eva, la madre del género humano, implorando en humilde plegaria la proteccion de Aquella á quien llamaron los santos doctores la divina Eva, la Madre de la descendencia santa, la Reina de todos los escogidos. Sara, Rebeca y Raquel hallarían en este cuadro el lugar marcado por las virtudes con que se distinguieron. María, la hermana de Moisés, Débora, Jahel, Judith, Esther, Ruth, Noemi, la madre de Samuel, la esposa de Tobías, la casta Susana y santa Ana, madre de la Vírgen purísima, formarían una rica guirnalda al pié del trono de la Madre de Dios. El pintor, reuniendo en seguida los siglos del Evangelio con los de la promesa, colocaría al otro lado del cuadro las mujeres sublimes de la ley de gracia, cuyas virtudes y santidad no fueron más que el reflejo de las virtudes de nuestra Señora. Así se distinguirían con los notables lineamientos que las inmortalizaron, las dos hermanas de Lázaro, y las vírgenes que llevan la inmaculada corona de azucenas y la palma de los mártires, y aparecerían santa Elena, santa Clotilde, santa Catalina, santa Teresa y santa Clara, rodeadas de millares de santas que se formaron á la sombra de sus ejemplos é imitaron sus virtudes. Un cuadro dictado por este pensamiento fecundo realizaría la unidad del plan divino. En él descubrirían los ojos del cristiano una síntesis magnífica, cuyo foco iluminador sería María; y si el mismo artista quería completar su obra, pondría al frente de esta epopeya del arte el cuadro del Hombre Dios concebido bajo la inspiracion de la misma idea; al nuevo Adán, reuniendo al pié de su trono los patriarcas y profetas de la antigua ley, desde el padre del género humano hasta el Bautista, y á los santos de la misma ley. En estas dos páginas contemplaríamos un diseño pasmoso del vasto plan de la Sabiduría eterna. El divino Adán y la divina Eva se nos presentarían á la cabeza de los escogidos prometidos y dados á su fecundidad sobrenatural, y cada eslabon de la brillante cadena de los santos despediría un rayo de su gloria.

Por nuestra parte, miéntras llega el dia eterno que debe iluminar la luz inconmensurable del Cordero, como dice el Apocalipsis, busquemos la memoria de los designios de Dios sobre nuestra amable Reina en la naturaleza, la Biblia y la historia. Preguntemos á los objetos de la creacion y á las páginas de nuestros Libros santos lo que

pueden manifestarnos de los tesoros de gracia escondidos en el corazon de María. No imitemos á esos indiferentes adoradores de una naturaleza degenerada y moribunda, que gastan su vida en la estéril admiracion de las sombras que pasan. Subamos más alto que la naturaleza, ó más bien, con el auxilio de los pálidos rayos que aún reflecte, alimentemos la dulce esperanza de contemplar despues de la prueba de esta vida á la Reina del universo en el Cielo de su gloria. Acostumbrémonos á buscar debajo de las cortezas de los Libros santos la sávia divina que cada palabra encierra: escuchemos con nuestras almas la voz del Espíritu Santo, que habla en aquellas páginas inspiradas; y colocándonos en el camino de nuestras primeras esperanzas, no nos olvidemos jamás de aquella Vírgen inmaculada, de la Madre divina de Cristo, que vive desde la eternidad en el amor de su Dios, y ánte la cual se mueven el universo y sus mundos, la gracia y sus maravillas, el Cielo y sus escogidos, como el incensario de oro que el sacerdote maneja en el altar durante los santos misterios.

FIGURAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

QUE SE REFIEREN Á LA VÍRGEN.

DISCURSO II.

Omnia in figura contingebant illis.
Todas estas cosas que les acontecían eran unas figuras.
(I Cor. X, v. 11.)

La ley antigua llevaba consigo á Jesucristo, dice S. Agustin: *Tota lex gravida erat Christo*. Las instituciones, los sacrificios, las ceremonias, los acontecimientos públicos, los edificios, las ciudades, los grandes hombres del pueblo antiguo, no fueron sinó la sombra del porvenir: *Umbram habens lex futurorum* (1). En la ley de Moisés estaba figurada la ley cristiana: los sacrificios cruentos figuraban el sacrificio de la cruz; el Arca santa y el templo de Jerusalén eran figura de los templos y del tabernáculo del culto católico. Abel representaba al inocente Hijo del hombre, Melquisedec su sacerdocio, Job su paciencia, Isaac su muerte, José los actos más interesantes de su vida; Moisés su ministerio, David su dignidad real, Salomon su sabiduría; de suerte, que la vida del Salvador estaba anticipadamente representada en aquellas figuras y en las cualidades de esos hombres. Pero, si la Escritura nos presenta en todas partes la figura del Hijo, no se olvida por eso de la Madre. Por María y para María, el Verbo se hizo carne, pues que nadie como María contribuyó á la obra de la redencion. Con efecto; en las Santas Escrituras encontramos, á la vez que las figuras de Jesucristo, las figuras de María: lo cual, por otra parte, nada tiene de particular, porque los misterios de la Madre se

(1) Hebr. XII, v. 1.

pueden manifestarnos de los tesoros de gracia escondidos en el corazon de María. No imitemos á esos indiferentes adoradores de una naturaleza degenerada y moribunda, que gastan su vida en la estéril admiracion de las sombras que pasan. Subamos más alto que la naturaleza, ó más bien, con el auxilio de los pálidos rayos que aún reflecte, alimentemos la dulce esperanza de contemplar despues de la prueba de esta vida á la Reina del universo en el Cielo de su gloria. Acostumbrémonos á buscar debajo de las cortezas de los Libros santos la sávia divina que cada palabra encierra: escuchemos con nuestras almas la voz del Espíritu Santo, que habla en aquellas páginas inspiradas; y colocándonos en el camino de nuestras primeras esperanzas, no nos olvidemos jamás de aquella Vírgen inmaculada, de la Madre divina de Cristo, que vive desde la eternidad en el amor de su Dios, y ánte la cual se mueven el universo y sus mundos, la gracia y sus maravillas, el Cielo y sus escogidos, como el incensario de oro que el sacerdote maneja en el altar durante los santos misterios.

FIGURAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

QUE SE REFIEREN Á LA VÍRGEN.

DISCURSO II.

Omnia in figura contingebant illis.
Todas estas cosas que les acontecían eran unas figuras.
(I Cor. X, v. 11.)

La ley antigua llevaba consigo á Jesucristo, dice S. Agustin: *Tota lex gravida erat Christo*. Las instituciones, los sacrificios, las ceremonias, los acontecimientos públicos, los edificios, las ciudades, los grandes hombres del pueblo antiguo, no fueron sinó la sombra del porvenir: *Umbram habens lex futurorum* (1). En la ley de Moisés estaba figurada la ley cristiana: los sacrificios cruentos figuraban el sacrificio de la cruz; el Arca santa y el templo de Jerusalén eran figura de los templos y del tabernáculo del culto católico. Abel representaba al inocente Hijo del hombre, Melquisedec su sacerdocio, Job su paciencia, Isaac su muerte, José los actos más interesantes de su vida; Moisés su ministerio, David su dignidad real, Salomon su sabiduría; de suerte, que la vida del Salvador estaba anticipadamente representada en aquellas figuras y en las cualidades de esos hombres. Pero, si la Escritura nos presenta en todas partes la figura del Hijo, no se olvida por eso de la Madre. Por María y para María, el Verbo se hizo carne, pues que nadie como María contribuyó á la obra de la redencion. Con efecto; en las Santas Escrituras encontramos, á la vez que las figuras de Jesucristo, las figuras de María: lo cual, por otra parte, nada tiene de particular, porque los misterios de la Madre se

(1) Hebr. XII, v. 1.

identifican con los misterios del Hijo. Sí; junto al nombre de Jesús, se encuentra siempre el nombre de María.

Por esto me propongo en el presente discurso exponer, particularmente, las figuras vivas del antiguo Testamento, que se adaptan á la Santísima Vírgen. Considerando dividido el cuadro histórico, que voy á trazar, en los dos grandes grupos señalados por los escritores que tratan de los Libros santos, examinaré, 1.°: *La época de la ley natural*; 2.°: *La época de la ley escrita*. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

En el órden cronológico, Eva, madre del género humano, es la primera figura que se ofrece á nuestro estudio: figura antigua y en alto grado majestuosa, que se aparece en la aurora de la creacion, bajo la forma más pura, más rica, más angelical, que la de cualquiera otra criatura, excepto la de María, á la cual, únicamente, puede compararse en el momento de su creacion. Eva, despues de pasar algun tiempo de felicidad en el delicioso paraíso que Dios le había preparado, cedió á las sugestiones de la serpiente, arrastrando en su prevaricacion al padre de la raza humana, á consecuencia de lo cual fuimos condenados todos sus hijos á perpetuo llanto. María, al contrario, nunca salió del paraíso de la gracia, y aplastó la cabeza de la infernal serpiente, salvando de este modo á la humanidad perdida. Es admirable el contraste entre estas dos mujeres tan opuestas en sus respectivos hechos. Eva era vírgen, aunque esposa de Adán, cuando le habló el demonio; y María era tambien vírgen, aunque esposa de José, cuando se le presentó el ángel. Eva dá oidos á la serpiente para dejarse seducir; María escucha al ángel para recibir las órdenes del Cielo. Eva, por creer al demonio, no cree á Dios; María, al contrario, presta absoluta fé al más incomprensible de los misterios, desde que el ángel se lo revela de parte y en nombre de Dios. Eva lleva al colmo su orgullo, su infidelidad y su insubordinacion á Dios; María es un milagro de fé, de humildad y de sumision á Dios. Hé ahí como una vírgen es, en un principio, la ruina del mundo, y otra vírgen es el orígen de su salvacion en el tiempo señalado en los decretos divinos. María vírgen, pues, fué la mediadora y abogada de Eva, que había abandonado á Dios siendo vírgen. La obediencia de María fué el remedio y la reparacion de la desobediencia de Eva. Regocíjate, Adán, exclama otro doctor, y regocíjate con mayor razon, Eva, madre de los hombres: ambos nos disteis la vida, y ambos nos la quitasteis; y por desgracia, os la quitasteis ántes de habérnosla dado;

pero tendreis una Hija que vá á llenaros de júbilo. Celebra en particular su nacimiento, tú, Eva, que fuiste la causa primera del pecado, el primer orígen del mal, la que hiciste extensiva á todas las mujeres la mancha con que empañaste tu pureza. Acude, Eva, á María; madre, arrojaos á los piés de vuestra Hija; porque esa Hija incomparable será abogada y protectora de su madre; esa Hija lavará el oprobio y la ignominia de su madre; esa Hija satisfará por su madre á la justicia de Dios.

La muerte entró en el mundo por la compañera de Adán; y recobramos la vida por María. Eva, siendo vírgen, se desposa con Adán; María, siendo vírgen, es esposa de José, y Madre de Jesús. La palabra que ha de ser causa de nuestra perdicion, se dirige á Eva; la palabra que ha de salvarnos, se dirige á María. Un ángel caido y rebelde sugiere la maldad á Eva, la incita á insubordinarse, y la llena de orgullo; un ángel purísimo comunica á María la voluntad de Dios, inspirándole obediencia, é inclinándola á la humildad. Eva aconseja y aprueba la insubordinacion de Adán; María se identifica íntimamente con todos los sacrificios y la sumision del Verbo hecho hombre. Bajo el árbol de la ciencia del bien y del mal, se ofrece á Eva el fruto de muerte; bajo el árbol de la cruz, entrega María el fruto de salvacion producido en sus entrañas. Eva sedujo al primer hombre y venció su flaqueza, ofreciéndole un alimento *agradable á la vista*; María, ofreciendo un alimento sagrado, cuyo misterio no está al alcance de los sentidos, el alimento del cuerpo de su propio Hijo bajo el velo de la Eucaristía, fortalece las almas, colmándolas para siempre de sabiduría y gracia. Otras analogías pudiera indicaros; mas paréceme suficiente este cuadro general de los rasgos indicados, para que comprendais las miras de Dios. El papel que desempeñó Eva en la prevaricacion del hombre, quiso que lo desempeñase María en nuestra rehabilitacion. Era preciso que lo que se había perdido por su sexo, se rehabilitase por el propio sexo.

La otra mujer más inmediata á Eva, que apareció en los primeros tiempos, y que puede por analogía compararse á María, es Sara, que aparece al empezar el pueblo elegido. Sara es figura de María Santísima por su nombre, que significa como el de María, *soberana*, por su fecundidad admirable. En beneficio de Sara obró Dios igual prodigio, que más adelante había de obrar á favor de Isabel, madre de San Juan Bautista. El Señor concedió á Sara, en edad avanzada, un hijo, Isaac, especial precursor de la víctima del Calvario, hijo que había de darle á conocer al mundo en su propia persona, subiendo

en sus hombros al monte Horeb, el madero para el sacrificio en que habia de ser él mismo la víctima. Sara es igualmente figura de María en las numerosas peregrinaciones que hizo con Abrahán, de Judea á Egipto, y comarcas adyacentes, huyendo del hambre; peregrinaciones comparables á las que en su tiempo emprendió María con José, huyendo del cruel Herodes, cuando dió á sus soldados la órden de matar al Niño Dios.

Otra mujer notable encontramos en los tiempos patriarcales, y es Rebeca. Si el nombre de Sara significa *soberana*, el de Rebeca, segun interpreta san Jerónimo, significa *Virgen perfecta*. ¿Y no es éste, acaso, el título que por excelencia corresponde á la Madre de Dios? Isaías fué el primero que, en sus célebres vaticinios, dió á María Santísima este glorioso dictado: *Ecce Virgo concipiet;* hé aquí, dice, que una Vírgen concebirá. La Iglesia nos presenta á Rebeca como modelo de prudencia. Preciso fué que poseyera esta virtud en grado heróico, para ser figura de la Mujer, á quien la misma Iglesia invoca bajo la metáfora de Trono de sabiduría y de prudencia. La naturaleza habia prodigado sus dones á Rebeca, como María fué dotada con los más preciosos dones de la gracia. Abrahán envió al más fiel de sus criados á pedir para Isaac, su hijo, la mano de Rebeca; y Dios envió al arcángel de las embajadas, al arcángel que habia sido enviado en otro tiempo á Daniel y á Zacarías, para anunciar á María vírgen que sería Madre de su Hijo. Cuando Rebeca oyó las palabras de Eliezer, estaba ocupada en sacar agua de un pozo; cuando María recibió la embajada del ángel ocupábase en llenar su espíritu del agua cogida en el manantial de la gracia, que apaga la sed para siempre. Rebeca fué madre de Jacob, que habia de heredar las promesas hechas á Abrahán y á Isaac; pero María, de quien Rebeca era figura, dió á luz al Hijo en quien habian de cumplirse todas las promesas; al que para salvar á sus hermanos se acomodó el traje de Esaú; al que, como Jacob, aceptó una larga servidumbre, para que su Padre le concediera la esposa que habia elegido, esto es, la Iglesia.

Raquel es, en la série de los tiempos de la ley natural, la última figura que presenta analogías con la Madre del Salvador. Todo es interesante y bello en esta graciosa figura. Su nombre es el emblema de la mansedumbre, pues significa *oveja*. Excelente semejanza con María Santísima, oveja sin mancha, que produjo á Cristo, Cordero de Dios. San Agustin considera á Raquel como símbolo de la vida contemplativa. Bajo este concepto, á nadie puede simbolizar mejor que á la Santísima Vírgen, que en el Templo, durante su infancia, y luego en

Belén, en Nazareth y en el Cenáculo meditaba siempre las cosas de Dios. Raquel, lo propio que María, vive retirada y sola en el hogar, ó anda errante, siguiendo á Jacob, que huye de las iras de Esaú. Pero la analogía más notable entre la figura y la persona figurada consiste, en que Raquel fué madre del salvador de Egipto, y María es Madre del Salvador del mundo. Sí, Vírgen Santísima: Vos, más afortunada que Raquel, habeis sido Madre del José verdadero, que vendido por sus hermanos, los perdona, los alimenta, les enriquece y les preserva del cautiverio y de la muerte.

Más en número son aún las figuras de María en el período de la ley escrita que en el anterior. A proporcion que los siglos adelantan, y los pueblos esperan con mayor ansiedad, los anima y consuela Dios con señales que les dejan vislumbrar la realidad. María, hermana de Moisés, es la primera figura que se presenta á nuestros ojos en esta época; y notad, que esta mujer es, entre las que se nombran en la Biblia, la única que goza del privilegio de llamarse María ántes que la Madre de Jesucristo. Los comentadores de los Libros santos dicen, que la hermana de Moisés se conservó vírgen. La Escritura la titula profetisa. Aquella María, colocándose al frente de las mujeres de Israel, entona con ellas el himno de gracias, y ocupa su puesto al lado de sus hermanos, Moisés, caudillo del pueblo, y Aaron, sumo sacerdote; María, Madre del Salvador, es Reina de las vírgenes, nueva profetisa que celebra y canta las magnificencias del Señor, anunciando al mundo el reinado de la paz y el dia de las misericordias; y no se separa de Jesucristo, Sumo Sacerdote verdadero, ni en Belén, ni en el Templo, ni durante su peregrinacion evangélica, ni en el Calvario, ni en el Cielo.

Cuando Moisés recibió de Dios la órden de volver á Egipto para sacar á su pueblo de la esclavitud, «tomó á su esposa Séfora y á sus hijos, y montándolos en un asno, regresó á Egipto, llevando en su mano la vara de Dios.» ¿Quién no reconoce en este grupo la imágen de la Sagrada Familia en su viaje á Egipto, cuando huía de la persecucion de Herodes, tal como nos la representan las reseñas y cuadros acomodados á la tradicion?

El pueblo gemía bajo el yugo de los Cananeos, clamando arrepentido al Señor; y al mismo tiempo tenía Israel en calidad de juez que lo gobernaba, á una profetisa llamada Débora. Sentada al pié de una palmera, juzgaba las desavenencias de sus conciudadanos que sometían á su fallo. Viendo al pueblo sumido en afliccion, envió á Barac, que San Ambrosio y otros comentadores creen era hijo suyo, dicién-

dole: «Vé en el nombre del Señor Dios de Israel, que te lo manda; guía el ejército al monte Tabor, y yo conduciré las huestes enemigas, entregándotelas á tí.—Si vienes conmigo, respondió Barac, iré á donde me mandes; pero si no quieres venir, tampoco iré yo.—Iré contigo, contestó la profetisa: y la victoria fué completa.» ¿Quién puede compararse á Débora? ¿quién es nuestra profetisa, que sentada igualmente al pié de la palmera, aguarda que el pueblo le manifieste sus diferencias para juzgarlas? ¿Dónde está la mujer que despierta al guerrero, anunciándole que está próximo el momento del triunfo, y acompañándole, pelea con él hasta alcanzar victoria completa? Vosotros la conoceis, la habeis nombrado, la habeis visto, la habeis saludado: es la Vírgen Santísima. María es más que una profetisa, como quiera que fué anunciada ya al principio del mundo. La palmera, á cuya sombra se sienta para juzgar al pueblo, es el Templo santo, mansion de paz y de concordia, donde expone á Dios los deseos de las generaciones que esperan al Mesías, con objeto de que los satisfaga. El caudillo á quien incita á pelear es Jesús, el invencible gigante, en compañía del cual sube al Calvario el dia de la gran batalla, sin abandonarle hasta que el velo del Templo se haya rasgado, y se eclipse el sol, y la naturaleza se estremezca en sus profundidades, hasta que el mundo, en fin, se haya salvado.

¿Y á quién representa Jael, esta mujer esforzada, que taladra con un clavo las sienes del enemigo de Israel? Jael representa la fé de la Iglesia, que destruye el imperio del demonio por la virtud eficáz de la cruz del Salvador. Jael es al mismo tiempo figura de María Santísima, quien con la cruz de su Hijo aplastó la cabeza de la infernal serpiente.

La privacion, el sufrimiento, la amargura y las angustias, señales característicos de la Santísima Vírgen, debían estar tambien especialmente simbolizados en la antigua ley, y lo estuvieron en efecto. Juzgadlo por las tres notables figuras de que voy á hablaros. La primera es la hija de Jefté, Seía, nacida para el dolor. Hija única del valiente caudillo del pueblo, fué saludada con envidia en sus primeros años por sus compañeras. Y sin embargo, ¡cuán léjos está de serle propicio el Cielo! La tierna vírgen, resignada y sumisa á la inflexible voluntad de su padre, subirá á la cima del monte, para llorar su malograda primavera. Todo se marchitará á su alrededor, como la planta cortada por el segador; todo se marchitará, hasta los recuerdos y las esperanzas, la gloria y la pátria, la familia y su juventud efímera.

La segunda figura á que me he referido, es Noemi, la mujer que

renuncia al título de *hermosa* para tomar el de *amarga*. El Señor la colma de amargura, privándola de su esposo y de sus hijos. Sola está en el mundo, con el corazon oprimido por la angustia y los ojos arrasados contínuamente en lágrimas.

Tambien está simbolizada la Santísima Vírgen en la madre de los Macabeos, cuyo elogio hace la Escritura en estos términos: «Fué una madre superior á todo elogio, digna de vivir eternamente en la memoria de los justos, pues, al ver á sus siete hijos morir todos en un mismo dia, sufrió con constancia, esperando en Dios, y exhortando resueltamente á cada uno de ellos á sufrir el martirio.» La angustia de María en el Calvario excede á los sufrimientos de la hija de Jefté; la amargura de su corazon fué mayor que la de Noemi; y su magnanimidad, mayor que la de la esforzada madre de los Macabeos.

Y al recordar el libro del que he tomado el nombre dulcísimo de Noemi, se me ocurre otro nombre no ménos dulce ni ménos significativo: el de Ruth la moabita. Su historia es sencilla y tierna. Desheredada y pobre, va á recoger espigas en los campos del rico. Su resignacion, su modestia, su asiduidad en recoger las espigas que caen de las manos de los segadores, interesan á Booz, dueño de la miés. «Mira, hija mia, la dice, no vayas á trabajar al campo de otros: no vayas más que á mis campos. Júntate con mis siervas, y vé adonde ellas trabajen, pues he dado órden á mis criados de que no te molesten. Si tienes sed, vé adonde están los cántaros y bebe agua de la destinada á los dependientes.» Postróse Ruth en tierra, y dijo á Booz: «¿De dónde he merecido el haber hallado gracia delante de tí, y el que te dignes favorecerme á mí, pobre forastera?» Este humilde lenguaje guarda mucha analogía con el que usó la Santísima Vírgen al contestar al enviado celestial, así como las palabras del arcángel guardan cierta analogía con las que pronunció Booz. «El Señor te premie por tu accion, y recibas una cumplida recompensa del Señor Dios de Israel, á quien has implorado y á cuya sombra has buscado un amparo.» A consecuencia de esta respuesta la jóven de Moab fué esposa de Booz, habitando con él en Belén, donde dió á luz un hijo llamado Obed, que fué progenitor de David, y, por consiguiente, del Mesías. Tambien la Madre de Dios, por haber hallado gracia delante del Espíritu Santo, fué elegida para esposa suya, y dió á luz en Belén á Aquel, á quien por espacio de cuatro mil años estaban esperando las generaciones.

¿Y no es notable tambien la analogía que se descubre entre Abigail, que sale al encuentro de David y aplaca su indignacion, obte-

niendo el perdon de los culpables, y María, que calma los enojos del gran Rey, alcanzando misericordia para los pecadores? entre la reina de Sabá, que viene de los confines de la tierra para admirar la sabiduría de Salomon, y María, que *se levanta del desierto como una columna de humo exhalado por la mirra, el incienso y todos los aromas*, para presentarse ante la eterna Sabiduría? entre la casta Sulamitis, cuyo sublime cántico respira amor celestial, y María, Reina de las vírgenes, enteramente abrasada en amor divino? entre la mujer fuerte que Salomon dice ser de inestimable precio, y María, mil veces más preciosa que todas las riquezas y joyas, María, que es la perla por excelencia, por cuanto á los ojos de Dios vale más que todo el universo? entre Betsabé, madre de Salomon, á quien este gran monarca hizo sentar en un trono diciéndola: «pedid, madre mia, cuanto querais,» y María, sentada junto al Rey de la gloria, que accede á todo cuanto le pide? entre Sara, esposa de Tobías, hijo, á la que la Escritura cita como modelo de inocencia, de cordura, de piedad y de confianza en Dios, y María, modelo incomparable de todas las virtudes? Pero reasumamos esta série de figuras, recordando dos de especial importancia.

Judith simbolizó á María, en los *dones* que recibió, en su *victoria*, en su *cántico* de accion de gracias, y en su *vida*. Judith fué la más hermosa de las mujeres, la más casta é irreprensible de las viudas; fué, en una palabra, la gloria de su nacion; y la Vírgen Santísima está dotada de dones más preciosos todavía, como lo son los de la gracia; es la más pura de las vírgenes, es, por último, la gloria de la Iglesia de Jesucristo. Judith venció á Holofernes con fuerte brazo, ahuyentando, con el poder de su nombre, al ejército enemigo, por lo cual se la proclamó redentora y madre de las tribus de Israel, alegría y honor de su pueblo; María, más fuerte que Judith, derrota al príncipe de las tinieblas, destruye las herejías solo con su nombre; nombre de triunfo, bendecido por la Iglesia y por todas las generaciones. Judith, en su cántico de accion de gracias, refiere á Dios el buen resultado de su empresa: Dios solo, dice la heroína, es Señor de la guerra; María, en el sublime cántico que todos los cristianos repiten, aunque elevada al colmo de la grandeza, se considera como la más humilde esclava del Señor, confesando en alta voz, que cuanto reconoce en sí de grande, procede de la mano del Omnipotente. Judith, viuda en Betulia, vuelve á la soledad despues de su admirable triunfo, y pasa el resto de su vida en la mortificacion, el silencio y la oracion; María, Vírgen Santísima, vivió en la soledad, lo mismo

en Nazareth, que en Éfeso, entregada á la meditacion y á la comunicacion íntima con Dios.

Y entre esta ilustre série de mujeres célebres, ¿cómo pudiéramos olvidar á Esther, cuya semejanza con María es más notable aún que la de las demás que acabo de citaros? Era Esther una doncella desconocida, hasta que el más grande y poderoso de los reyes de su tiempo, puso en ella los ojos para colocarla en el trono. Así tambien María, vírgen desconocida de todo Israel, atrae sobre sí las miradas de Dios, que la eleva á la altísima dignidad de Madre suya. Vasthi, antigua esposa de Asuero, fué repudiada por haber desobedecido á su señor. Así tambien Dios repudió á Eva, que había prevaricado, y eligió á María para Madre de los hombres. Existía una ley que no se había hecho para Esther, lo mismo que no se había hecho para María, la ley de la maldicion primera, y de la cual será siempre exceptuada, no dejando, ni siquiera por un instante, de ser pura. En esta historia toda figurativa, Amán representa al demonio, así como el pueblo judío simboliza al pueblo cristiano, y como Mardoqueo es el emblema de los devotos de María. Ved ahora la excelente aplicacion de estos antecedentes. Amán, imágen del príncipe de las tinieblas, había jurado la ruina de Mardoqueo y de su raza. Levántase Esther entónces para humillar el orgullo de Amán. Vístese las insignias reales, y se presenta al príncipe para exponerle su peticion. Asuero la escucha, y accede á lo que solicita. El resultado fué, que Amán murió en la misma horca que había hecho levantar para Mardoqueo, y el pueblo judío se salvó. ¡Oh María, poderosa Reina nuestra! ¿Qué haceis Vos, sinó utilizar el agrado con que el Señor os mira, para burlar las asechanzas del Infierno, triunfando del poder de las tinieblas y constituyéndoos en Libertadora de vuestro pueblo?

¡Admirable es la analogía que se nota entre las figuras enumeradas, y la elevada persona á quien representaron! ¡Cuánto se goza la imaginacion en recordar esos antiguos símbolos! Su duracion personal estuvo, como la de cualquier otro individuo, reducida á pocos años, miéntras su duracion simbólica será eterna. Constantemente se las verá en pié delante de las generaciones, representando rasgos diferentes de la persona augusta que los reune todos. Ya veis, pues, que el culto que tributamos á la Vírgen Santísima no es obra del entusiasmo, no es creacion ideal de la poesía, un ciego extravío del corazon, no; porque se funda en las divinas enseñanzas, en los hechos de la revelacion, y está escrito en todas las páginas de la Escritura Santa; porque está vinculado á los nombres de venerables

matronas que ilustraron al pueblo de Israel. Dios ha querido que la memoria de la Santísima Vírgen María estuviese grabada en todas partes con caractéres indelebles: en las profecías, en las figuras, en los emblemas del mundo exterior; en la historia de las naciones, en los milagros de su Providencia, y, principalmente, en nuestros corazones. Amémosla constantemente; invoquémosla en todas nuestras necesidades; así Ella, despues de habernos colmado de gracias en este lugar de quebranto, nos conducirá á la gloria.

PREDESTINACION DE MARÍA.

DISCURSO I.

Ab æterno ordinata sum.
Desde la eternidad soy el principio de todo.

(Prov. VIII, v. 23.)

Esther, huérfana que vivía en cautiverio acompañada de su tio Mardoqueo, sentóse por disposicion de Dios en el trono de Asuero. David, el jóven pastor, fué ungido rey de Judá por mandato del Señor, que al efecto le envió el profeta Samuel. Maravillosas fueron estas vocaciones; pero ¿en qué pueden compararse con la de María?

Dios, que en la eternidad había previsto la caída del género humano, tambien había resuelto en su misericordia redimirlo por medio de la Encarnacion. Como una mujer había sido la causa del pecado, quiso que otra mujer fuese el instrumento del gran misterio de la reconciliacion. Esta mujer debía ser la Vírgen María. ¡Sé eternamente honrada, augusta Madre de nuestro Redentor!

Consideremos hoy, amados hermanos mios, la sublime predestinacion de María. 1.°: *Es llamada á ser Madre de Dios, su cooperadora y sus delicias.* 2.°: *Su fidelidad en cumplir los designios de Dios sobre ella, debe servirnos de modelo.* Tal será la materia de mis reflexiones. Ayudadme á implorar los auxilios de la gracia. A. M.

María es verdadera y únicamente grande por lo que Dios obra en Ella; esto es, por la dignidad sublime á que quiere elevarla, y por las gracias con que la adorna para hacerla digna de sus dones. Servir, no solo de instrumento útil, sinó de medio necesario á la Encarnacion del Verbo; proveer á Jesucristo de un cuerpo y de lo demás que compone la humanidad de que quiere revestirse, es el augusto

matronas que ilustraron al pueblo de Israel. Dios ha querido que la memoria de la Santísima Vírgen María estuviese grabada en todas partes con caractéres indelebles: en las profecías, en las figuras, en los emblemas del mundo exterior; en la historia de las naciones, en los milagros de su Providencia, y, principalmente, en nuestros corazones. Amémosla constantemente; invoquémosla en todas nuestras necesidades; así Ella, despues de habernos colmado de gracias en este lugar de quebranto, nos conducirá á la gloria.

PREDESTINACION DE MARÍA.

DISCURSO I.

Ab æterno ordinata sum.
Desde la eternidad soy el principio de todo.

(Prov. VIII, v. 23.)

Esther, huérfana que vivía en cautiverio acompañada de su tio Mardoqueo, sentóse por disposicion de Dios en el trono de Asuero. David, el jóven pastor, fué ungido rey de Judá por mandato del Señor, que al efecto le envió el profeta Samuel. Maravillosas fueron estas vocaciones; pero ¿en qué pueden compararse con la de María?

Dios, que en la eternidad había previsto la caída del género humano, tambien había resuelto en su misericordia redimirlo por medio de la Encarnacion. Como una mujer había sido la causa del pecado, quiso que otra mujer fuese el instrumento del gran misterio de la reconciliacion. Esta mujer debía ser la Vírgen María. ¡Sé eternamente honrada, augusta Madre de nuestro Redentor!

Consideremos hoy, amados hermanos mios, la sublime predestinacion de María. 1.°: *Es llamada á ser Madre de Dios, su cooperadora y sus delicias.* 2.°: *Su fidelidad en cumplir los designios de Dios sobre ella, debe servirnos de modelo.* Tal será la materia de mis reflexiones. Ayudadme á implorar los auxilios de la gracia. A. M.

María es verdadera y únicamente grande por lo que Dios obra en Ella; esto es, por la dignidad sublime á que quiere elevarla, y por las gracias con que la adorna para hacerla digna de sus dones. Servir, no solo de instrumento útil, sinó de medio necesario á la Encarnacion del Verbo; proveer á Jesucristo de un cuerpo y de lo demás que compone la humanidad de que quiere revestirse, es el augusto

privilegio concedido á María. ¡Cuánta grandeza! ¡Cuánta elevacion! Juzguémos estos dones por la estrecha union que debe contraer con todo un Dios. No es una mera union de afinidad ó de compañía, sinó union de consanguinidad, que debe hacer de la carne y sangre de María, la carne y sangre de Jesucristo; union tan íntima, que hace que Jesucristo pertenezca entero á María, como el hijo pertenece entero á su madre: que Jesucristo sea una parte de María, como el hijo forma parte de su madre. Así como no se puede comprender, que uno sea hijo sin tener madre, así no se puede representar á Jesucristo sin María. La Santísima Vírgen, no solo comunicará su sustancia á Jesús, sinó que participará de la más augusta cualidad de Dios. En efecto: si Dios engendra á su Hijo único, María le concebirá y dará á luz, llegando á ser Madre suya tan perfecta, que tendrá sobre su Hijo los mismos derechos que el Eterno Padre. Así como el Padre dice á Jesucristo: *Tú eres mi Hijo, el Hijo que engendré ántes de que existiese la estrella de la mañana*, María podrá decirle con igual verdad: Tú eres mi Hijo, mi propio Hijo, á quien he concebido en la plenitud de los tiempos, de la misma manera que el Padre celestial te engendra en el esplendor de los santos. En efecto: si el Padre Eterno engendra á Jesucristo de su sustancia, María le concebirá de su propia sangre; si el Padre Eterno le engendra en su seno, María le concebirá en el suyo; si el Padre Eterno le engendra por medio del conocimiento de sus grandezas, María le concebirá por la confesion que haga de su nada; si el Padre Eterno le engendra de un modo inefable, María le concebirá de un modo milagroso; si el Padre Eterno, en fin, divide con María los derechos que tiene sobre Jesucristo, María dividirá con el Padre Eterno los incontestables derechos que tiene sobre su Hijo único. Exclamemos aquí, contemplando esta grandeza de María, con los mismos sentimientos de admiracion que en otro tiempo hacían exclamar á S. Pablo contemplando á Jesucristo: *¿Cuál es el ángel*, decía el santo Apóstol, *á quien el Señor haya llamado Hijo suyo*? ¿Cuál es la distinguida criatura, decimos igualmente nosotros, con quien Dios haya compartido jamás los derechos que tiene sobre Jesucristo? El que ha comunicado á los ángeles su pureza, á los profetas sus luces, á los soberanos su autoridad, á los conquistadores su poder, solo á María ha dado participacion en su Paternidad divina. Angeles del Cielo, vosotros fuisteis sus anunciadores; justos del antiguo pueblo de Dios, vosotros le figurasteis; reyes de Judá, vosotros fuisteis sus ascendientes: pero María, más distinguida que todos vosotros juntos, será

su verdadera Madre. Una sola palabra que se la dirá de parte de Dios, reunirá y sobrepujará todos vuestros privilegios; una sola palabra de obediencia que pronunciarán sus labios, cumplirá vuestros deseos y esperanzas. Apénas haya dicho María, desde el fondo de su humildad: *Hágase en mí segun la palabra del Señor*, María participará, en cierto modo, de las cualidades de las tres Personas divinas; compartirá la dignidad del Padre, la humanidad del Hijo y la fecundidad del Espíritu Santo.

Continuemos meditando las grandezas de María, que cuanto más reflexionemos sobre ellas, más prodigios y más señalados privilegios descubriremos. ¿Quién no presume que al elegirla Dios para Madre de su Hijo, la concedería todas las excelencias de que María fuese capáz? Sin embargo, por el ministerio de cooperacion con que la ennoblecerá más adelante, puede decirse que la elevará á otra dignidad tan alta como la primera. Que María sea Madre de Jesús es ciertamente un prodigio; pero ser cooperadora de Dios en la obra de la reconciliacion del hombre con su Criador, es, igualmente, un privilegio que encierra toda grandeza y toda excelencia. Tal es el ministerio que María viene á ejercer en la tierra. Desde el primer acto de la Encarnacion de Jesucristo, éste obrará de concierto con María, y María obrará de concierto con Jesucristo para la salvacion del mundo.

Si el Salvador toma una carne semejante á la nuestra, María suministrará la sustancia de esta carne; si Jesucristo quiere sujetarse á la vergonzosa pena impuesta á los descendientes de Abrahán, María presidirá esta dolorosa operacion; si Jesucristo en la infancia se presenta á su Padre en el Templo, María, superior á todos los pontífices de quienes desciende, representando á los justos de la antigua alianza que la precedieron, y á los santos de la nueva que la seguirán, prestará su ministerio, y hasta sus propias manos, para ofrecer al Padre Eterno la hostia pacífica que formaba la esperanza de la antigua ley, y será el consuelo de la nueva; si Jesucristo, para reparar la criminal independencia de nuestros primeros padres, quiere sujetarse á una exacta obediencia, lo ejecutará empezando por reconocer la autoridad maternal de María; si para extender su Reino quiere, por primera vez, ostentar su poder sobre los elementos, por los ruegos de María lo ostentará; si el cuerpo de Jesucristo es atravesado para nuestra redencion por los clavos y la lanza, el alma de María será herida al mismo tiempo y para el mismo fin, por una espada de dolor; si Jesucristo lleva en su cuerpo la pena de nuestros pecados, María la llevará en su corazon; y juntos, en un dolor comun,

ambos ofrecerán un mismo sacrificio; uno, derramando sangre de su cuerpo; y otro, vertiéndola de su corazon; si Jesucristo envía el Espíritu Santo á su Iglesia, María le atraerá con sus ruegos; si Jesucristo, por último, anima á sus discípulos con la palabra, María les sostendrá con el ejemplo. De modo, que conformando María sus obras con los designios de Dios, contribuirá con sus trabajos, sus súplicas y sacrificios á la grande obra de la misericordia de Dios para con los hombres.

No se alarme ahora sin fundamento un celo falso, tomando por comparacion ingeniosa ó exagerado paralelo lo que acabo de expresar. No ignoramos que solo de Jesucristo y por sus méritos hemos recibido y conservamos la vida, la gracia y la salvacion; pero tambien sabemos, que nada se ve con más frecuencia en los escritos de los santos doctores, cuando hablan de María, que los títulos gloriosos de Reparadora del pecado en union con el Hombre-Dios; de principio de salud, fuente de gracia, árbol de vida, puerta del cielo, Redentora con el Redentor, Mediadora con el Mediador, víctima con el Cordero sin mancha; títulos con que todos la honran. De ahí deducen los santos la consecuencia que nosotros tambien debemos sacar con ellos, á saber: que siendo Dios quien la llamó á tan augustos y sublimes ministerios, Dios, que pide tanta pureza en sus ministros, adornó y revistió á María de una santidad digna de las elevadas funciones que tenía que ejercer; la dispuso, en una palabra, del modo más conveniente para que se asociase á Jesucristo nuestro Pontífice. Ahora bien: como María no mereció ser asociada al divino Pontífice, sinó participando de la santidad de su sacerdocio; y como, segun san Pablo, Jesucristo fué un Pontífice, puro, santo, inocente, separado de los pecadores, y más alto que los Cielos, asimismo quiso el Señor, que María fuese, en debida proporcion y por gracia, lo que Jesucristo fué sin medida y por sí mismo, esto es: santa, separada de la masa corrompida de los hombres, superior á los habitantes del Cielo, y capáz de ser propuesta á todo hombre como ejemplar acabado de perfeccion espiritual. Convenía, en efecto, que hubiese alguna proporcion entre la santidad de Jesucristo y la de María, como la hay entre su respectivo ministerio. Siendo Jesús el manantial, la plenitud y el modelo de la santidad, María debía ser la imágen más perfecta, la más fiel expresion de la santidad de Jesucristo. Así es, que desde el primer instante de su concepcion, toda la vida de la augusta Vírgen representa perfectamente la vida de su Hijo. Tal debía ser, y tal fué María, para poder cooperar á la obra de Dios, y para hacer las

delicias del Altísimo, lo cual es el segundo rasgo de la grandeza de la Madre de Jesucristo.

Al salir el hombre de las manos de su Hacedor eterno, era, aunque formado de tierra, un vaso de honor, destinado á hacer las delicias de Dios. Caido del esplendor de su primer estado, convirtióse á los ojos de su Criador en objeto de indignacion y cólera con todos sus descendientes, herederos de su desventura. Dios, empero, eligió para sí en la tierra un lugar de delicias; lugar que designó por sus profetas, refiriéndose á una criatura privilegiada con quien se desposaría en justicia y fé, y en la cual pondría todas sus complacencias. Prometió, además, que daría á esta persona un nombre nuevo, que se llamaría su Amada, y sería como una corona de gloria en la mano del Señor, y como la diadema de honor de su Dios y Rey. ¿Será necesario que os nombre la persona á quien se dirigían tan magníficas promesas? ¿No adivinais que es María, en quien recibieron dichoso cumplimiento? ¿No es esta Vírgen purísima aquella de quien los santos padres aseguran ser las delicias del Señor? ¿No es Ella el jardin esmaltado de las más hermosas flores de justicia y marcado con el sello de la Santísima Trinidad? ¿No es esta hija del Cielo, á quien el divino Esposo llama frecuentemente su querida, y de quien habla con una especie de enajenamiento? Siendo así, ¿qué debemos pensar de los tesoros celestiales con que el Señor enriqueciéra ese precioso tabernáculo? ¡Ah! representémonos al Dios infinitamente santo, reuniendo todo lo más espléndido que ha repartido en las demás criaturas, para aglomerarlo en María, haciendo de Ella un templo donde resplandezca la caridad de los querubines, el celo de los serafines, la fé de los patriarcas, y la pureza de los ángeles; donde los adornos exteriores guarden armonía con la interior belleza; donde miéntras el interior esté lleno de la más ardiente caridad, de las intenciones más puras y de los sentimientos más sublimes, lo de afuera esté adornado de sabiduría, de bondad y de grandeza, en términos, que obliguen á cuantos fijen en él su vista á exclamar: *Hé ahí el tabernáculo de Dios con los hombres*, del que se propone hacer para sí lugar de reposo y de delicias; *hé ahí á la Esposa, que baja del Cielo vestida y engalanada para celebrar sus nupcias con el Rey de la gloria*; hé ahí el edificio milagroso que Dios ha hecho en su magnificencia, el único entre todo lo criado digno de Él. En efecto, tal es la grandeza de María, que solo Ella es digna de Dios, así como solo Dios es digno de María. Es digna de Dios, porque solamente en María puede contemplar la fiel imágen de sus adorables perfecciones.

Es digno Dios de María, porque en Dios solamente puede encontrar la plenitud de sus virtudes. Así es, que, instruída desde el primer instante de su sér en las grandes cosas que el Altísimo obrára en Ella, se la observa atenta sin descuido á conservar la gracia, constante en defenderla, fiel en seguirla, deseosa de aumentarla, correspondiendo sin intermision á los designios del Eterno. De este modo, siendo María grande por las cosas que Dios obró en Ella, tambien lo será por las que Ella obrará por Dios.

¡Oh Vírgen prometida! ven, crece para Dios, preparándole su tabernáculo. Encerrándose dentro de Tí, te conferirá los más ilustres privilegios; y elevándote á la Maternidad divina, te asociará á sus obras, así como harás siempre sus delicias. Ven, y crece para dignidad tan sublime, para destino tan glorioso, que por Tí quiere venir á nosotros y sacarnos de la esclavitud. Vive y crece para nuestra salud y para darnos el Libertador que esperamos.

Solamente la gracia fué la que formó la verdadera grandeza de María Santísima y la causa primitiva de toda su santidad. Así debía ser, hallándose la Santísima Vírgen destinada á tomar parte en las maravillas de la redencion de los hombres, y á cooperar al cumplimiento de los designios de la divina Providencia. Solo la gracia, pues, creó ese vaso de magnificencia, y le llenó de los más preciosos dones. Ese divino fuego, consumiendo todo lo que podía haberse infiltrado en su naturaleza procedente de la masa general de perdicion, desenvolvió al mismo tiempo en su alma los gérmenes de la justicia y de la vida. Ese fuego celestial, disipando las sombras de la soledad, la rodeó de gloria en medio del desierto, haciéndola aparecer en su natalicio con los puros colores de la aurora, cuando anuncia á los mortales un dia sereno: *Quasi aurora consurgens de deserto.* Nosotros, en verdad, no hemos recibido como María el don de la gracia en nuestro nacimiento, porque nada podía inclinar al Señor á distinguirnos de esta suerte, exceptuándonos de la sentencia fulminada contra todos los hombres; pero, á lo ménos, recibimos esta gracia en las fuentes bautismales por medio de un espiritual renacimiento. Por la eficacia del bautismo hemos sido elevados á la adopcion del mismo Dios; hemos sido hechos hijos de Dios; el espíritu de Dios ha bajado sobre nosotros, fijando en nosotros su morada como en su templo. Sepultados allí con Jesucristo, según la frase del Apóstol, para resucitar con Jesucristo, hemos sido marcados con el sello de la fé, honrados con el distintivo de cristianos, y agregados al pueblo santo, recibiendo una gracia de

plenitud, de preferencia y de eleccion de que no han participado naciones enteras. En virtud de la gracia que nos santifica, somos hijos de Dios. En virtud del gran privilegio de adopcion divina que nos comunica el bautismo, no formamos en adelante más que una sola familia con Jesucristo, de la cual Dios mismo es el Padre: de modo, que si María tuvo la ventaja de aproximarse á la divinidad más que el resto de los hombres, no nos quita á nosotros la gloria de participar, como cristianos, de la naturaleza divina, más que el resto de los hombres á quienes Jesucristo no ha llamado á la luz de la religion: *Divinæ consortes naturæ.* ¡Qué gloria para María la de ser destinada para Madre de Dios, pudiendo decir de Él: Hé aquí el hueso de mis huesos, y la carne de mi carne;» y destinada á unirse con el Espíritu Santo como esposa, á tener con el Padre Eterno, en quien reside toda Paternidad en el Cielo, una relacion tan eminente, que la autorice á decir á Dios: *Eres mi Hijo; hoy por mí misma te he dado á luz!* ¡Qué gloria, en fin, la de ser elegida para tener á Dios á sus órdenes, y mandar á Aquel en cuya mano están los imperios, y que quebranta á los orgullosos reyes del mundo como vasos de barro! Gloria incomparable es sin duda; pero tambien es grande la del cristiano en rendir culto á un Dios, cuyo servicio es el imperio; en ser por su propio estado hermano y miembro de Jesucristo, del Rey de la gloria, ante cuyo nombre todo en el Cielo, en la tierra y en el abismo dobla la rodilla: en poder disfrutar de sus mercedes, participar de sus derechos, revestirse de sus méritos, vivir de su espíritu y participar de su Reino. La gracia del bautismo es, indudablemente, de un órden muy inferior á la gracia de María; mas ¿no opera en nosotros proporcionalmente los mismos efectos? ¿No recibimos, por ventura, una gracia que nos santifica, elevándonos á la dignidad de hijos de Dios; una gracia, que comunica á todas nuestras acciones el mérito que las hace dignas de Dios y de la vida eterna que en Dios debemos poseer? ¿A qué, pues, seremos sensibles, si no lo somos á tan preciosos beneficios? ¡Ah! si conociésemos el precio de este don de Dios; si el pecado no nos cegase hasta el punto de borrar el sentimiento de nuestra propia grandeza, ¿dejaríamos de mirar esta privilegiada gracia como la mayor de nuestras glorias? El único pensamiento que nos ocuparía y el que habría de afectarnos más, fuera el de respetar en nosotros la estimable cualidad de hijos de Dios, prefiriéndola á todos los honores del siglo, recogiéndonos con frecuencia dentro de nosotros mismos, para hacer la siguiente reflexion: ¿Qué soy yo delante de Dios y junto á Dios? Por la gracia de.

bautismo tengo el derecho de llamarle Padre, y Dios mismo quiere, no obstante ser Dios, reconocerme por hijo suyo. Hé aquí lo que Dios estima en mi persona, y en lo que debo fundarme para confiar en Él y gloriarme de su grandeza. Todos los demás títulos de nacimiento ó de fortuna que podrian darme en el mundo alguna distincion, son títulos vanos, perecederos, peligrosos.

Dios quiere que comprendamos todo el valor de las gracias que nos concede. Celoso de sus dones, como de su gloria, deja de mostrarse misericordioso con el hombre que no se muestra agradecido. ¿Pensamos nosotros esto cuando olvidamos la grandeza del beneficio de nuestra adopcion y vocacion como cristianos? ¿Nos mostramos bastante sensibles á las misericordias que el Señor derramó sobre nosotros, prefiriéndonos á infinitas almas, á las cuales ha dejado en el camino de la perdicion? La preferencia que Dios concedió á María, preservándola de la servidumbre del demonio, fué el motivo más poderoso de su agradecimiento desde el primer momento de su vida. ¿Cómo, pues, un cristiano, á quien Dios ha elegido con singular benevolencia é ilustrado, llamándole al conocimiento de la verdad, no levantará su voz contínuamente, recordando, á ejemplo de María, la grandeza del beneficio con que el Señor enriqueció su alma, diciendo: ¿Qué has hallado en mí, oh Dios mio, qué es lo que ha podido atraerme una tan señalada distincion de gracia y misericordia? ¿Qué he hecho por Tí, para que así me hayas preferido á tantos pueblos, como en el mundo dejas entregados á la perdicion? ¿Por qué me has distinguido con tanta bondad, haciendo brillar más y más en mí el poder de tu brazo, y las maravillas de tu amor? Dáme, Dios excelso, un corazon capáz de amarte tanto como mi reconocimiento exige, y el exceso de tu bondad merece.

La excelencia de las prerogativas que honramos en María, no ha de inducirnos á disminuir el aprecio que debemos hacer de nuestros propios privilegios. ¡Oh! si la idea de la gracia que Dios ha concedido á la excelsa Vírgen, nos hiciese tener en nada lo que nosotros hemos recibido, solo porque es de un órden inferior á la de María, ¿no podría el Señor reprendernos como el padre de familia, de que habla el Evangelio, reprendía á los trabajadores descontentos? ¿Vuestro ojo ha de ser malo, porque yo sea bueno? pudiera decirnos el Señor. Los beneficios que dispenso á una de mis criaturas, ¿disminuye el valor de los que á vosotros os concedo? Si fueseis sensibles á la desgracia de vuestro orígen, ¿no estimariais en mucho el favor de haberlo reparado superabundantemente? Comparad la reparacion con la caida, y juzgad por vosotros mismos. En otro tiempo, como víctimas infortunadas del demonio, estabais entregados á su dominacion, decía San Pablo á los Corintios, y no había remedio para vosotros, si Dios os hubiera abandonado á vuestra triste suerte. ¡Ah! sirva el estado á que os veiais reducidos para excitar vuestro reconocimiento, cotejándolo con este en que os hallais ahora. Vuestra alma, prosigue el grande Apóstol, estaba vergonzosamente manchada del pecado; mas purificáronla las sagradas aguas del bautismo: *Sed abluti estis*. Había sido profanada por el demonio, que hizo de ella su mansion; pero el Espíritu Santo, despues de arrojar al demonio, la santificó por sí mismo, eligiéndola para morada suya: *Sanctificati estis*. La iniquidad se apoderó de ella, sin dejar potencia alguna en que no penetrase; pero la iniquidad abandonó el puesto á la justicia y á la gracia: *Sed justificati estis*. Así, pues, ya consideremos la gracia de nuestra regeneracion en sí misma, ya la miremos bajo el punto de vista de sus consecuencias, la encontraremos, si no perfectamente igual á la de María, al ménos maravillosamente conforme, sirviendo la excelencia de la suya para aumentar el precio de la nuestra. A pesar de esto, ¿qué cristiano hace consistir su gloria en verse revestido de tan alta gracia? ¿Es eso lo que más estimamos? ¿Acaso con eso nos creemos dichosos y favorecidos de Dios? La gracia del bautismo empieza casi con nuestro nacimiento, puesto que entre uno y otro debió de mediar un breve intervalo. ¿Por qué apreciamos tanto nuestra venida al mundo, y nos afecta tan poco el haber recibido entónces la gracia de nuestra regeneracion? ¿Por qué somos tan poco sensibles á este beneficio? ¡Ceguedad extraña! Casi todos despreciamos el solícito honor de hijos de Dios en virtud del privilegio de su gracia, y de estar investidos del carácter de la misma divinidad, miéntras nos complacemos en bienes aéreos é imaginarios. Rebúscanse en todas partes condiciones extrañas para elevarse á los ojos de los hombres; se amontonan títulos sobre títulos, auméntanse condecoraciones y dignidades, en tanto que se renuncia á la verdadera grandeza. El que se ve desprovisto de medios y no puede alcanzar lo que desea, ¡cuántas quejas no exhala! ¡En cuántas murmuraciones no se desahoga! ¡Por qué no he nacido, dice, más opulento, ó con mejor fortuna! ¡Por qué el Cielo, al darme la vida, no me ha tratado como á tantos otros á quienes ha hecho nacer en la abundancia, dotándoles de cuanto puede servir para una existencia deliciosa, y en lugar de esto, me ha hecho pobre, rodeado de necesidades, sin nombre, sin posicion, sin bienes de fortuna!

Decidme, hermanos mios: ¿no habeis de tener jamás miras más altas ni sentimientos más conformes con la religion que profesais? A los bienes transitorios llamais gracias del Cielo, mirando como nada lo demás. ¿Es eso lo que la fé os enseña? La fé os dice, por el contrario, que la adopcion divina, que en tan poco teneis, lo es todo, porque con ella todo lo poseeis. La prosperidad temporal, la opulencia, y lo demás que de esto proviene, lo considerais como medida de la felicidad del hombre que viene al mundo; pero la religion os dice, que, frecuentemente, esos que llamais bienes son males positivos, ó cuando ménos, ocasion de las mayores desgracias, porque suelen ser orígen de la perdicion y ruina del alma. Luego, si os expresais de la manera que he supuesto es, porque desconoceis el valor de otros bienes, de los bienes verdaderos, que son la gracia de vuestra regeneracion.

¡Santísima Vírgen! alcanza para estos cristianos ingratos, así como para todos nosotros, la gracia de que cerremos los ojos de la carne, para que no nos alucinen los objetos materiales; y de que abramos los ojos del alma para comprender mejor el dón que de Dios hemos recibido en nuestra regeneracion espiritual. Obtiene para nosotros el favor de que apreciemos, como se merecen, los bienes que encierra la gracia del bautismo, y de considerar como el más precioso título el carácter indeleble de santidad, el carácter divino que tenemos desde que somos miembros, hermanos y coherederos de Jesucristo Señor nuestro. Así sea.

PREDESTINACION DE MARÍA.

DISCURSO II.

Prædestinavit Deus ante sæcula in gloriam nostram.
Dios la predestinó antes de los siglos para gloria nuestra.
(I Cor. II, v. 7.)

San Pablo llama á Jesucristo Hijo de Dios, que nació segun la carne, de la sangre y progénie de David; y fué predestinado Hijo de Dios con soberano poder, segun el espíritu de santificacion (1).

Dios, por decreto eterno, quiso que el Verbo divino se uniese hipostáticamente con la naturaleza humana, en la persona de Jesucristo. Jesucristo, pues, es verdadero Hijo de Dios; y considerándolo bajo el punto de vista de su santísima humanidad, es, como el grande Apóstol le llama, predestinado. Y en efecto, predestinado fué para ser cabeza de todos los escogidos.

Cualquiera que confiesa con S. Pablo, que Jesucristo es predestinado, reconoce por el mismo hecho, que Jesucristo es hijo del hombre, hijo de María, por la descendencia de Abrahán y de David, á quienes fué hecha la promesa del Mesías.

Sentado este principio, añadimos nosotros, que la predestinacion de Jesucristo contiene de tal modo en sí la predestinacion de María, que es imposible concebirla una sin la otra. Jesús y María están inseparablemente unidos en el decreto eterno de la predestinacion que tiene por objeto al Salvador del mundo; pues, así como Jesús no se halla en el plan inmutable y eterno de Dios sinó como Hijo del hombre, tampoco se encuentra sinó como Hijo de la Vírgen, como Hijo de María; de donde es de concluir, para gloria de María, que fué pre-

(1) Rom. I, 3, 4.

Decidme, hermanos mios: ¿no habeis de tener jamás miras más altas ni sentimientos más conformes con la religion que profesais? A los bienes transitorios llamais gracias del Cielo, mirando como nada lo demás. ¿Es eso lo que la fé os enseña? La fé os dice, por el contrario, que la adopcion divina, que en tan poco teneis, lo es todo, porque con ella todo lo poseeis. La prosperidad temporal, la opulencia, y lo demás que de esto proviene, lo considerais como medida de la felicidad del hombre que viene al mundo; pero la religion os dice, que, frecuentemente, esos que llamais bienes son males positivos, ó cuando ménos, ocasion de las mayores desgracias, porque suelen ser orígen de la perdicion y ruina del alma. Luego, si os expresais de la manera que he supuesto es, porque desconoceis el valor de otros bienes, de los bienes verdaderos, que son la gracia de vuestra regeneracion.

¡Santísima Vírgen! alcanza para estos cristianos ingratos, así como para todos nosotros, la gracia de que cerremos los ojos de la carne, para que no nos alucinen los objetos materiales; y de que abramos los ojos del alma para comprender mejor el dón que de Dios hemos recibido en nuestra regeneracion espiritual. Obtiene para nosotros el favor de que apreciemos, como se merecen, los bienes que encierra la gracia del bautismo, y de considerar como el más precioso título el carácter indeleble de santidad, el carácter divino que tenemos desde que somos miembros, hermanos y coherederos de Jesucristo Señor nuestro. Así sea.

PREDESTINACION DE MARÍA.

DISCURSO II.

Prædestinavit Deus ante sæcula in gloriam nostram.
Dios la predestinó antes de los siglos para gloria nuestra.
(I Cor. II, v. 7.)

San Pablo llama á Jesucristo Hijo de Dios, que nació segun la carne, de la sangre y progénie de David; y fué predestinado Hijo de Dios con soberano poder, segun el espíritu de santificacion (1).

Dios, por decreto eterno, quiso que el Verbo divino se uniese hipostáticamente con la naturaleza humana, en la persona de Jesucristo. Jesucristo, pues, es verdadero Hijo de Dios; y considerándolo bajo el punto de vista de su santísima humanidad, es, como el grande Apóstol le llama, predestinado. Y en efecto, predestinado fué para ser cabeza de todos los escogidos.

Cualquiera que confiesa con S. Pablo, que Jesucristo es predestinado, reconoce por el mismo hecho, que Jesucristo es hijo del hombre, hijo de María, por la descendencia de Abrahán y de David, á quienes fué hecha la promesa del Mesías.

Sentado este principio, añadimos nosotros, que la predestinacion de Jesucristo contiene de tal modo en sí la predestinacion de María, que es imposible concebirla una sin la otra. Jesús y María están inseparablemente unidos en el decreto eterno de la predestinacion que tiene por objeto al Salvador del mundo; pues, así como Jesús no se halla en el plan inmutable y eterno de Dios sinó como Hijo del hombre, tampoco se encuentra sinó como Hijo de la Vírgen, como Hijo de María; de donde es de concluir, para gloria de María, que fué pre-

(1) Rom. I, 3, 4.

destinada á la divina Maternidad y á los privilegios inseparables de esta sublime prerogativa, por el mismo decreto que predestinó á Jesús, Dios y hombre, á ser el primero y cabeza de todos los escogidos.

La predestinacion de María será anunciada, y Dios mismo la publicará, desde el principio del mundo, de la manera más solemne. El hombre acababa de separarse de Dios por el pecado, despues que el demonio hubo obtenido sobre él una horrible victoria. Ya la maldicion divina pesaba con todo rigor sobre la raza infortunada de Adán; pero Dios se acordó de su misericordia. En medio de las amarguísimas lágrimas que vierten nuestros desdichados padres, en medio de los sollozos y gemidos que desgarran su corazon, son visitados por la bondad divina, y fortalecidos en la esperanza. Oigamos la palabra magnífica y profundamente sublime que sale de boca del Señor: *Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre su posteridad y la tuya; la mujer quebrantará tu cabeza* (1).

Existen entre Dios y María relaciones estrechas de que nunca podremos hablar dignamente, por la mismo que no somos capaces de apreciarlas bien. Estas relaciones deben considerarse en la union que la Maternidad divina ha establecido entre la Madre de Dios y cada una de las tres personas de la Santísima Trinidad; union indisoluble, que ni el poder mismo del Infierno puede quebrantar. Antes de hablar de ellas pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

Los Santos dán á María el dictado de Hija de Dios Padre. Indudablemente, Dios, por su naturaleza, no tiene más que un Hijo, consustancial con Él, y Dios como Él; pero se complace en tener hijos adoptivos, á quienes comunica la bienaventuranza de que goza. Ahora bien; entre los hijos adoptivos de Dios es cierto, que María ocupa el primer lugar; y es cierto, además, que María lleva el título de Hija de Dios de una manera incomparablemente más exacta que nosotros. ¿Qué ha hecho Dios, pues, predestinando á María á la divina Maternidad? Ha hecho una eleccion entre todas las hijas de Eva; eleccion única, que jamás se repetirá, ni tendrá igual en otra criatura alguna, por muchos y muy grandes que sean por otra parte los favores que la divina misericordia pueda dispensarla. En virtud de esta eleccion, don gratuito, gracia la más sublime de todas, comunica Dios á María dos privilegios, cuya excelencia es incomparable. El primero, el de asociarla á su divina paternidad. Dios es padre de una manera

(1) Gen. III.

incomprensible: por sí solo engendra eternamente á su Hijo único. Para hacer, pues, de María la Madre de su Hijo, concédela Dios el privilegio de ser madre, en cierto modo, como Él es padre. Siendo vírgen, concebirá y dará á luz al Hijo, sin menoscabo de su entereza. María será madre á la manera que Dios es padre; de forma, que si Jesucristo, como Dios, tiene padre sin madre, tambien, como hombre, tiene madre sin padre. Ahora pregunto: si Dios ha comunicado á ninguna otra criatura este privilegio exclusivamente suyo.

Segundo privilegio. El Verbo divino se reviste de nuestra naturaleza, haciéndose hombre en el seno de María. Desde entónces, su cuerpo pertenece á María, su carne es una porcion de la carne de María, siendo esta una de las razones porque María es verdadera Madre de Dios. Pero, como Jesucristo es Dios y hombre juntamente, miéntras Dios le llama Hijo, María le dá el mismo nombre, y con igual verdad. ¡Oh profundísimo misterio! ¡Oh abismo de maravillas! La carne de la Madre es la misma que la del Hijo; la carne del Hijo está unida á la Divinidad; y la Divinidad del Hijo no es otra que la Divinidad del Padre. ¿Con qué palabras explicaremos, pues, la relacion que media entre la Vírgen Madre, y el Padre Eterno? Santo Tomás y otros muchos doctores llaman á esta relacion afinidad. Puedo, en consecuencia, aplicar á María el dicho del Eclesiástico: «Soy la primogénita de Dios salida de Él antes de los siglos.» Sí; María es, en efecto, la primera entre los hijos de Dios; es por excelencia la hija de Dios, en razon á que no puede dar el nombre de hijo al Verbo encarnado, sin conceder á la Madre de Él la sublime prerogativa de ser su hija predilecta, elevada sobre todos los hijos de Dios. ¿Será necesario ahora que nos esforcemos en representar los variados dones, y las gracias sublimes con que el Padre Eterno enriqueció á María, ó preferiremos investigar algo del amor de que María es objeto por parte de Dios? Pero cada punto de estos constituye un Océano sin límites, un abismo sin fondo. ¿Quién es capaz de medir la extension del uno, y la profundidad del otro? ¡Dios mio! nosotros nos complacemos en confesar nuestra impotencia. Bástanos saber, que podemos alabar siempre, y siempre admirar á María, añadiendo nuevas alabanzas y nueva admiracion, sin llegar nunca á decir ni entender cosa alguna que traspase los límites de la realidad.

Pero ¿no hay enseñanza alguna en ese decreto, por el cual Dios predestina á María á ser su primogénita é hija predilecta? ¿No estamos por ventura comprendidos en este acto del supremo poder y del amor infinito? ¡Oh! sin duda. En todo eso hay una verdad consoladora

para nosotros. Es absolutamente cierto, que la encarnacion del Verbo tuvo por fin dar á Dios Padre gran número de hijos adoptivos. San Juan, hablando de Jesucristo, dice: «A todos los que le recibieron dióles el poder de llegar á ser hijos de Dios (1). Esta adopcion celestial se verifica por medio de una operacion divina, atribuida al Espíritu Santo, que se comunica á las almas con sus preciosos dones. Ved ahí la razon que tenía san Pablo para escribir á los primeros discípulos del Salvador lo siguiente: «No habeis recibido el espíritu de servidumbre para obrar todavía con temor, sinó que habeis recibido el espíritu de adopcion de hijos de Dios, en virtud del cual clamamos: ¡Padre! en razon á que ese mismo espíritu está dando testimonio de que somos hijos de Dios (2).» El hombre, pues, está destinado á ser hijo de Dios por adopcion; destino que llena realmente por el bautismo. Y como los hijos son de la misma naturaleza que su padre, así tambien nosotros, despues de recibir este sacramento, *participamos de la naturaleza divina*, como S. Pedro asegura (3). Por otra parte, como los hijos heredan los bienes del padre por derecho de sucesion, nosotros somos *herederos de Dios*, como dice san Pablo (4). Mas ese decreto de misericordia y de amor, se nos replicará, no se ha expedido sinó en beneficio de los predestinados; luego, en la duda que abrigamos sobre cuanto concierne á nuestra predestinacion, nos es imposible entregarnos á la confianza, ó, cuando ménos, á una confianza sin límites. ¡Insensatos! ¿cómo no veríamos una estratagema del demonio en esa desconfianza tan injuriosa para Dios? Pues qué, ¿no nos asegura el Espíritu Santo, que *Dios quiere que todos los hombres se salven* (5)? ¿Y osaremos pensar que Dios no quiere nuestra salvacion? Dios nos ha predestinado libremente, por pura misericordia, á la gracia, que es como el gérmen de la gloria. Ha querido, por efecto de su infinita bondad, predestinarnos á la fé y al conocimiento de la verdad, justificándonos por el bautismo, y abriéndonos los tesoros de su misericordia cada dia, siempre que le ofendemos por el pecado. En una palabra, Dios nos ha hecho hijos de adopcion; y como á tales, nos concede á cada instante nuevas gracias, y, particularmente, la de poder acercarnos á la sagrada Mesa para alimentarnos con la carne y sangre de nuestro Señor Jesucristo. Estas son verdades incontestables,

(1) Joan. I.
(2) Rom. VIII.
(3) Petr. II.
(4) Rom. VIII.
(5) Tim. II.

que ningun cristiano se atreverá á negar. ¿Dónde está, pues, el motivo de nuestra desconfianza? De nuestra flaqueza, de nuestra resistencia voluntaria á la gracia, todo debemos temerlo, es verdad; pero de nuestro Padre celestial todo debemos esperarlo. Nuestra perdicion eterna solo de nosotros, absolutamente de nosotros solos, puede venir.

Ahora más que nunca conozco, que el demonio es quien turba vuestra alma, para detener los ímpetus de vuestro corazon, que debe sentirse atraido por el Dios de bondad, el cual, no contento con haberos predestinado á la cualidad de hijos adoptivos, os dá diariamente y á cada momento nuevas prendas de su cariño paternal. En su casa vivís, y con Él podeis conversar familiarmente; hijos suyos os llama, y á su Mesa os sentais; todos sus tesoros, todos sus bienes están á vuestra disposicion; y en vez de arrojaros á sus brazos con amorosa confianza, de amarle con tiernísimo y afectuoso amor, como se ama á un padre excelente, ¿os parais cobardes ante una duda, que no debiera haberos ocurrido nunca, si el enemigo de vuestra salvacion no la hubiese hecho nacer en vuestro ánimo para helar el corazon, é impedirle que agradezca y ame á Dios? ¡Oh locura! ¡Oh ingratitud! ¡Oh culpable desconfianza de la bondad divina! No, Padre amantísimo; nada queremos temer de Vos. Si alguna vez se presenta este sentimiento de cobardía en nuestra alma, seguiremos el consejo de San Agustin cuando nos dice: «Si tienes miedo á Dios, arrójate en sus brazos.» María, Madre de la santa esperanza, á tus piés nos postramos con la seguridad de que, invocándote, disiparáse toda nuestra desconfianza.

Si Dios Padre resolvió desde la eternidad salvar al género humano por medio de la encarnacion de su Hijo, Dios Hijo respondió en la eternidad al Padre, diciendo: *Tú me apropiaste un cuerpo..... Héme aquí que vengo, oh Padre, para hacer tu voluntad* (1). Síguese de ahí, que el Hijo Eterno del Altísimo eligió desde la eternidad á una Madre para sí, predestinando á una hija de Eva al honor de la divina Maternidad. ¡Oh, qué amor ha tenido eternamente á María, Aquel que había de llamarla Madre! El Evangelista consignó una gran palabra cuando escribió: *María, de quien nació Jesús* (2). Esa es la palabra que admira á los ángeles y á los hombres, y que significa el manantial y la medida de todas las perfecciones que concurren en la Reina de las vírgenes. Dos escritores sagrados, perfectamente instruidos de las eminentes prerogativas de María, como secretarios, digámoslo así, de

(1) Hebr. X.
(2) Matth. I.

Jesucristo, no dán á la Santísima Vírgen otro título que el de Madre de Jesús. ¿Por qué? Porque despues de agotar todos los elogios que pueden hacerse de María Santísima, despues de enumerar todos sus títulos y prerogativas, habrian tenido que pararse al llegar á esta expresion profunda: *Madre de Jesús*; confesando, que no hay nadie capáz de sondear este abismo de gloria y de grandeza. Para comprender la altura de la gracia que Dios Hijo concedió á María al predestinarla á la divina Maternidad, sería preciso comprender ántes quién es el mismo Jesucristo; se necesita levantar el vuelo como el águila de los Evangelistas, y lanzarse á las profundidades de Dios, contemplar su gloria, sumergirse en los eternos resplandores del Sol de justicia, hasta poder decir lo que el Verbo divino es por naturaleza, como es sabiduría de Dios, imágen de la sustancia de Dios, esplendor de su gloria, Hijo eterno, en fin, del Altísimo. Así, pues, como no es dado á la humana inteligencia abarcar toda la grandeza y santidad de la persona del Hijo de Dios hecho hombre, así tambien el lenguaje de los hombres es del todo impotente para enumerar las maravillas que encierra la predestinacion de una hija de Adán á la dignidad de Madre de Dios, porque, en resúmen, María es dignísima Madre de Jesús, así como Jesús es adorable Hijo de María.

¿Quién dirá ahora los tesoros de gracia y santidad de todo género que Dios Hijo derramó sobre María al elegirla para Madre? San Pablo dice: *Dios, que nos ha dado su propio Hijo, ¿qué podrá negarnos* (2)? Este raciocinio aplicado á nuestro tema, sería, por sí solo, suficiente para hacernos descubrir toda la extension de los sublimes dones otorgados á María en el instante de su concepcion. Manda Dios al hombre que honre á su padre y á su madre. Y cuando el Hijo es Dios como Jesucristo, ¿qué hará? Honrar tambien á su Madre. Ahora bien: el honor tributado á una madre es un título de gloria para el hijo. A más de esto, un hijo honra á su madre, más ó menos, segun las cualidades de su inteligencia y de su corazon. Siendo esto incontestablemente positivo, pregúntome á mí mismo: ¿cómo honró Jesucristo á su Madre? Sin duda la honró de una manera digna de Él, es decir, digna de Dios. Con esto he dicho bastante. Me declaro impotente para expresar todo lo que comprendo y todo lo que admiro. María, como Madre, será honrada por su Hijo, que siendo Dios, tiene en consecuencia que honrarla de un modo digno de Dios. ¿Pasaré más adelante? No: pues aunque me atreviera á exponer mi pensamiento, de seguro

(1) Rom. VIII.

no sería comprendido..... Mas ¿por qué, Madre mia, no lo he de comunicar á algunas almas escogidas? Sí, os lo aseguro, hermanos mios; todo lo más elocuente y hermoso que los padres de la Iglesia, los doctores y los santos han escrito de María, me parece frio, pálido, imperfecto, cuando me pongo á meditar esta palabra: *María, Madre de Jesús*.

Aún no lo he dicho todo. Una madre que no viera en su hijo nada que pareciese proceder de ella, le amaría ménos. Ha de existir, pues, entre el hijo y la madre una semejanza natural. Segun esto, la ley de la naturaleza ha tenido que observarse de la manera más perfecta cuando Dios ha tomado Madre. De donde me creo con derecho á deducir, para gloria de María, que fué criada segun el modelo divino, que es Jesús; y que el Hijo de Dios, predestinando á María para Madre suya, concedióla, por esta misma razon, todo lo que era necesario para que se pudiera decir eternamente de Ella: *digna Madre de tal Hijo* (1). ¡Alma mia, calla, admira y contempla, sumergiéndote en este océano inmenso de gloria y de santidad! Pero, ¡oh misterio de la gracia! El Hijo de Dios nos ha predestinado tambien á ser hermanos suyos. Y como los hermanos tienen una misma madre, María lo es nuestra, así como nosotros somos sus hijos adoptivos. Así lo quiso Jesucristo cuando explicó su voluntad de un modo sobrado explícito, para que no pudiera dejar alguna duda, diciendo: *Hé aquí á tu Madre. Hé aquí á tu Hijo* (2). Tal es, hermanos mios, nuestra dignidad. Pero no olvideis, que de esta dignidad nacen tambien nuestras obligaciones, las cuales consisten en vivir como vivió nuestro hermano mayor Jesucristo, y en hacernos dignos de ser llamados hijos de María, por la semejanza que ha de existir entre nosotros y nuestra Madre. Meditemos estas verdades, y si no nos parecemos aún en nada á nuestra Madre y á nuestro divino Hermano, la devocion que creemos tenerles es ilusoria.

Si la obra de la santificacion de las almas debe atribuirse al Espíritu Santo, como es cierto, segun la doctrina de la Iglesia, no podemos dudar de que el Espíritu Santo se encargaría especialmente de preparar el alma y el cuerpo de María, para hacer de Ella un tabernáculo digno de la divinidad. Segun esto, el Espíritu Santo predestinó desde la eternidad á María, para hacerla vaso de eleccion que exhalase el divino aroma, derramándolo por el mundo entero. Todos los padres de la Iglesia llaman á María Esposa del Espíritu Santo.

(1) Matth. II.
(2) Joan. XIX.

008348

Este lenguaje se apoya en las palabras mismas del Evangelio concernientes á la Encarnacion del Verbo: *Lo que de tí naciere*, dijo á la Santísima Vírgen el arcángel S. Gabriel, *será santo, y se llamará Hijo de Dios*. No podía ser de otro modo. La obra mayor del poder y de la sabiduría del Altísimo es Jesucristo, y esta misma obra lo es del amor infinito; luego, el Espíritu Santo es el autor directo de esa admirable creacion del cuerpo y alma de un Dios, del cuerpo y alma unidos á la persona del Verbo, Hijo de Dios. Cuando María oye que ha de ser madre, retrocede, refugiándose, en cierto modo, en la gloria de su virginidad; mas el embajador del Cielo la tranquiliza diciéndola: *El Espíritu Santo descenderá á tí, y la virtud del Altísimo te rodeará con su sombra* (1). El Espíritu Santo se hace fecundo en María, por medio de María. ¡Misterio inefable! ¿Quién dirá las grandezas y la santidad de María, considerada en el concepto de Esposa del Espíritu Santo? Existiendo en el seno de Dios, de toda eternidad, el decreto de predestinacion á favor de María, hay que reconocer necesariamente, que el Espíritu Santo, en el primer momento de la creacion de María, abrió sus tesoros á favor de Aquella á quien los siglos todos habían de llamar Esposa suya. María debió de ser hermosa con la hermosura de Dios, aún ántes de ser elevada al honor de que se trata; debió de ser rica de un modo conveniente á la alianza que iba á contraer. ¿Quién pues concebirá todo lo que pasó en el alma de María, todo lo que el Espíritu Santo hizo en su corazon, que sin dificultad llamaría yo adorable, desde el primer momento de su existencia, hasta el punto en que se cumplieron los más profundos misterios?

El Espíritu Santo fué quien proporcionó á María los bienes que debía ofrecer á su celestial Esposo. Estos bienes, que desde luego podemos dar á conocer, se encerraron en las dos más altas cualidades de María: la virginidad y la humildad. En el Cantar de los Cantares se leen estas simbólicas palabras: «Has herido mi corazon, esposa y hermana mia; le has herido con uno de tus ojos, con uno de tus cabellos que flotan sobre tu cuello.» Ese ojo que hiere el corazon del Espíritu Santo, es la pureza más que evangélica de la celestial Vírgen; pues la santa virginidad es, propiamente, el ojo más brillante de la Iglesia; ojo vivo, penetrante y agradable. El cabello que flota sobre el cuello de la esposa, significa su humildad, humildad uniforme é igual en toda su extension como un cabello; humildad que se tiene en ménos, y aparenta ménos importancia que un cabello; humildad

(1) Luc. I.

más flexible y dócil que un cabello; humildad que cubre la cerviz, asiento de la obediencia, cuando inclina á la sumision perfecta. Así es como María, predestinada á ser Esposa del Espíritu Santo, se muestra digna, en cuanto puede serlo una criatura, de tan celestial é inefable alianza.

Ahora conviene que sepamos y que jamás olvidemos otra cosa no menos positiva, y es: que el alma fiel es asimismo llamada en los sagrados Libros Esposa del Espíritu Santo, el cual desciende á Ella, y en su interior fija la morada. San Pablo es quien lo afirma. *¿No sabes*, dice, *que nuestros cuerpos son miembros de Cristo... y templos del Espíritu Santo que habita en nosotros, el cual habeis recibido de Dios, y que ya no os perteneceis* (1)? Esta dichosa union la realizó el Espíritu Santo por medio del bautismo. ¿La hemos roto, desgraciadamente, por la culpa? No es difícil conocer si vive. El Espíritu Santo se une al alma fiel para fecundizarla. El alma unida al Espíritu Santo procrea espiritualmente. ¿Qué ha de nacer de ella? Jesucristo. ¿No decimos á María, «Bendito el fruto de tu vientre, Jesús»? Pues bien: ¿cuáles deben ser los frutos de bendicion que Dios espera de nosotros? Uno solo nos pide; Dios quiere que produzcamos á Jesús, esto es: el espíritu de Jesús, los sentimientos de Jesús, el lenguaje de Jesús, la vida de Jesús. Sí, hermanos mios; el Espíritu Santo se dá como esposo á nuestra alma, para que nuestra alma dé la vida á Jesús; primero, dentro de sí misma, como María; y luego, fuera de ella, comunicándolo á los demás, como la Santísima Vírgen dió su Hijo al mundo entero. ¡Oh! ¿Quién comprenderá estas cosas? ¿Quién las sentirá dignamente? Mas para que un alma sea verdaderamente esposa del Espíritu Santo, y por lo mismo sea capáz de dar á luz á Jesucristo, es indispensable que, como María, ofrezca al divino Esposo una dote digna, la cual consiste en la pureza y la humildad. Quien carezca de estos dos bienes tan esenciales para la vida espiritual, vanamente estará persuadido de que vive y obra por el Espíritu Santo, porque nunca llegará á nacer de él Jesucristo.

Dulcísima María, tierna y cariñosa Madre; cúbrenos con tu manto, y respiremos el aroma suavísimo que de Tí se desprende. Solo así llegaremos á amar las admirables virtudes que te hicieron digna de ser Esposa del Espíritu Santo.

(1) I. Cor. VI.

MISION DE MARÍA.

DISCURSO I.

Mater Jesu.
Madre de Jesús.
(JOANN. II, v. 1.)

Todos los títulos de la grandeza de María que la Iglesia solemniza, todas sus glorias, todo su esplendor, van comprendidas en estas sencillas pero fecundas palabras del Evangelio: Madre de Dios, *Mater Jesu*. Nada puede decirse en elogio de la Santísima Vírgen, ni más bello ni más honorífico, ora consideremos esta dignidad en sí, ora fijemos la atencion en los privilegios gloriosísimos que de esta misma dignidad traen su fundamento y orígen. Si atendemos únicamente á la cualidad de Madre de Dios, descubriremos en Ella la gloria más grande que criatura alguna pueda recibir. Y si fijamos la atencion en el carácter de Mediadora, que para mayor honra de la Vírgen se añade á su título de Madre de Dios, comprenderemos cuánto quiso ensalzar á María Jesucristo, cuán augusta es su Madre, y cuán unida está á su Dios; por manera, que con razon el Evangelio ha reasumido todas las grandezas de María diciendo, que es Madre de Jesús: *Mater Jesu*.

Es un hecho, hermanos mios, que ciertos nombres llevan consigo el testimonio de su dignidad. Entre estos nombres augustos podemos citar, en primer término, el de Dios, y luego el de Madre de Jesús, que no reconoce otro superior al suyo fuera del nombre del Altísimo. No creais empero por esto, que voy á exponer detenidamente el carácter augusto de la divina Maternidad de la Santísima Vírgen. Sé que todos comprendeis, desde luego, la excelencia de esta dignidad, como quiera que solo al decir Madre de Dios, se dá una idea de la más feliz y más perfecta de las criaturas. Lo que principalmente me propongo

manifestaros, es; que el nombre de Madre de Jesús no fué en manera alguna estéril para la que lo llevó, puesto que si María tuvo la dicha de dar al mundo un Salvador, éste, devolviendo á María su fecundidad, la enaltece con una brillante auréola de gloria y con el augusto carácter de Mediadora. Los santos padres se hallan unánimes en mostrarnos á la Madre de Jesús, concurriendo á la redencion del género humano, no porque su concurso fuese necesario, sinó porque quiso Dios elevar á su Madre á la dignidad de cooperadora suya.

Tal es la doctrina que me propongo desenvolver para vuestra enseñanza; y á fin de no proponeros cosa alguna que no sea digna de esta augusta Reina, os haré ver: primeramente, á Dios llamando á María, y asociándola, desde el orígen de los tiempos, al misterio reparador de Jesucristo; y en segundo lugar, á María respondiendo á la vocacion de Dios, y viniendo á llenar dignamente su carácter de Mediadora. Mediacion de María proclamada por el Todopoderoso, y por el gran corazon de esta Vírgen fiel: tal es el asunto y órden de mi discurso. A. M.

En vano los hombres tímidos y preocupados, no quisieron ver en María más que un simple instrumento de la salvacion de los hombres, ni otra cosa que una madre, digámoslo así, material de Dios, y no una Mediadora entre Jesucristo y nosotros. No es así como Dios ha tratado á su Madre. El Señor no tomó de Ella solamente la vida, sinó que la comunicó la suya; y hallando á María digna de tan augusta Maternidad, complacióse en completar sus dones, asociándola á su ministerio reparador. Y ciertamente, si la grandeza de una criatura consiste en su union con Dios, cuanto más íntima y completa sea ésta, más grande y elevada hace á la criatura. Ahora bien: entre María y su divino Hijo existió la union más íntima y entera, una conformidad de pensamientos y afectos tal, que la vida de la Madre del Mediador debía ser lo que ha sido: una vida de Mediadora. A veces, para sentar ciertas verdades, no puede echarse mano sinó de un texto de los sagrados Libros, ó de algun monumento de la tradicion; pero en ésta abundan los conceptos, ora se tomen del plan ó de la economía de la Providencia, ora de la historia de la religion, ora del principio, del fin ó de todo el conjunto de las Escrituras. Jamás se ha mostrado Dios más pródigo de testimonios y favores, que cuando se ha tratado de su Madre.

En las promesas, en las figuras, en la preparacion de los pueblos, en el misterio de la Encarnacion, en todas partes, se deja ver María

asociada á los grandes designios del Salvador del mundo; y tomando las cosas desde su principio, porque en el primer orígen de los tiempos fué María revelada al género humano: Pondré, dice el Altísimo al espíritu infernal, enemistades entre tí y la mujer, entre su raza y la tuya; ella aplastará tu cabeza. ¿Lo ois, cristianos? El misterio del pensamiento de Dios se manifiesta; Jesús y María son anunciados al mundo, y anunciados ambos á dos con el título de Mediadores; en términos, que con el fin de que nadie pueda dudar de que María ejecutará con Jesús esta obra divina, se dice: que Ella será la que aplaste la cabeza á la serpiente. Y con su Maternidad se revelan al mundo su mediacion y sus combates con el Infierno. Hé ahí, pues, el gérmen de nuestra salvacion, y al mismo tiempo el principio del poder y grandeza de María; hé ahí la aurora de sus resplandores y como el primer paso en el camino de su gloria.

Detengámonos un momento en este primer testimonio, del cual serán los demás desenvolvimiento y continuacion, y consideremos como se encadenan mútuamente en los designios del Omnipotente los gloriosos títulos de Madre de Dios y Mediadora de los hombres. Oigamos á san Agustin: «Del mismo modo, dice, que nada de lo que ha sido hecho se ha hecho sin el Verbo, así tambien nada de lo que ha sido rehecho se ha rehecho sin María.» Tal es la doctrina expresa de aquel grande obispo, y adoptada por todos los Padres y Doctores de la Iglesia. Retened bien en la memoria estas palabras que repito: *Nada ha sido hecho sin el Verbo, y nada ha sido rehecho sin María.* ¿De qué nueva obra se trata, para que así la ensalzen á porfía tan elocuentes y santas voces como forman este admirable concierto? Se trata de la obra de rehacer al hombre á imágen y semejanza de Dios. ¿Qué habia, en efecto, que rehacer en el mundo, sinó lo que el pecado habia deshecho, esto es, la imágen divina borrada, y la semejanza con Dios desfigurada en el hombre? Pues bien: María es la elegida por el Eterno para que trabaje con Él en esta nueva creacion. ¿Cómo? se me dirá: ¿pues no es inmensa la distancia que media entre una criatura, sea quien quiera, y una empresa de tal índole? ¿Qué manos puede haber tan puras, tan potentes y tan creadoras, que sean capaces de imprimir en la frente degradada del hombre el carácter antiguo de su dignidad? Semejante empresa corresponde manifiestamente á solo Dios. Así es en realidad, contesto: la sangre de Jesucristo, sola la sangre de ese divino Cordero puede marcarnos con el signo de salvacion. Pero ¿dónde está esta sangre, dónde el divino Cordero? ¡Oh María! tú le darás nacimiento al Cordero, y la

sangre de Jesucristo no será vertida en la cruz sin tu permiso, sin que la entregues en cesion á la tierra y en ofrenda al Cielo. Tan positivo es esto, que ántes de que concibas á tu adorable Hijo, verás como Dios mismo pide tu consentimiento. Dios no quiere engañar el corazon de una madre, el corazon más sensible y feliz que debe salir de sus divinas manos; y hé ahí porque hace brillar anticipadamente á los ojos de María la espada de la Pasion, con el fin de saber si esta espada la espantará, haciéndola retroceder. Más claro: Dios quiere ver si María consiente en estar tan llena de dolores como lo está de gracias, y en constituirse Mediadora de los hombres, al mismo tiempo que será Madre de Dios. No es otra la causa de haberse hecho, digámoslo así, propuestas de parte de Dios á María, y de haber querido el Espíritu Santo como estipular previamente con su Esposa.

Madre de Dios y Mediadora de los hombres son, en la mente divina, dos títulos inseparables. Las razones de esta union no son extraordinarias ni difíciles de comprender. ¿No es una ley general, que los séres produzcan otros séres semejantes á sí? Luego, María, para dar el sér humano á Jesús, debe parecérsele. Mas parecerse á Jesucristo por el lado de su naturaleza divina, no era posible, porque esta naturaleza es incomunicable; y si la divinidad se introduce en esta generacion, es por obra del Espíritu Santo. María, pues, será semejante á Jesús en el sentimiento. No hay duda en que una madre, capaz de querer dar la vida á Jesucristo para sí sola, no hubiera sido digna de ser Madre del Dios Salvador, á quien reclamaba en holocausto todo el género humano: una madre tal hubiera detenido á Jesucristo cuando caminaba al Calvario. Hay otra ley general que dá á la madre derechos sobre su hijo. Jesucristo no vino en manera alguna á derogar esta ley, puesto que el Evangelio nota, que Jesús estaba sujeto á María. Recibiendo María un imperio tan excelso, necesitaba, para desempeñarlo, los mismos pensamientos, los mismos afectos, la misma voluntad que Dios. Bajo este concepto, María hubo de conocer, y conoció efectivamente, todo lo que nos daba. Debió desear con Jesús aquel bautismo de sangre con que Él anhelaba ardientemente ser bautizado; debió enviar su Hijo á este bautismo, y ofrecernos como en dádiva su muerte, así como nos ofreció su vida. Aquí está la razon de que una misma palabra, el mismo *fiat*, que expresa la resignacion de Jesús al sujetarse al suplicio, se halle en el consentimiento de María al aceptar la dignidad de Madre. La Maternidad divina no la daba motivo, al parecer, sinó para regocijarse y entregarse á dulcísimos arranques de gozo; pero la mediacion tan

grande como terrible que la acompañaba, se le presentó con doloroso aparato, sugiriéndole únicamente estas tranquilas palabras: *Fiat mihi secundum Verbum tuum. Fiat!* Hé ahí el suspiro resignado y creador á la vez, que llega hasta los abismos, para reparar el culpable cáos del mundo, y que nos atestigua al mismo tiempo, que nada de lo que vá á ser rehecho, será rehecho sin María. Consiente, Santísima Vírgen, acepta esta sangrienta Maternidad, y vén á marcarnos la primera con la divina sangre de Jesús. Jamás olvidaremos que nos aplicas el sello del Cordero, y que no has aceptado la dignidad de Madre de Dios sinó para ser, sacrificando por nuestra salvacion á tu Hijo, la Mediadora de los hombres. De Tí se anunció que aplastarías la cabeza de la serpiente: armada te veo, y no con otras armas que con la sangre de Dios; sangre que, perteneciéndote, lleva consigo tus dolores y sacrificios, tus combates y triunfo.

Ahora ya podemos comprender el verdadero sentido y toda la importancia de la promesa infalible de Dios, ratificada en el curso de los tiempos, á Noé, Abrahán, Isaac y Jacob; promesa que mostraba por todas partes en María, asociada á Jesús, la salvacion del mundo; promesa, en fin, que todos los profetas traen al pueblo de parte de Dios, y en la cual ocupa María su puesto de Mediadora. Si Isaías, describiendo su virginal Maternidad, nos la presenta como poseyendo en sí misma, y arreglando, por decirlo así, las misericordias divinas, tambien Jeremías compara con el mar sus profundos y vastísimos dolores. Este pasaje, que tan bien indica las angustias de Jesús muriendo en la cruz, es asimismo aplicado por la Iglesia á María. Todo lo grande y magnífico que en la tierra acontece, viene siempre precedido de señales precursoras de su llegada; por consiguiente, Jesús y María debían ser anunciados con mayor razon, sin duda, que todo lo demás. Pero sus nacimientos augustos no podían ser declarados sinó por el Cielo, como lo prueba el siguiente raciocinio. Miremos en derredor nuestro, y observaremos, que todo se revela del mismo modo que ha de ser producido. El gérmen anuncia á la planta, la planta á la flor y la flor al fruto, como la aurora al dia: de suerte, que á los acontecimientos terrenales preceden signos en la tierra: á los acontecimientos celestiales, signos en el Cielo. Siendo María el gérmen dichoso de nuestra salud, flor de una planta inmortal, fruto de bendiciones de lo alto, aurora, en fin, del Sol de justicia, no podía ser anunciada por voz alguna terrena. Únicamente el Cielo podía declarar lo que solo el Cielo podía producir; esto es: la Madre de un Dios, que cooperará con Él á la salvacion de los hombres.

Anunciando así Dios á María, juntamente con el Salvador Jesús, atestigua nuevamente los elevados oficios de María, y su mision de Mediadora. El tiempo en que han de realizarse tan consoladores anuncios está lejano todavía; y por lo mismo, ha de llenarse esta distancia con figuras y brillantes emblemas de la que un dia ha de aparecer en la tierra. Como Dios no quiere dejar sin consuelo y sin esperanza á Israel, le dá, hasta que la poderosa Vírgen aparezca, el nombre, la imágen, la sombra, digámoslo así, de Ella. Todas las figuras que representan á María, á la vez que son extraordinarias, traen el significado de reparacion. María, hermana de Moisés, Judith, Esther, Débora, estas salvadoras del pueblo hebreo, reflejaban la verdadera María; así como Moisés, Josué, Sanson y David, representaban al Salvador de los hombres. Del mismo modo que Dios se había complacido en unir siempre en sus promesas á María con Jesús, así tambien al lado de las figuras que representan á Dios Salvador, se descubren siempre los proféticos y vivos emblemas de nuestra gran libertadora. Tal es la conducta de la Providencia, manifestada de siglo en siglo, hasta que se acercó el tiempo en que todo había de quedar profundamente silencioso; y en ese silencio, nuevo precursor del grande acontecimiento, la realidad sucederá á las sombras, apareciendo la verdad en todo su esplendor. Las divinas promesas parecían olvidadas y como perdidas en las edades, y las figuras sepultadas en lo pasado. De repente, algunas voces humanas, eco fiel de las tradiciones primitivas, interrumpieron con un grito de alerta el profundo reposo de la tierra y de los Cielos. Esta voz no tardó en extenderse léjos; el mundo entero se conmovió de Oriente á Occidente; los pueblos se agitaron; los recuerdos de la tradicion, el cómputo de los años, la necesidad social, la consuncion de las naciones, y ese no sé qué, que el Cielo conmueve cuando llega el tiempo oportuno, todo se dispertó como tocado por una potente mano; todo habló, todo profetizó, como si un solo pensamiento ocupase al mundo; el pensamiento del Mesías prometido y de su maravillosa Madre. ¡Tan manifiestos eran los oráculos que desde el Cielo habían anunciado á María!

Y no creais que los judíos fuesen los únicos á quienes agitaba este movimiento; una fé divina, y al mismo tiempo popular, habíase apoderado ya del universo, atraido por una inspiracion desconocida. El vate romano reproducia en su lira los sagrados acentos del profeta, en tanto que los falsos dioses, mudos como sus oráculos, no atreviéndose á hablar en alta voz, murmuraban temblorosos palabras desusa-

das y siniestras. En medio de aquella conmocion general, de la expectacion de los pueblos, nació María, sencilla, modesta, ignorando al ocultarse en el Templo su mision altísima, y aguardando, como todos los demás, la salvacion de Dios, sin presumir que tambien Ella era esperada; y tan léjos de pensar en la parte que iba á tener en los misterios de la redencion, que parecía haber renunciado á la Maternidad divina, consagrando la primera, entre las hijas de Jerusalén, su virginidad al Señor. Pero un ángel, cuyo nombre significa fortaleza de Dios; declara á María su divina maternidad. La Vírgen consiente, dando de este modo á la salvacion humana la señal y el movimiento. Desde entónces principian las comunicaciones inefables, los secretos de lo alto, y el ejercicio de un ministerio divinamente reparador en la hija de Judá. El Espíritu Santo desciende á cubrirla con su sombra; el Verbo se encarna en las inmaculadas entrañas de la Vírgen, presidiendo el Padre omnipotente la obra de la Encarnacion. En este misterio, el hombre fué rehecho á imágen y semejanza de Dios, miéntras Dios se hacía á la imágen y semejanza del hombre. En este misterio, la justicia y la misericordia se abrazaron por mediacion de la poderosa Madre, y María puso mano á la obra más augusta, de acuerdo con las tres divinas Personas. En este misterio, finalmente, está el principio y prenda de otros muchos misterios que deben seguirle, y en que sobresale el excelso y altísimo carácter de Mediadora, propio de la que concibe, lleva, dá á luz, alimenta, y gobierna á su Mediador. Eso es lo que Dios obró; bajo esos auspicios dispuso que la tierra conociese á María. Esa es la vocacion de Dios: vamos á ver ahora como correspondió María á esa vocacion.

Ya habeis visto el órden y el camino que siguieron los consejos del Altísimo; pero si María no hubiese reunido al título de Madre de Dios el de Mediadora de los hombres, su tarea habría terminado: su historia habría concluido luego de haber dado al mundo el Hombre-Dios. Pero no, María: en Tí reside la realizacion de las promesas y la verdad de las figuras; sombras, sí, pero sombras ilustres y solamente sombras cuando se comparan con tu gloria. Borra ahora con el esplendor de una sola vida, disipa la grandeza de cuarenta siglos que están llenos de Tí. Jesucristo, nuestro Mediador, es sacerdote y víctima: asóciate al sacerdote, apodérate de sus divinos dolores, para que diga el mundo, que Jesús y María se han unido en tantos siglos, en tantos oráculos y figuras, solo porque debían estarlo un dia en completa realidad. Venid, cristianos, y vereis cómo se desenvuelven los caractéres de Mediadora. Desde que María fué Madre, nada se le

ocultó de cuanto había de suceder. Instruida de los designios de Dios, vió desde entónces en su Hijo al Salvador del mundo; pero, al mismo tiempo, fuerza es decirlo, veía á un sentenciado á muerte. María lee en el rostro del niño Jesús, hasta en su más agradable sonrisa, el suplicio en que debía morir. Ve al fruto bendito de su vientre crecer y robustecerse en sus maternales brazos para la cruz, y esta consideracion, mortal para el corazon de una madre, será permanente y formará el fondo de la vida de María, á la cual habrá de acostumbrarse. Y no es esto solo: María no podrá prescindir de sacrificar por sí misma á su querido Hijo, y de que, á sus angustias de Madre, venga á unirse al sacerdocio más magnánimo y más noble. La Iglesia, en sus cánticos de amor y gratitud, juntando ambos sacerdocios, bendicirá con Jesucristo á la Vírgen que desempeña el ministerio sacerdotal. Elevemos, cristianos, nuestro valor, al mismo tiempo que el espíritu, para no mezclar humanas flaquezas á lo que María ejecutó con tan heróico ardimiento. Dios pudo muy bien confiar á dos de los más grandes hombres que han existido nunca algunos de los oficios de su Hijo. Así suscitó á José, para que le ocultase; y á Juan Bautista, para que le diese á conocer: mas á María la suscitó para dar á luz á Jesús, y para sacrificarle. José y Juan Bautista morirán luego que su mision haya terminado; pero María vivirá para acompañar á su Hijo hasta que espire. Hé ahí la mision de María, que prueba no ser una madre como las demás, sinó que tiene algo de que ellas carecen. María es, en efecto, Mediadora de los hombres, dignidad equivalente á la de Madre de Jesús, de la gran víctima, del gran Sacerdote de la humanidad; por lo cual María se hace tambien víctima y sacerdote con Jesucristo. Cuando se lleva un nombre ilustre, es preciso sostenerlo: Jesucristo se llama Salvador, y María significa Mediadora. Si Jesucristo, pues, sostiene su nombre con su sangre, María sostendrá tambien la nobleza de su dignidad con esa misma sangre que Ella ofrecerá en sacrificio por nosotros: sacerdocio augusto y perfecto modelo para los sacerdotes, que consiste en producir y sacrificar á Jesucristo. Llega, por fin, el dia de reasumir en un solo sacrificio los dolores y el trabajoso ministerio de treinta y tres años. La gran víctima sube al Calvario, pero no sola. Aquí van á manifestarse lo más crudo de la lucha, el valor y el heroismo de María. Jesucristo muere, y María asiste á la sangrienta y prolongada agonía, no muriendo con su Hijo, á fin de mostrar á la tierra, que consiente en la muerte de Jesús, que lo sacrifica verdaderamente, que ofrece este grande holocausto. La Madre, en efecto, debía morir mil veces; pero la Media-

dora vivirá, tomando de su sacerdocio la fuerza y la vida para animar el natural desfallecimiento de la mujer. Todo se ha consumado: los consejos de Dios, la victoria sobre el Infierno, la salvacion del mundo; y el triunfo de María lo proclama el mismo Dios, exclamando al morir: *Consummatum est.* ¡Cabeza soberbia de la serpiente antigua! héte aquí quebrantada. Pocos instantes hace, triunfabas y decías: si este es verdaderamente Hijo de Dios, que baje de esa cruz; y tambien dirías, ó por lo ménos pudiste decir: si esta mujer es la Madre de Dios, ¿por qué no arranca á su Hijo del suplicio? Pero el poder de ese último suspiro de Dios, y ese corazon de Madre despedazado te dominan. Conociste que se derrumbaba tu orgulloso imperio, al sentir como te oprimía el pié vencedor de la Mujer; reconociste á Aquella, con quien el primer oráculo de Dios te amenazó; y tu turbacion y espanto de cuarenta siglos nada fueron en comparacion de este golpe que te hunde y anonada. Ahora te ves forzada á exclamar: ¡Verdaderamente ese Hombre que espira es Hijo de Dios, y esa Mujer que me aplasta es su Madre. Así supo la Santísima Vírgen desempeñar completamente su mision. Pero, ni el socorro divino, ni la fidelidad de María, pueden ser perfectamente comprendidos por vosotros, si no os muestro su mediacion, que sale, por decirlo así, de la misma Maternidad divina, ya que en ésta es donde se encuentra la alta razon y el complemento de todo lo que acabais de oir.

En efecto; hasta aquí hemos visto á María llena de dolores; y sin embargo, me atrevo á sostener, que esta Madre fué feliz, hasta en su más cruel desconsuelo. Tiempo es ya de que se deleite vuestro espíritu en más gratos objetos, á cuyo fin os voy á explicar de que manera Dios, al mismo tiempo que impuso á María un sacrificio tan doloroso, mitigó su pena hasta el punto de que subiese al Calvario. María era ya Madre nuestra; la Madre de Jesucristo sentía la necesidad de darnos á luz por medio de su sacrificio; la necesidad de sacarnos á una vida inmortal, á una dicha tan inmensa como sus dolores. Pues sabed, que María no se constituyó Madre nuestra únicamente al pié de la cruz, aunque allí fué donde Jesucristo nos entregó solemnemente á Ella, sinó que ya era nuestra Madre, si bien de un modo más oculto, no por eso ménos positivo, ántes de que tuviese lugar esta última adopcion. María era Madre nuestra solo porque lo era de Dios. Para no entrar en argumentos metafísicos, voy á emplear un lenguaje más popular y más tierno. Jesucristo, viniendo al mundo, hízose hermano nuestro. Tan cierto es esto, que si Jesucristo no hubiese amado á los hombres como á hermanos suyos, María nunca hubiera

llegado á ser Madre de Dios. Ahora bien: ¿podemos dudar que al descender al bienaventurado seno de María nuestro nuevo Adán, dejase de comunicar á su Madre los sentimientos de familia, en términos, que miéntras Jesús viviera de la vida humana de su Madre, ésta viviese tambien de la vida divina de su Hijo? El mismo amor, que había hecho de Jesús un hermano nuestro, ¿no hacía de la Madre de Jesús la Madre de los hombres? No lo dudeis; la humanidad del Salvador que adoptaba la nuestra, hacía que su Madre nos adoptase á nosotros: de modo, que desde el instante de su concepcion, la Cabeza divina del género humano unió á los que son miembros suyos con su Madre. Ésta no pudo amar á Jesús sin amarnos á nosotros con Él, porque amando á su Hijo solo, no le habría amado enteramente. La vida de Jesucristo era nuestra vida, y cada uno de nosotros era objeto de ternura y de afecto para María. María abrazaba á su Hijo único, abrazando con Él á todos los hombres que son sus miembros. María llevaba en sus entrañas á Dios y al hombre; pero al revés de lo que le sucedía á la antigua Rebeca, cuando sentía luchar en su seno á Jacob y á Esaú, como dos pueblos que combaten entre sí rasgando las entrañas de su madre, en las de María, Dios y el hombre, en otro tiempo enemigos y ahora hermanos, comenzaban en su Madre comun los abrazos de paz y de inmortal reconciliacion.

El amor de madre sostenía á la Mediadora en sus pruebas; y Dios, que templa en su bondad los dolores que envía, preparó á la Santísima Vírgen un consuelo digno de Ella. La Escritura nos dice, que Seth fué concedido á Eva para consolarla de la muerte de Abel, y el hombre es tambien para la moderna Eva un hijo de consolacion en la pérdida del nuevo Abel; pero si el primero no fué concedido hasta despues de la muerte de su hermano, y cuando la infortunada madre estaba afligida, el hombre, por el contrario, fué dado á María al mismo tiempo que Jesús, no por otra causa, sinó porque María, desde que concibió á su primogénito, conociendo el instante en que éste había de morir, reclamaba el consuelo del dolor que ya entónces sentía. Por eso, mandando á María que sacrificase á su Hijo por nuestra salvacion, quiso Dios darle entrañas de madre respecto de nosotros, á fin de que esta otra maternidad templase el rigor del sacrificio. Contempladla, pues, colocada como Madre de Dios y de los hombres, entre dos crueles extremos: ó ver morir á su Hijo primogénito para salvar á sus hermanos, ó dejar perecer para siempre la multitud innumerable de sus hijos, con la humanidad entera. Estas consideraciones agitaban á María cuando el Arcángel, de parte de

Dios pidió su consentimiento, que no se refería á ménos que á nuestra perdicion eterna, ó á nuestra salvacion. Los padecimientos de Jesucristo pasaron rápidamente por su imaginacion, destrozando su corazon de madre, alentando únicamente con el pensamiento de que la voluntad de Dios, que así lo ordenaba, suavizaría tan grandes sacrificios. Pronunció al fin María la palabra de resignacion, aquel poderoso *fiat*, y quedó constituida Madre de Dios y de los hombres, Mediadora entre Jesucristo y nosotros. Sí; Dios la dará este nombre ántes de espirar. Acércate, tierna Madre, al fatal madero, y atiende las palabras que has merecido oir. Una exclamacion amorosa sale del Calvario para esparcirse por todo el mundo: Mujer, ve ahí á tu hijo. ¡Mujer! ¿Qué voz es la que te dá ese nombre? Es la voz de Jesucristo espirante, la que te designa al género humano por el cual has consentido en su muerte. Jesús pronunció estas palabras para que conociésemos á María como á Madre nuestra. Entre las palabras de Jesús y de María existe un perfectísimo acuerdo. Dice María: Hijo mio, Tú eres mi primogénito, y sin embargo, te sacrifico á la salvacion de todos mis hijos. Tal es el decreto de Dios, tal tu voluntad, y tal tambien la mía. Pero los hombres, no conociéndome aún, ignoran que soy su Madre; ignoran el sacrificio que hago por su bien, y el modo con que se me ha mitigado este dolor. ¡Oh! sepan al ménos, que soy su protectora, su abogada, su más tierna Madre!—Pues bien, contesta el Salvador: ven conmigo al Calvario, y allí, desde lo alto de la cruz, yo les diré quién eres, les manifestaré tu amor, divulgaré, consagraré para siempre estos tiernos nombres de Hijo y Madre, revelándoles tu doble Maternidad, tan noble como sangrienta. Mil veces se ha preguntado, hermanos mios, ¿cómo pudo María, sin morir de dolor, ver crucificar á Jesucristo? La doctrina que os expongo, y las palabras pronunciadas desde la cruz, me explican ese misterio. Entre nosotros, cuando una madre de familia pierde á un hijo amado, sus deudos y amigos la rodean, presentándola á sus demás hijos para consolarla: Hé aquí, la dicen, vuestros hijos, débiles aún, que reclaman vuestro cuidado y apoyo; vivid para ellos, que se hallan en edad tierna; conservaos para su bienestar; mirad por su porvenir; en nombre de vuestros hijos, procurad conservar la vida. Algo parecido á esto podemos imaginar que sucedió al pié de la cruz. En presencia de Jesucristo, que espiraba entre los más terribles dolores, no parecía posible que María viviese. Preséntala entónces el Salvador la gran familia de sus hijos, la humanidad entera, diciéndola para consolarla: Hé aquí á tus hijos: débiles y vacilantes en la fé, como están,

te necesitan; la Iglesia naciente reclama un apoyo, y el ejemplo de tus virtudes. Uno de tus hijos vá al Cielo, en donde un dia te reunirás con Él; pero los demás hijos tuyos quedan en el mundo; permanece con ellos para enseñarles el camino de la bienaventuranza. En nombre de tus hijos, en nombre de la Iglesia, resígnate á vivir. Madre querida, no mires mi cruz; pero si no puedes apartar los ojos de ella, mírala toda, y por todos lados. Animo, Madre mía, sube á ella conmigo; desde aquí extiende la vista por todo el universo, y al mismo tiempo con maternal abrazo estrecha á todas las generaciones. Hélos aquí; aquí están tus hijos; míralos, recíbelos como á tales. Los dolores de Madre necesitan consuelos de madre.

¡Santa María, Madre de Dios! ruega por nosotros; ruega por nosotros pecadores; pero pecadores resueltos ya á no serlo en adelante. Ruega por nosotros durante la vida, porque ¡ah! millares de enemigos nos rodean, el Infierno nos amenaza, la tempestad ruge por todas partes, y corremos el peligro de perecer. Ruega por nosotros á la hora de la muerte; en esa hora decisiva en que acaba el tiempo y empieza la eternidad; hora en que de todos los bienes que hemos poseido no nos queda sinó una lúgubre mortaja; hora en que de todos los nombres que hemos podido invocar confiadamente, no nos quedan sinó los de Jesús y María. ¡Oh! haz que estén entónces estos nombres divinos en nuestros lábios! ¡Así podamos, Santísima Vírgen, espirar estrechando la cruz de tu Hijo contra nuestro pecho, y con la vista clavada en tu imágen! ¡Así podamos, tanto el que acaba de publicar vuestros loores, como todos los que en este santo templo nos hallamos reunidos, tener con tu asistencia la muerte de los justos, y verte eternamente sentada en tu trono de gloria!

MISION DE MARÍA.

DISCURSO II.

Ipsa conteret caput tuum.
Ella misma quebrantará tu cabeza.
(Gen. III, v. 13.)

Al hablaros ayer, hermanos mios, del misterio de la Predestinacion de la Santísima Vírgen, me propuse hablar, como sabeis, del lugar que la augusta María ocupó en toda la eternidad en la mente de Dios, y del excelso rango que el Hacedor supremo la señaló en la jerarquía de los séres criados. Despues de indicar la predestinacion de María en la eternidad, corresponde que os exponga hoy su mision en el tiempo. Me lisonjeo de que las consideraciones que voy á proponeros, presentándoos á la Santísima Vírgen bajo un punto de vista más cercano á nosotros, y, por consiguiente, más práctico, os la descubran con rasgos no ménos importantes, pero mucho más agradables y afectuosos.

Considerar la mision de María en el tiempo, es echar una rápida mirada al conjunto de gracias, de virtudes, de dolores y de sacrificios que distinguieron la vida de la Vírgen. La instruccion, pues, que vais á oir, es una especie de programa compendiado de todas las instrucciones que pienso dirigiros. Pidamos los auxilios de la gracia. A. M.

El género humano compone una gran familia, que vá cumpliendo, al través de las edades, su misterioso destino, bajo la direccion y auxilios de la divina Providencia. La familia humana, considerado bajo un solo golpe de vista el conjunto de sus destinos, se nos presenta en tres condiciones diferentes, que corresponden á su orígen, á sus progresos y á su fin. Vémosla al principio en el Paraíso terre-

nal, colocada por Dios en un estado dichoso, en el momento de la creacion, rica de todos los dones de la gracia y de todas las ventajas de la naturaleza. Luego aparece desterrada á este valle de lágrimas, dominada desde léjos por el monte Calvario, por el monte sangriento de las expiaciones, donde se ofrece un sacrificio de infinito precio, y á donde acuden á presenciarlo de rodillas todos los individuos de la familia humana, postrándose por turno, con la congoja del arrepentimiento y de la contricion. A lo último vemos el Cielo que se abre delante del humano linaje, mostrando el seno del mismo Dios, en que se ha de cumplir la última fase de sus destinos en la eterna gloria. El género humano, perdido por el pecado, redimido por el sacrificio, y trasfigurado en la bienaventuranza eterna; el Paraíso, el Calvario y el Cielo son los tres términos de la existencia y condicion de la familia humana.

Si examinamos desde luego la humanidad en el paraíso terrenal, no descubrimos más que tristes caidas, en razon á que las delicias que nuestros primeros padres disfrutaron por algunos dias, desaparecen en el recuerdo de la espantosa catástrofe que siguió á su desobediencia; catástrofe de cuyas resultas, caido el primer hombre de la magnífica situacion en que Dios le colocára, y despojado de los dones de la gracia, no tuvo en adelante que trasmitir á su desventurada posteridad sinó un patrimonio de dolores, de miseria, de enfermedades y de muerte. Es necesario insistir en esta primera caida. Cualquiera que desee conocer completamente la religion, debe considerar dos solas épocas en el curso de los siglos, á saber: el Paraíso y el Calvario, la época de la caida y la de la redencion. Tiene que conocer dos hombres: el primer Adán, desterrado del Paraíso, y el nuevo Adán, sacrificado en el Calvario. Tiene que conocer dos mujeres: Eva y María. De ahí la caida de la primera mujer, porque es para nosotros, no solo la clave de los principales misterios de la religion, sinó tambien, y sobre todo, en lo que nos concierne, la explicacion de los destinos misteriosos de María. Contemplad, pues, á esa primera familia, orígen de nuestra existencia y de nuestra desgracia. Observadla junto al árbol de la ciencia del bien y del mal, y vereis al primer hombre arrastrado por una funesta complacencia; y á la primera mujer embriagada por el fatal orgullo de saborear á su placer el fruto prohibido, que el enemigo de la raza humana le presenta con la mentida promesa de una elevacion que la igualaría con Dios. La mujer ha de llamar especialmente nuestra atencion, á causa de que, si tuvo la mayor y principal parte en la caida del

género humano, la ha tenido tambien, como vais á ver, mucho más grande en su redencion.

La primera Eva, en los tres estados que pueden caracterizar la vida de la mujer, viene á personificar todas las rebeliones y todos los castigos. Vírgen, esposa y madre, abre á los piés de la humanidad el abismo en que cayó. Siendo vírgen, en vez de rechazar con santo horror los pérfidos consejos de desobediencia que le dá el demonio, departe mano á mano con él, concediéndole una funesta confianza; de manera, que al recordar la prohibicion de Dios, únicamente la cita con vacilacion y duda. Dudar á la vista del tentador, hacer memoria de la prohibicion, teniendo imprudentemente fijos los ojos en el fruto prohibido, es como acordarse de ella para quebrantarla; es empeñarse en pasar de la duda á la flaqueza, y de la flaqueza á la caida. Eva, pues, debia sucumbir, y sucumbió. Como esposa, emplea su influjo sobre el marido para asociarle á su desobediencia y luego á su desgracia. Más adelante, Eva dá al mundo hijos marcados con la maldicion, poniendo al género humano en un camino sembrado de escollos que termina en un abismo. Observad tambien á la primera mujer de pié ante el árbol de la ciencia del bien y del mal, entre el demonio, que procura perderla con sus pérfidas insinuaciones, y el hombre, á quien ella pierde con sus persuasivas instancias: de pié, ébria de presuncion y de orgullo; de pié, desafiando al Cielo, á la justicia de Dios, y sacrificando los bienes presentes y los futuros á la satisfaccion de la más funesta vanidad. Tal es la mujer, cuando indócil y rebelde á Dios, se extasía ante las seducciones de la tierra, buscando la dicha en la independencia. En estas condiciones será siempre la mujer lo que fué la primera: el principio de las caidas del hombre y la causa de su ruina.

Separémonos del Paraíso terrenal, cubierto ya con un ancho velo de luto, y cerrado en adelante á los hombres, teniendo guardada su puerta por la espada del querubin; y atravesando siglos, recorramos la distancia de cuatro mil años. Hemos llegado á la cima del Calvario. ¡Gran Dios! tambien aquí encuentro á la familia humana; tambien descubro en lo alto del sagrado monte á la humanidad; pero ¡en cuán diferente estado! ¿Qué misterio de expiacion es este? ¿Por qué este doloroso quebranto? ¿Para qué este cruel sacrificio? Al través de las tinieblas que envuelven al mundo, al resplandor siniestro que brilla en la naturaleza afligida, distingo un árbol plantado en la cúspide del Calvario, y junto á este nuevo árbol diviso tambien una mujer en pié, en actitud de valerosa resignacion. Si; veo á una mujer

en pié, y en sus facciones no sé que indefinible combinacion de dolor y de fortaleza. Fija en mí la vista, y con un silencio mil veces más elocuente que lo sería la palabra, parece decirme: Contempla en este árbol de dolores, en este árbol de la crucifixion, al Dios por quien todo fué hecho. Mira como busca en la pena y en el amor, la verdad y la vida que se perdieron en el Paraíso terrenal por una triste desobediencia. Observa como vá entrando poco á poco en las agonías de la muerte; como sondea todas sus profundidades; como recorre todos sus abismos, para arrancarla la vida y la gracia que nos arrebató por el pecado del primer hombre. Contempla este terrible duelo entre Dios y el demonio, entre el Cielo y el Infierno, entre la inocencia y el pecado; y como un Dios se halla en la necesidad de padecer y sacrificarse para cumplir, por medio del sacrificio y la expiacion, lo que se habría realizado entre delicias en el Paraíso terrenal, por medio de la obediencia, de la fidelidad y de la union eterna del hombre con su Dios. Yo soy quien ofrece este sacrificio; yo quien ha inmolado sobre el altar la víctima; yo cargué sobre sus hombros el pesado madero que sirve de ara; yo le he seguido en la muerte, como le seguí en la vida: porque la víctima es mi Hijo. Pero, si mi corazon maternal está traspasado por la espada del dolor; si un océano de desconsuelo cubre mi alma; si he apurado hasta las heces el cáliz de amarguras rebosante de hiel y ajenjo; si no hay, en una palabra, dolor en el mundo semejante á mi dolor no por eso me ha faltado resolucion y energía, porque Él me ha dado ánimo, me fortalece y sostiene; que si es Hijo mio, tambien es mi Dios.

Ved ahí la mision de María; ved la mujer nueva de pié junto á la cruz, así como la mujer de los primeros tiempos estaba igualmente al pié del árbol de la ciencia del bien y del mal. Ved el Calvario y el Paraíso, los dos extremos de todas las cosas humanas: en el Paraíso terrenal los goces, en el Calvario el dolor; allí el egoismo, aquí la caridad. Puesto que el hombre había renunciado su título de pontífice de Dios, y renegado de su obediencia y fidelidad propias de su sacerdocio, necesitábase que un sacerdote y una víctima, tomados en el órden de la eternidad, viniesen á reparar el desórden operado por el hombre en el tiempo. Esto hizo Jesucristo, siendo en el Calvario víctima y sacerdote. Esto hizo tambien María, siendo en el Calvario sacerdote y víctima como su Hijo. No es otro el rasgo principal de su mision en el tiempo. Sacerdote del sacrificio de la expiacion es María, ofreciendo este sacrificio: y tambien es víctima, uniendo sus dolores á los dolores de su Hijo. Encerremos en pocas palabras las

mision de María: vino al mundo para ser Madre de Dios, y, en consecuencia, para ofrecer á su Hijo en holocausto para la salvacion de la humanidad. Por eso los padres de la Iglesia, dando á María un título que no conviene rigurosamente más que á nuestro Señor Jesucristo, considerado como Redentor, han llamado á la Santísima Vírgen Co-redentora de los hombres.

Examinemos ahora, amados hermanos, algo detenidamente los principales caractéres de esta mision. Quienes quiera que seamos, todos los individuos de la sociedad en sus diversas categorías, desde la más elevada hasta la más humilde, desde la más brillante hasta la más oscura, todos hemos venido al mundo para cumplir la mision especial que Dios nos ha encargado, y que debemos desempeñar por deber, con la virtud, con el dolor y el sacrificio; mision á que está ligada, ordinariamente, no solo nuestra salvacion, sinó la de gran número de personas. Nadie hay en el mundo, ninguna criatura humana existe en la tierra, á quien no pueda aplicarse aquellas formidables palabras que el santo anciano Simeon pronunció hablando de Dios niño: «Este ha sido criado para salud ó ruina de muchos.» Cuando uno se pierde, nunca se pierde solo; así como cuando se salva, nunca se salva solo. Quienes quiera que seamos, repito, tenemos que cumplir una mision, de la cual depende nuestra salvacion y la de aquellos con quienes estamos relacionados; y respecto de los que Dios destinó á grandes hechos sociales, la salvacion tal vez de la pátria y de la sociedad. Toda mision, por más humilde ó gloriosa que la supongais, se compone de tres términos diferentes: la gracia, la prueba y el sacrificio. La gracia nos dispone á cumplirla bien: la prueba en que Dios nos coloca descubre nuestra esforzada fidelidad, ó nuestra cobarde desobediencia; el sacrificio, ora háyamos sido fieles, ora desobedientes, el sacrificio, repito, el dolor, la muerte, es lo que siempre nos aguarda como último término de nuestra mision; pues nadie hay en la tierra que, de grado ó por fuerza, no tenga que subir al Calvario con su cruz á cuestas hasta llegar á la cima, para inmolarse allí á ejemplo de Jesucristo.

La gracia prepara nuestra mision. Por eso los primeros años de la vida son todos de gracias, de luz, inocencia, pureza, virtud y bienestar. La mañana de la vida es pura como la mañana del día, llena de encantos, de gracias y armonía. ¡Oh mañana de la vida! ¡Oh primeros años de la infancia y de la juventud! ¡Qué recuerdos tan deliciosos dejais en nuestro corazon! Fragantes aromas de los días pasados, ninguno de nosotros deja de buscar vuestra última huella en su

alma. Despues vienen los dias de prueba, y, por último, los del sacrificio. Tal es el destino de toda criatura en el mundo, y el de todo el género humano. Tal fué el destino de María. Nada diré del cúmulo de gracias con que Dios la enriqueció: nunca jamás se ha visto en un grado más eminente y maravilloso el concierto de la gracia, y de la criatura que la fecundiza con su cooperacion, que el que se vió en María. La gracia la llenó con todos sus dones; pero tambien la Santísima Vírgen correspondió á ella con la más esforzada fidelidad, mostrándose fuerte en la prueba.

¡Prueba! ¡Oh! ¿quién de nosotros deja de atravesar ese terrible período? ¿Quién de nosotros no ha tenido que pasar por los peligrosos dolores de la iniciacion? Ya sabeis cuál fué la prueba á que fué sometida la primera mujer: Eva sucumbió á la tentacion de igualarse á Dios, por un sentimiento de presuncion y orgullo. Habíala dicho Dios, y atended á esto; había dicho Dios á Eva: «Si comes del fruto de este árbol, morirás.» La mujer repitió esta órden en los términos siguientes: Dios nos ha prohibido comer del fruto de este árbol, no sea que muramos. El demonio, á su vez, dijo: Si comes del fruto de este árbol, de ningun modo morirás. Dios afirma, la mujer duda, el demonio niega. Notad, que el que duda y vacila, se acerca más al que niega, que al que afirma. La mujer abandona á Dios para seguir los consejos del demonio, y sucumbe; de ahí la caida con todas sus consecuencias. Veamos ahora á María en la prueba. Baja el arcángel del Cielo y anuncia á la Vírgen que será Madre de Dios; y María, en los primeros instantes en que pudo tomar estas palabras como de tentacion, no duda bajo ningun concepto; contesta terminantemente. que «no», sin vacilar. El Arcángel replica entónces, que viene de parte de Dios, y que es necesario cumplir su voluntad. Conociendo la voluntad de Dios, María tampoco duda, sinó que responde: «Su sierva soy; esclava soy del Señor.» De este modo, sea que Dios la llame, sea que la llamen de otro lado, María no se atiene sinó á solo su deber, á la obediencia, á la humildad, á la virtud. No fluctúa, no vacila un solo instante; obedece, cree, y se somete: «Soy esclava del Señor.» Ahora bien; ved ahí la prueba que sufrimos durante nuestra vida. Estamos constantemente colocados entre la palabra que afirma y manda, y la tentacion que duda y niega. En nuestra vacilacion y debilidad, con sobrada frecuencia nos dejamos llevar de la palabra de la tentacion. Nos hallamos entre la religion que manda, y el mundo que atrae; entre la Iglesia que prueba, y la incredulidad que blasfema; y nosotros, débiles, cobardes, inciertos, nos dejamos llevar,

cerrando los ojos, de la palabra que tienta. En el fondo de nosotros mismos percibimos esas dos voces; la voz que afirma, que es la de la conciencia alumbrada por Dios; y la voz que niega, que es la de las pasiones, la de los malos instintos. Vacilantes, pasamos de la fluctuacion á la duda, y de ésta, muchas veces, á la flaqueza, cayendo, por último, en la perdicion. María no dió lugar á este resultado, porque no lo dió á la duda, respondiendo inmediatamente: Soy la esclava del Señor. ¿Y nosotros? Dios nos llama, y dudamos; el mundo y el demonio nos atraen, y tambien dudamos. María contestó resueltamente: Lo que me dices no puede ser. Ved ahí la fortaleza, el valor y la fidelidad en la prueba. No necesito añadir más.

El tercer término de toda mision es el sacrificio. Todos, repito, tenemos que ofrecer un dia nuestro sacrificio. Puédese comparar la vida con un solo dia, puro y sereno por la mañana, nublado y tempestuoso al medio día, profundamente oscuro ó incomparablemente sereno por la tarde. Lo mismo sucede en la vida: la mañana está consagrada por la gracia; la edad madura tiene pruebas tempestuosas al medio día; y el aspecto de la tarde pende de nuestro valor ó cobardía en la prueba, de nuestra obediencia ó de nuestro orgullo. Pero la tarde es siempre la hora del sacrificio, el cual principia con el dolor, y acaba con la muerte. María ofreció este doloroso sacrificio. Siendo Madre de Dios, debía ofrecer á su Hijo, objeto de su amor, en quien había colocado toda su maternal complacencia. Siendo Madre de Dios, tenía que ser Madre de los hombres, sacrificando á su querido Hijo en la cima del Calvario. Era preciso; Dios, que se había asociado á María en su paternidad respecto á su divino Hijo, concediéndola el privilegio de darle vida en el tiempo, al modo que Él se la había dado en la eternidad, quería asociarse tambien á María en su paternidad de adopcion. Era menester, por consiguiente, que María Santísima se asociára al amor del Altísimo; y como este amor del Altísimo había sido bastante generoso, para sacrificar al Hijo único, era necesario que María tuviera el valor de sacrificarlo tambien. Esta consideracion me pone en el caso de decir, que lo que en las demás madres constituye el gozo, la satisfaccion, la complacencia y la felicidad, era cabalmente lo que causaba el más cruel de sus dolores, puesto que en el divino Niño, en el Hijo tan querido, veía continuamente la víctima que iba creciendo para el sacrificio. Representaos á esta ternísima y desconsolada Madre, en los primeros años de la infancia de Jesús, demandando al Padre Eterno valor y fuerza para sacrificarle un día al Hijo de sus entrañas. ¡Oh! ¡qué de dolorosos insomnios, qué

de angustias, qué de cuidados no atormentarían á la tierna madre! Paréceme ver algunas veces á María, durante la noche, arrodillada junto á la cuna de su divino Hijo, miéntras que el Niño dormía el tranquilo sueño de la primera edad; paréceme, digo, que estoy escuchando las exclamaciones de tristes plegarias: Angeles, diría, que velais en derredor de la cuna del niño Dios; subid á la próxima colina, cortad el cedro, el olivo y el ciprés de que un dia ha de ser fabricada la cruz, ara donde ha de ser sacrificado. Tejedle la corona de espinas que crecen en las orillas del Cedron. Segad la caña que se doblega al viento, y colocad sobre esta cuna el lúgubre signo de la soberanía del dolor. ¡Y tú, amado Hijo de mis entrañas, oh Niño, cuyas voces escucho, cuyas lágrimas veo correr! oh tierna víctima! crece para el sacrificio que te aguarda.

Así oraba María, junto á la cuna de su Hijo. Su vida no fué otra cosa que un martirio prolongado; un interminable padecer, bebiendo la amargura á largos sorbos en el cáliz de la expiacion. No de otra suerte aquella Mujer, que se alimentaba de lágrimas, que vivía de amarguras, pudo fortalecerse para mostrar valor en el monte del sacrificio, el día en que tuvo que ofrecerlo en expiacion sangrienta de los pecados del mundo. Ved á la amotinada muchedumbre llevar como arrastrando al Hijo de María, en medio de ultrajes y de insultos; ved como se levanta la cruz en la cumbre del ensangrentado monte, y como la víctima es clavada en ella, sufriendo nuevas llagas, elevándose, por fin, entre la tierra y el cielo. Escuchad las blasfemias y maldiciones que se dejan oir; observad como el sol se eclipsa ocultando su esplendor, y como la tierra oscila, y las rocas se hienden, y los sepulcros se abren en medio de la desolacion..... Solo María permanece fuerte, valerosa, inmóvil y en pié. Túrbase la naturaleza, todo se trastorna, la multitud de espectadores se dispersa tumultuosamente; y María se mantiene en pié. María, animosa y fuerte en la resignacion, padece mucho, pero sin quejarse; María es fuerte en su dolor, como resignada en el esfuerzo. Hasta la víctima, la víctima divina y santa, parece, por un momento, revolverse excitada por los tormentos de la agonía, cuando deja oir esta suprema queja: «¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por qué me has desamparado?» Solo María aparece tranquila y en pié. Animosa, aunque con el corazon desgarrado, levanta las manos al cielo; con sereno rostro, con el alma sumergida en un océano de desconsuelo; pero no anegada por las olas de la tribulacion que la oprime; permanece en pié. Sigámosla ahora, desde el Calvario al sepulcro, del sepulcro al Cenáculo, del Cenáculo

á su retiro, desde el retiro á su lecho de muerte; sigámosla, y en todas partes la veremos humilde, modesta, valerosa, callada, resignada, cumpliendo hasta el fin con serenidad constante su alta mision. En todos los estados en que se ha visto, vírgen, esposa y madre, observareis la personificacion viva de todas las gracias, de todas las virtudes, de todos los sacrificios. Cuando vírgen, la vereis retirarse á la sombra del Templo del Señor, vivir en la oscuridad, en el silencio, en el trabajo, apartada de las sendas impuras de la tierra, y hablando con el Cielo. Cuando esposa, la vereis elevarse á esta eminente dignidad por la más generosa abnegacion. Cuando madre, Madre de Jesucristo y de los hombres, veréisla sacrificar su vida, su Hijo y todos sus afectos con el más doloroso de todos los sacrificios. Tal fué el destino de María. No quiero alargar más esta instruccion; pero permitidme deducir algunas consecuencias prácticas de las verdades que acabo de exponer, á fin de que podais aplicar á vosotros mismos lo que solo de paso llevo indicado.

La hora de la prueba se reproduce frecuentemente para nosotros, desde que la gracia rodeó nuestra cuna. No habiendo tenido como María el privilegio de una concepcion inmaculada, y sí, por el contrario, venido al mundo manchados con el pecado original, fuimos regenerados en el bautismo, gozando en el seno de la Iglesia de una concepcion purísima. Lo mismo que á María, se nos mantuvo con la misma sustancia de la verdad; fuimos conducidos como María al Templo, digámoslo así, desde la niñez, para recibir nuestra educacion á la sombra del tabernáculo del Altísimo; se nos alimenta con el pan de vida, comunicándosenos el mismo Jesucristo nuestro Señor. Bajo este concepto, hemos tenido privilegios iguales á los de María, y las mismas gracias que distinguieron la primera parte de su vida. Tened presente que no es mia esta doctrina, sinó de un santo padre de la Iglesia. Tenemos las mismas pruebas, los mismos deberes, segun las condiciones de cada cual; pues bien, seamos fuertes y animosos en la prueba y no vacilemos nunca. Solo una duda nos es lícita, porque nos acerca á Dios, y es: aquella de que nacen el temor y la inquietud, por donde empiezan la sabiduría y la modesta confianza. Permitidme que os cite un ejemplo. El Evangelio nos habla de una pobre mujer, que se había mezclado con la multitud que seguía á Jesucristo para escuchar con santa avidez su divina palabra. Esta mujer, aquejada hacía mucho tiempo de una incómoda y peligrosa enfermedad, encontróse de repente en una ansiedad grande. Las oleadas de la gente la empujaban de manera que no podía acercarse al Salvador, si bien por un sentimiento de respetuoso temor tampoco se atrevía á llegar muy cerca de Él. En esto notó que unos afirmaban y otros negaban, viéndose, cuando ménos presumía, en la hora de la prueba, como nos sucede á todos cuando oímos, que de una parte se afirma positivamente, y de otra se niega con atrevimiento. Era, pues, una hora de tentacion para la mujer de quien hablamos, aquella en que oía asegurar á unos, que Jesús era hijo de David y el esperado Mesías, miéntras otros negaban, diciendo que Jesús era cómplice de Satanás, y que si obraba milagros, no lo debía á otra virtud que á la de un agente del demonio. La mujer, aunque llevada acá y allá por los que bendecían y por los que maldecían, puesta entre la afirmacion y la negacion, entre la fé y la incredulidad, de ningun modo dudaba respecto al juicio que debía formar de Jesús. Toda su perplejidad nacía de la confianza y del deseo. Decía para sí: Si yo pudiera acercarme bastante á él, y tocar solamente la orla de su vestido, indudablemente quedaría sana. En medio del temor se sintió dominada de improviso por la confianza, y aproximándose á Jesucristo, toca la orilla inferior de su manto. Paróse el Señor, y dijo á sus discípulos: «Alguno me ha tocado.—¡Alguno decís, Maestro! ¿Qué tiene de extraño que os toquen, no uno, sinó muchos, apiñada como está en derredor vuestro la muchedumbre?—No me entendeis: vuelvo á decir que alguno me ha tocado.» El Salvador quería significar que alguno le había tocado con fé, con honda conviccion, y despues de vencer las resistencias que se le oponían para aproximarse á Jesús. La pobre mujer, temblando, decía: «Yo fuí, Señor, la que tuve la temeridad de tocar vuestro manto; pero lo hice con confianza, creyendo curar de la dolencia que padezco.» El divino Salvador entónces, dirigiéndola una ternísima mirada, contestó: «Anda, sana estás; tu fé te ha devuelto la salud.»

Ahora bien; contra la negacion atrevida, contra la tentacion seductora, contra la duda engañosa, levantemos la voz sin temor. Acordémonos de que la fé ha de salvarnos, y por lo mismo, de que jamás hemos de dudar. No vacilemos, no; mantengámonos firmes durante la prueba: en esto está para nosotros el secreto de ser fuertes en el dolor y heróicos en el sacrificio; y despues de imitar la virtud de María en el cumplimiento de su mision en la tierra, tendremos la dicha de participar de su gloria en el Cielo.

LA CONCEPCION INMACULADA DE MARÍA.

DISCURSO I.

Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.
Mi espíritu se ha regocijado en el Dios que es mi salud.
(Luc. I, v. 47.)

Tales fueron, católicos, las palabras de María á la sazon en que, llevando ya en su seno virginal al Verbo increado, oye la felicitacion que Isabel la dirige acerca de sus altos destinos y sus grandezas. Entregada á los más deliciosos trasportes, publica repentinamente los sentimientos de humildad, de gratitud y de alegría de que su alma está penetrada, á la vista de las estupendas maravillas que ha obrado en ella el Omnipotente: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.*

Sin dar á estas palabras una violenta interpretacion, puedo ponerlas en su boca en el momento de su Concepcion inmaculada; pues esta concepcion milagrosa le procuró el perfecto uso de su razon, y fué, por otra parte, un favor de inestimable precio. Sí, no lo dudemos: en los inefables arrebatos con que la anima el Espíritu Santo, exclama: ¡Dios mio, mi Libertador y mi Padre! Vos me habeis salvado del más grande de los infortunios. Gracias á vuestra bondad, que se ha complacido en derramar con profusion sobre esta humilde sierva vuestros dones y bendiciones más preciosas, me he librado de un mal más terrible que el Infierno, del pecado que corrompe todo el género humano. ¡Cuán dulce, cuán amable me debe ser esta singular ventaja! ¡Qué de atractivos, qué de hechizos tiene para mi corazon! Ni un momento me he visto en la desgracia de mi Dios; al fijar sobre mí sus miradas, nada percibe que pueda ofender su santidad; segura estoy de no haberle desagradado jamás; segura de no desagradarle nunca. No: todas las delicias, todos los encantos,

todas las satisfacciones de la tierra, nada tienen de comparable con la sublime alegría que experimenta mi alma en este momento: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* Así María, llena de justicia y de santidad en su concepcion sin mancha, unida ya íntimamente á su Dios en un tiempo en que todos somos esclavos de Satanás, adora la mano poderosa que la preservára del contagio del pecado, y reconoce humildemente, que todo lo debe á Aquel, que por su gracia la ha prevenido con sus bendiciones santificantes. Pero, convencida tambien, de que los señalados y extraordinarios favores con que la ha distinguido el Omnipotente, exigen de su parte una fiel y exacta correspondencia, no se ocupa, desde aquel feliz momento, más que de comprender el inestimable precio de esta gracia, de conservarla en su corazon, y de aumentar tan precioso tesoro con la práctica de todas las virtudes.

Tal es la doble idea bajo la cual vengo á proponeros el misterio de este dia en un discurso, que pueda contribuir á un mismo tiempo al elogio de la Santísima Vírgen, y á nuestra propia edificacion. María, sin mancha en el primer instante de su vida, porque ha sido prevenida por la gracia: María siempre ejemplar en su conducta, porque ha sido fiel á la gracia. En la primera parte vereis el principio de su gloria: en la segunda, el principio de su mérito. Dos reflexiones que por su importancia merecen toda vuestra atencion. Imploremos, etc. A. M.

El estado actual en que nace el hombre, flaco, desordenado y privado de la justicia, no es obra del Criador. El hombre salió de las manos de Dios inocente y justo; este Señor grabó en su alma rasgos de semejanza con sus perfecciones infinitas, y su amor se extendió á la imágen que había formado. La naturaleza del hombre, robusta y vigorosa, no necesitaba de una gracia que curase sus enfermedades; su alma se hallaba adornada con las joyas más preciosas; podía perseverar en el estado de la justicia, y trasmitir tan augustos derechos á su posteridad; pero, no acertando á sostener tanta gloria sin orgullo, cegáronle una engañosa curiosidad, el deseo de la independencia, y el placer de obrar por sí mismo. Los sentidos mezclaron sus atractivos con estos estímulos secretos; y comiendo de la fruta prohibida, gustó la perniciosa dulzura de satisfacer un vano deseo. Inmediatamente desfiguró el pecado la obra perfecta de la creacion; se declaró la rebelion de los sentidos; y no pudiendo sufrir el hombre la vergüenza de su culpa, huyó de la presencia del Criador: su

conciencia le acusaba, y sus despreciables excusas acabaron de confundirle. Entónces el Señor, irritado contra su obra, pronunció contra Adán el decreto de muerte; y debiendo de ser su pecado el nuestro, su linaje fué tambien proscrito para siempre. Desde este momento fatal, la corrupcion del barro de que fué formado el primer hombre, inficiona cuantos vasos salen de las manos del artífice, y el pecado corre por nuestras ven s con la vida. En el instante en que recibimos de Dios el primero de sus beneficios, somos dignos del primero de sus anatemas; y merecemos que nos destroze con la misma mano que nos ha formado. ¡Qué noche, con todos sus horrores, es comparable á este momento tenebroso!

Mas, no temamos que María experimente la misma suerte. Dios no puede permitir, ni permitirá jamás, que sea manchada con un oprobio tan contrario á sus altos designios: oprobio que refluiría en mengua de su propio Hijo. Escogida para Madre de Jesucristo, debía ser colmada de todas las gracias desde el instante de su concepcion, á fin de que, llena del Espíritu de Dios, se hallase en disposicion de ser elevada á la sublime dignidad á que se la destinára ántes del principio de los siglos. En efecto; desde el momento de su concepcion muéstrase delante de su Dios como la aurora naciente que anuncia un dia claro y sereno. «Vén, le dice este Señor adorable; tu belleza es sin igual; no hay en tí ni mancha, ni imperfeccion, ni defecto: eres la más hermosa de todas las criaturas; la obra más acabada que ha salido de mis manos; más dichosa que Jeremías, no has sido meramente arrebatada de entre los dientes de la antigua serpiente, sinó que has triunfado de todos los esfuerzos de su furor, y aplastado su cabeza. Vén, mi muy amada: yo pondré en tí todas mis complacencias; despues del Verbo increado, que engendré desde la eternidad en el seno de la gloria, eres la más perfecta imágen en que puedo contemplar mi grandeza. Vén; yo quiero coronarte con mis propias manos: te daré en herencia todas las naciones; cooperarás conmigo al más grande de mis designios: la salud del mundo, que medito, será mi obra; mas tú tendrás parte en realizar tan grandiosa empresa. Vén; voy á revestirte de un poder que será el terror y el espanto de las potestades de las tinieblas; tú sola serás un ejército ordenado en batalla, formidable al mismo Infierno. Vén; tú eres la imágen de la divinidad, la maravilla del mundo, la Reina de la naturaleza.»

Ved ahí, católicos, como Dios se apresura, no digo á libertar, sinó á preservar de la servidumbre comun á esa dichosa criatura. ¡Asombroso espectáculo! Un fuego devorador todo lo abrasa, y en medio del incendio general, un árbol majestuoso, no solamente queda libre de la voracidad de las llamas, sinó que, además, se muestra cargado de flores, y vá á producir un fruto que será la salud de las naciones. Un tirano furioso cubre el universo de ruínas; y en medio de sus conquistas una sola plaza resiste á sus violentos ataques. Hablemos con más claridad: todo el género humano gime encadenado bajo el cruel imperio del príncipe de las tinieblas; y una simple niña está á cubierto del furor del mónstruo, que ha triunfado de todos los hombres y reducídolos á su yugo. ¡Privilegio único é incomprensible! Mil y mil veces el Dios omnipotente hizo salir á los muertos del fondo de los sepulcros, ha domado la rabia de los leones y detenido el furor de las llamas; pero salvar del pecado de orígen, prevenir el contagio que ha inoculado su veneno sobre todos los descendientes del primer hombre, es favor de un órden tan extraordinario, tan sublime, que no le ha concedido más que una sola vez, y á una persona sola; es una prerogativa singular de María, destinada para ser su Madre.

Héahí, católicos, lo que forma con justo título el principio de la gloria de esta incomparable Vírgen: pero en este principio hé ahí tambien un motivo para confundirnos; porque al considerar la primera gracia que reconocemos hoy en María, ¿podremos dejar de recordar nuestro orígen vergonzoso y humillante; aquel pecado de nuestro primer padre, que imprimió en nuestra naturaleza una mancha y corrupcion, que se perpetúa hasta sus últimos descendientes, con un fondo de miserias y de enfermedades tan duraderas y multiplicadas como los dias del hombre? Esta es la séria reflexion, que el más sábio de los hombres oponía á las ilusiones y sorpresas de la vanidad, tan mal entendida, pero, desgraciadamente, harto comun en ciertas condiciones. Prevenido abundantemente de todas aquellas ventajas que son el objeto de la ambicion del siglo, veíase, como lo dice él mismo, casi tan elevado sobre los demás reyes como lo están los reyes sobre los pueblos; pero, despues de todo, continúa diciendo: «á pesar del resplandor de la gloria que brilla en derredor de mi trono, y á través de los símbolos de grandeza de que me veo revestido, confieso, que nada tengo en el fondo que me distinga del resto de los hombres; conozco que no soy más que un conjunto de miseria y de pecado, un hombre débil y mortal como los demás, amasado del mismo lodo que ellos, y semejante, por la condicion de mi naturaleza, al último de los esclavos que viven sobre la tierra: *Sum quidem et ego mortalis*

homo, similis omnibus, et de genere terreni illius, qui prior creatus est.»

Palabras que debieran tener siempre presentes esos hombres orgullosos, que á favor de lisonjeros títulos, de algunos bienes, de su crédito, talento ó prosperidad, quieren, al parecer, pasar por séres singulares y diversos del resto de sus semejantes. Nada, en efecto, más eficaz que la memoria de aquel primer momento que nos ha visto nacer, para convencernos de que, si en el comercio de la vida las sábias leyes de la sociedad parecen distinguirnos á los unos sobre los otros, no por eso debemos dejarnos deslumbrar por distinciones que en nada alteran nuestra verdadera condicion. Por más honores y respetos que por el bien parecer, ó por obligacion, se nos tributen, en el fondo, no somos sinó hombres mortales, cenizas animadas, hijos culpables de un padre criminal, objetos de la justa cólera de un Dios en nuestro nacimiento, y muchas veces, triste juguete de las más viles criaturas en el corto espacio de esta vida mortal.

Y lo que más debe confundirnos es, la vista de las iniquidades que nos son propias, que añadimos sin remordimiento á la mancha de nuestro orígen, y que mucho ménos perdonables en su principio, nos hacen siempre más criminales á los ojos de Dios; aquellos pecados de eleccion y de determinacion, aquellas prevaricaciones de toda especie, libres, voluntarias, con que gravamos todos los dias nuestra conciencia, y perpetuamos la infamia de nuestro nacimiento. ¡Extraña contradiccion en nuestros sentimientos! Apartamos de María con religiosa delicadeza la menor idea de una culpa que nos es comun á todos. El pecado, decimos, lleva consigo tal horror, que no puede atribuirse á la Madre de Dios sin imputarla una mancha que la degradaría. Sin embargo, poco acorde nuestro corazon con nuestro entendimiento, nos abandonamos sin escrúpulo al pecado; nos complacemos en habitar con este mónstruo, y nos sujetamos voluntariamente á su yugo. ¿Qué digo? ostentamos por todas partes la vergüenza de su servidumbre con aire de independencia, de libertad, de fausto y de alegría; y miéntras estamos vendidos á Satanás, como el más vil mercenario al más imperioso de los tiranos, nos preciamos de elevacion de espíritu, de grandeza de alma, de nobleza de sentimientos; cual si el pecado nada ofreciese de horroroso á nuestros ojos sinó en la más pura de las vírgenes, y cual si toda su deformidad se convirtiese, por lo que á nosotros respecta, en un nuevo título de honor y de alabanza.

Por fin; debe cubrirnos de confusion la vista de aquella primera gracia con que Dios nos ha prevenido en su misericordia, cuya preciosa memoria nos excita el misterio de este dia. Concebidos en la iniquidad, hijos de cólera y dignos de una muerte eterna, aún ántes de nacer; ved ahí lo que hemos sido, y el justo motivo de nuestra humillacion: *Et hæc quidem fuistis*, dice el Apóstol. Pero el agua del bautismo, agua pura y santificante, ha lavado todas nuestras manchas: *Sed abluti estis*. Desde entónces nuestro Dios nos ha mirado con ojos de padre: su cólera ha sido reemplazada por el amor, y nos ha revestido á la faz de su Iglesia del hábito de la inocencia y del velo de santidad: *Sed santificati estis: sed justificatis estis*. ¡Privilegio incomparable, que arrancándonos el oprobio de nuesto antiguo estado, nos hace hijos de Dios, y participantes, en algun modo, de la naturaleza divina! *Divinæ consortes naturæ*. Tal es nuestra gloria y el orígen de nuestra dicha.

Sin embargo, ¡por cuánto tiempo hemos conservado esta gracia inestimable de adopcion que nos dá á Dios por Padre! Vosotros lo sabeis; solo aquel tiempo preciso en que, por falta de razon, no pudimos hacernos culpables. Parece que nos apresuramos y que estamos impacientes por despedazar esa vestidura de inocencia, casi tan presto como la hemos recibido; y consentimos tranquilamente en perderla, para ponernos en la necesidad de recobrarla á costa de grandes esfuerzos. ¡Dichosos aún, si así hiciéramos estos merecidos esfuerzos, y conociéramos bien el precio de tan rico tesoro, para sentir su fatal pérdida! Porque es preciso que la sinceridad de nuestra penitencia nos la restituya, ó que nuestros nombres sean borrados para siempre del libro de la Vida. Ved aquí un punto capital que no podemos dar al olvido. Pero no limitemos á esto todas nuestras reflexiones, pues María va á suministrarnos otras que no son ménos importantes. Ya es tiempo de considerar su fidelidad á la gracia de la cual recibe hoy las felices primicias.

Cuando contemplamos á la luz de la fé, la suprema cualidad con que Dios quiso honrar á María, escogiéndola para dar al mundo á su Hijo único, nada nos sorprende el verla distinguida del resto de las criaturas con todas las bendiciones que brillan en su concepcion inmaculada. Nada es demasiado grande para la Madre de un Dios: todo lo que puede convenir al hombre en el órden de la gracia, parece estar vinculado á esta eminente dignidad, singular en su especie. Pero, el ver hasta que punto esta Santísima Vírgen extiende su vigilancia sobre su propia conducta; que en lugar de prevalerse de los privilegios de que goza, pone tanta diligencia en su perfeccion como si no hubiera recibido ninguno; esto es, católicos, lo que forma en la

Iglesia el espectáculo más edificante: la religion no puede proponer á nuestra consideracion un ejemplar más bello, pues en él observamos al mismo tiempo un alma confirmada en la gracia, y que obra, sin embargo, como si pudiera perderla; un alma prevenida por la plenitud de la gracia, y que se porta, no obstante, como si no hubiera recibido más que una módica porcion: doble consideracion para nosotros. Es un sentimiento universal y creencia comun de la Iglesia, que María, distinguida de todos los demás santos en la dispensacion de los dones de Dios, recibió desde luego una gracia de confirmacion, que la fijó invariablemente en el estado de inocencia, y que fué como un privilegio inseparable de la santidad de su condicion. En tal estado, pues, de una gracia inamisible, ¿qué derecho no parecía tener para vivir en el mundo libremente y sin vigilancia? ¿A qué tanto esmero por conservar lo que no se puede perder? ¿Qué necesidad hay de precauciones cuando no hay enemigos que temer, ni combates que sustentar? Tal era la situacion de María: libre de toda pasion desarreglada, sin concupiscencia en el corazon, sin rebelion en los sentidos, su inocencia fué inaccesible á todo lo que se llama pecado.

¿Cuáles fueron, sin embargo, sus diligencias para conservar un tesoro de cuya posesion estaba segura? ¡Ah! una práctica contínua de abstinencia, de ayuno y de oracion; un silencio riguroso, un retiro doméstico, una habitacion señalada en la casa del Señor, son para ella leyes inviolables. No se la ve jamás presentarse en las fiestas del siglo, en las concurrencias y reuniones de los mundanos, ni ir á buscar vanas diversiones entre un pueblo libre y disipado. Aún el mero trato con las mujeres más prudentes de Israel, le parece á veces un obstáculo ó un peligro; temería, cuando ménos, dar materia á una leve sospecha desventajosa á su reputacion. Todo alarma su modestia y su pudor; y aunque aquellas ocasiones tan fatales, que son algunas veces el escollo de las más heróicas virtudes, no hubieran podido servir sinó para hacer brillar la suya, cree, á pesar de eso, que el mayor mérito, consiste en buscar un asilo seguro contra todo escollo. Católicos, este admirable ejemplo, ¿no es un terrible juicio de condenacion contra nosotros por nuestra falta de precaucion y de vigilancia? Sin hablar de tantos hombres insensatos, que parecen haber hecho un pacto con la muerte, y que familiarizándose con las ocasiones más próximas, quieren correr todos los dias voluntariamente el riesgo espantoso de una perdicion eterna; ¿en dónde están aquellas sábias y saludables precauciones que la gracia exige, aún entre las mismas personas que se tienen por más arregladas? ¿Qué género de delicadeza se advierte en su conducta para conservar los dones que el Señor les ha dispensado? Es muy duro, se dice comunmente para autorizar la libertad de costumbres; es muy duro guardar tanta reserva, y reducirse á una conducta tan circunspecta. ¿Será preciso renunciarlo todo? ¿se querrá que vivamos como anacoretas en medio del siglo?

¡Ah! ¡injusto y lastimoso lenguaje, que muestra que ni aún se tiene idea de lo que constituye el fondo del hombre cristiano y la base de la violencia evangélica! No, ciegos mundanos; no se pretende aislaros en el recinto de vuestras casas, ni ménos que os retireis á un desierto, sinó que vivais como cristianos, huyendo de aquellos escollos contra los cuales se ha estrellado tantas veces la virtud más sólida y constante. No, hombres imprudentes y disipados; no se trata de que seais anacoretas, sinó de destruir esa falsa seguridad, que os deja tranquilos y sin remordimiento en un siglo, en que mil objetos capaces de alarmar la piedad pasan por indiferentes, y en que casi todo lo que se debe evitar para mantener el corazon sin mancha, viene á ser de uso frecuente y ordinario, y forma parte de una frívola y profana educacion. No, almas seducidas por las lisonjeras apariencias de una virtud equívoca; no se os quiere obligar á que lo renuncieis todo, sinó á que rompais ciertos lazos que os unen al mundo, para preservaros de mil ocultos peligros, á los cuales os arrastra sin cesar vuestra inclinacion ciega sin eleccion ni discernimiento. Se os quisiera persuadir, que la seguridad del que arrostra el peligro jamás fué seguridad contra el peligro mismo.

La segunda enseñanza que nos dá María es, que habiendo recibido la plenitud de la gracia, se conduce, sin embargo, como si no hubiera de ella recibido más que una módica porcion. ¿Qué le faltaba, en efecto, de todo lo que puede formar sobre la tierra la perfeccion de un alma? La suya, desde su nacimiento, mostróse en un grado de elevacion muy superior al de los más grandes santos. Prevenida así por las bendiciones del Señor con una preferencia tan señalada, ¿no podía limitarse á conservar este rico tesoro, vivir en paz en su abundancia, y evitar los cuidados penosos de un contínuo trabajo? ¡Ah! ese error peligroso, esa ilusion capaz de engañar á un alma ménos atenta, no fué la regla de esta Vírgen escogida. Educada con tanto cuidado en la escuela de la sabiduría, muéstrase convencida de que se retrocede en el camino de la virtud cuando no se hacen esfuerzos para adelantar en él. Apoyada en tales principios, y penetrada de la fuerza de estas verdades, señala todos sus pasos con algun nuevo grado de perfeccion. Sin pensar en los copiosos tesoros de

gracia y de virtud con que el Señor la ha enriquecido, trabaja sin cesar por adquirir nuevas riquezas. Ningun reposo, ningun vacío en los momentos que componen los dias de su vida mortal, ninguna interrupcion en las prácticas de santidad. Las acciones más comunes, las mismas necesidades de la naturaleza á que pone límites severos, no están exentas de mérito; y para decirlo todo de una vez, nada ejecuta que no sea santificado como un nuevo fruto de la gracia.

Católicos, ¿es esta la regla de nuestra conducta? ó más bien, ¿no es este ejemplo mismo el que acaba hoy de confundirnos, y de poner en evidencia toda la injusticia de nuestros sentimientos? No es mi ánimo entrar aquí en el misterio de la dispensacion de las gracias, para decir precisamente á cada uno hasta donde debe extenderse su fidelidad para con Dios. Bástenos saber, que el Sol de justicia que nos alumbra, no luce igualmente para todos; que como la medida del talento es diferente, lo es tambien la del trabajo y de la obligacion; y por consecuencia, que el siervo á quien el padre de familia no ha confiado más que un solo talento, no será condenado al fuego por no haber recibido tanto como los demás, sinó por haber dejado estéril lo que ha recibido. ¡Ay del siervo infiel que haya sepultado el talento de su Señor! Lo que debería ser la causa de su dicha, será ocasion del más terrible de los castigos. ¡Quiera Dios que esta desgracia no caiga sobre ninguno de nosotros! Pero es constante, que en este punto llamamos nuestra indolencia é insensibilidad hasta un extremo que ningun pretexto puede cohonestar. En todo lo demás desplegamos una energía y actividad infatigables. ¿Qué esfuerzos no hace el avaro, para acumular tesoros sobre tesoros; el ambicioso, para perder á sus competidores y abrirse un camino á los honores y dignidades: el voluptuoso, para inventar nuevos placeres y pasar los dias de su vida en un círculo de alegrías, de fiestas y espectáculos? Y qué, católicos, ¿seremos ménos vigilantes y ménos diligentes, para hacer fructificar el talento evangélico, el talento de la gracia, que puede producirnos tesoros inmensos y eternos, que para aumentar una fortuna perecedera, y unas satisfacciones del momento y de ningun valor? ¡Deplorable ceguedad! El tiempo absorbe todos nuestros cuidados, todos nuestros pensamientos, todos nuestros deseos; ¡y la eternidad y nuestra propia salvacion no nos merecen más que indiferencia y olvido!

Aprendamos á ser más sabios y más prudentes por nuestros propios intereses. Que el ejemplo de María nos confunda hoy útilmente, para evitar en el último día una confusion más terrible. Sigamos sus

huellas, imitemos sus virtudes. Pero, en el estado de fragilidad á que nos ha reducido el pecado, ¿quién formará en nuestros corazones aquel generoso desprecio del mundo, aquel amor tan puro y activo, aquella sumision sin reserva, aquella pureza sin mancha? ¡Vírgen Santísima! despues de haber dejado tan insignes ejemplos, alcanzadnos la gracia necesaria para seguirlos. Pedid para todos los que se interesan en vuestras glorias, una fé dócil, un corazon casto, el espíritu de penitencia, la sed de justicia; á fin de que, siguiendo vuestros pasos por las sendas de la virtud, merezcamos algun dia reinar con Vos en la gloria. Amen.

LA CONCEPCION INMACULADA DE MARÍA.

DISCURSO II.

Una est columba mea, perfecta mea.
Una sola es la paloma mia, la perfecta mia.
(CANT. VI, 8.)

Si las palabras del Cantar de los Cantares han de referirse á María, ignoro el por qué Dios la llama única, pues no cabe duda, en que María no es única por la nobleza de su orígen; otros personajes muy celebrados se mencionan en la bendita descendencia de Abrahán, en la tribu escogida de Judá, y en la real estirpe de David que fueron herederos muy celebrados por una larga série de antepasados, por el honor del cetro, por eminencia de obras ó por dignidad de sacerdocio. María no es única por candor de inocencia, pues en el principio del mundo se vieron tambien los Abeles, así como se admiraron los Juanes en los albores de los nuevos dias. María no es única por abundancia de gracias, ya que fueron enriquecidos con gracias muy preciosas, ántes que Ella, los Patriarcas y los Profetas, así como los Apóstoles y los Mártires despues de su aparicion en el mundo. María no es única por el conocimiento de las cosas celestiales, pues, los Cielos se rasgaron á Ezequiel en el Gobar, á Daniel á orillas del Tigris, y á Elías en el monte Carmelo, quienes anunciaron, no tan solo las cosas presentes, si que tambien los sucesos ocultos entre las tinieblas de lo futuro. María no es única por el dón de milagros, pues, por muy detenidamente que se examinen todos los instantes de su vida, no vemos que se citen de Ella ni uno solo de los prodigios que hicieron célebre el nombre de Moisés, ó los verificados en todo tiempo por los héroes del cristianismo. Luego; ¿por qué razon Dios, dirigiendo la palabra á María, la llama única: *Una est columba mea, perfecta mea*? A esas observaciones se contesta, hermanos mios,

con la festividad de hoy. En efecto; si todos los infelices descendientes del padre desobediente, consumada la primera culpa, son concebidos hijos de ira, vasos de corrupcion y esclavos del Infierno; hoy, celebrando la Inmaculada Concepcion, celebramos á Aquella, que ha sido la única criatura preservada de la corrupcion del pecado original; corrupcion inevitable á todos los demás descendientes de Adán. Y si otros cristianos vivieron luego en la tierra, que amaron su candor, imitaron su constancia, practicaron su caridad, ó se ejercitaron en las virtudes, Ella sobrepujó á todos en grado eminente, puesto que ninguno ha llegado, ni podrá jamás igualarla en la inocencia de su concepcion, por haber sido la única inmaculada, aún ántes de ser concebida. Apresurémonos, pues, amados hermanos, á considerar á María en su concepcion, porque cuando la háyamos visto, por la liberacion de toda mancha, adornada de un privilegio, que ninguna otra criatura podrá gozar juntamente con María, tendremos sobrados motivos para concluir, que verdaderamente es única. Saludémosla ántes con el Arcángel. A. M.

Sumamente grato me es recordaros ahora las palabras, que en el Génesis se ofrecen á la consideracion de todos los fieles, relativamente á la creacion del primer hombre, y con las cuales creo que es muy fácil reconocer en María la exencion de toda culpa. Hé ahí, pues, que Dios forma á Adán; pero, ántes de poner manos á la obra, toma consejo con su sabiduría, llama al eterno Amor, y formado su cuerpo con un poco de barro, le inspira en el rostro un soplo de vida, ó sea, une á aquel cuerpo un alma espiritual. Esta alma, salida hermosa de las manos del Criador, era santa, y se elevaba ya al Cielo arrobada en alas de la caridad; era pura y limpia de la más leve culpa; se presentaba con la sonrisa suavísima de la gracia; era inocente y llena de dotes sobrenaturales; crecía en la integridad virginal de la belleza. Ahora bien; supongamos que entónces Dios, en vez de criar á Adán, hubiese criado á María; ¿os cabría duda alguna acerca de la inmaculada concepcion de esta Vírgen? No por cierto; y si el hecho se hubiera realizado de esta manera, nada podría alegarse en contra de esta concepcion inmaculada. Pues bien; en el Génesis leemos de María más de lo que se lee de Adán. En efecto; queriendo la Iglesia que contemplemos en la Vírgen una obra premeditada en los eternos Consejos aún ántes de los siglos, le aplica las frases de los Proverbios, y la llama concebida aún ántes de los dias de la creacion, la elogia salida de la mente de Dios ántes que otra criatura alguna, y

LA CONCEPCION INMACULADA DE MARÍA.

DISCURSO II.

Una est columba mea, perfecta mea.
Una sola es la paloma mia, la perfecta mia.
(CANT. VI, 8.)

Si las palabras del Cantar de los Cantares han de referirse á María, ignoro el por qué Dios la llama única, pues no cabe duda, en que María no es única por la nobleza de su orígen; otros personajes muy celebrados se mencionan en la bendita descendencia de Abrahán, en la tribu escogida de Judá, y en la real estirpe de David que fueron herederos muy celebrados por una larga série de antepasados, por el honor del cetro, por eminencia de obras ó por dignidad de sacerdocio. María no es única por candor de inocencia, pues en el principio del mundo se vieron tambien los Abeles, así como se admiraron los Juanes en los albores de los nuevos dias. María no es única por abundancia de gracias, ya que fueron enriquecidos con gracias muy preciosas, ántes que Ella, los Patriarcas y los Profetas, así como los Apóstoles y los Mártires despues de su aparicion en el mundo. María no es única por el conocimiento de las cosas celestiales, pues, los Cielos se rasgaron á Ezequiel en el Gobar, á Daniel á orillas del Tigris, y á Elías en el monte Carmelo, quienes anunciaron, no tan solo las cosas presentes, si que tambien los sucesos ocultos entre las tinieblas de lo futuro. María no es única por el dón de milagros, pues, por muy detenidamente que se examinen todos los instantes de su vida, no vemos que se citen de Ella ni uno solo de los prodigios que hicieron célebre el nombre de Moisés, ó los verificados en todo tiempo por los héroes del cristianismo. Luego; ¿por qué razon Dios, dirigiendo la palabra á María, la llama única: *Una est columba mea, perfecta mea*? A esas observaciones se contesta, hermanos mios,

con la festividad de hoy. En efecto; si todos los infelices descendientes del padre desobediente, consumada la primera culpa, son concebidos hijos de ira, vasos de corrupcion y esclavos del Infierno; hoy, celebrando la Inmaculada Concepcion, celebramos á Aquella, que ha sido la única criatura preservada de la corrupcion del pecado original; corrupcion inevitable á todos los demás descendientes de Adán. Y si otros cristianos vivieron luego en la tierra, que amaron su candor, imitaron su constancia, practicaron su caridad, ó se ejercitaron en las virtudes, Ella sobrepujó á todos en grado eminente, puesto que ninguno ha llegado, ni podrá jamás igualarla en la inocencia de su concepcion, por haber sido la única inmaculada, aún ántes de ser concebida. Apresurémonos, pues, amados hermanos, á considerar á María en su concepcion, porque cuando la háyamos visto, por la liberacion de toda mancha, adornada de un privilegio, que ninguna otra criatura podrá gozar juntamente con María, tendremos sobrados motivos para concluir, que verdaderamente es única. Saludémosla ántes con el Arcángel. A. M.

Sumamente grato me es recordaros ahora las palabras, que en el Génesis se ofrecen á la consideracion de todos los fieles, relativamente á la creacion del primer hombre, y con las cuales creo que es muy fácil reconocer en María la exencion de toda culpa. Hé ahí, pues, que Dios forma á Adán; pero, ántes de poner manos á la obra, toma consejo con su sabiduría, llama al eterno Amor, y formado su cuerpo con un poco de barro, le inspira en el rostro un soplo de vida, ó sea, une á aquel cuerpo un alma espiritual. Esta alma, salida hermosa de las manos del Criador, era santa, y se elevaba ya al Cielo arrobada en alas de la caridad; era pura y limpia de la más leve culpa; se presentaba con la sonrisa suavísima de la gracia; era inocente y llena de dotes sobrenaturales; crecía en la integridad virginal de la belleza. Ahora bien; supongamos que entónces Dios, en vez de criar á Adán, hubiese criado á María; ¿os cabría duda alguna acerca de la inmaculada concepcion de esta Vírgen? No por cierto; y si el hecho se hubiera realizado de esta manera, nada podría alegarse en contra de esta concepcion inmaculada. Pues bien; en el Génesis leemos de María más de lo que se lee de Adán. En efecto; queriendo la Iglesia que contemplemos en la Vírgen una obra premeditada en los eternos Consejos aún ántes de los siglos, le aplica las frases de los Proverbios, y la llama concebida aún ántes de los dias de la creacion, la elogia salida de la mente de Dios ántes que otra criatura alguna, y

la celebra concebida en la eterna idea ántes de que existiesen en ella los Angeles y los Santos (1). Aún no existían los cielos, ni la tierra, ni nada de cuanto se admiró más tarde como obra de la omnipotencia divina, y ya María apareció en la mente y en el corazon de Dios, festejada como obra suprema de la futura creacion. En verdad, que Dios festejaba en María á su Amada, y á Ella dirigía sus pensamientos cuando infundía vida y movimiento al Universo. Dios crió el sol, vistiéndolo de inmensa luz, para que pudiese iluminar la tierra; y con placer escribió en el ancho disco del sol el nombre de María. Dios crió la luna, para que con su suave blancura alejase las túpidas tinieblas de la noche; y por amor imprimió en el blanco manto de la luna el nombre dulcísimo de María. Dios redondeaba las esferas, separaba las aguas, elevaba los montes, ahondaba los valles, producia las yerbas y abría el cáliz de las flores; y con la mayor complacencia grababa el nombre de María en las flores, en las yerbas, en los valles, en los montes, en las aguas y en las esferas en medio de un grupo de piedras preciosas. Así, pues, María es la primera criatura escogida, que Dios predestinó para la gracia y la gloria, ántes que toda criatura humana y angélica. Por consiguiente, ya que no cabría duda alguna de creerla concebida inmaculada si Dios la hubiese criado ántes que á Adán, ó tambien en vez de Adán, no puede ménos que manifestarse inmaculada en todo tiempo y constituida en el órden de una incomprensible eternidad.

Y en verdad, que no podría ser de otra suerte. Yo contemplo por segunda vez á aquel que, criado primero por Dios, fué nuestro padre; y así como desde los primeros instantes de su vida le veo adornado de la inocencia y enriquecido con la gracia, tambien debemos decir, que María fué adornada de la inocencia y privilegiada con la gracia desde el primer instante de su concepcion. Efectivamente; no puede negarse, que todas las gracias que Dios concede á las criaturas, debieron derramarse en María con mayor excelencia y abundancia, para que Ella, como Señora, no apareciese inferior á los siervos, y, como Reina, no tuviera que humillarse ante una pureza más inmaculada en alguno de sus súbditos. ¿Y acaso no es Señora de todas las criaturas Aquella, á cuyo dominio están sometidas todas las criaturas? ¿Por ventura no es Reina del Cielo y de la tierra Aquella, que es Madre del coronado Rey del Cielo y de la tierra? Así, pues, sus gracias debían sobrepujar sin duda alguna á las gracias

(1) Prov. VIII, 23.

concedidas á los siervos; y, por consiguiente, no pueden ménos de reconocerse en Ella las gracias que recibiera Adán en su creacion. Y así como Adán en su creacion no tuvo mancha alguna, no le oscureció ninguna falta, tampoco María en su concepcion pudo ser empañada por ninguna mancha, ni ser oscurecida por ningun pecado.

¿Y cómo podía ser de otra suerte, hermanos mios, si María vino al mundo para la rehabilitacion de Adán caido? Yo, por tercera vez, dirijo mi mirada al Paraíso terrenal. Allí, donde todo respiraba éxtasis y maravilla, recibió vida la culpa; allí Adán, no contento de una grandeza que le constituía rey del Universo, se dejó seducir, queriendo ser otro Dios. Pues bien; en este mismo lugar desciende el Señor, y después de haber condenado al prevaricador al duelo, al sudor y á la muerte, dice, dirigiéndose al seductor infernal: Yo pondré enemistades entre tí y la mujer, entre tu descendencia y la suya; Ella aplastará tu cabeza (1). ¿Y quién no ve, que no se hubiera alcanzado esta victoria, si María hubiese estado por un solo instante en poder del demonio? Un dia fuiste mi sierva, la hubiera dicho Satanás, un tiempo fuiste mi esclava, ni tu corazon fué tan cerrado á mis conquistas que no hubiese erigido tambien en él mi trono y hecho tremolar en él mi bandera. ¿Y os parece, hermanos mios, que Dios podía permitir un tal desdoro en María? Y al paso que por Adán, reo más tarde de culpa, se mostró pródigo de gracias, ¿creeremos que podía mostrarse avaro de estas gracias para con Aquella, que venía para la rehabilitacion de Adán caido?

Pero ¿á qué proseguir yo este parangon entre Adán y María, cuando no cabe parangon entre ambos? Examinemos un poco los sagrados libros, y con los símbolos que la describieron, con las figuras que la anunciaron, y con los varios vaticinios que la predijeron, busquemos, hasta donde sea posible, quien es María. María es la vara de Aarón, que se reviste de blancas flores; el vellon de Jedeon, que se empapa de celestial rocío; la torre de David, jamás vencida en asalto alguno; el arco íris de Noé, sereno y de varios colores; el zarzal del Sinaí, siempre ardiente é inextinguible; la nube del Carmelo, que se convierte en lluvia fructífera y saludable; y la hermosa de Engaddi, que con su sonrís hacer sonreir los campos. María es el Arca, que surca majestuosa las aguas del diluvio universal; la paloma noética, que muestra en sus lábios un ramo de oliva en señal de paz; el íris aparecido en las nubes como pacto de alianza; la aurora mensajera

(1) Gen. III, 15.

de una mañana hermosa; el sol anunciador de un claro día; la luna, que desvanece las tinieblas de la noche; la fuente sellada, donde no se abreva rebaño impuro; el huerto cerrado, cuyas yerbas no están manchadas por mano extraña; el cándido lirio de los valles, la virginal rosa de Jericó y la majestuosa palma de Cades. María es Judith, que tiene debajo sus piés la cabeza de Holofernes; es Jael, que tiene en sus manos el clavo aterrador de Sisara; es Débora, con la elocuencia que comunica fuego á las huestes de Israel; es la Esther, que mueve los ardientes afectos de Asuero; es la Abigail, que aplaca la cólera del enemigo; y la Sulamite, que enamora los corazones. María es aquella de la cual fueron tan solo sombra Abel, por su piedad; Abrahán, por su fé; Isaac, por su obediencia; Jacob, por ser tan querido de Dios; José, por su castidad; Onías, por su bondad; y Samuel, por ser tan religioso; es aquella de la cual fueron remotas imágenes la modesta Ruth, la hermosa Raquel, la fecunda Sara, la fuerte Rebeca, y la fatídica Ana; es aquella, que vislumbraron David en el Arca santificada, Jacob en la escala misteriosa; Isaías en la Vírgen singular, Mardoqueo en su caudalosa fuente, Ezequiel en el trono rodeado de un aspecto semejante al arco íris, Salomon en el templo lleno de riquezas y santificado por la presencia del Salvador.

De tales figuras, símbolos y vaticinios, que anunciaron á las gentes esta Mujer única y singular por espacio de cuarenta siglos, ántes de su aparicion en medio del mundo, se deduce su concepcion inmaculada. Dios, que no hace grandes preparativos sinó por cosas verdaderamente grandes, habiendo hecho preceder á María tantos símbolos y tantas figuras, mostró, que María había de ser verdaderamente grande desde su concepcion; y Ella no hubiera podido ser verdaderamente grande desde su concepcion, si desde aquel instante no hubiese sido libre de toda mancha, de toda culpa Dios, que á ninguna otra criatura hizo preceder de tantos vaticinios y tantas señales, con todos los señales y vaticinios que hizo preceder á la concepcion de María, mostró, que quería hacer por Ella lo que no habría hecho por ninguna otra criatura; y no habría hecho con Ella lo que no hizo por todas las demás criaturas, si como éstas hubiese sido inficionada por el veneno original. En fin, Dios, que aún ántes de que fuese Ella concebida, hizo anunciar á María de tantas maneras, mostró, que desde entónces la amaba como el objeto más tierno de su corazon; y por cierto no la hubiera amado de esta suerte, si desde aquel instante María no hubiese sido toda pura, toda inocente, toda inmaculada.

No obstante, en todo lo que he dicho, no he citado ninguno de aquellos testimonios, que si bien en su sentido literal deben entenderse de la Sabiduría encarnada, la Iglesia, guiada siempre por el Espíritu Santo, las aplica expresamente á María. Nada he dicho de las palabras de los Proverbios, las cuales nos dicen, que Dios la poseía desde el principio de sus caminos (1); nada de las del Eclesiástico, las cuales nos aseguran, que Dios la creó en el Espíritu Santo (2); nada de las del Salmista, el cual anuncia, que el Altísimo la santificó, considerándola como su tabernáculo (3); nada del libro de los Cantares, donde es parangonada á la azucena entre las espinas (4), ó es celebrada bella y sin mancha alguna (5). Ahora bien; ¿cómo podrían apropiarse á la Vírgen estas frases tan llenas de poesía y de magnificencia, si hubiese sido concebida con la culpa original? Manchada por el pecado, no hubiera podido decirse, que el Señor poseía á María desde el principio de sus caminos, porque, en tal caso, sus primeros latidos hubieran pertenecido al Infierno. Manchada por la culpa, no hubiera podido decirse, que Dios crió á María en el Espíritu Santo, porque entónces los primeros instantes de su creacion hubieran correspondido al demonio. Inficionada por la culpa, no hubiera podido decirse, que el Señor santificó en María su tabernáculo, ya que, desde aquel instante, el enemigo infernal la hubiera poseido ántes que el Señor la hubiese santificado. Manchada por la culpa, no hubiera podido llamarse azucena entre espinas, ni toda bella, puesto que esta azucena hubiera sido punzada por las espinas; y tambien porque esta belleza hubiera sido contaminada. Así, pues, ¿cómo entender tantas frases sin admitir la inmaculada concepcion? Por consiguiente, hermanos mios, es preciso arrancar todas las páginas de la Biblia, ó confesar, que María fué concebida inmaculada.

No concluye todo aquí. Lo que hace verdaderamente singular á María es su divina maternidad, y es con relacion á esta maternidad que debe hablarse de sus glorias. ¿No os parece, pues, que con relacion á esta maternidad, debía ser Ella inmaculada en su concepcion? Ser Madre de Dios significa, sobrepujar á los Querubines, á los Serafines en la santidad, en la gloria y en la dignidad á cuantos de entre los Angeles y los Santos fueron ó podrán ser muy celebrados por su

(1) Prov. VIII, 22.
(2) Eccl. I, 9.
(3) Psalm. LXXXVI, 5.—Psalm. XLV, 5.
(4) Cant. II.
(5) Cant. IV, 7.

dignidad y su gloria. Ser Madre de Dios significa, elevarse á la mayor de las grandezas; y á una grandeza tal, que, á excepcion de la de Dios, no se puede imaginar otra mayor ni semejante. Ser Madre de Dios significa, cumplirse en Ella todos los oráculos de los Profetas, todas las esperanzas de la tierra, todos los deseos del Cielo. Ser Madre de Dios significa, estrechar con Dios los vínculos más íntimos y más queridos cuales son los de un hijo con su madre..... Yo no sabría comprender de que manera este hijo, siendo sapientísimo, siendo omnipotente, siendo Dios, hubiese podido permitir, que la propia Madre hubiera sido, aún hasta por un solo instante, sierva y esclava de los abismos.

Y en efecto, hermanos mios; si María no hubiese sido libre de toda mancha en su concepcion, quedarian oscurecidas todas las demás glorias procedentes de su Maternidad. Por la Maternidad divina Ella es Reina del Cielo; y sin su concepcion inmaculada esta gloria sería oscurecida, puesto que ántes hubiera sido súbdita del Infierno. Por la Maternidad divina Ella es la Madre de la gracia; y sin su concepcion inmaculada esta gloria quedaría borrada, por lo mismo que ántes de ser Madre de la gracia hubiera sido hija del pecado. Por la divina Maternidad Ella es la Abogada de los pecadores; y sin su inmaculada concepcion permanecería oscurecida esta gloria, ya que ántes de ser la Abogada de los pecadores hubiera sido su compañera en la culpa. Por la divina Maternidad Ella está unida con nobilísimos lazos á la Santísima Trinidad; y sin su inmaculada concepcion esta gloria sería nula, porque ántes de estar unida con estrechísimos vínculos á la augustísima Trinidad, hubiera estado unida al demonio con impuros lazos. Examinad del mismo modo todas las glorias propias de María por su divina Maternidad, considerad todas las prerogativas que debieron adornarla, ponderad todos los privilegios que debieron singularizarla, y considerad los honores á que debió ser elevada; y hallareis siempre, que tantas glorias, tantas prerogativas, tantos privilegios y tantos honores se oscureciéran sin su inmaculada concepcion. Sin su concepcion inmaculada, María hubiera estado un tiempo afeada por la culpa, hubiera sido un instante contaminada por el hálito del Infierno, hubiera estado un tiempo manchada por la bava del demonio. Ahora bien; ¿quién podría creer esto posible en Aquella que debía ser la Madre de Dios? La Mujer que había de ser la Madre de Dios, debía preparar en sus entrañas una casa digna de Dios, dispuesto á descender en ellas; y como que todo es santo en este Dios, de suerte, que no puede fijar sus ojos en nada que no sea

santo (1), ni puede ver sinó santos á su alrededor, aún cuando se trate de ofrecerle sacrificios, servirle y adorarle (2); tambien todo debía ser santo en su Madre, santos los votos, santos los pensamientos, santas las ideas, santos los afectos y santos los deseos. La Mujer que había de ser la Madre de Dios, debía, naturalmente, experimentar los saludables efectos de este Dios descendido para tomar en Ella carne humana; y por lo mismo que este Dios se hizo hombre en Ella para traer la justicia entre los pecadores, la limpieza entre los inmundos, la pureza entre los impuros y el triunfo entre los vencidos; tambien su Madre debía ser vencedora entre los vencidos, pura entre los impuros, limpia entre los inmundos y justa entre los pecadores. La Mujer que había de ser la Madre de Dios, debía en su concepcion aproximarse, cuanto fuese posible, á la prodigiosa concepcion que tenía que verificarse en sus virginales entrañas; y como que esta prodigiosa concepcion fué enteramente obra de Dios, y, por consiguiente, sin la menor sombra de mancha alguna, tambien enteramente obra de Dios, y sin la menor sombra de mancha alguna, debía ser la concepcion de su Madre. Finalmente; la Mujer que había de ser la Madre de Dios, debía participar, en cierto modo, de las dotes de este Dios hecho Hijo suyo; y como que este Hijo suyo fué siempre inmaculado, inocente y santo, tambien su Madre debía ser siempre santa, inocente é inmaculada.

Tal debia ser María, y tal fué. Llegó, finalmente, el día suspirado por los siglos, en el cual se verificó su concepcion; y Dios, con el rostro todo resplandeciente de la inmensa luz que comunicó al sol, y con las manos llenas de los refulgentes astros, con los cuales quiso embellecer las altas esferas, se puso á criarla en un arranque de amor ardentísimo La hizo bella, la hizo santa, la hizo perfecta. Así agraciada salió del soplo omnipotente de Dios el alma de María, la cual emprendiendo raudo vuelo estaba á punto de unirse al cuerpecito formado en el seno de Ana, cuando la vió el príncipe de los abismos. El orgulloso, acostumbrado como estaba á los triunfos, así que la vió, la contaba ya entre sus víctimas; y cuanto más celestiales descubría sus formas, y más divino su aspecto, tanto más, gozando de la nueva victoria, abría las fauces para empañarla con su pestífero aliento, y extendía los brazos para sujetarla entre sus ardientes garras. Miéntras tanto eran espectadores los ángeles y los demonios; aquéllos, coro-

(1) Habac. I. 13.
(2) Levit. XI, 44.

nada la frente de azucenas, prontos á cantar las glorias de la bellísima alma en el momento de haber triunfado la gracia; y éstos, riendo con la risa de la soberbia, prontos á cantar las victorias del Infierno si hubiese triunfado su capitan. El alma de María, que palpitaba todo caridad, al momento de entrar en el cuerpo, se encontró frente á frente con aquel antiguo homicida, el cual abría sus inmundas fauces para infestarla; pero Ella emprendió más raudo vuelo; y habiéndose dejado caer sobre el impío, aplastóle la cabeza, y sujeto por la cervíz, lo tuvo debajo sus piés derrotado. Dios la tomó en sus brazos en el calor de la lucha; y cuando hubo visto al dragon infernal envilecido y rugiendo de coraje debajo el calcañar virginal, ciñóle de estrellas las sienes, puso el sol en su rostro, y por escabel la luna; la rodeó con los colores del arco íris, cubrióla con el manto de la aurora, imprimió en su frente el rayo de su belleza, la besó con el beso de su amor, y en brazos de Serafines la constituyó Soberana del Universo.

Hé ahí, hermanos mios, lo que entendemos por la inmaculada concepcion de María. Por esta concepcion inmaculada nosotros entendemos una gracia que recibió solo María, y con la cual Dios la preservó, por los méritos infinitos de Jesucristo su Hijo, de la mancha del pecado original, desde los primeros instantes de su vida. Ahora bien; si todos nosotros fuimos concebidos en la culpa original, si desde los primeros momentos de la existencia nos es transmitido el pecado de Adán, si hijos desgraciados de un padre rebelde la podredumbre hereditaria nos infesta en el seno mismo de nuestra madre; desde el momento que solo María no tiene parte alguna en esta vergonzosa herencia, por lo mismo que María salida sola de las manos del Criador, pura y limpia de toda mancha apareció en su misma concepcion; habiendo Ella sola sido llena de una gracia jamás oscurecida por sombra alguna, de una inocencia no deslucida por ningun lunar, y de una santidad no empañada por hálito alguno, podemos y debemos decir, que Ella es verdaderamente única, verdaderamente singular: *Una est columba mea, perfecta mea una est.*

Regocijémonos, pues, hermanos mios, en la santa alegría de este dia. Alégrese el perverso Satanás por la fácil victoria, que alcanza sobre los hijos de los hombres; cante igualmente el himno del triunfo sobre nuestra derrota. El orgulloso vencedor deberá siempre confesar, que fué vencido por Aquella contra la cual se estrellaron todas sus seducciones, y ante la cual cayó todo su poder. Y así como María lo venció por sí misma, puede vencerlo tambien por nosotros, ya que aquel Dios, que se encerró en sus virginales entrañas, le dió el

poder de ahuyentar al soberbio enemigo en las ocasiones más terribles. Hé ahí porque la devocion á la Inmaculada debe considerarse como una poderosa defensa contra las asechanzas del demonio. Verdad es, por desgracia, que el pérfido trabaja en nuestra ruina, y que todo lo remueve para perdernos; pero, por lo mismo que María le venció desde el instante que fué concebida, si recordando su concepcion acudimos á Ella, le veremos anonadado é impotente para causarnos daño alguno. Regocijémonos, pues, repito una vez más, entreguémonos, hermanos mios, á la santa alegría de este dia; avivemos nuestra fé, reanimemos nuestra esperanza, encendamos nuestra caridad, y dirigiéndonos á María con ardiente confianza, dediquémosle nuestros afectos y consagrémosle nuestra devocion.

¡Oh María! Vos sois la gloria del género humano, el modelo de las almas perfectas, la esperanza de los corazones afligidos, y el consuelo en medio de todas las angustias. Y nosotros os amamos, os invocamos, y os ofrecemos nuestros obsequios. Bendecidlos, querida Madre, para que crezcamos en frutos de vida eterna, y sirvan éstos de medio para nuestra salvacion. Vos ¡oh María! conoceis nuestra enfermedad, y no ignorais nuestra inclinacion al mal; y nosotros, por el glorioso privilegio á Vos sola concedido de ser libre de esta inclinacion y de esta enfermedad, imploramos vuestra asistencia, para poder combatirle, vencerle y gozar un dia la gloria de ser admitidos en el Reino de la inocencia y de la santidad entre los bienaventurados de la inmortal beatitud.

NATIVIDAD DE MARÍA.

DISCURSO I.

Nova lux oriri visa est, gaudium, honor et tripudium.
Pareció que nacia una nueva luz, el gozo, la honra y la holganza.
(Esth. VIII, 16.)

Al leer las palabras con las cuales David, previendo la gloria venida del Salvador, invita á todas las criaturas al gozo y alegría (1); cuando oigo los cantos de Isaías, que anunciando las glorias de nuevos días, dice á la mísera Sion, que se sacuda el polvo de sus cabellos, que suelte las cadenas de su cerviz, que vista el traje de fiesta y de júbilo (2); cuando escucho las palabras del ángel, que, anunciando á los pastores de la Judea el nacimiento de Jesús, quiere que gocemos y nos alegremos (3); creo oportuno que se entonen las mismas voces, los mismos cánticos y las mismas palabras por el nacimiento de María. Porque, si es justo gozarse por el nacimiento de Jesús, que vino á iluminar, á redimir y á salvar á los hombres; toda conveniencia exige, que nos regocijemos por la natividad de la augusta Mujer, por la cual resplandeció en el mundo el deseado dia luminosísimo, y dió á los hombres el Salvador. Por eso la Iglesia, que nos invita al júbilo por el nacimiento de Jesús, nos invita igualmente á la alegría por el nacimiento de María, y nos induce, con expresiones de inmenso júbilo, á celebrarlo con júbilo y con amor.

A cuya invitacion, queriendo yo corresponder cuanto me sea posible, creo poder repetir las palabras de Esther, cuando á la aparicion

(1) Psalm. XCV, 12.
(2) Isaías, LII, 2.
(3) Luc. II, 10.

de una nueva luz, reinó en todas partes gozo, honra y holganza: *Nova lux oriri visa est, gaudium, honor et tripudium.* Y en efecto, con su venida al mundo, María, luz de gracia, luz de gloria y luz de salud, fué para Dios causa de regocijo, de honor para sí misma y de júbilo para la tierra. Regocijó á Dios, quien al verla se enamora de Ella como de la más hermosa obra salida de sus manos: *Nova lux oriri visa est, gaudium.* Fué causa de honor para sí misma, puesto que, desde el primer instante de su nacimiento, apareció preclarísima y rica de extraordinarias bellezas: *Nova lux oriri visa est, honor.* Fué para la tierra motivo de holganza, puesto que se elevó como objeto de las más seguras esperanzas y de los más caros consuelos de los hombres: *Nova lux oriri visa est, tripudium.* Escuchad, pues, hermanos mios, y la breve y sencilla exposicion de esta triple idea os pondrá de manifiesto la conveniencia de celebrar el nacimiento de María, y de festejar, en cierto modo, tal como merece festejarse, el nacimiento del Salvador. Saludémosla ántes con el arcángel: A. M.

Entre todas las obras salidas de la mano de Dios, María es, sin duda, la obra más bella y la más perfecta de todas las criaturas. Sin hacer mencion ahora de las perfecciones de esta obra singular, quiero ocuparme de aquellas dotes y prerogativas que podia tener comunes con las otras humanas criaturas, y me callo muchas cosas que podrian mostrarla eminente. Callo la admirable belleza de su rostro, superior á la de las más hermosas hijas de Jerusalén, de las más graciosas doncellas del pueblo del Señor. Paso por alto el mismo prodigio verificado en sus padres, que la tuvieron por milagro despues de una larga y penosa esterilidad. No niego que estas y otras preclaras dotes, que no enumero, podrian facilitarme multitud de argumentos para probar en María la obra más bella y más perfecta de todas las criaturas que han salido de las manos de Dios. Pero, cuando considero que las perfecciones de la santísima niña deben admirarse más en el alma que en el cuerpo, más por lo que la hace acepta á los ojos de Dios que á los ojos de los hombres, puesto que la belleza de esta real hija es toda interior (1), quiero pasar por alto estas y otras cosas, que son en Ella ménos admirables y ménos singulares. Por consiguiente, si digo, que todo fué grande y noble en el nacimiento de María, noble y grande la estirpe, noble y grande la índole, noble y grande la munificencia, noble y grande el decoro; añado que lo que la

(1) Psl. XLIV, 14.

hizo verdaderamente grande y noble sobre todas las criaturas de un modo singularísimo, fué su extraordinaria santidad.

Vosotros sabeis, hermanos mios, que María fué inmaculada en su concepcion; y, por consiguiente, no podreis negarme, que en el primer instante de su existencia fué enriquecida con los suavísimos afectos de la gracia. Desde aquel momento, poseyó todos los dones del Espíritu Santo, todos los hábitos de las virtudes teologales y cardinales, y todas las dotes que embellecen el alma. Jamás estas dotes fueron oscurecidas por hábito impuro, ni los hábitos de las virtudes impedidos por ningun halago de la carne, ni menoscabados los dones del Espíritu Santo por ningun pensamiento terreno. Por eso la Vírgen, dirigiéndose al Cielo, desde los primeros momentos de su concepcion, y esto sin impedimento de ninguna clase, de hora en hora, de minuto en minuto, y de instante en instante, aumentaba en sí aquella gracia de que ya estaba llena desde su concepcion. Y si la gracia de que estaba llena la Vírgen desde el primer instante de su sér, sobrepujaba á la que recibieron en su plenitud los Santos de la tierra, ó los elegidos Serafines del Paraíso, teniendo sus fundamentos sobre los montes sagrados (1), inferid de ahí, hermanos mios, á que grados inconmensurables llegaría en el instante de nacer. Y en verdad, que si la gracia que Ella recibiéra en el primer momento, sobrepujó la gracia de todos los ángeles del Cielo y de todos los justos de la tierra, y sin dejar sepultado este talento preciosísimo lo negociaba de suerte, que en el segundo instante duplicaba la gracia del primero, y en el tercero la gracia del segundo; nosotros no podemos hallar expresiones para medir la grandeza á que se vería elevada en el día de su nacimiento. Corrían ya nueve meses desde que esta gracia crecía en María; hacía ya nueve meses que se multiplicaba; y cuantos habían sido los instantes de estos nueve meses, otro tanto se habían acrecentado los aumentos de la gracia, y otras tantas eran las riquezas de que la había colmado enteramente la gracia durante este tiempo.

Si la inocencia, la santidad y la gracia atraen sobre las almas las miradas de Dios, ¿quién podría expresar de que modo las miradas de Dios se dirigirían á María, al nacer tan inocente, tan santa y tan rica de toda gracia? Si Dios, una vez terminada la creacion, dijo, que las cosas criadas eran muy buenas (2), viendo que correspondían á la

(1) Psalm. LXXXVI, 1.
(2) Gen. I, 31.

perfectísima idea que se propuso al criarlas; ¿cómo podía ménos de complacerse en María, viéndola, desde los primeros latidos de su existencia, llena de sobrenatural belleza y de innumerables perfecciones? Si Dios quedó satisfecho de la fé de Abrahán, de la obediencia de Isaac, de la modestia de Ruth, del valor de Débora; ¿cómo podía ménos de quedar satisfecho de María, viéndola, desde su nacimiento, niña aún, sobrepujar el valor, la modestia, la obediencia y la fé de las Débora, de las Ruth, de los Isaac y de los Abrahán? En su nacimiento apareció María á los ojos de Dios como la mujer de los Proverbios, que se levantó de noche para atender al trabajo (1), puesto que en los mismos tenebrosos meses en que los demás hombres yacen sepultados en profundo letargo, empezó á conocerle, á bendecirle y adorarle.

Por consiguiente, ¿cómo podia dejar de causar gozo á Dios el nacimiento de María? En este mundo, contaminado por el mal y correspondido por el pecado trás cuarenta siglos de aberraciones, de locuras y de delitos, trás larga noche de culpas, trás un torrente desbordado de vicios, Él ve, finalmente, una alma toda pura, más pura que la pureza de los ángeles; toda santa, más santa que la santidad de los justos; toda abrasada de santo amor, más amante que el amor en que arden los Serafines. La mira, y dice, que sus ojos son como los de la paloma, que es como la azucena entre espinas, que tiene el cuello de nieve adornado de piedras preciosas; y para indicar que es bellísima, la llama por dos veces bella; y por lo tanto, como impaciente de festejarla, apresura su venida para que pudiese, pasado el invierno, disipadas las nieblas y vuelta la estacion florida, contemplar su rostro hermoso y recibir los rayos de sus miradas (2); y cuando la ve á su lado tan bella y tan agraciada, aparece en sus lábios una sonrisa que llena de alegría al Universo, se prepara para abrir la fuente de sus gracias, y se muestra dispuesto á derramar sobre los hijos de Adán la lluvia de sus beneficios y de sus misericordias. Ahora bien; ¿qué prueba todo esto, sinó que María con su nacimiento es causa de gozo en Dios? ¡Ah, sí! no cabe duda que apénas nacida, María es el objeto de las más tiernas complacencias del Señor; y bajo este punto de vista, nosotros tenemos abundantes motivos para repetir las primeras palabras del texto objeto de nuestros comentarios: *Nova lux oriri visa est, gaudium.*

(1) Prov. XXXI, 15.
(2) Cant. II, 14.

Si el nacimiento de María causó gozo á Dios, el cual tuvo en Ella sus complacencias por ser la obra más perfecta salida de sus manos, viéndose llena de extraordinarias y preclarísimas bellezas, no podía ménos de serle sumamente honroso. La verdadera belleza, hermanos mios, es la de la gracia, porque, como enseñan los teólogos, el alma por la gracia parece una imágen de la misma belleza divina, hallándose accidentalmente en Ella y por participacion divina lo que en Dios se halla sustancialmente y por divina esencia. Así, pues, ya que la verdadera belleza es la belleza de Dios, y siendo la belleza de Dios la belleza de la gracia, la belleza de la gracia es la verdadera. Ya hemos dicho, que María, al nacer, era llena de una gracia mayor que la de los justos de la tierra y de los ángeles del Cielo. Debemos, pues, concluir, que fué bellísima desde su nacimiento. Si hermosos aparecieron los ángeles despues de haber sido criados, porque Dios con amorosa mano al mismo tiempo que formó en ellos la naturaleza, infundióles la gracia; ¿cuánta no sería la belleza de María, de la cual se puede decir, que recibió primero la gracia que la naturaleza, de suerte, que la dulce niña ántes de aparecer en el órden de la naturaleza ya había nacido á la gracia? Si fueron bellos Adán y Eva en el Paraíso terrenal, á los cuales Dios hizo amigos suyos por santificacion, en el mismo instante de hacerles sus siervos por creacion; ¿cuánta no sería la belleza de María, que nació destinada para una dignidad inefablemente mayor que la de nuestros padres, y á la cual se le concedió la gracia sin límites ni medida?

No me hableis, amados hermanos, de las Saras ni de las Raquel, de las Judith ni de las Esther. De sola María fué dicho, que resplandecía en su rostro algo de sobrenatural y divino; de sola María se nos asegura, que tuvo nó solo la belleza, la donosura y la amabilidad, sinó lo que hay de sumo en la misma amabilidad, en la misma donosura y en la misma belleza; tan solo de María ha sido revelado, que era de hermosa presencia, admirable al contemplarla, y agraciada para ser amada. En efecto; como que la belleza más preciosa consiste en la exencion del pecado, ninguna de las almas podía ser más bella que María, de la cual estuvo en todo tiempo infinitamente remota la culpa; y por lo mismo que la más noble de las glorias consiste en aproximarse á la semejanza divina, ninguna de las almas podía ser más gloriosa que María, la cual conservó siempre en sí la divina semejanza, y procuró en todo tiempo parecerse al divino ejemplar que le diéra la vida. Nadie crea que deban transcurrir muchos años para poder admirar en la Vírgen esta belleza y esta gloria, pues, ambas

resplandecieron en Ella en el instante mismo de su nacimiento. ¡Ah! María, al igual que otra niña cualquiera, dá sus vagidos, tiene sus latidos y su cuna; pero aquellos vagidos son alabanzas que tributa al Señor, aquellos latidos son los esfuerzos con que le busca, y la cuna un altar donde le consagra las primicias de su entendimiento y de su corazon.

Por consiguiente, si María en su nacimiento apareció adornada de tanta belleza, ¿por qué este mismo nacimiento no podía servirle de honor? Sirvióle de honor, porque si todos los nacidos ó por nacer salen á luz faltos de gracia y manchados con la culpa, Ella nace libre de todo pecado y llena de toda gracia. Sirvióle de honor, porque al paso que todos los descendientes de Adán deben, ligados por las inviolables leyes de la naturaleza, aguardar, queriendo ser buenos, á que lleguen á perfecto uso de razon, Ella, dispensada prodigiosamente de las inviolables leyes naturales, y libre de las imperfecciones propias de la infancia, nació buena y santa. Buena de suerte, que, apénas nacida, sobrepujó la inocencia de Abel, la justicia de Noé y la fé de Abrahán; y santa hasta un grado tal, que, apénas nacida, sobrepujó sublimemente la mansedumbre de Jacob, la humildad de David y el celo de Elías; buena y santa de modo, que no ha existido criatura humana, ni podrá aparecer, aún empleados muchísimos años en adquirir méritos, tan santa y buena como María en el instante de su nacimiento.

Añadid, hermanos mios, que esta belleza, esta gloria y todo este esplendor de sublimes prerogativas que adornan el nacimiento de María, deben considerarse con relacion á la mision para la cual fué escogida, ó sea, para ser la Madre de Dios. Y en verdad, que para admirar en Ella la Maternidad divina no es necesario que crezca en edad, ó que se le presente un arcángel en nombre de Dios, ni que se le anuncie la dignidad excelsa á que será elevada. Ella nace como Madre, y, por lo mismo, fué predestinada para Madre, ántes de que fuesen los siglos, en un mismo decreto con su divino Hijo; y por Madre fué proclamada continuamente con tanta significacion de figuras, de símbolos y de figuras. El Señor, que desde la eternidad había previsto la caida del género humano, tenía resuelto, igualmente, redimirlo por medio de la Encarnacion; pues, así como una mujer había sido la causa del pecado, quiso, desde entónces, que otra mujer fuese el instrumento del misterio de la Reconciliacion. Esta mujer es María; y, por consiguiente, María, en su nacimiento, no es una bellísima y perfectísima niña como otra cualquiera, sinó que es aquella

que un dia habrá de ser la Madre de Dios. En las angustias mismas de la cuna apareció solemne la grandeza de María; en Ella resplandecen todavía niña los rayos de una magestad celestial. Y fijando cuanto nos sea posible la penetrante mirada en tantas incomparables prerogativas, de que se presenta llena la Vírgen desde el instante de su nacimiento, ¿no os parece que todo esto deba servirle de honor? ¡Ah! si; puedo afirmar con seguridad, que así como su nacimiento causó gozo á Dios, tambien sirvió de honor á la misma: *Nova lux oriri visa est, honor.*

Empero, si este dia con el nacimiento de María causó gozo á Dios, el cual vió en María el objeto de sus más tiernas complacencias, y fué honorífico para María, que apareció llena de extraordinarias y preclarísimas bellezas; cada uno puede comprender por sí mismo, el que causase igualmente gozo á la tierra, que vió en María la prueba más cierta de las esperanzas de los hombres. A esta consideracion nos llama la tercera parte del texto bíblico que comentamos hoy con motivo de la fausta conmemoracion del nacimiento de María. Examinémoslo un poco, y una breve y sencilla exposicion de este pensamiento nos descubrirá la verdad de la materia en cuestion acerca de la justicia de nuestro gozo espiritual.

Los primeros en gozarse por el nacimiento de María fueron sin duda sus afligidos y estériles padres. Éstos, que, pasados muchos años de su matrimonio, habían llegado á la ancianidad sin poder gloriarse de la bendicion de Dios, que consiste en la fecundidad, y que sufrían aquella maldicion y aquella infamia que acompañaba á la esterilidad en los antiguos tiempos; con esta santa Niña vieron convertidos los dias de luto en dias de júbilo, y la pasada ignominia trocada en inusitada gloria, y compensadas, sobre toda ponderacion, las angustias de la sufrida esterilidad.

Y de esta alegría celestial participarían los justos detenidos en el Limbo, pues, es muy probable, que les fuese revelada la eleccion de la récien nacida para futura Madre del Verbo. Por lo tanto, si hasta entónces habían visto cubrirse de tinieblas la noche, oscurecerse el cielo de opacas nubes, y la tierra rodeada de horrible oscuridad; en este dia del nacimiento de la Vírgen vieron rasgarse las nubes, desvanecerse las tinieblas, brillar la noche, y presentarse majestuosa en el horizonte la suspirada aurora. En efecto; el nacimiento de María puede considerarse como una línea divisoria entre la noche que pasa, y el nuevo dia que ilumina; y puede decirse muy á propósito de este nacimiento lo que cantó el Apóstol, que se aleja la noche con sus os-

curidades, y se aproxima el dia con su radiante luz (1). Si aguardaban precisamente este fausto acontecimiento en el Limbo las almas de los justos, podemos afirmar con toda razon, que, nacida la Vírgen, tuvieron que sentirse inundados de un gozo que les arrobaría en éxtasis de amor y de maravilla.

Este nacimiento de María fué, igualmente, el mismo noble motivo por el cual se llenaron de gozo todos los hombres. En verdad, que el fausto nacimiento de la Vírgen debe considerarse como el principio de la salvacion de todo el humano linaje, por anunciarle la próxima venida del Redentor. Hoy empieza á desvanecerse la opaca niebla que oscurecía el mundo por obra del pecado; hoy empieza el hombre á ser libre de su deplorable desdicha, restituido á su dignidad primitiva. Nuestros padres levantan alegres la frente, al oir que está próxima á ser anulada la sentencia de muerte fulminada contra los hombres. La tierra estéril por tan larga série de siglos, se regocija, viendo aquella Rosa, que con su fragancia evaporará el hálito pestilente de la prevaricacion. Todas las criaturas, al ver abiertos en este instante los fundamentos del purísimo templo de Cristo, Rey del Universo, festejan de gozo, aplauden de júbilo, y entonan himnos de alabanza y de gracias á Dios dispensador de todo bien.

En efecto, amados hermanos; ahora la confianza de la tierra puede acercarse á la cuna de María; el pecador tiene una abogada á quien acudir para alcanzar la gracia de la misericordia, y el justo una Madre á la cual recurrir para gozar de la santa perseverancia. Nacida María, ha nacido la consoladora de los tristes, la bienhechora de los pobres, y la esperanza de los afligidos. Cuando se la invoca, presenta las súplicas delante de Dios; cuando se la ruega, obtiene las celestiales bendiciones á favor de los angustiados; cuando aparecen dias de tribulacion y de temor, cuando nos vienen encima funestas calamidades, cuando se adelantan para diezmarnos el hambre, la peste y la guerra, cuando los espíritus infernales se mueven audaces para perdernos; acudiendo á la santa Niña que nace para nuestro gozo y amor, se tiene todo lo necesario para vencer á los enemigos, para salir de las angustias, y para elevarse con el espíritu al Señor.

Y si todos los hombres tienen motivos poderosísimos para consolarse en este dia dichosísimo, no dudo un momento en afirmar, que tales motivos deben ser para vosotros, hermanos mios, más profundos y más tiernos, pues, deben considerarse como hijos primogénitos

(1) Rom. XIII, 12.

de María los que la sirven fielmente, los que la veneran con religiosidad, y los que la aman con fervor; y por lo mismo que con esta vuestra frecuencia, y con esta vuestra devocion me ofreceis pruebas evidentes de que servís con fidelidad, venerais religiosamente y amais con fervor á María, reconociendo en vosotros á sus hijos primogénitos, puedo concluir muy bien, que Ella nace en singularísimo provecho vuestro.

Holguémonos, pues, con santo gozo, y alegrémonos en este dia del nacimiento de la Vírgen. Si grande fiesta hicieron Abrahán por el nacimiento de Isaac, Ana por el de Samuel, y la casa de Zacarías por el del Bautista; mayor fiesta debemos celebrar nosotros por el natalicio de Aquella, que vino al mundo dispensadora de gracia y de salvacion. Regocijémonos con María por su dignidad sublime, por sus singulares privilegios, y por sus extraordinarias prerogativas: alegrémonos por haber recibido una Madre tan excelente, y una Reina tan poderosa, siempre pronta para acogernos, y siempre propicia para consolarnos. Y miéntras que los ángeles, contemplando la hermosa Niña salida de las entrañas de la madre se regocijan, ofreciéndole aplausos proporcionados y dignos, confesemos con nuestra alegría, que este nacimiento causó verdaderamente gozo á Dios, fué honorífico para María, é inundó de júbilo á todo el género humano; pudiéndose repetir con toda verdad en esta ocasion las palabras del libro de Esther: *Nova lux oriri visa est, gaudium, honor et tripudium.*

NATIVIDAD DE MARÍA.

DISCURSO II.

Quæ est ista, quæ progreditur, quasi aurora consurgens, electa ut sol, pulchra ut luna, terribilis ut castrorum acies ordinata?

¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente, brillante como el sol, bella como la luna, terrible como un ejército formado en batalla?

(CANT. VI, v. 9.)

Este oráculo se cumplió en la cuna de María. Al tiempo de aparecer Ella á la tierra exclamaron los ángeles del Cielo: «¿Quién es esa que se adelanta como la aurora cuando sale, brillante como el sol, bella como la luna, terrible como un ejército formado en órden de batalla?»

Vivían las generaciones en una noche de tinieblas, de crímenes y de errores: cuarenta siglos de mentiras se habían extendido por el universo y oscurecido toda verdad: María, verdadera aurora del dia de la gracia, viene á disipar estas sombras y desterrar esta noche. ¿Quién es esta que se levanta como la aurora? *Quæ est ista, quæ progreditur, quasi aurora consurgens?*

La aurora no es más que la mensajera del astro del dia; y el profeta añade, que la Vírgen inmaculada es brillante como el sol, *electa ut sol*; porque la gloria de la Maternidad divina que le está preparada, se confundirá, en cierto modo, con la gloria del Verbo encarnado, verdadero Sol del mundo sobrenatural. Ella es hermosa como la luna, *pulchra ut luna*, porque la suave luz que debe reflejar, tendrá su orígen en los resplandores del Verbo divino hecho hijo suyo; y porque su trono, rodeado de candor y clemencia, será siempre accesible á los desgraciados hijos de Eva miéntras dure su destierro en

de María los que la sirven fielmente, los que la veneran con religiosidad, y los que la aman con fervor; y por lo mismo que con esta vuestra frecuencia, y con esta vuestra devocion me ofreceis pruebas evidentes de que servís con fidelidad, venerais religiosamente y amais con fervor á María, reconociendo en vosotros á sus hijos primogénitos, puedo concluir muy bien, que Ella nace en singularísimo provecho vuestro.

Holguémonos, pues, con santo gozo, y alegrémonos en este dia del nacimiento de la Vírgen. Si grande fiesta hicieron Abrahán por el nacimiento de Isaac, Ana por el de Samuel, y la casa de Zacarías por el del Bautista; mayor fiesta debemos celebrar nosotros por el natalicio de Aquella, que vino al mundo dispensadora de gracia y de salvacion. Regocijémonos con María por su dignidad sublime, por sus singulares privilegios, y por sus extraordinarias prerogativas: alegrémonos por haber recibido una Madre tan excelente, y una Reina tan poderosa, siempre pronta para acogernos, y siempre propicia para consolarnos. Y miéntras que los ángeles, contemplando la hermosa Niña salida de las entrañas de la madre se regocijan, ofreciéndole aplausos proporcionados y dignos, confesemos con nuestra alegría, que este nacimiento causó verdaderamente gozo á Dios, fué honorífico para María, é inundó de júbilo á todo el género humano; pudiéndose repetir con toda verdad en esta ocasion las palabras del libro de Esther: *Nova lux oriri visa est, gaudium, honor et tripudium.*

NATIVIDAD DE MARÍA.

DISCURSO II.

Quæ est ista, quæ progreditur, quasi aurora consurgens, electa ut sol, pulchra ut luna, terribilis ut castrorum acies ordinata?

¿Quién es esta que va subiendo cual aurora naciente, brillante como el sol, bella como la luna, terrible como un ejército formado en batalla?

(CANT. VI, v. 9.)

Este oráculo se cumplió en la cuna de María. Al tiempo de aparecer Ella á la tierra exclamaron los ángeles del Cielo: «¿Quién es esa que se adelanta como la aurora cuando sale, brillante como el sol, bella como la luna, terrible como un ejército formado en órden de batalla?»

Vivían las generaciones en una noche de tinieblas, de crímenes y de errores: cuarenta siglos de mentiras se habían extendido por el universo y oscurecido toda verdad: María, verdadera aurora del dia de la gracia, viene á disipar estas sombras y desterrar esta noche. ¿Quién es esta que se levanta como la aurora? *Quæ est ista, quæ progreditur, quasi aurora consurgens?*

La aurora no es más que la mensajera del astro del dia; y el profeta añade, que la Vírgen inmaculada es brillante como el sol, *electa ut sol*; porque la gloria de la Maternidad divina que le está preparada, se confundirá, en cierto modo, con la gloria del Verbo encarnado, verdadero Sol del mundo sobrenatural. Ella es hermosa como la luna, *pulchra ut luna*, porque la suave luz que debe reflejar, tendrá su orígen en los resplandores del Verbo divino hecho hijo suyo; y porque su trono, rodeado de candor y clemencia, será siempre accesible á los desgraciados hijos de Eva miéntras dure su destierro en

este valle de lágrimas. Su poder será terrible como el de un ejército preparado para la batalla, porque el sublime destino de María la llama á protejer á la Iglesia militante contra los implacables enemigos del género humano: *Terribilis ut castrorum acies ordinata.*

Confundamos, hermanos mios, confundamos nuestros homenajes y amor con los que tributan los ángeles del Cielo ante la cuna de nuestra Hermana y su Reina: celebremos el nacimiento de esta niña como el dia más feliz que ha amanecido para el mundo, despues de aquel en que nació el Mesías; y busquemos en el misterio de la Natividad de María las enseñanzs, consuelos y gracias de que es un manantial inagotable; pero ántes saludémosla con las palabras del ángel. A. M.

El nacimiento de la Vírgen Santísima es el principio de un gozo universal. Así lo pregona la Iglesia con santo enajenamiento: *Nativitas tua gaudium annuntiavit universo mundo*: tu Natividad anunció el gozo al mundo entero. En efecto; antes del nacimiento de María veíase rodeada de dolores y lágrimas la cuna de todos los hijos de Adán: con una alegría pasajera se habían mezclado siempre amargas tristezas, gritos lastimeros, tribulaciones y angustias; y las quejas que exhalaba Job acerca del dia de su nacimiento, habían hallado un eco lamentable en los hijos de todas las madres. «Perezca el dia que me vió nacer,» decian los vagidos del récien nacido; pero el nacimiento de María es el principio de un gozo universal. Este nacimiento es la alegría de Dios, de los ángeles y de los hombres.

María vivía en el pensamiento de su Criador: «Aún no eran los abismos, y ya era yo concebida»; pero nadie más que Dios conocia esta existencia típica, mental; Él solo tenía el secreto de ella; Él solo fijaba la mirada de su eterno amor en Ella. Mas en el dia de la Natividad de María se descubrió al universo este rico tesoro: esta perla misteriosa salió, al fin, del vasto océano de la misericordia infinita. ¿Y quién se formará una idea del gozo inefable de las tres personas divinas en el instante que Santa Ana dió á luz la Vírgen purísima? Desde su magestuoso santuario se inclina el Eterno Padre hácia la cuna en que se oculta el destino sobrenatural del universo, y fija su paternal mirada en aquella hija de Eva, que por sus eternos decretos está llamada á participar en el tiempo de su fecundidad incomprensible. ¡Ah, cristianos! si Dios se detenía á contemplar complacido las virtudes de Job; si derramaba palabras de admiracion sobre este varon justo; ¡cuánta no debió ser su alegría cuando, desde las alturas de su

gloria, miraba la cuna en que se mecía la Vírgen santísima! Si el Hijo de Dios cedió á un sentimiento de admiracion, y se dejó arrebatar de una especie de entusiasmo divino á vista de la fé de la Cananea, ¡qué dicha y qué gozo no experimentaría al ver abrirse aquella flor virginal que debía darle á la tierra como el fruto de vida! ¡Oh! con qué complacencia y amor debió mirar el Verbo del Padre á la Vírgen sin mancha, que venía al mundo para darle la túnica de nuestra carne! El libro de la Sabiduría nos enseña, que el Espíritu Santo contempla con cierta admiracion las almas adornadas de la castidad y la inocencia: *O quam pulchra est casta generatio!* (1) «¡Oh! cuán hermosa es la generacion casta!» Pues cuando el Espíritu Santo ve en una cuna el tabernáculo virginal, en que su infinita caridad debe unir con un nudo eterno la naturaleza de Dios y la del hombre, el Verbo del Padre y la carne del hijo de Adán; ¿quién tratará de medir lo extenso y profundo del gozo inefable de las tres personas divinas en el dia de la Natividad de María?

El nacimiento de esta Niña es el principio y la causa de un gozo infinito para los ángeles del cielo. Los espíritus fieles habían conocido, desde el principio, el misterio de la Maternidad divina de María; habian sacado la vida sobrenatural de la gracia de los méritos del hombre Dios, y la dulce Vírgen era su esperanza y el objeto más tierno de su amor. Mas ¡cuánta distancia hay, mis amados hermanos, de una esperanza á la realidad del objeto que promete el amor! ¡Cuánta distancia hay de un deseo á la posesion de lo que le ha producido! Figuraos las inteligencias celestiales blandamente inclinadas hácia el modesto asilo que encierra la cuna de la Madre de Cristo, de la Reina del mundo, y formaos una idea de los inefables trasportes de aquellos espíritus sin cuento, cuando vieron levantarse sobre la tierra á la que la Iglesia llama Estrella de la mañana. Los serafines se regocijan, viendo encenderse en el corazon inmaculado de María unas llamas más vivas y una claridad más abundante y profunda, que el fuego que á ellos los abrasa al pié del trono de Dios. Los querubines saltan de contento al columbrar á Aquella, cuyo seno virginal debe derramar la luz eterna sobre este mundo. Los tronos, las dominaciones, los principados, las virtudes y las potestades, celebran en su júbilo los triunfos, el imperio y la fuerza de la que será terrible como un ejército ordenado en batalla. Los ángeles y arcángeles se preparan á ejecutar la voluntad de su augusta Soberana, y se estremecen de alegría al pensar que serán

(1) Sap. IV, v. 1.

algun dia los mensajeros de sus gracias y los misioneros de su clemencia. No lo dudemos, hermanos mios; el dia del nacimiento de la Vírgen inmaculada fué uno de los mejores dias para el Cielo; y podemos pensar, razonablemente, que los sublimes espíritus á quienes llama S. Pablo los servidores de los que deben recoger la herencia de la salud, cantaron un nuevo cántico, cuando desde la mansion de la gloria descubrieron á la Madre de la divina gracia, á la amable Reina de todos los predestinados.

El nacimiento de María, principio de alegría de los ángeles, derrama tambien un torrente de paz en el seno de Abrahán, á donde habían ido á reunirse todos los justos que vivieron bajo la ley natural y la de Moisés. Ya hemos hecho observar, que estas almas santas estaban, por decirlo así, extenuadas de esperanza; y á su impaciente amor habían parecido bien largos los siglos que los separaban del dia tan deseado del Mesías. ¡Qué alegría para ellos cuando los ángeles que los visitaban fueron á anunciarles, que la raíz de Jesé había dado su flor más hermosa! Ciertamente, amados hermanos, si aquellos predestinados de las edades preparativas del Mesías, habían hallado motivos de confianza en la sola idea del destino futuro de la Madre de Cristo, ¿qué pasaría en su morada cuando los resplandores que salían de la cuna de la Vírgen cantada por Isaías, fueron á derramar los primeros rayos del dia naciente de la gracia?—Aquellos dichosos cautivos de la esperanza ván á descansar inmediatamente á la sombra de las virtudes y bendiciones de su augusta Soberana. Atentos á seguir todos los movimientos de su corazon inmaculado, mezclarán tambien sus suspiros y lágrimas en los grandiosos misterios que se han de extender para María, desde su nacimiento en un oscuro rincon, hasta la muerte de su Hijo en la cruz. Pero, el gozo de que es manantial inagotable para ellos la natividad de la Vírgen, suspende toda tristeza y dolor en los Limbos, y solo deja lugar á los trasportes de la admiracion y á los santos desahogos de la gratitud. «¡María! tu natividad anunció el gozo al mundo entero.» Sin embargo, los ángeles caidos no participan de este gozo. Como enemigos implacables de las glorias del Hombre Dios y de las grandezas de su augusta Madre, no ha habido medio que no pongan por obra para trastornar el consejo de Dios sobre la apoteósis de la naturaleza humana; su envidioso ódio, empero, ha tornado en vergüenza para ellos; y aunque ignoran el instante preciso de las antiguas misericordias, conocen desde lo profundo de su tenebroso imperio, que no tardarán en cumplirse los santos oráculos. La profecía de Isaías los irrita, y comprenden que no

está léjos la hora en que el Cielo dé á la tierra la enemiga más formidable de las falanges de Satanás.

La tierra no ha podido recibir en su seno á la Reina de los ángeles sin saltar de júbilo; y aunque Lucifér en su indomable orgullo se esfuerza en ocultarse á sí mismo el cumplimiento próximo de los oráculos inmortales, presiente demasiado que no está lejano el dia de su ruina é ignominia, por el terror involuntario que se apodera de él en las negras cárceles de la justicia eterna. Así, pues, la Natividad de la Vírgen Santísima es el orígen más puro para todo el universo; pero tambien es la prenda más dulce de la misericordia divina para con el género humano.

No ignorais, amados hermanos mios, que despues del pecado de nuestros primeros padres cayeron sobre la tierra las maldiciones divinas, y ya hacía cuatro mil años que llevaba la marca de la venganza celestial. La idolatría había casi aniquilado el culto del verdadero Dios en el mundo; y si se conservaban puras las tradiciones relativas al Mesías en el seno de la nacion heredera de la divina promesa, la familia carnal de Abrahán había provocado más de una vez la ira de su Dios en el largo transcurso de las edades. Los tiempos que preceden inmediatamente al nacimiento de María, nos presentan la descendencia real de David como una generacion olvidada y casi extinguida. Los últimos vástagos de este tronco, seco por decirlo así en su raiz, parecen consumidos, y la familia de que debe nacer el Mesías, está como perdida en la humillacion de una pobreza hereditaria. Judá se halla abatido, y se le ha caido de las manos el cetro del poder. Los romanos, dominadores del mundo, parece que han fundado para siempre la gloria del Capitolio. Los sagrados oráculos han enmudecido, y ya no se oye la voz de Jehovah en el Santo de los santos. Cualquiera diría, que el Dios de Abrahán ha entregado las doce tribus á la eterna tiranía de los procónsules y dictadores de Roma idólatra, y que cansado del empedernimiento y corrupcion de su pueblo no se acuerda ya de sus antiguas misericordias. Pues en el instante mismo en que los consejos de la sabiduría humana se han agotado, cuando los espíritus de tinieblas han perdido el rasgo de destino prometido al último vástago de David, entónces hace la divina clemencia que nazca en Nazareth la Vírgen inmaculada.

Para formar alguna idea de la grandeza del dón que recibe el linaje humano por la natividad de la Vírgen, recordemos que María, en el primer dia de su vida, se aventaja á todos los ángeles del Cielo en perfecciones sobrenaturales, en méritos y en virtudes. Esta proposi-

cion os admira, cristianos, y acaso la mireis como una exageracion de aquellas que permite el entusiasmo á la piedad filial; pero os pareceria evidente si reflexionaseis sobre la economía con que el Dios santísimo distribuye los dones sobrenaturales de la gracia á los predestinados del Cielo de la gloria. A cada uno se dá la gracia segun la vocacion á que Dios le destina. De donde se infiere en buena lógica, que habiendo sido predestinada la Vírgen Santísima á la vocacion sublime de Madre de Dios, la gracia que recibió en razon de esta vocacion eminentísima, excede sin medida la suma entera de las gracias concedidas á los ángeles y á los santos. Esta doctrina es la de San Pablo, el cual nos enseña, que á cada uno se dá la gracia segun los fines de la Providencia y los diversos ministerios que está destinado á cumplir: *Idoneos nos fecit ministros novi testamenti.* Fundados en estos principios de la más sana teología, debemos creer que la Vírgen, al tiempo de su nacimiento, llevó en su alma una abundancia de gracias, de santidad y de virtud, que es imposible reducir á medida. Ella es aquel vellon misterioso sobre que cayó todo el rocío del cielo de la gracia. Y porque la gracia, no puede comunicarse á una criatura más que en un grado finito, debemos admitir que el alma purísima de la Madre de Jesús, desde el dia de su concepcion y natividad, recibió de su Hijo y Dios una medida ascendente y progresiva de gracias, cuyo precio y profundidad no puede ningun espíritu creado calcular ni sondear.

Así, hermanos mios, miéntras la tierra se ve envuelta en una noche de cuarenta siglos de errores, mentiras y crímenes, viene el alma inmaculada de María á despedir tan vivos resplandores y derramar unas riquezas tan abundantes sobre el mundo entero, que los ángeles de Dios se quedan absortos y pasmados. Si quereis saber ahora la gratitud que debe rebosar en nuestras almas por la natividad de María, no olvideis jamás, que este misterio es para la humanidad la prenda de la misericordia divina, y el principio de los caminos inefables por donde llega hasta nosotros el Dios invisible y tres veces santo para levantarnos hasta Él. María, al nacer, es ya llena de gracia, es la mujer fuerte é invencible, que viene á destruir el antiguo anatema que nos oprimía: es la divina Eva, que va á ser Madre de una descendencia santa, de un pueblo de escogidos, de una posteridad llamada por su alto destino á una apoteósis divina.

Así, hermanos mios, la cuna de María derrama sobre el lugar de nuestro destierro el rocío de la gracia que hará brotar todos los santos. Su corazon inmaculado, dentro del cual prepara ya la Sabiduría

eterna la sangre que debe ser la vestidura humana del Hijo único de Dios, contiene el gérmen de la divina descendencia, cuya madre será María. Un patriarca antiguo decía á Rebeca: «Tú llevas dos naciones en tu seno;» pero nosotros podemos decir á María, fijando una mirada amorosa en su cuna: ¡Oh Vírgen bendita entre todas las vírgenes! Tú no llevarás en tu casto seno dos pueblos, sinó todos los escogidos de la gracia y de la gloria, el Rey de los reyes, el Criador de los ángeles, el Señor del universo. Tu corazon, ¡oh Vírgen bienaventurada! es ya tan grande por el amor, que Dios mismo podrá descansar en él. María nace para ser el instrumento de la salvacion del mundo, la medianera de los ángeles y los hombres con su Hijo y la reparadora del universo; sobrepujando la santidad y pureza de su corazon á la santidad y pureza de toda criatura, mereció ser la dignísima reparadora del mundo perdido.

Con todo; su cuna se verá rodeada de la humildad más profunda, de la más absoluta desnudez, de la pobreza y del olvido. María nace en la adea desconocida de Nazareth y en la oscura casa del anciano Joaquin; y su familia olvidada, sus parientes y deudos reducidos á la pobreza, no sospechan siquiera los prodigios que deben salir de aquel lugar por la divina omnipotencia. Dios rodea la cuna de su Madre santísima del lujo de la abyeccion, para ocultar mejor á Lucifér el misterio del nacimiento del hombre Dios; y para protejer á María contra las asechanzas de los espíritus de tinieblas, pone la divina Sabiduría el lugar de su nacimiento en una aldea, una casa y una familia ignoradas. Naciendo la Vírgen celestial en medio de estas privaciones y pobreza, de que se horrorizan nuestra sensualidad y orgullo, ensaya los profundos consejos de su Hijo, y echa en su cuna las primeras semillas de la rehabilitacion y salvacion del mundo. Como reina de la humildad, condena al nacer la soberbia que tiraniza al hombre: como reina de la gracia, nace pobre para enseñarnos, que las únicas riquezas dignas de nuestra ambicion deben ser aquellas cuyo manantial está oculto en su corazon: como reina de la pureza y la inocencia, nace para padecer, para enseñarnos que desde la éra de su natividad el camino de la vida eterna será solamente accesible á las almas crucificadas. Por eso la natividad de María, tan abundante en dones del cielo, no tiene absolutamente nada de los bienes materiales y perecederos que la sinagoga obcecada quisiera hallar tambien en el Mesías á quien aguarda.

No concluyamos, hermanos mios, esta meditacion sin exigir á nuestra fé y á nuestros corazones algunos sentimientos de admiracion,

confianza, piedad filial y amor hácia la dichosa madre que acaba de dar al mundo la Hija amada del Padre celestial, la Madre del divino Hijo y la Esposa inmaculada del Espíritu Santo. Eva, despues de dar á luz su primogénito, se entrega á la alegría, y sin embargo, este hijo debe causar la vergüenza de su madre. Jacob decia á Ruben: «Ruben, tú has sido el orígen de mi fortaleza, el principio de mi gozo paternal.» «La mujer, decía el Salvador, en los dolores del parto está poseida de tristeza, porque ha llegado su hora; pero luego que ha nacido su hijo, no se acuerda ya de sus dolores.» Segun muchos teólogos católicos, santa Ana parió sin dolor á la que concibió sin transmitirle la culpa original; y si es lícito conjeturar, que esta alma grande había sabido por los ángeles del cielo algo del destino reservado á María, ¡dónde hallaremos palabras capaces de expresar las delicias de su corazon maternal, cuando criaba á la que debía alimentar un dia con su leche virginal á un Dios?

Busquemos á menudo, mis amados hermanos, á la Vírgen celestial en los brazos y en el regazo materno: reanimemos sin cesar nuestra piedad y devocion hácia el misterio de la Natividad de María; y digamos á esta Señora: ¡Oh Niña bienaventurada! ¡oh Vírgen inmaculada! bendita, alabada, amada y ensalzada seas para siempre por esas legiones de ángeles que rodean tu cuna; recibe de mi boca y de mi corazon unos homenajes que yo quisiera igualasen á tus méritos y virtudes; hazme comprender el misterio de tu santa infancia; déjame descubrir en el modesto asilo que ocupaste al venir á la tierra de nuestro destierro, los rayos de gracias y los resplandores celestiales que, únicamente, pueden guiar nuestros pasos por las sendas que conducen á Tí; y ya que no me es dado poder amarte tanto como deseo y mereces, quiero amarte y bendecirte por siempre con el corazon y por la boca de tu augusta madre, á quien quiero pedir todos los dias que me alcance la gracia de contemplarte y amarte con ella por los siglos de los siglos. *Amen.*

DULCE NOMBRE DE MARÍA.

DISCURSO I.

Secundum nomen... laus.
Como tu nombre así es tu gloria.
(PSALM. XLII, 10.)

Dios suele trocar el nombre de sus siervos cuando los elige para una mision grande. Así lo hizo con Abrahán, cuando al pactar la alianza con él, queriendo darle una numerosísima descendencia, le ordenó que se llamase Abrahán, nombre que significa padre de un gran pueblo (1). Lo mismo hizo con Jacob, á quien le ordenó trocar su nombre por el de Israel, en premio de la lucha que había sostenido valerosamente con el ángel (2). Y en los albores de los nuevos días hizo lo propio con Simon, cuando al constituirle cabeza de su Iglesia, le ordenó que se llamase Pedro (3). Está, pues, fuera de duda, que Dios usó con frecuencia trocar el nombre de sus escogidos, al llamarlos para una mision extraordinaria.

No así procedió con María. No obstante de que Ella fuese elevada á una dignidad suprema, ensalzada al mayor de los honores y escogida para singularísimos ministerios, su nombre fué siempre el mismo. En Nazareth es María, en Belén es María, en Egipto es María, en el Calvario es María; Hija, Esposa y Madre de Dios, su nombre es constantemente el de María. Con el mismo nombre la vemos llamada cuando, niña aún, se encierra en el Templo, y se consagra vírgen al Señor; é igualmente, cuando el arcángel vá á anunciarle la maternidad divina; y con este nombre se la llama cuando es acerbamente traspasada por la espada de dolor, y cuando sube al Cielo, Reina de los ángeles y de los hombres.

¿Cómo, pues, Dios no ordenó á María lo que á otros eminentes va-

(1) GEN. XVII, 5.
(2) GEN. XXXII, 28.
(3) MAR. III, 16.

confianza, piedad filial y amor hácia la dichosa madre que acaba de dar al mundo la Hija amada del Padre celestial, la Madre del divino Hijo y la Esposa inmaculada del Espíritu Santo. Eva, despues de dar á luz su primogénito, se entrega á la alegría, y sin embargo, este hijo debe causar la vergüenza de su madre. Jacob decia á Ruben: «Ruben, tú has sido el orígen de mi fortaleza, el principio de mi gozo paternal.» «La mujer, decía el Salvador, en los dolores del parto está poseida de tristeza, porque ha llegado su hora; pero luego que ha nacido su hijo, no se acuerda ya de sus dolores.» Segun muchos teólogos católicos, santa Ana parió sin dolor á la que concibió sin transmitirle la culpa original; y si es lícito conjeturar, que esta alma grande había sabido por los ángeles del cielo algo del destino reservado á María, ¡dónde hallaremos palabras capaces de expresar las delicias de su corazon maternal, cuando criaba á la que debía alimentar un dia con su leche virginal á un Dios?

Busquemos á menudo, mis amados hermanos, á la Vírgen celestial en los brazos y en el regazo materno: reanimemos sin cesar nuestra piedad y devocion hácia el misterio de la Natividad de María; y digamos á esta Señora: ¡Oh Niña bienaventurada! ¡oh Vírgen inmaculada! bendita, alabada, amada y ensalzada seas para siempre por esas legiones de ángeles que rodean tu cuna; recibe de mi boca y de mi corazon unos homenajes que yo quisiera igualasen á tus méritos y virtudes; hazme comprender el misterio de tu santa infancia; déjame descubrir en el modesto asilo que ocupaste al venir á la tierra de nuestro destierro, los rayos de gracias y los resplandores celestiales que, únicamente, pueden guiar nuestros pasos por las sendas que conducen á Tí; y ya que no me es dado poder amarte tanto como deseo y mereces, quiero amarte y bendecirte por siempre con el corazon y por la boca de tu augusta madre, á quien quiero pedir todos los dias que me alcance la gracia de contemplarte y amarte con ella por los siglos de los siglos. *Amen.*

DULCE NOMBRE DE MARÍA.

DISCURSO I.

Secundum nomen... laus.
Como tu nombre así es tu gloria.
(PSALM. XLII, 10.)

Dios suele trocar el nombre de sus siervos cuando los elige para una mision grande. Así lo hizo con Abrahán, cuando al pactar la alianza con él, queriendo darle una numerosísima descendencia, le ordenó que se llamase Abrahán, nombre que significa padre de un gran pueblo (1). Lo mismo hizo con Jacob, á quien le ordenó trocar su nombre por el de Israel, en premio de la lucha que había sostenido valerosamente con el ángel (2). Y en los albores de los nuevos días hizo lo propio con Simon, cuando al constituirle cabeza de su Iglesia, le ordenó que se llamase Pedro (3). Está, pues, fuera de duda, que Dios usó con frecuencia trocar el nombre de sus escogidos, al llamarlos para una mision extraordinaria.

No así procedió con María. No obstante de que Ella fuese elevada á una dignidad suprema, ensalzada al mayor de los honores y escogida para singularísimos ministerios, su nombre fué siempre el mismo. En Nazareth es María, en Belén es María, en Egipto es María, en el Calvario es María; Hija, Esposa y Madre de Dios, su nombre es constantemente el de María. Con el mismo nombre la vemos llamada cuando, niña aún, se encierra en el Templo, y se consagra vírgen al Señor; é igualmente, cuando el arcángel vá á anunciarle la maternidad divina; y con este nombre se la llama cuando es acerbamente traspasada por la espada de dolor, y cuando sube al Cielo, Reina de los ángeles y de los hombres.

¿Cómo, pues, Dios no ordenó á María lo que á otros eminentes va-

(1) GEN. XVII, 5.
(2) GEN. XXXII, 28.
(3) MAR. III, 16.

rones? ¿Cómo es, que miéntras á estos varones se les trocó el nombre no se trocó el de María, mujer elevada á una condicion altísima? Esto fué, amados hermanos, porque el solo nombre de María bastaba plenamente para indicar su gloria, su grandeza, sus méritos, sus beneficios y su magnificencia; de suerte, que cuando apareció llena de su gloria, cuando fué colmada de toda su grandeza, cuando hizo brillar sus eminentes virtudes, difundió sus beneficios y se mostró en los fulgores de su magnificencia, no podía ser llamada con otro nombre. Así que, de solo este nombre puede decirse, que sin otros calificativos constituye el más bello elogio de la Santísima Vírgen, cualquiera que sea el punto de vista desde el cual se quiera considerarla: *Secundum nomen... laus.* A fin de que vosotros mismos podais llegar á esta consecuencia, indicaré brevemente los diferentes significados principales que encierra en sí mismo el nombre santísimo de MARÍA, segurísimo de que no tendré necesidad de otras pruebas para concluir, que las alabanzas tributadas á la Santísima Vírgen corresponden exactamente á lo que significa su excelso nombre. Saludémosla ántes con el arcángel. A. M.

La palabra María deriva de *Mare*, palabra muy adecuada á la púdica Vírgen de Nazareth. En efecto; así como en el mar desembocan todas las aguas, asímismo todas las gracias entraron en María; y del mismo modo que raya en lo imposible el contar todas las gotas de agua contenidas en el mar, no lo es ménos enumerar todas las gracias reunidas en María; y así como Dios llamó mar á la reunion de todas las aguas, tambien llamó María á la reunion de todas las gracias. En verdad, cuando el Señor crió el Universo, reuniendo en un solo lugar las aguas desparramadas, dijo: reúnanse todas las aguas en un lugar (1); y al criar á María, reuniendo en Ella todos sus beneficios y misericordias, ordenó: reúnanse todas las gracias en esta Vírgen. Así, pues, se reunieron en María todas las dotes de los ángeles y de los hombres, todas las bellezas de la tierra y todas las grandezas del cielo, todos los dones celestiales del antiguo y nuevo Testamento. Ella recibió infinitamente más de lo que recibieron los Patriarcas, los Profetas, los Apóstoles, los Mártires y los mismos Serafines; Ella estuvo llena de todos los privilegios, de todas las bendiciones, de todos los méritos y de todas las dotes con que fueron adornadas las almas más santas; Ella fué llena, no solamente de gracias, sinó tam-

(1) GEN. I, 9.

bien de la gracia, porque en su seno virginal, no tan solo descendieron algunas gracias, sinó todas. De esta manera vino al mundo la Vírgen, que los Profetas de Sion habían anunciado de tan preclarísimos modos; tal se presentó Aquella, á la cual se dirigían, desde los primeros albores del mundo, los infelices descendientes de Adán. ¿Con qué otro nombre debia designarse á este prodigio de la mano omnipotente y á este abismo de maravillas, sinó con el de María? Así como, despues que las aguas estuvieron contenidas en un lugar, á la reunion de todas ellas se la llamó mar, así tambien luego que todas las gracias se reunieron en la Vírgen de Nazareth, entónces fué cuando á la reunion de todas las gracias se la llamó María.

No creais, hermanos mios, que discurriendo de esta suerte quiera yo decir algo ménos propio ó ménos verdadero, puesto que no hago otra cosa que repetir lo que acerca del particular declararon los santos Padres, admirablemente guiados por la luz del Espíritu Santo; quienes tuvieron motivos para afirmar, que no por humano consejo, ni por una casualidad cualquiera, sinó que por celestial revelacion y por voluntad divina impuesta á Joaquin y Ana, se puso á la récien nacida el nombre de María; porque, si á ciertos héroes escogidos para obrar hechos memorables, Dios mismo quiso imponerles el nombre, ¿quién dudará de que Él mismo hubiese querido imponer el nombre á Aquella que debía obrar prodigios tan estupendos? Recibió de Dios el nombre Abrahán, constituido por su fé heróica padre de los creyentes; lo mismo que Jeremías, llamado con este nombre estando aún en las entrañas de su madre (1); lo propio que á Juan Bautista, segun fué impuesto á Zacarías (2); y hasta al mismo Redentor le fué dado, segun el rito legal de la circuncision, el nombre de Jesús, esto es, el nombre con que lo llamára ya el arcángel ántes de que fuese concebido en el seno inmaculado de la Vírgen (3). Esto sentado, ¿quién se maravillará de oir, que Dios mismo debió de imponer y revelar el nombre de María? Solo Dios debió de revelar este nombre, siendo María incomparablemente más grande que Abrahán, que Jeremías, que el Bautista, y que todos los escogidos que han sido ó podrán ser célebres en los fastos de la religion y del género humano. Solo Dios debió de revelar este nombre, siendo María la primogénita entre todas las criaturas, la obra maestra de sus eternos consejos, el mayor milagro de su omnipotencia; Aquella, en fin, que venía al

(1) JER. I, 5.
(2) LUC. I, 3.
(3) LUC. XI, 21.

mundo para ser la Madre de un hijo Dios. Solo Dios debió de revelar este nombre, puesto que solo Él conocía todas las prerogativas, todos los privilegios, todos los dones y todas las gracias de que la enriqueció con profusion suma; y solo Él podía con una sola voz indicar todas aquellas prerogativas, aquellos privilegios y aquellos dones. Por eso san Pedro Damian decía, que el nombre de María salió de los tesoros de la divinidad; Ricardo de San Lorenzo añadía, que toda la Trinidad augustísima se había reunido en consejo para escogerlo; y San Buenaventura concluía, que era glorioso por haberlo anunciado la boca misma del Señor.

Tertuliano observa que con respecto á los nombres no debe atenderse solo al sonido de las palabras, sinó fijar la atencion en su significado para formarse de él un verdadero concepto (1). ¿Qué es lo que no indica el nombre de María? ¿Qué grandezas, qué glorias, qué sublimes oficios y qué saludables beneficios no significa? El nombre de María significa Señora; y esto no solo porque descendiente de sangre real contase entre su antepasados á David, Salomon, Josué, Ezequiel, á príncipes y Patriarcas muy celebrados; sinó más bien porque debiendo ser la Madre de Aquel, que es el soberano Señor del Universo, debía ser, por derecho de esta misma Maternidad, la soberana Señora de la creacion. No se me alegue, que otras mujeres llevaron el mismo nombre; María se llamaba la hermana de Moisés, María se llamaba Cleofé, y María la penitente Magdalena; pero si este nombre es comun al de la Vírgen Madre, ciertamente que no lo es en su gloria. Y la hermana de Moisés, Cleofé y Magdalena solo pueden ser consideradas como piedras en presencia del monte y como débiles astros respecto del sol. La sola Vírgen Madre está llena de una dignidad que se eleva sobre toda dignidad humana y angélica, de suerte, que allí acaba María donde empieza la divinidad. Por consiguiente, inclinaos Cielos para saludar á vuestra Reina; póstrate también tierra, para saludarla; todas las criaturas aprendan en el nombre de María á venerar á Aquella, que Juan vió en Pathmos sentada sobre las esferas, vestida de sol y coronada de doce brillantísimas estrellas.

El nombre de María significa iluminada. Y en verdad, que no ha existido alma más iluminada que el alma de la Vírgen. Toda la luz de que una alma puede adornarse, procede de la fé, de la ciencia ó de la profecía. Adornadas con la luz de la fé estuvieron las almas,

(1) Tertul. ad Jud. X.

que cerrando los ojos á los halagos de la tierra, creyeron firmemente en la palabra de Dios; de modo, que por esta su sumision á las cosas reveladas supieron muchísimo más de lo que han llegado á saber los sábios. Llenas de la luz de la ciencia fueron aquellas almas, que elevándose con profundos estudios sobre la debilidad de la condicion humana, alcanzaron el conocimiento de lo que puede aprenderse con solo largos estudios. En fin, ricas de la luz de profecía fueron aquellas almas privilegiadas, á las cuales descubrió el Señor la historia de los futuros tiempos y las varias circunstancias de los extraordinarios sucesos venideros. Y de esta triple esplendorosísima luz estuvo llena María. Por lo que mira á la luz de la fé, no cabe duda alguna que, aún ántes del Evangelio y de los milagros, creyó con tal firmeza y con tanta constancia, que aventajó á todas las almas fidelísimas que hubo, hay, y habrá despues de Ella; de suerte, que Santa Elisabeth la llamó bienaventurada precisamente porque había creido. En cuanto á la luz de la ciencia es fácil comprender, que si fué extraordinaria la ciencia de Adán, por ser cabeza y padre de la familia humana; si grande fué la ciencia de Juan, solo porque una vez inclinó la cabeza sobre el pecho del Señor; si mucha fué la ciencia de San Pablo, que arrebatado al tercer Cielo vió grandes misterios, solo porque debía ser el doctor y el maestro de las naciones; mayor sabiduría correspondía á Aquella, que fué Madre de la misma fuente inagotable de toda sabiduría, que le encerró por espacio de nueve meses en sus entrañas virginales, que le llevó en sus brazos y le nutrió con su leche. Con respecto á la luz de la profecía, Ella la manifestó, ora cuando soltando los lábios á un célebre himno en la casa de Zacarías dijo, que todas las generaciones la llamarían bienaventurada (1); ora cuando en las bodas de Caná de Galilea, sabiendo el milagro que debía obrarse de la conversion del agua en vino, dijo á los que servían la mesa: Haced todo cuanto él os diga (2). Luego, motivos tuvo el beato Alberto para afirmar, que María supo mayores cosas de las que conocieron prodigiosamente Adán, San Juan y San Pablo; y tambien San Anselmo al añadir, que aventajó incomparablemente y con sublime eminencia en la sabiduría á los mismos Apóstoles; y la Iglesia, para concluir, que debe saludarse como la Reina de los Apóstoles y de los Profetas.

El nombre de María significa iluminadora. En efecto; en los sagra-

(1) Luc. I, 48.
(2) Joan II, 5.

dos libros es llamada Aurora, que anuncia el dia. Ahora bien; así como el mundo sin la luz se convertiría en cáos de cosas informes, falto de toda belleza y de todo órden, tambien sin María el mundo, sepultado por tantos siglos en las tinieblas del error y del vicio, habría continuado viviendo en las tinieblas del vicio y del error. Y por consiguiente, así como aparecida la luz, el mundo tuvo la belleza y el órden debidos, tambien aparecida la Vírgen, el mundo espiritual empezó á salir de la tenebrosa noche en que vivía y de la cual no hubiera salido sin la Vírgen. Y para probaros ahora que el nombre de María significa merecidamente iluminadora, no aduciré muchas autoridades que confirmarían esta verdad de una manera evidentísima; me contentaré con una, que supera y aventaja á todas. El nombre de iluminadora es propio de María, y le es dado con justo título, precisamente porque Ella nos dió á Aquel que es la verdadera luz; y si Jesucristo es el Oriente, el Sol de justicia, el esplendor de la luz eterna, enviada para iluminar á los hombres que yacían en la tenebrosa sombra de la muerte (1); ¿cómo podría dejar de ser iluminadora la Madre, por cuya mediacion nos vino un tal tesoro? Inferid de ahí, hermanos mios, con cuanta razon María debe ser llamada iluminada é iluminadora, ya que, no solo fué llena de luz para sí, sinó que tambien para nosotros.

El nombre de María significa... pero basta, porque no llegaría nunca al fin, si pretendiese exponer, aunque de un modo breve y á grandes rasgos, los significados que encierra en sí el nombre de María. Paso en silencio lo que dicen San Ambrosio, San Jerónimo, y otros santos escritores; pero callando estas cosas, no puedo callar aquellas que nos ofrecen en el nombre de María un nombre de esperanza y de salvacion. ¡Ah! sí; este nombre, más que todos los nombres de los Santos, infunde aliento á los fatigados, sana á los enfermos, ilumina á los ciegos, conmueve á los empedernidos, ayuda á sacudir el yugo del demonio; y tal es su virtud y eficacia, que cuando se pronuncia sonríe el Cielo, se regocija la tierra y se llenan de júbilo los ángeles y los hombres. Este nombre es como la estrella que, en el ancho mar de la vida presente, donde son tan frecuentes los naufragios, puede librarnos de los peligros; pues, así como la estrella polar guía á los navegantes hácia las orillas natales, María nos guía hácia las celestiales regiones. Este nombre es como una torre firmísima, donde en todas ocasiones podrá hallar seguro asilo el pecador, y por

(1) L. I, 79.

la cual defendido de los asaltos de los enemigos espirituales, podrá pasar felizmente de la culpa á la gracia y de la muerte á la vida. Este nombre es dulzura, es gozo, es consuelo, es cierto augurio de felicidad; de manera, que no puede pronunciarse sin grandísimo provecho del que lo invoca con amor, con devocion y confianza.

De donde proviene el que los fieles, desde los primeros siglos de la Iglesia, tuvieran en mucha veneracion el nombre de María. Ellos acostumbraban pronunciarlo junto con el nombre de Jesús; y cuando querían alcanzar alguna gracia, creían que la intercesion más eficáz era invocar el nombre del Hijo en union con el de la Madre. Los santos más eminentes, celosísimos de la gloria de Dios y de la Iglesia, no lo fueron ménos del honor debido al nombre bendito de María; los más esclarecidos escritores del Cristianismo, honrándolo de mil maneras, ofreciéndole admirables coronas de alabanzas. El nombre de María es la esperanza del piloto azotado por la tempestad, el consuelo del enfermo en el lecho del dolor, y la salvacion de las almas perseguidas por los espíritus infernales. Los fieles de todos los tiempos, los cristianos de todas las edades, lo han ensalzado, bendecido y glorificado; y desde la humilde madre que lo imprime en los balbucientes lábios de sus hijuelos, hasta el augusto Pontífice que exhortaba á los pueblos libres á pronunciarlo con fé y con amor, en todas las vicisitudes pusieron en él su confianza. Así como la nubecilla que viera Elías, pequeña al principio como una mancha, se hizo grandísima de grado en grado (1); tambien el nombre de María, cortísimo en la voz es extraordinario en los efectos; de modo, que el género humano, afligido con toda suerte de miserias, es admirablemente restablecido. Así como la columna de fuego aparecida en el desierto sirvió de guía á los errantes Israelitas (2); tambien el nombre de María es consuelo para nosotros, miserables desterrados en el desierto de la vida, y por él una luz misteriosa irradia vivos fulgores en lo más recóndito de nuestras desventuras. Del propio modo que el nombre del místico amante de los Cantares es parecido al aceite (3), así semejante al aceite puede considerarse el nombre de María; porque, si es propio del aceite el arder, condimentar y ungir, el nombre de María reune precisamente en sí estas tres principales y saludables cualidades: resplandece en la tenebrosa noche de los afanes, alienta los corazones

(1) III. Reg. XVIII, 44.
(2) Exod. XIII, 21.
(3) Cant. I, 2.

afligidos por el infortunio, sana las enfermedades del alma, y la conduce á pastos de verdadera vida.

Hé aquí, hermanos mios, plenamente demostrado con cuanta razon, usando la frase del Salmista, he dicho al empezar, que segun la grandeza de su nombre era la grandeza de la alabanza de María, pues, si este nombre brilla con tanta claridad y arroja tanta luz, que, excepto el nombre de su hijo Jesús, ningun otro es tan venerable y amable en el Cielo ni en la tierra; si al pronunciar Dios por sus lábios este nombre, María, la llama Señora y Soberana; iluminada é iluminadora; mar de amor y mar de amargura imitadora del Señor, que inflama los montes; nuestro consuelo y nuestra esperanza; si indica los beneficios que nos ha dispensado, las gracias que nos procura, y las misericordias que derrama para nuestro provecho espiritual y temporal, debemos necesariamente concluir, que este nombre es grande, y que por la grandeza de este nombre puede demostrarse la grandeza de la gloria de María: *Secundum nomen laus*.

Lo que se debe hacer, pues, amados hermanos, es; colocar en él toda nuestra confianza, imprimirlo en el corazon, pronunciarlo á todas horas, invocarlo en todas las necesidades de la vida y en todos los peligros á que estamos continuamente expuestos; y de un modo particular, proclamémosle en todos nuestros actos, imitando las virtudes de Aquella que es llamada con tal Nombre. ¡Oh nombre dulcísimo y suavísimo de María! Yo quiero invocarte siempre como lleno de atractivos y de encantos preciosísimos; yo quiero pronunciarte constantemente como nombre lleno de indecible é ilimitada confianza; yo quiero amarte siempre, amarte todos los dias, como nombre que llena el alma de una paz deliciosísima. ¡Oh Nombre de María! sé tú mi fortaleza en las luchas del espíritu, mi consuelo en las desolaciones del corazon, mi esperanza en las dudas, y mi amparo en la hora de la muerte. ¡Oh nombre de María! alúmbrame, que soy ciego; fortaléceme, que soy débil; y consuélame, ya que soy tan miserable y desolado. ¡Oh nombre de María!... Mas ahora, al dirigiros, hermanos mios, mi última palabra, no puedo dejar de repetir los dulces acentos que, con una elocuencia celestial, dictó San Bernardo, los cuales, por muy conocidos que sean, siempre, al pronunciarlos, llenan el alma de dulzura y admiran por su belleza. Por desgracia surcais las turbias aguas de este siglo, como en medio de las olas de un mar muy embravecido; continuamente sois azotados por la tempestad, arrebatados por las olas y arrojados contra los escollos, en los cuales podeis

perderos, ó perecer víctimas del naufragio. ¡Ah! si no quereis veros sumergidos en las profundidades de los abismos, invocad el nombre de María. Cuando os molestan las tentaciones, que os combaten como vientos impetuosos; cuando os turban los halagos del mundo y el infierno os ataque con todas sus armas, nunca dejeis de invocar el nombre de María. Si los arrebatos de la ira os encienden el ánimo, si os laceran el corazon los impuros movimientos de una concupiscencia rebelde, y si os instigan el espíritu los inmoderados deseos de riquezas, levantad las miradas á este astro celestial, y pronunciad repetidamente el nombre de María. En todas las peligrosas vicisitudes de la vida, expuestos á ser engañados por los errores, aterrorizados por los obstáculos, y envilecidos por la cobardía en la perseverancia de las buenas obras, invocad el nombre de María. Invocadlo en las angustias, invocadlo en las desventuras, invocadlo en las dudas, en todos los acontecimientos y todos los dias; porque, siendo María iluminadora no os extraviareis, siendo defensora no temereis, y siendo protectora os salvareis. Tal vez os amenacen las debilidades de la naturaleza; tal vez os desanime la austeridad del Evangelio, y temais por sentiros lánguidos en el fervor de la devocion; pero en semejantes casos es cuando debeis, especialmente, invocar el nombre de María, y no dudeis que invocando este nombre de gloria, de gracia y de virtud, vencereis todos los obstáculos y os vereis colmados de saludables beneficios. Sea el nombre de María el principio de todas vuestras acciones, y el que acompañe todas vuestras súplicas; y si quereis obtener gracias, si quereis ser oidos en todas vuestras oraciones, si quereis ser perfectos en la tierra, y santos en el Cielo, invocad siempre el dulcísimo Nombre de María.

DULCE NOMBRE DE MARÍA.

DISCURSO II.

El nombre de esta Vírgen es María.
Nomen Virginis Maria.
(Luc. I. 27.)

Aunque muchos santos Padres no nos asegurasen, que el augusto nombre de María descendió del Cielo, bastarian los misterios que encierra para dárnoslo á conocer como fruto de una alta sabiduría, ó, á lo ménos, para persuadirnos, de que no se impuso con tanta propiedad sin haberse celebrado el consejo que Tertuliano llama *consilium nominis*. En efecto: la grandeza, la verdad, y el feliz presagio que contiene, son las principales condiciones que se buscan en un nombre, concibiéndose en el hecho de hallarlas reunidas en él, un alto concepto de la persona que lo lleva, ó al dárselo, se hacen votos para que realice el augurio y la esperanza que de él se concibe.

Tal es, cristianos oyentes, el plan de lo que me propongo exponeros en el glorioso nombre de María, cuyo elogio estais aguardando. No debeis esperar de mí otra cosa; pues, para manifestaros todos los misterios que encierra ese augusto nombre, necesitaría explicar las prerogativas, la dignidad y las virtudes admirables de la Madre de Dios, asuntos bajo cuyo peso sucumbe toda la elocuencia humana. Con el nombre de María sucede lo que con el de Dios, el cual, siendo único, y conteniendo todas las perfecciones imaginables, exigiria, en cierto modo, infinidad de perfecciones en quien hubiera de explicarlo detalladamente. Contentémonos, pues, con decir, que es un nombre glorioso, si jamás lo hubo, puesto que significa en su lengua original, *Señora* ó *Soberana*; nombre el más apropiado á María Santísima, porque tambien quiere decir *iluminada* é *iluminadora*, segun los oficios y funciones que desempeñó en la tierra, de iluminar á los hombres trayéndoles la luz; nombre, por último, de feliz presagio,

pues equivale á *Estrella del mar*, que nos guía por el borrascoso océano de este mundo, hasta llevarnos al puerto de la eterna bienaventuranza. Tales son las tres principales significaciones que los santos Padres atribuyen al augusto nombre de María, y que la Iglesia ha recibido: lo cual me mueve á decir, que este santo nombre es, á un tiempo, el más *glorioso*, el más *propio*, y el más *feliz* que se ha dado á una criatura, en atencion á que la grandeza, la verdad y la esperanza que inspira, se hallan juntos en él, representándonos, al mismo tiempo, la dignidad á que Dios elevó á María, el ministerio que ejerció en favor nuestro, y la dicha que de estas prerogativas debemos esperar. Nombre, por consiguiente, que exige nuestros respetos, nuestra gratitud, y una especial confianza. Tal es la materia y distribucion de este discurso. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

Es ilustre y glorioso el nombre de María, por ser como el compendio de los títulos y excelencias de la mujer que Dios escogió para Madre suya, naciendo de sus purísimas entrañas; de manera, que para expresar la dignidad más alta que puede existir, la más elevada grandeza que nunca existió, la obra más notable de la gracia y de la naturaleza que ha salido de las manos de Dios, y por último, las más excelsas prerogativas que sostuvieron tan excelso rango, cumplía hallar un nombre en relacion con todo eso, á fin de dar á conocer con una sola idea este prodigio, distinguiéndolo de todo lo demás. Esto es, cabalmente, lo que Dios hizo al dar á la Vírgen récien nacida el nombre de María, segun su significado de *Señora ó Soberana*. En efecto, no podía hallarse nombre más ilustre ni glorioso que el que lleva el mismo Dios, ó por lo ménos, el que más de ordinario emplea en las santas Escrituras: *Ego Dominus*. Este es el título con el cual quiere darse á conocer: *Et scietis quia ego Dominus*. De suerte, que corriendo todas las páginas del sagrado texto, se encuentra que no se llama sinó Señor, como para dar á entender, que es el Soberano por excelencia, y que ejerce un soberano dominio sobre todo lo criado, pues en nuestras cotidianas oraciones le atribuimos la fuerza y significacion del nombre de Señor.

El nombre de Señor ó soberano, que los reyes del mundo se glorían de poner á la cabeza de los demás títulos que poseen, como fundamento de ellos; ese nombre, repito, es el que Dios decretó llevase su Madre en todos los siglos, como si despues de comunicarla sus más eminentes perfecciones, su poder, y hasta su paternidad, haciéndola

Madre verdadera de su mismo Hijo, se hubiese propuesto tambien hacer partícipe á María de su propio nombre, el cual, expresando todas aquellas perfecciones, las dá á comprender mejor. En efecto; por la sola palabra de *Señora* y *Soberana*, entiendo y recuerdo en mi espíritu todo lo más grande que los hombres tienen, aunque, en realidad, no posean más que una sombra de soberanía, comparada con la de la Vírgen. Yo me represento su mérito y excelencia, porque Dios, que lo ejecuta todo con alta sabiduría, al dar á la Santísima Vírgen este nombre igual al suyo, quiso darnos á entender, que María es su más rico retrato, y la que, entre todas las puras criaturas, representa mejor su divinas perfecciones. Comprendo tambien, al mismo tiempo, que María fué elevada sobre todas las criaturas á tan grade altura, que por sí sola constituye como un órden diferente, atendida la singular relacion que tiene con la divinidad. Paréceme que puede decirse de María, guardada cierta proporcion, lo que el Apóstol dijo del Verbo encarnado, de quien es Madre; esto es, que se halla colocada tanto más arriba de las altas inteligencias del Cielo, cuanto más grande es la distincion señalada por el nombre que lleva y le fué dado para significar su grandeza (1). Y como el nombre, para darse con justicia, ha de expresar la naturaleza de la cosa que significa, debo concebir, desde luego, en el nombre de María lo que la distingue, ó lo que constituye su singular diferencia de todas las mujeres que son saludadas con el nombre de Señora, de Reina ó Soberana. Ahora bien; esta diferencia consiste, en que las demás mujeres usan de este título como añadido al nombre propio que ya tienen, tomándolo de circunstancias especiales, ó heredándolo de sus antepasados; de modo, que la cualidad que significa, no tiene otro valor que el que le comunican, ora el lugar en que tienen derecho á ejercer el mando, ora el enlace contraido con reyes y soberanos que comparten con ellas su autoridad; miéntras que á María Santísima, por disposicion de Dios, se le impuso tan augusto nombre tomado en la primera significacion, como el más adecuado á lo que en el tiempo venidero había de ser, esto es: Soberana de Cielos y tierra.

No basta, cristianos, para hacer glorioso el nombre de María saber, que le es comun con el mismo Dios; pues podría objetarse que tambien lo ha comunicado á los príncipes, á los soberanos, y á todas las personas que ocupan puestos superiores entre los hombres. En efecto; la Escritura, y hasta el uso comun, parece confundir el nombre de

(1) Hebr. 2.

señor con el de dueño. Pero en eso mismo consiste la nobleza y esplendor del nombre, porque cuando un nombre comun viene á singularizarse y es particularmente apropiado á una persona sola, trae consigo cierto énfasis, que descubre la dignidad y mérito del que lo usa. Todo el mundo comprende cuando oye citar al Sábio, que se alude á Salomon, al hombre que más supo entre todos los mortales; y cuando oye nombrar al Apóstol, inmediatamente ocurre á su memoria San Pablo, como el que lleva el nombre de Apóstol por excelencia. En esto precisamente se funda el uso de llamar Señor al Salvador del mundo; y cuando al nombre de Señor se le añade algun epíteto, este epíteto le hace cambiar de significado, restringiéndolo á alguna otra dignidad infinitamente inferior á la de Jesucristo. Lo mismo puede decirse con relacion á la augusta Reina de los Cielos: es *Nuestra Señora* por excelencia, y por una prerogativa singular; puesto que no entendemos otra cosa por el nombre María, pronunciado en nuestro idioma, ni lo entendieron de otro modo los padres y doctores, la Iglesia toda, todos los pueblos del mundo, los cuales llaman comunmente á María: «Nuestra Señora.» Siempre se dá al nombre de María el mismo significado, siempre se pronuncia en igual sentido, reconociendo en él el propio carácter de autoridad y de grandeza, pues para todos significa siempre Nuestra Señora, Nuestra Soberana, así como el nombre de Jesucristo significa Nuestro Señor y Nuestro Soberano.

Ya comprendereis que Dios, así como desde la eternidad eligió la Madre para el Hijo, destinando uno para otro, é incluyendo á ambos en el mismo órden de sus designios, así tambien quiso que uno y otro fuesen conocidos en todo tiempo por un nombre de grandeza y de dignidad que les distinguiese del resto de los hombres. El uno es el verdadero restaurador del mundo, y la otra fué asociada á la gloria de ser co-restauradora. Jesús fué constituido Mediador entre Dios y los hombres, y María Mediadora, cuando ménos, entre los hombres y su Hijo. Es un título que nadie puede negar á María: miéntras Jesús es verdadero Redentor por su propio mérito, y por la virtud de su sangre, María se llama co-redentora del mundo por haber suministrado esa preciosa sangre, dando la vida al Hombre Dios, quien por medio de Ella quiso redimirnos. Pero este nombre sería inútil para nosotros, sería un título vano, como el de un rey que no tuviese súbditos, como el de un amo sin criados, y como el de un monarca sin territorio, ó cuya soberanía no estuviese reconocida, si por nuestra parte nos negásemos á ser súbditos y siervos de María, rindién-

dola el culto y cumpliendo los servicios y deberes que somos capaces de prestarla.

Al principiar este discurso os he dicho, hermanos mios, que el nombre de María, segun la significacion que le dán los santos Padres y la Iglesia, quiere decir, no solo *Señora* y *Soberana*, sinó tambien *luminosa* é *iluminada*, ó bien *iluminadora*, que derrama su luz por todas partes; de donde, á mi modo de ver, puede inferirse, que nada es capáz de significar mejor el oficio para cuyo desempeño quiso Dios enviarla al mundo. Efectivamente: preguntar por qué y con qué fin apareció María entre los hombres, es como preguntar por qué crió Dios la luz, y cual es el uso que de ella se hace en la naturaleza. ¡Oh! ¿qué sería del mundo sin la luz? Un confuso cáos, un hacinamiento informe de cosas sin órden, sin belleza, y sin la simetría que le ha dado la clasificacion determinada en el nombre propio, y tal como puede imaginarse era el primitivo, ántes que Dios enviase á él la luz, que lo embellece todo.

Y esto es lo que á corta diferencia ha hecho María en el órden de la gracia: alumbrar al mundo, sepultado por muchos siglos en las tinieblas de la culpa y de la ignorancia, de conformidad con el título que la Escritura le atribuye de *Aurora que anuncia y trae el dia*. Si los hombres hubieran conocido la dicha que iban á poseer con el nacimiento de la Santísima Vírgen, bienaventurada criatura por tanto tiempo esperada, habrían levantado su voz, gritando: ¡Vén, oh luz del mundo, brilla por fin en la tierra, para alumbrar á los que se hallan sumergidos en horrenda oscuridad, y sentados á la sombra de la más funesta muerte, que es la del pecado! Las súplicas que tantos profetas elevaron al Cielo para apresurar la venida de esta luz, fueron escuchadas desde muy atrás; y puede decirse, como al principio de los siglos, que la luz fué hecha, pues apareció María. Y yo añado, que habiendo venido para iluminar al mundo, no podía traer otro nombre más propio y que conviniese con más verdad á su objeto, que el nombre de María; nombre de luz, significada en la que difunde por el universo, y de la cual está María enteramente revestida y penetrada.

Que este nombre la es propio y se le dió con justo título, no puede dudarse, al observar que María trajo al mundo al que es verdadera luz. Os ruego pues, hermanos mios, que reflexioneis, que habiendo venido al mundo el Hijo de Dios á salvar á los hombres como principal fin entre los que se había propuesto, y en ejecucion de la obra más grande á que se había obligado, principió por alumbrar al

mundo, disipando las tinieblas que se habían apoderado de él, ahuyentando el error, la ignorancia, la idolatría y todas las falsas máximas en que los hombres, ciegos acerca de su verdadera felicidad, estaban imbuidos. No es otra la razon de que entre los nombres más apropiados á Jesucristo, sea el de Luz el que exprese mejor su carácter personal, como lo afirman los teólogos, diciendo: que es el que más le corresponde en calidad de Hijo de Dios, y con el que se distingue de las otras dos personas de la Santísima Trinidad, siendo el Verbo Eterno Sabiduría increada y esplendor de la eternal lumbrera: *Candor lucis æternæ*. Él mismo, en el ejercicio del ministerio para el que había sido enviado, declaró explícitamente, que era la Luz del mundo; nombre que comunicó á sus apóstoles, porque eran ministros suyos en el distinguido oficio de enseñar y alumbrar á los pueblos.

Ahora bien: si los discípulos de Jesús y cuantos contribuyeron á la salvacion de los hombres, participaron de tan glorioso nombre, ¿no tendré yo sobrado fundamento para asegurar, que ese mismo nombre es el más apropiado á la gloriosa Vírgen, la cual fué quien más cooperó á este fin, despues de su divino Hijo? Sin duda: María lleva con derecho un nombre que significa Iluminadora; voz que habreis de aceptar, aunque desusada, y de la que la necesidad me obliga á valerme, como de la más propia para recordaros el incomparable beneficio de haber traido al mundo la Luz eterna. Por medio de María, en efecto, aquella horrorosa noche que cubría toda la tierra fué disipada, y todo el mundo cambió de faz cambiando de creencias, de religion, de conocimientos, de afectos y deseos. ¡En qué ignorancia, gran Dios, en qué deplorable ceguedad estaban hundidos los hombres de mayores talentos, y cuantos servian de regla y de guía á aquella sociedad! Añadamos ahora, que así como nadie puede ser iluminado por el resplandor que arroja un cuerpo luminoso sin acercarse á él, así tambien, para que nosotros podamos recibir las luces celestiales, esto es, las gracias que necesitamos en medio de las tinieblas de que vivimos rodeados, nos es preciso aproximarnos á María, á quien no temo aplicar las palabras que el real profeta dice del mismo Dios: *Accedite ad eam, et illuminamini* (1). Llegaos á María y sereis iluminados por su resplandor, ya que resplandece de luz y en todas partes la derrama.

No bastaba que el nombre que el Cielo destinó á la Madre de Dios fuese el más glorioso, para que correspondiera á la dignidad de que

(1) Psalm. XXXIII.

la Vírgen debía revestirse, ni que fuese el que más relacion tenia con los oficios que había de desempeñar en la tierra; tambien fué un nombre dichoso que contiene el presagio de las felicidades que había de traer al mundo, en consonancia con la significacion de Estrella del Norte, á la que los navegantes miran constantemente para no perderse en un mar borrascoso, llegando felizmente al puerto á que se dirigen.

No me detendré en justificar esta tercera significacion del nombre de María, bastándome que los inteligentes en la lengua convengan, en que la Iglesia la recibe, y que la razon alegada por los santos Padres se tome del ejemplo de los navegantes anteriores al descubrimiento de la brújula. Esta sirve de guía ahora para viajar por un elemento tan infiel como inconstante; pero, antiguamente, veíanse precisados los marineros á regir la direccion de las embarcaciones por la estrella polar, en cuya vista calculaban el punto donde se encontraban y la distancia que les separaba del término á que se dirigian. De ahí que los pilotos no apartasen la vista de esa estrella, para gozar de una feliz navegacion. De esta necesidad de los navegantes se tomó el nombre de María; nombre de feliz augurio, puesto que presagia la felicidad eterna, á donde esperamos llegar con sus auxilios y segura guía. Por esta razon la santa Iglesia la saluda, durante la mayor parte del año, con este hermoso nombre en un himno que la canta; y por eso tambien la invoca con el mismo objeto en los peligros que nos asaltan en el tempestuoso mar de este mundo, sembrado de escollos y de abismos, y en el que estamos continuamente expuestos á un triste naufragio: *Stella maris, succurre*. Reflexionad unicamente, hermanos mios, que, por especial designio de la divina Providencia á favor nuestro, fué dado á María este nombre de feliz presagio, á fin de que los hombres, pronunciándolo, concibiesen al mismo tiempo una firme esperanza de salvacion.

No sucede con el nombre de María lo que con esos pomposos nombres de Grande, Invencible, Victorioso, Conquistador, con que ciertos hombres se honran; esos nombres nunca resuenan por primera vez en la tierra sinó entre el estruendo de las armas, y no se leen en la historia sinó mezclados con el nombre de ciudades saqueadas, de ejércitos derrotados y de provincias incendiadas é inundadas de sangre; son, en una palabra, nombres que inspiran terror siempre que se pronuncian. El nombre de María, por el contrario, es nombre de dulzura, de esperanza y de consuelo, pues contiene un vaticinio cierto, de la felicidad que debemos prometernos bajo la guía y protecion de la Vírgen que lo lleva. El nombre de María está lleno de piedad y dulzura, y no podemos pronunciarlo sin sentirnos abrasados de un afecto santo, ni siquiera pensar en él sin sentirnos animados de una santa confianza. No me admiro de este sentimiento, porque considero indispensable que haya íntima relacion entre el nombre de la Madre y el del Hijo; entre el nombre de Jesús y el de María. Esta relacion existe: el uno significa *Salvador*, y el otro *la que nos guía* al puerto de salvacion; el uno nos mereció esta dicha, y el otro nos enseña el camino de alcanzarla, inspirándonos ambos reconocimiento, amor y confianza. «Quien quiera que seas, exclama san Bernardo (1), harto experimentado tienes cuantos peligros te cercan en medio de este mar tempestuoso del siglo, agitado y combatido por las borrascas, arrastrado por las olas que te llevan á todos lados. Si no quieres anegarte, nunca apartes los ojos del astro cuya luz benéfica calma las tempestades y te guía con seguridad. Si las tentaciones, que son como vientos furiosos, te acometen, exponiéndote á un inminente riesgo de caer, levanta los ojos á la Estrella, invoca el nombre de María, persuadido íntimamente, de que se halla siempre dispuesta á socorrerte en las necesidades tan apremiantes como esa en que te hallas: *Respire Stellam, voca Mariam*. Si los arrebatos de la ira, ó los violentos deseos de una avara codicia; si los desarreglados movimientos de una concupiscencia rebelde, ponen en peligro de naufragio el débil esquife en que llevas el tesoro de la gracia, acude á María, que puede calmar las tempestades de nuestras pasiones.»

Solo nos resta, hermanos mios, poner nuestra confianza en el dulce nombre de María, tenerlo siempre en nuestros lábios y en nuestro corazon; invocarlo en todas nuestras necesidades y en los peligros á que estamos continuamente expuestos; y expresarlo con nuestras acciones, imitando las virtudes de la augusta persona que lo lleva. Sería, en efecto, un lamentable desórden, servirse de ese nombre santo como de manto para ocultar nuestros desarreglos; sería deshonrarlo, si, gloriándonos de pertenecer al número de los siervos é hijos de María, pretendiésemos perseverar impunemente en nuestra vida desordenada prevalidos de tan poderoso título; sería hacerse indigno de las gracias y de la ventura que significa y que á la vez atrae sobre nosotros. Acordémonos, por último, cristianos, de que, despues de la misericordia de Dios y de los méritos del Salvador, es el santo nombre de María nuestra principal confianza á la hora de la muerte.

(1) Serm. II, *sup Missus est*.

Dichosos nosotros, si, en aquel momento decisivo de que pende la eternidad, conseguimos tener propicia á la Madre de misericordia, pronunciando con la boca ó con el corazon su bendito Nombre, suplicándola que realice para nuestro bien el fausto augurio que encierra, y nos lleve al puerto de la eterna bienaventuranza que á todos os deseo, etc.

PRESENTACION DE MARÍA EN EL TEMPLO.

DISCURSO I.

Introibo in domum tuam in holocaustis.
Entraré en tu Templo á ofrecer holocaustos.
(PSALM. LXV, 13.)

Un conmovedor espectáculo se nos ofrece en el Templo de Jerusalén. Una anciana, acompañada de su marido, y llevando en brazos una niña, que Dios les concediéra por sus ayunos, lágrimas y oraciones, se dirige velado el rostro hácia el lugar santo. Una vez en presencia del ministro del Altísimo, depone la niña á sus piés, y pasando de ésta, por decirlo así, de la cuna al altar, viene á ser toda del Señor. El sacerdote bendice á la oferente y á la ofrecida, miéntras que un armonioso cántico de alegría y de accion de gracias acompaña la piadosísima ceremonia.

Si solo consideramos la parte exterior de la presentacion, no vemos más que unos padres religiosos que ofrecen al Templo de Sion una niña de sorprendente belleza; pero los espíritus angélicos, que emprenden su vuelo hácia el Santuario, vislumbran en ella toda una historia de maravillas. En efecto; aquella récien nacida no es una niña como cualquier otra, sinó que es la Vírgen profetizada por Isaías; es la esposa del místico cántico de Salomon; es la nueva Eva venida para borrar la culpa de Eva pecadora; aquella niña es María. En este dia entra Ella en el Templo; hoy se muestra como la tierna flor nacida á los piés del altar, y como el olivo de la renovada alianza y de la deseada paz.

Ahora; ¿quién podría explicar lo que pasa hoy en el alma de María? ¿qué sentimientos se le despiertan en el corazon? ¿qué pensamien-

Dichosos nosotros, si, en aquel momento decisivo de que pende la eternidad, conseguimos tener propicia á la Madre de misericordia, pronunciando con la boca ó con el corazon su bendito Nombre, suplicándola que realice para nuestro bien el fausto augurio que encierra, y nos lleve al puerto de la eterna bienaventuranza que á todos os deseo, etc.

PRESENTACION DE MARÍA EN EL TEMPLO.

DISCURSO I.

Introibo in domum tuam in holocaustis.
Entraré en tu Templo á ofrecer holocaustos.
(PSALM. LXV, 13.)

Un conmovedor espectáculo se nos ofrece en el Templo de Jerusalén. Una anciana, acompañada de su marido, y llevando en brazos una niña, que Dios les concediéra por sus ayunos, lágrimas y oraciones, se dirige velado el rostro hácia el lugar santo. Una vez en presencia del ministro del Altísimo, depone la niña á sus piés, y pasando de ésta, por decirlo así, de la cuna al altar, viene á ser toda del Señor. El sacerdote bendice á la oferente y á la ofrecida, miéntras que un armonioso cántico de alegría y de accion de gracias acompaña la piadosísima ceremonia.

Si solo consideramos la parte exterior de la presentacion, no vemos más que unos padres religiosos que ofrecen al Templo de Sion una niña de sorprendente belleza; pero los espíritus angélicos, que emprenden su vuelo hácia el Santuario, vislumbran en ella toda una historia de maravillas. En efecto; aquella récien nacida no es una niña como cualquier otra, sinó que es la Vírgen profetizada por Isaías; es la esposa del místico cántico de Salomon; es la nueva Eva venida para borrar la culpa de Eva pecadora; aquella niña es María. En este dia entra Ella en el Templo; hoy se muestra como la tierna flor nacida á los piés del altar, y como el olivo de la renovada alianza y de la deseada paz.

Ahora; ¿quién podría explicar lo que pasa hoy en el alma de María? ¿qué sentimientos se le despiertan en el corazon? ¿qué pensamien-

tos? Hermanos mios, es este un arcano entre María y Dios, y que solo podrian manifestárnoslo Dios ó María. Puede pensarse con razon, que jamás ha habido oblacion más pronta, más entera y más constante. Así, pues, repitiendo en esta ocasion las palabras del Salmista—*Introibo in domum tuam in holocaustis*—os invito á considerar, no solo el ofrecimiento que en este dia hace al Señor de sí misma la Vírgen, sinó, además, lo que hace que este ofrecimiento sea apreciable y excelente en sumo grado. Con efecto; María se ofrece á Dios en su edad más tierna, por lo tanto su oblacion es pronta; se consagra toda á Dios, y, por consiguiente, su ofrecimiento es entero; se entrega á Dios para siempre, y por lo mismo su ofrenda es constante. Por lo tanto, ninguna alma se muestra tan generosa como la suya en esta oblacion, ninguna alma como la suya puede con tanta razon repetir con el Profeta, que entra en el Templo llena de holocaustos. A. M.

Lo que, en primer lugar, avalora el ofrecimiento de María á Dios en su presentacion al Templo, es la prontitud. Ella no estaba obligada á esto por la ley, pues, si bien habia un precepto que obligaba á toda madre á ofrecer el fruto de bendicion en el lugar santo, este precepto debia entenderse solo de los varones; y María, sin faltar á la ley, podia dejar de ir á ofrecerse en el interior del Santuario. Ni era impelida á esto por la voluntad de sus padres, pues, aunque Joaquin y Ana fuesen almas religiosísimas, preferian más bien ver como su hija crecia á la luz de sus miradas; ó aún cuando, segun se cree por una piadosa tradicion, hubiesen procurado ofrecerla para cumplir un voto, querian más bien rescatándola, segun la ceremonia de aquellos tiempos, volvérsela con ellos á su casa. Mas, si ni la ley ni los padres llamaban á María al Templo, al Templo la llamaba la gracia. La gracia le hacia percibir las voces de su Dios, que dirigiéndose á Ella le decia: Levántate, amiga mía, apresúrate, paloma mía, hermosa mía (1); y si deseas enamorar el corazon del Rey de los reyes, cuya belleza sobrepuja infinitamente todas las bellezas criadas, abandónalo todo para agradarle, olvida tu pátria, olvida la casa de tu padre, y ven (2). Esto decia la gracia á María; por eso Ella no se detiene un instante en correr hácia donde la llamaba la gracia. Dios la habla, y Ella escucha; Dios la llama, y Ella vuela.

(1) Cant. II, 10.
(2) Psalm. XLIV, 11, 12.

Es unánime tradicion de los Padres de la Iglesia, que la Vírgen, apénas contaba tres años, se trasladó al Templo á ofrecerse al Señor. De ahí, el que desprendida apénas de los pechos maternales, quisiera chupar otra leche, la leche de la piedad y de la devocion; apénas dados los primeros pasos, quiso dirigirse á la casa del holocausto. Al pronunciar sus lábios la primera palabra, pidió que se la condujese al Templo de Jerusalén. Nada la intimida, nada la detiene, ni su tierna edad, ni la delicadeza de su temperamento, ni el afecto de sus virtuosos padres, ni la oscuridad del lugar donde debe encerrarse, ni la novedad de la vida que debe abrazar, ni el abandono de las cosas que el mundo más ama y aprecia. No: el pájaro tiene su nido en que se guarece de los rigores de la estacion; la tortolilla se oculta entre las hendiduras de los muros; y los tabernáculos del Señor, su casa, sus altares, son el puesto por el cual María suspira, son el centro de su reposo (1). ¡Ah! no así gentil doncella corre llamada esposa al real tálamo de un monarca, ni la enamorada de los Cantares se mueve á los conocidos pasos de su amado, como María fué solícita en esta su presentacion al Templo.

¡Vedla, hermanos mios! salida ahora del hogar doméstico, llega á Jerusalén, y se dirige á la mansion propia de las mujeres. Ya la celestial Niña ha recibido los tiernos abrazos de sus piadosísimos padres; ya está en presencia de los sacerdotes que la aguardan en nombre de Dios. Ella se adelanta con devoto paso, traspasa el umbral, se acerca al altar, sube las gradas, dobla las rodillas, cruza los brazos, eleva los ojos al Cielo, y se ofrece al Señor pura, bella é inmaculada. Si en este momento alguien quisiera preguntarla el motivo de tal resolucion, no alegaría más razon que la voz de su Amado que la llama, y al cual ha consagrado todo su corazon. Pero ¿por qué tanta prisa, María? Apénas cuentas tres años y tu sacrificio no será ménos acepto hecho en edad más adelantada. Aguarda todavía un poco más... No, responde Ella, la voz del Amado me llama, y para escucharla no vacilo en subir al monte del sacrificio (2). Mas, haciendo esto, María, dejas solos á tus padres que tanto amas, y á los cuales tributas tanta reverencia y tanto respeto. Aguarda todavía un poco más... No, responde Ella, la voz de mi Amado me llama, y esta voz desata cualquier otro vínculo á que puedo estar unida, pues es muchísimo más poderoso que todos los afectos de la sangre y de la tierra.—Pero,

(1) Psalm. XLI, 5.
(2) Cant. IV, 8.

María, con ser tan pequeñuela, no habrá nadie que cuide de tu infancia; aguarda para cuando seas adolescente. Aguarda un poco... No, replica Ella, la voz de mi Amado me llama, y mi ayuda, mi fortaleza, mi heredad y mi reposo están en el Santuario cerca del ara (1).

No se crea que solo desde este dia María empezase á consagrarse á Dios. Para comprender esta consagracion es preciso observar, que dos fueron las presentaciones, dos los ofrecimientos que la Vírgen hizo de sí misma al Señor. La primera fué interior, la segunda exterior; la primera, invisible á los hombres y solamente conocida de Dios; la segunda, á la vista de los sacerdotes y del pueblo de Israel. Si la segunda de ambas presentaciones, de ambos holocaustos, tuvo lugar en el Templo de Jerusalén cuando María contaba la edad de tres años, la primera se verificó en el instante mismo de su concepcion. En efecto; María, aunque hija de Adán, no vino al mundo como los demás hijos del primer padre, puesto que fué, en cierto modo, santificada aún ántes de que fuese concebida. De donde se quiere colegir que con, el primer impulso dado por su corazon inmaculado en su misma concepcion, se elevó al místico beso de la contemplacion, al néctar suavísimo que hace bienaventuradas á las almas. Así, pues, dotada desde entónces de una razon clara, perfecta, é ilustrada de un modo sobrenatural, conoció quien era y de quien recibía la vida y la gracia; desde entónces, hallándose en condicion de disponer de sí misma, se consagró al Señor. Por consiguiente, el dia de su presentacion al Templo no fué, propiamente, el dia de su holocausto. Entónces, no hizo más que ratificar la obligacion hecha ya en el seno de su madre; confirmar con una ceremonia exterior la obligacion contraida ya con el primer latido de su existencia. ¿Y qué lengua podría expresar toda la belleza de este ofrecimiento? ¿qué elocuencia podría narrar toda la sublimidad de esta presentacion?... ¡Oh Templo augusto de Jerusalén! ¡oh sagrados altares de la bendita casa! ¡oh muros en cuyo interior descendió, el Altísimo en sus misericordias! ¿qué podríais referir? ¿Qué podríais contar sacerdotes, levitas y cuantos presenciasteis este espectáculo tiernísimo? Visteis que María elevaba al Cielo sus inocentes manos; visteis que derramaba su corazon delante del Dios vivo; pero solo los ángeles pudieron ver que no hubo jamás oblacion más solícita y más pronta; solo Dios pudo contemplar aquellas virtudes, que, ocultas á los ojos de los hombres, la hacian más acepta y agradable á los suyos.

(1) Psalm. XV, 5.

Esta oblacion fué inmensa, ilimitada, universal, puesto que María se consagró toda á Dios, y su ofrecimiento fué entero. Efectivamente; considerad, amados hermanos, cualquiera parte de la vida que la criatura puede inmolar á su Criador, y vereis que María había inmolado al Criador todas las partes de su vida. Tenemos en la vida la parte civil, la parte natural y la parte intelectual; y María, en su presentacion, ofreció al Señor en holocausto las tres partes de que consta la vida Ofreció la parte civil, pues, no obstante ser de hermoso rostro, proceder de noble sangre y agraciada con cualidades carísimas, adornada de singulares dotes, con alegría de corazon, con suma espontaneidad de entendimiento, y con sumo gozo de ánimo se separa de la sociedad de los hombres, abandona el hogar doméstico, se desprende de las maternales caricias, y se encierra en el Templo. Ofreció la parte natural, pues, por más que pudiese aspirar á faustísimas nupcias, é ilustre rama de la estirpe de David, ascender á los mayores honores, sin órden, sin ejemplo y sin consejo, tremola el estandarte vistosísimo de la virginidad, y Reina de las vírgenes, se consagra vírgen al Señor. Ofreció la parte intelectual, pues, aunque iluminada y profetisa, ocultando sus luces bajo las sombras de la fé, posponiendo sus obras á los sentimientos de la caridad, convirtiendo sus sentimientos en dichosos instrumentos de la gracia, subordina su voluntad á la voluntad de Dios; de suerte, que sus votos, sus pensamientos, sus deseos, sus suspiros, sus gemidos y sus afectos son todos de Dios. ¿Os parece ahora, hermanos mios, si este ofrecimiento debe llamarse el más perfecto de todos? ¿Os parece que no deba proclamarse entero, si María nada retiene para sí, é inmola ante el altar la vida civil, la natural y la intelectual, retirándose al Templo, consagrándose vírgen, y dedicándose al Señor con plena sumision de la voluntad?

Por cuyas razones yo creo, que unidos en aquel día, con respecto á María, los dos Testamentos, el Antiguo y el Nuevo, admiraron en Ella á la víctima sin mancha y sin arruga, en todo santa y en todo inmaculada. No vayais á creer ya, que al expresarme así, dé por verdadera alguna cosa ménos exacta ó ménos dudosa. Considerad vosotros mismos, hermanos mios, el sacrificio de María relativamente á los sacrificios de la ley antigua, y sin duda reconocereis, que es el más bello de cuantos se hayan ofrecido á Dios desde el principio del mundo. Consideradlo con relacion á la nueva ley, y sin vacilacion

confesareis, que es el sacrificio que más se aproxima al de Jesucristo, sacrificio infinitamente agradable al Altísimo, por ser infinitamente santo é infinitamente perfecto.

Y con relacion á los sacrificios que se ofrecian en el Templo de Jerusalén, ¿cuán imperfectas no eran las víctimas que se inmolaban en medio de olorosas fragancias de timiama y de inciensos, de ungüentos y de bálsamos? Humeaban de sangre los altares; pero era sangre de ovejas degolladas, de toros, de tórtolas y de palomas; elemento vano, que ni por sí mismo podía agradar, ni agradaba á Dios. No sucede lo mismo con el sacrificio de María. Dios quiere el corazon, y María se lo ofrece; Dios quiere fervor de espíritu, y fervor de espíritu encuentra en María; Dios no admite restricciones, ni quiere reservas, y María se lo consagra sin reservas, ni restricciones. Su ofrecimiento no es á medias, su oblacion no es imperfecta. Ella lo abandona todo, á todo renuncia. Renuncia los placeres de la tierra, los honores del mundo, y su misma libertad. Dios solo es su gozo, Dios solo es su riqueza, Dios solo es su gloria, Dios solo es su amor; y en Ella todo es víctima: víctima el espíritu, víctima el cuerpo, víctima la voluntad, víctima la memoria, víctima el corazon, y víctima que el amor santo ha consumado enteramente. No, no se ofreció de este modo Adán, cuando durante los bienaventurados momentos de su inocencia, colocado en el Paraíso terrenal, contemplaba los beneficios de que le habia colmado la mano omnipotente del Criador. No, no se ofreció de la misma suerte Noé, único justo hallado en medio de una generacion endurecida en el mal, cuando libre del universal naufragio se halló sano y salvo dentro del Arca, miéntras que todo era cubierto é inundado por las torrenciales lluvias. Tampoco se ofreció de esta suerte David, que tantas pruebas de corazon ardentísimo nos dejó en los Salmos cuando suspiraba por el Cielo (1), y deseaba alas de pájaro para volar hácia las altas esferas (2), y con tiernas y vivas aspiraciones desahogaba religiosamente el ardor que sentía en su pecho. Por consiguiente, no me hableis más, hermanos mios, de los sacrificios antiguos, que se eclipsan ante el sacrificio de María; y este sacrificio que María hace de sí misma á Dios con su presentacion al Templo es tanto más noble, cuanto el alma es más noble que el cuerpo, cuanto el corazon es más noble que los sentidos, cuanto el todo es más noble que la parte, y cuanto el Cielo es más noble que la tierra.

(1) Psalm. CXIX, 5.
(2) Psalm. LIV, 7.

Con respecto al sacrificio del Nuevo Testamento, no cabe duda que es único, y que jamás podría ofrecerse víctima más augusta, más santa, más agradable ni más excelente; porque si la dignidad de un sacrificio se mide por la condicion de la cosa ofrecida y por la persona que lo ofrece, no puede imaginarse holocausto más digno que el holocausto del Verbo divino hecho carne por nosotros, en que la cosa ofrecida y la persona oferente es el mismo Hijo de Dios, haciendo precisamente Él las veces de víctima y de sacerdote, las de sacrificador y sacrificado. Tambien bajo este aspecto es recomendable el sacrificio de María. Hasta en el sistema ordinario de la Providencia no suele pasarse de la noche al día sin alguna gradacion. Siendo así, entre las sombras y las tinieblas del sacrificio antiguo y la luz y el pleno mediodía del sacrificio nuevo debía brillar una aurora, que fuese como el preludio del mayor sacrificio. Esta aurora se ofrece en María. Antes de que el Hombre-Dios entre en el Templo para ofrecerse solamente víctima al Señor, entra en el Templo para ofrecerse víctima al Señor su futura Madre; ántes de que el Cordero divino se ofrezca para quitar los pecados del mundo, como presagio de tal ofrenda, se ofrece la inocente paloma. Por lo tanto, está claro, que así como desde que el mundo es mundo no se ha visto sacrificio semejante al de Jesús, tampoco desde que el mundo es mundo no se ha visto sacrificio igual al de María. Tambien hoy se ofrece una víctima pura, una víctima inmaculada, una víctima sin lunar, que no puede ménos de ser acepta, porque se ofrece con entera, perfecta y universal oblacion.

Oblacion, hermanos mios, no pasajera y momentánea, sinó invariable y perpétua. En efecto; María se ofrece á Dios para siempre, y su ofrenda es constante. Constante, pues, encerrada entre los muros del Templo no piensa salir más de él, no desea volver más á la casa, donde corazones tiernos y piadosísimos la amaban con tierno y piadoso amor. Constante, pues, renueva mil veces el sacrificio hecho, y otras tantas al dia se presenta á Dios como en la hora en que se le presentó al Templo por vez primera, siempre pura y fervorosa, siempre enamorada de las celestiales delicias. Constante, pues, su mente no tiene más que un pensamiento, su corazon un afecto único, su pecho un solo suspiro, y sus lábios una sola palabra, que se dirige enteramente á Dios. Su sacrificio comprendia todos los demás sacrificios: el sacrificio de la fortuna, el sacrificio de la gloria, el sacrificio de los honores, y el sacrificio de la misma reputacion, puesto que la esperanza de dar al mundo al Mesías hacía despreciable el celibato

entre los hijos de Abrahán; y todos estos sacrificios los renueva continuamente y se mantiene constantemente fiel en ellos. La obediencia, que la movió solícita á la voz del Señor, cuando la invitaba á dejar la propia morada para entrar en aquella que le indicára, no disminuyó jamás, ni se entibió en Ella el santo afecto con que había obedecido solícitamente á aquel llamamiento. De esta manera demuestra, que á Dios, el cual existe desde toda la eternidad, y el cual no puede dejar de ser por toda una eternidad, se le debe en todos los siglos honor y gloria; de esta manera Ella se muestra con toda propiedad como la esposa de los Cantares, que una vez hallado su Amado se le une con vínculos indisolubles.

Repito, hermanos mios, con vínculos indisolubles. En esta oblacion nosotros vemos, no solamente que la religion en María se adelanta á la edad, y que la gracia, sin aguardar el curso de la naturaleza, la atrae hácia á Dios, sinó que vemos tambien que María, siguiendo la religion y correspondiendo á la gracia, se dirige á Dios, se consagra á Dios, proponiéndose servirle con constante é inviolable fidelidad. No ofrece su corazon por algunos dias, ni su amor por pocos años; aquí no se encuentran límites ni reservas. El dón que hoy la Vírgen lleva al altar, es un dón ofrecido para siempre, que no querrá tomarlo de nuevo en edad más adelantada. En este día reune toda la vida, en este ofrecimiento encierra todo el porvenir. Vendrán otras estaciones, otros tiempos y otros acontecimientos; pero María será siempre lo que es hoy en el Templo de Jerusalén, constantemente dispuesta á servir al Señor, constantemente solícita en hacer su voluntad. Efectivamente; unió con voto su ofrecimiento, y bajo voto perpétuo consagró su oblacion para obligar mayormente sus afectos, para quitar al mundo toda esperanza de recobrarla, y dar á Dios un testimonio de la firmeza de su voluntad.

Atendidas estas cosas, puedo decir muy bien, que ántes ni despues de este día se ha visto otra víctima más bella, ni ofrenda más acepta. En efecto; considero la dignidad de Aquella que se ofrece, y hallándola predestinada en los eternos decretos por Madre del Altísimo, debo necesariamente afirmar, que es sublimísima. Considero la disposicion de ánimo, con que se ofrece, y hallándola libre de toda idea terrena y toda absorta en el Cielo, debo asegurar que es nobilísima. En fin, considero el mismo dón que se ofrece, y el tiempo por el cual se ofrece, y hallando que el uno es entero, y el otro perpétuo, debo confesar que ambos dones son perfectísimos. Así, pues, hermanos mios, no tendreis dificultad alguna en repetir conmigo las

palabras con que he dado principio á este discurso: *Introibo in domum tuam in holocaustis*. Habeis visto á María correr hácia el Templo apénas cumplidos los tres años de edad; que entrada en el Templo, nada reteniendo para sí, se consagró enteramente á Dios; y que su ofrecimiento fué para siempre, su consagracion fué por todos los dias de su vida. Por lo tanto, es preciso concluir, que María entró verdaderamente en el Templo llena de holocaustos; que por razon al tiempo en que se ofrecieron, al modo con que se ofrecieron, y á la duracion por la cual se ofrecieron, fueron de incomparable valor; mas, estas tres circunstancias realzaron de un modo extraordinario su valor y su excelencia.

¿De cuánta confusion no debe servir este ejemplo para nosotros? ¿Qué condenacion de nuestra conducta no debemos descubrir en esta enseñanza de María? María, que se ofrece á Dios en edad muy temprana, condena nuestra conducta, que queremos dar á Dios solamente los derechos del mundo y las reliquias de una vida consumida en los vicios del siglo y en los placeres de la carne. María, que se ofrece enteramente á Dios, condena nuestra conducta, que dirigiéndonos á Dios, le consagramos solamente una parte con mil reservas y excepciones. María, que se ofrece á Dios para siempre, condena nuestra conducta que, habiendo practicado la virtud por algun tiempo, volvemos á sumergirnos en las aguas encharcadas, ni somos constantes en los buenos propósitos una vez emprendidos. ¡Ah! procuremos imitar á la Vírgen en el día de su Presentacion al Templo. Sin duda que la falta de esta imitacion es el orígen de nuestros males, el principio de nuestra depravacion, y, por consiguiente, la causa de todas nuestras miserias. Imitémosla, dedicándonos enteramente á Dios, sacrificándole por entero nuestra voluntad, proponiéndonos buscarle, servirle y amarle durante todos los dias de nuestra vida. Apresurémonos á ser de Dios con ser verdaderos devotos de María, y la meditacion de la Presentacion de la Vírgen al Templo, será hoy para nosotros la fuente de nuestros gozos espirituales, y en la hora de nuestra muerte será la escala por la cual podremos subir al Cielo.

PRESENTACION DE MARÍA EN EL TEMPLO.

DISCURSO II.

Sanctificavit tabernaculum suum Altissimus.
El Altísimo santificó su tabernáculo.
(PSALM. XLV, 9.)

Estas palabras inmortales compendian las ocultas maravillas del misterio de la Presentacion de María en el Templo de su Dios, y nos recuerdan la oblacion pura y perfecta que la Vírgen hace de sí misma, yendo á consagrarse al Señor casi al salir de la cuna. La Vírgen inmaculada, tabernáculo vivo de la divinidad, vá á engalanarse con nuevas riquezas al pié del tabernáculo figurativo, y á recibir en el templo del Dios de sus padres una especie de consagracion solemne y santa, de que fué sombra profética y misteriosa la dedicacion del templo de Salomon. «El Altísimo santificó su tabernáculo.» Empero, el Dios á quien María ama mil veces másque pudiera amarle un abrasado serafin, no se dejará vencer en generosidad ni en amor. El acto por el cual vá esta Vírgen celestial á someter su existencia á la voluntad de su divino Esposo, le abrirá todos los tesoros de la gracia, y la hará dispensadora de todos los dones sobrenaturales. En premio de su heróico sacrificio habitará en su seno el mismo Dios. En la mañana de su vida fijará el Señor sus ojos y su corazon en Ella, y será el amparo de su niñez. Le dirá: «Levántate amada mia, y vén: *Surge, amica mea, et veni* (1). Escucha, hija mia, inclina tu oido y tu corazon: olvídate de la casa de tu padre y de tu madre, y mi amor descansará en tí.» (2)

Meditemos este tierno misterio de la santa infancia de María, mis amados hermanos: busquemos en él un estímulo poderoso para el

(1) CANT. II, 13.
(2) SALM. XLIV, 11.

cumplimiento de la gran ley del sacrificio, que constituye el fondo de la moral y de los consejos del Evangelio; y saquemos de este misterio, muy poco meditado, enseñanzas prácticas sobre los deberes que nos impone la divina Providencia, y de que solamente podríamos eximirnos atrayendo sobre nosotros las maldiciones del Cielo y las quejas de aquellos á cuya felicidad estamos obligados. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

En todos los actos de la vida de nuestra Señora debían rebosar las maravillas de la gracia. Preservada la bienaventurada Vírgen de la mancha que condena y mata á los hijos de Adán en el seno que los concibió, no solo fué siempre santa y siempre inmaculada, sinó que conoció y amó al autor de su sér y al Dios de su vida, desde el principio de su existencia. La Vírgen recibió en el instante de su inmaculada Concepcion el uso perfecto de la razon, para que pudiese enriquecerse de méritos, y hacer fructificar el dón sobrenatural, cooperando á las operaciones del Espíritu Santo, segun todas las potencias de su voluntad y su corazon. Por eso María conoció á Dios con una vision tan clara, tan profunda y tan excelente en el primer dia de su vida en el seno materno, que es incapáz la lengua humana de expresar los divinos resplandores que iluminaron su alma.

Así no extrañeis, hermanos mios, si esta milagrosa Niña deja la casa paterna á la edad de tres años, es decir, cuando las otras niñas necesitan los desvelos incesantes de su Madre para vivir: no os sorprenda tampoco si piensa María, desde aquella edad tan tierna, en llevar al templo del Señor un corazon que ha elegido ya por su santuario el Dios de Jacob: no os admireis si la gracia que ilumina y guia todos los pasos de la hija de Sion, la incita á inmolar los sentimientos más tiernos y dulces de la naturaleza al amor sobrenatural del Espíritu Santo, que ha hecho ya de aquella alma un paraíso de amor.

Segun una tradicion religiosamente conservada en la Iglesia, santa Ana había conseguido con sus fervorosas oraciones, que el Dios de Israel pusiera término á una esterilidad, mirada como deshonrosa por las mujeres de Judá. El Señor, que leía el corazon de la madre venerada de nuestra Señora, le concedió incomparablemente más de lo que había pedido. Ella había conjurado al Cielo que le diese un hijo, que ofrecería al Dios de sus padres, como la madre de Samuel, y aquel gran Dios la hace madre de la que quiere para Madre suya. María sabe el voto por el cual ha conseguido la piadosa Ana la cesa-

sion de su dilatada esterilidad: sabe que ha llegado la hora de apartarse de los brazos de unos padres amados con ternura; pero tambien sabe, que el amor sobrenatural encendido en su alma al soplo del Espíritu divino, vive de sacrificios, y se alimenta solamente del vencimiento de los sentimientos á veces más hondos y apreciados de la naturaleza.

Admiremos aquí la conducta de Dios sobre la augusta Madre que ha escogido para su Hijo. Quiere que las virtudes y santidad de la Vírgen inmaculada sean el fruto de sus combates y el premio de sus hazañas: la previene con una gracia inefable, es verdad; pero la santifica por su propio mérito, y quiere que pueda decir con más verdad que san Pablo al fin de su carrera: «He peleado buena pelea, y me está reservada la corona de justicia.» (1)

Santificarse por acto propio es el modo más perfecto de santificacion: así se ha de creer, que la Vírgen fué santificada de este modo. Y esta es la razon porque se reservan los sacrificios más difíciles para la naturaleza á la Madre de Aquel, que no tendrá una piedra por almohada, ni hallará otro lecho á la hora de la muerte que el patíbulo del Calvario. Segun la misma disposicion de la Providencia, el corazon de san Joaquin y el de santa Ana hubieron de pagar caro la gloria de que debía la Vírgen coronar su nombre. Sin duda los dos santos ancianos experimentaron todos los dolores y amarguras de la naturaleza cuando fué preciso obedecer la voluntad suprema, y separarse, tal vez para siempre, de una hija que poseyeron solo momentáneamente, y para llorar su pérdida. Mas la gracia, más fuerte y poderosa en ellos que la naturaleza, los hace hallar en la voluntad del Señor una resignacion digna del sacrificio de la Vírgen inmaculada.

Contemplemos con los ojos de la fé la partida de la santa familia, y confundamos nuestras almas, deseos y lágrimas con los generosos sentimientos que admiran los ángeles del Cielo en los corazones de María y de su madre. La tierra no conoce estas divinas maravillas, que no tienen nada del prestigio efímero que rodea á los hijos de nuestros grandes; pero la mirada de Dios se detiene con complacencia, á contemplar unas virtudes cuya posibilidad no sospecha aún el mundo, y cuyo heroismo no ha conocido. La hermosura de la hija del rey es interior, como dice David; y á la edad en que los otros niños no poseen aún más que los rudimentos de lenguaje y no tienen siquiera los de la conciencia, María, es llevada al Templo más

(1) Timot. IV, 7.

rica en luces que los querubines, para educarse con las doncellas que sus religiosos padres ofrecían temprano al Señor. Pero esta Niña inmortal vá al Templo con su amor, y vá á buscar la sombra y la paz del santuario, porque allí deben las tres Personas divinas adornar de gracias el tabernáculo vivo del Verbo encarnado.

Consideremos ahora, amados hermanos mios, el carácter de esta oblacion pura, de este sacrificio de la mañana, que va á consumar la bienaventurada Vírgen al pié del altar del Señor, y veamos lo que dá á su Esposo celestial. La santa Niña, ensayando con la inspiracion de la gracia que la ilumina, aquella virtud de orígen sobrenatural, aquella obediencia perfecta que celebró san Pablo con tanto entusiasmo, cuando dijo, hablando de Jesucristo: «Se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz;» sacrifica todas las potencias de su alma á la voluntad de su Criador con plena y entera libertad. Su ofrenda es pronta, completa é inmutable: sujetando su entendimiento y voluntad á los designios de la Sabiduría eterna, no tendrá jamás otros movimientos, pensamientos ni determinaciones, que aquellos cuyo motivo se funde en los placeres sobrenaturales de la gracia. Así se inmola en el altar del Señor con perfecta libertad. María, sola con Dios, podrá exclamar: «Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre. Yo hago siempre lo que agrada al corazon de mi Dios.»

Pero hay más, mis amados hermanos: la bienaventurada Vírgen consagra su alma al amor más puro, á la caridad más impetuosa y viva que se ha encendido jamás en ningun corazon. Uniéndose con todas sus potencias afectivas á la belleza eterna, la ama con un amor tan tierno, perfecto y firme, que el amor divino en que se abrasan los espíritus celestiales, no es más que una gota de agua comparada con aquel rio de vida que inunda el alma de la Madre del amor hermoso. Las cruces, los sacrificios, los santos tormentos del más puro afecto místico, y las llamas más sobrenaturales del amor divino penetran en su alma: no tienen los volcanes un fuego abrasador que pueda igualarse con el que consume divinamente el corazon inmaculado de María; y las aguas del Océano son ménos abundantes que las dilataciones de su corazon. Pasando la Vírgen purísima todos los límites conocidos del heroismo, renuncia por un juramento sagrado la honra de ser madre; consagra su carne inocente á la virtud de los ángeles; toma por único esposo á su Dios; planta al pié del tabernáculo figurativo la azucena inmaculada de la virginidad; y despliega á la sombra del santuario el estandarte bajo del cual se han de alistar todas las almas dotadas de las inclinaciones é instintos angelicales.

Cuando Adán adoró á su Dios por primera vez, y los ángeles fieles ofrecieron su primer amor al autor de su existencia; ¡cuán distantes estaban de igualar en pureza, sumision y caridad, á la que está destinada por un decreto eterno á ceñirse la corona de todos los mundos! Pero no nos detengamos en una admiracion estéril de esta ofrenda sublime; busquemos en ella un modelo perfecto de la oblacion que ha hecho de sí mismo todo cristiano á su Criador, á su Redentor, al autor de su regeneracion y justificacion sobrenatural.

Cuando derramaban sobre nuestras cabezas el agua sagrada del Bautismo, cuando renacíamos á una vida divina por la gracia que difundía el Espíritu Santo en nosotros, hicimos el sacrificio de toda nuestra existencia á Dios en cambio de esta filiacion gloriosa: nos dimos á Jesucristo; y esta donacion entera de nosotros mismos fué la condicion solemne del pacto divino que acababa de sellar la gracia. Nuestro primer sacrificio fué el de nuestro entendimiento y nuestra voluntad por la fé. Para vivir la vida sobrenatural de la gracia sujetamos todas las potencias de nuestra alma al yugo de la revelacion: prometimos no tener otra regla de nuestras creencias, ni otro árbitro de nuestros pensamientos, ni otro juez de nuestra conciencia que la Iglesia de Jesucristo, columna firmísima y fundamento de la verdad, como dice el Apóstol; ligamos nuestra libertad y nuestra vida entera con las ataduras sagradas de las leyes del Evangelio, ó más bien, buscamos nuestra emancipacion de las pasiones y errores en la honrosa y suave dependencia de la voluntad divina, cuya más sublime y perfecta expresion es el Evangelio interpretado por la Iglesia; nos hemos impuesto esta ley como el paladion de la libertad del hombre espiritual contra el despotismo del hombre carnal; hemos contraido el empeño público y solemne de crucificar nuestras concupiscencias, y desprendernos del ciego amor de las cosas presentes, para unir nuestra alma á los bienes invisibles porque son eternos; y hemos tomado al Cielo y á los ángeles por testigos de que al recibir el carácter augusto de hijos de Dios, haríamos en nuestros cuerpos regenerados una vida del todo celestial y espiritual. ¿Y habeis santificado esta oblacion del Bautismo, amados hermanos? ¿Habeis sido fieles á ella? ¿Es ese el carácter de vuestra vida? Preguntaos á vosotros mismos: ¿qué habeis dado á Dios cuando Él se daba á vosotros por el gran sacramento de vuestra regeneracion? ¿qué ha recibido en cambio del dón inefable por el cual vino á ser Padre vuestro y vosotros hijos suyos? ¡Ah! el sacramento de vuestra gloria se ha convertido en vuestra ignominia, y la diadema de vuestro reinado espiritual se os

ha caido de la cabeza, que tal vez lleva ahora el yugo de hierro impuesto por las pasiones á sus esclavos.

Añadiré, que el sacrificio de María en el dia de su presentacion en el Templo es un modelo acabado del sacrificio que consuma la vírgen cristiana á los piés del Señor, cuando hace profesion de los consejos evangélicos y elige á Jesucristo por esposo. Por el voto de una obediencia perpétua é irrevocable, inmola la vírgen cristiana su voluntad y hasta su juicio en el altar del sacrificio: mata, degüella, si me atrevo á decirlo así, su voluntad carnal, para poner el principio, la regla inmutable y el móvil supremo de ella en la voluntad y beneplácito de su Dios: declara al pié de los santos altares, que su vida entera no será en adelante más que un acto incesantemente renovado de su mision y dependencia.

Mas no para ahí: por el voto solemne de una pobreza evangélica renuncia toda propiedad de los bienes terrenos, y abrazando con amor la gloriosa librea del divino Rey de los pobres, no quiere amar ya más que los bienes de la gracia, únicos dignos de la codicia celestial de un alma que conoce á Jesucristo. Por fin, hermanos mios, (y este es el último rasgo de semejanza del sacrificio de la vírgen cristiana con la oblacion pura de la Vírgen santísima en el Templo de Dios de Israel), la esposa de Jesucristo, á quien convidan á la perfeccion los suaves aromas de la castidad evangélica, contrae el empeño público y solemne, de tener su cuerpo en una dependencia tan absoluta de la gracia, que vivirá en este tabernáculo de carne como si estuviera dotada su alma del dón celestial de una vida angélica. Una vez consumado este voto triple, la vírgen cristiana ha muerto para el mundo, para su familia, y para sí misma; se ha crucificado en la cruz de Jesucristo, segun el pensamiento evangélico de san Pablo; entra entónces como María en el Templo donde quería darse á Ella sin limitacion ni reserva el Amor eterno; habita con su divino esposo en la cumbre del monte santo; y así reproduce una imágen, aunque imperfecta, del misterio de la presentacion de María en el Templo de Jerusalén.

Estamos tan poco acostumbrados á los bienes sobrenaturales de la gracia, que no comprendemos su precio ni sus efectos maravillosos. Hemos dicho, que la Vírgen santísima recibió en el primer instante de su sér una gracia de tan alto precio, que era incomparablemente superior á todos los dones sobrenaturales otorgados á los ángeles y á los hombres. En efecto; María recibió, desde el principio de su existencia, una gracia proporcionada al órden supremo de la Mater-

nidad divina á que estaba predestinada. Pero, esta primera gracia, ese talento no fué estéril en su corazon inmaculado: la Vírgen lucró y traficó con él tan fielmente, que cada virtud duplicó el tesoro de que era depositaria.

Hay más; porque enseñan célebres teólogos, que el alma enriquecida del dón de la gracia santificante, correspondiendo plenamente á las gracias actuales que recibe, produce siempre un acto de virtud igual en intencion y mérito al hábito de gracia que hay en ella; de suerte, que cada acto libre de su voluntad excitada, prevenida y sobrenaturalizada por la gracia del Espíritu Santo, duplica la suma total de los méritos adquiridos al tiempo en que iba á producirse un nuevo acto. Sentado este principio, midamos, si somos capaces de ello, la progresion múltiple é incesante de los méritos de la Vírgen santísima, desde su inmaculada Concepcion, hasta el dia en que se encarnó el Hijo de Dios en su seno. La primera gracia recibida por María en el instante de su purísima Concepcion, sobrepuja sin medida la suma de todas las gracias recibidas por los ángeles y los santos. Pero, todo acto de virtud producido por la voluntad libre de la Vírgen santísima implica el hábito de virtud que hay en ella; luego, la primera virtud practicada por María dobló la medida. Esta primera multiplicacion lo fué por un segundo acto de su voluntad, ó por una segunda virtud: un tercer acto triplicó estas riquezas; y así se procedió de una multiplicacion en otra hasta un grado que solo Dios sabe. Figuraos, mis amados hermanos, el inmenso Océano duplicándose en profundidad, anchura y extension á cada flujo y reflujo, y tendreis alguna idea de los incrementos múltiples del océano sobrenatural abierto en las entrañas de nuestra divina Reina. ¡Oh! ¿Quién penetrará en este santuario hermoseado por la gracia? ¿Quién nos hará comprender toda la verdad de esta expresion del real profeta: «El Altísimo santificó su tabernáculo?» ¿Quién nos referirá lo que es superior á toda alabanza y admiracion? ¿Y por qué las sombras de esta vida cubrirán nuestros ojos? ¿Por qué los divinos resplandores de la gracia no llegan á nuestra mirada distraida sinó por entre las tinieblas de nuestra degradacion?

En el Templo del Señor se prepara la amante María á hacer de su seno el lugar de concurrencia de las tres divinas Personas; y durante esta parada de sublime contemplacion, adorna el Espíritu Santo el santuario virginal donde debe cumplirse el misterio del eterno amor. Los sacerdotes de Sion ven crecer aquella Niña celestial como una azucena plantada en un terreno fértil, ó como un árbol que sale de

la corriente de las aguas. Las doncellas de Israel, que habitan con Ella en el silencio del santuario figurativo, la admiran sin sospechar que es la Vírgen esperada hace cuarenta siglos. Así, el misterio de la presentacion de María en el Templo fué como el fundamento de su alto y santo destino. No olvideis, hermanos mios, que solo una educacion profundamente católica puede preparar á la sociedad y á la religion, generaciones capaces de reparar los estragos del egoismo y de la indiferencia, fruto de la educacion toda sensual y pagana. Desde la introduccion del pecado en el género humano nace el niño sin verdad y sin amor; nace en el mal, y nace violentamente inclinado á todo lo que promete un goce estéril á su alma y sentidos. La educacion debe sacar todas sus potencias morales del sueño de muerte en que estaban sumergidas, y fecundar todas las semillas de verdad y vida que había depositado el Bautismo en su corazon. Es preciso, pues, que el niño cristiano sea educado en el templo, es decir, que el catolicismo solo dirija el cultivo de su inteligencia y la educacion de su alma, la perfeccion moral, y aún física de toda su existencia.

Ahora bien, hermanos mios; ¿es cristiana la educacion que recibe el niño en el santuario de la familia? ¿Es esta para él como un templo sagrado, en que todo habla á su entendimiento y á su corazon de la verdad y los deberes que de ahí emanan? Los primeros resplandores que alumbran su entendimiento, ¿son el reflejo de aquella máxima del real profeta: «La declaracion de tu palabra ilumina el entendimiento y dá la sabiduría á los pequeñuelos?» Los primeros pasos que anda en el mundo moral, ¿son guiados por la antorcha que ha puesto la Iglesia en las manos de una madre cristiana al darle la fé? «Tu palabra es la antorcha que guía mis pasos, es la luz que ilumina las sendas de mi alma.»

No hablo aquí, hermanos mios, de la instruccion pública; pero decidme: ¿por qué principios y con qué máximas preparais la primera niñez á los deberes que la aguardan, y á las únicas virtudes que constituyen el hombre moral y religioso, el verdadero cristiano? En el momento en que os separais de estos queridos hijos para encomendarlos, frecuentísimamente, á manos indignas porque son mercenarias, ¡cuántos, cuántos hay que solo han recibido lecciones de egoismo debajo del techo que los vió nacer! Estas tiernas plantas, injertas en Jesucristo, han vuelto á caer en un egoismo salvaje, y una sávia toda pagana ha sustituido á la gracia que había derramado el Espíritu Santo en su corazon.

Madres cristianas, imitad el ejemplo que os dá en este dia la san-

tísima Vírgen: ofreced al Señor los hijos que habeis dado al mundo: llevadlos desde temprano á su templo; y no olvideis jamás, que la existencia que recibieron de vosotras sería un dón funesto, si bajo la influencia mortal de vuestros escándalos é indiferencia aprendiesen á vivir sin las virtudes cristianas, únicas que dán al hombre la conciencia de la verdad, el amor del bien, el sentimiento del deber, y los premios de la otra vida.

DESPOSORIOS DE LA VÍRGEN.

DISCURSO I.

Habitabit juvenis cum virgine.
Vivirá un mancebo con la doncella.
(ISAÍAS, LXII, 5.)

Con inefable consuelo de su corazon, grande aprovechamiento de su espíritu, é inimitable edificacion de las compañeras y de los mismos sacerdotes, vivía María en el Templo del Señor, cuando aquellos bajo cuya tutela estaba, determinaron darle un esposo. La tierna flor de la raíz de Jesé, la hija de David, no era libre de negarse al matrimonio. Ni los hebreos hubieran tolerado en Ella la esterilidad, el oprobio; ni los de su familia, por todos los tesoros del mundo, hubieran renunciado á la esperanza de contar un dia entre ellos al libertador de Israel.

Y si María se había consagrado vírgen al Señor, ¿cómo podía condescender jamás á una determinacion, que le hacía imposible la continuacion de su voto más querido? Algunos han dicho, que Ella se defendería largo tiempo, y suplicaría humildemente á las personas de las cuales dependía, que la permitiesen permanecer en el Templo, libre de todo lazo, excepto el de Dios. Está fuera de duda, que María estaba dispuesta á rehusar todo honor, toda gloria, todo bien, ántes que menoscabar en algun modo el ofrecimiento hecho ya al Señor, y perder la flor de su integridad virginal. Pero aquella suprema voz que le había mostrado cuanto gustaba al Rey de los Cielos las flores virginales, aquella misma la aseguró, que con seguir el uso de su nacion y con inclinar la cabeza á la voluntad de los de su familia, no resultaría en menoscabo de su profesion ni de su voto.

Efectivamente; el desposorio de María tiene á la vez algo de comun y algo de extraordinario; algo de comun, por tratarse de un desposorio verdadero y propio como todos los demás desposorios;

tísima Vírgen: ofreced al Señor los hijos que habeis dado al mundo: llevadlos desde temprano á su templo; y no olvideis jamás, que la existencia que recibieron de vosotras sería un dón funesto, si bajo la influencia mortal de vuestros escándalos é indiferencia aprendiesen á vivir sin las virtudes cristianas, únicas que dán al hombre la conciencia de la verdad, el amor del bien, el sentimiento del deber, y los premios de la otra vida.

DESPOSORIOS DE LA VÍRGEN.

DISCURSO I.

Habitabit juvenis cum virgine.
Vivirá un mancebo con la doncella.
(ISAÍAS, LXII, 5.)

Con inefable consuelo de su corazon, grande aprovechamiento de su espíritu, é inimitable edificacion de las compañeras y de los mismos sacerdotes, vivía María en el Templo del Señor, cuando aquellos bajo cuya tutela estaba, determinaron darle un esposo. La tierna flor de la raíz de Jesé, la hija de David, no era libre de negarse al matrimonio. Ni los hebreos hubieran tolerado en Ella la esterilidad, el oprobio; ni los de su familia, por todos los tesoros del mundo, hubieran renunciado á la esperanza de contar un dia entre ellos al libertador de Israel.

Y si María se había consagrado vírgen al Señor, ¿cómo podía condescender jamás á una determinacion, que le hacía imposible la continuacion de su voto más querido? Algunos han dicho, que Ella se defendería largo tiempo, y suplicaría humildemente á las personas de las cuales dependía, que la permitiesen permanecer en el Templo, libre de todo lazo, excepto el de Dios. Está fuera de duda, que María estaba dispuesta á rehusar todo honor, toda gloria, todo bien, ántes que menoscabar en algun modo el ofrecimiento hecho ya al Señor, y perder la flor de su integridad virginal. Pero aquella suprema voz que le había mostrado cuanto gustaba al Rey de los Cielos las flores virginales, aquella misma la aseguró, que con seguir el uso de su nacion y con inclinar la cabeza á la voluntad de los de su familia, no resultaría en menoscabo de su profesion ni de su voto.

Efectivamente; el desposorio de María tiene á la vez algo de comun y algo de extraordinario; algo de comun, por tratarse de un desposorio verdadero y propio como todos los demás desposorios;

algo de extraordinario, porque es union de almas, no de cuerpos, á la cual sirve de base lo que no puede decirse de los demás desposorios; la preciosa excelencia de la virginidad. A esto sin duda se refería Isaías con profética mirada, cuando hablando del tiempo de la venida del Mesías, entre otros de los prodigios enumerados, decía: *Habitará un mancebo con la doncella.* Aquí hay, en verdad, la union de un hombre con una mujer, lo cual es comun en todo desposorio; pero aquí tenemos tambien, que esta mujer unida en matrimonio con un hombre, no pierde y conserva la cualidad de vírgen, que es la parte extraordinaria de este desposorio. Así pues, debiendo en la alegría de la solemnidad de este dia hablar de este desposorio, señalaré precisamente lo que hay de comun y extraordinario en él, con la seguridad de que vosotros mismos, siguiéndome con vuestra benévola atencion, hallareis plenamente verificado en este discurso el vaticinio de Isaías: *Habitabit juvenis cum virgine.* Saludémosla ántes con el arcángel. A. M.

El desposorio de María tiene de comun, que fué verdadero y propio, como otro cualquiera. Resuelto su matrimonio, que por su belleza personal y por su esmerada educacion, por su ilustre nacimiento y por la alcurnia de su familia, era un partido envidiable é ilustre, se pensó en escoger el esposo de entre los muchos que podian pretender su mano. ¿Cuál fué éste? Ninguno de aquellos que llamaban la atencion por su gallardía y su valor; ninguno de aquellos que poseían fértiles campos y bosques de olivos; ninguno de los más renombrados comerciantes, ni de los más ilustres capitanes de Israel; sinó un hombre de la plebe, que se procuraba el pan con el sudor de su rostro, José, el carpintero de Nazareth. No hablaré ahora de cuanta fuese la humildad de María, que acostumbrada á ocuparse en elegantes labores, y á vivir en medio de los perfumes, de los cánticos y de las preciosas magnificencias de la santa morada, no titubeó en abrazar la vida oscura y penosa del pobre artesano que se le presentaba como esposo; ni de cuanta fuese la virtud de José, que elegido por esposo de la Reina de los ángeles, si no poseía campos ni viñas debía poseer indispensablemente tesoros de gracia y santidad. Paso por alto todas estas circunstancias, y solamente, segun he dicho, demostraré verdadero y propio el desposorio de María.

Esto aparece claramente en el Evangelio. ¿Qué palabras no se leen, efectivamente, en aquellas páginas? Se lee, que fué enviado el arcángel Gabriel á una vírgen desposada con un varon llamado José

(1). Se lee, que José se trasladó á Belén para hacerse inscribir con María, su esposa, en los públicos registros (2). Se lee, que habiéndose María desposado con José, se vió en cinta por virtud del Espíritu Santo (3); cuya palabra *desposada*, varias veces repetida, cuando se trata de los desposorios de María y de José, indica sin la menor duda, que el suyo fué un verdadero y propio desposorio.

Y que lo fué se infiere tambien de los nombres de marido y de mujer que emplean los Evangelistas, cuando hablan de José y de María. Así, cuando se trata de la série de los antepasados de que descendió Jesucristo, segun la temporal generacion, dice San Mateo, que Jacob engendró á José esposo de María, de la cual nació Jesús (4); y cuando se trata de la angustiosa vacilacion que atormentó la grande y piadosa alma del Patriarca por el preñado de María, que no sabía fuese virgineo, y no podía creer fuera obra de varon, el mismo San Mateo dice, que José su marido, siendo justo, no queriendo exponerla á la infamia, trató de dejarla secretamente (5). Y así como se usa la palabra de marido tratándose de José, tambien se emplea la palabra de esposa tratándose de María. De esta misma palabra se sirve el Evangelio cuando, hablando del arcángel aparecido en sueños á José para calmar sus temores, y poner fin á la consternacion de que estaba poseido el santo, le dice: No temas de admitir contigo á María tu esposa (6); y de ella se sirve tambien cuando despues de haber dicho, que José, despertado del sueño y reconocida la vision por cosa verdaderamente divina, se aplicó luego á cumplir fielmente lo que Dios le ordenaba por medio del celestial mensajero, añade, que recibió á su esposa María (7). Si los Evangelistas, hablando de José, le llaman esposo de María, y hablando de María, la llaman esposa de José, resulta con toda evidencia, que el desposorio de María y de José fué verdadero y propio.

Por tal le reconocieron los Hebreos, los cuales, ignorantes del misterio, consideraron siempre á Jesús como hijo de José, y á José como á su padre. En efecto; sabemos por San Mateo, que cuando Jesús enseñaba en las sinagogas, los oyentes estupefactos se preguntaban: ¿de dónde le viene á este tanta sabiduría? ¿no es hijo de un artesano?

(1) Luc. I, 26.
(2) Luc. II, 5.
(3) Math. I, 8.
(4) Math. I, 16.
(5) Math. I, 19.
(6) Math. I, 20.
(7) Math. I, 24.

¿no es su madre aquella que se llama María (1)? Sabemos por San Lucas, que, habiendo descendido sobre él el Espíritu Santo en forma corporal como una paloma, Jesús empezaba á contar unos treinta años, hijo, segun se creía, de José (2). Sabemos por San Juan, que, enseñando Jesús doctrinas muy sublimes, escandalizados los Judíos se decian mútuamente: ¿No es este aquel Jesús hijo de José, cuyos padres conocemos (3)? No puede negarse, pues, que Jesús era considerado entre los Hebreos como hijo de José, y que José era reputado como padre de Jesús. Ahora bien; esta comun opinion, aunque falsa, es siempre para nosotros una prueba de lo que nos hemos propuesto demostrar respecto á la verdad del desposorio entre María y José.

Hermanos mios, si quisiereis otras pruebas que os acaben de persuadir de la verdad de este desposorio, las hallareis evidentísimas en los mismos motivos de conveniencia que hicieron grato á la divina Providencia, el que Jesucristo naciese de una mujer vírgen, pero casada. En efecto; convenía que el Hijo de María no fuese rechazado como ilegítimo, y que su Madre no fuese condenada como mujer de mala fama; y hubiera así sucedido, en el caso de que el desposorio de María no hubiese sido verdadero y considerado como un desposorio propio. En primer lugar, si el desposorio de María no hubiese sido verdadero y propio, el hijo hubiera nacido con la mancha de una infamia legal, que hubiera degradado su persona y envilecido su ministerio; y en segundo lugar, si el desposorio de María no hubiese sido verdadero y propio, María, como criminal, hubiera sido condenada, en virtud de la ley, á morir apedreada. Por consiguiente, á fin de que Jesucristo no fuese despreciado como hombre de orígen expúreo, ilegítimamente nacido al mundo, y María se viese libre de la pena, en que de otra suerte hubiera podido incurrir, así como convenía que el hombre Dios naciese en la tierra de una doncella vírgen, pero desposada con un hombre, era tambien conveniente que el desposorio de esta mujer fuese verdadero y propio.

Ya comprendeis perfectamente, hermanos mios, que podría extenderme mucho sobre el particular, recordándoos las demás razones de conveniencia, aducidas por los venerables Padres de la Iglesia; sin embargo, no quiero ocuparme de ellas, pues, creo haber dicho lo suficiente para que nadie dude de la verdad del desposorio. Pero, si

(1) MATH. XIII, 54, 55.
(2) LUC. III, 23.
(3) JOAN. VI, 42.

este desposorio fué verdadero, ¿cómo afirmar de María, que, dócil al soplo del Espíritu santificador, había ofrecido el acto de religion más agradable á Dios de cuantos se habian ofrecido hasta entónces? ¿Acaso María, no era por su virginidad más pura que las estrellas, más clara que la aurora, más bella que la luna, más luminosa que el sol, y más sublime que los Angeles? ¿No había Ella con nuevo y ántes nunca oido voto, cuando la esterilidad era mirada con desprecio, consagrado la flor virginal y tremolado el estandarte gloriosísimo de las vírgenes? ¿Cómo podré, pues, asegurar, que Ella es toda vírgen, vírgen en el cuerpo, vírgen en la mente, vírgen en el aspecto, vírgen en la conversacion, vírgen en los pensamientos, vírgen en los afectos, vírgen en las palabras y en las obras, en el espíritu y en el sentido? ¿Cómo podrá aclamarse primera en la virginidad, segun San Efrén (1); con San Epifanio, gloria de todas las vírgenes (2); con San Ildefonso, Cabeza de las vírgenes (3); con San Anselmo, Madre de la virginidad (4); con San Bernardo, Capitana de las vírgenes (5); y con San Buenaventura, Porta-estandarte de las vírgenes (6)? ¿Erró, pues, San Isidoro, cuando en el libro de los oficios eclesiásticos admiró en María el tesoro de la virginidad (7)? ¿Se equivocó el Damasceno, cuando al escribir del nacimiento de María, lo celebró como tesoro de la virginidad (8)? No; no se equivocaron estos Padres; las alabanzas y elogios que tributan á María son justos. Pues ¿cuál es el misterio que se encierra en el desposorio de que nos ocupamos?

Recordad, hermanos mios, que desde el principio he dicho, que debía considerarse en este desposorio algo de comun, y algo de extraordinario y singular. Así, pues, si el haber sido verdadero y propio desposorio lo hace comun á otro desposorio cualquiera, el haberse fundado luego sobre la virginidad lo hace singular y extraordinario entre los demás desposorios. Si en él se aproximaron dos almas excelsas, fué no por simpatía de inclinacion, sinó por simpatía de virtud; si en él se aparejaron dos corazones afectuosísimos, no los aparejó la naturaleza, sinó la gracia; si en él se verificó una íntima union entre dos personas, esta union no debe atribuirse á la pasion,

(1) S. EPHREN. ORAT. DE DEIP.
(2) S. EPIPHAN. HAER. 78.
(3) S. ILDEPHONS. SERM. DE ASS.
(4) S. ANSELM. DE EX. B. U.
(5) S BERN. DE PASS. DOM.
(6) S. BONAV. IN LIT. VIRG.
(7) S. ISIDOR. de offic. eccl.
(8) DAMAS. DE NAT. V.

sinó á la religion más bella y más perfecta. De esta suerte es como se celebraron los desposorios de María y de José. La más pura de las mujeres ligó la propia suerte con la suerte del más justo de entre los hombres; pero, con ardiente fé en aquel Dios que la llamaba de un estado á otro, con segura fé y noble confianza en el varon sábio y prudente que el Cielo le destinára, Ella se abandona en brazos de la Providencia; y así como obedeció cuando el Señor la llamó de la casa de sus padres al Templo, hizo lo propio cuando la llamó del Templo á la casa de un esposo. Cuando púdica y modesta revela á José el voto que ha hecho, está cierta de que José no opondrá el menor obstáculo á su santo propósito. Y en efecto; cuando confía á aquel varon justo los vínculos que la unen al Señor, aquel justo la escucha con una sonrisa de celestial complacencia, los acepta con trasportes de santo gozo, y en el mismo instante ratifica por su parte los mismos lazos y hace el mismo voto.

Hé ahí, pues, lo que tiene de singular esta union y de extraordinario este desposorio. La virginidad está excluida de los demás matrimonios, miéntras que es solicitada en el de María y José; y en este desposorio la virginidad es formalmente solicitada, miéntras que en los otros es formalmente excluida. Suponed, amados hermanos, que María no hubiera sido firme y constante en el voto de su virginidad, entónces no hubiese sido la Madre del Hombre Dios, puesto que el Hombre-Dios debía nacer de una madre vírgen. Suponed que José no hubiera abrazado el mismo vínculo, no hubiese pronunciado el mismo voto, no le hubiese agradado el mismo propósito, en tal caso, nunca hubiera sido el esposo de María, ya que María solo podía pertenecer á un esposo vírgen. Ambos esposos estuvieron íntimamente unidos en el mismo amor por la pureza, en el mismo trasporte por la continencia y en la misma profesion de la virginidad. Por eso el Evangelista, cuando habla de este matrimonio, emplea constantemente la voz de desposorio y no el de casamiento, queriendo indicar con esa palabra, que no tuvo parte en él ninguna idea de concupiscencia, ningun pensamiento carnal.

En vista de estas consideraciones, ¿cómo podría ménos de llamarse singular este desposorio? En los otros, la sangre se mezcla con la sangre, y de dos cuerpos se forma un solo cuerpo; al paso que en éste, las virtudes se mezclan con las virtudes, la gracia se une con la gracia, de manera, que de dos espíritus se forma un solo espíritu. En los otros desposorios, el corazon de los esposos, aún siendo piadosos, justos y santos, se divide siempre entre el amor al Criador y

el amor á la criatura; miéntras que en éste los corazones, más bien que hallar un obstáculo al amor hácia Dios, encuentran mayor incentivo para entregarse á Dios con toda la vehemencia y con todo el afecto de enamorados corazones. Y es precisamente estas diferencias, hermanos mios, que en su singularidad hace nobilísimos los desposorios entre José y María.

Y de todo lo expresado se deduce fácilmente, hermanos mios, porqué se figura siempre á San José como un varon muy entrado en años y anciano. Cierto que la Iglesia no rechaza tales imágenes; cierto que la devocion cristiana suele representar de esa suerte al santo Patriarca; pero esa representacion no es porque verdaderamente al verificarse el desposorio entre él y María fuese anciano. Si uno de los motivos, por los cuales se creyó conveniente el desposorio entre José y María fué, el que ésta tuviese un compañero que la asistiese en las largas peregrinaciones á que debía someterse, y con el trabajo de sus manos y el producto de su oficio procurase los alimentos á la santa familia, no se comprende como pudiese hacerlo un anciano decrépito, que no podía entregarse á tales penosísimos ejercicios. No; no era anciano José; y si le pintan en forma de anciano, es solo para indicar su prudencia, su sabiduría, la madurez de sus consejos, y la rigidez de sus costumbres; es solo para representarnos la imágen de un hombre, en quien estaba apagado todo incentivo sensual, todo asalto de seduccion, todo fuego de concupiscencia; un hombre, que á pesar de su juventud, obraba como un viejo y muerto á la carne por milagro de gracia y de virtud.

Ahora ya habreis comprendido, amados hermanos, lo que hubo de singular en estos faustísimos desposorios. Fué un vínculo íntimo entre dos corazones; pero estrecho de suerte, que vivieron solamente en Dios, procuraron solamente la divina gloria, y dirigieron todos sus pensamientos, todos sus votos y todas sus obras al misterio altísimo de la Encarnacion del Verbo. Fué la union de dos almas llenas de fé en la palabra de Dios, llenas de confianza en las promesas divinas, llenas de celo por la gloria del Señor; y miéntras que en estas dos personas, por una parte, se notaba el mismo desprecio de las cosas terrenas, el mismo gusto por la soledad y el mismo amor por la virginidad; por otra, veíanse en estos desposados en el fuego de la celestial dileccion los mismos consejos, los mismos afectos, el mismo espíritu de oracion, el mismo deseo del Cielo, hasta los mismos actos y los mismos movimientos de la vida. Fué como un nuevo Edén, un paraíso terrenal, un Cielo terreno, donde dos séres corpóreos, más

sublimes que los ángeles, inmensamente alejados de los usos y de las inclinaciones del mundo, solo querían á Dios, solo buscaban á Dios, amaban solo á Dios, y en el mismo matrimonio solo hácia Dios se dirigían. Jamás la tierra ha visto en el curso de los siglos nada más grato, nada más hermoso, nada más sublime.

María, entre tanto, así como en su presentacion al Templo había consagrado la virginidad, desposándose con José consagra la familia. Correspondía á Ella dar saludables enseñanzas, preciosos ejemplos y santos consejos á todas las clases; á Ella correspodía iluminar é ilustrar á todos los estados. La que era la admiracion del Cielo, debía ser igualmente la maravilla de la tierra; la que servía de espectáculo de complacencia á los ángeles, debía ser tambien espectáculo de edificacion á los hombres. Y en verdad, no podía ofrecerse modelo más perfecto en el cumplimiento de los deberes inherentes al matrimonio. Así pues, sea Ella nuestra luz, nuestra guía y nuestra maestra. Siguiéndola no podremos errar; caminando en pós de Ella no podremos extraviarnos. Invoquemos su nombre en todas las necesidades, pongámonos en todas ocasiones bajo su patrocinio, imitemos sus ejemplos. ¡Cuánta será nuestra paz, cuánta nuestra felicidad si nos proponemos imitarla! Entónces los caractéres más opuestos se reconciliarán con mútuos sacrificios; entónces á los rencores y á las pretensiones sucederá una santa emulacion por lo que es bueno y virtuoso; entónces las perversas máximas del mundo no podrán introducir la discordia dentro del hogar doméstico; entónces estarán tranquilos nuestros corazones, pacíficas nuestras casas, prósperas nuestras familias; entónces... ¡Ah! vén, pues, ¡oh María! vén en medio de nosotros, vén á purificar nuestros afectos, á esclarecer nuestros pensamientos y hacernos gozar de aquella paz, que por tu mediacion se gozaba dentro de tu humilde morada en Nazareth. Dirigidos por Tí seremos salvos, y guiados por Tí seremos santos. Por tu intercesion recibiremos el bálsamo de la mansedumbre, la luz de la prudencia, el néctar de la concordia, el fuego de la caridad, y en el cumplimiento de nuestros deberes recogeremos abundantes frutos de vida eterna.

DESPOSORIOS DE LA VÍRGEN.

DISCURSO II.

Jacob autem genuit Joseph, virum Mariæ.

Jacob engendró á José, esposo de María.

(MATTH. I, 6.)

María acababa de cumplir catorce años: sus padres, á quienes Dios había llamado al seno de Abrahán, la habian dejado huérfana; pero el Señor se encargó de velar por Ella. La Vírgen se había entregado á Dios de un modo enteramente nuevo, y se había dedicado á su servicio con abnegacion absoluta. Los tutores elegidos por la aütoridad, ó mejor, por el sacerdocio, y designados acaso por Joaquin, se habian encargado de la jóven húerfana, y por punto general se cree, que pertenecieron á la santa familia de Aaron de la cual descendía la Vírgen. Por otra parte, los sacerdotes que servían en el Templo eran los tutores natos de las jóvenes huérfanas destinadas al servicio de Dios. Con este motivo se opina que este santo cargo se cometió á Zacarías, y así puede conjeturarse, atendida la santidad del padre del Precursor y el íntimo parentesco que le unía con María, la prisa que se dió por visitar á Elisabeth, y el largo tiempo que permaneció en casa de Zacarías: el techo hospitalario que por tanto tiempo prestó asilo á María, había de ser tan respetable y sagrado como el techo paternal, segun las costumbres estrictamente observadas entre los hebreos.

Pues bien; los hebreos tenían la costumbre, de que llegando las jóvenes á edad para casarse, les buscaban esposo; y, segun asegura el Apóstol, era una ignominia para las que pasaban de la edad no haber contraido matrimonio. Por otra parte, la ley prohibía á las jóvenes acogidas en el Templo permanecer en su asilo al llegar á la

sublimes que los ángeles, inmensamente alejados de los usos y de las inclinaciones del mundo, solo querían á Dios, solo buscaban á Dios, amaban solo á Dios, y en el mismo matrimonio solo hácia Dios se dirigían. Jamás la tierra ha visto en el curso de los siglos nada más grato, nada más hermoso, nada más sublime.

María, entre tanto, así como en su presentacion al Templo había consagrado la virginidad, desposándose con José consagra la familia. Correspondía á Ella dar saludables enseñanzas, preciosos ejemplos y santos consejos á todas las clases; á Ella correspodía iluminar é ilustrar á todos los estados. La que era la admiracion del Cielo, debía ser igualmente la maravilla de la tierra; la que servía de espectáculo de complacencia á los ángeles, debía ser tambien espectáculo de edificacion á los hombres. Y en verdad, no podía ofrecerse modelo más perfecto en el cumplimiento de los deberes inherentes al matrimonio. Así pues, sea Ella nuestra luz, nuestra guía y nuestra maestra. Siguiéndola no podremos errar; caminando en pós de Ella no podremos extraviarnos. Invoquemos su nombre en todas las necesidades, pongámonos en todas ocasiones bajo su patrocinio, imitemos sus ejemplos. ¡Cuánta será nuestra paz, cuánta nuestra felicidad si nos proponemos imitarla! Entónces los caractéres más opuestos se reconciliarán con mútuos sacrificios; entónces á los rencores y á las pretensiones sucederá una santa emulacion por lo que es bueno y virtuoso; entónces las perversas máximas del mundo no podrán introducir la discordia dentro del hogar doméstico; entónces estarán tranquilos nuestros corazones, pacíficas nuestras casas, prósperas nuestras familias; entónces... ¡Ah! vén, pues, ¡oh María! vén en medio de nosotros, vén á purificar nuestros afectos, á esclarecer nuestros pensamientos y hacernos gozar de aquella paz, que por tu mediacion se gozaba dentro de tu humilde morada en Nazareth. Dirigidos por Tí seremos salvos, y guiados por Tí seremos santos. Por tu intercesion recibiremos el bálsamo de la mansedumbre, la luz de la prudencia, el néctar de la concordia, el fuego de la caridad, y en el cumplimiento de nuestros deberes recogeremos abundantes frutos de vida eterna.

DESPOSORIOS DE LA VÍRGEN.

DISCURSO II.

Jacob autem genuit Joseph, virum Mariæ.

Jacob engendró á José, esposo de María.

(MATTH. I, 6.)

María acababa de cumplir catorce años: sus padres, á quienes Dios había llamado al seno de Abrahán, la habian dejado huérfana; pero el Señor se encargó de velar por Ella. La Vírgen se había entregado á Dios de un modo enteramente nuevo, y se había dedicado á su servicio con abnegacion absoluta. Los tutores elegidos por la aütoridad, ó mejor, por el sacerdocio, y designados acaso por Joaquin, se habian encargado de la jóven húerfana, y por punto general se cree, que pertenecieron á la santa familia de Aaron de la cual descendía la Vírgen. Por otra parte, los sacerdotes que servían en el Templo eran los tutores natos de las jóvenes huérfanas destinadas al servicio de Dios. Con este motivo se opina que este santo cargo se cometió á Zacarías, y así puede conjeturarse, atendida la santidad del padre del Precursor y el íntimo parentesco que le unía con María, la prisa que se dió por visitar á Elisabeth, y el largo tiempo que permaneció en casa de Zacarías: el techo hospitalario que por tanto tiempo prestó asilo á María, había de ser tan respetable y sagrado como el techo paternal, segun las costumbres estrictamente observadas entre los hebreos.

Pues bien; los hebreos tenían la costumbre, de que llegando las jóvenes á edad para casarse, les buscaban esposo; y, segun asegura el Apóstol, era una ignominia para las que pasaban de la edad no haber contraido matrimonio. Por otra parte, la ley prohibía á las jóvenes acogidas en el Templo permanecer en su asilo al llegar á la

edad para poder contraer matrimonio. De acuerdo con los tutores de María, los sacerdotes habían tratado de casarla, puesto que los sacerdotes únicamente podían disponer de lo que se había ofrecido á Dios. Pues bien; siguiendo la costumbre, el gran Sacerdote anunció en público y mandó á las jóvenes que estaban en edad de casarse, que saliesen del Templo y volviesen á la casa de sus padres ó tutores para contraer matrimonio, segun estilo del país y exigencia de la edad. Todas las jóvenes comprendidas en esta disposicion del sumo Sacerdote la obedecieron, excepto María: mecida en su cuna por los ángeles, y preservada á la sombra de sus alas, mejor que bajo ninguna otra, la Vírgen predilecta del Señor hubiera podido hacer frente á todos los peligros del mundo, andar sobre áspides y basiliscos, pisotear leones y dragones, y como en otro tiempo los tres niños en Babilonia, podía conservarse sana é intacta en medio del horno abrasador del mundo. Sin embargo, quiere permanecer en el santuario: teme el mundo, y teme aún más oir hablar de contraer matrimonio.

Hé ahí pues, hermanos mios, los puntos sobre los cuales voy á exponeros algunas consideraciones, si me proporciona sus auxilios la divina gracia. A. M.

A la satisfaccion con que las jóvenes dejaban el asilo del Templo en que habían permanecido, oponíase la actitud de María, que se adelantó para excusarse de que no obedeciese con tanta solicitud la órden dada, y para pedir humildemente al sumo Sacerdote, la gracia de permanecer en el santuario. Un autor muy antiguo, citado por san Gregorio de Nicea, dice: que se resistió por largo tiempo con mucha modestia, recordando á los que estaban encargados de su educacion, que, no solo ántes de nacer la habían ya destinado sus padres al servicio del Templo, como lo cumplieron, sinó que aún ella misma había consagrado á Dios su virginidad, y de cuya consagracion se vería privada al cambiar de estado. El sumo Sacerdote, como en otro tiempo Jefté, se encontró en la mayor perplejidad é incertidumbre. ¿Cómo podía ménos de cumplirse el precepto divino, *vovéte et reddite*, cumplid vuestros votos? ¿cómo podía ménos de cumplirse un voto hecho á Dios, segun el precepto: *Redde Altissimo vota tua?* ¿cómo reprimir el deseo de una jóven, de una vírgen tan santa, cuyo nacimiento había sido anunciado con tantos prodigios, cuya cuna había favorecido el Cielo con tantos portentos; de una vírgen, que en el Templo había tenido conversacion con los ángeles, y había observado

constantemente una conducta digna de la admiracion del Cielo y de la tierra?

Por otra parte, ¿cómo se podían desatender las costumbres de la nacion, romper con las tradiciones de la Sinagoga y las prescripciones de la ley, admitiendo un voto que la ley anulaba, si no lo ratificaban los padres ó tutores? Sabido es, que en la legislacion hebrea las mujeres eran siempre menores de edad. Luego, la Sinagoga no podía comprender toda la extension de un voto tan trascendental, ni los sacerdotes acertaban á formarse otra idea que la de una simple oblacion ú ofrecimiento, que no impedía casarse á los que se habían consagrado á Dios, como lo demuestra el ejemplo de Samuel, que aunque consagrado á Dios, se casó y tuvo hijos. ¿Cómo, pues, se podía acceder á los deseos de esta jóven vírgen, de esta perla de Israel, de este hermoso retoño de Jesé, de la más bella flor de David, cuando humildemente solicitaba, en la época tan ansiada por las demás mujeres hebreas, tan solícitas en evitarse el oprobio de la esterilidad? Lisonjeada con un pasado, en que tanto menudeaban las maravillas de Dios, apoyada en los milagros que habían embellecido su cuna, y acostumbrada á la resistencia, la Sinagoga dió primero á María una respuesta que burlaba todas las tendencias angélicas, y por entónces no comprendidas de aquella alma prematura: insistió en el propósito de casarla.

¡Cuán viva inquietud debieron causar en el alma de María las inflexibles exigencias de la Sinagoga! pues si algo tenía en mucho Ella, que solo amaba á Dios, era la virginidad que había consagrado al Señor; y tanto cariño tenía á la virginidad, porque el amor le había revelado que esta virtud, fundada en la santidad, en la gracia y el amor, era agradable al Señor en grado sumo. Tan arraigado estaba en el corazon de la humilde María el deseo de conservar la virginidad, que se consideraba allí á salvo de todas las contrariedades del mundo y de sus fútiles seducciones; y aún se consideraba que no habían de poner óbice el Cielo ni sus promesas, ni habían de contrariarla los honores de la Maternidad divina; pues cuando el arcángel enviado por Dios á la Vírgen de las vírgenes irá á traerle la solemne y misteriosa embajada del Eterno, María, por temor de afectar á su virginidad, insistirá en su voto, suspenderá el dar su consentimiento, hasta que el arcángel le habrá asegurado contra todo asomo de peligro su virginidad, prenda de especial estima para su alma y tesoro sin igual de su corazon, porque forma el amor supremo y las delicias de su Dios. Pues bien; esa virginidad, ese tesoro de tanta estima para su

corazon, esa flor tan preciada que había cogido en el corazon de su Dios, temía que la tronchase la severidad de la Sinagoga, alegando contra ella la voluntad de Dios, voluntad de la que María estaba destinada á ser incorruptible custodia. De esta suerte el Señor, que había luchado con María contra la Sinagoga, luchaba con la Sinagoga contra María; el Señor que le había inspirado su angelical juramento, parecía como que se opusiese luego á su realizacion.

Dios, en sus insondables arcanos, había dispuesto, que estuviese sometida al yugo del matrimonio la que debía ser siempre vírgen, no solo porque todas las condiciones y todos los estados debían encontrar en Ella un ejemplar perfecto y un modelo de conducta, sinó porque María era una transicion entre el Testamento antiguo y el nuevo: su persona era el lazo que unía la ley de rigor y la ley de amor. María, reuniendo toda la inocencia del estado primitivo y toda la energía de la ley escrita á la luz de la ley nueva, debía tener por esposo un hombre, cuyo excelente espíritu de justicia y grandes virtudes fuesen el fruto más puro de la ley y del espíritu profético. Hija de la Sinagoga, María estaba obligada á obedecerla. Madre del Verbo, sin embargo de obedecer á la Sinagoga, debía practicar constantemente la nueva ley de la cual era el orígen. Por lo pasado, María debía estar unida á un esposo; por lo futuro debía conservar su virginidad en el matrimonio. Estas razones, empero, no eran las únicas que en los designios de Dios hacían necesario el matrimonio de la Vírgen, sinó que había muchas otras. 1.ª Segun San Jerónimo y otros Padres de la Iglesia, Dios quiso que la Vírgen fuese casada con el fin de que la genealogía de su esposo fuese para los judíos, contemporáneos del Mesías, un motivo para creer en la mision divina de Jesús; y para que los títulos de descendiente de David, Jacob y Abrahán, á quienes había hecho Dios sus promesas, fuesen para los hijos rebeldes de Israel una apelacion eterna á la verdad, ó un motivo más para su condenacion. 2.ª Dios quiso que María tuviese un esposo, para que, más adelante, en medio de su pobreza y de sus tribulaciones, en su huída, y en el ostracismo, la Vírgen y su Hijo pudiesen encontrar en él un sosten, un protector, un apoyo; pues el Hijo de Dios, en medio de su pobreza, había de recibir de sus padres el alimento diario. 3.ª En sus insondables designios la Sabiduría eterna había dispuesto el matrimonio de María, para poner el honor de la jóven vírgen á cubierto de toda calumnia, que sin duda no hubiera dejado desapercibida la ocasion de asestar sus ataques contra la obra de Dios por excelencia, y de cubrir de abyeccion la perla de los do-

nes de su amor infinito. Hé ahí como el Hijo de Dios dejó, en cierto modo, que se pusiera en duda el milagro de su nacimiento, ántes que la castidad de su Madre. 4.ª El matrimonio, no solo dejaba á cubierto el honor, sinó tambien la vida de la Vírgen, pues, si el velo de un matrimonio legítimo no hubiese salvado el honor de María á los ojos del pueblo, ese pueblo, cuyo corazon, segun dijo el mismo Dios, *era duro como un diamante*, fundándose en una ley severa é inflexible, hubiera podido apedrear á la Madre del Salvador, objeto de los deseos y de las esperanzas de tantas generaciones. 5.ª Además de poner á cubierto el honor y preservar la vida de la Vírgen, su misterioso enlace, era, segun S. Ignacio mártir, un velo con que Dios ocultaba al demonio la venida de Aquel, que debía arruinar su imperio y reconstruir sobre sus ruínas el grande y desmoronado edificio de nuestra humanidad, beneficio que iba á proporcionarnos por efecto de su misericordia y sabiduría infinitas. Tales eran los motivos divinos y providenciales ante los que debían ceder las oposiciones, las reclamaciones y la inquietud de María.

Existía entónces en Israel un hombre llamado José: era artesano, y ganaba su subsistencia con el sudor de su frente, trabajando en el oficio de carpintero. Mas para Dios, que no juzga á los hombres por vanas apariencias sinó por su corazon, era en realidad rico, era grande en la verdadera acepcion de esta palabra; tan grande, que no ha existido hombre más noble, ni más rico que José á los ojos de Dios; no ha existido otro hombre que tuviese más mérito, pureza y eminente santidad que este gran patriarca. Pues bien; el Señor iba á convertir á este pobre y humilde artesano en cabeza de su familia, en guardian de su mejor tesoro. Segun opinion general, José, adornado desde sus primeros años de una gracia especial, casi desconocida en aquellos tiempos entre los judíos, nunca había querido casarse, porque estaba resuelto á conservar perpetua virginidad. La luz que debía iluminar á todos los hombres que viniesen á este mundo, le había dirigido en semejante resolucion, y había ilustrado de antemano su espíritu; tan superior á las cosas de la tierra y á las instigaciones de los sentidos como el sol, al aparecer en el horizonte, dora con sus rayos las elevadas cumbres de los montes. Sin embargo, á pesar de la resolucion sublime que había cumplido fielmente hasta su mayor edad, presentóse junto con los demás pretendientes de su tribu, pues sin duda la Sinagoga le había llamado por ser uno de los más próximos deudos de María.

Pues bien; miéntras cada uno de los jóvenes descendientes de David,

reunidos en el Templo, hacia entusiastas votos y abrigaba la esperanza de inclinar á su favor la voluntad del Cielo, José, que conocía las sublimes virtudes de su parienta y le profesaba la mayor veneracion, era el único que se creía indigno de obtener su mano. Miéntras todos los jóvenes, en cumplimiento de lo dispuesto por el sumo Sacerdote, deponían sobre el altar sus ramos de almendro, solo José, cediendo á su humildad, tenía oculto el suyo. Por esta razon no habiéndose notado un designio conforme á la ley divina en aquel acto, el sumo Pontífice resolvió consultar directamente al Señor; y el Señor le reveló, que el destinado para esposo de la Vírgen era el que había escondido su ramo. De esta suerte fué descubierto el humilde descendiente de David; y cuando presentó su rama seca y estéril, se la vió reverdecer y retoñar en sus manos, como en otro tiempo la que devolvió y aseguró perpétuamente el sacerdocio á Araon y á sus descendientes. Y al mismo tiempo bajó del Cielo una blanca paloma, que fué á posarse sobre la flor que por virtud divina se había entreabierto. Despues de esta solemne ceremonia, los tutores de María y su familia la desposaron con José, y desde aquel momento los grandes destinos de la Vírgen quedaron unidos á los de aquel varon justo.

Segun costumbre, trascurrieron algunos meses entre los esponsales y el matrimonio de María. ¡Con qué angelical pureza debió prepararse la Vírgen para semejante enlace! Así, cuando llegó la ocasion de celebrarse el matrimonio; cuando en presencia de los sacerdotes y de los tutores, y sin duda en el Templo, donde, segun parece, continuó María viviendo, se hubo pronunciado por los dos contrayentes la palabra que es el símbolo de un juramento eterno, José y María, más que esposos, fueron, como dice el célebre Gerson, dos que unieron una virginidad á otra: *Virginitas nupsit.* La jóven dió la mano al humilde José; los sacerdotes inscribieron en las tablas anuales dos nombres por siempre venerados; el descendiente de David puso en el dedo de su desposada un anillo formado de una piedra de amatista, símbolo de fidelidad virginal. Nunca el Cielo había presenciado otro enlace tan santo ni tan digno de que lo honrase con su presencia toda la corte celestial. Fué sin duda objeto de admiracion para los espíritus bienaventurados; y si hubiese llegado á la tierra algun débil eco de las armonías angélicas, todas las pompas nupciales de este mundo, con la esplendidez y magnificencia que se presentaban en Israel, hubieran parecido pálidas y eclipsadas, y las sinfonías del Templo hubieran parecido un canto de luto. Trascurridos los siete dias que, segun costumbre, se destinaban á celebrar las bodas, José y María emprendieron el camino de Nazareth, dirigiéndose á la humilde casa de Joaquin, donde debía efectuarse en breve el gran misterio de la Encarnacion del Verbo.

Del dia eternamente memorable en que el pontífice del Dios de Israel bendijo á la Santísima Vírgen y á su fiel esposo, data la rehabilitacion de la sociedad conyugal. El inalterable acuerdo de estas dos almas levantó la union de los esposos á un elevado punto de grandeza y perfeccion. Para comprender toda la trascendencia de esta trasformacion gloriosa, basta recordar lo que había sido el matrimonio durante el período que precedió al advenimiento de Jesucristo. Cuando Dios hubo establecido la base de todas las sociedades en los comienzos del género humano, Adán, sorprendido á la vista de su compañera exclamó: Hé aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne; mas nada de esto conduce directamente á la siguiente consecuencia que se expone en el libro sagrado: El hombre dejará á su padre y á su madre, y se unirá á su mujer, y serán dos en una carne. En breve, empero, el hombre tuvo pretensiones de ser Dios; y desde aquel momento, toda la naturaleza, tan acorde y tan santa creada á su vista y bendita por amor á él, quedó manchada y pervertida por la sublevacion de su rey. La tierra fué maldecida por el pecado de Adán. Éste ya no conseguirá fruto alguno del suelo sinó con el sudor de la frente; vivirá encorvado hácia la tierra hasta que su cuerpo vaya á identificarse con ella, convirtiéndose en polvo como de polvo está formado. La mujer, que, en cierto modo, había nacido igual al hombre, quedará sujeta á él en adelante: Eva y sus hijas pagarán con indecibles dolores la satisfaccion de ser madres.

Con efecto; apénas el primer pecado hubo degradado para siempre á la naturaleza humana, empezó el imperio de la carne, de la fuerza bruta, de la industria puramente material, el reinado de las calamidades y de los dolores. Entre el pueblo judío la esterilidad de la mujer se consideraba como un disfavor extraordinario, disfavor que sobreponía y triunfaba de los celos más naturales y legítimos, de suerte, que Sara, Lia y Raquel no vacilaron en ofrecer á sus esposos concubinas escogidas entre sus esclavas, para gozar indirectamente de los honores de la maternidad. Moisés, en beneficio de la rápida propagacion del género humano, toleró la poligamia, de la que dió el primer ejemplo la maldecida raza de Caín. Temíase que el esposo que llegase á cansarse de su compañera, dejase de tener hijos; y en beneficio de la propagacion humana, se permitió á la mujer repudiada

contraer un nuevo enlace. Bajo la presion de costumbres tan humillantes, la condicion de la mujer, que tantas ilusiones forja en nuestros dias, no tenía, por decirlo así, nada de la servidumbre actual de los serrallos del Oriente, ni de esa degradacion fabulosa que la escuela del progreso atribuye de un modo pródigo á la antigüedad. Pero en los pueblos idólatras la mujer estaba en una verdadera presion. Recórranse los anales del paganismo, y en todas partes se echa de ver el profundo desprecio de que es objeto la compañera del hombre, á la que se considera como colocada en la baja esfera de una cosa, de un vil animal; en todas partes se echa de ver que se emplea la fuerza bruta para dominarla y someterla á la voluntad de su caprichoso tirano. Los pueblos progresaron en el órden intelectual; pero la mujer continuó siempre en el mismo estado, ó mejor, á proporcion que el hombre ganaba en ilustracion, la mujer, al contrario, descendía en la escala social.

El catolicismo ha restablecido la incorruptibilidad de la esposa, reprobando la idea del adulterio, la costumbre de la poligamia, y la facultad de hacer divorcio. La mujer, que en las tiendas de los patriarcas usaba la palabra mi señor, le dice ahora al hombre: hermano mio. Se ha convertido en su compañera y amiga, ha obtenido el amor moral, amor de confianza, amor duradero, en vez del amor sensual con que el idólatra pagaba casual tributo á su belleza; y la santidad, la unidad, la indisolubilidad del matrimonio, elevado á la dignidad de sacramento, eran las únicas que podían evitar eficazmente la reaparicion de las costumbres paganas. Miéntras la Iglesia, con sus previsoras disposiciones sobre la ley del matrimonio, aseguraba la proteccion moral de la esposa, la doctrina de la virginidad daba orígen á uniones más dignas todavía de admiracion, á la sombra de los ejemplos y de las bendiciones de la santa sociedad formada entre la santísima Vírgen y el más puro de los hombres. Durante la éra cristiana se han visto varios esposos, que el dia mismo de sus bodas han jurado guardar virginidad perpétua. Este rasgo característico de la influencia del culto de María, se ha reproducido con tanta frecuencia, que merece una denominacion especial para designar á las mujeres que viven con sus esposos en esa union tan casta: se las llama esposas hermanas. ¡Felices esposos cristianos, si la vida conyugal es para vosotros un estado de santidad, en que dándoos mútuamente el ejemplo de la virtud, podeis cooperar con mayor eficacia á vuestra salvacion!

¡Vírgen santa, cuya honestidad no sufrió mengua en vuestros castos

desposorios! presidid en las familias cristianas, estrechad los vínculos de los esposos, purificad sus afectos, y haced reinar en ellos aquella paz que, bajo vuestra humilde casa, difundíais como preludio de la del Cielo. Alcanzadnos á todos la gracia de imitar vuestros sublimes ejemplos, de amaros siempre, y tener despues la dicha de veros y gozaros en la mansion de las delicias eternas.

ANUNCIACION DE MARÍA.

DISCURSO I.

Creavit Dominus novum.
El Señor ha hecho una cosa nueva.
(JER. XXXI, 22.)

Cuando se han visto los portentos de la creacion, desde el insecto que se arrastra por el polvo hasta el águila que hiende las nubes; desde el grano de arena de la orilla que resiste las furias de invasoras mareas, hasta el sol, que derramando á su alrededor torrentes de luz abarca todo el horizonte; cuando se han visto los prodigios de la mano omnipotente, que con accion luminosísima superior á todo poder finito dividen el Jordán, trasladan á otro punto al profeta Elías en un carro de fuego, llenan de terror las llanuras de Egipto, y protegen de mil maneras al pueblo de Israel; cuando se han visto los símbolos que, en la admirable economía de la Providencia del eterno consejo, prometiendo un Salvador, preparaban los entendimientos y los corazones para recibir el grande cumplimiento de las diversas misericordias; cuando, en fin, se ha visto todo esto; ¿qué otra cosa puede verse más? ¿qué otra nueva cosa podría maravillarnos?

Sin embargo, unos cincuenta años despues de la éra de los antiguos profetas, apareció otro, llamado el Profeta de los gemidos y del dolor, que anunció nuevos señales y más extraordinarios sucesos. En efecto; Jeremías, ante cuyas miradas el Señor abría lo futuro, hablando de hechos fuera del alcance de toda humana inteligencia, cuyo pleno cumplimiento no podía tardar en manifestarse, decía: El Señor ha hecho una cosa nueva: *creavit Dominus novum*. Ahora bien; ¿cuál podía ser esta cosa nueva, despues de tantas otras estupendísimas, que, de vez en cuando, habían manifestado solemnemente la omnipotencia divina? ¿Qué novedad podía ser esta, despues de tantas otras novedades como se habían admirado de varias maneras, y con

creciente conmocion de ánimos en el aire, en el agua, en el fuego, en el cielo, en la tierra y en los abismos?

Tengo motivos, hermanos mios, para decir, que Jeremías, con las citadas palabras, se refería al misterio de este día. Hoy, en verdad, ocurren acontecimientos nuevos, y en el drama divino, que se enlaza y cumple en un humilde aposento de Nazareth, todo es nuevo. Aquí Dios ordena, habla el Arcángel, la Vírgen dá su consentimiento, el Verbo toma carne humana, María por obra del Espíritu Santo, que la cubre con su sombra, concibe á Aquel, que deberá ocupar el trono de David, reinar en la casa de Jacob, y reinar por toda la eternidad. Hé ahí el espectáculo que se ofrece á los atónitos ojos del extático profeta; hé ahí el por qué, no encontrando palabras adecuadas para expresarlo, exclamó: El Señor ha hecho una cosa nueva: *Creavit Dominus novum*. Pues bien, amados hermanos, meditemos tambien nosotros esta novedad, ó para expresarme mejor, esta reunion prodigiosísima de sorprendentes novedades, ya que ningun otro asunto más digno podría ocupar nuestra atencion en el día consagrado á la gloriosa Anunciacion de María. Saludémosla ántes con el arcángel: A. M.

Corrían unos cuarenta siglos desde el día infausto, en que las tinieblas de la culpa principiaron á amontonarse sobre los hijos de los hombres. Proscritos del Cielo y errantes sobre la haz de la tierra, los descendientes de Adán, en guerra unos contra otros y con las demás criaturas, yacían en el oprobio. Iban trascurriendo los años, y no aparecía aún aquella luz benéfica, que debía desvanecer piadosamente la oscura niebla en que estaba envuelta la familia humana. La promesa de la restauracion, hecha en el principio del mundo, llevada como de la mano y confirmada contínuamente por los profetas de Israel, no se verificaba; y al cabo de cuatro mil años no habían cesado los suspiros que solicitaban la deseada estacion, en que la bella hija de Sion debía trocar en gozo de la esperada libertad lo horroroso de sus antiguas cadenas. Pero, al fin, ha llegado el tiempo prometido, ha brillado el suspirado día, y van á empezar cosas nuevas.

El Profeta dijo: que los Cielos cantan las alabanzas de Dios, y que el firmamento anuncia la obra de sus manos (1). Ya no bastan, empero, estos pregoneros, cuando llega el día de la anunciacion de María. Es necesario otro enviado, se manda otro mensajero. No os figureis, hermanos mios, que fuese éste uno de aquellos que anunciaban en los antiguos tiempos la voluntad de Dios á los pueblos y á los

(1) PSALM. XVIII, 2.

poderosos de la tierra, ó alguno de aquellos Patriarcas que alcanzaron tanta celebridad, y con los cuales el mismo Dios solía conversar amigablemente. No, esto no basta. En el dia de la anunciacion de María deben verificarse prodigios nuevos bajo todos conceptos, y estas novedades se notan tambien en el mensajero que debe anunciarlas.

Y en efecto; este nuncio no es un hombre, es un arcángel. Cierto que no es una cosa nueva ver á uno de los espíritus celestiales descender del Cielo á la tierra. Dios, que es primera luz en sí mismo, para iluminarnos se sirve del ministerio de los ángeles, como de ellos se sirve tambien para librarnos de los enemigos y colmarnos de sus gracias; pero la novedad no está en la consideracion de que sea enviado un arcángel, sinó en el arcángel que se manda. No, no es un ángel de los coros inferiores, ni ninguno de aquellos á quienes está encomendado el oficio de custodiar y defender al hombre. Cuando, en otra ocasion, se trató de combatir la apostasía del terrible Lucifér, se puso en mano de Miguel la ardiente espada de la divina justicia; otra vez, cuando se trató de guiar los pasos del hijo de Tobías y librar una mujer de las asechanzas del demonio, se confía á Rafael el tesoro de la divina Providencia; pero hoy no es Miguel el enviado; hoy no es Rafael el mensajero: es uno de los sumos príncipes, es uno de los primeros coros, es Gabriel. Brilla en su majestad altísima, ante la cual queda eclipsada toda otra grandeza, se lee en sus ojos el secreto del augusto mensaje que trae; y como que no vá armado con los rayos de la indignacion divina, ni blande en su diestra la espada de la cólera celestial, es claro que viene á anunciar las celestiales misericordias: es el ángel del perdon y de la paz.

Desciende Gabriel de las altas esferas; ¿y extiende acaso sus alas hácia Atenas, ciudad ilustre por la doctrina, ó hácia Roma, ciudad célebre por su imperio? Nó; penetra en una humilde casa de Nazareth; acostumbrado á cantar en el Cielo las alabanzas eternas de Dios, dirige sus palabras á una humilde vírgen, que vive de la labor diaria de sus manos. Pero, ¿quién es esta sublime hija de reyes, que atrae las complacencias del supremo Rey de la gloria? ¿Quién es esta escogida de entre mil, esta maravilla de su sexo, esta... Inclinad vuestra cabeza, oh monarcas; postraos, oh grandes del mundo; príncipes, pueblos, naciones, besad la tierra. Bájense los ojos; inclínese la frente; dóblense las rodillas; y cuantos esteis inclinados y reverentes venerad á esta Vírgen, ya que esta Vírgen es María.

No creais, hermanos mios, que haya dicho nada fuera de propósito con esas palabras, pues, observo que el mismo arcángel Gabriel se inclina ante María, la venera y la honra; y hé ahí una sorprendente novedad. En efecto; no se lee jamás en el transcurso de cuarenta siglos, que los ángeles, en tantas de sus apariciones, se mostrasen reverentes á los hombres, por eminentes que fuesen en santidad, como los Moisés, los Jacob y los Daniel. Inmensamente superiores á los hombres, siendo por su naturaleza puros espíritus, y por su familiaridad con Dios, ministros asistentes á su trono; por la piedad de la gracia posesores de la gloria, no se inclinaban en presencia de aquellos cuyo espíritu estaba unido á vil barro, y que miserables moradores de un valle de lágrimas apénas osaban elevar la mirada al Cielo. Nunca se había visto que los ángeles prestasen obsequios á los hombres, ni hubiera podido verse jamás esto, si ántes no se hubiese hallado en el humano linaje quién fuese superior á ellos por las mismas enumeradas prerogativas. Ahora bien; lo que no había acaecido desde el principio de la creacion, lo que no se había observado en el espacio de cuarenta siglos, acontece en la casa de Nazareth. Gabriel reconoce que María le sobrepuja en grandeza, en categoría y en excelencia. Por eso se postra ante Ella, se inclina á su presencia; y en estos sus obsequios notamos una cosa nueva, una cosa jamás acontecida en todos los tiempos.

Y una cosa nueva, una cosa jamás acaecida en todos los siglos, observamos, igualmente, en las primeras palabras dirigidas por el arcángel á María. Dios te salve, la dijo, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre las mujeres. ¿Y á quien había sido dirigida jamás una salutacion de esta naturaleza? ¿Quién ha merecido jamás un elogio tan sublime? Fué como si Gabriel hubiera dicho á María: recibieron la gracia los ángeles y los hombres; pero, miéntras que los hombres y los ángeles la recibieron con cierta proporcion y cierta medida, Tú sola la posees en toda su plenitud. La gracia ha iluminado tu mente, consagrado tu corazon, santificado tu espíritu, elevado al Cielo tus pensamientos y purificado tus afectos; te ha hecho sumamente grata á Dios y absolutamente bendita. ¿No es verdad que todo es grande en esas palabras, que todo es inefable y superior á vuestro entendimiento? ¡Ah, sí! á ningun mortal había sido dirigida hasta entónces una salutacion tan magnífica; este homenaje reverente de un príncipe celestial, esta alabanza ante la cual se desvanecen todas las alabanzas más sorprendentes, y este glorioso testimonio de la amistad de Dios, encierra un misterio novísimo, un novísimo acontecimiento.

Sin embargo, hermanos mios, es tal la novedad de este misterio, es tan grande lo extraordinario de este acontecimiento, que todavía se le agrega otro aún más extraordinario y más nuevo. En efecto; el Arcángel prosigue diciendo: Tú concebirás y parirás un Hijo, que será llamado Hijo del Altísimo, al cual el Señor dará el trono de David, y reinará en la casa de Jacob, y su reinado no tendrá fin. Hé ahí, pues, un hecho novísimo, el de que una criatura dé una segunda vida al Criador; hé ahí un hecho extraordinario, el de que el Verbo eterno, autor y hacedor de todo, descienda, tome carne humana y nazca de la sangre de una vírgen. De esta suerte, María encerrará en su seno á Aquel, cuya inmensa grandeza no cabe en los Cielos; será la madre de Aquel, que existía antes que Ella, y que reposaba, desde los siglos eternos, entre los esplendores de su propia inmensidad; adquirirá legítimos derechos sobre Aquel, cuya inmensa grandeza no cabe en los Cielos; será la madre de Aquel, que es el principio de toda santidad, y en cuya presencia no son enteramente puros los mismos ángeles, ni los mismos serafines. No me hableis ahora de otras mujeres, que adquirieron mucha fama por su maternidad; por más que dieran al mundo algun ilustre Patriarca, ó consolasen á las naciones con algun esclarecido Profeta, ó, en fin, contáran entre sus hijos á alguno que en méritos, en virtud, en saber y en acciones ilustres se grangeára muchísima estimacion entre los hombres. Porque, ¿qué parangon podría establecerse entre las mujeres más ilustres y María? ¿Qué semejanza podría notarse entre María y las madres más eminentes?

María, no es solamente única porque su hijo es Dios; es tambien única porque solo Ella es madre sin dejar de ser vírgen. En tí descenderá el Espíritu Santo, la dice el Arcángel, te cubrirá con su sombra la virtud del Altísimo, tú concebirás y parirás al Hijo del supremo Señor del Cielo y de la tierra, el Hijo eterno de Dios. Con cuyas frases indicaba claramente, que Ella sería madre sin menoscabo de su virginidad. Sí; á la manera que Adán nació de tierra vírgen, tambien Cristo nació de vírgen madre; asi como el materno suelo de aquél no había sido removido por el arado, tampoco el seno materno de éste fué violado por la concupiscencia; y de la propia suerte que Adán fué formado de tierra por las manos mismas de Dios, así Cristo fué formado por el Espíritu Santo en las entrañas purísimas de María. Del mismo modo que la vara de Aaron, sin estar arraigada en el suelo, sin riego ni cultivo, ni chupar el jugo de la tierra, y de las raíces, floreció y produjo fruto contra todas las leyes de la naturaleza; así María, permaneciendo inmaculada y hecha fecunda por un milagro de la divina diestra omnipotente, dió á luz á su Hijo. Así como la estrella envía sus rayos sin propio daño, así tambien la Vírgen sin daño propio parió al Hijo; y así como el rayo no disminuye la claridad de la estrella, tampoco el Hijo menoscabó la integridad de la Madre; y del propio modo que la luz penetra el cristal sin romperlo, antes bien haciéndolo más claro y más luminoso, así el Hijo de Dios, hecho Hijo de María, no solo dejó intacto el seno de la Madre, sinó que lo ilustró todavía con candor más claro, lo embelleció con luz más bella, lo adornó con rayos más deslumbradores, cual convenía á Aquella que es esplendor increado del Sol divino.

Siendo así, ¿acaso podría dejar de llamarse un hecho extraordinario y novísimo el prodigio de ser á la vez vírgen y madre? De extraordinario y novísimo lo calificó San Agustín, quien, lleno de santa y extática admiracion, dijo: que el nacer de vírgen madre fué tal milagro en Cristo, que no podía esperarse otro mayor de la omnipotencia divina. (1). De extraordinario y novísimo lo graduó el Angélico, pues, no titubea en afirmar, que era el único milagro, con el cual Dios, queriendo hacerse hombre, podía nacer, no conviniendo á Dios otro nacimiento que el nacer de una vírgen, ni conviniendo á una vírgen otro parto que el de dar á luz un Dios (2). Y vosotros mismos, hermanos mios, considerando que únicamente María entre las madres conserva la flor de la virginidad, y solo Ella entre las vírgenes tiene el fruto de la fecundidad; considerando que de un modo no acostumbrado, con órden insólito y con insólita ley, en una misma persona y en un mismo cuerpo, el pudor de la vírgen alterna con el honor de la maternidad, y el honor de la madre alterna con el pudor de la vírgen; considerando que en Ella, la virginidad no se opone á la maternidad, ni la maternidad á la virginidad, sinó que más bien se dán recíprocamente la mano, se unen y se abrazan de manera que parecen una cosa sola; vosotros mismos, repito, no podreis menos de confesar lo extraordinario y divino de tal prodigio.

No es esto todo, exclama San Buenaventura arrobado en altísima admiracion. Es admirable, dice el seráfico Doctor, que haya tanta pureza en María; pero, aún es más admirable que sea á un mismo tiempo madre y vírgen; admirabilísimo, que su maternidad sea nada ménos que divina, engendrando un Hijo que es el Hijo de Dios. Mas lo que

(1) S. Aug. ep. ad vol.
(2) S. Thom. p. 3, 2, 28, art. I.

está fuera de nuestros alcances, lo que nosotros no sabríamos imaginar, lo que es todavía más admirable que todo eso, que parece admirabilísimo, es, que esta Vírgen, tan grande y sublimada á tanta altura, continue considerándose como una vil criatura. Y sin duda, así como es extraordinaria y novísima la dignidad á que María se ve elevada, tambien novísima y extraordinaria es la humildad con que corresponde á esta dignidad extraordinaria y novísima. Se le presenta el Arcángel, saludándola como llena de gracia, amada del Señor, bendita entre las mujeres; y Ella, al oir esta salutacion magnífica jamás dirigida á mortal alguno, se turba precisamente por creerse indigna de un elogio tan sublime. Prosigue el Arcángel diciéndola, que no tema, anunciándola su grandeza juntamente con la gloria de Aquel, que deberá ser su Hijo; y Ella se intimida de nuevo, no escudriñando, ni resistiendo, sinó exponiendo y recordando el voto de su virginal pureza; siente tan bajamente de sí, que no la conmueven los mismos honores divinos que se la ofrecen. El Arcángel le habla del nuevo milagro que deberá verificarse en sus inmaculadas entrañas, que á Dios nada le es difícil, ni imposible; y Ella, dándose el título de esclava, muestra que dá su consentimiento sin salirse de los sentimientos de la más profunda humildad, y que acepta la incomparable dignidad, á que el Señor la eleva, con incomparable sumision.

Mas, para comprender aquí cuanta fuese la humildad de María, sería preciso figurarnos el espectáculo que se le ofreció á la vista con las palabras de Gabriel. ¿Qué vió entónces? Vió que pasaba á ser madre, no de un rey del mundo, no de un profeta, ni de un patriarca ni de un caudillo cualquiera de Israel, sinó del mismo Dios de los patriarcas y de los profetas, del mismo eterno gobernador del Cielo y de la tierra, y, por consiguiente, elevada á tanta altura, que dejaba atrás á los hombres y á los ángeles. Vió, que hecha Madre del Hijo de Dios, adquiría verdaderos y propios derechos de dominio sobre la misma persona del divino Verbo, el cual pasando á ser hijo suyo, se sometía á la potestad de la misma. Vió que, llamada para ser madre del Redentor, sería acá abajo la corredentora de la perdida generacion humana; y allá en el Cielo sentada á la diestra de Jesucristo, coronada de inmortal guirnala, sería la soberana emperatriz del Universo. Ella vió todo esto, y lo vió con luz clarísima en los dichosos momentos, en que el Arcángel le hablaba de su divina Maternidad. No obstante, á tal conocimiento de su espíritu, á tal revelacion de su grandeza, á tal espectáculo de elevacion y de gloria, Ella se turba,

dobla las rodillas, inclina la frente, se anonada hasta el polvo; y no descubriendo en sí misma sinó pobreza y abyeccion, se llama esclava. ¡Ah! así como jamás ha habido ni puede imaginarse una dignidad más grande que la propuesta á María, tampoco ha existido ni puede existir humildad más perfecta que la suya.

Empero, hé aquí otra novedad, hermanos mios, puesto que la palabra de María, al mismo tiempo que es humildísima, se nos muestra rica de cierta omnipotencia. Dos veces yo oigo el FIAT; la primera vez, en los lábios de Dios, y la segunda en los lábios de María. Pronuncia Dios el FIAT, y el cielo, el mar, la tierra y toda la inmensa mole de este mundo visible sale de la nada en un momento. Pronuncia el FIAT María, y en un momento, el Inmenso, el Infinito, el Omnipotente, oculta su majestad, empequeñece su grandeza, toma en Ella forma de niño; de suerte, que Ella, con ser criatura, puede dar una segunda vida al Criador. Y bien; ¿cuál de estos dos FIAT os parece más poderoso? Sin duda que más poderoso que el que sacó de la nada al mundo es el FIAT, que hizo descender á Dios á la nada; más poderoso que el FIAT, que dió ser á las criaturas es el FIAT, que dió nueva existencia al Criador.

Ante estos prodigios, ¿no deberemos, pues, repetir, que sucedieron verdaderamente nuevas cosas en el dia de la Anunciacion de María? Fué nueva la aparicion, la alabanza y la felicitacion de uno de los primeros arcángeles; fué nueva la anunciada Maternidad, tratándose de deber ser la Madre de Dios; fué nueva la manera de esta maternidad, porque iba unida á la más cándida virginidad; fué nueva la humildad con que correspondió á esta tan sublime grandeza; y fué nueva la omnipotencia concedida en premio de esta humildad.

No tardemos, pues, en postrarnos ante una Vírgen, á cuya presencia se postran hasta los ángeles; no tardemos por más tiempo en venerar á esta Madre, que es la Madre de Dios. Han trascurrido casi dos mil años desde el dia en que Gabriel dijo: Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres; y desde aquel dia, grandes y pequeños, ricos y pobres, sábios é ignorantes, ancianos y jóvenes, rezan: Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres. El piloto cuando desafía la furia de las olas, el soldado cuando corre los riesgos del campo de batalla, el labrador cuando aguarda abundante cosecha, el desgraciado cuando no tiene quien enjugue sus lágrimas, el justo cuando pide la perseverancia, y el pecador cuando aguarda el perdon, han dicho y repiten: Dios

te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres. ¿Y qué otras palabras, hermanos mios, podríamos dirigir á la Vírgen en este dia? ¿Con qué otra invocacion podríamos hoy acudir á Ella? En que otro... ¡Ah! venid, repitamos tambien las palabras que nos ofrece el Evangelio; unamos á éstas las que la Iglesia añade; y cuando sale el sol al medio dia y cuando se vá al ocaso, desde el augusto trono del Vaticano hasta el último morador de la tierra, uno sea el grito, una la salutacion: *Ave, María.* Digámosla llena de gracia, porque bajo todas las formas y en todo estado y en todo tiempo, poseyó las espirituales riquezas, que los justos más santos y más perfectos tuvieron en determinada medida, encerrando en sí todas las maravillas grandes y antiguas, presentes y futuras: *Gratia plena.* Digámosla que el Señor está con Ella, porque Dios está con María de un modo especial, siendo muy íntima entre Ella y el Padre Eterno, que le dá su Hijo engendrado por Él desde la eternidad en los esplendores de su gloria; entre Ella y el Espíritu Santo, que desciende sobre la misma para obrar el inefable misterio de la Encarnacion; y entre Ella y el divino Verbo que toma en su seno carne humana: *Dominus tecum.* Digámosla que es bendita entre las mujeres, porque, la nueva Eva, oponiéndose á la Eva antigua por la cual nos vino la muerte, nos dió la verdadera vida: *Benedicta tu in mulieribus.*

No obstante, para hacer grato á María nuestro homenaje debemos á sus alabanzas añadir las alabanzas de su Hijo, ya que Jesucristo es siempre principio y fin de sus glorificaciones; y, por consiguiente, despues de haber dicho que Ella es bendita entre todas las mujeres, debemos añadir tambien, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús: *Benedictus fructus ventris tui Jesus.* Habiendo tributado de este modo á la Vírgen un culto de veneracion, podemos ofrecerle un culto de invocacion, llamando santa á Aquella, que es toda pura y sin mancha, á la cual Salomon vió salir como la reciente aurora, bella como la luna, escogida como el sol, cuyo candor supera la blancura de los lirios, cuya majestuosa grandeza sobrepuja la elevacion de las palmas de Cades, y cuya hermosura oscurece la belleza de las rosas de Jericó: *Sancta María.* Y llamémosla santa, pues tiene un título sumamente glorioso, un título jamás concedido y que jamás podrá concederse á ninguna criatura; un título maravilloso que constituye su grandeza, y nos ofrece á todos pruebas segurísimas de confianza, el título de Madre de su Dios: *Mater Dei.* ¡Ah! sí; muy bien podemos decir á María, que es la Madre de las gracias, la Vírgen de los consuelos, la Reina de las misericordias, la salud de los enfermos y la salvacion de aquellos cuya causa parece más desesperada; sí; podemos decir á María llenos de confianza, que ruegue por nosotros pecadores: *Ora pro nobis peccatoribus. Ruega,* la dice el Sacerdote, y la invoca propicia en las obras del ministerio; *ruega,* repite el niño, y cubierto con el manto de su patrocinio crece en años y en santidad; *ruega,* exclama el jóven, y la encuentra pronta en asistirle para poder triunfar de las pasiones; *ruega,* dice el navegante, y la descubre estrella del mar cuando más brava se presenta la tempestad; *ruega* el menestral, y la ve nube de beneficios cuando arrecia el vendabal; *ruega* el pobrecito, y de Ella aguarda en medio de la miseria valiosos socorros de proteccion y de consuelo. Así todos la rueguen, así todos la invoquen, así todos la busquen benéfica y afectuosa en los dias de la vida, en el tiempo de las enfermedades y en la hora de la muerte: *Nunc, et in hora mortis nostrae.* Sin duda que María escuchará nuestras súplicas, realizará nuestras esperanzas, nos hará experimentar los caros efectos de su amor maternal; y á nuestras oraciones, haciendo eco el Cielo y la tierra, Amen, responderán, Amen.

ANUNCIACION.

DISCURSO II.

Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbravit tibi: ideoque et quod nascetur ex te sanctum, vocabitur Filius Dei.

El Espíritu Santo bajará á tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; y lo que nacerá de tí santo, se llamará Hijo de Dios.

(Luc. I, 35.)

Estas sublimes palabras, que nunca hubiera pronunciado la lengua humana si no las hubiese traido del Cielo un arcángel, y que bastarían por sí solas para probar la realidad de un misterio inaccesible á todo entendimiento criado, expresan el modo supremo con que el Hijo único del Padre se unió personalmente á nuestra naturaleza en el sagrado seno de la vírgen María. Recojámonos, hermanos mios, con un santo temor: desprendámonos de las nubes que oscurecen la inteligencia al oir el mensajero celestial anunciar á una humilde mujer, que las miradas del Altísimo se han fijado en la belleza de su alma. «El Espíritu Santo bajará á tí, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; y el Santo que nacerá de tí, se llamará el Hijo de Dios.» Estas palabras abren á los ojos de la fé el horizonte del mundo sobrenatural: nos manifiestan la virtud infinita del Padre, la sabiduría eterna del Verbo, y su amor sustancial, trabajando por producir su más asombroso prodigio en el seno de la Vírgen inmaculada; arrebatan el pensamiento y la admiracion más allá de todas as esferas de las cosas criadas, é introducen el alma en los secretos más impenetrables del Dios tres veces santo. Y con todo eso, hermanos mios, ¿os hallais poseidos de un inexplicable asombro al figuraros el instante solemne, en que el enviado del Altísimo descubre á

María las leyes misteriosas, por las cuales va á cumplirse en Ella el acto supremo de la omnipotencia? ¡Cuán ciegos y desgraciados somos! Los menores rumores de la tierra, los sucesos más indiferentes de este mundo nos sorprenden y enajenan; y no tenemos elogios ni éxtasis al pensar, que el mismo Dios se dignó de hacerse el hijo de la mujer y el hermano del hombre. No tenemos admiracion, y quizá ni amor tampoco á la Vírgen por excelencia, que fué entre todas las criaturas la causa más activa y poderosa de la apoteósis de nuestra naturaleza y de la salvacion de la humanidad.

Meditemos por este lado las divinas grandezas de nuestra Señora, y veamos como imitando las virtudes y santidad que la prepararon para su vocacion sublime, podemos aspirar á participar, en cierto modo, de su gloria y felicidad. Pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

Es sentir comun en la doctrina de la sagrada teología, que la gracia divina formó virtudes tan excelentes, perfectas y admirables en el corazon de la Reina de los ángeles, que promovieron el acto supremo de la Encarnacion. Así, cuando exclamaba el sublime Isaías: «Lluevan las nubes al justo, ábrase la tierra y brote el Salvador (1);» pedía á Dios que enviase la Vírgen, cuya alma será el Cielo, y su seno virginal la tierra de donde saldrá el Hijo de Dios. Pero ¿con qué virtudes, en el sentido católico de la palabra, mereció la Vírgen Santísima ser Madre de Dios? El misterio de la Encarnacion, impenetrable á toda inteligencia creada, no puede ser conocido sinó por un modo de fé divina sobrenatural. Para conocerlo es preciso creerlo, y para creerlo es menester que lo revele Dios. La primera virtud con que debió prepararse la Vírgen Santísima para la gloria de la maternidad divina fué la fé, pero una fé elevada á su grado más alto y magnífico en el corazon de una criatura.

En el designio providencial de Dios, la fé de María fué, si me atrevo á decirlo así, el elemento efectuante de la generacion temporal del Verbo. María creyó en la posibilidad y verdad del dogma inefable de la unidad personal del Verbo con la naturaleza del hombre, y lo creyó con una fé tan enérgica, que no permitía á la infinita bondad resistirse á la eficacia de sus súplicas. Y hé ahí, hermanos mios, cuantos milagros se encierran en la fé heróica que canonizaba Sta. Isabel en María cuando le decía: «Tú eres bienaventurada porque has

(1) Isai. XLV, 8.

creido.» María creyó que el seno de una vírgen podía concebir y llevar á un Dios. Y como desde la edad más tierna contrajo el sagrado empeño de no tener otro esposo que el Dios de su alma, debió creer sin vacilar, que podría concebir y engendrar el Hombre Dios, revestirle de nuestra carne, y criarle con su leche virginal, sin perder el tesoro que estima en más que su dignidad misma. Abrahán, tan ponderado por su fé, creyó firmemente, miéntras tenía el cuchillo pendiente sobre la cabeza de su hijo único y muy amado, que se cumplirían en él las promesas divinas; y la Vírgen santa creyó con una fé más elevada, firme y heróica, que el Unigénito de Dios Padre sería hijo suyo, y que sin cesar de ser Dios se haría hombre el Verbo infinito. Ahí está, hermanos mios, el sumario divino de los misterios terribles impuestos á la fé de María.

El Salvador pasará tres años en fundar la fé de sus apóstoles. Su poder obrará millares de prodigios á los ojos de éstos, que serán tambien instrumentos suyos; verán todas las leyes de la naturaleza sujetas al poder de su Maestro y á su propia virtud; contemplarán á Jesucristo glorioso y resplandeciente despues de resucitado; le tocarán con sus manos, comerán con Él; y su fé será tan vacilante, que Jesús les reprenderá su incredulidad. María, por el contrario, llevará en su alma la fé de la Iglesia entera, y por ella merecerá llevar un Dios en su seno: «Tú eres bienaventurada porque has creido.» Por eso, respondiendo el Salvador á aquella mujer que exclamaba: «Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste;» dijo: «Antes bien bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan (1).» En efecto; María era ya, en cierto modo, Madre de Dios por la fé, y merecía este título sublime aún ántes de haber concebido al Verbo en su seno virginal.

Para ser digna la Vírgen Santísima de la alta honra de Madre de Dios, debía poseer, además, la humildad en un heróico grado al cual no se aproximará jamás una criatura; y ésta era, si me atrevo á decirlo, una de las condiciones más fundamentales del gran problema de la Encarnacion cumplido por el libre concurso de la Vírgen de Israel. Los santos doctores han comparado la humildad de nuestra Señora al nardo, del cual se dice (2): «Miéntras el rey estaba en el convite, mi nardo dió su olor.» La humildad de la Reina del Cielo, más suave y aromática que todos los perfumes, irá á buscar al amado de su alma

(1) Luc. XI, 28.
(2) Cant. I, 11.

en las alturas inaccesibles de su santuario, y le hará bajar al seno de la Reina de los humildes. Advertid, en efecto, mis amados hermanos, que solo la humildad más profunda podía servir de fundamento al destino supremo de María. ¿De qué se trata para esta Vírgen augusta? Ha de compartir la fecundidad de Dios mismo, y llevar en su seno un hijo que será el Hijo único del Padre celestial. Ha de ser investida de una dignidad tan alta, que, segun la doctrina de todos los teólogos, no puede haber otra que la sobrepuje: y el sér criado sobre quien se ha de levantar este edificio majestuoso, no será ni el primer espíritu, ni aún el primero y más perfecto de los hombres, sinó una pobre doncella, último vastago de una familia olvidada.

Esta doncella de Israel recibirá un nuncio celestial, el cual le dirá de parte de Dios, que las tres Personas divinas han resuelto en su eterno consejo, derramar sobre su cabeza todas las grandezas comunicables y posibles á su omnipotencia, y hacerla entrar tan adentro en la gloria, que irá á tocar los últimos límites de los secretos divinos. Ahora bien; para ser digna de semejante vocacion, es menester que la Vírgen Santísima escuche el relato de estas incomprensibles magnificencias, sin que venga á mezclarse en tan increibles revelaciones ni un pensamiento de la tierra, ni una sola reflexion sobre sí misma, ni un primer movimiento de complacencia. En una palabra, es preciso que la dichosa mortal á quien viene á buscar una gloria de tanto peso, ofrezca un abismo de humildad á un abismo de poder, y que el trono de sus grandezas sienta su inmutable fundamento en el olvido más profundo y completo de sí misma. Si en medio de una especie degradada ve Dios una criatura marcada con estos caractéres; si su amorosa mirada descubre un corazon vacío de sí mismo en esta proporcion, bajarán sus grandezas infinitas hasta aquel abismo de humildad, y el seno de la mujer más humilde será el templo, el santuario y el tálamo del Verbo eterno. Así la incomparable Vírgen se hizo digna, en cuanto podía serlo una criatura, de la honra infinita que fué el premio de su inconmensurable humildad. Entonces ocurrirán en la tierra dos cosas, ó más bien dos maravillas inauditas: Dios elevará la vírgen más humilde y modesta al trono más próximo al suyo; la omnipotencia, desplegando toda la energía de su brazo, realzará sin medida la gloria de la hija de Judá: las sillas en que se sientan los querubines, se bajarán ante la de una simple mortal; y miéntras que se verifiquen estas cosas con aplauso de los espíritus celestiales, abrirá á sus piés la mujer en quien recaigan tantas grandezas, un abismo tan profundo de humildad para ocultar sus virtudes,

que el eterno amor se verá obligado á bajar á él para sentar allí el fundamento de todas sus glorias.

La tercera condicion debía ser una pureza virginal elevada al sumo grado de perfeccion; porque, habiendo corrompido el pecado original la fuente misma de la vida, no podía ni debía el Hijo de Dios al hacerse hijo de la mujer sufrir la ley de la degradacion. Y si Dios debía nacer de una hija de Adán, solo una mujer vírgen podía aspirar á la honra de ser madre suya. Mas la bienaventurada María, sin sospechar que está predestinada para la maternidad divina, se consagró á perpétua virginidad desde la más tierna niñez; y tanto estimaba en su corazon esta virtud de orígen sobrenatural, que despues de haber oido la embajada del Cielo traida por un arcángel, puso por condicion del ministerio sagrado á que la llamaba la Sabiduría eterna, que será madre sin dejar de ser vírgen. Solo este prodigio de pureza, este milagro de cándida inocencia permitía (verificada la caida del género humano) el cumplimiento del misterio de Dios Padre; de suerte, que las inefables virtudes de María tuvieron el poder de abatir á Dios hasta el hombre, y elevar el hombre hasta á Dios.

Todavía hay más. La mujer llamada por el Consejo divino á concurrir inmediatamente al cumplimiento de la obra infinita de la Encarnacion, debía alimentar en su corazon un amor tan puro, vehemente, firme y perfecto á su Dios, que por la omnipotencia del fuego de su alma fuese á buscar el secreto de la sabiduría eterna en el seno mismo del Padre, donde estaba oculto. Era preciso, que atraido el Deseado de los Collados eternos por los extáticos suspiros y los ardientes trasportes de la Esposa de los Cantares, saliese de las profundidades de su gloria para ir á habitar en el seno de la criatura más amante y amada de todas. Es opinion comunmente admitida entre los teólogos místicos, que la Santísima Vírgen, desde el primer instante de su vida hasta el día, en que concibió al Verbo encarnado, no hizo más que invocar con sus ardientes suspiros el momento que debía consumar la union del Hijo de Dios con la naturaleza humana; y este es el sentido de aquella sublime estrofa del cántico de María: «Y mi alma saltó de alegría en Dios mi Salvador (1).» Pero ¿sabeis la parte que ambicionaba la humilde Vírgen en la obra de la eterna misericordia? Pues no quería más que el honor de ser la sierva, la humilde y fiel esclava de la Vírgen esperada por los hijos de Israel,

(1) Luc. I, 17.

é inmortalizada por la profecía del hijo de Amós. El amor del corazon inmaculado de María, más ardiente é impetuoso que la llama encendida en el corazon de un serafin, insta por el cumplimiento del misterio que debe salvar al mundo; y su humildad no le permite sospechar, que pueda codiciar otra gloria que la de estar sujeta como una sierva devota y fiel á la mujer dichosa entre todas las mujeres, cuyo seno virginal ha de ser la morada de un Dios. Por eso, uniéndose en su corazon virginal la humildad más profunda y el amor más puro, fuerza á Dios mismo, si me atrevo á decirlo así, á hacerse el hermano del hombre, para que el hombre llegue á ser el hermano de Dios.

Nosotros podemos asociarnos á la vocacion sublime de nuestra divina Madre. El Salvador dijo: «El que hace la voluntad de mi Padre, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre (1).» Así, haciendo nosotros la voluntad del Padre de nuestro señor Jesucristo, podemos tener parte en la Maternidad divina de Nuestra Señora, y contraer una fraternidad gloriosa con Cristo. En efecto; ¿cuál es el objeto final de la Encarnacion? A esta pregunta responde san Pablo con las siguientes palabras: «Dios envió á su Hijo formado de la mujer, para que nosotros nos hagamos los hijos adoptivos de Dios.» Luego, el término final de la Encarnacion es producirnos á una vida divina, á una fraternidad gloriosa con Jesús, que es el Dios bendito en los siglos. Yo soy hermano de Jesucristo por la gracia, y he sido injerto en Jesucristo en el santo bautismo.

Léanse las epístolas de san Pablo, medítese la doctrina de este sublime predicador del mundo sobrenatural, y se comprenderá, que nuestra deificacion en Jesucristo es la gran conclusion del Evangelio que predica á la tierra. «Nosotros somos, dice, una misma cosa con Cristo. Somos participantes de Cristo (2).» «Porque todos los que estais bautizados en Cristo, os habeis revestido de Cristo (3).» «Porque somos hechura de Él mismo, criados en Jesucristo en las obras buenas que preparó Dios para que caminemos en ellas (4).» «Arraigados y sobreedificados en Él (5).» Tenemos pues aquí, que por la gracia nos hemos convertido en hijos de Dios y hermanos de Cristo. Mas ¿qué añade el Salvador? El que hace la voluntad de mi Padre este

(1) Matth. XII, 50.
(2) Hebr. III, 14.
(3) Gal. III, 27.
(4) Ephes. II, 10.
(5) Colos. II, 7.

es mi madre: *Hic... mater est.* Incorporados nosotros con Jesucristo por la gracia, participamos de su sacerdocio, segun esta expresion de san Pedro: «Vosotros sois una descendencia santa, un sacerdocio real (1).» Mas el sacerdocio confiere una verdadera paternidad al que ha recibido su carácter sagrado. Así Jesucristo nos engendra á su vida divina por su sacerdocio eterno; y cuando nosotros engendramos un alma á la fé y la incorporamos á Cristo, ejercemos esa paternidad divina que se nos ha comunicado. «Porque yo os he engendrado en Jesucristo por el Evangelio,» decía san Pablo (2). Formar á Jesucristo en una alma es hacer vivir á esta alma la vida de Jesucristo. Ahora bien; así como la Vírgen purísima se hizo digna de ser Madre y Madre de un Dios, segun el sentido que hemos explicado, podemos tambien hacernos dignos de participar de su gloria y su felicidad. La fé, decíamos, hizo á María Madre del Hijo de Dios, como lo manifestó su santa prima Isabel. Nosotros no podemos llegar á ser los hermanos y la madre de Jesús sinó elevándonos al heroismo divino de su fé, si es posible. ¿Y vive Jesucristo en nosotros por la fé? ¿Estamos incorporados á Él por la gracia? ¿Somos una misma cosa con Él? ¿Trabajamos segun la voluntad divina por propagar el Reino y la Vida de Jesucristo en las almas? La Vírgen Santísima mereció la honra de la Maternidad divina por una humildad tan profunda, que solo Dios conoció y midió la extension de ella. Pues nadie puede aspirar á una fraternidad divina con Jesucristo, ni á esa fecundidad sobrenatural que comunica á las almas que viven de su gracia, sin una humildad verdadera, porque escrito está: «Si no os convirtiereis y os hiciereis como párvulos, no entrareis en mi reino (3).» Jesucristo, padre y rey de las almas humildes, no bajará jamás con su gracia á los corazones á quienes ciega el amor de sí mismos, ni pondrá nunca la corona de su gloria en aquellas cabezas altaneras á quienes embriaga el orgullo. La mansion de los escogidos no será jamás la de los hijos de la soberbia, «porque Dios resiste á los soberbios, y comunica su gracia á los humildes (4).»

La virginidad sin mancha de nuestra amable Reina robó el corazon de su amado, y como no hubo jamás una mujer más inocente y pura sobre la tierra, no hay otra que fuese más digna que Ella de la gloria incomparable de tener por hijo al mismo Hijo de Dios. La pu-

(1) I Petr. II, 9.
(2) I Cor. IV, 15.
(3) Matth. XVIII, 3.
(4) Jacob. IV, 6.

reza del alma y del cuerpo es el secreto divino para lograr que descienda á nosotros el espíritu creador de la vida sobrenatural, que hace los santos. Para ser hermano, hermana y madre de Cristo, es preciso nacer del Espíritu y unirse al Amado con los castos abrazos de la gracia. Por eso dice san Pablo: «Pues os he desposado con un solo marido para presentar una vírgen casta á Cristo (1).» El alma casta lleva en sí los gérmenes de la vida divina, y ella sola tiene derecho á la alianza celestial, que la hace esposa, hermana y madre de Jesucristo.

Finalmente, amados hermanos; la Vírgen Santísima forzó, digámoslo así, á Dios mismo con los ardientes suspiros y los extáticos trasportes de su amor á que le encomendase su secreto. El amor divino que consumía su alma, la hizo el paraíso de delicias del nuevo Adán, el cual quiso nacer allí á la vida del hombre para traernos en cambio la vida sobrenatural, la vida eterna de Dios. ¡Oh! ¡cuán indiferente es nuestro siglo al santo ardor del amor divino! ¡Cuán fatal es nuestro egoismo al amor que fecunda las almas y las eleva hasta la belleza, siempre antigua y siempre nueva, para hacerlas participantes de la vocacion sublime á que el simple amor llamó á María! Nosotros no amamos á Dios, y somos estériles: no amamos, y nuestras entrañas áridas no tienen una gota de aquella agua que sube á la vida eterna. Amemos, pues, á ejemplo de nuestra dulce Madre; amemos la belleza eterna; amemos la bondad infinita, porque el amor dá una especie de omnipotencia á la nada de la criatura; amemos, porque el amor tiene el poder maravilloso de convertirnos en hermanos, hermanas y madres de Cristo; amemos, porque el amor hizo un Dios del hombre, y de Dios mismo un Hombre Dios.

(1) II Cor. XI, 2.

VISITACION DE MARÍA.

DISCURSO I.

Pertransiit benefaciendo.
Ha ido haciendo bien por todas partes.
(HEBR. X, 38.)

Entre los oráculos con que los Profetas de Sion consolaban á las personas afligidas, se contaba aquel de que el esperado de los siglos, el suspirado de todos los tiempos, y el deseo de los Collados eternos sería generoso dispensador de universales beneficios. En efecto; veían la tierra regada por rios caudalosísimos, reverdecer ufanas plantas en las arenas del desierto, y derramarse miel y leche de las peñas; y poniendo en armonía el sonido de sus cítaras con el de las citaras de ángeles conmoverían de gozo al Líbano y al Carmelo. Y en verdad, que debía regocijarse la region desierta é intransitable, y florecer como lirio la soledad; si debían cobrar fuerzas las manos flojas y vigor las rodillas débiles, si en los collados y en los valles debía sonreir, brillando la luz de la alegría, los muchos beneficios, de que eran como símbolos y figuras los expresados sucesos, no podían ménos de infundir consoladoras esperanzas en el ánimo de los pobres y de los afligidos. Estas esperanzas no fueron vanas, puesto que Jesucristo con su venida, al mismo tiempo que acababa la prevaricacion, borraba la iniquidad, y se aparecía la justicia sempiterna, derramaba tantas gracias, que sus pasos iban acompañados siempre de contínuos beneficios: *Pertransiit benefaciendo.*

Bajo este mismo aspecto debe considerarse á María. Destinada para concebir y llevar el Salvador en sus entrañas, Ella, desde el principio, retrató en sí misma el divino modelo, de suerte, que su vida, más que la de otra criatura cualquiera, fué semejante en un todo á la del Hijo. Así como Jesucristo fué anunciado como generoso

dispensador de beneficios universales, tambien generosa dispensadora de universales beneficios apareció María; y así como Jesucristo debe ser llamado con toda propiedad bienhechor universal, tambien debe llamarse con toda razon bienhechora universal á María. Paso ahora en silencio muchos hechos que confirmarían admirablemente esta dulce verdad, pero en la alegría de la festividad de hoy no puedo ménos de invitaros, hermanos mios, á considerarla en el misterio de la Visitacion de María. En efecto; se ve en él tan claramente y con tanta magnificencia, que María es la generosa dispensadora de los más preciosos beneficios, que no se tiene necesidad de otros argumentos para saludarla, juntamente con la pública devocion, como la Madre de las gracias. Contempladla vosotros mismos, bella con toda celestial belleza, llena de toda gracia divina, objeto de particular complacencia á los ojos del Señor, elegida para ser la Madre del prometido Redentor de los hombres; consideradla vosotros mismos en su visita á Elisabeth, y sin otra razon, debereis decir de María, como se ha dicho de Jesucristo, que sus pasos fueron señalados por contínuos beneficios. Antes, empero, saludémosla con el Arcángel. A. M.

Cuando María dió su consentimiento á la divina Maternidad, fué colmada de una abundancia infinita de gracias habituales y actuales. Entónces el Espíritu Santo descendió sobre Ella; entónces la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra, y el Verbo eterno se hizo Hijo suyo. Pero, si María, ántes del día en que dió su consentimiento á la divina Maternidad, era ya llena de gracia; si ántes de aquel día era ya la celestial paloma con el ramo de la gracia y de la paz, el Iris sereno en medio de las tempestades, y el Arca más incorruptible que el oro y el cedro empleados para fabricarla; si era ya más candorosa que el lirio, y más suave que la rosa aquella de la cual dijeron tantas cosas los salmos de David y los libros de Salomon; ¿qué nueva afluencia de virtudes podía recibir? San Bernardo asegura, que ántes de dar su consentimiento á la Maternidad divina era llena de gracia, de modo, que el Arcángel la saludó como llena de gracia ántes de que hubiese dado su consentimiento; pero, que descendido ya en Ella el Espíritu Santo y hecha Madre de Dios, llena de gracia para sí misma, quedó tambien llena de gracia para nosotros (1).

Sentada esta verdad, debemos decir, que en María, una vez prestado su consentimiento á la Maternidad divina, crecieron ardentísi-

(1) S. BERN. serm. de Assump.

mas las llamas del amor santo, puesto que el santo amor es siempre relativo á la gracia; y, por consiguiente, que aquel amor que la abrasaba por la gloria de Dios, la abrasó tambien en provecho del hombre. Por esta razon, los venerables Padres de la Iglesia la llamaron con los nombres más dulces, y la aclamaron con los más tiernos títulos. Por haber sido constituida ministra de la restauracion humana, María fué llamada la paz del mundo (1); el bien de la descendencia de Adán (2) y la medicina de la tierra (3). Porque declarada mediadora entre los hombres y Dios, María fué saludada como puerto de salvacion (4), puerto de los náufragos (5) y arca de socorro en medio de las devastadoras olas de la tempestad (6); por ser nuestra Abogada y nuestra Madre, María fué considerada como maestra de las naciones (7), correctora de Eva, riqueza en medio de nuestras miserias (8), auxilio y propiciacion en medio de nuestras desventuras, aquella que aterra el Infierno, aplasta los demonios y salva la humanidad.

Ya que María en los mismos momentos en que dió su consentimiento á la divina Maternidad, asociada á los destinos reparadores de Jesús Salvador, ardió en inmensa caridad para sanar las heridas del género humano; ¿de qué manera cumplió su generosa y noble mision? Apénas oye la voz de Dios, emprende un viaje, deja su casa, abandona la tranquila soledad de los pátrios lares, se desprende hasta de los dulcísimos gozos de la contemplacion, marcha por ásperas sendas y montes desiertos; con lo cual manifiesta, que no tiene otro deseo que derramar las gracias de que está llena en provecho del prójimo, que no suspira sinó por dispensar en bien de aquellos, que reconoce como hijos tiernísimos, los dones de que es generosa dispensadora.

Se había verificado la promesa que un ángel hizo á Zacarías, de que su mujer pariría un hijo. María, que moraba en Nazareth, sabida la noticia por el mismo celestial mensajero que le había anunciado la divina Maternidad, se dirigió á la montaña para visitar á su amada prima. Nosotros, que la encontramos siempre alejada del mundanal tumulto, y formar sus delicias en la soledad; nosotros que la vemos siempre pronta á unirse más íntimamente con el Amado de su

(1) S. Epiphan. Orat. de Laud Virg.
(2) S. Greg. Nan. Or. de Chris. pat.
(3) S. Bonavent. in Carm.
(4) S. Anselm. de Prec. ad Virg.
(5) S. Bonav. in Carm.
(6) S. Bern. de ver. Apoc.
(7) S. August. Serm. 6 de Temp.
(8) Serm. Const. in Ev. Virg.

corazon, la contemplamos ahora saliendo de su casa, exponiéndose á los peligros de un fatigoso viaje, y buscando el trato social. Considerad, hermanos mios, esta conducta tan opuesta á la que hasta entónces había observado, y no podreis ménos de descubrir en Ella á la dispensadora de las gracias.

Y por de pronto, decidme: ¿cuándo María abandonó su casa para visitar á Elisabeth? Cuando en un éxtasis amoroso había ya pronunciado el altísimo consentimiento suspirado por todos los siglos, y en sus inmaculadas entrañas se había cumplido el misterio de la Encarnacion del Verbo. Por consiguiente, en un tiempo en que llevaba en su casto seno al Salvador del mundo, al Criador del Universo, al Dios de la eternidad; en un tiempo, en que tenía en sí misma la causa, el principio y el orígen de todo bien, de aquel bien que constituye la verdadera felicidad; en un tiempo, en que Ella alimentaba con la propia sustancia y acrecentaba el cuerpo del Hijo del Altísimo hecho Hijo suyo, Ella deja su soledad, su retiro, su recogimiento, y se dirige por los caminos de Hebrón, hácia la montuosa morada de Zacarías. ¡Ah! apénas se ha encarnado el Verbo, no quiere permanecer ocióso, quiere practicar el oficio de Redentor, pues, reducido por milagro de infinito amor á una incomprensible dependencia, y no pudiendo moverse por sí mismo, encerrado como está en las purísimas entrañas de la Madre, procura difundir de otro modo sus beneficios y sus misericordias. Así, pues, habla al corazon de María con secretas insinuaciones, impeliéndola á llevarle á una casa, donde se cumplian los mas grandes prodigios; y María, que había colocado toda su gloria en llamarse la esclava del Señor, á fin de que no se retarden por un solo instante los preciosos bienes y brillen cuanto ántes los prometidos días de gracias, se levanta al primer impulso y se pone en camino.

Hé ahí porque emprende un penoso viaje la púdica Vírgen de Nazareth. Si sale de su casa tan luego como el arcángel le hubo anunciado sus maravillas y las de su prima Elisabeth, no fué porque dudando del oráculo hubiese querido enterarse por sí misma respecto de aquel hecho extraordinario, ni porque llena de su gloria buscase testimonios y admiradores del prodigio obrado en Ella, ni porque aguijoneada por la curiosidad quisiese ver con los propios ojos la inesperada fecundidad de una mujer tan anciana y estéril. Un sentimiento más noble la anima, una idea más sublime la impele: es la caridad, que la hace salir de casa; es la caridad que la induce á ponerse en camino.

Pero, ¿quién podría decir cuanta fué esta caridad de María? ¿Qué elocuencia sería capaz de poner en evidencia los sentimientos que latían en su corazon? ¿Qué hombre ó que ángel se hallaría en el caso de revelar los ardientes afectos que le agitaban el alma? No faltó quien lleno de sabiduría y de amor consagrase todos sus estudios en tratar este magnífico asunto; pero se vió obligado á exclamar, que era una obra superior á toda humana inteligencia. De todos modos, debiendo yo decir algo sobre el mismo asunto, procuraré haceros algunas consideraciones, que podrán, en cierto modo, llevaros al exámen de la caridad de María en su visita á Elisabeth.

Caridad esforzada.—María, que se turbó á la presencia de un arcángel, hoy no teme confundirse en el tumulto de las calles. Nada la estorba, nada la entretiene; ni lo largo del camino que debe recorrer, ni la aspereza del viaje á que debe exponerse, ni los montes que debe atravesar, ni su mismo estado, que exigía el mayor recogimiento. Vírgen de quince años, débil, tímida, delicada y pasando la vida siempre en lo más recóndito de un solitario aposento, no le falta valor, hasta el punto de andar á pié, trepar por precipicios, y atravesar valles. ¿Cómo se explica? Qué es lo que la infunde tanto vigor en el alma? ¿qué cosa...? Es la caridad, hermanos mios, que la impulsa; y movida por la caridad, saca de ésta las fuerzas necesarias para la mision que ha de cumplir.

Caridad solícita.—María, para trasladarse donde se tiene necesidad de sus beneficios, no aguarda un tiempo más propicio, ni una ocasion más oportuna: apénas sabe por el arcángel el preñado de su prima, se apresura impaciente, no tanto para ver la esterilidad fecundada en la venerable matrona, como deseosa de comunicar al prójimo las misericordias de que Dios la constituyó depositaria. Sabiendo que el Hijo del Altísimo ha descendido del Cielo para socorrer á los hombres, quiere imitar su ejemplo; y no ignorando que lleva en su seno al autor de toda gracia y de todo bien, desea hacer partícipes de ella á la dichosa familia en que tendrá vida el Precursor del Nazareno.

Caridad humilde.—María era ya Madre de Dios, porque dado su consentimiento á la obra de la Encarnacion, el Espíriu Santo la había cubierto con su sombra, el Verbo se había hecho hombre en sus entrañas, y Ella había sido elevada á tanta grandeza, cuanta contenía la Maternidad divina. Por eso debía considerarse como un abismo de gracias, como un océano de gloria, como un mundo de riquezas sublimes, como la obra maestra de la creacion, como el honor del Cielo

y de la tierra, como la Reina de los hombres, de los ángeles y de todo el Universo. Y hé aquí que elevada á tal altura y constituida en tal dignidad, solo piensa en humillarse. En su visita á Elisabeth nosotros vemos á la Señora, que corre hácia la sierva; á la Reina, que se presenta delante de la esclava; á la Madre del Hijo de Dios, que previene á la madre del Hijo de Zacarías; á la Dominadora del mundo y la Soberana del Paraiso, que se adelanta la primera hácia aquella, cuyo nombre era citado con una especie de oprobio por la sufrida esterilidad. ¿Qué es, pues, lo que induce á María á olvidarse de su grandeza? ¿qué es lo que le llama tanto la atencion que no piensa en sus glorias?... Hermanos mios, es la caridad que la enciende, la inflama, la posee enteramente; y mueve de tal suerte á la Vírgen, que la primera en grandeza es tambien la primera en humildad.

Caridad generosa.—Para tributar un acto de afectuoso obsequio á su anciana parienta, María no hace lo que hubieran hecho en ocasion parecida las damas más aristocráticas y las reinas más galantes del mundo. Estas, todo lo más, enviarían á la persona que quisieran favorecer, alguna doncella, algun diploma, algun socorro, algun título ó alguna otra prenda de su proteccion. María no manda heraldos, no envía diplomas, ni ofrece de léjos prendas de patrocinio; sinó que se pone en camino, atraviesa los montes de la Judea, sacrifica las conveniencias de la propia dignidad, corre velozmente para prestar piadosos oficios, para asistir y servir á una mujer, que por títulos de grandeza que reuna es infinitamente inferior á Ella. Verdad es, que Elisabeth era la madre del Precursor de Cristo; pero lo es tambien, que María era Madre del mismo Cristo. Cierto que Elisabeth era madre de un enviado del Señor, como luz para preparar los ánimos á recibir la redencion; pero lo es tambien que María era Madre de Aquel, que es autor de toda luz, verdadero sol de justicia y clementísimo Redentor universal. Ahora bien; ¿de qué modo, por qué consejos la Reina se apresura á visitar á la súbdita, y la Madre de Dios corre á asistir á la madre de un hombre? Sabed, amados hermanos, que la caridad es oficiosa, amorosa y benigna, y comprendereis el motivo por el cual María, aunque muy superior á Elisabeth, no se desdeña de practicar los más humildes ministerios, ocupando su edad juvenil en provecho de su prima, en los ejercicios más repugnantes á la naturaleza, y en las fatigas más penosas.

Y esto es, precisamente, lo que hace admirable la visita de María á Elisabeth. ¡Oh amistades de la tierra! ¡oh afectos del mundo! ¿qué sois ante este ejemplo de caridad benéfica y generosa? Llenos de

frases exageradas, abundantes en afectadas cortesías, y rebosando en magníficas protestas, casi siempre sois estériles en buenas obras; y cuanto más ardientes os mostrais en las palabras, tanto más inútiles os dejais ver en los hechos. No se porta así María: Ella no habla, sinó que obra; no manifiesta su afecto con períodos retóricos, sinó con hechos benéficos. Las pruebas de su caridad son los servicios reales que presta á su prima, los deberes de asistencia que cumple para con Elisabeth, y las gracias de que llena la casa de Zacarías. ¡Oh! creo muy bien, que en aquella ocasion millares y millares de ángeles, descendiendo de las celestiales esferas en coro de fiesta, entonando alrededor de la Vírgen el cántico de Isaías, dirían: ¡Cuán bellos son los piés de Aquella que anuncia la paz y la gracia! (1)

No cabe duda que todo esto tenía efecto por obra de María. Atravesados los montes de la Judea, llegada al término del viaje, la ciudad sacerdotal donde Zacarías tenía su morada, una vez hubo entrado María en casa de éste, saludó á la mujer (2). Mas hé aquí que con las palabras de aquella salutacion Elisabeth queda de repente llena del Espíritu Santo (3). Elisabeth, amados hermanos, era buena, era justa, era piadosísima; pero no leemos que estuviese llena de esta gracia ántes del día en que la visitó María. Tambien su mente estaba ofuscada por las tinieblas, tambien su inteligencia sentíase oprimida por la ignorancia. Mas, apénas María ha traspasado el umbral de su casa, apénas ha abierto los lábios para saludarla, apénas el sonido de esta salutacion ha herido sus oídos, que en un solo instante, iluminada por una luz celestial, queda instruida en los más profundos misterios. Ve un Dios en las entrañas de María, ve cumplida la obra misericordiosa de la Encarnacion, ve próximas á ser rotas las cadenas de la ignominiosa esclavitud que hace á los hombres víctimas del Infierno. Maravillada ante la grandeza del espectáculo de que es testigo, atónita por el honor que recibe, abismada en contemplacion altísima con motivo del estupendo misterio, no pudiendo contenerse por más tiempo, alaba á la Vírgen con grandes voces. Como si hubiese oído las palabras que el arcángel dijera á María, empieza sus congratulaciones llamándola bendita entre las mujeres, y bendito el fruto de su vientre, que sin duda es el principio de todas las bendiciones, y en el cual las gentes deberán ser bendecidas.

(1) Isaías LII, 7.
(2) Luc. I, 40.
(3) Luc. I, 41.

Ni esta esperanza se refería á remotos bienes, ni se trataba solo de bendiciones prometidas para otra edad, preparadas para otro tiempo. A la santificacion de la madre corresponde la santificacion del hijo; y al paso que Elisabeth está llena del Espíritu Santo, Juan Bautista nace á la gracia ántes de nacer á la luz del día. Miserable como todos los hijos de Adán yacía el Bautista bajo el tiránico yugo del pecado original. Vestido de una naturaleza ciega, desarreglada, turbia, reácia al bien, inclinada al mal, é infestada por el letal veneno de la culpa, estaba muerto á Dios. Entre tanto, llega María á aquella casa, saluda á la madre de este niño, y por su presencia, por su palabra y por su salutacion inefable, el Bautista es totalmente otro. Limpio de toda ignominiosa mancha, colmado de todo dón celestial, tiene la mente esclarecida por sublimes resplandores, tiene el corazon inundado de santos afectos, y el alma enriquecida de la gracia santificante. Adornado con tantos bienes, iluminado por tanta luz, y honrado por tanta misericordia, él se regocija y alegra, porque reconoce á Dios, su Salvador, en las entrañas de María; de suerte, que en aquel mismo instante empieza á ejercer el oficio de precursor, segun estaba decretado en los eternos consejos. Todavía es pequeño, todavía es niño, está encerrado aún en el seno materno; y si bien no ha llegado á hombre maduro, lo es ya en cuanto á profeta.

De esta manera María, amados hermanos, es el instrumento de los primeros milagros que obra Jesucristo; es la canal de las primeras gracias qu Dios concede. Elisabeth, que era justa y vivía irreprensible, adquiere por Ella una mayor efusion de celestiales dones, y se ve llena del Espíritu Santo; por Ella el Bautista, que vivía en desgracia por la miseria original de su concepcion, queda santificado aún ántes de nacer. Cierto que ignoramos que palabras dijera María en su salutacion, lo que sí sabemos, y de lo cual no se puede dudar, es, que la voz de su salutacion fué activa y eficáz; pero de tal suerte eficáz y activa, que produjo la santificacion del hijo y de la madre.

Si, pues, la visitacion de la Vírgen fué fecunda en tan consoladores efectos, ¿no diremos que Ella es verdaderamente la Madre de las gracias, no concluiremos que es verdaderamente la generosa Bienhechora de todos? Aún cuando no tuviésemos otros motivos sobre el particular, aún cuando no hablasen de esto todas las historias y todos los pueblos, bastaría la sola visita de María á Elisabeth para demostrarnos, que Dios no nos concede nada sinó por medio de sus manos, y que de sus manos desciende en provecho nuestro todo género de beneficios. Así, pues, podemos repetir, hablando de María, en el júbilo

de nuestros corazones, las palabras citadas al principio de este discurso; y lo que se dice del Hijo tenemos motivos para, con la debida proporcion, decirlo de la Madre, que derrama contínuamente gracias y beneficios.

Venid, pues, hermanos mios, venid, postrémonos á los piés de esta Bienhechora, y con toda la confianza de hijos favorecidos saludémosla: Reina de gracias, Madre de misericordia, Vida, Dulzura y Esperanza nuestra. Miserables hijos de Eva, á Tí clamamos, María, á Tí, que fuiste la divina reparadora de la culpa de Eva; y así como en la culpa de ésta, que nos fué madre de muerte, fué el primer latido de nuestros corazones, tambien en el beso de tu gracia, ya que para nosotros eres Madre de vida, sea el último suspiro de nuestros corazones. Sabes muy bien ¡oh María! los peligros que nos rodean, las asechanzas que se nos tienden, y los obstáculos que se oponen á nuestro verdadero bien en este valle de lágrimas y de miserias; ¡ah! muéstrate en tu poder, movida de tu bondad protégenos y ayúdanos. Por ser Madre de Dios, sin segunda ni á ninguna otra semejante, eres tambien Refugio de los pecadores, Consuelo de los tristes, Salud de los enfermos; y sé para nosotros, enfermos, tristes y pecadores, abogada nuestra: vuelve á nosotros estos tus ojos de alegría y de paz. Buena y benigna como eres, dirige nuestros pasos por la senda de la virtud, apoya nuestra debilidad en medio de las lisonjas del mundo, sostén nuestra alma en medio de las seducciones del Infierno; y pasados los días del destierro, haz que podamos ver el fruto bendito de tu vientre, Jesús. Esto es lo que te pedimos, ¡oh María! esto es lo que esperamos de Tí, seguros de ser escuchados, porque eres clemente, piadosa y dulcísima para con tus hijos.

VISITACION DE MARÍA.

DISCURSO II.

Exsurgens Maria, abit in montana cum festinatione in civitatem Juda.
Levantose María, y marchó apresurada hácia las montañas y á la ciudad de Judá.
(Luc. I, 39.)

Una pobre esposa de un artesano que sale de su retiro, y atravesando las montañas parte á visitar á una prima, en cuya compañía permanece por tres meses: hé aquí, católicos, todo el objeto del presente discurso. Si hubiera de discurrir de este hecho por los principios de la oratoria profana, y por las leyes que gobiernan en los actos de esta clase, segun los caprichos de la vanidad y locura de los hijos del mundo, tendría que abandonar mi empeño, y confesar que no era este acto capaz de suministrar materia para un discurso; porque ¿qué había de decirse de un hecho tan frecuente en el trato humano? ¿Qué extraño es, que una parienta vaya á verse con otra, á quien la naturaleza la ha unido con los vínculos de la sangre? ¿En qué había de acalorarse el espíritu para dar viveza al discurso, cuando ni el aparato del viaje, ni la multitud de los sirvientes, ni la magnificencia de los compañeros, ni el estrépito de los caballos y carrozas, ni el hospedaje, ni ninguna otra circunstancia arrebata la admiracion de los que lo observan, ni saca este acto de la comun clase de un ordinario acto de la urbanidad y política, ó tal vez de la necesidad? Pero ¡cuán al contrario no sucederá si discurrimos sobre tan sencillo acto por los principios sólidos de la fé, si escudriñamos sus motivos, atendemos á sus efectos, y observamos las maravillas que le acompañan! Entónces sí que no podremos ménos de conocer, que tan sencillo acto ofrece materia para infinitos discursos.

de nuestros corazones, las palabras citadas al principio de este discurso; y lo que se dice del Hijo tenemos motivos para, con la debida proporcion, decirlo de la Madre, que derrama contínuamente gracias y beneficios.

Venid, pues, hermanos mios, venid, postrémonos á los piés de esta Bienhechora, y con toda la confianza de hijos favorecidos saludémosla: Reina de gracias, Madre de misericordia, Vida, Dulzura y Esperanza nuestra. Miserables hijos de Eva, á Tí clamamos, María, á Tí, que fuiste la divina reparadora de la culpa de Eva; y así como en la culpa de ésta, que nos fué madre de muerte, fué el primer latido de nuestros corazones, tambien en el beso de tu gracia, ya que para nosotros eres Madre de vida, sea el último suspiro de nuestros corazones. Sabes muy bien ¡oh María! los peligros que nos rodean, las asechanzas que se nos tienden, y los obstáculos que se oponen á nuestro verdadero bien en este valle de lágrimas y de miserias; ¡ah! muéstrate en tu poder, movida de tu bondad protégenos y ayúdanos. Por ser Madre de Dios, sin segunda ni á ninguna otra semejante, eres tambien Refugio de los pecadores, Consuelo de los tristes, Salud de los enfermos; y sé para nosotros, enfermos, tristes y pecadores, abogada nuestra: vuelve á nosotros estos tus ojos de alegría y de paz. Buena y benigna como eres, dirige nuestros pasos por la senda de la virtud, apoya nuestra debilidad en medio de las lisonjas del mundo, sostén nuestra alma en medio de las seducciones del Infierno; y pasados los días del destierro, haz que podamos ver el fruto bendito de tu vientre, Jesús. Esto es lo que te pedimos, ¡oh María! esto es lo que esperamos de Tí, seguros de ser escuchados, porque eres clemente, piadosa y dulcísima para con tus hijos.

VISITACION DE MARÍA.

DISCURSO II.

Exsurgens Maria, abit in montana cum festinatione in civitatem Juda.
Levantose María, y marchó apresurada hácia las montañas y á la ciudad de Judá.
(Luc. I, 39.)

Una pobre esposa de un artesano que sale de su retiro, y atravesando las montañas parte á visitar á una prima, en cuya compañía permanece por tres meses: hé aquí, católicos, todo el objeto del presente discurso. Si hubiera de discurrir de este hecho por los principios de la oratoria profana, y por las leyes que gobiernan en los actos de esta clase, segun los caprichos de la vanidad y locura de los hijos del mundo, tendría que abandonar mi empeño, y confesar que no era este acto capaz de suministrar materia para un discurso; porque ¿qué había de decirse de un hecho tan frecuente en el trato humano? ¿Qué extraño es, que una parienta vaya á verse con otra, á quien la naturaleza la ha unido con los vínculos de la sangre? ¿En qué había de acalorarse el espíritu para dar viveza al discurso, cuando ni el aparato del viaje, ni la multitud de los sirvientes, ni la magnificencia de los compañeros, ni el estrépito de los caballos y carrozas, ni el hospedaje, ni ninguna otra circunstancia arrebata la admiracion de los que lo observan, ni saca este acto de la comun clase de un ordinario acto de la urbanidad y política, ó tal vez de la necesidad? Pero ¡cuán al contrario no sucederá si discurrimos sobre tan sencillo acto por los principios sólidos de la fé, si escudriñamos sus motivos, atendemos á sus efectos, y observamos las maravillas que le acompañan! Entónces sí que no podremos ménos de conocer, que tan sencillo acto ofrece materia para infinitos discursos.

Veremos que María, al dejar su retiro y miéntras permanece en casa de Zacarías, ejercita en sumo grado las virtudes; veremos que con la presencia de María, que llevaba en su vientre al divino Verbo, la casa de Zacarías se convierte en el teatro de las maravillas del Altísimo; veremos que Isabel oye la primera voz de María, y que su hijo Juan siente ántes de nacer la gracia de Jesucristo; que aquélla se regocija con la visita de la Santísima Vírgen, y éste con la visita de su Dios; que las madres publican exteriormente los milagros de la gracia, y que uno de los niños produce y otro siente sus efectos: veremos que María é Isabel, animadas del espíritu de sus respectivos hijos, hacen en su conversacion la solemne publicacion de oráculos y profecías. Cada una de estas maravillas hace tan singular esta visita, que no es posible discurrir sobre todas, aún cuando se empleasen muchas horas en cada una de ellas; pero ya que no me sea dado poder contemplarlas todas, no puedo ménos de deducir de ellas, aquellas máximas que más se acomodan á nuestra inteligencia, y de las que espero el fruto espiritual de vuestras almas. Hablaré solo de aquellas dos virtudes que más se distinguen en María al emprender y concluir el viaje de Nazareth á Hebrón para visitar á su prima santa Isabel; de aquella caridad y humildad que manifestó esta Señora, para que cotejando las visitas que frecuentemente se hacen en el mundo con la que hoy hace María Santísima, advirtamos cuanto distamos del verdadero espíritu que debe guiarnos en todas ellas. Imploremos ántes los auxilios de la divina gracia por la intercesion de esta misma Señora, saludándola con el arcángel. A. M.

Es un error creer, que la religion cristiana pretende romper los vínculos de la sociedad. No es menester más que leer el código fundamental del cristianismo para convencerse, de que ninguna otra cosa desea su Legislador sinó el que unos miembros presten á otros todos los oficios que exige el amor que á todos los sigue y acompaña por su naturaleza, porque siendo uno mismo el Autor de la naturaleza y el Legislador del cristianismo, no pudo destruir sus principios, sinó perfeccionarlos y ensalzarlos. Así que, léjos de prohibir los actos con que se conserva y fomenta el amor natural de unos hombres á otros, los manda expresamente, prohibe con graves penas el negarse mutuamente los oficios de beneficencia y de amor, y alienta con inefables premios á los que se aventajaren en acumular obras de esta clase. Añade al vínculo natural que une estrechamente á los miembros de la sociedad el suave nudo de la caridad, nudo único que

puede conseguir los deseos de la verdadera felicidad. Con este nudo les manda llorar con los que lloran, y alegrarse con los que se regocijan: con este nudo les manda, que hagan participantes á sus prójimos de todos los bienes de que ellos abundan. Desciende á enseñar en todos los estados, en que el hombre necesita del trato y union de sus semejantes, el modo con que debe santificarse en aquellos actos á que le induce la inclinacion de su naturaleza. Mas esto no lo podremos conseguir sin la caridad: ella sola ennoblecerá las acciones más sencillas, ensalzará las más naturales, y consagrará las más indiferentes, y nos hará hallar mérito para con Dios en el mismo trato y comunicacion de los demás hombres. No nos prohibe, pues, la religion el visitar á nuestros prójimos: nos manda solo el que lo hagamos por el recto fin que nos prescribe en todas las demás acciones: quiere que el principio y motivo de nuestras visitas sea la caridad, para que solo las dirija y ordene el espíritu de Dios; y deseando proponernos un ejemplar de nuestra conducta, nos ofrece hoy el más perfecto que puede desearse en la persona de la Santísima Vírgen. ¡Ah! si nosotros le considerásemos detenidamente, ¡cuán confundidos quedaríamos al observar en esta Señora los rasgos de una sólida caridad, que condena nuestra indiferencia en este punto! Por cualquier aspecto que le contemplemos, observaremos una caridad ardiente en sus motivos, en sus medios y en sus efectos.

Porque ¿qué otra cosa impulsa á María á dejar su retiro y emprender el largo viaje de Nazareth, lugar de su domicilio, á Hebrón, lugar del de Isabel? ¿Es acaso la curiosidad, el deseo de ver y ser vista, el amor al placer, el hacer ostentacion de sus talentos, el publicar las grandes maravillas que ha obrado en Ella el Omnipotente? No. Esta Señora, que desde el primer instante de su sér ha observado fielmente la voluntad de su Dios, y ha seguido inalterablemente las inspiraciones de su amor, atenta y dócil á los movimientos del divino espíritu que la guía en todo, sigue simplemente la impresion que la lleva á visitar y ver á Isabel, juzgando que el Señor tiene sus designios en este viaje. Los tenía en efecto: quería el Señor santificar al Precursor, manifestar la gloria y el poder de su Hijo desde los primeros momentos de su concepcion; y llenando á las madres de una nueva abundancia de gracias, hacerlas gustar los más dulces consuelos; pero María no se detiene á indagar estos secretos, descansa tranquilamente en su Dios, y solo atiende á sus inspiraciones. Siente su movimiento, y al punto la pone en ejecucion, nada hay ya que pueda detenerla en su retiro; no el ignorar los designios de su Dios en la

empresa de este viaje, no el tener que dejar su amada soledad, no el horror que siempre tuvo al trato del mundo, no lo dilatado del viaje, no la aspereza de los caminos, no los rios ni las montañas, no la multitud de los peligros, no su delicadeza, no su edad, no su preñez. Acude donde la dirige el movimiento interior de su espíritu, conoce que su Dios es quien le inspira tan misterioso acto, y se decide á él porque su amor no la permite apartarse de la voluntad de su amado. ¡Oh amor, y cuán eficaz es tu imperio! ¡Oh María, y cuán pronta es tu voluntad para servir á tu amado! Caminad, purísima Señora, caminad tranquila en vuestro Dios; Él es la columna firmísima en que habeis de descansar, y bajo cuya proteccion nada hay difícil ni imposible: caminad con diligencia, para que cuanto ántes se cumplan los designios del Altísimo: daos prisa para entrar en la casa de Zacarías, y convertirla en casa de bendicion y de gracia.

Pero no necesitamos, oyentes, excitar á María para que apresure su viaje; pues el mismo escritor sagrado nos dice expresamente, que María caminaba con toda diligencia y prontitud, *cum festinatione*, dándonos en esto un firme testimonio de su fidelidad á los movimientos interiores de su espíritu, y de aquel ardor con que manifestaba la prontitud de su voluntad hácia su Dios; y siendo este el principio de su viaje, ¿cuál sería, hermanos mios, la contínua ocupacion del espíritu de María? ¿Cuáles sus contínuos coloquios con su Dios, cuáles las protestaciones de su amor, y cuál, finalmente, el contínuo ejercicio de las demás virtudes? Solo el Señor, que penetraba perfectamente el corazon caritativo de María, puede conocer todo eso; y miéntras que lo contemplais en el silencio de vuestro espíritu, permitidme que yo considere á María despues que entra en la casa de su prima, y que observando las maravillas que el Omnipotente obra en un instante á su presencia, despues de haber dado los mayores testimonios de su humildad y de haber cumplido con todos los deberes hácia su Dios, se dedica tambien á ejecutar cuantos actos le inspira el verdadero amor hácia su prima. ¡Cuánto puede una caridad tierna, ingeniosa, activa y animada de toda la plenitud del Espíritu Santo! Lo que María pretende en su visita es, asistir á Isabel en todas sus necesidades, anticiparse á sus deseos, suplir su vigilancia, aliviarla y consolarla en sus penas, y cuidar de todos los negocios de su casa que pudieran causarle incomodidad. Su grandeza no se desdeña de practicar los más repugnantes ministerios; su tierna edad es suficiente para emplearse en los más penosos; y no es un dia ú otro el que se ejercita en ellos: su caridad se dilata á todo el tiempo que es necesario en

aquella familia. Tan caritativos oficios los dispensa por espacio de tres meses contínuos; y no solo la auxilia en los oficios temporales, sinó que tambien se detiene para proporcionarla y comunicarla los espirituales. Pero ¡cuáles y cuántos fuesen estos! Colegidlos vosotros, oyentes, por los extraordinarios que produjeron su entrada y primeras palabras. ¿Cuáles y cuántos, pues, serian los bienes espirituales y temporales que produciría despues en tan largo espacio de tiempo? Si su sola llegada, si sus primeras palabras obraron tantas maravillas, ¿qué abundancia de gracias, de consuelos y de bendiciones no produciría su estancia en los tres meses de su visitacion? Ella llevaba en su corazon la plenitud de la gracia, y en su vientre á Jesucristo, que es el autor y la fuente de toda ella. No es, pues, un mero acto de urbanidad ú oficiosidad el que que detiene á María tanto tiempo en la casa de Zacarías, pues los oficios de esta clase no son duraderos ni tan puros: es sola la caridad la que la detiene con esta familia.

¡Qué ejemplo éste, católicos! ¡Qué modelo tan propio para excitar en nosotros una santa emulacion! Pero ¡ah! ¡qué pocos imitadores encontraremos si examinamos la mayor parte de las visitas que continuamente se hacen en el mundo! ¿Podremos decir que el espíritu de Dios es el principio de las visitas de la mayor parte de los cristianos? Pero para convencernos de que no es así, ¿tenemos más que considerar la oposicion que dicen ellas con la verdad y con la justicia? ¿Podremos decir que provienen de un movimiento interior del divino espíritu, esas visitas en que no nos proponemos otro fin que entretener la ociosidad, evitar la reflexion sobre nosotros mismos, buscar el desahogo de nuestras pasiones, proporcionar las ocasiones de ver el objeto de nuestra concupiscencia, fomentar una pasion que ya há mucho tiempo nos devora; sostener unas conversaciones blandas y afectuosas con que enardecer el espíritu impuro que nos abrasa, ostentar la profusion y el inmoderable lujo, y hacer vanidad de ser partidarios declarados del mundo y enemigos del Espíritu Santo? ¿Podremos decir, que vamos guiados de un mov miento interior recto y ordenado á esas visitas, en que no procuramos otra cosa que mofarnos del prójimo, ridiculizar sus acciones, interpretar siniestramente sus buenas obras, murmurar atrevidamente hasta de sus movimientos y operaciones más sencillas, y aún maquinar muchas veces su destruccion ó ruina? ¿Podremos decir, que es la caridad el alma de nuestras visitas, cuando jamás nos presentamos en la casa del pobre y necesitado, cuando ignoramos aún los caminos que conducen á los hospitales y demás casas del dolor y de la miseria, cuando ja-

más indagamos los aposentos de la familia honrada que gime en la oscuridad los efectos del olvido y abandono de los poderosos del mundo? Convengamos, pues, en que el espíritu de Dios, la verdadera caridad se halla muy distante de nuestras visitas, y que ninguna conformidad dicen ellas con el ejemplo que hoy nos propone la religion en la persona de María Santísima; pero no ménos lo estamos de la humildad con que esta Señora se manifestó en esta visita que hizo á su prima Santa Isabel.

Reflexionad si no, católicos, en María, emprendiendo su viaje á la casa de su prima: observad quien es María cuando le emprende: atended á las palabras con que acaba de ser saludada por el arcángel: contemplad las maravillas que acaba de obrar en ella el Omnipotente: deteneos á considerar que es ya la Madre de Dios, que es la bendita entre todas las mujeres, que acaba de ser exaltada sobre todas las puras criaturas, aún los más encumbrados serafines del Cielo; sin embargo, léjos de ensoberbecerse con las ideas de su incomprensible dignidad, se muestra todavía más humilde despues de su elevacion, se adelanta á la madre del Bautista, y la Madre de Dios parte á visitar á la de un siervo de su Hijo. No basta: María se presenta á su prima y previene toda su salutacion. Sí, la saluda primero, porque es conveniente que cuanto más pura es la Vírgen, sea más humilde. ¡Ah! ¿qué cosa más grande que esta humildad? Isabel se maravilla de que la Madre de Dios haya venido á ella. *Unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?* Pero mucho más digno de admiracion es, que no solo venga, sinó que tambien venga á servir y no á ser servida. Yo no necesito detenerme á referiros los oficios que dispensó á Isabel y á toda su casa en el largo espacio de tres meses que permaneció en ella; ya lo habeis oido ántes cuando os hablaba de su caridad: traedlos nuevamente á vuestra memoria, reflexionad sobre todos y cada uno de ellos, y decidme despues que sentís de su profunda humildad. Mas, si hemos de formar juicio completo de la humildad de María, oigamos, finalmente, aquellas palabras con que esta Señora, como que pone el sello á esta virtud: hablo de aquel Cántico con que María responde á las alabanzas con que la engrandece Isabel. Esta afortunada mujer, inspirada por el espíritu de Dios, prorumpe en los más altos elogios á favor de la que reconoce ya por Madre verdadera del Hijo de Dios vivo; mas María, al oir sus alabanzas, queda aún más sumergida en el abismo de su propia nada; y atribuyendo á la gloria de Dios todos los dones preciosos con que la había dotado una misericordia gratuita, en el rapto de su humildad, llevada de un éxtasis de gratitud, prorumpió en el admirable Cántico llamado *Magnificat*, que forma todas las delicias de la Iglesia. En él glorifica á Dios con todas las potencias de su alma por sus ilimitadas misericordias, y á solo Dios dá y tributa toda la gloria.

Tales fueron, oyentes, los testimonios que María nos dejó de su humildad en la admirable y misteriosa visita que hoy hace á la casa de Zacarías: y nos atreveremos á asegurar que hallamos en Ella el modelo de nuestra conducta; pero yo no me determino á hacer este cotejo; hacedlo vosotros por vosotros mismos; y decidme si os reconoceis en aquella prontitud con que María deja su retiro, y á pesar de su grandeza y elevacion parte á visitar á Isabel. Decidme si María defiende aquellos derechos, aquellas etiquetas sobre la esfera que el amor propio ha imaginado é introducido, y que exige con tanta severidad. Decidme si se halla en María aquel orgullo, que tantas veces nos impide el cumplir nuestras obligaciones para con nuestos prójimos. Decidme si son conformes con los sentimientos humildes de María en la conversacion que tiene con Isabel, estas visitas, en que la más frecuente materia de la conversacion es la nobleza del linaje, la dignidad de los honores, la hermosura y excelencia de todos los dones corporales y espirituales, la sublimidad del entendimiento, la abundancia de las riquezas, y todo lo demás que fomenta el amor propio; esas conversaciones, en que tan solo se buscan las alabanzas y la gloria, en que se procura captar la benevolencia de los concurrentes y merecer sus elogios, y en que todo ofende como no lisonjee el apetito de la excelencia y superioridad sobre los demás. Pero yo creo que de buena fé me confesareis, que dicen una oposicion manifiesta las visitas de la mayor parte de los cristianos con la que hoy hace María á Isabel; que en las nuestras se multiplican los desórdenes, y el vicio reina en ellas de asiento, cuando, por el contrario, en María se ejercitan todas las virtudes, y la humildad reina en ellas como la principal. ¿Qué resta pues á vista de tan obligada confesion sinó, que al ver en María todo aquel conjunto de virtudes de que nosotros carecemos, recurramos á esta misma Señora, para que nos alcance de su Hijo Santísimo los auxilios de su gracia, á fin de poder copiar, en algun modo, esos ejemplos que tanto admiramos y de que tan distantes estamos? Así lo hacemos, Vírgen Santísima. Alcanzadnos, ¡oh santa Madre del Salvador! aquel espíritu de humildad y caridad que con tanta abundancia derramasteis en aquella visita que hicisteis á Sta. Isabel. Sirva ella de modelo á todas las visitas que nosotros hagamos, para que léjos de ser como hasta aquí un trato

recíproco de vanidad, de disipacion, de vicios, de pasiones, sean, por vuestra intercesion, medios de conservar la union de nuestros corazones, de fomentar el vínculo de la fraterna caridad, y de humillarnos ante el Altísimo.

Y Vos ¡oh Dios mio! derramad sobre nuestros corazones esa caridad viva y ardiente que tanto abrasó el corazon de María, esa humildad que tanto la elevó cuanto más se manifestaba, esas virtudes que tanto adornaron el espíritu de María; haced, Señor, que nada procuremos en el trato y comunicacion con los demás hombres sinó vuestra gloria, nuestra santificacion y la de nuestros prójimos. Vos solo seais el nudo de nuestras amistades, el objeto de nuestras visitas y conversaciones: vuestro espíritu sea en ellas el principio, vuestra gracia el vínculo, y vuestro amor el fruto por los siglos de los siglos. *Amen.*

EXPECTACION DE LA VÍRGEN MARÍA.

DISCURSO I.

Veni ut salvos facias nos.
Ven á salvarnos.
(PSALM. LXXIX, 3.)

La Iglesia nuestra madre reproduce, en cierta época del año, las exclamaciones de los antiguos padres y profetas; y ora levantando sus ojos al Cielo, ora fijando sus miradas en la tierra, exclama: ¡Pluguiese á Dios, que, desgarrándose los cielos, se dejase ver el Mesías sobre este lóbrego hemisferio! ¡Ojalá, que apartándose las nubes que nos ocultan su presencia, apareciese á nuestra vista el que ha de ser enviado! Y luego, dirigiéndose al Mesías, exclama: Señor, venid á redimirnos con la fuerza de vuestro poderoso brazo. ¡Oh hijo de David, venid á ponernos en libertad y no tardeis! ¡Oh llave de David y Rey de Israel, venid á sacar de la cárcel á los que gemimos en las tinieblas y sombra de la muerte! Venid, Sol de justicia, y desvaneced las tinieblas en que vivimos. Venid, Rey de las naciones, y salvad al hombre que formasteis de la tierra. Venid, oh Emanuel, Dios grande, venid á salvarnos, pues sois nuestro Dios y Señor.

Tales eran, hermanos mios, los suspiros que, al través de cuarenta siglos, lanzaba un mundo convulso en pós de aquel día en que, apareciendo en la tierra el Salvador, había de romper el ominoso yugo y las duras cadenas que pesaban sobre todos los descendientes del hombre prevaricador ¿Cuáles, pues, serían los deseos de la escogida en los decretos eternos para ser Madre del Verbo eterno? ¡Con qué ansias, con qué ardor y sublimes afectos suspiraría la Vírgen, por el feliz momento en que pudiera decirse: ya tenemos con nosotros el Vencedor del dragon venenoso, cuyo tósigo cunde por las venas de todos y á todos hace esclavos! María, remontándose como hermosa águila sobre toda humana consideracion, penetra hasta el

recíproco de vanidad, de disipacion, de vicios, de pasiones, sean, por vuestra intercesion, medios de conservar la union de nuestros corazones, de fomentar el vínculo de la fraterna caridad, y de humillarnos ante el Altísimo.

Y Vos ¡oh Dios mio! derramad sobre nuestros corazones esa caridad viva y ardiente que tanto abrasó el corazon de María, esa humildad que tanto la elevó cuanto más se manifestaba, esas virtudes que tanto adornaron el espíritu de María; haced, Señor, que nada procuremos en el trato y comunicacion con los demás hombres sinó vuestra gloria, nuestra santificacion y la de nuestros prójimos. Vos solo seais el nudo de nuestras amistades, el objeto de nuestras visitas y conversaciones: vuestro espíritu sea en ellas el principio, vuestra gracia el vínculo, y vuestro amor el fruto por los siglos de los siglos. *Amen.*

EXPECTACION DE LA VÍRGEN MARÍA.

DISCURSO I.

Veni ut salvos facias nos.
Ven á salvarnos.
(PSALM. LXXIX, 3.)

La Iglesia nuestra madre reproduce, en cierta época del año, las exclamaciones de los antiguos padres y profetas; y ora levantando sus ojos al Cielo, ora fijando sus miradas en la tierra, exclama: ¡Pluguiese á Dios, que, desgarrándose los cielos, se dejase ver el Mesías sobre este lóbrego hemisferio! ¡Ojalá, que apartándose las nubes que nos ocultan su presencia, apareciese á nuestra vista el que ha de ser enviado! Y luego, dirigiéndose al Mesías, exclama: Señor, venid á redimirnos con la fuerza de vuestro poderoso brazo. ¡Oh hijo de David, venid á ponernos en libertad y no tardeis! ¡Oh llave de David y Rey de Israel, venid á sacar de la cárcel á los que gemimos en las tinieblas y sombra de la muerte! Venid, Sol de justicia, y desvaneced las tinieblas en que vivimos. Venid, Rey de las naciones, y salvad al hombre que formasteis de la tierra. Venid, oh Emanuel, Dios grande, venid á salvarnos, pues sois nuestro Dios y Señor.

Tales eran, hermanos mios, los suspiros que, al través de cuarenta siglos, lanzaba un mundo convulso en pós de aquel día en que, apareciendo en la tierra el Salvador, había de romper el ominoso yugo y las duras cadenas que pesaban sobre todos los descendientes del hombre prevaricador ¿Cuáles, pues, serían los deseos de la escogida en los decretos eternos para ser Madre del Verbo eterno? ¡Con qué ansias, con qué ardor y sublimes afectos suspiraría la Vírgen, por el feliz momento en que pudiera decirse: ya tenemos con nosotros el Vencedor del dragon venenoso, cuyo tósigo cunde por las venas de todos y á todos hace esclavos! María, remontándose como hermosa águila sobre toda humana consideracion, penetra hasta el

fondo de la Divinidad, en ella se embebe, en ella se trasporta; y enajenada de todos sus sentidos, insta, suplica que no se retarden ya más los deseos del mundo, que se cumplan desde luego sus ánsias, y que venga pronto el que ha de venir. Ved ahí lo que va á formar el objeto del presente discurso; os mostraré las ánsias, los deseos, las súplicas fervorosísimas con que nuestra celestial Madre obtuvo la venida del Salvador, y alcanzó la salvacion de los hombres. ¡Plegue al cielo que su ejemplo os mueva á desear vivamente y á pedir al Señor, que venga á reinar en vuestras almas, y libraros de los enemigos de ellas!

¡Vírgen Santísima! concededme las luces necesarias para hablar dignamente de vuestros deseos y ánsias de estrechar al que concebisteis por obra del Espíritu Santo. Os lo pedimos con fervor, diciéndoos con el arcángel: A. M.

Luego que Adán se hubo manchado de impuro lodo, y cayó de aquel dichoso estado en que fué criado, Dios le declaró, que por una doncella nacida de su descendencia, había de tener remedio muy aventajado su daño y mal: esto fué para nuestros primeros padres el mayor contento, y el único alivio que tuvieron en su vida, afligida con la gran penitencia que hicieron. Y amaron y desearon con toda su alma á tal Hija suya, que había de ser madre de su vida y de su bien. A otros amigos suyos reveló tambien Dios, la dicha y la honra que había de tener el mundo por el parto de María; por lo tanto, no es extraño, que este parto milagroso comenzase á ser, desde los primeros días, objeto de los deseos y de la expectacion universal de todo el linaje humano. Corrían los tiempos, las generaciones se sucedían unas á otras, multiplicábanse los signos, todo prefiguraba el grande acontecimiento que había de realizarse en la plenitud de los días, y la expectacion se hacía cada vez más general. Isaías, lleno de asombro, llamaba la atencion de la casa de David sobre el más admirable de los prodigios, y clamaba: «Escuchad, descendientes de David; sabed que el Señor ha decretado daros una señal inequívoca de su proteccion; una Vírgen concebirá y parirá un Hijo, y su nombre será Emanuel (1).» Jeremías, no ménos admirado, levanta el grito á las nubes, y deseando que le oigan y entiendan todos los pueblos de la tierra, dice: «Escuchad, naciones, la palabra del Señor, y trasmitidla á las islas más remotas: el Señor redimirá á Israel y á

(1) Isai VII, 14.

Jacob, y éstos, libres de las manos de sus poderosos enemigos, vendrán á alabarle al monte de Sion; porque ha resuelto obrar un prodigio nuevo, y jamás oido hasta ahora: una mujer VÍRGEN ENCERRARÁ DENTRO DE SÍ AL HOMBRE DIOS (1).» Los justos, por fin, cansados de tanto esperar despues de tantas y tan solemnes promesas, llenos de un santo celo y del deseo más ardiente de ver al Salvador, prorumpían en amorosas quejas. ¡Qué tanto esperar, Dios mio! exclamaban; ¡qué tanto esperar! Hace tanto tiempo que no leemos en las Escrituras sinó que vendrá el Mesías, y que no tardará. Malaquías decía á la hija de Sion, que se dispusiese para salirle al encuentro: Zacarías, para consolar al pueblo, exclamaba: Héle aquí. Sin embargo, corren los días, pasan los años, y jamás se cumplen nuestros deseos. ¡Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo se han de diferir nuestras esperanzas! La paz que tantas veces se nos ha anunciado, y que nos ha de llenar de consuelo, todavía la estamos esperando: se nos han prometido los mayores bienes, pero su tardanza nos llena de inquietud: venid pues, Señor, venid á salvarnos, si es que nuestras esperanzas no han de quedar frustradas. Por fin, llega el tiempo fijado, los oráculos anunciados se cumplen, las nubes se abren, el rocío del cielo cae sobre una Vírgen, concibe y lleva en su vientre á todo un Dios.

¡Con qué ansias, á su vez, esta dichosa Vírgen Madre esperaría el momento feliz, en que pudiese ver á su Hijo y á su Dios con sus propios ojos! ¡Oh, si yo fuera tan feliz y dichosa, exclamaría, que viera ya en mi presencia el fruto de mis entrañas! ¡Oh, si pudiese ya estrecharle contra mi pecho y besar con ternura su divino rostro! Entónces sería yo dichosa, mi espíritu quedaría satisfecho; pero miéntras no consiga esto, cada instante será un dia largo, y cada dia será para mí una eternidad. Sus lábios llenos de gracia ¡cuánta me infundirían al acercarse á los mios! ¡Oh! nada más deseo, nada más apetezco. Bendigo la bondad del Eterno porque ha enviado al Salvador que nos había prometido; ya está en el mundo la alegría del universo, la esperanza de las naciones, la salud de los mortales; ya no volverá á decírsenos: espera un poco, aguarda, luego vendrá; la hora se acerca; pero, miéntras se me retarda el poderle adorar en mis propios brazos, mi espíritu desfallece, y no descansará hasta que pueda abrazarle.

Entretanto va aproximándose la hora del parto: la Vírgen se derrite toda en amor, sus deseos de abrazar á su Hijo son cada vez más

(1) Jerem. XXXI, 11 et 22.

vehementes; levanta su voz, y dirigiéndose al que ha concebido por obra del Espíritu Santo, le dice con toda la ternura de su corazon: ¡Oh Sabiduría del Padre, que todo lo dispones con suavidad admirable, tocándolo todo, desde el seno eterno que es tu morada hasta mis entrañas, donde te has encerrado por la salvacion del mundo! Ven á enseñarnos los caminos de la prudencia. Llegue, por fin, el momento dichoso en que mis ojos te vean! ¡Oh Adonai, caudillo de la casa de Israel, á quien te prometiste ¡Vén, y redímenos con tu brazo poderoso! Vén, y oigamos á los ángeles cantando tus glorias y celebrando tu nacimiento! ¡Oh llave de David, que abres lo que nadie puede cerrar, y cierras lo que nadie puede abrir! Vén á sacar á los mortales de la prision en que gimen! ¡Vén á disipar las sombras de la muerte que les rodean! ¡Oh Rey de las naciones y objeto de sus más vivos deseos, piedra angular que unes las cosas entre sí! Vén, y salva á los hombres á quienes formaste del lodo de la tierra! ¡Oh Emanuel, monarca y legislador nuestro, esperanza de las gentes y de todas tan deseado! Vén, Señor, vén á salvarnos! ¡Oh, quién me permitiese ver desde luego el fruto de mis entrañas para adorarle! ¡Oh, quien te viese, divino Jesús, en los brazos de tu madre, de suerte que te pudiese besar! ¡Oh Señor, vén, pues vales más que todos los tesoros del mundo! Vén, y salva á los hombres!

Tales fueron, hermanos mios, los deseos y las ánsias de la Vírgen Santísima; y no creais que estos deseos de ver al Salvador del mundo fuesen una vana curiosidad, ó una esperanza fundada en las grandezas y felicidades de la tierra. Estas cosas no podian mover el corazon santificado de la que estaba abrasada en el fuego del amor divino. Esta Vírgen pura é inocente no pensaba más que en Dios, no suspiraba sinó por aquel Dios que se había revestido de nuestra naturaleza para salvarnos. ¡Qué escuela para nosotros, hermanos mios! Si teniendo siempre presentes los deseos y súplicas fervorosísimas de nuestra celestial Madre, la imitásemos, deseando y pidiendo á Dios que viniese á dominar en nuestros corazones llenándolos de gracia y de virtud, y nuestras ánsias no fueran otras que las de agradar á Dios, ¡cuánta sería nuestra dicha y felicidad! En este caso ¡qué flores de virtudes recogeríamos para formar una guirnalda á la Vírgen prodigiosa que tanto nos alegra y embelesa! Conformemos, pues, nuestras esperanzas y deseos al ejemplar de María en cuanto nos sea posible. No nos dejemos arrastrar de la vanidad de las cosas terrenas; no está nuestra habitacion en la tierra; está en el Cielo, y allí debe fijarse nuestra conversacion, allí deben encaminarse nuestros

pensamientos y deseos, allí debemos poner nuestro corazon. Es una torpeza dejar la verdad y correr trás la vanidad y la mentira. Es una locura el dejar al Criador por las criaturas, lo eterno por lo temporal, lo que es y ha de durar siempre por la nada. Que nuestros pensamientos se fijen en Dios, como los de la Vírgen, que están conformes con la voluntad de Dios, sin mezcla de afectos terrenos.

Consagremos todos nuestros afectos á Dios, amémosle con todo nuestro corazon, pues para esto hemos sido criados. Nada es capaz de darnos una verdadera idea de la dignidad y del valor de nuestra alma, como este testimonio glorioso que nos damos á nosotros mismos: Hemos sido criados para amar á Dios. Nada nos honra tanto á nuestros propios ojos, como esta facultad respetable, que nos une por el amor con el Hacedor supremo que nos formó; porque esta facultad nos dá una conformidad de sentimientos con nuestro Dios, nos anuncia un orígen y un destino igualmente glorioso. Suspiremos como María por el Salvador Jesús, cuyo corazon no tiene límites en la ternura, nos convida á amarle, y desea reinar en nuestras almas por el amor. ¿Podríamos dejar de suspirar por Él? Amémosle, pues, si es cierto que nosotros somos lo que es el amor que nos posee, así como amando á las criaturas nos apropiamos su indignidad y su bajeza, por el amor de nuestro Salvador nos hacemos enteramente divinos y celestiales. Un alma á quien arrebata este divino fuego, se eleva sobre sí misma, no pertenece ya á los sentidos ni á la materia; toma una existencia independiente de las pasiones del cuerpo; se purifica y se dilata; adquiere una especie de inmensidad; se pierde en la contemplacion de la hermosura divina; se apropia, en algún modo, su grandeza, se incorpora á sus sentimientos, sus deseos y su voluntad, y vive una vida divina; de suerte, que, en cierto sentido, es indudable que, así como el amor ha hecho de Dios un hombre, así tambien hace del hombre un Dios. ¡Oh amor, pura y divina llama! ¡Oh amor divino! quien no te ha gustado, no ha percibido jamás nada, no ha sentido jamás el placer del corazon: ha corrido tras las sombras, padece, se consume, delira. ¡Oh amor divino! ¿cuál es el hombre empedernido, á quien no hayas siempre enternecido? ¡Oh amor! elévame sobre mi debilidad, préstame tus alas de fuego, absorbe y abrasa todos mis sentimientos. Vanos objetos de la tierra, huid delante de mí. Ya sé en quien debo pensar, en quien he de esperar, á quien debo amar, y quien debe ser el constante objeto de mis suspiros. Mi celestial Madre me lo ha enseñado con su ejemplo. Ella pidió con fervor la venida del que había de venir; Ella con sus suspiros y ánsias apresuró el

tiempo de nuestra redencion; los Cielos llovieron al Justo, se obró la reparacion tan deseada; es preciso ahora que cada uno nos la procuremos y apliquemos; es necesario que el Salvador venga á cada uno de nosotros por su gracia, que nos visite desde lo alto; y en vano esperaríamos que nos visitase si no nos preparásemos con santos deseos, con suspiros y fervorosos votos. Este Rey de la gloria no entra en las almas terrenas, en las almas que se alimentan de la tierra, porque todos sus deseos, sus esperanzas y pensamientos son de la tierra; quiere corazones abrasados en el divino amor, almas que suspiren por Él. Suspiremos, pues, llamándole en nuestro auxilio con los deseos de la Vírgen Santísima.

¡Vírgen adorable! nosotros sabemos que siguiéndoos no nos perdemos; que imitándoos, nos salvamos; que implorando vuestra clemencia, os encontramos; y que con Vos, en Vos y por Vos es nuestro el reino de los Cielos. Haced, pues, que, imitando vuestro ejemplo, nuestros pensamientos estén fijos en Dios, y que nuestros afectos se dirijan á Dios; haced que suspiremos por nuestro Salvador, que venga á visitarnos con su gracia, y que reine siempre en nuestros corazones, para que podamos reinar con Él en la gloria. *Amen.*

EXPECTACION DE LA VÍRGEN MARÍA.

DISCURSO II.

Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.
Mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios Salvador mio.
(Luc. I, 47.)

No admite duda que, desde el momento en que tuvo María la gloria de concebir del Espíritu Santo y ser Madre sin cesar de ser vírgen, este inefable misterio ocupó habitualmente sus pensamientos, su corazon y su alma; y que la presencia, la vista de un Dios encarnado en su seno suscitó frecuentemente en su ánimo santos transportes de admiracion, de gozo, ternura y agradecimiento: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* Si tanto brillaron en Ella estos grandes sentimientos religiosos en la célebre visita que hizo á su prima Isabel, ¿con qué acrecentamiento de fervor y amor no se manifestarían al aproximarse su alumbramiento, y ante todo, en el dichoso instante de la natividad de su divino Hijo? En el tiempo en que estamos, este es un hermoso asunto digno de meditacion é instructivo para las almas devotas que atiendan á su mayor bien. Ocupémonos pues de él; pero pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

Ningun modelo tenemos más excelente y perfecto, despues de Jesucristo, que su incomparable Madre, criatura la más eminente en gracias, en luces y en santidad. Así, pues, el mejor modo de prepararnos para que nazca Jesucristo en nosotros es, participar de antemano de los sentimientos y disposiciones de María. Antes, en varios puntos de la cristiandad, principalmente en España y ahora en todas las iglesias católicas, celébrase con este espíritu una fiesta particular en honor de la Santísima Vírgen con el título de la *Expectacion*, ó es-

tiempo de nuestra redencion; los Cielos llovieron al Justo, se obró la reparacion tan deseada; es preciso ahora que cada uno nos la procuremos y apliquemos; es necesario que el Salvador venga á cada uno de nosotros por su gracia, que nos visite desde lo alto; y en vano esperaríamos que nos visitase si no nos preparásemos con santos deseos, con suspiros y fervorosos votos. Este Rey de la gloria no entra en las almas terrenas, en las almas que se alimentan de la tierra, porque todos sus deseos, sus esperanzas y pensamientos son de la tierra; quiere corazones abrasados en el divino amor, almas que suspiren por Él. Suspiremos, pues, llamándole en nuestro auxilio con los deseos de la Vírgen Santísima.

¡Vírgen adorable! nosotros sabemos que siguiéndoos no nos perdemos; que imitándoos, nos salvamos; que implorando vuestra clemencia, os encontramos; y que con Vos, en Vos y por Vos es nuestro el reino de los Cielos. Haced, pues, que, imitando vuestro ejemplo, nuestros pensamientos estén fijos en Dios, y que nuestros afectos se dirijan á Dios; haced que suspiremos por nuestro Salvador, que venga á visitarnos con su gracia, y que reine siempre en nuestros corazones, para que podamos reinar con Él en la gloria. *Amen.*

EXPECTACION DE LA VÍRGEN MARÍA.

DISCURSO II.

Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.
Mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios Salvador mio.
(Luc. I, 47.)

No admite duda que, desde el momento en que tuvo María la gloria de concebir del Espíritu Santo y ser Madre sin cesar de ser vírgen, este inefable misterio ocupó habitualmente sus pensamientos, su corazon y su alma; y que la presencia, la vista de un Dios encarnado en su seno suscitó frecuentemente en su ánimo santos transportes de admiracion, de gozo, ternura y agradecimiento: *Exultavit spiritus meus in Deo salutari meo.* Si tanto brillaron en Ella estos grandes sentimientos religiosos en la célebre visita que hizo á su prima Isabel, ¿con qué acrecentamiento de fervor y amor no se manifestarían al aproximarse su alumbramiento, y ante todo, en el dichoso instante de la natividad de su divino Hijo? En el tiempo en que estamos, este es un hermoso asunto digno de meditacion é instructivo para las almas devotas que atiendan á su mayor bien. Ocupémonos pues de él; pero pidamos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

Ningun modelo tenemos más excelente y perfecto, despues de Jesucristo, que su incomparable Madre, criatura la más eminente en gracias, en luces y en santidad. Así, pues, el mejor modo de prepararnos para que nazca Jesucristo en nosotros es, participar de antemano de los sentimientos y disposiciones de María. Antes, en varios puntos de la cristiandad, principalmente en España y ahora en todas las iglesias católicas, celébrase con este espíritu una fiesta particular en honor de la Santísima Vírgen con el título de la *Expectacion*, ó es-

pera de su parto. ¡Y qué sentimientos fueron ésos! ¡Cuáles serían las disposiciones de María, en un acontecimiento tan interesante para Ella y para el universo! En él halló, á un tiempo, grandes motivos de gozo y ocasiones de muy amargos sufrimientos. Verdad es, que no habiendo participado del pecado original, como tampoco de la concupiscencia; que habiendo concebido del Espíritu Santo sin mengua de su virginal pureza; que llevando en su seno á un Hombre-Dios, al autor mismo de la vida y de la gracia, no estuvo sujeta á la maldicion de Eva y á su castigo; que no sufrió como las demás hijas de Adán las incomodidades, disgustos, desmayos, dolencias, dolores y peligros de la maternidad. Sin embargo, para el ejercicio de su virtud y para instruccion nuestra, sufrió y sostuvo con valor algunas pruebas.

En primer lugar, la inquietud y el peligro de pasar por criminal á los ojos de su casto esposo, á quien estimaba y quería, cuya delicadeza conocía y cuya virtud respetaba. José advirtió que María estaba en cinta, y sabía que debía de ser vírgen: ¿cómo salvar, pues, su honra y su inocencia? Tamaño prodigio no era para creído bajo la palabra de la persona interesada. Por lo tanto, María hubo de sufrir en silencio, viéndose expuesta á la más humillante afrenta, sin osar, sin poder justificarse. Por eso hizo Dios un nuevo milagro, aunque no se lo había prometido.

En segundo lugar, un edicto de César, una ley soberana, que la obliga á dejar su morada de Nazareth, para trasladarse á la ciudad de David por un camino penoso, en una estacion rigurosa, al aproximarse el término de su embarazo, sin ninguna de las comodidades que exije su estado y que su pobreza la niega.

Además, la humillacion de las negativas, de los desprecios y repulsas que sufre en Belén, donde se ve rechazada y abandonada de todos, en un estado que debería excitar la compasion y la caridad hasta entre los bárbaros.

Por último, la desnudez, miseria é incomodidad del establo donde se ve precisada á retirarse, para dar á luz á un Hijo, de quien no fueran bastante dignos los alcázares reales.

María siente vivamente todas esas mortificaciones, todas esas incomodidades, todos esos apuros y humillaciones, todos esos disgustos y penalidades; pero son otras tantas ocasiones de méritos y medios de santificacion; es la voluntad de Dios y la disposicion de su providencia; es la economía de los designios del Cielo en la obra de la Redencion del mundo, y una medida conforme con el espíritu de este

misterio; eso basta: María lo lleva todo con resignacion, con humildad, paciencia y valor, santamente solícita por unir su estado y sus disposiciones á las humillaciones de su divino Hijo.

En ese oscuro y humillante estado, en ese pobre establo espera pues María con santa impaciencia, la consumacion de la obra de Dios y el próximo nacimiento del Mesías, á quien tiene la dicha y la gloria de llevar en su seno, desde hace nueve meses. ¿Quién pudiera decir todo lo que pasó interiormente en Ella durante aquel último día? ¿Quién podrá comprender sus íntimas comunicaciones con Dios, la profundidad de su contemplacion, la sublimidad de sus pensamientos, los sentimientos afectuosos de su corazon, la viveza de su fé, la solicitud de su esperanza, la grandeza de su amor, el ardor de sus votos y suspiros, los arranques de su alma absorta en Dios, y enajenada por el deseo de ver cumplirse, en fin, los oráculos de los profetas, y aparecer en la tierra el Salvador del mundo?

¡Y qué incremento de fervor y éxtasis en el dichoso instante en que el divino Salvador sale de su seno virginal sin alterar ni afectar su integridad! ¡Qué arrobamiento cuando ve de repente en su amado hijo al Hijo mismo de Dios, y al hijo más hermoso de los hombres! Su espíritu queda arrebatado de admiracion y sus sentidos se estremecen de alegría: sus encantados y enternecidos ojos no se cansan de contemplarle. Adórale con veneracion, como á su Dios; bésale enajenada, como á su hijo; derrama sobre Él lágrimas de ternura, como sobre una víctima; ofrécele al Señor con amor generoso, y su corazon se inflama de nuevo en los vivos sentimientos de religion y agradecimiento que Ella expresaba ya tan notablemente con un cántico admirable en el dia de su visita en la casa de Isabel.

Magnificat anima mea Dominum (1). Mi alma admira y glorifica al Señor. Publique mi voz sus grandezas y maravillas. Alabado y bendito sea su santo nombre. Suyos son la majestad, la fuerza, la sabiduría, el poder y la gloria.

Et exultavit spiritus meus in Deo salutari meo. Mi corazon se dilata y se regocija en Dios, autor de mi salvacion. Él es el objeto de mis complacencias, de mis afecciones, de mi amor, de mis acciones de gracia y de mis alabanzas.

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ. Porque tendió una mirada de bondad y de predileccion á su humilde sierva, para honrarme con un favor infinitamente superior á la condicion humana, elevándome

(1) Luc. I.

con su gracia y su eleccion á la eminente dignidad de Madre de Dios.

Ecce enim ex hox beatam me dicent omnes generationes. Por eso todas las generaciones admirarán y exaltarán mi dicha. Desconocida ahora y oculta para el mundo, poco ambiciono sus miradas, su aprecio, sus alabanzas; pero Dios mismo manifestará la asombrosa maravilla al universo, el cual bendecirá en mí á la madre más favorecida y dichosa.

Quia fecit mihi magna qui potens est. En efecto, el Omnipotente obró grandes cosas en mí y para mí. Una hija de Jacob, que es la hija querida del Altísimo; una mujer casada y fecunda que es siempre vírgen; una vírgen madre que ha concebido del Espíritu Santo; una madre mortal que es madre de Dios; una humilde sierva exaltada sobre todos los soberanos del universo... ¿Hubo nunca en mi sexo semejante prodigio de gracia y encumbramiento?

Et misericordia ejus à progenie in progenies. Pero aún más me mueve, más me interesa la salvacion del género humano y la grandeza y extension de la misericordia del Señor, cuyo instrumento soy, que este encumbramiento, este exceso de gloria y felicidad personal. El inenarrable misterio de la redencion del mundo, que comienza á cumplirse con mi cooperacion, es de ello la prenda más caracterizada, más excelente, más eficáz; y perpetuará sus frutos de edad en edad, hasta las más remotas generaciones.

Suscepit Israel puerum suum, recordatus misericordiæ suæ, sicut locutus est ad patres nostros. Sé lo que Dios protector de nuestros padres hizo en otro tiempo para libertar á los hijos de Israel; pero en este último acontecimiento se ha acordado con especialidad de su misericordia y sus promesas para librar gloriosamente á su pueblo, no ya de la esclavitud de Egipto, sinó de la servidumbre del demonio y del pecado. Todos los verdaderos hijos de Abrahán, que su único Hijo acaba de salvar particularmente, van á ser tambien su conquista y su herencia por una nueva alianza mucho más honrosa, hasta el fin de los siglos perpetuada. Sea glorificado y para siempre alabado y bendito. *Magnificat anima mea Dominum.*

¡Oh santísima y purísima Vírgen, arca de la alianza, aurora del Sol de justicia, Madre del Redentor, fuente de la salvacion del mundo, refugio de los pecadores, modelo de los justos, reina de los ángeles y de los hombres! ¿Qué corazon sería bastante duro para que no le hiciesen mella los sentimientos de inquietud, tristeza, resignacion, esperanza, gozo, admiracion, ternura, agradecimiento, celo y

ardor de que se penetró tu alma en la memorable época de la natividad de tu divino Hijo? Obténnos en proporcion las mismas disposiciones, la misma solicitud, el mismo fervor, los mismos trasportes de piedad y amor. ¡Oh Madre admirable del Todopoderoso! Tú tienes derechos sobre su corazon y puedes acercarte á su trono confiada en su favor. Preséntanos, pues, á este Dios de misericordia, que se dignó encarnarse en Tí y cargar con los achaques de nuestra naturaleza, para hacernos partícipes de las grandezas de la suya. Su misma gracia purifique y prepare nuestros corazones para su venida. Haz que su bondad indulgente reciba en honor de santidad el homenaje de nuestros votos y acciones de gracia; y que nos aplique los frutos de su redencion para su propia gloria y eterna salvacion nuestra! Así sea.

MARÍA EN EL MISTERIO DEL NACIMIENTO

DEL HIJO DE DIOS.

DISCURSO I.

Et peperit filium suum primogenitum.
Y parió á su hijo primogénito.
(Luc. II, 7.)

Un Dios hecho hombre por amor al hombre, ¡qué misterio, cristianos, qué impenetrable misterio! Un Dios existente por sí mismo, un Dios eterno, que en el tiempo comienza á existir con una naturaleza nueva y creada; un Dios de una grandeza y una majestad infinitas, que se une personalmente y de la manera más íntima á una carne de barro; un Dios, cuya inmensidad no tiene límites, y que se encierra en los estrechos de un cuerpo humano; un Dios infinitamente dichoso, que se sujeta á las miserias y debilidades de nuestra humanidad; un Dios, Soberano y Señor del universo, que toma la forma de un esclavo; un Dios infinitamente santo y con la santidad por esencia, que se reviste de una carne de pecado; un Dios reducido á tan profunda humillacion por amor al hombre, por hacerse semejante suyo, para obtener así más fácilmente su amor. ¡Ah! yo lo repito; ¡cuán grande y profundo es este misterio de la caridad infinita de nuestro Dios!

Pero, puesto que era menester humillarse hasta el punto de cubrirse con las formas de nuestra humanidad, ¿no podía al ménos ahorrarse las ignominias de la concepcion, de la infancia, formarse un cuerpo adulto, y aparecer en la tierra en el estado de hombre perfecto, como había aparecido en el jardin de delicias el padre del género humano? Sin duda que podía; pero no bastaba á su amor el hacerse semejante al hombre haciéndose hombre; para hacer esta semejanza más entera y completa, quiso tomar cuerpo humano en

las entrañas de una Vírgen madre por medio de una verdadera concepcion, y salir á luz por la de un verdadero alumbramiento.

Aquí está pues, ¡oh prodigio! aquí está contenido en un cuerpecito, cuya formacion y organizacion no han alcanzado todavía el grado que es absolutamente necesario para vivir. Este cuerpo pequeño va creciendo y desarrollándose poco á poco, con el nutrimento que le comunican las entrañas maternales. Ahí está pues, encerrado, sepultado durante nueve meses en el seno maternal: pero ya espiran los nueve meses, y llegamos á la hora feliz en que va á aparecer el divino Niño. ¡Ah! ¡venid, Señor, venid! mostraos al mundo; venid á cautivar por medio de las gracias y amabilidades de vuestra infancia el corazon de estos mismos hombres, que habeis amado hasta el punto de ser su semejante, aún en el misterio mismo de vuestro nacimiento. Tal es, cristianos, el dulce y amable objeto, el santo y prodigioso espectáculo que vamos á meditar; digno, muy digno de vuestra atencion constante y más religiosa que nunca. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

La Vírgen purísima, la augusta y divina Madre se había, pues, refugiado en el establo de Belén: allí, sin duda, humildemente arrodillada, con la cabeza modestamente inclinada, con las manos piadosamente cruzadas sobre su pecho casto y puro, arrebatada fuera de sí misma por un éxtasis sublime, ó cuando ménos absorta su alma en Dios, aguardaba el momento venturoso en que podrían sus maternales ojos fijarse con júbilo en el tierno objeto de su amor, oculto aún en su castísimo seno. José estaba á su lado en una postura idéntica, y uniéndose á Ella con el pensamiento, sentía en el corazon los mismos afectos y los santos deseos de su esposa. Todo estaba en torno de la gruta sumido en profundo silencio, y la naturaleza parecía que estaba atenta y como en suspenso á la aproximacion del augusto y misterioso acontecimiento. La noche había ya recorrido la mitad de su carrera, y nunca tal vez, desde que fué separada del dia, nunca había estado tan tranquila; nunca las estrellas habían brillado con tanto resplandor; cuando llega, por fin, el momento solemne que deseaba ansiosamente la tierra cuatro mil años hacía, el momento feliz, en que el Invisible se mostró á los mortales en forma humana; el momento deseado, en que el Hijo de Dios, hecho hombre, abandonó la oscura prision que lo había guardado nueve meses. Él sale del inmaculado seno de María, sin causar la menor lesion á su virginidad; por el contrario, Él realza su lustre, como el rayo de luz que al par-

tir de una estrella la dá más hermosura y esplendor. ¡Qué momento de felicidad para María, cuando abre su ojos inflamados por un santo deseo, y ve reclinado ante Ella el fruto divino de sus entrañas!

¡Ah! yo no sé; pero me imagino que, reprimiendo el trasporte de alegría y de amor que la impulsaba á cogerlo en sus brazos y estrecharlo contra su pecho, se ha prosternado ántes con las manos juntas y la cabeza inclinada ante el récien nacido para adorarlo profundamente, reconociendo en él á su Señor y Dios, y para darle tambien las gracias por haberse dignado escogerla para Madre suya por un exceso de amor; á Ella, su pobre y humilde esclava. Despues de haber dado rienda suelta á los sentimientos inefables de respeto, de adoracion y de reconocimiento que llenan su corazon, se abandona á los dulces trasportes de su ternura maternal.

A esta expansion de ternura y gozo maternales suceden los cuidados y los deberes que le impone el dulce título de madre; Ella no ha olvidado el llevar consigo pañales, cuyo poco valor compensa una limpieza exquisita. María los coge, los despliega, envuelve con ellos el cuerpo tierno y delicado del divino Jesús; y del mejor modo que le permite este estado de pobreza y de miseria, lo pone al abrigo de las injurias de la noche, de la estacion y del aire que se dejaban sentir ¡ay! demasiado vivamente en aquella gruta entreabierta. Despues ¡oh Cielo! no teniendo otro lecho ni otra cuna, se la ve triste y resignada acostar suavemente á su Jesús en el pesebre, sobre el heno y la paja que allí había, entre los dos animales que le dan calor con su aliento. Camas régias, cunas de oro y de marfil, que brillan con las piedras preciosas que las guarnecen, ¡oh! ¡cuán desapreciables pareceis comparadas á ese pesebre, á esa paja, á ese heno, que tiene el insigne privilegio de recoger los miembros delicados del Rey de los siglos, y de servir para el descanso de un Dios; pero, ántes de colocarlo en esta humilde cuna, es muy probable que María lo trasladó de sus manos á las de su esposo. ¡Con qué respeto, con qué afectuosa emocion, con qué santo trasporte debió recibir José al niño Dios, y acercarlo á su pecho! Indudablemente se quedó inmóvil y como en éxtasis contemplando sus divinas facciones; indudablemente las cubrió de besos respetuosos, las mojó con dulces lágrimas.

Pero ¿qué ocurre en este momento? ¿Dónde están los mensajeros destinados á difundir en la comarca la fausta nueva? ¿Dónde están los adoradores que van á rendir homenaje al Rey de Israel que acaba de nacer, al Rey de los reyes, al Señor del universo? ¿Quién será el primer mortal que tenga noticia de su nacimiento? ¿Quién logrará este

insigne honor ántes que los demás? A una milla próximamente de Belén, se levantaba la torre llamada del Ader, es decir, del Rebaño, al pié de la cual se extendía una espaciosa llanura que ofrecía en todas las estaciones abundantes pastos. Allí cuidaban de sus rebaños algunos pastores que velaban alternativamente por la noche, y que envueltos quizá en pieles de ovejas, ó cobijados bajo el techo de alguna cabaña, tenian el ojo alerta para impedir que los animales dormidos fuesen sorprendidos por algun lobo hambriento ó algun diestro ladron. Todo inclina á creer que durante aquella noche, ó por lo ménos en aquella hora venturosa, los pastores que se hallaban de guardia, eran los más sencillos, los más cándidos, los más virtuosos, los más dignos, en fin, entre todos los demás de las bendiciones del Cielo.

Ahora bien; miéntras se entretenían ellos en santas pláticas, de repente una luz viva brilla á sus ojos, y un ángel de Dios aparece sobre su cabeza bajo humana sombra y gracioso aspecto. Los pastores permanecen un instante inmóviles por la sorpresa, embargados en santo temor á la vista de esta maravillosa claridad, y más aún á la del personaje celestial; pero, para disipar su sorpresa y terror, el enviado de Dios les dirige estas palabras llenas de dulzura: «No temais, almas queridas de Dios; yo os anuncio una nueva que será para vosotros y para todo el pueblo motivo de mucho regocijo; que hoy, que en esta misma noche, el Salvador tan deseado acaba de nacer en la ciudad de David. Vosotros sois llamados á verle los primeros, á reconocerlo y adorarlo; y este es el signo que os preservará de error: en la gruta de Belén, que os es tan conocida, encontrareis un niño envuelto en pañales y reclinado en el pesebre.»

La voz se calló, y en un abrir y cerrar de ojos viene á unirse con el ángel mensajero un coro numeroso de espíritus celestiales, que juntando su voz á la dulce armonía de sus arpas y sus liras, entona al Señor y canta repetidas veces este hermoso cántico de alabanzas: «Gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» Estos buenos pastores estaban tan maravillados, tan fuera de sí mismos, que no sabían si se hallaban en la tierra ó en el Cielo. Pero el canto cesó, y la vision celeste y la claridad deslumbradora desaparecieron en el mismo instante. Volviendo entónces en sí mismos, los pastores se miraban unos á otros llenos de admiracion y alegría, y se decían entre sí: «¡Oh! ¿qué es lo que hemos visto? ¿Qué hemos oido? ¡Oh feliz nueva! ¡Oh, dichosos nosotros mismos! ¡Cómo! ¿Es verdad que nos han hablado los ángeles?... ¿Somos nosotros los invitados en primer lugar por los ángeles para contem-

plar al Niño divino? ¡Ah! ¿por qué nos detenemos, por qué no corremos, por qué no volamos á Belén para ver la maravilla que el Señor nos ha anunciado?»

Y hé aquí que parten en seguida, abandonando sus rebaños, acelerando su marcha, y llegan ya á la gruta venturosa en el momento en que la aurora esparce sus primeros resplandores, dorando el horizonte con una luz más pura y más serena que nunca. El deseo ardiente de contemplar al Niño que los atraía junto á su cuna, no les permite reflexionar en la pobreza del lugar en que se había dignado nacer y venir al mundo Aquel que venía á reinar sobre él. Humildes, respetuosos, con el corazon agitado por la impaciencia de su deseo, entran en el establo, suavemente, sin ruido, conteniendo la respiracion, se acercan al pesebre, y ven primero á María y á José: á María, á quien reconocen al punto como Madre del Niño; á José, en quien descubren el guardador del Dios que acaba de nacer.

Acogidos bondadosamente, é invitados con amabilidad á aproximarse al divino Niño, lo encuentran, segun las palabras del enviado celestial, envuelto en pañales y reclinado en el pesebre. ¡Oh! en aquel instante se arrodillan, y llenos de vida, adoran en aquel precioso Niño á su Rey, á su único soberano Señor. Imagínese aquí cada uno, porque yo no podría explicarlo convenientemente, cual fué el lenguaje secreto que el Niño Dios dirigió al corazon de los pastores, y el que hablaron los pastores con Él, el que salió de su corazon y de su boca, el que se exhaló en llamas de amor que despedía su pecho, en dulces lágrimas que corrían de sus ojos, y quizá en afectuosos besos, si acaso les fué permitido el tenerlo en sus brazos y el estrecharlo contra su pecho. ¡Oh almas felices queridas del divino Niño por vuestra humildad y candor! ¡Quién podría decir la abundancia de dones que recibisteis en aquel lugar afortunado, y cuan ricos partiriais al salir de allí de gracias, inflamados y encendidos en amor divino.

Pero aquí, amados oyentes, vuestra imaginacion os recuerda como indispensablemente, el espectáculo encantador que teneis costumbre de contemplar todos los años el dia de la Natividad, en los pesebres artificiales que la piedad se complace en exponer en las iglesias y en el interior de las casas. Acostumbrados estais á ver en ellos una multitud de piadosos pastores que acuden de todas partes á la venturosa gruta. Los unos aparecen en la cima de una montaña escarpada, los otros en la vertiente de un gracioso collado; esotros caminan por la márgen de un alegre riachuelo, ó atraviesan alegres y verdosas

praderas. A veces se descubren habitaciones rústicas, pero limpias y agradables, ó bien chozas mal construidas y resquebrajadas, de donde se ven salir y ponerse en camino, vestidos de diferentes maneras, hombres, mujeres, jóvenes robustos y modestas campesinas; ancianos encorvados que andan con paso vacilante apoyados en su cayado, y ágiles muchachos, que parece que se agitan sin cesar y que soportan con pena la mano maternal que los conduce. Entre esta multitud, uno lleva en los brazos y otro en los hombros un hermoso corderillo; esotro tira de una oveja blanca como la nieve; este lleva en la cabeza una vasija de leche cuajada ó de manteca fresca; aquel ostenta en un cestillo frutas regaladas; algunos, en fin, llevan en las manos ramilletes de flores.

En esta clase de representaciones habeis visto, por lo comun, algunos pastores á la entrada del establo, no atreviéndose á penetrar en él, retenidos por un sentimiento de temor religioso, alargando la cabeza para ver el interior de la gruta; algunos están ya dentro y se prosternan tocando la tierra con su frente; otros, en fin, han llegado á los piés de la Vírgen Madre, que teniendo sobre sus rodillas al divino Niño, lo presenta á sus ojos enternecidos y húmedos con lágrimas de alegría, les permite que lo adoren, que lo bendigan, que lo acaricien, y acepta en nombre de su Hijo y con muestras de la más amable gratitud los presentes, que hace mayores la generosidad de sus corazones. Pero ¡cómo! ¿Todo esto no sería más que una pura ficcion, un capricho piadoso de nuestra mente? ¿En todo esto no habría nada de cierto? Apresurémonos, hermanos mios, á esclarecer esta duda, á resolver esta cuestion.

Es verdad que el Evangelio no nos habla más que de los primeros pastores, que advertidos ó invitados por el ángel, corrieron á Belén á comprobar la verdad de las palabras celestiales; pero se dice, que habiendo partido de allí y regresado á sus montañas, glorificaban y alababan á Dios por tan precioso beneficio; que publicaron la feliz nueva por toda la comarca; que excitaron en cuantos los oyeron una profunda admiracion: y es muy natural creer, que no se cansaban de repetir y contar en todas partes todo lo que habían visto bello, amable y sorprendente. Ahora bien; los que oyeron referir tan grandes y prodigiosos sucesos ¿no debieron sentir un ardiente deseo de participar de la misma dicha? ¿No sintieron como un aguijon que les impelía á correr, á volar á la humilde y santa morada, para gozar del maravilloso espectáculo, para conocer al Niño Dios, al Salvador récien nacido, y para presentarle como signo de adhesion, de amor y de agra-

decimiento lo mejor que podia ofrecerles la pobreza á que se hallaban reducidos? Vosotros, carísimos hermanos, si hubierais oido tales maravillas de la boca misma de aquellos buenos pastores, ¿hubierais podido prescindir de correr á Belén? ¡Ah! para ser indiferentes en tal caso, hubiera sido preciso tener un corazon de hielo, un corazon desprovisto de todo amor de Dios, de todo sentimiento de fé, y casi diría un alma absolutamente privada de sentido y de razon. Algo, pues, digno de respeto hay, que recuerda la verdad de los hechos en esa especie de representaciones artificiales, que os ofrecen á la vista el concurso, la diligencia con que aquellos buenos pastores tributaron sus homenajes al Niño Dios. Y ahora que nosotros lo hemos visitado y adorado en espíritu, fijemos en Él un instante más nuestras miradas, para recoger una gran leccion de moral cristiana.

Un Dios, que solo por salvarnos aparece en el mundo en medio de una miseria tan profunda, y se reduce á su nacimiento á tal extremidad, ¡qué prueba sublime, cristianos, de la soberana importancia de nuestra eterna salvacion! ¡Justo es, pues, que para conseguirla pongamos en ejercicio todos nuestros medios, toda nuestra solicitud, el trabajo incesante de todos los dias! ¿Miraremos como cosa difícil é incómoda la práctica de la humildad, de la pobreza, de la mortificacion, despues que un Dios ha querido nacer en tan profunda abyeccion, en desnudez tan absoluta? Id á la cuna de un Dios tan humillado, vosotros, magnates de la tierra; en presencia de tan elocuente ejemplo, ¿vacilareis en concebir sentimientos más humildes, en despojaros de vuestra ambicion, en menospreciar la pompa y el fausto de las grandezas de la tierra? Id, vosotros tambien, ricos del mundo, á la cuna de un Dios tan pobre: en presencia de tal abnegacion ¿vacilareis en desprender vuestro corazon de los bienes terrenales, en reprimir la insaciable codicia, en usar cristianamente de las riquezas que Dios os ha dispensado? Corred vosotras tambien, almas sensuales, á la cuna de un Dios tan mortificado; á su vista ¿vacilareis en domar vuestros rebeldes apetitos, en vigilar con más cuidado vuestros sentidos, en reducir vuestra carne al yugo y á la esclavitud blanda de la ley divina? ¡Ah! el orgullo, la codicia, la sensualidad, ¿podrían resistir el espectáculo de ejemplo tan sublime? Pero vosotros, los que vivís en la oscuridad y en la afliccion, venid tambien á la cuna del Niño Dios, y á la vista del ejemplo que os dá, aprended á sobrellevar con paciencia las penas de vuestra condicion y aún á considerarla como útil y honrosa.

¿Podreis quejaros de vuestra humilde posicion, y dejaros abatir por la oscuridad y el desprecio que os rodean, cuando contempleis á un Dios, que por amor vuestro se ha dignado de nacer en tan profunda humillacion? Vosotros, pobres de la tierra, ¿podreis quejaros de vuestra desnudez, avergonzaros de vuestras miserables viviendas y de los harapos que os cubren, cuando veais á un Dios, que por amor vuestro soporta y honra con su ejemplo la pobreza? Vosotros, afligidos, ¿podreis quejaros de vuestras desgracias? ¿Os aparecerán amargas vuestras aflicciones, cuando tengais ante vuestros ojos á un Dios, que por amor vuestro comienza su vida en la miseria y el sufrimiento? Y despues de esto, ¿habría alguno á quien se le presentára el camino de la salvacion demasiado áspero, árduo y difícil? Un Dios infinitamente dichoso en sí mismo, quiere, sin que en ello tenga interés, únicamente por amor nuestro, entrar desde su nacimiento por la senda de la salvacion; Él nos precede en ella, y nos invita á seguir sus huellas; y nosotros, que estamos en ello tan interesados, ¡juzgaremos penoso el imitar el ejemplo y el seguir las huellas que nos ha dejado nuestro divino Salvador! ¡Ah! cúbrase de rubor nuestra frente, hermanos mios, y á los piés de Jesucristo pidamos y procuremos concebir sentimientos más cristianos y más dignos de nuestra santa vocacion.

¡Vírgen adorable! nosotros hemos venido á recoger flores para ofrecéroslas; la flor que hoy os presentamos es la firme resolucion de aprovecharnos de las enseñanzas que nos disteis y que nos dió vuestro Hijo y nuestro Redentor en el Portal de Belén. Dadnos, Señora, la gracia que necesitamos para ponerla en práctica; hacednos verdaderos imitadores vuestros, para que podamos ser con Vos eternamente dichosos.

MARÍA EN EL MISTERIO DEL NACIMIENTO

DEL HIJO DE DIOS.

DISCURSO II.

Transeamus usque Bethlehem, et videamus hoc verbum quod factum est, quod Dominus ostendit nobis

Vamos hasta Belén, y veamos este suceso prodigioso que acaba de acontecer, y que el Señor nos ha manifestado.

(Luc. II, 15.)

Al contemplar el tierno espectáculo que nos presenta el establo de Belén, las más dulces y encontradas emociones conmueven mi corazon. Un Dios niño, una Madre vírgen, un Esposo castísimo, sencillos pastores que adoran humildes al divino Infante, ángeles que cantan: «Gloria á Dios en las alturas, y paz á los hombres en la tierra.»

Sin duda alguna, el Dios Niño es el sol que brilla en este feliz horizonte; pero, á su lado, está la pura y hermosa María, que siendo Madre de un Hombre Dios, la más excelsa de todas las criaturas, la Reina de Cielos y tierra, roba tambien nuestro corazon. Loores sin fin sean dados al divino Infante; á Él pertenecen nuestras almas y corazones; suyas son de derecho las primicias de nuestras adoraciones; pero, complácese el Niño Dios en que, despues de haberle tributado los soberanos cultos que le son debidos, nos empleemos en obsequio de su santísima y purísima Madre. Así lo haremos hoy, católicos, en este dia, y hé aquí el objeto de mi discurso: María, la más prudente de las mujeres, considerada en el misterio del nacimiento del Hijo de Dios. La materia no puede ser más abundante, pero ni el lenguaje humano se presta á expresiones inefables, ni la cortedad del tiempo que me es dado hablaros, me permite extenderme cuanto mi corazon quisiera. Para el acierto imploremos la asistencia del Espíritu Santo. A. M.

Considero aquí la prudencia, católicos, como la tutora, como la guardadora de las demás virtudes; de tal modo, que las suponga todas, pues que á los ojos de Dios y al través del prisma evangélico las virtudes, para que sean perfectas, van hermanadas necesariamente. Son como un ramillete de olorosas flores escogidas en el verjel divino; han de ir conjuntas, han de estar enlazadas para que del reflejo celestial con que unas hermosean á otras, resulte esa divina armonía que hace se complazca el Señor en el corazon de un justo como en un paraiso, como en un cielo. Si algun corazon había que fuese un verdadero paraiso, en cuya morada se complaciese el Altísimo, era seguramente el corazon de María purísima, aún en el instante mismo de su concepcion; jamás admitió Ella en el suyo ni aún la sombra del pecado: era María la verdadera mística ciudad de Dios, fundada por manos del mismo Dios: era un alcázar real de soberanas virtudes, asegurado y defendido por el Dios de los ejércitos, que amaba á María más que á todas las criaturas juntas. No podía, de consiguiente, refugiarse en su interior ninguna cosa que pudiera mancillar el lustre de sus virtudes.

Pero hay en la conducta angelical de María una circunstancia muy digna de notarse, y de la que me he propuesto hablaros. Apénas tuvo uso de razon, conoció los extraordinarios favores de que era objeto de parte de la Divinidad. Sin embargo, pasa su primera infancia en compañía de otras doncellas, sin que jamás se note en Ella nada que la haga aparecer singular. Era esta ya una consumada prudencia en una edad infantil. Crece en edad, y las virtudes y las gracias y los favores ván en aumento: siempre la misma celestial prudencia, la misma humildad, la misma reserva.

Llegó, por fin, el venturoso dia de la Encarnacion, de ese acontecimiento el más grande en los fastos del mundo, dia principio de nuestra restauracion. El arcángel Gabriel viene de parte del mismo Dios á anunciar á María, que en el mismo instante el Espíritu Santo descendería á su seno y obraría en él el misterio inefable de la Encarnacion. María responde al arcángel con una humildad, laconismo y prudencia, que prueban cuán digna era de tan alto honor. En el momento mismo el arcángel desaparece, y queda obrado el altísimo misterio de la Encarnacion del Verbo.

María, deseando ser útil á su prima santa Isabel, parte desde Nazareth á las montañas de Judá. Sabe que es Madre del Salvador del mundo; conoce que es Templo vivo que lo encierra en su seno. Mayor gloria no era dable en la tierra ni aún en los Cielos; sin embargo,

humilde y prudente, hace su viaje como cualquiera otra mujer ordinaria; llega á casa de Isabel, y la saluda primero, cual si le fuera inferior. Espera que Isabel hable, y esta Mujer, habitualmente tan reservada, pronuncia aquel grandioso, sublime y sentimental cántico del *Magnificat*, que regocija el corazon de los cristianos, desde hace cerca de veinte siglos. Silencio y reserva, cuando así lo exigen los intereses divinos y el ejercicio de la humildad; habla, pero poco, pero muy á tiempo, pero con sentido sublime, cuando así lo pide la honra del Dios que estrecha en su seno, y la caridad para con una parienta ilustre, que lleva en el suyo al Precursor. ¡Prodigio de prudencia!

Acércanse los días tan suspirados por los profetas y justos de la ley antigua: está muy cerca el venturoso instante en que el Mesías vá á salir al mundo; cuenta el tiempo, los momentos son preciosos; pero una órden llega del César, y es preciso vaya José á empadronarse con María á la ciudad cabeza de su familia. María no replica, sigue humilde á José, y espera en la providencia de Aquel que lleva en su seno. Hace el viaje en una estacion incómoda, en el corazon del invierno: sus escasos haberes no le permiten lo haga con comodidad; el celosísimo José hace cuanto puede por minorar las fatigas á la que sabe que es Madre de Dios. Pero Dios, que enviaba á su Hijo para padecer, dispone que al llegar á Belén se cumpla el momento del nacimiento divino. José, sin duda, procuró de todos modos preparar un alojamiento cómodo á su esposa; llamó de puerta en puerta; las halló todas cerradas. Habíase dado á conocer de sus parientes; ninguno le acogió: el tiempo urgía, sin embargo, y los instantes eran preciosísimos. Vá al meson, todo lo halla ocupado; y el Dios que crió cielos y tierra, al nacer en ésta, tiene que albergarse en un establo ó portal descubierto que se hallaba en el arrabal de Belén.

Allí, allí María, puesta en oracion, y dando gracias al Señor porque era venida la hora de la llegada de Dios al mundo, cuando los astros del firmamento estaban en el medio de su carrera, cuando la noche estaba en la mitad de su camino, María dió á luz al Salvador del mundo. Esta prudentísima Vírgen Madre olvida todas las tristes escenas que pasaron con José en busca de un albergue: sabe que el Niño Dios ennoblece con su presencia todos los lugares, y que el establo que lo abriga es el sitio más honrado que conozca la tierra y aún el empíreo. Cuando María se vé anegada en tanta gloria, ¿qué pueden importarle las pequeñeces de mortales? Contemplad á esta Vírgen Madre en momento tan glorioso. ¡Qué serenidad! ¡Qué grandeza! ¡Qué magnanimidad! Ninguna reina del mundo pudo verse jamás tan honrada y tan feliz. ¿Ni cómo podía echar de ménos envolturas finísimas de hechura humana, ni cuna delicada con profusion de telas de oro y pedrería, la que tenía en su regazo al que todo lo viste y adorna? Compuso, sin embargo, María, el divino cuerpecito con pobres, pero aseados pañales.

En esto llegan los pastores que estaban de majada en los oteros del rededor, y en humildes pero sinceros modales adoran al divino Niño, al paso que multitud de ángeles, oidos solo de los pastores fieles, cantaban: «Gloria á Dios en las alturas, y paz á los hombres en la tierra.» María presenciaba todas estas cosas con la misma serenidad, magnanimidad y reserva que en todas sus comunicaciones con Dios.

Pero, lo que pone un sello á cuanto acabamos de decir relativamente al altísimo dón de prudencia con que el Señor de las virtudes dotó á María, es el testimonio mismo del Evangelista. Despues de relatar, con la admirable claridad y sencillez que caracteriza á los sagrados relatos, todo cuanto pasó en el sagrado preñado y en el nacimiento del Hijo de Dios, con otros episodios de la historia divina en que María entraba como parte muy principal, concluye esta narracion con las palabras siguientes: «María retenía todas estas cosas en su memoria repasándolas en su corazon.» No dice el Evangelista, que las iba refiriendo, aún bajo el justo título de ceder en honra y gloria de Dios; sinó que las meditaba, las repasaba en lo íntimo de su corazon. Hé ahí, católicos, el modelo que debemos seguir en nuestra conducta, aún en medio de los favores del Cielo. Silencio, prudente reserva: esta es la escuela de María, y de Ella debemos ser discípulos. María nos enseña callando; María nos enseña obrando. Callar y obrar, hé ahí, amados mios en el Señor, lo que nos enseña María, y esta es la enseñanza, y este es el fruto que debemos sacar de la meditacion de este misterio de Belén en la festividad que nos reune en este santo lugar.

Permitidme, católicos, el que ántes de separarme de vosotros, presente á vuestra meditacion ciertas consideraciones prácticas sobre el conjunto de circunstancias felices que se agrupan. En el firmamento, una milicia celestial, que acude del Empíreo para anunciar á los hombres el fausto acontecimiento del nacimiento de su Salvador. Al rededor del pesebre, sencillos y humildes pastores, que oyen el llamamiento y acuden dóciles al anuncio del Cielo. En la ciudad, habitantes entregados al sueño y sordos á los avisos del Cielo. En la Judea, una ceguera general, que no permite ver tanta luz. En el mundo entero, olvido completo de las voluntades y disposiciones del Altísimo.

Un Niño Dios, cuya majestad glorifica á los Cielos, y en la tierra solo se ve acompañado, al nacer, de su Vírgen Madre, del santísimo Esposo de su Madre, y de algunos pastores. Tal es el cuadro que nos presenta Belén. ¡Ah católicos! ¡Cuán pocos encuentra dispuestos á recibirle en su entrada en este mundo el Hijo de Dios! ¡Cuán pocos que estén de vela! ¡Cuán pocos que lo vean llegar! ¡Cuán pocos que oigan el ejército de ángeles que lo obsequia! ¡Ah, esta es una realidad muy amarga y un cargo terrible para la humanidad! Al anuncio del nacimiento de un príncipe heredero de un reino, ¡cuánto movimiento, cuánto afán, cuánto servicio apresurado, cuánta felicitacion! Todo un vasto imperio se conmueve con tan fausto acontecimiento; y en efecto, nada más natural, nada más justo. Pero ¿qué misterio se encierra en la venida del mismo Dios Hombre en persona, para que se truequen los frenos de la política humana, para que solo en ella padezcan excepcion todas las leyes, aún hasta las de la más sencilla urbanidad? ¡Ah! ¿dónde estais vosotros, doctores de la ley, que contais por días la llegada del Mesías? El Mesías ha llegado; ¿pues qué haceis? ¿Dónde estais vosotros, sacerdotes descendientes de Leví y de Aaron? Estais viendo que vuestro ministerio caduca, que el sacerdocio se traspasa, segun las profecías, que es llegada ya la hora de que venga en persona á su Templo el Mesías: ¿qué haceis?

María va á presentar al Templo á su Hijo, al Dios Infante, al Mesías, segun lo había profetizado Malaquías. En el Templo hay un anciano Simeon que lo reconoce por su Dios, que lo adora, y que desea ya morir en paz porque sus ojos han visto al Redentor de Israel; en el Templo se halla una viuda santa, consagrada al servicio del Señor, que reconoce en el Dios Niño al Mesías; y vosotros, sacerdotes, ¿qué haceis? Tres reyes extranjeros que vienen del Oriente se acercan á la ciudad santa, preguntan por el paradero del Rey de los Judíos que ha nacido poco há, y cuya estrella se les ha aparecido en el Oriente: Herodes confuso no sabe qué decir, porque á la sazon no le había nacido ningun hijo; pregunta á los sacerdotes y doctores, hace consultas por todas las sinagogas: todos le responden, que el Mesías ha de nacer en Belén segun las profecías. Los reyes Magos se dirigen en virtud de respuesta tan unánime y esplícita á la ciudad de Belén: la estrella se les aparece de nuevo al salir de Jerusalén, y los guia hasta el establo, en donde adoran al divino Infante. Y vosotros, doctores y sacerdotes, ¿qué haceis? ¿Lo que haceis?... Herodes manda degollar á todos los niños de Belén y sus alrededores para que no se le escape el Niño divino; vosotros lo adulais, y más tarde se verá vuestro designio: entretanto, ese Dios Niño que ha venido á visitaros, y á quien ni siquiera os habeis dignado ir á ver, os abandonará en vuestra ceguedad, y preferirá el Egipto, aunque idólatra, á su propia pátria ingrata, ciega, desconocida.

¡Ah Niño divino! Y ¡cuán temprano comenzais á padecer! No es necesario que venga la cruz del Calvario; la ingratitud y la perfidia de los hombres es una espada mucho más cruel que los clavos del santo madero. No se contentó vuestra pátria con desconoceros, sinó que os persiguió á muerte cuando apénas vinisteis á la vida. No permitais, Niño divino, que imitemos desaciertos tan sacrílegos; haced que imitemos á vuestra Madre, que sufre, magnánima, sí, pero muy sentida, los agravios de que sois objeto apénas nacido: que imitemos á vuestra santísima Madre, que redobla el amor y la solicitud cuando más perseguido os ve. Imitemos al santo José, vuestro custodio, que amigo fiel é inseparable, os acompaña á Egipto, y os proporciona un alimento sencillo con el trabajo de sus manos, redoblando la ternura cuanto más os ve desconocido. Imitemos á esos fieles pastores, que dóciles al aviso del Cielo, lo dejan todo por ir á adoraros. Imitemos á los reyes Magos, que atravesando regiones y venciendo obstáculos sin fin, vienen, desde muy léjos, á adoraros para ofreceros el oro de su amor, el incienso de su adoracion, y la mirra de la mortificacion. Sea nuestro corazon el pesebre de Belén. Desaliñado, Vos lo podeis adornar; pobre, lo podeis enriquecer; desabrigado, lo podeis abrasar con vuestro amor; duro, lo podeis ablandar. Os ofrecemos, divino Infante, este corazon que nos habeis dado para amaros: venid á él, venid; venid con vuestra Vírgen Madre, nuestra Reina y Señora; venid con el santo José; venid con los sencillos pastores; venid con los santos Reyes; venid en fin con el ejército de ángeles que os alabó en vuestro nacimiento. Aunque es muy estrecho, Vos lo podeis hacer un Cielo. Descended, pues, ¡oh Jesús! Venid ¡oh María! Quedad en nuestros corazones para siempre, durante nuestra vida, y por eternidades en la gloria. Amen.

PURIFICACION DE MARÍA.

DISCURSO I.

Deo dignas oblationes offer.
Hay ofrendas dignas á Dios.
(Eccl. XIV, 11.)

Solemne y augusta era la pompa de los ritos mosáicos. Instituidos para impetrar los bienes necesarios á la vida, para dar la satisfaccion debida por las culpas cometidas, y para honrar al Omnipotente en su santidad infinita, en su supremo dominio y en la plenitud de todas sus perfecciones, manifestaban en su disciplina y en todas sus disposiciones la grandeza de aquel Dios, de quien el pueblo se gloriaba de ser vasallo é hijo suyo. Sin embargo, el Señor no se contentaba con eso; dijo, al contrario, que abominaba aquellos vanos inciensos, aquellas lunas, aquellos sábados y aquellas calendas; dijo que no quería holocaustos de corderos, ni sangre de gordos becerros; dijo que prefería una buena conciencia, un corazon puro á los sacrificios de la innumerable multitud de víctimas. De ahí el que los Profetas nos manifestáran, que la sola ofrenda del justo enriquece el altar, subiendo el humo de ella á la presencia del Altísimo en olor de suavidad; y por eso el Eclesiástico añadía: *Deo dignas oblationes offer.*

Esta oblacion, hermanos mios, cumple hoy María en el Templo. Ella, con presentarse al lugar santo para someterse á la ceremonia de la purificacion, ofrece á Dios, no carne de toros, no sangre de cabritos, ni sacrificios ineficaces é inútiles, sinó lo que ama con mayor afecto y lo que es más grato á su corazon. En efecto; yo la considero como Madre, Vírgen, y Reina, y veo que se inmola á Dios como Reina, Vírgen y Madre. Se inmola como Madre, puesto que ofrece enteramente á Dios el propio Hijo, y encuentra en su oblacion un homenaje de profundísima dependencia. Se inmola como Vírgen, ya

que se presenta como mujer cuya maternidad ha manchado el candor de las propias azucenas, hallando en su oblacion un homenaje de grandísima humildad. Se inmola como Reina, por lo mismo que acepta un torbellino de dolores que le predicen, prontos á atravesarle de parte á parte el corazon, manifestando en su oblacion un homenaje de pacientísima resignacion. Hé ahí lo que resplandeció singularmente en la Purificacion de María. Por consiguiente, hermanos mios, exigiendo la festividad del dia hacer de ella el punto de nuestras meditaciones, al desarrollarlo, os invito á admirar en la inmolacion de María aquellas oblaciones que, segun el Eclesiástico, eran dignas, y que solo podrían ofrecerse á Dios: *Deo dignas oblationes offer.* Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

Cuando María se presentó en el Templo para la purificacion era ya Madre de Dios; por obra del Espíritu Santo había ya concebido á Jesús, le había llevado en sus virginales entrañas durante nueve meses, le había dado á luz en Belén y habían transcurrido cuarenta dias de aquel parto santísimo. María era, pues, la Madre de Jesús; y como que Jesús es el Hijo de Dios, está claro que el Hijo de Dios es tambien Hijo de María. En efecto; si quitaseis la accion de Dios generador eterno del Verbo, Jesucristo sería hombre, pero no podría ser Dios; y si quitaseis la accion de María en la Encarnacion del Verbo, Jesucristo sería Dios, pero no podría ser hombre. Así como Dios Padre engendra al Hijo con su propia esencia, María lo engendra tambien con su propia sangre; y así como Dios Padre engendra al Hijo de un modo inefable, María lo engendra igualmente de un modo sobrenatural, esto es, por obra del Espíritu Santo. Por cuyas razones está claro, que si el Padre como á tal tiene una autoridad paternal sobre Jesús, María como Madre tiene sobre Jesús una maternal autoridad que le atribuye sobre su Hijo derechos incontestables. Pues bien; en el dia de su purificacion Ella sacrifica esta autoridad suya y renuncia tales derechos, tributando con este acto á Dios un homenaje de profundísima dependencia.

Verdaderamente no es esta la primera vez, que María se inmola á Dios en holocausto. En varias otras ocasiones cumplió generosamente su ofrenda; con otras varias oblaciones dedicaba todo cuanto podía á la gloria del Señor. Podía dedicarle todo su corazón, é hizo esta dedicacion desde los primeros instantes de su existencia. Podía consagrarse enteramente al servicio divino, y al servicio divino se consagró enteramente, cuando se encerró todavía niña en el Templo. Podía

sacrificar la voluntad en todas sus partes, y así lo hizo al salir del Templo para ir como esposa á la casa del Carpintero de Nazareth. Dios había sido siempre su primer pensamiento; Dios había sido siempre el único objeto de su amor; su único deseo había sido el de elevarse á Dios con toda la perfeccion posible. No obstante, estas ofrendas, que eran buenas, estas oblaciones, que eran bellas, no comprendían la grandeza suficiente para tributar á un Dios infinito un infinito honor. En efecto; en las criaturas, aún en las más sublimes y perfectísimas, todo es necesariamente finito, todo necesariamente limitado; y lo que es limitado y finito no puede corresponder á la grandeza de un Dios que es esencialmente ilimitado é infinito. Sin embargo, lo que María no había podido hacer con otras ofrendas, lo hizo en el día de su purificacion; y aquel honor infinito que no podía tributar á Dios con las otras oblaciones, se lo tributó con esta nueva oblacion solemne. Ella, como Madre del Dios Salvador, hallando en este Dios, Salvador, su hijo, la materia de un sacrificio, cuya grandeza puede medirse con la grandeza misma de Dios; miéntras lo ofrece, y para ofrecerlo se despoja de su autoridad, y renuncia á sus derechos; con el homenaje de su dependencia ofrece á Dios un homenaje infinito. No; Ella no ofrece hoy á Dios lo que le ha ofrecido hasta el presente. Una vez le ofrece su sumision, otra le ofrece los votos de la tierra, los suspiros de los justos y las esperanzas del mundo; mas hoy le ofrece un hijo, que, primogénito de todas las criaturas, es el dón más excelente que Dios, en la plenitud de su bondad, puede hacer á los hijos de los hombres.

Digo que *le ofrece*, porque es propiamente María quien cumple este ofrecimiento; y esta gloria á Dios es precisamente la consecuencia de la oblacion de María. ¿Qué significa, pues, la presentacion que hace María de Jesús al Templo? Significa que presenta á Dios lo que tiene de más caro, lo que tiene de más precioso y cuanto constituye todo su bien y toda su felicidad. Significa que cede á Dios todos sus derechos, toda su autoridad, todo cuanto le atañe y se le concedió por su cualidad de madre. Significa que no quiere disponer de todo cuanto está á su alcance, que no quiere usar del poder de que podría usar, considerándose bienaventurada en reconocer, reverenciar y honrar el imperio soberano de Dios. Como si dijese: Señor, tú me diste este hijo, y yo te lo ofrezco; para dármelo pediste mi consentimiento, y te lo devuelvo con igual resignacion. Si tengo derechos sobre este divino Hijo, los renuncio á tí; si su vida me pertenece como madre, consiento que sea sacrificada en honor tuyo. De

esta suerte María es, hermanos mios, altar y sacerdote á un mismo tiempo; y ofreciendo con las propias manos al propio hijo, ofrece una hostia propicia para la salvacion de los hombres y gloriosa para la grandeza de Dios.

No niego que cumplió las veces de su gravísimo sacerdocio cuando presentó su Hijo para la circuncision, y cuando acompañó su sacrificio en el Calvario; débese, empero, observar, que en la circuncision fué Jesucristo el que, con la propia humillacion y con la primera efusion de su sangre, inició solemnemente la redencion del género humano, sujeto al ignominioso dominio del Infierno; fué Jesucristo el que en el Calvario, en un transporte de bondad infinita, quiso padecer y morir por nosotros, quiso redimirnos con el holocausto infinitamente precioso de su vida. No sucede así en la Purificacion. En esta oblacion María lo es todo, María lo dispone todo, María lo hace todo; pues, si Jesucristo está en brazos de María, Jesucristo está en estos brazos como la víctima en manos del sacerdote, del mismo modo que Isaac bajo el poder de Abrahán. Por lo tanto, aún concediendo que María cumplió las veces de su sacerdocio, tanto en el dia en que presentó su Hijo para la circuncision, como el dia que le acompañára al Calvario, debe añadirse, que cumplió estas veces de un modo absoluto y singular en el dia de la Purificacion.

Y ahora decidme, hermanos mios; ¿qué veis en este misterio? Veis á María, que entra en las intenciones de Dios con aquella plenitud de voluntad, que no conoce más regla que la voluntad divina. Veis á María, que, inmolándose á sí misma, nada exceptua de la misma inmolacion sinó lo que Dios ha exceptuado. Veis á María, que ofreciendo el Salvador á Dios, le abandona sin reservas ni restricciones á todas las disposiciones y á todos los decretos del Cielo. Veis á María, que se despoja de cuantos derechos pudiera tener sobre su Hijo, entregándole en manos de la justicia que debe ser satisfecha, y de la misericordia cuyo reinado debe establecerse. Ahora bien; ¿qué quisierais más para ver en esta oblacion un homenaje de profundísima dependencia? ¿De qué otras pruebas teneis necesidad para concluir acerca del valor de esta oblacion? ¡Ah! si el Eclesiástico ordenaba que se presentasen ofrendas dignas á Dios, nosotros debemos decir que precisamente estas dignas ofrendas presenta María: *Deo dignas oblationes offer.*

A la primera sucede luego una segunda oblacion, pues si María como madre ofrece á Dios un homenaje de profundísima dependencia, como Vírgen le ofrece un homenaje de humildad profundísima.

Y para comprender aquí debidamente esta segunda oblacion, sería preciso penetrar en los íntimos pensamientos de María, para conocer cuan preciosas le fueron las flores virginales. Mas, ya que esto no podría definirse con palabras humanas, procuremos deducirlo de algunos hechos que basten para esclarecerlo. No cabe duda que María fué extraordinariamente celosa de la virginidad. Quiso amarla por sí sola, sin precepto, sin ejemplo, sin consejo, ántes que fuese conocido su valor, ántes de que se propusiese el premio, ántes que Jesucristo la hubiese honrado en sí mismo. Quiso obligarse á ella por eleccion, por propósito, por voto, no hallándose otra doncella anteriormente á Ella que se hubiese ofrecido á Dios de la propia manera, aún entre las mujeres más ilustres y las más virtuosas heroinas. Quiso, á pesar de la preocupacion dominante de su nacion, escogerla en un tiempo, en el cual las doncellas hebreas, ambiciosas de dar á Israel el prometido Mesías, huían del celibato como de una desventura, temían la esterilidad como un oprobio, y se avergonzaban de ser estériles. Quiso perseverar en la virginidad con tal admirable propósito y con tan invencible constancia, que para permanecer vírgen no titubeó en renunciar á la misma gloria de ser Madre de Dios, como lo indicó esplícitamente con las generosas respuestas dadas al arcángel, cuando le anunció la Maternidad divina.

Por consiguiente, siendo María tan amante de la virginidad y tan celosa del inmaculado honor de los castos lirios, ¿quién no hubiera creido que, hecha digna por Dios del inefable privilegio de ser su Madre, sin que dejase de ser vírgen, habría deseado poner de manifiesto las maravillas obradas en Ella? Y, sin embargo, no sucede así. No le ofusca la mente ningun pensamiento de gloria humana, ni le conturba el corazon ninguna idea de estimacion terrena. Le basta ser delante de Dios cándida como el lirio, cerrada como el cáliz de la naciente rosa, y no se cuida para nada de las alabanzas con las cuales la hubieran podido honrar los hombres ántes de subir al Cielo. Así, pues, siendo ley entre los Hebreos, que cualquiera mujer que diese á luz un varon debía ofrecerle al Templo como consagrado al Señor, transcurridos los dias prescritos para las purificaciones de las madres, se dirige para el ofrecimiento al lugar santo. ¿Sabeis, hermanos mios, lo que significa este acto? El presentarse á la ceremonia de la purificacion equivalía á mostrarse como una madre cualquiera, como una madre vulgar, como una madre igual á las demás madres, como una madre, que, siendo madre, había dejado de ser vírgen.

¿Qué prueba mayor que esta podría imaginarse para decir, que

con su purificacion María rindió á Dios un homenaje de profundísima humildad?

Esta humildad se nos manifiesta más profunda si consideramos, que María no estaba sujeta á la ley de la purificacion, ni venía obligada á observarla bajo ningun concepto. Cierto, que esta ley se refería á las madres que, concibiendo por obra de varon, daban á luz los hijos. ¿Cómo podía, pues, referirse á Aquella, que con nuevo milagro no había contraído en el parto las impurezas á que estaban inevitablemente sujetas las otras madres? Si María era la Vírgen anunciada por Isaías, como el prodigio más grande que debía preceder á la venida del deseado Mesías (1); si flor de inocencia y de inmaculada pureza solo había concebido por virtud del Altísimo, segun se lo anunciára el arcángel (2); si al dar á luz á su divino Hijo no recibió mayor quebranto que el que recibe un transparente cristal al ser atravesado por los rayos del sol; no podía ciertamente creerse manchada con ninguna impureza legal, para que se considerase obligada por la ley á purificarse. No obstante, Ella se presenta para la purificacion, y, por consiguiente, al presentarse para la purificacion oculta quien era; encubre con la prescrita ceremonia la gloria de ser tenida por vírgen; sacrifica su reputacion de inocente y pura, y se contenta de perder ante los hombres el honor de su divina Maternidad. Vosotros, que no ignorais, que la propia original pureza era el privilegio más grande de María; vosotros, que conoceis que este privilegio, elevándola sobre todas las mujeres, la hacía grata al Señor, puesto que veis tambien, que no fija la atencion en sus prerogativas, y se somete á una ley á la cual no venía comprendida y que no dejaba de ser humillante, decidme, si no debe admirarse hoy en Ella un homenaje al Señor de profundísima humildad.

¿Cuántas cosas no hubiera podido decir María de sí misma? Parece que hubiera debido discurrir así: ¿Por qué debo sujetarme á la purificacion? Nada hubo de inmundo en la concepcion de mi Hijo, al darle á luz nada imperfecto que deba limpiarse, nada que deba purificarse. Aquel que se encarnó en mí, Aquel que nació de mí, siendo la fuente de la pureza descendido para comunicarla á los hombres, ¿no me ha hecho por ventura purísima?—Así podía expresarse María, hermanos mios; mas no discurrió de esta manera. Si sabía que no tenía necesidad de la purificacion, sabía igualmente que la

(1) Isaías VII, 14.
(2) Luc. I, 35.

circuncision no era necesaria á Jesucristo; y por lo tanto, así como Jesús, para ser considerado como cualquiera otro hombre quiso someterse á la circuncision, tambien María quiso someterse á la purificacion para ser considerada como otra mujer cualquiera.

Hé ahí, hermanos mios, una humildad que, con nuestras mezquinas ideas, no podemos comprender en toda su extension. ¿Qué no hace María, ó para expresarme mejor, á qué sacrificios no se somete para observar una ley, á que no estaba obligada? Sacrifica el propio honor, porque al presentarse públicamente en el Templo para la purificacion, aparece de idéntica condicion que las demás madres. Sacrifica su fama, el decoro de su nombre, y la dignidad de su estado, puesto que dejándose ver públicamente en el Templo para la purificacion, siendo purísima á los ojos de Dios, no cuida de aparecer impura á los ojos de los hombres. ¡Ah! si los descendientes de Aaron, reunidos en el lugar santo, no supieron conocer la ofrenda pura y sin mancha predicha por los Profetas, los ángeles que tenían fijas las miradas en la Vírgen nazarena, observando en su oblacion un homenaje de profundísima humildad, debieron celebrarla como digna del Cielo: *Deo dignas oblationes offer.*

Y debieron celebrarla, porque María se inmolaba como Madre, Vírgen y Reina, y en su oblacion descubrían un homenaje de resignacion pacientísima. Al penetrar María en el sagrado recinto, llevando el denario de plata para el rescate y las palomas del sacrificio, un santo anciano llamado Simeon entró en el átrio. Le había sido divinamente revelado, que no moriría ántes de haber visto al Cristo del Señor, y pasaba los dias aguardando con fé viva y ardiente deseo el consuelo de Israel, esto es, la venida del Mesías (1). Mas hé aquí, que al ver la sagrada familia, inspirado por revelacion celestial, reconoció precisamente en el niño al Cristo del Señor, que envuelto en cándidos pañales estaba en brazos de María. Conmovido por nueva alegría, contemplando al Mesías envuelto con humildes pañales como un infante vulgar, le tomó en sus brazos, le elevó á la altura de su rostro, le contempló en actitud de profunda adoracion y éxtasis de inefable contento; y dejando correr por sus venerables mejillas lágrimas de gozo, manifestó, que aquel niño era el Salvador prometido para ser expuesto á la vista de todos los pueblos como la luz de las naciones y la gloria de Israel. En el mismo instante acercóse una profetiza, llamada la viuda Ana, que vivía en el Templo, sirviendo noche y dia en el ayuno, en la piedad y en la oracion; y tambien al ver esta viuda al divino Infante, empezó á alabar altamente al Señor y á hablar de Él á todos aquellos que aguardaban la redencion de Israel (1). De tal suerte la grandeza de Jesús, manifestada ya por los ángeles, los pastores, los Magos, Elisabeth y Juan Bautista, la manifestaron los varones y las piadosas mujeres de Israel; y del mismo modo Jesucristo fué aclamado como Aquel, que debía reinar sobre la casa de Jacob, y cuyo reino jamás debía tener fin. Ahora bien; lo mismo era aclamar á Jesucristo por Rey, como á María su madre por Reina. Así, pues, en las palabras de Simeon, en los acentos de Ana, y en todo aquello que tiene lugar en el Templo de Jerusalén, cuando María salió de casa por obediencia á la ley, que prescribía la purificacion de las madres y la ofrenda de los primogénitos, vislumbrándose en medio de la oscuridad y de las humillaciones que rodeaban la grandeza de Jesús, se destaca igualmente la grandeza de María por entre las humillaciones y oscuridad que la rodeaban.

(1) Luc. II, 25.

Además; Dios había establecido, que esta reina no saliese del Templo sin rendirle otro homenaje, el homenaje de su paciencia y de su resignacion. Y hé ahí que el mismo Simeon, trascurridos algunos instantes de grave y triste silencio, dirigiéndose particularmente á María, le anuncia que su Hijo, nacido para la perdicion y para la salvacion de muchos, sería el blanco de la perversidad de los hombres, y que una espada de dolor atravesaría su alma (2). Este nuevo vaticinio, hermanos mios, significaba, que el Hijo de María sería convertido en blanco de contradiccion, al cual se dirigirían las espadas de los pecadores; que sería tratado con la mayor crueldad, afligido por malicia de los mortales y por la mano de Dios; y que sería, finalmente, azotado como asesino, facineroso y malhechor, coronado de espinas, condenado á muerte, crucificado entre dos ladrones, ofendido y maldito bajo todos conceptos. ¡Figuraos cuántos martirios debieron lacerar el corazon de la Madre de este Hijo! ¡Figuraos la amargura que la afligiría sobre toda ponderacion!

¿Qué hace María? A las palabras de Simeon, que arrojaban rayos de siniestra luz sobre los futuros destinos del Hijo, y que, poniendo de manifiesto ante sus ojos las ignominias, los padecimientos y las agonías de la cruz, le hacían sufrir anticipadamente los tormentos de aquella Pasion ¿qué hace? Ella inclina la frente, como débil flor

(1) Luc. II, 37, 38.
(2) Luc. II, 34, 35.

doblada por una ráfaga de viento; nota que se marchitan sus lábios que se abren para beber aquel cáliz de agenjo; y miéntras que lo apura hasta las heces, siente en su corazon algo semejante al contacto de un hierro candente metido lentamente en carnes vivas y ensangrentadas. A pesar de esto, aunque herida por el más mortal dolor y por el golpe más tremendo, devorando las lágrimas y puestas las manos sobre el pecho, dice: ¡Señor, hágase tu voluntad! ¡Ah! María no sabía más que amar y servir á Dios, no pensaba más que en adorar sus soberanas disposiciones, y se resigna por más que deba ser afligida y martirizada.

Hé ahí, hermanos mios, lo que hizo María en el día de su Purificacion; hé ahí el homenaje que tributó á Dios. Era madre, y como á tal se inmoló, ofreciendo al Señor á su propio Hijo con un homenaje de profundísima reverencia; era vírgen, y como á tal se inmoló con un homenaje de grandísima humildad, presentándose como mujer, cuya maternidad ha oscurecido el candor de los propios lirios; era reina, y como á tal se sacrificó, aceptando todo el torbellino de dolores, que debía sufrir con un homenaje de pacientísima resignacion. Por eso esta oblacion es noble, es santa, es cara á Dios, está llena de méritos, y se presenta de suerte, que se ve en Ella lo que quería el Eclesiástico, para que las ofrendas fuesen dignas del Altísimo Señor de todas, á quien se ofrecen: *Deo dignas oblationes offer.*

Hermanos mios, tengamos presente estos ejemplos de sumision, de humildad, de paciencia, é imitemos á María cuanto nos sea posible. Imitemos á María, que observó siempre la ley, que estuvo siempre sujeta á Dios, que hizo la voluntad divina á costa del propio honor, de la propia reputacion, y de los más árduos sacrificios. Tambien Dios quiere de nosotros una ofrenda, y esta ofrenda debe ser la de nuestro corazon; tambien nosotros debemos presentar á Dios esta ofrenda, pero debemos presentarla como la presentó María. Penetremos en nuestro interior, abramos los oidos á las voces que nos vienen de lo alto, obedezcamos las inspiraciones celestiales, gloriémonos de cumplir la voluntad divina, resignémonos en el tiempo de la tribulacion, y afanémonos en vivir segun las enseñanzas de la conciencia y de la fé. Obrando de esta suerte, sacaremos provecho de las saludables lecciones que nos dió la Vírgen en el día de su Purificacion; y solo entónces podrá decirse de nosotros, que nuestras ofrendas son dignas: *Deo dignas oblationes offer.*

PURIFICACION DE MARÍA.

DISCURSO II.

Postquam impleti sunt dies purgationis Mariæ, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

Cumplido el tiempo de la purificacion de María, llevaron el niño á Jerusalén, para presentarle al Señor.

(Luc II, 22.)

Cumplidos estaban los días de la Purificacion de María. La tierna y santísima Vírgen abandona el establo de Belén, toma en brazos á su pequeño Hijo, y acompañada de su esposo José encamínase á Jerusalén, la ciudad de los reyes. ¡Guárdeos el Señor en vuestro camino, oh pobres viajeros! Envíe á sus radiantes ángeles para que alejen de vosotros todo peligro, y llevándoos en sus brazos, no tropiecen vuestros piés contra la piedra, ni ensangrienten vuestros delicados miembros las punzantes espinas del camino.

Figuraos, imaginad, hermanos mios, la alegría de aquellos santos caminantes, su modestia, su paciencia, sus discursos llenos de piedad y afecto hácia Jesús. Al lado del divino Niño todo es para ellos consuelo y felicidad, porque con Él no hay pobreza dura, ni incomodidad molesta.

Llegados á Jerusalén, trasládanse al Templo. ¡Qué espectáculo se ofrece allí á nuestros ojos altamente asombrados! Confundida María entre las mujeres de Israel, presenta por su Hijo la ofrenda de los pobres. Jesús se ofrece á su Eterno Padre, y comienza la oblacion voluntaria, la donacion completa de sí á nosotros mismos, que un día debe consumar y sellar con su sangre en el Calvario. Una viuda piadosa y un venerable anciano, llevados allí por el Espíritu Santo, reciben en aquel día la recompensa de su prolongada esperanza y de

doblada por una ráfaga de viento; nota que se marchitan sus lábios que se abren para beber aquel cáliz de agenjo; y miéntras que lo apura hasta las heces, siente en su corazon algo semejante al contacto de un hierro candente metido lentamente en carnes vivas y ensangrentadas. A pesar de esto, aunque herida por el más mortal dolor y por el golpe más tremendo, devorando las lágrimas y puestas las manos sobre el pecho, dice: ¡Señor, hágase tu voluntad! ¡Ah! María no sabía más que amar y servir á Dios, no pensaba más que en adorar sus soberanas disposiciones, y se resigna por más que deba ser afligida y martirizada.

Hé ahí, hermanos mios, lo que hizo María en el día de su Purificacion; hé ahí el homenaje que tributó á Dios. Era madre, y como á tal se inmoló, ofreciendo al Señor á su propio Hijo con un homenaje de profundísima reverencia; era vírgen, y como á tal se inmoló con un homenaje de grandísima humildad, presentándose como mujer, cuya maternidad ha oscurecido el candor de los propios lirios; era reina, y como á tal se sacrificó, aceptando todo el torbellino de dolores, que debía sufrir con un homenaje de pacientísima resignacion. Por eso esta oblacion es noble, es santa, es cara á Dios, está llena de méritos, y se presenta de suerte, que se ve en Ella lo que quería el Eclesiástico, para que las ofrendas fuesen dignas del Altísimo Señor de todas, á quien se ofrecen: *Deo dignas oblationes offer.*

Hermanos mios, tengamos presente estos ejemplos de sumision, de humildad, de paciencia, é imitemos á María cuanto nos sea posible. Imitemos á María, que observó siempre la ley, que estuvo siempre sujeta á Dios, que hizo la voluntad divina á costa del propio honor, de la propia reputacion, y de los más árduos sacrificios. Tambien Dios quiere de nosotros una ofrenda, y esta ofrenda debe ser la de nuestro corazon; tambien nosotros debemos presentar á Dios esta ofrenda, pero debemos presentarla como la presentó María. Penetremos en nuestro interior, abramos los oidos á las voces que nos vienen de lo alto, obedezcamos las inspiraciones celestiales, gloriémonos de cumplir la voluntad divina, resignémonos en el tiempo de la tribulacion, y afanémonos en vivir segun las enseñanzas de la conciencia y de la fé. Obrando de esta suerte, sacaremos provecho de las saludables lecciones que nos dió la Vírgen en el día de su Purificacion; y solo entónces podrá decirse de nosotros, que nuestras ofrendas son dignas: *Deo dignas oblationes offer.*

PURIFICACION DE MARÍA.

DISCURSO II.

Postquam impleti sunt dies purgationis Mariæ, tulerunt Jesum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino.

Cumplido el tiempo de la purificacion de María, llevaron el niño á Jerusalén, para presentarle al Señor.

(Luc II, 22.)

Cumplidos estaban los días de la Purificacion de María. La tierna y santísima Vírgen abandona el establo de Belén, toma en brazos á su pequeño Hijo, y acompañada de su esposo José encamínase á Jerusalén, la ciudad de los reyes. ¡Guárdeos el Señor en vuestro camino, oh pobres viajeros! Envíe á sus radiantes ángeles para que alejen de vosotros todo peligro, y llevándoos en sus brazos, no tropiecen vuestros piés contra la piedra, ni ensangrienten vuestros delicados miembros las punzantes espinas del camino.

Figuraos, imaginad, hermanos mios, la alegría de aquellos santos caminantes, su modestia, su paciencia, sus discursos llenos de piedad y afecto hácia Jesús. Al lado del divino Niño todo es para ellos consuelo y felicidad, porque con Él no hay pobreza dura, ni incomodidad molesta.

Llegados á Jerusalén, trasládanse al Templo. ¡Qué espectáculo se ofrece allí á nuestros ojos altamente asombrados! Confundida María entre las mujeres de Israel, presenta por su Hijo la ofrenda de los pobres. Jesús se ofrece á su Eterno Padre, y comienza la oblacion voluntaria, la donacion completa de sí á nosotros mismos, que un día debe consumar y sellar con su sangre en el Calvario. Una viuda piadosa y un venerable anciano, llevados allí por el Espíritu Santo, reciben en aquel día la recompensa de su prolongada esperanza y de

sus vehementes deseos; y gozosos de haber visto el día del Señor y tenido á Dios en sus brazos, y estrechádole contra su seno, esperan tranquilos la muerte.

Mezclémonos tambien nosotros en esa sagrada asamblea, donde se hallan reunidas todas las glorias de la religion; la antigua ley que acaba y la nueva que comienza; el último de los profetas y el Cordero de la nueva alianza; la santa viuda, heredera de la fé y piedad de las Saras, Judiths y Esthers, y la humilde y purísima Vírgen que ha puesto fin á todas las figuras de la ley dando al mundo la realidad de sus esperanzas; María, en una palabra, la Madre de Jesús, que sobrepuja en gloria, inocencia y hermosura á todas las mujeres de la Biblia.

Contemplemos sin cesar ese tierno espectáculo, y recojamos con cuidado las instrucciones y enseñanzas que nos proporciona cada uno de los personajes que figuran en tan grata y sublime escena. De María aprenderemos la humildad y el sacrificio; de Jesús, la sumision á la ley; de Simeon y Ana, en fin, el ardiente deseo y los fervorosos afectos con que debemos recibir al Señor. He indicado el plan de mi discurso, pidamos ahora la gracia por intercesion de la Vírgen Santísima diciéndole: A. M.

María se purifica sin necesidad de purificacion, pues no se había marchitado ni amancillado dando á luz al Salvador del mundo; por el contrario, concibiendo y pariendo al Dios de toda pureza y autor de la santidad infinita, vino á ser más pura, más hermosa y santa. Intacta quedó su virginidad, mucho más radiante y esplendorosa despues del parto, cual la azucena, cuya blancura aumentan los rayos del sol y las caricias de una blanda brisa. El aroma de sus santos y castísimos afectos conservó toda su frescura y suavidad. Y con todo, confúndese con las demás hijas de Israel, sin reconocer para sí exencion ni privilegio alguno. Al verla, diríase que era una mujer vulgar, que acababa de dar al mundo un hijo vulgar como Ella. En esto no hizo más que imitar á su divino Hijo cuando se sujetó á la ley de la Circuncision, á pesar de no necesitarla ni estar obligado á ella. La humildísima Vírgen se tiene por honrada cuando á juicio de las demás mujeres pasa por impura, pues así se ha comprendido, como su Hijo, en el número de los pecadores. ¡Obediencia admirable! ¡Humildad profunda! ¡Cuánto distan nuestras ideas, de las de María! Nosotros no somos ante Dios más que pecadores, y, sin embargo, disputamos por pundonor ante los hombres...! ¡Oh! aprendamos de la santísima Vírgen á rebajarnos y humillarnos como Ella. Guardémonos de querer figurar y brillar, haciendo ruido para atraer sobre nosotros las miradas del mundo y sus vanos aplausos; contentémonos con la suerte que la Providencia nos ha deparado; vivamos satisfechos con la posicion en que Dios nos ha colocado y con los talentos que le plugo dispensarnos; teniendo presente, que lo que santifica al hombre no son las acciones ilustres, los grandes renombres, las hazañas ruidosas, sinó la humildad de corazon, la pureza de la conciencia, la sencillez del alma y una conducta intachable. Imitemos á la violeta, la cual, ocultándose debajo de las hojas á la sombra y en la oscuridad, apartada de los rayos del sol y de la gran claridad del día, no por eso deja de exhalar aromas y perfumes ménos exquisitos.

También nos ofrece hoy María el ejemplo del espíritu de sacrificio. ¿Qué viene á ofrecer á Dios sinó su reputacion, su gloria y toda su vida? Sí; aún ofrece más, puesto que viene á presentar su divino Hijo, dón mucho más preciado para Ella que su propia existencia. Júzguese ahora si cabe idear sacrificio más heróico en una Madre, que ama más á su Hijo que á sí misma, y se halla siempre pronta á dar hasta la última gota de su sangre, á subir si es necesario al cadalso, á lanzarse al fuego, á sufrir mil muertes, mil martirios por el tierno y querido fruto de sus entrañas. Aquí hay madres que me comprenden, que saben el maravilloso poder del amor maternal, el cual sale á veces de un corazon generoso como la ardiente lava de un volcán. ¿Y cuál es hoy el sacrificio de María? Viene á ofrecer á ese mismo Jesús, que con tanto gozo llevó en su seno nueve meses, y amamantó con sus virginales pechos, y tantas veces le colmó de dulces ósculos, recibiendo á la vez de Él las más tiernas caricias, y protegiendo su cuna con maternal solicitud. Preciso es inmolar á ese Hijo tan amado, flor misteriosa desprendida milagrosamente de su tallo, á ese Jesús, que constituye su vida, su Dios, su Salvador, su todo; la pobre Madre sube las gradas del Templo, bien así como treinta y tres años despues había de subir las de otro altar misterioso y ensangrentado. . el altar del Calvario! Olvidado el Señor de su dolor y de sus lágrimas, la pone hoy ante los ojos con tanta anticipacion el terrible sacrificio que entónces habrá de ofrecer; y de la inspirada boca del anciano Simeon oye María aquellas palabras, que convierten su vida en un lento y prolongado martirio: «Una espada de dolor traspasará tu alma: *Tuam ipsius animam pertransivit gladius.*» ¡Gran Dios! ¿Así recompensas la fidelidad de tus servidores? Ahí tienes los personajes más santos, puros y casi más divinos que ha visto el mundo, ¡y solo

les anuncias, en premio de su virtud, cruces, sangrientas escenas, imágenes de desolacion y muerte!

No siempre aflige Dios de tal suerte á sus escogidos; comunmente tiene en cuenta nuestra debilidad. A los grandes corazones, á las almas de temple las lleva consigo al Calvario, para que le sacrifiquen sus más caras y santas afecciones. Lo que nos exije con más frecuencia es, el sacrificio de lo que puede perjudicarnos, de nuestros pecados, de nuestras inclinaciones desordenadas, de nuestras torpes pasiones. Levantémonos, pues, con valor; tomemos el hierro y el fuego; pongamos una mano enérgica en la herida para desarraigar el mal de nuestras almas. Ofrezcamos á Jesús este sacrificio con valor y generosidad. Si nos pidiese, como á María, la inmolacion de todo lo más puro, santo y apreciable, deberíamos sacrificarlo con todo corazon. ¿Con cuánta más razon debemos, pues, apresurarnos á sacrificarle lo que nos es perjudicial, lo que constituye para nosotros una causa contínua de zozobra, inquietud y remordimientos?

Aprendamos ahora de Jesús la sumision y la obediencia á la ley del Señor. Legislador supremo, Dios omnipotente é infinito, sujétase Jesús á una ley dada por Él mismo, enseñándonos así, que la obediencia á la ley divina es el camino del Cielo, de la paz, de la dicha, de la tranquilidad de la conciencia. No hay otro medio de ser feliz, no solo en la otra vida, en medio del esplendor de los santos, sinó tambien en este valle de llanto, de penalidades y destierro. Preciso es, pues, cumplir exactamente las divinas leyes, hasta en lo penoso y contrario á nuestra viciada naturaleza. Lo que realmente constituye la vida del cristiano es, la puntualidad en el cumplimiento de todos los deberes que nos ligan con Dios, con nuestros prójimos y con nosotros mismos. A Dios debemos adorarle, honrarle y ofrecerle el homenaje de nuestro espíritu y de nuestro corazon. Con respecto al prójimo, deben tener respeto, fidelidad y obediencia á sus superiores los que se hallan en inferior condicion; amor, bondad y justicia con sus servidores, los que por su rango ó fortuna se hallan en el caso de mandar á sus semejantes; y todos estamos obligados á ejercer recíprocamente esa caridad tierna, compasiva é indulgente de que habla el Apóstol, que nunca piensa mal y tiende á evitar las palabras ágrias y hasta el menor pensamiento ofensivo para el prójimo. Con respecto á nosotros mismos, hemos de ser castos é inviolablemente puros en nuestras palabras, deseos, acciones, y en todos los afectos de nuestro corazon, evitando lo que pueda empañar nuestra inocencia ó marchitar en lo más mínimo esta flor tan preciosa y delicada. Viviendo así, y guardando con valor y generosidad la ley de Dios, habremos merecido nuestra recompensa y la bienaventuranza celestial coronará un día nuestra fidelidad.

Terminemos este discurso, admirando el hermoso ejemplo que Simeon nos ofrece en la presente festividad. Tiempo hacía que este santo anciano ardía en vivos deseos de ver al Salvador de Israel. Habíase revelado á Simeon, que no bajaría al sepulcro sin haber visto ántes á quien sus padres estaban esperando desde hacía cuarenta siglos. Era, pues, Simeon el último patriarca, heredero y sucesor de la fé y piedad de Abel, Noé, Abrahán, Moisés y David. Así es, que, cuando llegado el tiempo prescrito en los designios providenciales, el venerable anciano vió en sus brazos al Niño récien nacido, y contempló con sus propios ojos y tocó con sus manos á quien tantos ilustres personajes solo habían podido saludar de léjos en la tierra de su peregrinacion, su gozo fué infinito. Toma en brazos al Niño, imprime un respetuoso ósculo en aquella frente radiante de candor y belleza, y exclama: Ya puedes, Señor, dejar morir en paz á tu siervo; gozoso descenderé al polvo del sepulcro, puesto que mis ojos, aunque debilitados por la edad, han visto al Santo de Israel, al Salvador de todo el pueblo: *Nunc dimitis servum tuum Domine*, etc.

Sí, santo patriarca, con razon has merecido ver al Salvador, merced á tu profunda fé. El Señor, segun has deseado, va á sacarte en breve de este mundo, como á un siervo fiel que ha cumplido noblemente su mision, y vá á descansar de sus fatigas. Por ahora reposarás en la tumba; mas no tardará en abrirse para tí el Cielo. Entretanto, tu alma irá al Limbo á llevar el consuelo á todos los santos y justos de la antigua ley, tus gloriosos antepasados. Les dirás que ha venido el Mesías; que ha nacido el Cristo en la ciudad de David; que tus ojos le han visto; que le has tenido en tus brazos, y que aún sientes los efectos de la profunda emocion causada por la memoria de las alegrías y felicidades de aquel hermoso día.

Ved ahí un precioso modelo de la fé, de la piedad, de los ardientes deseos y fervorosos transportes de júbilo con que debemos acercarnos á nuestro Señor Jesucristo. Tomémosle en brazos y sean nuestras acciones prenda de nuestra fidelidad. Recibámosle respetuosamente en nuestros lábios, gozándonos en hablar de Él, referir su gloria, proclamar sus beneficios, y darle á conocer á aquellos que no le conocen. Recibámosle en nuestros corazones por medio de la sagrada comunion, imitando en aquellos momentos la ferviente piedad del anciano Simeon. Procuremos, sobre todo, recibirle en nuestra última

hora, y morir en sus brazos, á fin de que con tan precioso viático hagamos felizmente nuestro viaje desde el tiempo hasta la eternidad.

Favorécenos, Vírgen santísima, alcánzanos la gracia que necesitamos para imitar tu humildad y tu sacrificio, la obediencia de Jesús, y los vehementes deseos del anciano Simeon. Haznos verdaderos devotos tuyos, para que seamos dignos de las promesas eternas en la gloria que á todos os deseo. Amen.

DOLORES DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

DISCURSO I.

Attendite et videte, si est dolor sicud dolor meus.
Atended y ved si hay dolor como mi dolor.
(JER., THREN. I, 12.)

Una Vírgen la más pura y la más santa entre las vírgenes de Judá, una Madre la más tierna y compasiva entre las madres de Israel, María, la más distinguida y privilegiada entre todas las hijas de los hombres, pero tambien la más atribulada y la más atormentada de todas ellas; hé aquí, católicos, el espectáculo que ese sagrado altar presenta á nuestra vista en este momento. Al contemplarle, al fijar mis ojos en el rostro de esa augusta Señora, marcado con las señales del más agudo dolor, al registrar el cadáver frio, todo ensangrentado y desfigurado que muestra inconsolable en su regazo virginal, yo no puedo ménos de exclamar con el tierno y compasivo Jeremías: ¿A quién te asemejaré, oh la más afligida de las madres? ¿A qué dolor compararé tu dolor, Vírgen angustiada, hija de Sion? ¿Acaso al de la desgraciada Agar, cuando sola en las arenas del desierto vuelve su rostro por no ver espirar acosado de la sed á su tierno hijo Ismael? ¿O al del anciano Jacob, cuando rasgadas sus vestiduras y cubierto de cilicio no admitía consuelo por la pérdida de José el más querido de sus hijos? ¿Acaso al de la hermosa Esther, desmayada á la vista de la proscripcion de su pueblo? No, ¡oh Vírgen sacrosanta! vuestro dolor es incomparable. A su lado, el de los personajes más célebres en la historia de las desgracias de la vida es como una débil sombra comparada con la más perfecta realidad, como una gota de agua comparada con la inmensidad inconmensurable del Océano. Y hé aquí, católicos, bosquejado ya el objeto de mi discurso.

hora, y morir en sus brazos, á fin de que con tan precioso viático hagamos felizmente nuestro viaje desde el tiempo hasta la eternidad.

Favorécenos, Vírgen santísima, alcánzanos la gracia que necesitamos para imitar tu humildad y tu sacrificio, la obediencia de Jesús, y los vehementes deseos del anciano Simeon. Haznos verdaderos devotos tuyos, para que seamos dignos de las promesas eternas en la gloria que á todos os deseo. Amen.

DOLORES DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

DISCURSO I.

Attendite et videte, si est dolor sicud dolor meus.
Atended y ved si hay dolor como mi dolor.
(JER., THREN. I, 12.)

Una Vírgen la más pura y la más santa entre las vírgenes de Judá, una Madre la más tierna y compasiva entre las madres de Israel, María, la más distinguida y privilegiada entre todas las hijas de los hombres, pero tambien la más atribulada y la más atormentada de todas ellas; hé aquí, católicos, el espectáculo que ese sagrado altar presenta á nuestra vista en este momento. Al contemplarle, al fijar mis ojos en el rostro de esa augusta Señora, marcado con las señales del más agudo dolor, al registrar el cadáver frio, todo ensangrentado y desfigurado que muestra inconsolable en su regazo virginal, yo no puedo ménos de exclamar con el tierno y compasivo Jeremías: ¿A quién te asemejaré, oh la más afligida de las madres? ¿A qué dolor compararé tu dolor, Vírgen angustiada, hija de Sion? ¿Acaso al de la desgraciada Agar, cuando sola en las arenas del desierto vuelve su rostro por no ver espirar acosado de la sed á su tierno hijo Ismael? ¿O al del anciano Jacob, cuando rasgadas sus vestiduras y cubierto de cilicio no admitía consuelo por la pérdida de José el más querido de sus hijos? ¿Acaso al de la hermosa Esther, desmayada á la vista de la proscripcion de su pueblo? No, ¡oh Vírgen sacrosanta! vuestro dolor es incomparable. A su lado, el de los personajes más célebres en la historia de las desgracias de la vida es como una débil sombra comparada con la más perfecta realidad, como una gota de agua comparada con la inmensidad inconmensurable del Océano. Y hé aquí, católicos, bosquejado ya el objeto de mi discurso.

Yo me propongo, no probar (porque mi asercion creo no necesita de prueba), sinó recordar para nuestra edificacion, que los dolores de la Madre de Dios excedieron incomparablemente á los de toda humana criatura. Para conseguirlo nada me parece más á propósito que echar mano del ardiente y puro amor en que el corazon de esta santísima Vírgen se abrasaba. Ponderaré, pues, la grandeza de sus dolores, primero, por la grandeza de su amor á Jesús; segundo, por la grandeza de su amor á los hombres: dos breves reflexiones que me ocuparán en este momento, y que espero ocupen tambien vuestra atencion.

¡Oh Vírgen desolada! concededme sentir y penetrarme algun tanto de vuestras penas y amargura, para que pueda llorar con Vos y excitar la compasion del devoto pueblo que rodea vuestro altar, con deseo de oir la historia de vuestros tormentos admirables. Así lo esperamos todos de vuestra piedad, repitiéndoos para más obligaros, las mismas palabras con que en el dia de vuestra mayor gloria os saludó reverente el arcángel, diciendo: A. M.

A poco que reflexionemos sobre la naturaleza del amor, de esa pasion que tanto influjo ejerce sobre el corazon humano, hallaremos que, al paso que es el principio de los más dulces consuelos, lo es tambien de las más crueles angustias. Y en efecto; ¿cuál es el oficio del verdadero amor? Unir las almas con los más estrechos lazos, hacer comunes los sentimientos, é identificar, digámoslo así, las voluntades. Dadme dos personas que perfectamente se amen: observadlas, y las vereis sentir recíprocamente sus dolores, compartir sus alegrías, y participar mútuamente de sus males y de sus bienes; de modo, que el amor que, por decirlo así, duplica en ellos sus gozos, duplica tambien sus sentimientos y pesares. Tal es la índole del amor. Léjos de mí, católicos, el intento de profanar este santo lugar, ocupándome en la idea resbaladiza de un amor profano. Pero ¿quién ignora que así como el oro es purificado por el fuego, así el amor es perfeccionado por la gracia? Pues bien; de ese amor santo, de ese amor puro y ardiente, más que el de los más encumbrados serafines, estaba lleno el corazon de María, de la que por excelencia se llama la Madre del amor hermoso. Sí; María amaba á Jesús, y amaba tambien á los hombres, por cuya causa había sido constituida Madre de Jesús: amaba á Jesús, y Jesús no solo era el hijo único de sus entrañas, sinó que era tambien su Dios y su Señor: amaba á los hombres, y los hombres eran, no solo sus hermanos, sinó tambien sus hijos adoptivos engendrados al pié de la cruz. ¡Oh! ¡y qué no sentiría su corazon cuando con este amor considerase los tormentos y las humillaciones sufridas por Jesús, y las desgracias y la perdicion de los hombres! Penetremos, si nos es posible, en ese mar inmenso de amargura.

Se dice, y es cierto, que no hay en la naturaleza amor comparable con el amor maternal; verdad confirmada por la más constante experiencia. Una buena madre ¡con qué ardor no procura el bienestar de sus hijos! ¡Qué interés, qué tierna solicitud no manifiesta en todo cuanto puede promover su felicidad! Y si esta madre lo es de un hijo único, y este hijo tiene cualidades propias para excitar el cariño aún de los extraños; ¡hasta dónde no llega su amor y su ternura! ¡Y qué dolor no excitan en su alma las desgracias y los padecimientos del objeto de su amor! Vedla si no á la cabecera de un hijo moribundo: ¡cuán vivamente siente ella sus dolores! ¡Cómo espía, digámoslo así, sus menores movimientos y deseos! ¡Cómo está pendiente de sus lábios! ¡Cómo le estrecha contra su corazon, cual si quisiera ella restituirle el espíritu que ya le abandona! Esto hace el amor maternal.

Pero, católicos, el amor reunido de todas las madres juntas ¿podrá compararse con el amor maternal de la Madre de Jesús? Ella le ha visto aún en medio de los sollozos de la cuna ensalzado por los ángeles, adorado por los pastores, y visitado por los sábios del Oriente. Ella le ha visto crecer á su lado en sabiduría, en hermosura y en edad, y confundir, siendo niño todavía, á los ancianos y doctores en el Templo. Ella, en fin, le ha visto al llegar el tiempo decretado por el Padre disponer á su arbitrio de la naturaleza, enjugar todas las lágrimas, socorrer todas las desgracias, y trabajar incansable por la salud de sus hermanos. ¡Qué títulos todos los de este hijo para enardecer el amor maternal de María! Pues, si á proporcion del amor es el dolor, ¿qué martirio no causarían en el corazon de esta Señora los padecimientos inauditos de este Hijo tan querido de sus entrañas? Recorramos con Ella la infancia de Jesús. Vedla en el Templo, presentando aquel Niño precioso ante el sacerdote. ¿Quién podrá expresar el terrible estrago que la espada del dolor causó en su corazon amante, cuando el anciano Simeon le notificó, que aquel Hijo tan querido sería el blanco de todas las contradicciones y persecuciones de los hombres? ¿Quién pintará la amargura con que ilustrada de lo alto recorre ya desde entónces uno por uno sus atroces tormentos, y las lágrimas que esta triste memoria la hace verter de continuo? Pero dejemos los dolores producidos en aquel corazon tierno por la me-

moria y la imaginacion, y contemplémosla experimentándolos de presente al huir á Egipto del sanguinario Herodes. Su amor solícito la hace sentir ya cerca de sí los satélites del tirano, y oir los lastimeros ayes de las tiernas víctimas sacrificadas á su ferocidad. Huye en alas del amor y siguiendo el aviso del ángel; pero estrechando contra su corazon, como si dentro de él le quisiese ocultar, á aquel Hijo querido, y repitiendo en medio de su angustia mejor que la Esposa de los Cantares: «Manojito de amarga mirra es mi amado hijo para mí en estos momentos; él morará entre mis brazos; yo le esconderé dentro de mi mismo corazon.» Mas ¡ay! que á ese corazon está reservado un nuevo golpe más cruel todavía; porque sabido es, que al que verdaderamente ama, nada le es más sencillo y verdaderamente doloroso que la ausencia ó pérdida inesperada del objeto de su amor. María perdió tambien á su hijo Jesús en Jerusalén. Quién la viera en esta situacion recorrer sus plazas y sus calles, y anegada en lágrimas preguntar mil veces con la Esposa de los Cantares: Hijas de Jerusalén, ¿habeis visto al que ama mi alma? Tres dias crueles le busca por todas partes en medio de una augustia solo á su amor conocida, diciendo en su desamparo con más razon que Ruben en otro tiempo: El niño no parece; y yo ¿dónde iré? ¿Quién me consolará ya sin su dulce presencia? ¡Oh hijo mio¡ ¿por qué lo has hecho así conmigo? ¿Por qué me has desamparado? Verdaderamente manojito de mirra es mi amado para mí. Lo fué, en efecto, católicos, en tan terrible trance, y de mirra muy amarga, tan amarga como era dulce su amor. Pero todas estas angustias de María en la infancia de Jesús, ¿qué son sinó preludios de otros dolores mucho más agudos todavía? Seguid á esta Madre en los últimos momentos de su Hijo cuando ha llegado el tiempo decretado por el Padre, cuando ha sonado la hora del tremendo sacrificio y Jesús va á morir, y vereis á donde llega su dolor. A su lado está cuando exánime y desfallecido sube al monte Calvario, oprimido más que con el peso de la cruz, con el peso de nuestras iniquidades: á su lado está cuando los crueles sayones, despojándole de sus vestiduras, le renuevan bárbaramente las heridas: junto á Jesús está cuando taladran los sagrados miembros y elevan el sacrosanto cuerpo pendiente de la cruz. Y allí está, no para tener el consuelo de aliviarle, sinó para apurar hasta las heces el cáliz amargo del dolor y la afliccion. ¡Oh trance terrible! La desolada Madre oye decir á su Hijo en aquellos instantes con voz desfallecida: *Sitio*: me aqueja una cruelísima sed. Se acuerda de cuantas veces refrescó sus lábios con la leche de sus virginales pechos: quisiera convertir su corazon y su alma en una bebida refrigerante y calmar con ella su tormento; mas ¡ay! no le es posible, y en vez de este consuelo sus ojos le ven gustar la hiel y vinagre.

Pero en María hay un amor más fuerte que el de madre, el amor divino, el amor hácia Dios; y este amor le causa un dolor tanto más vehemente, cuanto las pasiones de la gracia exceden á las de la naturaleza. Sus ojos, como los de un águila soberana, estaban siempre fijos en el divino Sol de justicia, y contemplaban de continuo sus perfecciones admirables; de modo, que ni aún las acciones más indispensables de la vida podian interrumpir un momento su amorosa contemplacion. Pues estando así herida y abrasada siempre de este divino amor, ¿por qué otra cosa habia de suspirar su corazon amante sinó porque todas las criaturas se abrasasen en el fuego que á Ella la consumía? ¡Oh Dios! ¡qué dolor, qué angustia mortal sería la de su alma bendita, cuando en medio de estas ánsias inexplicables viese tan inícuamente tratado por los hombres el que venía á salvarlos! ¡Oh Madre del dolor! ¿qué sentíais al ver con los ojos de la consideracion atado á una columna y azotado como vil esclavo á Aquel, que lleva escrito en la orla de su vestido: Rey de reyes y Señor de los que dominan? ¿Qué pasaba en vuestro corazon al ver tratado como loco y mentecato la Sabiduría del Padre, al ver taladradas ante vuestros ojos aquellas manos poderosas para sacar del cáos los cielos y la tierra, y aquella sangre preciosa, una de cuyas gotas era bastante para salvar mil mundos, pisoteada por aquellos mismos por cuya salvacion se vertía? ¡Ah! Los cielos y la tierra se conmueven á la vista de tan horrendo espectáculo; lloran amargamente los ángeles de paz; tiemblan desquiciados los fundamentos del mundo; el sol se oscurece y se estremece el mismo Infierno. Pues ¿qué haría la Madre de Jesús, que mejor que todos conocía la dignidad de la víctima que se estaba entónces sacrificando? Ella le amaba más que todos los ángeles y los hombres; su dolor, pues, debió superar á todos los dolores juntos. Al dolor que le causaba este su amor divino y celestial, unid ahora el que produce en su alma el amor de madre, y encontraremos un dolor tan intenso y grande, que casi no cabe más en una humana criatura: encontraremos un dolor sumo, supuesto que es sumo su amor. Por eso no duda en afirmar San Anselmo, que los tormentos más crueles ejecutados con los santos mártires fueron lijeros y realmente nada respecto del martirio de María. Y San Basilio dice, que así como el sol excede en resplandor á todos los demás astros, así María con su dolor excedió los dolores de todos los demás

mártires. Y ¿qué extraño católicos? Los mártires sufrían en su cuerpo; María sufre en su corazon. Los mártires se consolaban en sus tormentos á la vista de un Dios crucificado; y el amor de este mismo Dios crucificado es la causa del dolor de María, es su único y cruel verdugo que la hace padecer sin ningun género de consuelo. Ved, pues, con cuanta razon nos pregunta esta angustiada Señora, si hay dolor que pueda compararse con el suyo.

Hemos podido formar una idea, aunque imperfecta, de los dolores que el amor de Jesús causó á su Santísima Madre; nos resta ponderar lijeramente los que la hizo sufrir su amor á los hombres.

El amor de Dios está tan íntimamente unido con el amor al prójimo, que á proporcion que el primero crece ó disminuye, crece tambien ó disminuye el segundo en nuestro corazon. El que ama verdaderamente á Dios, no puede ménos de amar igualmente todas las cosas amadas de Dios. Ahora bien; ¿hubo ni habrá jamás ni en el Cielo, ni en la tierra, una pura criatura que amase á Dios tan viva, tan ardientemente como María? No; y por eso no hubo ni habrá tampoco quien haya amado á los hombres tan tiernamente como los amó la Madre del Salvador. A tanto llegó su caridad para con nosotros, que, á imitacion del Padre, Ella, cuanto estuvo de su parte y á trueque de salvar al mundo en cuanto de sí dependía, ofreció tambien libre y espontáneamente á la muerte aquel Hijo tan querido de sus entrañas. Pues, siendo tal su amor hácia los hombres, ¿quién jamás se compadecería como Ella de las miserias de ellos? ¿Quién como Ella pudo sentir sus desgracias? Y hé aquí, católicos, el otro grande motivo de dolor en medio de sus tormentos. Para comprenderlo debidamente es necesario, que tentemos de sondear los dolores internos de Jesucristo pendiente de la cruz, con los cuales solamente son los de María comparables. No, no son los dolores que en su cuerpo padece por la crueldad de sus verdugos, los que más atormentan á Jesucristo en aquellas horas; son esa multitud de almas para las cuales en vano se derrama su sangre preciosa, y que de tropel se presentan á su vista. Pues esta triste y desconsoladora idea es tambien la que en aquellos instantes despedaza horriblemente el corazon de María, espejo purísimo donde se reproduce al vivo la Pasion del Salvador. Sí; á María al pié de la cruz se le representan la dignidad y excelencia del alma inmortal; pondera el amor incomprensible de Dios hácia ella, su pérdida voluntaria é irrevocable, la eternidad espantosa en que ciegamente se precipita; y á la vista de tantas almas como hasta entónces habian perecido, su alma caritativa desfallece de dolor y de compasion. Vuelve

despues sus ojos como buscando algun consuelo en las edades futuras; ¿y quién podrá columbrar la grandeza de sus dolores al considerar el espectáculo horroroso que se pone delante á su compasivo corazon? Allí se le presentan agolpadas á su imaginacion con los colores más vivos las densas tinieblas de la infidelidad, esparcida por tantos y tan dilatados países que rechazará la luz de la fé, y en donde el demonio orgulloso ostentará aún por tanto tiempo su horrible tiranía: allí la pestífera herejía, que negando uno tras otro todos los atributos de la Divinidad, desgarra mil veces la túnica inconsútil de su Hijo, símbolo de la unidad é inmutabilidad de la Iglesia: allí la impúdica impiedad, que levantando altanera su horrible cabeza hollará todas las leyes, romperá todos los vínculos, y se atreverá insensata á disputar su trono al mismo Dios. Allí tambien se le presenta la fría indiferencia de los que se llaman sus hijos, que olvidados de sus deberes, despreciando ó huyendo de sus sacramentos, y engolfados en los cuidados terrenos, solo pensarán en fútiles pasatiempos, y vivirán como paganos en medio del cristianismo. Allí, en fin, se le pone delante el infierno, ensanchando su seno para recibir millares de víctimas de todas las pasiones, para quienes el sello de la sangre de su Hijo servirá solo para aumentar sus tormentos. Todo esto, católicos, se presenta ante los ojos de María en aquel instante. Y ¿qué pasará á consecuencia en su corazon? Tan grandes, tan intensos, tan amargos son los dolores que le causa ese espectáculo horroroso, que el profeta Jeremías no sabe explicarlos sinó comparándolos con la profundidad y grandeza del mar. Grande es como el mar tu amargura, ¡oh Vírgen de Sion! Pues juntemos este dolor con el que produce en su alma el amor á su Hijo y á su Dios, y veremos con cuanta razon asegura San Bernardino de Sena, hablando de los dolores de María, que llegaron á tal grado de grandeza é intensidad, que si se hubieran repartido entre todas las criaturas, á ninguna de ellas le hubiese sido posible soportar la mínima porcion que le tocase, y todas hubieran caido muertas repentinamente. ¡Tan grande fué el tormento de la que por excelencia se llama Reina de los mártires!

Pero reasumamos y digámoslo de una vez: el amor de María es la causa de su dolor. María ve sufrir sin poderle aliviar en medio de sus dolores al mejor, al más digno, al más amable de los hijos, y su amor maternal, el más fuerte que hubo jamás en corazon de madre, atormenta del modo más cruel su bendita alma. A su presencia es cubierto de los más horribles oprobios aquel Dios, cuya dignidad y grandeza conoce mejor que todas las criaturas; y su inflamado amor

hácia Él la hace desfallecer de dolor y de espanto. María, en fin, ve en el discurso de los siglos tantas almas condenadas, tristes víctimas de todas las pasiones, y su tierno amor hácia los hombres sumerge su corazon en un mar de amargura. María, pues, sufre un dolor sumo, incomparable, porque es tambien sumo é incomparable su amor hácia su Hijo, hácia su Dios y hácia los hombres. De lo cual podemos inferir con cuánta razon nos dirige con el inspirado Jeremías aquellas tristes palabras: Atended, y ved si hay dolor como el dolor que yo padezco.

Y á la vista de este dolor, de que tanta causa ha sido el amor que María nos profesa, ¿qué corazon habrá tan insensible que no se sienta penetrado de compasion? Pero, católicos, una compasion estéril ¿será del agrado de María? ¿Aliviará las penas de esta Reina de los mártires? No; Ella solo se consolará en medio de su amargura cuando vea en los que, gloriándonos de ser sus hijos, llevamos la librea de su dolor, que la imitamos á nuestro modo en su conducta. Ella amó á Jesús; pues amémosle tambien nosotros, y en prueba de nuestro amor evitemos lo que fué la causa de sus tormentos. Evitemos las ofensas á Jesús, cumplamos fielmente los preceptos de su ley, aprovechémonos de sus sacramentos, y, en una palabra, huyamos del pecado, que de nuevo pondría á Jesús en la cruz si necesario fuese, y que como cruel espada traspasa todavía el corazon maternal de María. Ella amó como hijos á todos los que Jesús redimió con su sangre. Imitémosla, y amemos tambien nosotros en Jesucristo á todos nuestros prójimos: sintamos sus trabajos, ayudémoslos en sus necesidades, consolémoslos en sus desgracias, y, sobre todo, guardémonos de serles con nuestra conducta piedra de escándalo y motivo de perdicion, para no renovar en el corazon de esta Señora el terrible dolor que al pié de la cruz le hacía sentir la perdicion de las almas. De este modo nuestra compasion será fructuosa, agradará á María, y mitigará sus incomprensibles dolores, porque será una compasion que procederá del verdadero amor.

Pues ¡oh dulce Madre del amor y de la compasion! á Vos acudimos llenos de confianza vuestros hijos, para que nos deis ese amor, principio de la verdadera compasion, el amor que santifica por el dolor. Dádnosle, y dadnos tambien con él todos los bienes, pues de todos necesitamos. Vos sois la dispensadora de todos ellos; somos pobres y miserables, y por eso os invocamos ¡oh Madre de la misericordia! Somos débiles, y por eso nos acogemos bajo vuestro manto poderoso, porque Vos sois el socorro de los cristianos. A Vos, pues, acudimos

en todas nuestras necesidades; y ¿á quién mejor podríamos acudir, siendo Vos nuestra Madre y nosotros hijos vuestros, engendrados al pié de la cruz y en medio de vuestros dolores? Vuestro hijo Jesús, en quien Vos teníais todas vuestras complacencias, moribundo ya por nuestro amor, lo quiso así cuando nos dijo á todos en la persona de San Juan: «Vé ahí á tu madre.» Pues si sois nuestra Madre, ¡oh angustiada María! esto solo os pedimos llenos de confianza en vuestra ternura maternal: que os mostreis como madre con todos nosotros; que nos deis lágrimas de verdadera compuncion, para que despues de haberos amado y acompañado en vuestro llanto, podamos gozar con Vos de la vista de vuestro Hijo en el reino eterno de la gloria. Amen.

DOLORES DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

DISCURSO II.

Tuam ipsius animam pertransibit gladius.
Vuestra alma será traspasada como con una espada.
(Luc. II, 35.)

María, carísimos hermanos, habia sido asociada á los laboriosos y prolongados preparativos por los cuales se disponía el Salvador al último sacrificio. Llegado el momento, la Vírgen inmaculada no ha podido separarse de Jesús. Una íntima alianza unia el corazon de la Madre al corazon del Hijo, y los mismos dolores, al pié de la cruz, debían asociarlos para la consumacion de la grande obra de la redencion divina.

El Evangelista, hermanos mios, no nos dice nada de los dolores de la Santísima Vírgen, y se puede creer que nada nos dice de ellos porque no podía explicarlos. Los dolores pequeños hablan, los grandes se callan. Convenía, pues, que el Evangelio callase. Sin embargo, una sola palabra, como escapada al historiador sagrado, nos dice bastante para que pueda presentaros en esta meditacion algunas consideraciones de edificacion cristiana. Estas únicas palabras son las siguientes: «La Madre de Jesús estaba en pié cerca de la cruz de su Hijo.» Estas palabras, hermanos mios, encierran profundas enseñanzas. Voy á procurar explicarlas brevemente.

Los dolores de María son dignos de Ella, dignos del Hijo, dignos de Dios, dignos del alto fin que se proponía: veremos, en primer lugar, su dignidad. Los dolores de María son fuertes, constantes, generosos: veremos su generosidad. Los dolores de María no son vanos y estériles; son fecundos, producen frutos abundantes: veremos su fecundidad. La dignidad, la generosidad, la fecundidad de los dolores

de María son, hermanos mios, en mi concepto, muy propios para edificarnos. Invoquemos ahora á la Madre de los Dolores. A. M.

Tiene el dolor, hermanos mios, segun el comun sentir, cierta cosa grave y elevada; y nosotros sabemos, por lo que decía Bossuet, que la desgracia y el dolor añaden á la grandeza más sublime un no sé qué de elevado y perfecto. Si nosotros honramos espontáneamente el dolor es, porque el corazon del hombre se inclina ante la majestad del infortunio. Pero, si hay sufrimientos dignos de respeto, si ha habido jamás en la tierra alguna cosa elevada y sublime en el dolor, es, seguramente, el espectáculo que nos ofrece el Calvario. María está en pié junto á la cruz de su Hijo. ¿Quién es, pues, esa Mujer, que está allí en pié, representando, por decirlo así, la creacion entera, sosteniendo, por decirlo así, con su Hijo, con el hombre Dios, el Redentor, el esfuerzo de la lucha y de la última agonía? ¿Quién es esa Mujer? Los profetas la habian anunciado. Ella debía pisar la cabeza de la serpiente, y en vez de ser pecadora, presentar la imágen de la Madre inocente y reparadora. No hay en Ella una mancha, ni siquiera la sombra de una mancha. No hay en Ella ninguna imperfeccion, ningun defecto. ¡Oh Vírgen santísima! vuestro corazon es puro como el Cielo, elevado sobre los ángeles y los serafines, mansion preparada para el Altísimo por sus propias manos. Cristianos, hermanos mios, aquí se presenta todo cuanto la imaginacion, el génio, la fé y la piedad, la veneracion, todos los sentimientos, que son la adoracion misma debida á Dios solo, pueden figurarse. Pues bien; yo no os doy en estas pocas palabras más que una idea muy lijera, muy miserable de la sublimidad, de la perfeccion de esa Mujer. Ella estaba condenada al dolor, al sufrimiento, á la ignominia, á la oscuridad. ¿Y por qué? La inocencia, la santidad perfecta, el mejor modelo, el más sublime que puede ofrecerse á la tierra despues del Hijo de Dios, el dolor y la ignominia, las torturas, la agonía: hé ahí su patrimonio. ¡Ah! Dios no halló para honrar á su Hijo, para honrar á su Madre, nada más grande que el sufrimiento y la humillacion. Hé ahí, hermanos mios, esa dignidad del dolor asociada á la virtud, á la santidad, á la perfeccion más sublime; hé ahí cómo piensa Dios, y no cómo piensan los hombres.

Vedla, pues, á esa Vírgen. ¡Con qué gozo contemplo en su amor la dignidad del sufrimiento! Dignidad, sí, dignidad y amor. Ella es madre, y la maternidad es una gran dignidad en este mundo. Ella es madre, y ¡qué madre! Y ¡qué hijo! En verdad, hermanos, que no in-

tentaré yo hablar ante vosotros del amor maternal y de sus virtudes; solo balbucearé algunas palabras: vuestros corazones saben lo demás. Pero vosotros me comprendereis cuando os diga, que aquí abajo, en medio del espectáculo de los dolores que el mundo nos ofrece, nada hay más digno, más alto, más noble, más venerable que los dolores de una madre. Pues bien: ved á María junto á la cruz de su Hijo, llorando y abismada en su dolor. Decidme: ¿hay dignidad comparable á la suya? Los ultrajes, las blasfemias, los insultos, el ódio encarnizado persiguen á su Hijo hasta la agonía. El Cielo lo abandona, y se queja á su Padre de este abandono en el cual languidece y gime. Su alma siente todas las angustias de la agonía, la debilidad, la repugnancia, el horror. Porque Él ha querido esta enfermedad vosotros no lo ignorais. Pues bien; allí está su Madre en pié; ¡cuánto ha debido Ella sufrir! Pero ¡con cuánta dignidad sufre! ¡Cómo sabe elevarse sobre los sentimientos que no pertenecen más que á su propia personalidad! ¡Ah! María no se compadece de sí misma, no se aflige ni gime por sus propios dolores: hermanos mios, vuestra fé y vuestra piedad os lo han revelado ya.

Si yo quiero penetrar en ese corazon, si quiero darme cuenta de los sentimientos de tan digno y grande dolor, necesito interrogar al corazon del mismo Dios, al corazon del Salvador y á los admirables designios de su justicia y misericordia. María fué íntimamente unida al sacrificio de su Hijo. Ahora bien; ¿cuáles son los dolores del Hijo de María? ¿Cuáles los sentimientos que oprimían en aquel momento el corazon de Jesús? ¡Ah! sin duda se ve agotado por su propio dolor, por las torturas que ha sufrido; sin duda siente todas las amarguras del desprecio, el ultraje y el insulto. Sí; pero no es esta la verdadera causa de su dolor, de su agonía ni de su muerte; son nuestros pecados, hermanos mios, nuestras iniquidades, nuestras ingratitudes, nuestra indiferencia, nuestra impiedad comun. Por esto ha sufrido Jesucristo; por esto se ha levantado esta cruz entre el cielo y la tierra; por esto ha sido plantada en el Calvario y regada con sangre divina. Y bien; en este momento, María, iluminada con toda la claridad de la verdad divina; María, asociándose á esta obra de reparacion y de redencion; María sufre: su dolor es como un océano inmenso. En este instante, el espectáculo del diluvio de las iniquidades mundanas se presenta al corazon de María. Olas amenazadoras son; Ella las ve levantarse contra el Cielo; contra la autoridad y la justicia de su Hijo; contra su bondad y su misericordia; contra su Evangelio, su Iglesia, sus sacramentos y su gracia; Ella ha visto alzarse rebeladas todas las pasiones humanas, el orgullo, la pureza, la lujuria, el amor desenfrenado de los placeres, la inclinacion, en cierto modo, irresistible para el mundo hácia sus intereses materiales, hácia los bienes temporales que nos devora en la actualidad; Ella ha visto, contado y medido todo, sentido todo; y Ella tambien conoce lo que merece Dios, lo que merece el sacrificio de su Hijo, lo que esta sangre reparadora exije del mundo. Ella ha conocido y recorrido todas las horas, todos los dias de los siglos que habían comenzado con el mundo y que siguen todavía su rápido curso; y Ella misma lleva en su corazon, junto á aquella cruz, en pié como Ella, esotra cruz de las iniquidades acumuladas; y bajo tan grave carga ella no sucumbe, nó; ¡Ella permanece en pié! su dolor iguala á los ultrajes y ofensas hechas á la majestad divina. Pero, para dicha vuestra, para vuestro consuelo, para vuestra salvacion, Ella no ha sucumbido bajo el enorme peso, y ahí es donde yo descubro su fortaleza y su generosidad.

Ella aceptó voluntariamente esa mision que le fué confiada. Unida, asociada á su Hijo, Ella misma conoció las iniquidades del mundo. Corredentora Ella misma, ruega, se sacrifica é inmola su vida. ¡Oh Vírgen santísima! yo os saludo, yo os venero. Sí; ahora comprendo por qué sois Vos nuestra vida, nuestra dulzura, nuestra esperanza y nuestra salvacion. ¡Oh María! al pié de esa cruz, en la hora solemne del sacrificio y de la reparacion de vuestro Hijo, Vos misma habeis llorado nuestras iniquidades; Vos misma las habeis expiado; Vos misma habeis ofrecido vuestra vida en holocausto; Vos misma habeis aceptado todos los dolores; Vos misma habeis acercado á vuestros lábios el cáliz de amargura. ¡Oh María, oh Vírgen! bendita seais.

Vosotros que me escuchais, pecadores quizá todavía endurecidos, almas afligidas que gemís entre los lazos del pecado, consolaos, tranquilizaos; junto á esa cruz, en pié, sin doblarse, sin sucumbir bajo el peso del dolor, María se ha inmolado, ha rogado por vosotros. Su fortaleza, su generosidad, su abnegacion no se han desmentido un solo instante. Ahora aprended, hermanos, con este ejemplo, con tal enseñanza, cual debe ser vuestro dolor. ¡Ah! ¡tened cuidado! En este mundo hay aflicciones, y aflicciones incesantes. Pero permitidme preguntaros, si las causas de vuestros dolores son siempre dignas de vuestra fé, dignas del fin generoso que debeis proponeros. ¡Cómo! Yo os veo tristes, afligidos: quizá la fortuna no os ha sido propicia; quizá lo presente ha turbado vuestras esperanzas. No quiero yo decir que no sea eso triste y aflictivo; pero permitidme preguntaros á

vosotros, cristianos, á vosotros, hijos de María, de esa Madre desolada, si destinados como estais para el Cielo, los bienes de la tierra lo son todo para vosotros, si son estos los bienes que os deben preocupar incesantemente; si vuestros pesares deben renovarse y persistir por tales motivos; si debeis fijaros siempre en semejante cálculos, en las aprensiones concernientes á los bienes terrenales. ¡Cristianos! levantaos. Hijos destinados á la gloria, á la herencia del Cielo, no lloreis por las herencias de la tierra. O por lo ménos, sabed consolaros, y como María, permaneced en pié pensando en la vida que os aguarda. Yo no condeno vuestras lágrimas, yo no condeno vuestros recuerdos; pero lo que os doy, lo que teneis tambien en vuestros corazones, lo que el Señor ha depositado en vuestras almas, es la esperanza cristiana, la certidumbre de una resurreccion futura, la esperanza de una union en la pátria que no ha de acabar jamás, en aquella familia que nunca se ha de dividir. Así, hermanos mios, preciso es tolerar que se os aliente en vuestras tribulaciones y dolores, que se os anime con la esperanza cristiana; y tened presente, que no hay cosa más indigna de un alma cristiana que el desaliento y la desesperacion.

Contemplad la esperanza de María, su constancia, su generosidad. Sí; vuestra fé debe repetíroslo siempre; despues de la enseñanza del Calvario, despues de los dolores de la Madre de Dios al pié de la cruz, vuestra fé debe repetiros frecuentemente, que en la tierra, forzoso es decirlo, solo hay un mal, uno no más, un solo verdadero dolor, el de haber ofendido á Dios. Cuando no sois culpables, ó cuando os habeis arrepentido sinceramente; cuando llevais la justicia en el fondo de vuestra alma, ¿qué importan las enfermedades ni los martirios? ¡Cómo! cristianos, llevais á Dios en el fondo de vuestro corazon, el Espíritu Santo habita dentro de vosotros como en un templo. ¡Cómo! alimentais la esperanza inmortal, y ¿desfalleceríais ante el temor de algunos dolores? ¿Es eso digno, generoso, ni esforzado? ¡Bien! pues sabed sufrir, recordando la abnegacion, la dignidad, la fuerza y la generosidad de los dolores de María. Aún tenemos, hermanos mios, otro motivo grande de consuelo y de confianza en la contemplacion de los dolores de la Madre de Dios, á saber, que sus dolores no son estériles. Hablemos de su fecundidad.

El nacimiento de Jesús en Belén había sido, como sabeis, un nacimiento milagroso y sin dolor; María no había sido sometida, no podía ser sometida á la sentencia pronunciada contra la primera de las madres: Jesús vino al mundo, y en aquel momento, María no sintió más que alegría. Los ángeles celebraron con cánticos la venida de

Aquel que era esperado; pero muy pronto la profecía del anciano Simeon vino á anunciar á María, que una espada traspasaría su alma. Desde aquel instante, desde el momento de la Presentacion en el Templo, toda la vida de María, como la de su divino Hijo, solo fué un sacrificio permanente y una cruz anticipada. Cuando llega el sacrificio del hombre Dios, comienza lo que debemos llamar un parto laborioso, pero admirablemente fecundo. María era ya, sin duda, la Madre de Dios; este título le pertenecía, y no podía ser separado de Ella: su Hijo era Dios, Ella lo había concebido y dado á luz; Ella era verdaderamente su Madre, y bajo este concepto, no podía adquirir más gracia ni dignidad. Empero, en el momento en que vá á consumarse el sacrificio de Jesucristo, entónces, por decirlo así, la Maternidad divina va á revindicar una de sus más gloriosas prerogativas. Vosotros lo sabeis, y los santos Padres nos han explicado de esta manera la venida del arcángel Gabriel á la casa de Nazareth; vosotros sabeis, que en los consejos de la santísima Trinidad, el consentimiento de María, de la Vírgen humilde y oculta en Nazareth, era necesario para la encarnacion del Hijo de Dios; á lo ménos, en los consejos divinos había sido decretado, que este consentimiento fuese pedido. Despues de la embajada del arcángel, despues que hubo éste ejecutado su mision, por la intencion de María, por el FIAT que ella pronuncia, semejante á la palabra de la primera creacion, la redencion del mundo se verifica. Pues bien; hermanos mios, los Padres de la Iglesia, alumbrados por la misma luz, siguiendo siempre las huellas preciosas de la tradicion, sin abandonarla jamás, nos han presentado á María en el Calvario ejerciendo aún los derechos de Madre, y en el momento del sacrificio, preguntándose á sí misma, en el fondo de su corazon, si debía inmolarlo, si debía ofrecer voluntariamente por los pecados del mundo á Aquel que se entregaba por sí mismo. Así, cristianos, levantad vuestros pensamientos hasta los mismos consejos eternos. María está allí en pié, junto á la cruz; Jesús vá á morir muy pronto; sin embargo, parece que aún tiene la sangre en sus venas, que su vida está en suspenso... ¿Qué sucede, pues? ¿No es María la Madre de este Hijo? ¿Este Hijo no le pertenece? ¿No es preciso que el Cielo pida á esta Madre, tan dignamente asociada á la obra de la redencion, su consentimiento para esta muerte? ¡Oh! cierto, hermanos mios, que yo no diré nunca, que Dios depende de la voluntad de la criatura, por privilegiada y alta que sea esta criatura; pero yo me complazco en ver en esta asociacion libre y espontánea de María en el sacrificio de su Hijo, el ejer-

cicio más elevado, el más noble, el más legítimo de la Maternidad divina.

¿Comprendeis ahora cómo María os dá por segunda vez su vida, cómo os la dá á todos vosotros verdaderamente en el Calvario; cómo vá á merecer este nombre de Madre vuestra, que el Señor le dará recomendándola al discípulo querido? Pues bien, sí; es preciso el consentimiento de su alma; es precisa su voluntad maternal; se necesita que María sea el sacrificador. Abrahán recibió esta órden, y subió á la colina con la leña para el sacrificio; Dios le habia ordenado que inmolara á su hijo Isaac; y si satisfecho de su obediencia, Dios detiene el brazo de su servidor, es porque queria representar de antemano este sacrificio real y verdadero, y esta obediencia que reclamaría un dia de María. Sí; María es en esta ocasion como el gran sacerdote de la redencion, colocada debajo de su Hijo, que es el sumo Pontífice. Ella lo inmola, Ella lo hace su víctima; sí: Ella dá su Hijo, dá su sangre, la sangre que Ella formó con lo más puro de su corazon. No vacila su voluntad un solo instante. Ella muere, su alma está destrozada; Ella siente el dolor más agudo y penetrante; Dios le pide su Hijo para ingratos, blasfemadores, perjuros, para los mismos réprobos, puesto que Jesucristo murió absolutamente para todos; pues bien, María, por los pecadores, los blasfemos, los impíos, por todas las almas que maldecirán á su Hijo, por todos aquellos que en el curso de los siglos ultrajarán á su Padre que está en los Cielos, María lo dá, lo entrega, lo abandona, lo inmola, lo sacrifica, inmolándose y sacrificándose Ella misma.

¡Cristianos! ved la Madre de un Dios, y ved á vuestra Madre. Así, entendedlo bien; en este laborioso parto del Calvario, en estos dolores debemos reconocer la fecundidad maravillosa de María, nuestra Madre. ¿Somos nosotros sus hijos? ¿Nos ha adquirido con justo título? Decidme: ¡le pertenecemos! Y cuando el Salvador nos dice en la persona de su discípulo predilecto: «Hé aquí tu Madre,» sabemos nosotros la razon de ello. María ha inmolado á su Hijo, lo ha sacrificado; así nos ha dado la verdadera gracia de la salvacion; Ella se ha asociado, por medio de una alianza íntima, necesaria, á la redencion del mundo. ¡Oh hermanos mios! sabed, pues, porque la Iglesia nos invita sin cesar á tributar nuestros homenajes á la Madre de Dios; sabed, pues, porque en todas partes se levantan templos magníficos para rendirla culto; sabed, pues, porque las poblaciones fieles se precipitan hácia los santuarios donde es particularmente venerada; sabed, pues, porque su nombre fué siempre un signo de victoria y de

triunfo en la Iglesia; sabed, pues, porque le dirigimos incesantes súplicas; sabed, pues, porque nuestro apostolado está bajo su proteccion; sabed, pues, porque la invocamos como á Madre de toda esperanza. ¡Ah! es porque en el Calvario, bañada con la sangre de su Hijo, nos restituyó á todos la vida; allí se hizo nuestra Madre; allí nos regeneró y humedeció con la sangre divina. ¡Oh dolores benditos, oh dolores verdaderamente fecundos, oh fecundidad de la Madre de Dios! yo os venero y os amo. ¡Ah! si alguna vez, en esta triste carrera, en medio del flujo y del reflujo de las pasiones humanas, mi alma vacila, si mi corazon tiembla en alguna hora terrible, ya sabré á quién debo recurrir. ¡Ah! si me parece alguna vez demasiado duro y pesado el deber, si gimo bajo la carga, si la cruz me abruma, ¡oh María, oh Madre mia! yo me acordaré de vuestros fecundos dolores. Yo me acordaré de esta palabra salida de la misma boca del Salvador, «¡Hé aquí vuestra Madre!»

Hermanos mios, hé ahí nuestras razones de esperanza; hé ahí nuestros motivos para confiar. Yo os pregunto: ¿qué quereis que Dios rehuse á su Madre? ¿Por qué esta Mujer, esta Vírgen inmaculada fué ensalzada á tan alto grado de honor; por qué fué asociada por íntimos lazos á la encarnacion del Verbo y á la grande obra de la redencion, sinó para ofrecer á las almas un consuelo y un refugio? Nosotros tenemos necesidad de consuelo y de apoyo; nosotros somos débiles, estamos enfermos, y muy frecuentemente llenos de desaliento. ¡Oh! ¡qué de obstáculos, qué de tentaciones, qué de dificultades, qué de opresiones, qué de desgracias, qué de tinieblas en esta vida! Para tranquilizarnos, Señor, habeis tenido la bondad de darnos una Madre. En su corazon no hay nada que asuste ni aterre; no busquemos en él la justicia: María no nos juzgará. ¡No; no! Ella no juzgará, no condenará jamás. Ella ha estado en pié junto al Calvario solo para bendecirnos y salvarnos; Ella es la Madre de la misericordia y del amor. Cristianos, esperad en María, y sea un remedio para vuestros males el recuerdo de sus dolores y su compasion.

No consumais vuestras horas y vuestros dias en pensamientos que os agobien y aflijan sin fruto. Vosotros gemireis, vosotros llorareis, vosotros tropezareis con obstáculos; el pecado os hará sufrir. Pues bien; acordaos que el corazon, que la mano compasiva de María, de María sacrificada por vosotros en el Calvario, no os abandonarán jamás. No os dejeis pues abatir, no os desanimeis. Sabed esperar en la cruz de Jesucristo: esperad tambien en los dolores de su Madre, y sereis bendecidos.

DOLORES GLORIOSOS DE MARÍA.

Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.

A proporcion de los muchos dolores que atormentaron mi corazon, tus consuelos llenaron de alegría mi alma.

(PSALM. XCIII, 19.)

No comprendo, hermanos mios, porque se hace tanta fiesta en obsequio de una mujer afligida. En verdad, si contemplo los vivos colores de estos damascos, el fúlgido resplandor de los cirios, y la inusitada esplendidez de esta pompa, debo decir, que hoy es un dia de júbilo; pero, si vuelvo las miradas á Aquella á la cual se dedica la presente solemnidad, viéndome delante de una mujer atravesada por siete espadas, debo añadir, que es una Dolorosa cuya memoria se celebra. ¿En qué consiste, pues, que los dolores sean motivo de alegría? ¿que las penas de una mujer afligida sean objeto de una fiesta?

Cesa la estrañeza cuando se considera, que la mujer afligida, cuya memoria celebramos hoy, es María, y que las almas devotas que la festejan con júbilo pertenecen á la familia cristiana. En efecto; si los crueles dolores que sufrió María en la tierra la elevaron á ser coronada en el Cielo, es natural que, recordándolos, se la celebre, puesto que el conocimiento de sus dolores nos lleva á la mente el de su gloria; y si los terribles dolores sufridos por María acá en el mundo, contribuyeron á la salvacion nuestra, es natural tambien que recordándolos, se la celebre, porque el conocimiento de sus dolores nos recuerda sus preciosos beneficios.

Así, pues, yo creo que al rededor de María se hallan reunidos los mártires y los ángeles, quienes la veneran y alaban de varias maneras. Veo á los mártires, que, bañados aún con la sangre que derramaron, la predican afligida sobre toda ponderacion; veo asimismo á los ángeles, que tañendo sus cítaras de oro, la muestran glorificada cuanto puede serlo una pura criatura; los mártires la predican afli-

gida por aquel mar de tormentos, que, rotas las barreras, se precipitó sobre su corazon; y los ángeles la presentan glorificada por aquel océano de gozos que la inundó en la pátria de los bienaventurados. Los mártires, contemplándola en el Calvario, me hablan de las penas que tan amargamente le inundaron el espíritu; los ángeles, viéndola en el Cielo, me hablan de los triunfos que la elevaron á tanta sublimidad. Por otra parte, más que todos los ángeles y que todos los mártires, habla María misma, y con las palabras de los salmos dice: Que á proporcion de los muchos dolores que atormentaron su corazon, celestiales consuelos llenaron de alegría á su alma: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.* Con cuyas palabras, formando el asunto del presente discurso, tengo la completa confianza de que despues de referidas estas penas acerbísimas, y estos consuelos inefables, vosotros mismos concluireis conmigo, amados hermanos, que verdaderamente los dolores de María debieron ser y fueron glorificados. Saludémosla ántes con el arcángel: A. M.

El camino por el cual se puede llegar al Cielo es el de las tribulaciones. Todos los hombres que han sido aceptos á Dios han sufrido tribulaciones, y todos los que ahora gozan en la gloria, tuvieron que pisar un campo todo sembrado de tribulaciones y espinas. Así es, que David, hombre segun el corazon de Dios, era rey, y fué atribulado, puesto que vió rebelársele sus vasallos; era padre, y fué atribulado, pues su hijo fué el caudillo de los conjurados. Tambien Tobías, varon célebre en obras de piedad, el cual se quitaba el pan de la boca para darlo á los pobres, y robaba el tiempo al descanso de la noche para ir á sepultar los difuntos, fué atribulado con la ceguera, angustiado por la miseria, insultado y colmado de dicterios por su propia consorte (1). Del mismo modo el Bautista, el más esclarecido de los hombres (2), llamado Angel por Malaquías (3), y que mereció un singular elogio de Jesucristo (4), fué atribulado, pues, para saciar el cruel deseo de una seductora bailarina, cortóle Herodes la cabeza. ¿Acaso los Apóstoles, prodigio de saber y de piedad, no fueron perseguidos? ¿Y las vírgenes, que para conservar al divino Cordero sus inmaculadas azucenas renunciaron á los tronos y á los amores, no

(1) JOB. XII, 13.
(2) LUC. I, 15.
(3) MALACH. III, 1.
(4) LUC. VII, 28.

perecieron en las cárceles y en los tormentos? ¿Por ventura los confesores, que proclamaron en alta voz la religion del Crucificado, no murieron martirizados? ¿Y el mismo Jesucristo, para salir luego vencedor poderosísimo del pecado, de la muerte y del Infierno, no fué el hombre más afligido y colmado de tormentos? Antes de nacer, los Belemitas no quisieron recibirle en sus casas; y apénas nacido, la envidia de un rey intruso, celoso de su usurpada dignidad, le persigue ferozmente. Nace pobre en un establo, vive oculto en Egipto, crece humilde en un taller de carpintero; y cuando empieza á derramar sus gracias, los discípulos le abandonan, los Judíos le calumnian, los jueces le condenan y el pueblo pide su muerte.

Sentada esta doctrina, que resulta evidentísima de los sagrados libros, no hay dificultud alguna en comprender, que María debía ser glorificada en el Cielo; porque, si fueron glorificados en el Cielo los justos, que por amor de Dios vivieron atribulados en la tierra, María, cuya alma fué la más afligida de todas acá en la tierra, debió de ser eminentemente glorificada en el Cielo. ¿Qué términos podría emplear yo para decir, cuán violentos fueron los martirios de esta Madre en la acerba pasion de su Hijo? ¿Con qué frases podría yo expresar aquellas penas, que, superiores á toda pena humana, le traspasaron su alma con tanta amargura?

Los dolores de María la martirizaron por muchos años, Ella, que sintió atravesarle el espíritu la espada del dolor, desde el día en que concibió al Salvador de los hombres en su purísimas entrañas, la sintió mayormente cuando Dios le hizo saber de lábios de Simeon, que criaba á su Hijo para los oprobios de la pasion y para la muerte de cruz; de suerte, que mucho ántes de que llegase la hora del duelo, mucho ántes de que brillase la aurora del Calvario, empezaron sus aflicciones. Teniendo á Jesús á su lado por espacio de treinta años estrechándole entre sus brazos, apretándole en su pecho, sabía muy bien la tempestad que descargaría sobre su cabeza. Cuando le alimentaba con su leche virginal, pensaba que de aquella leche tenía que formarse la sangre que le harían derramar feroces verdugos. Si besaba aquella frente tan pura y resplandeciente, pensaba que aquella misma frente sería lacerada con agudísimas espinas. Si se recreaba en aquellos ojos, que parecían de cándida paloma, en las mejillas ungidas con singularísimos aromas, en los lábios que rebosaban suave bálsamo, en las manos llenas de tiernísimos jacintos, en el rostro bello como el florido Líbano en tiempo de primavera, pensaba que aquellos mismos ojos serían oscurecidos, marchitadas aquellas

rosas de sus mejillas, secos aquellos lábios, enflaquecidas aquellas manos, y desfigurado aquel rostro.

Los dolores de María fueron acerbos.—En efecto; si fueron acerbos los dolores de Jesús, cuando se sujetó á la terrible pasion á que le condenaron, ¿cómo no habían de ser acerbos los dolores de María, que repercutía en el corazon todo lo más cruel y agudo de aquella pasion? Las espinas que atravesaban las sienes de Jesús, los clavos que le desgarraban las manos, las heridas que cubrían sus miembros, y la hiel que absorbían sus lábios, eran como nuevas espinas, nuevos clavos, nuevas heridas, nueva hiel para el afligido corazon de María. Aún más: Jesús no sufría los tormentos en una sola parte del cuerpo; cuando la cabeza sufría las espinas, no le hacía sufrir la hiel; cuando sus lábios eran martirizados por la hiel, no lo eran por las espinas, al paso que María sufría todos estos dolores en el corazon; en el corazon los cardenales, en el corazon las espinas, en el corazon todas las angustias de aquella amarguísima pasion.

Los dolores de María fueron imponderables.—En verdad, Ella, en el inmenso dolor en que se sintió abismada, no recibió consuelo alguno. Llegaban á sus oidos las blasfemias execrables de los verdugos, y no oía ni una sola palabra en defensa del inocente sentenciado. Veía cuanto inventára de bárbaro contra su Hijo crucificado la malicia humana; mas no descubrió ni un solo hombre que, de una ú otra manera, le ofreciese algun refrigerio. Contemplaba á su Hijo clavado en el madero de la infamia, estirarse y hacer contorsiones por la prolongada contraccion de todos los miembros; mas no vió venir ningun auxilio del Cielo ni de la tierra. Los discípulos se han ocultado, huido los Apóstoles, los ángeles lloran amargamente; y el mismo Padre celestial, hablando con Aquel que pende de la cruz cargado con todos los pecados de los hombres, le martiriza con el más opresor abandono. Ella misma, María, no puede estrecharlo un sola vez en su pecho, no puede murmurarle un acento de compasion, no puede dirigirle una palabra de amor, no puede sostener con la mano la cabeza inclinada; nada puede hacer, ni aún proporcionarle una gota de agua para humedecer sus sedientos lábios, ó para limpiarle la sangre que brota de sus innumerables heridas.

Considerando todas estas cosas, volviendo de nuevo al asunto, digo: Si Dios glorifica en el Cielo á los justos que por su amor fueron angustiados en la tierra, y si á proporcion de los tormentos corona sus sienes con más brillante diadema en los tabernáculos de la bienaventuranza, no puede caber la menor duda de que María, afligida

de esta suerte, debió un día verse coronada solemnemente en el Cielo. Brilló este día, y apareció esta aurora y... Pero ¿cómo podría yo, miserable mortal, fijar las miradas en la luz deslumbradora del faustísimo instante en que recibió el premio merecido el martirio de la Vírgen de Nazareth? ¡Ah! creo que entónces el sol aparecería más radiante en el horizonte, se danzaría de jubilo en los Cielos, y se renovaría la belleza del Paraiso; que pasado el horror del invierno, Dios, volviéndose á María, y hablándole en medio de rasgada nube, la invitaría con la más dulce de las sonrisas, á salir del destierro para recibir la corona.

Y esta corona debía resplandecer tanto más gloriosísima en la frente de María, cuanto que se le daba por mano del amor y en premio del amor. En verdad, hermanos mios, no es la pena, es la causa que hace el mártir; y si los mártires fueron premiados por Dios, no fueron premiados por haber sufrido toda suerte de suplicios, sinó porque se sometieron con ánimo generoso á padecer toda especie de tormentos para celar el honor de la divina gloria. Ellos amaban á Dios, y, amándole verdaderamente, ninguna clase de peligros, de obstáculos ni de rigores fué capaz de menguar su valor, ni abatir su ánimo. Ellos amaban á Dios, y, amándole santamente, se mantuvieron firmes miéntras se abrían las cárceles y se afilaban las cuchillas contra los mismos. Amaban á Dios, y, amándole ardientemente, con la sonrisa en los lábios se sometieron á los tormentos, á los azotes, á los ecúleos y á las cruces; por cuyo motivo el divino amor, que no puede ménos de premiar á los justos que le aman con amor verdadero, con amor santo y con amor ardiente, premió en el Cielo á los mártires, que le amaron verdadera, santa y ardientemente; y, por consiguiente el mismo amor que los hizo mártires en la tierra, los coronó en las celestiales esferas.

¿Y qué es lo que no sufrió María por este amor, que fué en Ella más ardiente que el de cualquiera otra alma amantísima, y la convirtió toda en llamas de perfecta y continua caridad? ¡Ah! con toda razon Ella es llamada mártir, y hasta Reina de los mártires, habiendo sufrido en lo íntimo de su corazon más que todos los mártires en los atroces suplicios á que les condenaba la feroz barbárie del paganismo.

Si los mártires, por someterse de buen grado á tantas penas por amor de Dios, recibieron la corona del justo y eterno Remunerador, ¿quién no ve que María, la más amorosa y la más afligida entre todo el ejército de los atribulados y de los amantes, debía ser coronada de un modo más solemne? Ella, que sobrepujó á todos los hombres

en el amor y en el martirio, debía sobrepujar á todos ellos en el triunfo y en la gloria. En efecto; era justo que Aquella, que, con el corazon traspasado por la espada de dolor, había contemplado con los propios ojos á su Hijo clavado en la cruz, con el corazon mismo palpitante de júbilo y con los mismos ojos iluminados por luz divina, contemplase al mismo Hijo glorioso sentado á la diestra del Padre. Era justo que Aquella, que, durante el tiempo de la Pasion de Jesús estuvo próxima mil veces á espirar atravesada el alma por la más terrible de las espadas, subida al Cielo y sentada al lado del mismo Jesús, viviese enteramente una vida de inmortales bienaventuranzas. Era justo que Aquella, que había sufrido infinitamente más que todos los confesores tendidos en los ecúleos, que los mártires en medio de las llamas, y que otra persona cualquiera en medio de los más espantosos tormentos, fuese premiada inmensamente más que los confesores, que los mártires, y que cualquiera otra persona admitida en la bienaventuranza de la inmortal Jerusalén.

Sin embargo, lo que hasta el presente hemos ponderado, no basta para formarnos una idea exacta de cuán grande debió de ser el premio de María, puesto que no hemos conocido aún cuanta fué la intensidad de los sufridos dolores, mediante los cuales debía ser elevada á este premio. En verdad, María era Madre de Dios, y por razon de la grandeza de tal maternidad debe deducirse la intensidad de sus penas; pues, así como en Jesucristo su divinidad concurrió, no para atenuar, sinó para agravarle más la pasion, del mismo modo en María concurrió su divina maternidad, no para aliviarla en sus amarguras, sinó para acrecentárselas. Esta maternidad la dió á conocer anticipadamente cuanto debía cumplirse en el Huerto, en el Pretorio y en el Calvario; la misma maternidad la dió á entender cuanta era la malicia de los pecados, causa principal de aquellas penas; la propia maternidad la privó de pronunciar una palabra en defensa de su Hijo Jesús, de extender una mano poderosa para socorrerle, y de moverse para asistirle bajo ningun respeto. Por consiguiente, los dolores de María deben medirse por la grandeza de su maternidad divina; y si estos dolores debían ser premiados, debían serlo á proporcion de la grandeza misma de la divina maternidad. Es así, que no puede imaginarse nada más grande, más noble, más sublime ni más augusto que la maternidad divina, luego, no cabe figurarse premio más grande, más noble, más sublime ni más augusto que el que recibió María por los dolores sufridos.

Esto sentado, hermanos mios, sin duda comprendereis ahora el

motivo de esta fiesta cuando se trata de la Vírgen de los Dolores. Recordar sus dolores equivale á recordar el triunfo de la más afectuosa de las madres, la coronacion de la más grande entre todos los escogidos, la entrada de la Esposa amantísima en el Templo de su divino Esposo, la exaltacion de la Hija primogénita del Altísimo sobre todos los órdenes de los Espíritus bienaventurados, y la elevacion de la más excelente de todas las criaturas al lugar más eminente de la gloria. Pensar en sus dolores equivale á pensar en el galardon obtenido por los sufridos tormentos, en el pago recibido por los méritos adquiridos, en el premio concedido por sus pasadas amarguras, y en la corona que brilla en su frente por las virtudes que mostró tan valerosamente en la cumbre del Calvario. Fijar nuestra consideracion en todos los puntos de las agudas espadas que le atravesaron el alma en la Pasion, agonía y muerte de su Hijo, es fijarla igualmente en todos aquellos derechos por los cuales como Corredentora, habiendo participado del martirio, debía igualmente participar de los triunfos del Redentor.

Si es natural que se celebre la fiesta de la Vírgen Dolorosa, porque sus dolores nos llaman á considerar sus glorias, lo es asimismo que se festeje, porque sus dolores nos llaman á la consideracion de sus beneficios. Y en efecto; se ve en la Pasion de Jesús cuanta fué la caridad de María para con nosotros. Ella quería nuestro bien, y por esto, con resignacion heróica, conformándose á la voluntad de la divina justicia, se unió al Hijo para sufrir las mismas penas, y con Él ofrecer el precio del mismo rescate. Ella quería nuestra salvacion, por cuyo motivo subió al monte deicida, se puso al pié de la cruz, y aunque náufraga en un mar de indecibles amarguras, se ofreció víctima al Padre celestial juntamente con el Hijo. Ella quería nuestra redencion, y, por consiguiente, si en la Encarnacion de Jesús, con sublime sacrificio, fué como el altar sobre el cual descendió el holocausto; y si en la Presentacion al Templo fué como el sacerdote que hizo su ofrecimiento; en la cumbre del Gólgota fué como el sacrificador que le inmoló en su corazon.

Cierto que María no fué causa primaria, principal y eficiente por sí misma de nuestra salvacion, como no fué causa primaria, principal y eficiente de nuestra redencion, puesto que ésta pertenece total y exclusivamente á Jesucristo; pero, ¿cuánta parte no tomó Ella en nuestro rescate y nuestra salvacion? Ella dió su consentimiento al estupendo milagro de la Encarnacion; y desde aquel instante empezó á ser para nosotros principio de gracia y de salvacion. Ella dió al

Verbo aquella carne y aquella sangre con que pudo pagar nuestra deuda; y desde entónces empezó á cooperar á nuestra redencion. Ella consintió en el sacrificio del Hijo; y desde aquel momento adquirió el título de Corredentora nuestra, puesto que ofreció un mismo holocausto juntamente con Jesús. Por María con Jesucristo tuvo lugar el más grande cambio que podía verificarse entre los hombres. Por María con Jesucristo el género humano renació á la propia dignidad. Por María empezó la espiritual regeneracion de las almas, aparecieron nuevos cielos y tierras nuevas trás una larga noche de tinieblas y de duelo.

Mas, hermanos mios, para que pudiese favorecernos con estos beneficios, ¿con cuántos martirios no fué traspasada, de cuántas maneras no tuvo que ser afligida? En el Calvario la descubrimos intrépida, silenciosa, inmóvil, no abandonada á la desesperacion del dolor, ni desvanecida por angustioso afán, ni abatida, aunque azotada por las olas de amarguísimos sufrimientos; y esto mismo debe ser para nosotros como un indicio de aquellos dolores que la torturaban sin permitirle la más leve queja. Permanecía inmóvil al paso que huían despavoridos los discípulos, se oscurecía el sol, se estremecía la tierra, y las mismas piedras se hacían pedazos á la vista de tan cruel suplicio; permanecía inmóvil porque como Madre del Redentor, era preciso que asistiese al sacrificio consumado por el Redentor, uniéndose con el corazon á la misma Pasion; y sufriendo en el corazon los mismos padecimientos, permanecía intrépida miéntras que su amantísimo Hijo, clavado sobre un madero, ensangrentado por las innumerables heridas, abandonado del Cielo y de la tierra, derramando copiosamente su sangre, moría; Ella, empero, se mantenía intrépida, porque sabía que con aquella sangre y con aquella muerte debía cumplirse nuestra redencion; y magnánima Bienhechora, consintió con generoso holocausto las penas del Hijo y las suyas propias para nuestra eterna felicidad.

Por estas razones tenemos todos la obligacion de celebrar, con sentimientos de piadoso, devoto y fervoroso agradecimiento, la fiesta de aquellos dolores, que, sufridos por María, nos colmaron de tantos beneficios. En el Calvario nosotros nacimos hijos de la Vírgen, é hijos tanto más queridos, cuanto que fuimos engendrados con estremecimientos de dolores sin medida y sin límites. Nos amó de tal suerte en el Calvario la augusta Madre, que por nuestro amor condescendió á la muerte de Jesús. En el Calvario nosotros, que éramos plantas estériles y marchitas, por los martirios que sufrió el Hombre de dolores,

y las angustias de la Reina de los mártires, pudimos germinar y florecer. ¡Ah! yo siento resonar en mi alma los himnos de los Profetas, cuando á la consideracion de nuestra dicha invitaban á saltar de gozo á las verdes colinas de Engaddi, y llamaban para entonar himnos de júbilo á la misma soledad y al desierto. Yo quiero tambien repetir aquellas palabras, y arrobado en éxtasis de felicidad y júbilo, quiero aclamar á Aquella, que habiendo recibido en premio de sus dolores la gloria del Líbano, la belleza del Carmelo y la hermosura del Saron, exclama: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.*

Perdonad, hermanos mios, si en el dia de los dolores de María, he dado lugar á expansiones de alegría, pues lo he hecho porque aquellos dolores fueron la causa de nuestro bien. ¿Qué sería de nosotros, si no correspondiésemos dignamente á una Madre que tanto nos ama y sufrió tanto por nuestro amor? ¡Ay! avergoncémonos de nuestra dureza, de nuestra ingratitud, y arrepintámonos de aquellas culpas, con las cuales, ofendiendo á Jesús, acrecentamos su inmenso dolor. Ofrezcámonos á Ella con firme propósito de amarla, de seguirla en sus padecimientos, de imitarla en sus virtudes, de no olvidar jamás sus gracias, para que contemplándola en los sufridos dolores al pié de la cruz, en los beneficios y en las misericordias que nos adquirió con tantos dolores, nos sea otorgado obrar nuestra santificacion en esta vida, y luego verla allá en los Cielos inmensamente glorificada sobre todos los Angeles y Santos.

TRÁNSITO Ó MUERTE DE MARÍA SANTÍSIMA.

Requiem tibi dabit Dominus semper, et implebit splendoribus animam tuam.
El Señor te dará un perpétuo reposo, y llenará tu alma de resplandores.
(Isai. LVIII, 11.)

¿Con qué al fin, hermanos mios, murió ya nuestra amantísima Madre? ¿Con qué la muerte cortó el hilo precioso de aquella vida que era la delicia de la tierra? ¿Ya se eclipsaron aquellos ojos hermosos que prestaban luz y resplandor á las estrellas del firmamento? ¿Ya se cerraron en perpétuo silencio aquellos rosados labios que destilaban mirra purísima? ¿Ya enmudeció aquella boca graciosa que nunca pronunció sinó palabras de dulzura? Aquellas manos torneadas, aquellos piés de marfil y de alabastro, aquel cuerpo sagrario del Verbo eterno y seno castísimo de un Dios hombre, ¿han venido á parar en un sepulcro? ¿Con qué demostraciones de dolor expresaré mis sentimientos? ¡Oh tierra, oh prados, oh montes! vestíos de luto y de tristeza, pues que habeis perdido la mejor planta, la flor más bella, el árbol más florido, la oliva más espaciosa, el cedro incorruptible del Líbano, la palma elevada de Cadés, el ciprés frondoso de Sion, la rosa fragante de Jericó, la azucena de los campos y el lirio de los valles.

Pero, ¿qué digo yo, hermanos mios? ¿Qué impulso ha movido mi lengua á pronunciar tristezas, á persuadir amarguras y llantos, á convocar á dolor todas las criaturas en un día que respira júbilo por todas partes? ¿Hemos de celebrar con negras bayetas y funesto ciprés uno de los dias más festivos, más alegres, más plausibles, más augustos que conocieron los siglos? Nada ménos. La muerte de María no es motivo de luto y sentimiento, ni debe alterar el gozo á que nos convida la Iglesia. La muerte de María fué preciosísima y tan singular como su dignidad de Madre de Dios, que excede á todas las

y las angustias de la Reina de los mártires, pudimos germinar y florecer. ¡Ah! yo siento resonar en mi alma los himnos de los Profetas, cuando á la consideracion de nuestra dicha invitaban á saltar de gozo á las verdes colinas de Engaddi, y llamaban para entonar himnos de júbilo á la misma soledad y al desierto. Yo quiero tambien repetir aquellas palabras, y arrobado en éxtasis de felicidad y júbilo, quiero aclamar á Aquella, que habiendo recibido en premio de sus dolores la gloria del Líbano, la belleza del Carmelo y la hermosura del Saron, exclama: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo, consolationes tuæ lætificaverunt animam meam.*

Perdonad, hermanos mios, si en el dia de los dolores de María, he dado lugar á expansiones de alegría, pues lo he hecho porque aquellos dolores fueron la causa de nuestro bien. ¿Qué sería de nosotros, si no correspondiésemos dignamente á una Madre que tanto nos ama y sufrió tanto por nuestro amor? ¡Ay! avergoncémonos de nuestra dureza, de nuestra ingratitud, y arrepintámonos de aquellas culpas, con las cuales, ofendiendo á Jesús, acrecentamos su inmenso dolor. Ofrezcámonos á Ella con firme propósito de amarla, de seguirla en sus padecimientos, de imitarla en sus virtudes, de no olvidar jamás sus gracias, para que contemplándola en los sufridos dolores al pié de la cruz, en los beneficios y en las misericordias que nos adquirió con tantos dolores, nos sea otorgado obrar nuestra santificacion en esta vida, y luego verla allá en los Cielos inmensamente glorificada sobre todos los Angeles y Santos.

TRÁNSITO Ó MUERTE DE MARÍA SANTÍSIMA.

Requiem tibi dabit Dominus semper, et implebit splendoribus animam tuam.
El Señor te dará un perpétuo reposo, y llenará tu alma de resplandores.
(Isai. LVIII, 11.)

¿Con qué al fin, hermanos mios, murió ya nuestra amantísima Madre? ¿Con qué la muerte cortó el hilo precioso de aquella vida que era la delicia de la tierra? ¿Ya se eclipsaron aquellos ojos hermosos que prestaban luz y resplandor á las estrellas del firmamento? ¿Ya se cerraron en perpétuo silencio aquellos rosados labios que destilaban mirra purísima? ¿Ya enmudeció aquella boca graciosa que nunca pronunció sinó palabras de dulzura? Aquellas manos torneadas, aquellos piés de marfil y de alabastro, aquel cuerpo sagrario del Verbo eterno y seno castísimo de un Dios hombre, ¿han venido á parar en un sepulcro? ¿Con qué demostraciones de dolor expresaré mis sentimientos? ¡Oh tierra, oh prados, oh montes! vestíos de luto y de tristeza, pues que habeis perdido la mejor planta, la flor más bella, el árbol más florido, la oliva más espaciosa, el cedro incorruptible del Líbano, la palma elevada de Cadés, el ciprés frondoso de Sion, la rosa fragante de Jericó, la azucena de los campos y el lirio de los valles.

Pero, ¿qué digo yo, hermanos mios? ¿Qué impulso ha movido mi lengua á pronunciar tristezas, á persuadir amarguras y llantos, á convocar á dolor todas las criaturas en un día que respira júbilo por todas partes? ¿Hemos de celebrar con negras bayetas y funesto ciprés uno de los dias más festivos, más alegres, más plausibles, más augustos que conocieron los siglos? Nada ménos. La muerte de María no es motivo de luto y sentimiento, ni debe alterar el gozo á que nos convida la Iglesia. La muerte de María fué preciosísima y tan singular como su dignidad de Madre de Dios, que excede á todas las

demás grandezas criadas. En los demás misterios que celebramos de María santísima mézclase el gozo con la tristeza, el dolor con la consolacion; pero en éste todo es gozo, todo es alegría, todo es gloria.

Resuelto á hablaros exclusivamente de la muerte dichosísima de María, deseoso de vuestra edificacion y aprovechamiento espiritual, voy á presentárosla como la más preciosa, apetecible y admirable, para que conformando vuestra conducta con la suya, seais dignos de morir como Ella, y acompañarla alegres y gozosos á los eternos tabernáculos de la gloria. ¡Vírgen santa! Concededme la gracia de hablar dignamente de los últimos instantes de vuestra santísima vida: alcanzadme un rayo de la luz que os iluminó en vuestro glorioso tránsito, miéntras os saludamos con el ángel: A. M.

La muerte es la pena del pecado; María, pues, al parecer, no debía morir. Todos sabeis que María fué la más pura, la más inocente, la más amante entre las criaturas. Colmada de dones, enriquecida de gracias, prevenida de bendiciones, llena de carismas, excedió en santidad á todos los justos de la antigua y nueva ley, y arrebató poderosamente la atencion de aquel gran Dios, que se complacía y deleitaba en las perfecciones de su amada. Bendita en la persona de Abrahán, sujeta á las órdenes del Cielo en la de Isaac, santificada en la de Jacob, hermoseada de luces y dones celestiales en la de Salomon, fué obra de un eterno consejo, un rayo de la divinidad, y el último esfuerzo del poder divino. Su concepcion fué purísima, su nacimiento santo, su vida irreprensible, sus pensamientos nobles, su espíritu ilustrado, su voluntad abrasada, su corazon encendido, su cuerpo perfecto, más bello que el sol y las estrellas, su alma sin mancilla. Llena de gracia en su concepcion, llena de gracia en su nacimiento, toda su vida fué la más inocente y limpia. Protegida por la diestra del Altísimo, dirigida por particular impulso del Espíritu Santo, no tuvo movimiento que no fuese para Dios; pensamiento ni deseo que no fuese para Dios; expresion, afecto ni cariño que no fuese para Dios. Considerada, pues, la muerte como pena del pecado, María no debía morir. ¿Por qué, pues, murió? Murió por imitar á su divino Hijo, que siendo inocentísimo y santo por esencia, se sujetó á morir para salvarnos y redimirnos. Murió para que nosotros no temiésemos la muerte viendo que murieron Jesús y María, sinó que la aguardásemos resignados en la voluntad divina, y nos condujésemos en ella según los ejemplos y doctrinas del Hijo del Altísimo y de su bendita Madre. Murió para que aprendiese por la experiencia á compadecerse de nosotros, y nos acompañase en los últimos instantes de la vida. Murió, en fin, para poder pasar de esta vida llena de miserias á la eterna en que abundan las delicias, las dichas y felicidades.

Pero, ningun dolor, ninguna afliccion, ninguna enfermedad corporal, ninguna agonía, ninguna congoja sintió en los últimos momentos esta Vírgen prodigiosa. Había ya sufrido al pié de la cruz en que murió su santísimo Hijo todas las penas, dolores y aflicciones con que la atormentó la mano del Omnipotente, y en su última hora no debían ocuparla más que los gozos y consuelos que causan en las almas justas los méritos y virtudes, la vista de los premios prometidos por el dador de todo dón celestial. ¿Sabeis qué fué lo que la hizo morir? Fué el amor á su Dios, amor tan fuerte como la muerte. Tiempo había que la Madre más amante se hallaba ausente de su amabilísimo Hijo, y la Esposa más fina estaba privada del dulce trato y caricias del Esposo. La paloma triste daba quejidos al Cielo, sus ecos herian las bóvedas del Empíreo y lastimaban los oídos del Amado: padecía una sed intolerable, y una ardientísima fiebre consumía la médula de sus huesos. Pero ¡que fiebre! Era una calentura de amor que la hacía desfallecer y agonizar en la respiracion que exhalaba su pecho; las llamas del horno de Babilonia no subían tan altas como el incendio de su corazon amante. Si al Apóstol le era insufrible la vida, y deseaba con ansias desatarse y reinar con Cristo; ¿qué podré yo inferir de la Madre del amor por excelencia? Hijas de Jerusalén, exclamaba esta Esposa divina, si por ventura encontráreis á mi Amado decidle de mi parte que no vivo, que el amor me tiene consumida el alma y acabará con mi vida.

El Esposo se dió por entendido de estos lamentos, despachó del trono de su gloria un ángel comisionado, que anunciase á María la feliz nueva de su próximo tránsito al país de las delicias. Señora, le dijo el embajador que le había anunciado el misterio de la encarnacion del Verbo divino; Señora, el Altísimo que en otro tiempo me envió á anunciaros, que la segunda Persona de la Trinidad santísima bajaría del Cielo para hacerse hombre en vuestras purísimas entrañas, me envía ahora para anunciaros, que es su voluntad que subais á la Corte celestial, y seais en ella la Emperatriz de las potestades angélicas, de todos los santos y escogidos. Os presento un ramo de palma; tomadlo en señal de las victorias y triunfos que habeis conseguido contra el Mundo, contra el Infierno y contra la Muerte. ¿Qué inteligencia criada podría comprender ni explicar los efectos

con que en esta ocasion se elevó esta Vírgen prodigiosa hasta el trono de la Majestad inmensa cerca del que iba á fijar su morada? A la violencia del amor, el lazo que unía el alma con el cuerpo estaba á punto de desatarse. Pero ántes que espirára la purísima Vírgen quiso el Salvador, que los apóstoles concurriesen de tòdas partes á prestar los últimos obsequios á su santísima Madre, y á recibir la bendicion de aquella Maestra universal del mundo y silla de la sabiduría eterna.

¡Qué lance tan tierno se me presenta en la última despedida de María! Lloraban inconsolables los discípulos de Jesús porque los dejaba solos. Los hijos de Jacob, cercando el lecho de su moribundo padre y pidiendo que los bendijese, no son más que una sombra de esta patética escena. Los apóstoles afligidos cercaban á la Vírgen en torno, la suplicaban, la rogaban, la empeñaban á quedarse; le besaban las manos, y postrados á sus plantas, le manifestaban la necesidad de la Iglesia, y la compelian á dilatar la partida. En este momento se presentó Jesucristo con magnífico acompañamiento de celestiales cortesanos, y arrebatando todas las potencias y sentidos de su santísima Madre, la dijo con toda la amabilidad del Hijo de Dios:—Vén, amiga mía, paloma mía, hermosa mía; vén del Líbano, de esa tierra de penas y fatigas; vén de esos abismos de afliccion en que tantos dolores has sufrido; vén conmigo á la pátria del descanso eterno en que coronada de flores nos gocemos eternamente. Ya pasaron los dias de invierno y de inclemencia, y ha llegado el verano florido de la gloria en que no se conocen las incomodidades.

Al oir esta voz del Hijo, la Madre contesta:—Hágase en mí tu santísima voluntad, Hijo y Dios mio; pues sabes que no tengo otra; y pronunciando estas palabras, salió su bendita alma de su purísimo cuerpo, confiado á los apóstoles y demás personas piadosas que la acompañaron en los últimos momentos de su peregrinacion. ¡Oh muerte envidiable! ¡Oh dulce sueño! Todo en este tránsito fué paz, todo dulzura, todo seguridad, todo consuelo. Los apóstoles acomodaron el sagrado cuerpo de la Vírgen en unas andas cubriéndola de flores; dispusieron el acompañamiento más lucido, más grave, majestuoso y devoto que se ha visto en la tierra, y entonando himnos y cánticos de alabanza lo llevaron en hombros al campo de Getsemaní, en donde le dieron la más honrosa sepultura. Los coros de los ángeles acudieron tambien á los funerales de María con sus músicas y cánticos celestiales, que se dejaron oir en los tres dias siguientes al del entierro. Y para consolar á los hijos que dejaba en la tierra, y asegurarles que no les faltaría su proteccion, principió la Vírgen á

obrar los más estupendos prodigios, sanando á los enfermos que acudían á Ella oprimidos y fatigados con diversas dolencias, manifestando de este modo, que si por su profunda humildad se abstuvo de obrar milagros miéntras vivió, estando en el Cielo, nos demostraría siempre que es la Madre de la gracia y de la misericordia; la Consoladora de los afligidos; el socorro de los necesitados; el auxilio de los cristianos; el faro luminoso, colocado por el Omnipotente al frente del mundo para iluminar á los que viven en las tinieblas del pecado, y atraerlos al puerto seguro de la gracia; y la panacea universal destinada á librarnos de todos los males y á colmarnos de todos los bienes.

El recuerdo de una muerte tan dichosa, tan dulce, tan santa como la de nuestra celestial Madre, nos obliga á exclamar: ¡Sea mi muerte preciosa á los ojos del Señor como lo es la de los justos! ¡Perciba mi alma, entre las turbaciones y dolores inseparables del último momento de la vida, alguna parte del gozo y tranquilidad que acompañó á la muerte de María! ¿Quién de vosotros no desea una muerte preciosa á los ojos del Señor? ¿Quién no suspira por verse libre en los últimos momentos de su vida, de los horrores y desesperaciones con que la divina justicia acostumbra atormentar en aquel terrible lance á los que han vivido libertina y escandalosamente? Pues conformad vuestra conducta con la de la Vírgen santísima, y estad seguros que vuestra muerte será preciosa en los ojos del Señor. Prometernos una buena y dichosa muerte, y faltar á los deberes que nuestra santa Religion nos impone; esperar que moriremos con tranquilidad, sin los sustos, las ansiedades, congojas y terrores que por lo comun acompañan á la muerte de los pecadores, y dar rienda suelta á los apetitos que debemos mortificar; dar cada día nueva fuerza á los vínculos que deberíamos quebrantar, porque nos unen al pecado, y vivir sin acordarnos de Dios, de su gloria y de sus espantosos castigos, es querer alucinarnos miserablemente á nosotros mismos.

Imitemos, pues, á María: Ella no vivió un solo momento sin agradar al Señor, sin servirle, sin hacer su voluntad santísima, y sin glorificarle. Vivamos tambien nosotros para Dios; domine en nosotros su amor, que destierre de nuestros corazones el amor de las cosas terrenas, de los vicios, de los vanos deseos, de las ocasiones de pecar, del mundo y de nosotros mismos. Vivamos con deseos de unirnos para siempre con Aquel que por nosotros derramó toda su sangre en el Calvario, y moriremos no solo sin temor sinó con gozo.

Hoy, Señora, es día de alegría en el Cielo, y lo es tambien de der-

ramar vuestras misericordia sobre los miserables que vivimos en este valle de lágrimas. Hoy es el dia de vuestro triunfo, augusta Madre de Dios, y es la ocasion más favorable de empeñaros en favor nuestro. Interceded, pues, por nosotros, ¡Vírgen inmaculada! testigo sois de los escollos que nos rodean; defendednos, pues, de los enemigos de nuestra salvacion. Haced que os amemos y sirvamos en esta vida, para que muramos en la amistad y gracia de Dios y os acompañemos en la gloria.

ASUNCION DE MARÍA.

DISCURSO I.

Posuit diadema in capite ejus.
Púsole en la cabeza la corona real.
(Esth. XI, 17.)

Bellas son todas las fiestas que celebra la Iglesia durante el año en honor de María. Es hermoso considerar á la augusta Mujer, que aparece heróica vencedora de la enemistad de los abismos desde las primeras auras de su concepcion inmaculada, aplasta la cabeza y humilla la soberbia del príncipe infernal. Tambien es bello contemplarla niña aún, superior al sexo, á los usos, á la opinion de todo un pueblo, correr al Templo casta, pura é inmaculada, y allí ofrecer su virginidad á Dios en la inocencia del corazon, en la caridad de los afectos, y en el santo fervor de tiernísimos sentimientos. Es bello observarla en Nazareth conversando con un arcángel, humillarse en su grandeza, condescender á la obra que se le anuncia, y llegar á ser Madre del Altísimo.

Empero, si son bellas todas las fiestas que la Iglesia celebra durante el año á gloria de María, más bella debe llamarse la que se solemniza con públicos festejos en este día consagrado á su gloriosa Asuncion al Paraiso. Este es el día á que referimos todos los demás, y todas las otras fiestas deben considerarse como preparativos para la grandísima festividad de este día, puesto que la religion hoy nos presenta á María en las sendas de las altas regiones, donde el más límpido cielo toma el color de záfiro, en medio de una nube de flores, con mil espíritus al rededor prontos á cumplir sus indicaciones. En efecto; María, de estrella en estrella, de astro en astro y de esfera en esfera, sube aclamada primogénita en el órden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; y es coronada por el Dios de la natura-

ramar vuestras misericordia sobre los miserables que vivimos en este valle de lágrimas. Hoy es el dia de vuestro triunfo, augusta Madre de Dios, y es la ocasion más favorable de empeñaros en favor nuestro. Interceded, pues, por nosotros, ¡Vírgen inmaculada! testigo sois de los escollos que nos rodean; defendednos, pues, de los enemigos de nuestra salvacion. Haced que os amemos y sirvamos en esta vida, para que muramos en la amistad y gracia de Dios y os acompañemos en la gloria.

ASUNCION DE MARÍA.

DISCURSO I.

Posuit diadema in capite ejus.
Púsole en la cabeza la corona real.
(Esth. XI, 17.)

Bellas son todas las fiestas que celebra la Iglesia durante el año en honor de María. Es hermoso considerar á la augusta Mujer, que aparece heróica vencedora de la enemistad de los abismos desde las primeras auras de su concepcion inmaculada, aplasta la cabeza y humilla la soberbia del príncipe infernal. Tambien es bello contemplarla niña aún, superior al sexo, á los usos, á la opinion de todo un pueblo, correr al Templo casta, pura é inmaculada, y allí ofrecer su virginidad á Dios en la inocencia del corazon, en la caridad de los afectos, y en el santo fervor de tiernísimos sentimientos. Es bello observarla en Nazareth conversando con un arcángel, humillarse en su grandeza, condescender á la obra que se le anuncia, y llegar á ser Madre del Altísimo.

Empero, si son bellas todas las fiestas que la Iglesia celebra durante el año á gloria de María, más bella debe llamarse la que se solemniza con públicos festejos en este día consagrado á su gloriosa Asuncion al Paraiso. Este es el día á que referimos todos los demás, y todas las otras fiestas deben considerarse como preparativos para la grandísima festividad de este día, puesto que la religion hoy nos presenta á María en las sendas de las altas regiones, donde el más límpido cielo toma el color de záfiro, en medio de una nube de flores, con mil espíritus al rededor prontos á cumplir sus indicaciones. En efecto; María, de estrella en estrella, de astro en astro y de esfera en esfera, sube aclamada primogénita en el órden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; y es coronada por el Dios de la natura-

leza, de la gracia y de la gloria: *Posuit diadema in capite ejus*. Para poder, pues, hablaros de esta fiesta en un día de tanto júbilo, procuraré sacar el argumento del presente discurso de la naturaleza, de la gracia y de la gloria; y mostrándoos las razones, por las cuales fué respetada por la naturaleza, honrada de la gracia y ensalzada en la gloria, y haciéndoos ver cuan espléndida es la corona que le ofrecieron, por ser voluntad divina, la naturaleza, la gracia y la gloria, habré probado, igualmente, que entre las fiestas que se celebran durante el año en obsequio de María, la más principal de todas ellas es la de la Asuncion. Saludémosla ántes con el ángel: A. M.

Pasa el tiempo y el hombre juntamente con él. El sepulcro contiene sus glaciales huesos; por elegante que quiera éste suponerse, trabajado de preciosos mármoles, embellecido con obras magistrales del arte, y decorado con sublimes epitafios, el sepulcro no deja de ser fétido por dentro, puesto que el cuerpo que encierra descendió á la lobreguez de su seno sujeto á la corrupcion. Esta corrupcion no debe considerarse solamente segun las ideas humanas, ni mirarse como una mera consecuencia de la materia. Es necesario elevarse á más altos pensamientos, retroceder á aquellos tiempos, en que la vírgen naturaleza ignoraba todavía en su hermosura que fuese el blanco de la muerte; y examinada la asechanza del dragon infernal, la culpa del hombre y la sentencia del Señor, decir con la doctrina del cristianismo, que lo que corrompe la carne es el gérmen del mal impreso en la misma, y por cuyo motivo se ha convertido en carne de pecado.—Tú eres polvo, y en castigo de tu culpa te convertirás en polvo—había dicho Dios al prevaricador Adán; y desde aquel instante la muerte, desplegando las alas á interminable vuelo, aplicó su guadaña sobre el hombre, y el hombre apareció ante el Universo marcada la frente con el sello de la corrupcion. Por consiguiente, en castigo de la culpa original, la corrupcion hiere al hombre de dos maneras, en las entrañas de la madre, y en el sepulcro; primeramente hiere al alma y la corrompe espiritualmente; hiere despues al cuerpo y convierte en lodo aquella podredumbre colorada.

Está claro, pues, que siendo la segunda corrupcion una consecuencia de la primera, no debe estar sujeto á ésta quien nació libre de aquélla, y María lo fué. Ella nació escogida como el sol, ya que ninguna nube apagó su esplendor; bella como la luna, porque ninguna tiniebla manchó su donosura; clara como la aurora, porque ninguna aura de viento mefítico empañó su candidez, y terrible como

ejército puesto en órden de batalla, pues debajo sus piés cayó la soberbia de los abismos. Libre del pestilente soplo de la serpiente infernal, pura de toda venenosa mancha de pecado, y resplandeciente con el candor de la inocencia, María no heredó nada de la funesta herencia de Adán. De este modo, habiendo Dios preservado de la culpa original á esta su Hija, que tantos siglos ántes profetizára la voz de los Patriarcas, no tuvo en sí el mal que envenena los mismos orígenes de nuestra vida, y convierte luego la carne en lodo y en polvo; y, por consiguiente, no teniendo en sí este mal, debía ser libre de la segunda corrupcion.

La naturaleza vió privilegiada de esta manera á su primogénita; y María, nacida al mundo sin culpa, no tuvo que sufrir sus consecuencias.

Es propio del hombre nacer con dos grandes deudas hácia Dios; la deuda de la culpa, y la de la pena. De estas dos grandes deudas contraidas por el género humano á causa de la transgresion de Adan, la primera, esto es, la de la culpa, es borrada con las saludables aguas del Bautismo; la segunda, ó sea la de la pena, aún despues del Bautismo, se agrava sobre los mortales. Ahora bien; la naturaleza, que nada descubría en María de lo relativo á la deuda del pecado, nada podía descubrir de la que mira á la deuda de la culpa con respecto al incentivo de la concupiscencia: la vió más bien sin contagio ni mancha en el alma y en el cuerpo; la vió sin la menor señal de toda inclinacion á obras de pecado; la vió tan santificada y tan colmada de bendiciones, que todo era puro en Ella, todo era inocente, todo era inmaculado. Así, pues, convenía que la naturaleza, no hallando á María corrompida por la culpa, ni encontrando en Ella las consecuencias de la culpa en la deuda de la pena, admirase anulada á favor suyo la sentencia que condena al cuerpo á la corrupcion; y permaneciendo sobre el sepulcro con la invencible guadaña caida espuntada á sus piés, suspendiese para con Ella el curso de sus leyes, no suspendido á favor de ninguna otra criatura.

¿Y cuántas veces la naturaleza no suspendió para María el curso de sus leyes? Lo suspendió al verla nacer de una mujer estéril, cuando encerrada todavía en el claustro maternal la consideraba en perfecto uso de razon; cuando concibió no por obra de varon; cuando la descubrió madre sin que hubiese dejado de ser vírgen, estrechar con una mano á su Hijo y con la otra el lirio de su pureza. Lo suspendió á favor de la misma, cuando en la hora del parto la admiró libre de angustias y de dolores; cuando la observó dar á luz al Hijo

sin humillaciones ni debilidades; cuando la contempló sin la rebelion de los sentidos en los dias de su vida, y sin tristezas ni melancolías en la hora de la muerte. Lo suspendió cuando... Mas, en vano, hermanos mios, perdería yo el tiempo en esta enumeracion, pues, sabeis muy bien, que tratándose de María fueron continuamente suspendidas las leyes naturales. Así, pues, si para con esta Vírgen preclarísima, milagro de la omnipotencia divina, fueron suspendidas las leyes más generales y más absolutas, del mismo modo debía suspenderse la ley hecha á consecuencia del pecado, la cual se refiere á la corrupcion del cuerpo. Y en verdad, que no era conveniente que bajase corruptible al sepulcro esta castísima enamorada, que dirigió siempre á Dios los afectos más tiernos de su corazon; esta blanca nube del dia, que subida de las turbias olas del mar no contrajo su amargura; esta victoriosa arca de Noé, que se libró sola del naufragio en medio de las bramadoras olas; es decir, no convenía que la naturaleza tuviese sobre María los derechos que tiene sobre las demás criaturas.

No cabe duda que María murió tambien; pero no debe juzgarse su muerte con las funestas ideas propias de los descendientes de Adán. María murió por haber muerto su Hijo, que la quería en un todo semejante á Él, y para que fuese autenticada la verdadera naturaleza humana pasible y mortal, que su Hijo tomó de la misma. Sin embargo, Ella no murió de enfermedad, ni de ancianidad, ni de alteracion de humores, ni por las angustias de la agonía. Su muerte fué en perfecto gozo, en perfecta paz; murió por efecto de caridad y por mano de amor. En efecto; era tal la caridad del alma de María, era en Ella tan vivo el fuego del santo amor, que sin un milagro no podía resistir tantas llamas y dejar de morir. Así, pues, Dios, que la sostenía con su brazo, obrando un contínuo prodigio para conservarla en vida, á fin de dar despues de la Ascension de Jesucristo al Cielo una guía, una maestra, una consejera á la naciente Iglesia; terminada la grande obra, la dejó en poder del amor; y María, toda sumergida en el voraz incendio de este amor poderosísimo, cerró los ojos á la tierra para abrirlos en los átrios del Paraiso.

Sucedió, pues, en cierto modo, que la misma muerte de María se sustrajo á las leyes naturales; sucedió que la naturaleza, allanada sobre el sepulcro de la preclarísima difunta, alegrándose como si hubiese vuelto á los primeros faustos dias de la creacion, adoró al Señor, que haciéndola incorruptible en el cuerpo, colocaba sobre su cabeza una singular y espléndida corona: *Posuit diadema in capite ejus.*

A la naturaleza sigue la gracia; y admirando en María á aquella que era toda llena de sus dones, la conduce al gozo de la Jerusalén inmortal. En verdad, no puede negarse, que María fué colmada de todas las gracias, ni puede tampoco negarse, que la gracia creció en Ella de dia en dia. Al anunciarle el arcángel la maternidad divina la llamó llena de gracia; y cuando recordó sus méritos, la celebró bendita entre las mujeres. Ahora decidme, hermanos mios; ¿qué premio recibió María de la gracia acá abajo? Yo no sabría hallarlo, aún considerándola en los mismos dias de su elevacion. La veo pobre en Belén, la encuentro prófuga en Egipto, la descubro necesitada en la Judea, la contemplo angustiada en el Calvario; y por más que me fatigue en examinarla, solo descubro en Ella profundos señales de afliccion. Afliccion y dolor cuando doncella, pues, quedó huérfana á los pocos años de edad; afliccion y dolor cuando es esposa, ya que José, viendo el efecto de su fecundidad ignorando la causa, es acongojado de mil tristes pensamientos; afliccion y dolor cuando es madre, puesto que se desencadenan contra su Hijo feroces perseguidores y le clavan en la cruz. Por consiguiente es necesario concluir, que, por más que María estuviese llena de gracia, y ésta se aumentase en Ella á cada instante, con todo, no recibió ningun premio de la gracia en todos los dias de su vida mortal. Por lo tanto, si no recibió ningun premio de la gracia, y no pudiendo la gracia dejar sin premio á las almas que la acogieron y la estimaron en mucho, debía recibir en el Cielo aquel premio que no recibió en el mundo. Y este galardon lo recibió en el dia de su gloriosa Asuncion en los Cielos.

En efecto; observad, hermanos mios, lo que aconteció en tal dia. En este dia María salió de la cautividad del mundo, no pudiendo estar sujeta á la esclavitud Aquella, por cuyo medio los prisioneros fueron desatados de sus cadenas, y volvió á la libertad de la gloria á los hijos de Dios; pues, como en su cuerpo mortal jamás reinaron las leyes del pecado, no pudo ménos de gozar en su carne virginal la misma libertad de espíritu que gozan los ángeles en sus espirituales sustancias. En este dia, el Arca sagrada y animada del Dios vivo reposó en el Templo del Señor; y elevada majestuosa sobre todas las mundanales regiones, subió á los tálamos de la bienaventuranza en la celestial Jerusalén, y sobre todos los ángeles y santos tomó posesion del Reino inmortal del Paraiso. En este dia, aquella que llevó en sus entrañas al Santo de los santos, salida del sepulcro, coronada de estrellas, más hermosa que la luna y más resplandeciente que el sol, llevada en alas del amor, se elevó hácia las sendas de las altas esferas,

en direccion á conseguir la merecida beatitud del alma y la merecida glorificacion del cuerpo.

¡Ah! ¿quién es capaz de decir cual fuese el triunfo de esta Asuncion? Recuerdo el triunfo de los capitanes Romanos, cuando sometidas en la guerra las provincias enemigas, montados en dorada carroza, formando un séquito los reyes vencidos, subían al Capitolio para ser coronados; pero veo que toda aquella pompa, todos aquellos aplausos, toda aquella fiesta se alejan como pálidas sombras al salir el espléndido astro del dia comparado con la pompa, con los aplausos y la fiesta de María. Recuerdo el triunfo de Judith, cuando despues de haber cortado la cabeza de Holofernes y levantado el pertinaz sitio de su país, entraba en Betulia en medio de las atronadoras voces del pueblo agradecido, aclamada como generosa libertadora; mas encuentro que Judith, aunque fuese el honor de su sexo y el decoro de Israel, en aquellas mismas bendiciones que la celebraban por todas partes, apénas era una remota y pálida imágen de María. Me viene á la memoria el triunfo del Arca de la alianza en su traslacion á la ciudad santa, cuando los sacerdotes revestidos de blancas túnicas bajaban los hombros á la sagrada carga de aquella preciosa prenda de alianza, los levitas la rodeaban en órden devoto, y David mismo la acompañaba vestido con el Efod cubierto de piedras preciosas; mas, tanto lustre y magnificencia tanta, es inmensamente inferior al lustre y á la magnificencia que celebraba María en su gloriosa traslacion de la mansion terrena á la celestial morada.

¡Ah! ¿quién es capaz de decir cual fué el triunfo de esta Asuncion? No faltaron quienes intentaron describirlo; pero, al fin, les cayó la pluma de la mano; otros procuraron fijar los ojos en su esplendor, y quedaron deslumbrados. Los mismos ángeles, viendo subir á María al Cielo, sumergida en eterno júbilo y embriagada de inefables delicias, investigan, sin poderla hallar, la causa de favores tan sublimes y singulares. Se maravillan de que de la esterilidad del desierto de este mundo salga un tesoro incomparable de méritos y de virtudes. Se maravillan de que una persona humana sea digna de honores tan inconcebibles, y que finita y limitada, encierra en sí lo que, en materia de dignidad, es ilimitado é infinito. Se maravillan de que Dios haga de una criatura la Reina de los Cielos, acompañándola Él mismo por las regiones del espacio, y guiándola con la propia mano al trono más elevado de su Alcázar. Por consiguiente, sobrecogidos de grandísimo estupor y mirándose los unos á los otros, preguntan:

¿Quién es esta que sube del desierto, rebosando de delicias y apoyada en su Amado (1)?

¡Ah! ¿quién podría decir cual fuese el triunfo de esta Asuncion? Para formarse de él una insignificante idea, hermanos mios, oid lo que piadosos varones y escritores doctísimos dijeron del faustísimo dia, en que la Vírgen fué subida al Cielo. Oid á San Gerónimo, quien cree que las celestiales milicias, dispuestas en ordenadas hileras, salieron al encuentro de María para aclamarla Soberana y conducirla al sólio (2). Escuchad á san Pedro Damian, el cual piensa que la Asuncion de María fué más gloriosa que la misma Ascension de Jesucristo, porque al encuentro de Jesucristo salieron solamente los coros de los espíritus bienaventurados, miéntras que al encuentro de María, además de los coros angélicos, salió el mismo Jesucristo para recibir á su Madre (3). Prestad oidos al santo abad Guerico, quien en los momentos que María abandonó esta vida mortal, hace hablar á su divino Hijo: Vén, Amada mia, y en tí pondré mi trono; ninguna otra criatura me dió tanto como tú me diste en el estado de mi humanidad, y concederé á tí lo que no he concedido á nadie más en el imperio de mi divinidad; me vestiste de la sustancia de mi carne, y yo te vestiré de la grandeza de mi gloria; tú me alimentaste con la leche de tu pecho virginal, y yo te alimentaré eternamente con la sustancia de mis esplendores; tú me diste un sér humano, mas yo te elevaré á un estado casi divino (4).

De esta suerte María, rodeada de los ángeles, bendecida por los Patriarcas, celebrada por los Profetas, y acompañada de Jesús, subió al Cielo. Yo creo que entónces el sol brillaría más de lo acostumbrado, y resplandecería por el ancho horizonte una luz de zafir. Mil querubines rodeaban á la augusta Madre de Dios, y otros la precedían derramando por el camino azucenas y rosas; otros la seguían sosteniendo la orla de su manto real. A su paso se inclinaba reverente el astro de la noche para ser escabel de aquel pié virginal; el astro del día formaba como su manto, miéntras que las estrellas ceñían sus sienes como diadema. El noble coro de los bienaventurados, como repitiendo el cántico que entonára Asuero, cuando queriendo honrar á Mardoqueo, vestídole con el manto real, ceñida la frente de una corona esmaltada de piedras preciosas hizo que sentado en do-

(1) Cant. VIII, 5.
(2) S. Hieron. in epist. ad Paul. et Eustach. de Assumpt. B. V.
(3) S. Petrus Damian de As.
(4) G. Ab.

rada carroza recorriese las calles de la augusta metrópoli, decía: Así es honrada Aquella que Dios quiere honrar (1). Por eso la gracia, que no había glorificado á María durante los días de su vida mortal, en el día de la Asuncion, reuniendo á su alrededor todas las glorificaciones que la aguardaban, guiándola al Cielo, adoró al Señor, que, llamándola del sepulcro, colocó una segunda corona en las sienes de María: *Posuit diadema in capite ejus.*

Conducida María en brazos de la gracia hasta las sillas de la eterna morada, allí la gloria salió á recibirla. Lo que sucedería entónces, amados hermanos, tal vez pueda en alguna manera explicarse, pero no comprenderse. En efecto, es fácil decir, que la Vírgen fué elevada sobre todas las criaturas, que Dios hizo por Ella todo cuanto pudo, que le comunicó su misma majestad, obligando á las potestades celestiales, terrenas é infernales á servirla, á obsequiarla, á venerarla; pero ¿podemos acaso comprender toda esta grandeza, toda esta magnificencia? Apénas me es posible, repasando los sagrados libros, presentaros una remota figura de cuanto aconteció en la régia morada del Señor á la entrada de María.

Un día Bethsabé se presentó á Salomon, quien al ver á su madre se puso en pié, salió á su encuentro, la hizo profunda reverencia, y quiso que se sentase en un trono igual al suyo colocado á su diestra (2). Otro tanto debemos creer le pasó á María. En verdad, entrada ya María en el Cielo, su divino Hijo la cubrió con manto real, le dió sus riquezas, compartióle su poder, la colocó en su mismo sólio, y como Salomon... Pero he dicho muy bien, que ésta apénas podía ser una remota figura de lo que aconteció en la morada del Señor cuando María entró en ella. El hijo de Bethsabé era un rey de la tierra, y el Hijo de María es el supremo Rey de la gloria; el reino del hijo de Bethsabé tenía sus confines en la Palestina, y el Reino del Hijo de María se extiende sobre toda la creacion; en el hijo de Bethsabé se veía siempre al hombre, y en el Hijo de María á Dios. De todas maneras, la solicitud de Salomon en honrar á su madre con la manifestacion de la ternura más filial, nos muestra cuanto debió de hacer Jesucristo por honrar á María, recompensar sus méritos y hacerla admirable sobre toda ponderacion en el Cielo y en la tierra. En el acto mismo de abrirse las puertas del Cielo y de entrar en él María en triunfo, Jesús le dijo: Vén, amada de mi Padre, el mundo no debía poseerte por más tiempo; vén á la bienaven-

(1) Esther, VI, 9.
(2) III Reg. II 19.

turanza, recibiendo de manos de tu Hijo el galardon debido á tus méritos, el premio debido á tus virtudes. Y diciendo esto la coronó en medio de las aclamaciones de los santos, del júbilo de los ángeles, de señales de regocijo con que los coros celestiales saludaban á su nueva Reina.

¿Cuál fué, pues, la diadema con que fué coronada María en el día de su Asuncion? Los libros santos emplean precisamente la palabra *corona*, cuando hablan de aquella gloria que Dios concede á los escogidos. San Pablo, escribiendo á Timoteo, afirma, que le está preparada una corona de justicia (1); Santiago, en su epístola católica asegura, que los que aman á Dios recibirán una corona de vida (2); y de una corona de vida habla San Juan en el libro del Apocalipsis (3). Por consiguiente, esta corona no es la misma en todos los escogidos, porque no todos son llamados por Dios al mismo grado de gloria. Todos viven en el reino, observa el Crisóstomo, pero no todos gozan de todas las cosas que pertenecen al Reino (4); pues el mismo Jesucristo dijo, que en la casa de su Padre hay muchas moradas (5); y las muchas moradas indican, evidentemente, diversidad de méritos, y por lo tanto diversidad de gloria. Ahora, para ver cual sería la corona de María, se necesitaría ver ántes la mansion en que está aposentada, cual es el grado de gloria á que se encuentra elevada. Mas este conocimiento no es propio de nuestra débil percepcion, ni nos es dado subir á tanta altura. Para comprenderla de léjos, bástanos saber, que la gloria de María en el Cielo no es comun, que es superior á todas, y que no puede compararse con niguna otra gloria; ó si quiere compararse con alguna, solo puede hacerse con la gloria de su divino Hijo. Por eso decía San Bernardino, que la gloria á la que en alma y cuerpo fué elevada la santísima Vírgen, acrecentó el gozo de los comprensores (6); San Pedro Damian y San Buenaventura añadían, que la santísima Vírgen fué elevada á tanta gloria que, en el Paraíso el gozo mayor, despues de haber visto la gloria de Dios, consiste en ver la gloria de María (7).

Hé aquí porque á los piés de María se postra toda la corte celestial, los varones ilustres de la antigua alianza, las célebres heroinas del

(1) II Tim. IV, 8.
(2) Jacob, I, 12.
(3) Apoc. II, 10.
(4) S. Joan Chrys. hc. 41 in epist. ad Corint.
(5) Joan. XIV, 2.
(6) S. Bernard. serm. de Asumpt.
(7) S. P. Dam. serm. I. de Nat. S. Bonav. ap. Ligor.

pueblo de Israel, los héroes ilustres en santidad aparecidos en la luz de nuevos días, los Angeles, los Arcángeles, los Tronos, las Virtudes, las Potestades, las Dominaciones, los Principados, los Querubines y los Serafines. Ella está sentada en el trono de Dios, al lado de Dios, coronada Emperatriz de todo el Paraíso, y Dios la quiere inmensamente glorificada. No le basta hacerla aclamar soberana de los Angeles y de los Santos; quiere, además, ofrecerle el cetro con las propias manos; no se contenta con someter la naturaleza á sus indicaciones, quiere, igualmente, que se la someta la gracia; no se satisface en constituirla dispensadora de sus beneficios, quiere, por decirlo así, despojarse de su poder y derramar todas sus misericordias por manos de María. Así el Señor la hizo grande, así la rodeó de inmensa gloria, y ciñóle la frente con una tercera corona: *Posuit diadema in capite ejus.*

De ahora en adelante todo cuanto pida María, le será concedido. Solo Dios es superior á Ella; y á excepcion de Dios, todo está bajo sus piés. Subida al Reino, es su Reina, y Reina de tal imperio, que el Señor nada nos concede ni derrama sobre nosotros sus gracias sinó por medio de María. Reina de tanto poder, que, cuando Ella desea abiertas las fuentes de los divinos beneficios, no se presenta delante del Altísimo como mera suplicante, sinó con la seguridad de la respuesta.

Y nosotros, hermanos mios, ¿dónde podremos hallar una Reina más augusta y más amable, más grande y más piadosa, más poderosa y más pronta en socorrernos, asistirnos y ayudarnos? ¡Ah! dirijamos á Ella, llenos de confianza y de amor, nuestras miradas y nuestros corazones. Ella será el apoyo de los justos, el refugio de los pecadores, el aliento de los penitentes, y el consuelo de los atribulados; y nosotros veremos que su Reino es dulce, que su imperio es suave, y que, aún elevada á la mayor de las glorias, es siempre Madre. Vé ¡oh María! siéntate en el trono que te está preparado; vé, y elévate sobre todos los órdenes celestiales; vé á recibir los homenajes de los Angeles y de los Santos. Mas, elevada á tal altura, no te olvides de nosotros que gemimos en ese valle de lágrimas; llegada á lugar de seguridad y de reposo, piensa en nosotros, que vivimos en medio de los peligros. Vuelve tus ojos sobre los hijos que suspiran en este destierro, no ceses de defender nuestra causa, para que alcanzando del Señor el perdon de nuestras culpas, seamos un día llamados á gozarle en aquella Jerusalén donde fuiste coronada Reina en el día de tu gloriosa Asuncion.

ASUNCION DE MARÍA.

DISCURSO II.

Quæ est ista, quæ progreditur, quasi aurora consurgens; pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?

¿Quién es esta que sube como una aurora naciente; que se levanta hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército bien ordenado?

(CANT. VI, 9.)

Así exclama el Sábio, haciendo hablar á los espíritus celestiales en el profético transporte de su admiracion: ¿Quién es esta, se preguntan atónitos al ver la gloria que rodea á María en el brillante y pomposo triunfo de su Asuncion; quién es esta, que deja la morada de los mortales ántes de la destruccion universal, y sube hasta el trono de Dios, adornada con tanta magnificencia? En efecto; ¡qué espectáculo tan asombroso! ¡qué transformacion tan admirable!

Hasta aquí, católicos, la Reina de las vírgenes, abismada en el centro de la oscuridad más profunda, ha ocultado á los hombres las estupendas maravillas que se han obrado en su persona; pero ha llegado el dichoso dia en que las sombras que la rodean, han de ser enteramente disipadas: por fin, sale de en medio de las tinieblas, marcha con pompa y magnificencia, y el mundo va á ser testigo de su gloria. ¡Qué majestad! ¡qué grandeza! ¡qué rayos de luz vienen á coronarla! Sobre su frente se despliegan todas las gracias de una aurora naciente, presagio de las miradas de favor que va á derramar sobre toda la naturaleza. Su rostro centellea con un resplandor parecido al de los astros más brillantes, expresion natural de los grandes é ilustres ejemplos que ha dado; ejemplos que han sido, á un mismo

pueblo de Israel, los héroes ilustres en santidad aparecidos en la luz de nuevos días, los Angeles, los Arcángeles, los Tronos, las Virtudes, las Potestades, las Dominaciones, los Principados, los Querubines y los Serafines. Ella está sentada en el trono de Dios, al lado de Dios, coronada Emperatriz de todo el Paraíso, y Dios la quiere inmensamente glorificada. No le basta hacerla aclamar soberana de los Angeles y de los Santos; quiere, además, ofrecerle el cetro con las propias manos; no se contenta con someter la naturaleza á sus indicaciones, quiere, igualmente, que se la someta la gracia; no se satisface en constituirla dispensadora de sus beneficios, quiere, por decirlo así, despojarse de su poder y derramar todas sus misericordias por manos de María. Así el Señor la hizo grande, así la rodeó de inmensa gloria, y ciñóle la frente con una tercera corona: *Posuit diadema in capite ejus.*

De ahora en adelante todo cuanto pida María, le será concedido. Solo Dios es superior á Ella; y á excepcion de Dios, todo está bajo sus piés. Subida al Reino, es su Reina, y Reina de tal imperio, que el Señor nada nos concede ni derrama sobre nosotros sus gracias sinó por medio de María. Reina de tanto poder, que, cuando Ella desea abiertas las fuentes de los divinos beneficios, no se presenta delante del Altísimo como mera suplicante, sinó con la seguridad de la respuesta.

Y nosotros, hermanos mios, ¿dónde podremos hallar una Reina más augusta y más amable, más grande y más piadosa, más poderosa y más pronta en socorrernos, asistirnos y ayudarnos? ¡Ah! dirijamos á Ella, llenos de confianza y de amor, nuestras miradas y nuestros corazones. Ella será el apoyo de los justos, el refugio de los pecadores, el aliento de los penitentes, y el consuelo de los atribulados; y nosotros veremos que su Reino es dulce, que su imperio es suave, y que, aún elevada á la mayor de las glorias, es siempre Madre. Vé ¡oh María! siéntate en el trono que te está preparado; vé, y elévate sobre todos los órdenes celestiales; vé á recibir los homenajes de los Angeles y de los Santos. Mas, elevada á tal altura, no te olvides de nosotros que gemimos en ese valle de lágrimas; llegada á lugar de seguridad y de reposo, piensa en nosotros, que vivimos en medio de los peligros. Vuelve tus ojos sobre los hijos que suspiran en este destierro, no ceses de defender nuestra causa, para que alcanzando del Señor el perdon de nuestras culpas, seamos un día llamados á gozarle en aquella Jerusalén donde fuiste coronada Reina en el día de tu gloriosa Asuncion.

ASUNCION DE MARÍA.

DISCURSO II.

Quæ est ista, quæ progreditur, quasi aurora consurgens; pulchra ut luna, electa ut sol, terribilis ut castrorum acies ordinata?

¿Quién es esta que sube como una aurora naciente; que se levanta hermosa como la luna, escogida como el sol, terrible como un ejército bien ordenado?

(CANT. VI, 9.)

Así exclama el Sábio, haciendo hablar á los espíritus celestiales en el profético transporte de su admiracion: ¿Quién es esta, se preguntan atónitos al ver la gloria que rodea á María en el brillante y pomposo triunfo de su Asuncion; quién es esta, que deja la morada de los mortales ántes de la destruccion universal, y sube hasta el trono de Dios, adornada con tanta magnificencia? En efecto; ¡qué espectáculo tan asombroso! ¡qué transformacion tan admirable!

Hasta aquí, católicos, la Reina de las vírgenes, abismada en el centro de la oscuridad más profunda, ha ocultado á los hombres las estupendas maravillas que se han obrado en su persona; pero ha llegado el dichoso dia en que las sombras que la rodean, han de ser enteramente disipadas: por fin, sale de en medio de las tinieblas, marcha con pompa y magnificencia, y el mundo va á ser testigo de su gloria. ¡Qué majestad! ¡qué grandeza! ¡qué rayos de luz vienen á coronarla! Sobre su frente se despliegan todas las gracias de una aurora naciente, presagio de las miradas de favor que va á derramar sobre toda la naturaleza. Su rostro centellea con un resplandor parecido al de los astros más brillantes, expresion natural de los grandes é ilustres ejemplos que ha dado; ejemplos que han sido, á un mismo

tiempo, el asombro y la edificacion del universo. Ella es formidable como un ejército ordenado en batalla, imágen de terribles combates, de los récios golpes que ha descargado sobre sus enemigos, y de las prodigiosas victorias que ha alcanzado.

Penetrémonos de los sentimientos que una festividad tan solemne nos inspira; tomemos parte en el grandioso espectáculo que se ofrece á nuestros ojos; unamos nuestras voces con el concierto armonioso de los ángeles, que resuena en las bóvedas inmortales de la celestial Jerusalén. La pompa de un triunfo tan brillante á todos debe interesarnos. ¿Qué cosa más grata para unos hijos, que ver á la Madre que los ama con ternura, tomar posesion de un trono el más elevado y grandioso?

Pero qué, ¿me ceñiré precisamente á excitar en vosotros una vana alegría, una admiración estéril? No, católicos; para sacar algun fruto de este misterio os haré ver, que si María entra hoy en el goce de todos los bienes, es porque ha trabajado incesantemente toda su vida en acumular un tesoro copioso de virtudes y de méritos. Con este designio, pues, os demostraré: primero, que ninguna criatura ha merecido una recompensa tan magnífica como María á la hora de la muerte; y en segundo lugar, que ninguna criatura ha recibido en el momento de la muerte una recompensa tan magnífica como María.

¡Vírgen augusta, Reina triunfante! dignaos interponer con el Señor vuestra intercesion eficacísima para que derrame sobre mí los auxilios de la gracia que necesito para celebrar dignamente vuestras alabanzas. A. M.

Si Dios ha prometido dispensar sus mercedes á sus escogidos cuando dejan esta vida mortal, en razon de la fidelidad con que le han servido; ¿qué criatura podrá aspirar en este momento á recibir de su mano liberal muestras de ternura tan extraordinarias como María? Su fidelidad, admirable en todos sentidos, ha sido perfecta en su principio y en su extension: en su principio, por los sublimes pensamientos que la dirigieron en todas sus acciones: en su extension, por la exactitud con que ha desempeñado la totalidad de sus deberes. Desenvolvamos estas ideas.

Vosotros sabeis, católicos, que la Madre de Dios, en virtud del privilegio singular de su Concepcion Inmaculada, entró en posesion de todos los derechos que había adquirido á los hombres la justicia original; que su entendimiento no fué envuelto en las tinieblas de la infancia; que su corazon no sentía en sí más que pasiones dóciles,

cuyos transportes, concertados con la virtud, esperaban para manifestarse las órdenes de la razon, que consultaban como su oráculo; pero ¡cuán admirablemente supo aprovecharse de estas felices disposiciones! Desde sus más tiernos años, María miró á Dios como el único fin de todas sus acciones; agradar á un Dios soberanamente amable, buscar en todas las cosas su gloria, no vivir, no respirar sinó para El; tales son las reglas de toda su conducta y el resorte de todos sus movimientos. Que las hijas de Sion aspiren á porfía al glorioso privilegio de dar al mundo un Salvador; no solamente Ella se juzga indigna de tanto honor á la vista de su bajeza, sinó que nada hay que la lisonjee en este título augusto, si debe costarle la menor division entre Dios y la criatura. Que un arcángel descienda del Cielo para revelarla la eminente dignidad á que Dios la destina, y para anunciarla el misterio de su divina maternidad; no puede consentir en su elevacion sinó despues de haberse asegurado de que no tendrá otro esposo que el Espíritu Santo. ¿Hubo jamás desinterés más noble, intencion más heróica? ¿No es esto hacer sentir por un testimonio decisivo, que en el bien que practica, renuncia cumplidamente al amor de sí misma, á toda mira de interés personal, para adherirse pura y únicamente al Criador, á quien solo desea agradar?

Pero la fidelidad de María no solo fué la más pura, sinó tambien la más universal, la más completa en la observancia de la ley. Toda la ley estaba grabada en su alma; ninguna explicacion para suavizarla, ningun pretexto para eludirla; cada punto es interpretado á la letra y observado con todo rigor. Considerémosla con relacion á Dios. Si es preciso en las solemnidades de la Pascua, en los dias célebres, concurrir á Jerusalén, Ella será la primera en ofrecer su incienso y sus votos. Si es preciso, despues de su parto virginal, sujetarse á una ceremonia humillante, veo á una Vírgen más casta que los ángeles, derogar sus prerogativas para colocarse en la posicion de las mujeres comunes. Si es preciso, en diferentes ocasiones, dar testimonio de su fé, de su obediencia, de su humildad, su fé se manifiesta en la creencia de un misterio impenetrable, cuya sublimidad confunde y turba al entendimiento humano; su obediencia, en la aceptacion que hace de la maternidad divina, aunque una prerogativa tan preciosa haya de exponerla á sospechas las más crueles; su humildad, en la menguada opinion que tiene de sí misma, tomando el título de esclava del Señor con preferencia al que en sí lleva la dignidad augusta de Madre.

Considerémosla con relacion al prójimo. Repasad toda la historia

del Evangelio; no hallareis en todas sus acciones un solo rasgo de dureza. Nó: jamás se ha visto á María despreciar al humilde, valerse de su superioridad para abatir al débil, insultar al indigente; jamás se la ha visto mirar á los demás con ojos soberbios, usar de modales altaneros, afectar un aire dominante: atenta á no ofender á nadie, dispuesta á servir á todos, respetuosa para con los ancianos, modesta para con sus iguales, distante de toda bajeza, de toda adulacion, de toda envidia; observa hácia cuantas personas se le acercan, los miramientos y las atenciones que respectivamente se les deben, olvidando tan solo los que le deben los demás. Por fin, María no se deja ver en público sinó para consolar, socorrer é instruir á los primeros fieles, y para conducirlos con sus ejemplos á la santidad más perfecta: la caridad dirige todos sus pasos.

Considerémosla, por último, con referencia á sí misma. Pero, ¿cómo podré pintar su desprecio de las vanidades, su aplicacion contínua al trabajo, su tranquilidad en medio de la indigencia, su constancia invencible en las más rudas y dolorosas pruebas que despedazan su corazon; su vida, en todo tiempo penitente y austera? Recorred todas las virtudes: las posee todas en grado eminente; una humildad sin ejemplo, una pureza sin mancha, una caridad sin límites, presentan en su persona el retrato de la perfeccion más sublime y consumada. Recorred todos los estados, no hay uno del cual no sea un modelo el más perfecto: modelo de las vírgenes, en su atencion contínua á huir de todo lo que es capaz de comprometer la delicadeza del pudor: modelo de las casadas en el tributo de sus tiernas aficiones al esposo que el Cielo unió á su destino con lazos irrevocables; modelo de las viudas en su amor al retiro y al silencio: en cualquier lugar, en cualquiera edad, en cualquiera situacion que la miremos, nada se desmiente, todo marcha con paso igual. Es dócil á todas las inspiraciones, muéstrase sumisa á todas las leyes y fiel á todos los deberes; Ella es, al fin, el más perfecto y admirable dechado de virtud que el mundo ha visto hasta ahora: dechado que no espera éste ver repetido jamás.

¡Plegue á Dios, católicos, que estudiemos este ejemplo, y nos sirva de estímulo para trabajar incesantemente en nuestra propia santificacion, para el logro de la inmortal corona prometida á nuestra fidelidad! Al ofrecer el Apóstol á los fieles el cuadro de la vida cristiana, la representa como una peregrinacion penosa, seguida y animada continuamente por el atractivo de las recompensas eternas. Mirad, dice, á los atletas en la carrera: ¡cuántos trabajos, cuántos combates, cuántas fatigas! Y sin embargo, la esperanza de una gloria momentánea les inspira aquel valor, aquel entusiasmo que nunca desfallece. Del mismo modo, alentado el justo por una gloria incorruptible, se encamina siempre con denuedo hácia este fin: todo lo sufre por alcanzarle, para cumplir de lleno con las obligaciones que nos impone la religion. Pero ¿en dónde hallaremos esta alma, que abrace todos los deberes, y que supere todos los obstáculos que se hallan sembrados en el camino de la virtud? ¿Cuál es el justo que, constante siempre en la observancia de la ley, jamás transige con sus disgustos y sus repugnancias? Prosigamos, empero, el elogio de la Santísima Vírgen. Queda observado que María reunió, durante el curso de su vida, un caudal de virtudes y de méritos tan copioso, que ninguna otra criatura ha tenido igual derecho para esperar del Señor una recompensa tan abundante de gracias y bendiciones á la hora de la muerte. Resta ahora haceros ver, que ninguna criatura ha recibido, con efecto, en el momento de la muerte una recompensa tan magnífica como María.

Para juzgar de la magnificencia con que Dios recompensó á María en el momento de la muerte, observemos tres excelentes prerogativas que la distinguen en este trance: la más preciosa muerte, la resurreccion más gloriosa, el triunfo más brillante. Primera prerogativa: la muerte más preciosa. María se ha sostenido con heróica constancia en la práctica de los preceptos y consejos. Ha pasado la infancia, la juventud, la edad madura, la vejez, sin haber dejado ver en sí ni aún la sombra de la más leve imperfeccion. Toca al término de una vida tan preciosa; pero ¿cómo y por qué principio llegaría á él? La muerte de la Santísima Vírgen ofrecerá un espectáculo del cual en vano se buscarán ejemplos. La muerte de María, exenta de turbacion, de inquietud, de tristeza y de temor, no presentará sinó la imágen de un apacible y dulce sueño; diré mejor, de un verdadero triunfo. Ella sufrirá la ley de la muerte; pero morirá de una manera y por un motivo tal, que nada la dejarán de comun con los hijos de los hombres. Todos son arrastrados al sepulcro por la violencia de la enfermedad, por debilidad de la naturaleza, ó por otro accidente funesto. Pero no sucede así á la Santísima Vírgen: no ha gemido ni por un instante bajo el yugo del pecado; y por consiguiente, no debe ser envuelta en la humillacion que es su fatal efecto. Morirá; pero no verá en la muerte sinó el término de sus más ardientes votos: morirá, no como una víctima herida y abatida por una mano extraña, sinó como una víctima inmolada y consumida por el

amor divino. ¡Quién podría ver, sin una dulce y tierna emocion, á la Madre de Dios en presencia de los apóstoles y de un gran número de fieles reunidos para asistir á su triunfo; anunciar por los santos trasportes que llevaban á su alma con rápido movimiento hácia su Señor, la sublime alegría, la deliciosa paz que reina en su corazon! ¡Qué espectáculo tan interesante y delicioso presenta María á los ojos atónitos de los que la rodean, consagrando sus últimos instantes por deseos aún más ardientes, por suspiros más inflamados, por un aumento de amor, cuya fuerza desprende su alma de los lazos del cuerpo para reunirla á su Dios en la morada de la imortalidad! ¡Qué muerte! ¡qué preciosa es en sí misma! ¡qué gloriosa, qué admirable en su principio! Semejante muerte es á un mismo tiempo la prueba y la recompensa de la santidad de María.

Continuemos. Segunda prerogativa de la Santísima Vírgen, resurreccion la más gloriosa, resurreccion pronta y anticipada. Dios, que se complace en emplear toda su magnificencia con los escogidos, no tarda en coronar sus méritos. Al instante que se rompen los vínculos de su mortalidad, su alma, formada á imágen del Altísimo, vuelve al que es su orígen; pero su cuerpo, formado del polvo, se convierte en polvo otra vez; y es pábulo del sepulcro, hasta tanto que el Criador, que sigue á sus escogidos en todas las revoluciones y los distingue en el cáos de la ruina universal, los restituya á su estado perfecto, animando de nuevo los áridos huesos con un aliento de vida inmortal. Una ley que reducía á un monton de cenizas á todos los culpables, no debía comprender al inocente. María, criada en la justicia, llevó en sus castas entrañas al que es principio de la resurreccion y de la vida; aquel cuerpo en el cual se embotaron todas las saetas de la muerte, era parte de su sustancia; el hombre Dios, que salió triunfante del sepulcro, fué formado de su carne y de su sangre; y no era justo que un vaso de gloria, que había contenido todos los principios de la inmortalidad, fuese quebrado como los vasos de ignominia, hasta quedar reducido á polvo.

En efecto, María acababa de cerrar los ojos á la luz del dia; el amor, al fin, había consumido los restos de su mortalidad; un melancólico silencio reinaba en el desierto, que se cubriera con las sombras de la muerte. Pero en breve el júbilo sucedió á la tristeza, y los cánticos de alegría impusieron silencio á los lúgubres lamentos; el amor, que había acelerado la destruccion de María, triunfó de la muerte en el horror del sepulcro; la ternura de su Hijo, unida con su virtud omnipotente, volvió á animar su cuerpo con un soplo de

inmortalidad; y su voz poderosa, que salva ese espacio que hay del ser á la nada, hizo oir en la morada de la corrupcion estas palabras de vida: «Levántate, sal con presteza del desierto, por el cual tanto tiempo andas buscando á tu muy amado; vén á gozar de su gloria y á ser el adorno de su triunfo; no te detengas; ya es tiempo de que entres en el jardin celestial; ya pasaron los dias del invierno; una primavera inalterable reina en este sitio ameno y deleitoso; millares de tiernas flores cubren esta venturosa tierra; la vid exhala los más gratos olores, y la higuera está cargada de fruto.» Al oir esta voz María, sepultada en la noche del sepulcro, abre los ojos á la luz con la misma facilidad que si despertase de un dulce sueño; siente difundirse por su corazon un fuego vivificante, que pone en movimiento todas sus fibras, y presta á sus órganos una actividad interminable. Bórranse todas las señales de su mortalidad; sus ojos despiden rayos de apacible luz; una eterna juventud resplandece en su rostro; su cuerpo se desenlaza de los vínculos frágiles; deja el peso que le tenía sujeto á la tierra; y con rápido vuelo se dirige hácia la pátria celestial.

Tercera prerogativa de la Madre de Dios: triunfo el más brillante. Habiendo llegado al término de su destierro, vá á dejar esta triste y odiosa morada. Arrebatada en un carro de luz, se eleva más alto que las nubes, camina al trono del Eterno con semblante benigno y majestuoso, y se muestra en medio de los espíritus celestiales más brillante que la aurora, más hermosa que la luna, más pura que los rayos del sol. Los ángeles quedan deslumbrados al ver la gloria que la rodea, se miran atónitos, y vuelven continuamente sus ojos hácia Ella; su adorable Hijo la mira con complacencia, la colma de gracias, ciñe sus sienes con una resplandeciente diadema, pone en sus manos un cetro inmortal, coloca su trono al lado del mismo Dios, y todo el resplandor de los rayos de la suprema Majestad se derrama sobre ella. Los moradores de la celestial Jerusalén, á vista de un espectáculo tan magnífico, celebran á porfía el triunfo de María; mezclan sus alabanzas con las del Vencedor de la muerte; y las suntuosas bóvedas de la morada de los santos resuenan con este cántico eternal: «Triunfo, victoria y honor al Todopoderoso y á la excelsa Señora que ha colocado en el trono; la muerte ha quedado humillada, el sepulcro no encierra ya su víctima, y la Esposa sube al Cielo reclinada sobre su amado Hijo.»

De esta suerte fué elevada María al Cielo en medio de los aplausos de todos los justos. La tierra misma sintió un júbilo extraordinario

en su Asuncion; la Iglesia, á la sazon en su cuna, prorumpió en acentos de alegría; los primeros fieles manifestaron el alborozo en que rebosaba su corazon con festivas y pomposas aclamaciones; y esta augusta festividad se eternizará de siglo en siglo: léjos de perder de su religiosa importancia, pasando á través de las edades, despues de haber llegado hasta nosotros sin interrupcion, será transmitida del mismo modo hasta la más remota posteridad. ¿Y qué mucho que todas las naciones, todos los reinos y todas las ciudades del órbe cristiano concurran á porfía á honrar la memoria de este dia solemnísimo? ¿Qué pueblo no ha experimentado los efectos del poder de María, y puede sin ingratitud dejar de interesarse en la inmensa y sublime gloria á que hoy es elevada? ¿Qué movimientos de pura y deliciosa alegría no debe excitar en nuestro corazon el magnífico y triunfal espectáculo de su exaltacion, para satisfacer el justo sentimiento de una viva gratitud? ¿No se ha declarado María en mil maneras nuestra protectora? Me parece que veo á los Cielos abrirse para derramar aquí sobre nosotros á torrentes sus misericordias. Si la enormidad de nuestros pecados sube hasta el trono del Dios de las venganzas, obligando á su justicia á que derrame sobre ellos el vaso de su indignacion; cualquiera que sea el azote con que nos hiera, ora nos rehuse un benéfico rocío que fertilice los campos, ora las cataratas del firmamento amenazen anegar las cosechas, ora se corrompan los aires para llevar la muerte hasta nuestro seno culpable; cuando penetrados de un espíritu de piedad venimos á invocar á nuestra ilustre protectora, jamás nuestros votos son estériles é infructuosos.

¡Vírgen santísima! Desde lo alto del brillante trono en que hoy habeis sido colocada por mano de vuestro Hijo, como Emperatriz de la gloria, fijad vuestras miradas sobre este santo templo. Dignaos aceptar nuestros homenajes, en particular los que nos inspira el reconocimiento por tantos favores de que somos deudores á vuestra intercesion. ¡Vírgen inmaculada! somos vuestros clientes; testigos sois de los escollos que nos rodean y de nuestra debilidad; defendednos en todo tiempo de cualesquiera peligros, de todos los enemigos de nuestra salvacion; pero, especialmente, en el último momento de la vida; á fin de que, bajo las alas de vuestra proteccion, y formados en la santidad por el modelo de vuestras eminentes virtudes, tengamos parte en la inestimable dicha de vuestra santa muerte, y celebremos vuestro triunfo con los bienaventurados en la morada eterna de la gloria. *Amen.*

CORAZON DE MARÍA.

DISCURSO I.

Concaluit cor... et in meditatione exardescet ignis.

Sentí que se inflamaba mi corazon: y en mi meditacion se encendian llamas de fuego.

(PSALM. XXXVIII, 4.)

Esta suntuosa solemnidad con que tributamos al Corazon sacratísimo de María el culto de nuestra veneracion y el homenaje de nuestros afectos, yo no sé si se le debe llamar más propia del Cielo ó de la tierra. A la verdad, elevados son los motivos que tiene de regocijo la Iglesia triunfante, porque conoce todas las admirables virtudes de este Corazon; pero, no son ménos fundados los de la Iglesia militante, porque experimenta contínuamente todos los benéficos efectos de este Corazon. Por consiguiente, si con justo motivo hace fiesta en tal ocasion la Iglesia triunfante celebrando sus gracias, la militante hace otro tanto con la celebracion de las ternuras del Corazon de María.

En una emulacion de regocijo tan vasto y verdadero, ¿qué palabras emplearé para que conviertan nuestros corazones en áscuas de amor, ahora que me toca tratar del Corazon de María? ¿Diré que cantan sus glorias en el Cielo los espíritus angélicos unidos en festivas multitudes, ó que cantan su bondad acá en el destierro los hijos de los hombres? ¿Narraré de las inteligencias beatas, que estremecidas de gozo le consagran himnos de fiesta, ó de los peregrinos mortales, que, ardientes de confianza filial, le dirigen fervorosas súplicas? ¿Hablaré del tesoro riquísimo y precioso que posee la celestial Jerusalén, ó del consuelo suavísimo é inefable que, venerándole, tiene la Jerusalén terrena? No, hermanos mios, al subir á este púlpito, no me guía otro propósito que vuestra salvacion; y creo que al hacer el

en su Asuncion; la Iglesia, á la sazon en su cuna, prorumpió en acentos de alegría; los primeros fieles manifestaron el alborozo en que rebosaba su corazon con festivas y pomposas aclamaciones; y esta augusta festividad se eternizará de siglo en siglo: léjos de perder de su religiosa importancia, pasando á través de las edades, despues de haber llegado hasta nosotros sin interrupcion, será transmitida del mismo modo hasta la más remota posteridad. ¿Y qué mucho que todas las naciones, todos los reinos y todas las ciudades del órbe cristiano concurran á porfía á honrar la memoria de este dia solemnísimo? ¿Qué pueblo no ha experimentado los efectos del poder de María, y puede sin ingratitud dejar de interesarse en la inmensa y sublime gloria á que hoy es elevada? ¿Qué movimientos de pura y deliciosa alegría no debe excitar en nuestro corazon el magnífico y triunfal espectáculo de su exaltacion, para satisfacer el justo sentimiento de una viva gratitud? ¿No se ha declarado María en mil maneras nuestra protectora? Me parece que veo á los Cielos abrirse para derramar aquí sobre nosotros á torrentes sus misericordias. Si la enormidad de nuestros pecados sube hasta el trono del Dios de las venganzas, obligando á su justicia á que derrame sobre ellos el vaso de su indignacion; cualquiera que sea el azote con que nos hiera, ora nos rehuse un benéfico rocío que fertilice los campos, ora las cataratas del firmamento amenazen anegar las cosechas, ora se corrompan los aires para llevar la muerte hasta nuestro seno culpable; cuando penetrados de un espíritu de piedad venimos á invocar á nuestra ilustre protectora, jamás nuestros votos son estériles é infructuosos.

¡Vírgen santísima! Desde lo alto del brillante trono en que hoy habeis sido colocada por mano de vuestro Hijo, como Emperatriz de la gloria, fijad vuestras miradas sobre este santo templo. Dignaos aceptar nuestros homenajes, en particular los que nos inspira el reconocimiento por tantos favores de que somos deudores á vuestra intercesion. ¡Vírgen inmaculada! somos vuestros clientes; testigos sois de los escollos que nos rodean y de nuestra debilidad; defendednos en todo tiempo de cualesquiera peligros, de todos los enemigos de nuestra salvacion; pero, especialmente, en el último momento de la vida; á fin de que, bajo las alas de vuestra proteccion, y formados en la santidad por el modelo de vuestras eminentes virtudes, tengamos parte en la inestimable dicha de vuestra santa muerte, y celebremos vuestro triunfo con los bienaventurados en la morada eterna de la gloria. *Amen.*

CORAZON DE MARÍA.

DISCURSO I.

Concaluit cor... et in meditatione exardescet ignis.

Sentí que se inflamaba mi corazon: y en mi meditacion se encendian llamas de fuego.

(PSALM. XXXVIII, 4.)

Esta suntuosa solemnidad con que tributamos al Corazon sacratísimo de María el culto de nuestra veneracion y el homenaje de nuestros afectos, yo no sé si se le debe llamar más propia del Cielo ó de la tierra. A la verdad, elevados son los motivos que tiene de regocijo la Iglesia triunfante, porque conoce todas las admirables virtudes de este Corazon; pero, no son ménos fundados los de la Iglesia militante, porque experimenta contínuamente todos los benéficos efectos de este Corazon. Por consiguiente, si con justo motivo hace fiesta en tal ocasion la Iglesia triunfante celebrando sus gracias, la militante hace otro tanto con la celebracion de las ternuras del Corazon de María.

En una emulacion de regocijo tan vasto y verdadero, ¿qué palabras emplearé para que conviertan nuestros corazones en áscuas de amor, ahora que me toca tratar del Corazon de María? ¿Diré que cantan sus glorias en el Cielo los espíritus angélicos unidos en festivas multitudes, ó que cantan su bondad acá en el destierro los hijos de los hombres? ¿Narraré de las inteligencias beatas, que estremecidas de gozo le consagran himnos de fiesta, ó de los peregrinos mortales, que, ardientes de confianza filial, le dirigen fervorosas súplicas? ¿Hablaré del tesoro riquísimo y precioso que posee la celestial Jerusalén, ó del consuelo suavísimo é inefable que, venerándole, tiene la Jerusalén terrena? No, hermanos mios, al subir á este púlpito, no me guía otro propósito que vuestra salvacion; y creo que al hacer el

panegírico del Corazon de María, solo debo atender á vuestro provecho espiritual. Dejando, pues, á un lado todo otro argumento, señalaré en el Corazon de María un Corazon todo abrasado de amor hácia nosotros, y de un amor tan tierno, generoso y constante, que pueden muy bien aplicársele estas palabras de David: *Concaluit cor, et in meditatione exardescet ignis.* Un pensamiento tan precioso exigiría, hermanos mios, aquellos vuelos del ingenio y aquella elocuencia del alma, con que los Padres de la Iglesia solían recrear á los oyentes cristianos; mas vosotros sereis indulgentes, y no dudo que, á pesar de mi insuficiencia, me prestareis vuestra benévola atencion, en cuyo caso la belleza del asunto ocultará la insignificancia del orador. Saludemos ántes á María con las palabras del Arcángel: A. M.

En el lenguaje comun de los hombres el corazon simboliza el amor; no porque el corazon ame verdaderamente, puesto que el amor no es más propio del corazon de lo que es la libertad á la mano, la compasion al ojo, y la dulzura á la lengua. El amor y el ódio, el gozo y la tristeza, todas las conmociones de la naturaleza humana llamadas afectos son consecuencias del pensamiento, son prerogativas del alma. Solo el alma siente, solo el alma piensa; y así, el amor y el ódio, el gozo y la tristeza, y todas las conmociones de la naturaleza humana llamadas afectos, son exclusivamente propias del alma. No obstante, siendo el corazon aquel órgano que recibe más que todos los otros la conmocion de los afectos, se considera como su asiento; y siendo el amor el principal de los afectos, se dice que el corazon ama. Por tanto, si el corazon significa amor, y lo mismo es decir corazon que amor, está claro que hablando del Corazon de María todo propicio á nosotros, hablo del amor con que María nos ama. Ahora bien; ¿con qué amor nos ama?

María nos ama con un amor muy superior á todos los demás amores, y en su Corazon se consumen los ardores de un afecto, de que no podrían hallarse ejemplos, no solo entre los hombres de la tierra, pero ni tampoco entre los Santos y los Angeles del Paraíso. En verdad, jamás se podrá negar, que María tuvo una santidad eminentemente superior sin comparacion alguna á la santidad más ilustre y perfecta. Destinada para una dignidad, que sobrepujó en la tierra la de los Profetas y de los Patriarcas, y la de los Angeles y de los Serafines en el Cielo, debía, igualmente, prepararse para esta dignidad altísima con una santidad que sobrepujase la de los Patriarcas y de los Profetas, de los Serafines y de los Angeles. Dios mismo, que la quiso tan

grande y la crió para que fuese su Madre, Dios mismo la enriqueció con todas las gracias; de suerte, que así como en comparacion de Dios nadie puede llamarse verdaderamente bueno, tampoco en comparacion de María nadie puede llamarse verdaderamente santo. Ahora bien, hermanos mios; ¿en qué consiste la santidad? Consiste, sin duda, en el amor para con Dios de tal manera, que cuanto más un alma ama á Dios, es tanto más santa, y á proporcion de este amor aumenta la santidad en ella.

Puesto que María tuvo una santidad superior á la de los Angeles y de los Santos, está claro que su Corazon amó á Dios con amor más grande que aquel con que le amaron y le aman los Santos y los Angeles. Pues bien; el que ama á Dios, ama tambien á los hombres, que son las criaturas y las imágenes de Dios; y los ama tanto más, cuanto más ama á Dios, correspondiendo exactamente al grado del amor que se tiene para con Dios el grado del amor que se tiene para con los hombres. En efecto; uno y otro amor nos imponen el mismo precepto, es ordenado con el mismo mandamiento, constituye la misma virtud, la misma caridad y la misma perfeccion. Así, pues, si el Corazon de María está lleno de amor para con Dios, está tambien lleno de amor para con los hombres; si el Corazon de María siente vivísimos afectos para con Dios, siente tambien vivísimos afectos para con los hombres; si el Corazon de María ama á Dios más que los Santos y los Angeles, ama tambien á los hombres más de lo que pueden amarlos los Angeles y los Santos.

Esto sentado, recordemos, hermanos mios, cualquiera amor que nos haya parecido más fervoroso, aún entre aquellos que las historias sagradas y profanas celebraron con solemnes testimonios de alabanza. Plausible fué el amor de aquellos, que se expusieron á eminentes peligros para salvar á la familia, que distribuyeron sus riquezas para socorrer á los amigos, y sacrificaron la propia vida para librar á la pátria de males inminentes. Grande fué el amor de San Juan de Mata, que se hizo esclavo para romper las cadenas de la esclavitud que otros sufrían; el de Camilo de Lelis, que olvidándose de sí mismo para asistir á los enfermos, fué como la providencia de los hospitales; el de San Vicente de Paul, que prestó socorros y consuelos á toda suerte de desgraciados. Grande fué el amor que manifestaron los Angeles cuando descendieron para asistir á Judith en la tienda de Holofernes, cuando estuvieron con los niños Hebreos entre las llamas del horno de Babilonia, y cuando acompañaron al hijo de Tobías en su viaje. Pues bien; unamos todos estos amores, refundá-

moslos en uno solo, y por más intenso que se suponga, por sublime que se muestre, por generosísimo que nos parezca, siempre deberemos decir, que es nada comparado con el amor que arde en el Corazon de María. El amor del Corazon de María solo cede al amor de Dios; porque, si la santidad de María solo es inferior á la de Dios, desde el momento que el amor de que se trata es un efecto de la santidad, el amor de María puede ceder al amor de Dios solamente. Por todo lo cual ya veis, hermanos mios, que para argumentar con verdad del amor con que nos ama el Corazon de María, sería necesario remontarse hasta los Cielos, hasta los coros de los Santos y de los Angeles, hasta el trono de Dios.

Para daros alguna idea de él, os invito á considerar á uno y otro de un modo más conforme á vuestro entendimiento. No cabe duda, que cuando se quiere hallar el amor en su grado más perfecto, es preciso buscarlo en el corazon de las madres. Favorecidas éstas por la naturaleza de exquisito sentimiento y de singular afecto para con sus hijos, ellas los aman con un amor sin límites. El amor de los hijos es en la madre como un éxtasis, como un transporte del alma; éxtasis tanto más puro, transporte tanto más ardiente, cuanto ménos entran en ambos ó la exaltacion de la fantasía ó la perturbacion de los sentidos. Entre todos los amores de la tierra el amor de las madres para con los hijos es el más puro y el más perfecto.

Ahora bien; María es la Madre de todos los hombres; María es la Madre de todas las gentes; María es la Madre de todos los fieles, y la Madre espiritual de los miembros del Salvador, que somos nosotros. No hay necesidad de añadir otras autoridades sobre el particular, ya que por todas las partes del globo los lábios de todos los fieles pronuncian, desde el balbuciente niño hasta el moribundo que dá el último suspiro, esta dulce palabra: María es nuestra Madre. Es nuestra Madre, y parece que sus hijos la conocen por un instinto natural de piadosa fé, que les induce á recurrir á Ella en las necesidades y en los peligros, y á invocar su nombre con intenso amor, como tiernos infantes que se echan en brazos de la madre. Si, pues, María es nuestra Madre, puesto que el amor de la madre para con los hijos es sumo, sumo debe ser el amor de María para con nosotros; y si su Corazon está lleno de amor maternal, este amor no puede ménos de ser ardentísimo.

No basta esto. María no es una madre cualquiera, no es madre de un solo hijo, ni de muchos hijos. Ella es Madre de todos los hombres, y, por consiguiente, el amor, en que arde su Corazon, es un

amor que comprende todos los amores que tuvieron todas las madres para con sus hijos. Madres hay, que para acudir á las necesidades de sus hijos, roban el sueño á los ojos, el pan á la boca, y el descanso necesario á sus fatigados miembros. Madres ha habido, que para acudir con todo su poder al bien de sus hijos se han sometido á penas, á sacrificios é inconcebibles fatigas. Otras madres amaron á sus hijos más que la propia tranquilidad, más que la propia conveniencia y la vida propia. Pues bien; para comprender con cuanto amor nos ama María, unidos todos estos amores y aquellos, que os parezcan magnánimos y sublimes, reunidlos en uno solo, contemplándolo en el corazon de la más tierna y más afectuosa de las madres... Pero, aquí tambien tengo que repetir, que todos estos amores, comparados con el amor en que arde el Corazon de María, no llegan ni pueden llegar á igualarlo. Miéntras que todos los amores de las otras madres, dirijidos á uno ó á pocos hijos, tienen siempre algo de restringido y limitado, el amor de María para con todos los hombres no conoce límites ni restricciones.

Y fué el mismo Dios quien infundió tal amor en el Corazon de María. En efecto; Dios de providencia extraordinaria, no eleva jamás á nadie á extraordinarias misiones y á dignidades extraordinarias sin concederles cuantas dotes se requieren para cumplir sus oficios. Por consiguiente, habiendo escogido á María para Madre de Jesucristo, la escogió tambien para Madre nuestra, por cuyo motivo Jesucristo debe ser considerado como primogénito entre muchos hermanos; y habiéndola escogido para ser nuestra Madre, está claro que debió concederle todas las dotes necesarias para cumplir con este último ministerio. Ahora bien; entre las dotes propias de las madres con respecto á los hijos, la primera es el amor, puesto que para las madres el amor es la virtud en que se compendian todas las demás, y que constituye, por decirlo así, la esencia de la maternidad. Así, pues, habiendo Dios elevado á María para que fuese nuestra Madre, y habiéndola enriquecido con todas las dotes necesarias para este oficio, debió necesariamente enriquecerla con tanto amor cuanto bastase para abrazarnos á todos, esto es, debió enriquecerla con un amor inconmensurable.

Por otra parte, esta reflexion me suministra, hermanos mios, un nuevo argumento para la demostracion del asunto que os he propuesto. Si María es Madre nuestra, siendo Madre de Jesús, el Corazon de Jesús nos conducirá á conocer el Corazon de María. Y en verdad, si el Corazon de Jesús se formó con la más pura sangre del

Corazon de María, si estuvo encerrado nueve meses contínuos en las entrañas de María, y si tuvo en María su receptáculo por espacio de tanto tiempo, no podía ménos el Corazon de María de retener las suaves y celestiales fragancias de la bondad, de la clemencia y de la misericordia del Corazon amabilísimo de Jesús. ¡Ah! cuando considerando el Corazon de Jesús, le veo obligado á nacer en la cueva de Belén, á vivir entre las humillaciones de Nazareth, á sobrellevar padecimientos gravísimos y durísimas agonías para nuestro bien; siento una voz que me dice: De esta misma ternura, de este amor mismo está formado el Corazon de María. Cuando considerando el Corazon de Jesús, veo que se compara al pastor dispuesto á buscar la oveja extraviada, y al padre solícito de estrechar otra vez entre sus brazos al hijo perdido, por perverso que haya sido, siento una voz que me dice: De la misma solicitud, del afecto mismo es el Corazon de María. Cuando considerando el Corazon de Jesús, le veo acoger á la Magdalena, aunque escandalosa; defender á la mujer acusada por los fariseos, aunque pecadora; conversar con Zaqueo, aunque culpable bajo muchos conceptos; mirar benigno á Pedro, aunque le hubiese negado; imprimir un beso en la frente de Judas, por más que le hubiese vendido; oigo una voz que me dice: De la misma generosidad, de la magnanimidad misma es el Corazon de María. El Corazon de Jesús es todo compasion, y lo mismo es el Corazon de María; el Corazon de Jesús es todo benéfico, y todo benéfico es el Corazon de María; el Corazon de Jesús nos ama con amor preveniente, parcial, gratuito, accesible, paciente, generosísimo y constante; y con amor preveniente, parcial, gratuito, accesible, paciente, generosísimo y constante nos ama el Corazon de María.

Amor preveniente.—Nosotros no existíamos, todavía, no existían todavía nuestros padres, ni los padres de nuestros padres, cuando el Corazon de María palpitaba ya de amor hácia nosotros. Allá, en el humilde aposento, donde el arcángel fué á anunciarle la divina maternidad, á todos nos tuvo presentes. Vió nuestros males, se conmovió de nuestras miserias, se dió á reparar nuestras desventuras, se contentó hasta ser afligida sobre toda ponderacion para que se cumpliese la redencion nuestra. Por consiguiente, si desde el momento que nacemos somos libertados por medio de las aguas del Bautismo de la culpa original; si con los primeros latidos de la vida vemos bajo nuestros piés cerrado el Infierno y abierto el Cielo sobre nosotros; si balbuceando las primeras palabras nos fué concedido dirigirnos á Dios, llamándole con los dulces nombres de Bienhechor y

de Padre, tales bienes se nos concedieron porque el Corazon de María nos puso afecto ántes de que existiésemos; y concurriendo con su consentimiento á la obra de la redencion, hizo que, despojados de los vestidos del viejo Adán, tomásemos los de Jesucristo. Por consiguiente, del Corazon de María puede decirse, como se dice del Corazon de Jesús (1), que quiso prevenirnos con su amor amándonos con contínua caridad, y amándonos, no porque hubiese en nosotros nada bueno, ni bello, sinó llevado solo de su piadosa y benigna naturaleza (2).

Amor parcial.—Aunque María sea Madre de todos los hombres á los cuales acogió en la cumbre del Gólgota, sin embargo, no puede negarse que nos mira con ojos de especial benevolencia. Miéntras que pueblos enteros viven envueltos en la noche de la infidelidad, á nosotros nos favorece con sus gracias particulares; miéntras tanta parte del mundo, yaciendo en las tinieblas de la ignorancia y de la culpa, es excluida de la herencia de los Cielos, á nosotros, que fuimos separados por misericordia divina del número de los réprobos, extiende los maternales brazos para hacernos santos en el tiempo y bienaventurados en la eternidad. Unos, por un solo pecado cayeron en los abismos; otros, despues de la primera culpa fueron precipitados en un mar de betun y de azufre, de donde no podrán salir jamás ni recibir ningun alivio; y nosotros, con parcialísima bondad, no fuimos precipitados, y se nos conceden tantos dias, tantas luces y tantos impulsos para convertirnos. ¡Ah! Ella es, María, la que defiende nuestra causa; Ella es, María, la que detiene la irritada diestra de la justicia divina. Por consiguiente, del Corazon de esta Madre puede decirse, lo mismo que del Corazon de Jesús, que ruega por los mismos audaces transgresores de los mandamientos de Dios (3); y que amándonos con amor de preferencia, intercede piadosamente por nosotros delante de Dios (4).

Amor gratuito.—María nos ama, pero no es ciertamente para ningun provecho suyo; María nos quiere bien, pero no es ciertamente en su beneficio ¿Y qué necesidad podría tener Ella de nosotros? ¿Qué utilidad podría derivarle de nosotros? Aún cuando le fuese negada toda correspondencia, aún cuando ninguno de nosotros se salvase, aún cuando fuésemos todos condenados eternamente á arder en el Infierno,

(1) 1.ª Juan IV, 10.
(2) Isaías LIII, 12.
(3) Isaías LIII, 12.
(4) Hebr. VII, 25.

no sería ménos la Madre del Señor, no sería ménos la Reina del Paraiso, y nada perdería de su beatitud y de su felicidad. Si nos ama, es con amor desinteresado, con amor gratuito y con amor verdadero y puro. No es su Corazon como los corazones de los hombres, que aún en los mismos momentos que aman, aman más bien nuestras calidades que á nosotros, más nuestras glorias, nuestros títulos, nuestras riquezas y nuestras mesas que á nuestras personas. Del Corazon de María pueden repetirse, pues, las frases empleadas relativamente al Corazon de Jesús, ya que como el Corazon de Jesús nos ama con un amor que saca de sí mismo su principio y su vida.

Amor accesible.—Aunque constituida en la mayor dignidad, se nos muestra como familiar y como amiga. Para llegar hasta Ella no se encuentran puertas de bronce que solo se abren con llaves de oro, ni se han de atravesar salones grandiosos por en medio de criados y cortesanos. Por abyecto que sea un pecador, por desgraciado y despreciable, tiene siempre audiencia. Refiriendo sus desventuras, no ha de temer incomodar por importuno; buscando auxilio en sus miserias, no ha de temer ser rechazado. Antes bien, á fin de que no nos deslumbre el esplendor de su majestad, ni nos intimide la radiante grandeza de su gloria, más que Reina quiere ser Madre. Como Madre nos llama, como Madre nos ayuda; y podemos repetir muy bien de su Corazon lo que está escrito del Corazon de Jesús, que es suave, manso, rico de misericordia y de bondad (1).

Amor paciente.—El amor de María nos sale al encuentro, aún cuando, como desertores y fugitivos, nos mostremos sordos á sus llamamientos, indiferentes á sus invitaciones, é ingratos á sus solicitudes. Yo no niego que la Bienaventurada Vírgen tenga un afecto especial para con las almas justas; pero debo añadir, que tambien ama á los pecadores. Por eso el Corazon de María fué comparado á una ciudad de refugio, pues, así como antiguamente el delincuente refugiado en una de aquellas ciudades llamadas de refugio, hallaba gracia y perdon, tambien el pecador que se refugia en el Corazon de María halla el perdon de los pecados y la gracia de la conversion. Ella es siempre Madre; y así como la madre no deja de amar á un hijo, que dejando el recto sendero entra en la mala senda, María, amando tiernamente á los justos, ama del mismo modo á los pecadores. Su Corazon es como el Corazon de Jesús; y así como el Corazon de Jesús no quiere que con la mano se acabe de quebrar la caña

(1) Psalm. LXXXV, 5.

cascada, ni se apague con el pié el pábilo que aún humea, tampoco quiere la muerte del pecador, sinó que se convierta y viva (1).

Amor generosísimo.—¡Ah! así como nos demuestra la vehemencia del amor con que Dios Padre nos ama, el haber, para perdonarnos á nosotros siervos rebeldes, condenado á muerte á su mismo Hijo (2), así tambien el amor con que nos ama María puede argumentarse de ahí, que por nuestra salvacion consintió en la muerte de su mismo Hijo (3). ¿Os parece poco, que salida de su pacífica soledad, quisiese vivir por amor nuestro una vida de privaciones y de angustias? ¿Os parece poco, que se sometiese á dias trabajosos y oscuros en medio del dolor y de la tristeza? Pues bien, ofrecerá á su Jesús con sus propias manos. ¿Os parece poco que lo ofreciese? Consintió en el sacrificio, bajo el cual su Jesús debía caer víctima de la humana barbarie y de la justicia divina. ¿Aún esto os parece poco? Pues sube al Calvario, presencia la más tremenda tragedia, y une las propias penas á la sangre de su Jesús. ¡Ah, sí! del Corazon de María podemos decir como del Corazon de Jesús, que nos amó con amor inmenso, hasta la pasion, hasta la cruz, hasta la agonía, hasta la muerte (4).

Amor constante.—María nos ama siempre, y el único obstáculo que por nuestra parte se opone á su amor es nuestra infidelidad. Ella jamás nos abandona; y aún cuando sordos á sus inspiraciones, contrarios á sus llamamientos corramos por las sendas de la culpa, no se olvida de nosotros. No es la amiga de la próspera y no de la adversa fortuna; no es la Madre de hoy y no de mañana; su Corazon, por decirlo así, está en nuestras manos, puesto que depende de nosotros tenerle, desde este momento, benéfico y afectuosísimo. Su amor, más fuerte que el Infierno, más firme que la muerte (5), es piadosamente constante, y es nuestra bienhechora en el tiempo para ser nuestro consuelo en la eternidad. Tambien una vez más podemos decir de María, como de Jesús, que nos ama sin restriccion de tiempos, de manera, que si en todas las demás cosas se reconoce la medida, el número y el peso, solo en este amor no se puede reconocer peso, número, ni medida.

En vista de todo lo expuesto, dejo á vuestra consideracion, hermanos mios, el afirmar, si el Corazon de María es ó no un corazon abra-

(1) Ezech. XXXIII, 11.
(2) Joan. III, 16.
(3) S. Bonav. in Stim. amoris.
(4) S. Bonav. de Cruce.
(5) Cant. VIII, 6.

sado de amor para con nosotros. ¿Y qué más opusierais para no dudar de su afecto, cuando os es notorio, que nos ama con un amor que sobrepuja todos los demás amores, de los ángeles del Cielo, y de las madres de la tierra? ¿Qué más quisierais si os consta que su Corazon, como el de Jesús, nos ama con un amor preveniente, parcial, gratuito, accesible, paciente, generosísimo y constante? No, ninguna necesidad tenemos ya de otras pruebas, para poder aplicar al Corazon de María las palabras del Salmista: *Concaluit cor, et in meditatione exardescet ignis.*

¿Lo comprendeis, hermanos mios? *In meditatione exardescet ignis.* No cabe duda: el Corazon de María, que siempre nos ama, arde por nosotros en un amor más grande, á proporcion de nuestras aflicciones y de nuestras infelicidades. Esto, sólidamente sentado, alegrémonos de tanta dicha, por lo mismo que podemos tener en Ella una ilimitada confianza. Por terribles que sean nuestras angustias, por innumerables que sean nuestras miserias, por profundo que sea el abismo en que háyamos caido ó podamos caer, no tendremos motivos de desesperar miéntras nos sea concedido dirigirnos á este Corazon lleno de amor para con nosotros. Cierto, que envueltos en frágiles cuerpos, estamos sujetos á mil males; pero refugiémonos en el Corazon de María, y nos veremos libres de ellos, ó seremos amorosamente asistidos. Cierto, que nuestra vida abunda en casos desgraciados; mas refugiémonos en el Corazon de María, y una mano piadosa enjugará las lágrimas que broten de nuestros ojos, y en medio de las aguas de la amargura derramará el bálsamo del consuelo. Cierto, que no podemos creernos inocentes y sin mancha delante de Dios; mas refugiémonos en el Corazon de María, y tendremos una Abogada cerca del tribunal de la divina justicia una Madre pronta á colocarnos en brazos de la misericordia divina. Confianza, pues, en el Corazon de María: en este Corazon hallaremos siempre un refugio, por medio de este Corazon podremos siempre alcanzar gracias y perdon; y esperando en su bondad, invocando su patrocinio, aguardando sus beneficios, nos demostrará con sus dones, que nuestras desventuras solo sirven para hacerle más solícito y propicio á favor nuestro: *Concaliut cor, et in meditatione exardescet ignis.*

CORAZON DE MARÍA.

DISCURSO II.

Santificavit tabernaculum suum Altissimus.
El Altísimo santificó su tabernáculo.
(Ps. XLV, 5.)

¿Qué idea os formais del divino Tabernáculo que Dios santificó de una manera especial, y cuya gloria se eleva sobre todos los templos que los hombres han erigido á Dios en la tierra? Sin apartarme del verdadero significado de las Sagradas Escrituras, interpretadas por los Padres y Doctores de la Iglesia, puedo decir, que el Real Profeta no quería hablar del tabernáculo material, adornado de oro y plata, que se hallaba en el fondo del magnífico Templo que el gran Salomon erigió á la gloria de Jehová; iluminado por las luces del espíritu profético, David penetraba al través de los tiempos en el Corazon de aquella bienaventurada criatura, que el Altísimo debía santificar con su presencia real, y en el que había de construir un santuario del que el de Jerusalén sería una figura muy imperfecta. En este vivo tabernáculo es donde había de arder una llama que jamás se extinguiría; de este tabernáculo había de elevarse sin cesar el incienso más puro que jamás había subido al Cielo; en él debía ofrecerse noche y dia el sacrificio de alabanza, el meritorio holocausto: allí consumirse á todas horas la víctima más agradable despues de la del Calvario; allí estar el verdadero Santo de los santos donde el Eterno expresaría sus oráculos, y donde residiría, en fin, la verdadera Arca de la alianza, realmente santificada por la presencia del Señor.

Nada, pues, más justo y razonable que tributar toda clase de honores á este santuario inefable, que es el Sagrado Corazon de María.

sado de amor para con nosotros. ¿Y qué más opusierais para no dudar de su afecto, cuando os es notorio, que nos ama con un amor que sobrepuja todos los demás amores, de los ángeles del Cielo, y de las madres de la tierra? ¿Qué más quisierais si os consta que su Corazon, como el de Jesús, nos ama con un amor preveniente, parcial, gratuito, accesible, paciente, generosísimo y constante? No, ninguna necesidad tenemos ya de otras pruebas, para poder aplicar al Corazon de María las palabras del Salmista: *Concaluit cor, et in meditatione exardescet ignis.*

¿Lo comprendeis, hermanos mios? *In meditatione exardescet ignis.* No cabe duda: el Corazon de María, que siempre nos ama, arde por nosotros en un amor más grande, á proporcion de nuestras aflicciones y de nuestras infelicidades. Esto, sólidamente sentado, alegrémonos de tanta dicha, por lo mismo que podemos tener en Ella una ilimitada confianza. Por terribles que sean nuestras angustias, por innumerables que sean nuestras miserias, por profundo que sea el abismo en que háyamos caido ó podamos caer, no tendremos motivos de desesperar miéntras nos sea concedido dirigirnos á este Corazon lleno de amor para con nosotros. Cierto, que envueltos en frágiles cuerpos, estamos sujetos á mil males; pero refugiémonos en el Corazon de María, y nos veremos libres de ellos, ó seremos amorosamente asistidos. Cierto, que nuestra vida abunda en casos desgraciados; mas refugiémonos en el Corazon de María, y una mano piadosa enjugará las lágrimas que broten de nuestros ojos, y en medio de las aguas de la amargura derramará el bálsamo del consuelo. Cierto, que no podemos creernos inocentes y sin mancha delante de Dios; mas refugiémonos en el Corazon de María, y tendremos una Abogada cerca del tribunal de la divina justicia una Madre pronta á colocarnos en brazos de la misericordia divina. Confianza, pues, en el Corazon de María: en este Corazon hallaremos siempre un refugio, por medio de este Corazon podremos siempre alcanzar gracias y perdon; y esperando en su bondad, invocando su patrocinio, aguardando sus beneficios, nos demostrará con sus dones, que nuestras desventuras solo sirven para hacerle más solícito y propicio á favor nuestro: *Concaliut cor, et in meditatione exardescet ignis.*

CORAZON DE MARÍA.

DISCURSO II.

Santificavit tabernaculum suum Altissimus.
El Altísimo santificó su tabernáculo.
(Ps. XLV, 5.)

¿Qué idea os formais del divino Tabernáculo que Dios santificó de una manera especial, y cuya gloria se eleva sobre todos los templos que los hombres han erigido á Dios en la tierra? Sin apartarme del verdadero significado de las Sagradas Escrituras, interpretadas por los Padres y Doctores de la Iglesia, puedo decir, que el Real Profeta no quería hablar del tabernáculo material, adornado de oro y plata, que se hallaba en el fondo del magnífico Templo que el gran Salomon erigió á la gloria de Jehová; iluminado por las luces del espíritu profético, David penetraba al través de los tiempos en el Corazon de aquella bienaventurada criatura, que el Altísimo debía santificar con su presencia real, y en el que había de construir un santuario del que el de Jerusalén sería una figura muy imperfecta. En este vivo tabernáculo es donde había de arder una llama que jamás se extinguiría; de este tabernáculo había de elevarse sin cesar el incienso más puro que jamás había subido al Cielo; en él debía ofrecerse noche y dia el sacrificio de alabanza, el meritorio holocausto: allí consumirse á todas horas la víctima más agradable despues de la del Calvario; allí estar el verdadero Santo de los santos donde el Eterno expresaría sus oráculos, y donde residiría, en fin, la verdadera Arca de la alianza, realmente santificada por la presencia del Señor.

Nada, pues, más justo y razonable que tributar toda clase de honores á este santuario inefable, que es el Sagrado Corazon de María.

Y si debemos honrar el Sagrado Corazon de Jesús, asiento de todos los afectos y sentimientos del hombre-Dios, conviene tambien tributar al de María un culto de veneracion y de amor, porque, despues del de Jesucristo, es el tabernáculo más perfecto que jamás ha habitado la Divinidad. Esto es lo que voy á explicaros en este dia, haciéndoos considerar el Corazon de María bajo los tres aspectos que mejor pueden dárosle á conocer: 1.° *En sí y en sus perfecciones;* 2.° *en su union con Dios;* 3.° *en su amor para con nosotros.* Imploremos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

Preciso es, carísimos hermanos, que el corazon del hombre, en general, sea muy superior á las demás obras salidas de las manos de Dios, pues el mismo Dios omnipotente nos atestigua, que se enamoró de este débil corazon, al que ama hasta el exceso, haciendo consistir su gloria en conquistarlo y reinar en él. Lo que nos pide en compensacion de todo lo que ha hecho por nosotros es, que le amemos con todo corazon. Se humilla hasta el tono de la súplica para decirnos: «Hijo mio, dáme tu corazon.» Promete manifestarse sin celajes á los corazones puros, no poner límite alguno á sus liberalidades con los corazones rectos, derramar su misericordia en los corazones tiernos y compasivos. Si se indigna contra su pueblo es, porque el desleal Israel ha apartado de Él su corazon; si concede su perdon es al corazon contrito y humillado; si hace oir su voz á los hombres á su corazon es á quien se dirige. En suma, pues no me es posible citar aquí todas las Escrituras, Dios tiene incesantemente fijos los ojos en el corazon humano, observa sus movimientos, y en todo solo ve y estima el corazon del hombre: *Dominus autem intuetur cor.* Y si el corazon de un simple mortal, en el que Dios ha dejado caer solamente algunas gotas de sus gracias, es tan agradable á sus ojos, ¿qué sucederá con el Corazon de María, sobre el cual el Omnipotente se ha complacido en hacer correr un río de mercedes? Los demás corazones están manchados con el pecado original, y han oscurecido la escasa hermosura que les quedaba con faltas voluntarias y personales. Pero María fué concebida sin mancha, y jamás aquel corazon generoso y magnánimo consintió en la más leve falta que pudiera en él interrumpir el curso de las mercedes celestiales. El Señor vió revivir en Ella toda la pureza, toda la hermosura de la Madre del linaje humano, cuando salió inocente y esplendorosa de sus manos. ¡Oh! ¡con qué amor contemplaría á ese Corazon sagrado que ninguna mancha desfiguraba, que no marchitaba ningun gérmen de pasiones, y cuyas

inclinaciones eran todas santas, y celestiales todas sus afecciones! Esta es la criatura hecha á su imágen, en la que, como en un espejo, se reflejan sus facciones divinas. Dirige sobre Ella una mirada de complacencia, la ama de una manera especial, porque la halla poseedora de una belleza de que no está dotada criatura alguna. *Tota pulchra es, amica mea, et macula non est in te.* Dirigiéndose despues á sus ángeles, háceles observar las excelencias de este Corazon. Mirad, les dice, esta casta paloma, que no tiene igual, la única perfecta, la única en el universo. Los celestiales habitantes de las eternas mansiones, advierten entónces y admiran la excelencia y belleza de su futura Reina; y en la sorpresa y arrobamiento que experimentan, pregúntanse con apresuramiento: ¿Quién es esta admirable criatura, que reune en sí sola la perfeccion de todas las demás? Y comparan la claridad con que brilla, unas veces con la suave y benéfica luz del astro de la noche; otras con la luz de la más brillante aurora; y otras con el esplendor del sol.

Fácil me fuera haceros admirar las grandezas del Santísimo Corazon de María, hablándoos de su modo de apreciar en su justo valor los bienes de la tierra, de su fé viva, de su caridad en todos sus sufrimientos, de su valor en soportar los mayores trabajos de la vida, de su constancia heróica, de su incomparable amor á su Hijo, y de tantas otras cualidades eminentes que han hecho de Ella, no solo una heroina, sinó una mujer completamente excepcional, única en el mundo. Pero estos pormenores me llevarían muy léjos. Sabemos que este Corazon es el más grande, el más noble, el más distinguido que ha salido de las manos de Dios, despues del de Jesucristo; tanto, que si merece nuestros homenajes por las perfecciones de que se halla adornado, no las merece ménos por la íntima union que tiene con Dios.

Dios había resuelto de toda eternidad salvar al mundo con los misterios de la Encarnacion y de la Redencion de su Hijo, debiendo cumplirse el de la Encarnacion por obra del Espíritu Santo. Por eso, de toda eternidad tambien, había resuelto suscitar una Vírgen para que fuese Madre de su Hijo, Esposa del Espíritu Santo, y su Hija de un modo especial. María es esa criatura privilegiada á quien Dios adornó en el instante mismo de su concepcion con todos los dones de la gracia y de la naturaleza que pueden concederse á un simple mortal. Al nacer, Dios la recibe en sus brazos y no quiere que conozca otro Padre que á El. Mucho tiempo ántes de la edad en que otros niños se ven alumbrados por las luces de la razon, Ella oye

una voz grata y persuasiva que la dice en el fondo de su Corazon: «Escucha, Hija mia, tú, á quien yo he elegido entre todas las criaturas para darte un nombre, escucha y entérate de cuales son mis designios respecto de tí: olvida tu pátria, tu pueblo, tu casa paterna y á los autores de tus dias. Tu rey, tu Dios, á quien el universo adora, está prendado de tu hermosura, y pide tu Corazon. Dócil á esta tierna invitacion, María deja las afecciones de su familia, hácese superior á los sentimientos de la naturaleza; y en la edad en que las demás jóvenes solo se ocupan en entretenimientos y diversiones, ya se ha encerrado María en el Templo. Allí, clavada al pié de los altares por su amor filial, ya no tiene relaciones sinó con el Cielo, y ni se ocupa sinó en agradar á su Padre.

Allí, en su Corazon virginal, se celebran las bodas inefables de la Esposa con el Espíritu Santo. La jóven prometida está dispuesta; está adornada con la pureza primitiva y virginal, engalanada con la castidad, con la humildad, con el amor, con la reunion, en fin, de todas las virtudes que forman su nupcial vestidura. Y pronto el Espíritu Santo desciende á Ella, y viene á cumplir el prodigio esperado durante cuarenta siglos, el misterio incomprensible á los mismos ángeles; se une con Ella de una manera inusitada, y la dá un título y derechos que no parecia posible pudiera pretender jamás criatura alguna. La Majestad divina la revistió por todos lados, y la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra. Ya ántes la habia visitado mil veces con su gracia, como visita á todas las almas piadosas y dóciles; pero esta vez vino á visitarla de un modo nuevo y extraordinario. La llena, por decirlo así, con su plenitud; fecunda por medio de un prodigio inaudito su casto seno, y la hace producir el sagrado fruto anunciado desde el orígen del mundo.

Comprended, pues, si podeis, hermanos míos, que afluencia de gracias recibiría el Santísimo Corazon de María en sus íntimas comunicaciones, en sus relaciones con la Divinidad... ¡Cuánto no debieron divinizarse sus pensamientos y sentimientos durante los nueve meses que el Verbo Eterno estuvo en su seno virginal! ¡Qué fuego no debió encender ese Sol encerrado allí por tanto tiempo, y que no dejaba salir un solo rayo al exterior! ¡Qué emociones no debió experimentar despues aquel Corazon, cuando la bienaventurada Madre llevaba en brazos al divino Niño, estrechado contra su propio seno, cuya leche mamaba ávidamente, y en la que no dejaba al mismo tiempo de derramar un néctar más dulce y más puro! ¡Y de qué santidad no se llenó ese Corazon durante los treinta años de relaciones no interrumpidas, de comunicaciones, de expansiones mútuas y diarias entre el Hijo y la Madre! En fin, para decirlo todo en una palabra, ¡qué debió ser ese Corazon, cuyos sentimientos respondieron á la sublimidad de aquellas incomprensibles relaciones con las tres Personas divinas, y fueron dignas en todo de la Hija, de la Esposa y de la Madre de un Dios!

No cabe duda, que cuanto hasta ahora he dicho del Santísimo Corazon de María, sería más que suficiente para que la consideráramos acreedora á nuestro culto y á nuestros afectos: pero lo que sobre todo debe hacérnosla querida y venerable es, el ardiente amor que nos profesa. Este amor excede tanto á todo amor conocido, cuanto la dignidad de esta admirable Vírgen aventaja á todo lo grande que en la tierra conocemos. No es solamente un amor tierno, ardiente, generoso, heróico; es mucho más; es un amor excesivo, que no tiene semejante y que traspasa todos los límites. Veamos la prueba. Cuando el Espíritu Santo quiere hacernos comprender, hasta donde puede alcanzarlo la inteligencia finita, el amor inmenso, infinito, del Padre Eterno á los hombres, no halla expresiones más eficaces y convincentes que éstas: «Dios ha amado de tal modo al mundo, que ha entregado su Hijo único por salvarle.» Esto es lo que el grande Apóstol llama el exceso de la caridad de Dios para con los hombres. Pues bien, véase asímismo lo que puede darnos más alta idea del amor del Santísimo Corazon de María para con nosotros. Tambien Ella tenía un Hijo, un Hijo único, un Hijo á quien amaba como jamás madre alguna amó al suyo; un Hijo que era su tesoro, su vida, por quien hubiera sacrificado mil vidas si las tuviera. ¡Ahora bien! Este Hijo querido, este Hijo incomparable, lo ofrece por nuestra salvacion, sacrificando ese admirable fruto de sus entrañas á la redencion del mundo. Por lo tanto, María se asoció al amor sin límites del Padre celestial, con la diferencia, de que este gran sacrificio no podía producir dolor alguno al Padre Eterno, que es esencialmente impasible, miéntras que los costó tan amargos, tan profundos, á la Madre más tierna y sensible, que jamás hallaremos expresiones para dar una idea siquiera del martirio que sufrió; martirio que no comenzó en el Calvario, sinó en el momento mismo en que recibió la visita del arcangel. Desde entónces ya no hubo para Ella alegría, y, seguramente, no podía haberla. En todo el tiempo que llevó al Niño Dios en sus brazos, que le amamantó con su leche, que le vió crecer á sus ojos, no dejó de tener presente el desgarrador pensamiento de que crecía para el sacrificio.

Empero, principalmente en el Calvario nos atestiguó su amor el Corazon de María. ¡Qué lúgubre y doloroso espectáculo se presenta allí á nuestra vista! Jesús es condenado á una muerte dolorosa é infamante; magullado ya y medio destrozado por los azotes, agobiado de fatiga y por los malos tratamientos que ha sufrido, agotada su sangre y aniquiladas sus fuerzas, cargado con una pesada cruz, bajo la cual sucumbe, más que conducido es arrastrado al lugar del suplicio. Las piadosas mujeres, que saben su inocencia y le ven reducido á tan horrible extremo, no pueden reprimir sus gemidos y pueblan el aire con llorosos lamentos. ¿Dónde está la Madre? ¿Ha quedado moribunda y desconsolada en su morada? Nó; la ternura de su Corazon para con nosotros exige de Ella que tenga valor, y lo tendrá. Ella está junto á la augusta víctima, ve que desnudan á su Hijo, le tienden inhumanamente sobre el fatal madero, hunden con redoblados golpes los clavos que le traspasan piés y manos; ve correr su sangre por todas partes, oye sus sollozos y suspiros por entre los gritos de rábia y las injurias de sus bárbaros enemigos; pero sabe que nuestra salvacion depende de sus dolores, y calla. Sin duda que sufre horriblemente. Apelo al testimonio de las madres que me escuchan, únicas que pueden comprender lo que sufre una madre al ver asesinar á un hijo único. Este dolor es un peso horrible que gravita en su pecho, que le oprime, y tan vivamente, que ni siquiera la deja sollozar. Pero María está obligada á ofrecer con el Padre Eterno su Hijo por los pecados del mundo, y por esto se hace superior á todas las agonías. No asiste de léjos, como las santas mujeres y los tímidos amigos del Salvador, á un espectáculo tan desgarrador para Ella: se encuentra al pié de la Cruz, en medio de los repugnantes aparatos del suplicio, entre los verdugos y los soldados, tan inmediata á su Hijo moribundo, que no podía ocultársele ninguno de sus sufrimientos. Mirad hasta donde ha amado el Corazon de María; mirad donde ha venido á convertirse en Madre nuestra; mirad el solemne momento en que nos ha dado á luz en el exceso del dolor más inconcebible, cumpliendo en toda su extension la prediccion hecha á la primera mujer: *In dolore paries*. La hemos costado caros, y por esto nos ama mucho. Desde este momento, María es verdaderamente Madre nuestra, porque nos ha dado á luz, y porque Jesucristo nos ha dado á Ella como á hijos en la persona de San Juan. Y como tiene en el Cielo una omnipotencia de súplica, segun la noble expresion de un doctor; como conoce nuestras miserias; como nos compadece y

tiene medios para aliviarnos, todo eso debe hacernos querido y venerable su Santísimo Corazon.

¿Qué nos resta, pues, que hacer, cristianos, sinó prosternarnos con confianza ante el Santísimo Corazon de María para pedirla todas las gracias que necesitamos? Sí, venid todos á María; venid, justos de la tierra, y su pureza será vuestro modelo, y su bondad será el más firme apoyo de vuestra confianza; venid, pecadores, y aquí hallareis vuestro refugio, vuestra abogada, vuestra poderosa mediadora con Dios. Confiad en ese Corazon, quienes quiera que seais; es el más tierno, más cariñoso y más compasivo de todos; os amará, no lo dudeis; hará vuestra alegría en la tierra, y os preparará la bienaventuranza eterna. Amen.

PATROCINIO DE MARÍA.

DISCURSO I.

Videns vidi afflictionem populi mei, et descendi liberare eos.
Yo he visto y considerado la afliccion del pueblo mio, y he descendido á librarle.
(Act. VII, 34.)

En medio de las miserias que nos agobian en la presente peregrinacion, todos tenemos necesidad de un patrocinio. Por muy robusta que sea la constitucion física de un hombre, nade en la abundancia, tenga numeroso séquito de clientes y de amigos, y suba hasta la cumbre la rueda de la prosperidad, nunca faltan dolores que angustian, enfermedades que consumen, disgustos y afanes, que tantas veces convierten en amarguras los dias más floridos de la vida. ¡Ah! independientemente de nosotros tenemos las estaciones, que, al parecer, se suceden para hacernos experimentar, en el exterior, ora el calor y el frio, los rayos y los granizos; ora se acumulan á nuestro alrededor envidias, que mortifican, esperanzas que se desvanecen y privaciones que consumen; y en nuestro interior existe siempre un gérmen de corrupcion, que nos arrastra poderosamente al mal. Así, pues, debemos confesar, que, en medio de las muchas miserias de la presente peregrinacion que nos agobian, tenemos absoluta necesidad de un patrocinio.

Por otra parte, este patrocinio no debe buscarse en las cosas de esta tierra, que, caducas é imperfectas, no bastan para detener la inmensa copia de nuestros males; ni debe esperarse de nuestros semejantes, que, ó no conocen nuestras angustias, ó no pueden proporcionar oportunos remedios á nuestras enfermedades. Por lo tanto, tenemos todos los hombres la necesidad de un patrocinio que, exento de tantas imperfecciones y de tantos defectos, se dedique por entero á favor nuestro. Tal es, precisamente, el Patrocinio de María. Ella

conoce todas nuestras necesidades, se compadece de nuestras desventuras, y acude solícita y afectuosa para socorrer nuestras calamidades. Con toda verdad, pues, podemos repetir del Patrocinio de María las palabras que sirven de tema á este discurso: *Videns vidi, afflictionem populi, et descendi liberare eos.* Luego, si la Vírgen merece ser admirada en todas sus obras, la ternura, la bondad y el poder de su Patrocinio me autorizan para afirmar, que podemos celebrarlo con los mayores transportes de santo júbilo, y celebrarlo con preferencia á todos sus demás privilegios con señales más alegres de devota expansion. En efecto; consideremos lo que es propio de este Patrocinio, y nos veremos obligados á concluir, que así como es de imponderable gloria para María, tambien es de inmensa utilidad para nosotros su piadosa, amorosa y poderosísima proteccion. Saludémosla ántes con el arcángel. A. M.

Nadie ignora que María ha hecho mucho en favor nuestro. Nos dió al Redentor, que debía librarnos del Infierno y reconciliarnos con el Cielo; cooperó á la obra de la redencion, ofreciendo á su Hijo y sacrificándolo, en cierto modo, para nuestra salvacion; sobrevivió al mismo Hijo para asistir y sostener á la naciente Iglesia, que tenía necesidad de sus ejemplos y de su socorro. Elevándose al Cielo está siempre atenta á nuestra salvacion, habla en favor nuestro, nos defiende delante de la divina justicia, provoca las gracias de la divina misericordia, y aplica los remedios convenientes para nuestras enfermedades. Nos ayuda en las desgracias, en las enfermedades, en los reveses de fortuna, que hacen tan triste el angustioso camino del presente destierro; nos conduce á la paz del alma, á la tranquilidad de la conciencia, á la preparacion de un porvenir mejor, que son los mayores bienes á que podemos aspirar acá en la tierra.

Consolaos, pues, los que bebeis el cáliz de la tribulacion; los que por amargas vicisitudes veis á vuestra alma entregada á la ansiedad y á la angustia más dolorosa; consolaos, porque si es grato para los que sufren el saber que sus males son conocidos de aquellos que pueden y quieren socorrerles, ¿qué motivos no tenemos de consuelo sabiendo, que la Santísima Vírgen ve nuestra desolacion y nuestras miserias, y, llena de compasion tiernísima y de maternal bondad, nos suministrará cuanto pueda servirnos de remedio en apuros tan extremos? En verdad, hermanos mios, no tenemos necesidad de muchas consideraciones para abrir nuestros ánimos al suave rocío del Cielo por obra del afectuosísimo Patrocinio de María. ¡Ah! si

Absalon tuvo necesidad de Joab, para que aplacada la ira de su padre pudiese volver á Jerusalén (1); y si el justo José, encerrado en lóbrega cárcel, tuvo necesidad del copero de Faraon para verse libre (2); nosotros no tenemos necesidad de que otras personas expongan compasivas y amorosas á la Vírgen todos nuestros afanes, puesto que la misma Vírgen los tiene presentes.

En efecto; María es la salvacion de los justos, el refugio de los pecadores y la Madre de todos los mortales; y allá en el Cielo ve en Dios todo lo relativo á los justos y á los pecadores. Si gemimos en la miseria y en el duelo, ve las lágrimas que corren abundantes de nuestros ojos, y los latidos que impetuosos se suceden en nuestros corazones. Si sufrimos en medio de las molestias de graves enfermedades, ve las ánsias que nos aflijen amargamente bajo los crecientes dolores de la enfermedad. Si, por desgracia vueltas las espaldas á Dios, nos sumergimos en la podredumbre del pecado, ve el estado deplorable de nuestras almas, los peligros que se amontonan sobre nuestras cabezas, y las fieras que abren sus voraces fauces para devorarnos. Si vivimos en la justicia y en la santidad, ve cuan funestas podrían ser para nosotros las lisonjas del mundo, las perversas inclinaciones de los sentidos y las insidiosas tentaciones del Infierno. En fin, nada hay, ya sea por lo que mira al alma, como por lo que se refiere al cuerpo, tanto por motivos del tiempo, como por motivos de la eternidad, que María no vea con ojos de amorosa bondad y de solícita misericordia. Tu espíritu, ¡oh María! siempre vela, no duerme jamás; atiende á nuestras personas y á cuanto nos pertenece, y nos proporciona con su Patrocinio lo necesario para la vida presente y para alcanzar la vida futura.

Celebrábanse unas bodas en Caná de Galilea. Preparadas las mesas, se sentaron en ellas numerosos convidados. Una modesta alegría brillaba en el rostro de todos, un regocijo inefable consolaba á todos aquellos corazones. En la hora que más crecía el entusiasmo y más se alegraban los ánimos, empezó á faltar el vino. Ni los esposos, ni el que hacía los honores de la casa lo habian advertido. Todos pensaban en gozar, y nadie fijaba su atencion en un incidente imprevisto, que habría trocado el regocijo natural de la fiesta en afliccion. No obstante, María se encontraba allá, y María no podía en su bondad dejar de ver lo que no veían los demás convidados. Se enter-

(1) II. Reg. XIV, 21.
(2) Gen. XL, 14.

neció á la consideracion del rubor que hubieran experimentado los esposos; se conmovió por la inesperada afliccion de cuantos se encontraban en aquella casa para solazarse. Así es, que sintiendo la necesidad agena como si hubiese sido la suya propia, pidió al Hijo un milagro; y no se cansó de sus tiernas solicitudes hasta tanto que quedó transformada el agua en vino, sin que nadie advirtiese la prodigiosa transformacion. De esta suerte, hermanos mios, sin ser rogada ni suplicada, sin aguardar á que se le manifestase el caso aflictivo, María socorrió aquella necesidad.

Durante su larga peregrinacion se había visto en grandes peligros, había sufrido amargas penas, apurado crueles angustias, experimentado privaciones y padecimientos de toda clase, y, sin embargo, jamás abrió los lábios para implorar un prodigio, una gracia. Se hubiera dicho que no siente los dolores que la torturaban, las molestias que la oprimían, y todo aquello que oprimía su corazon; pero, si lo ignora todo con relacion á sí misma, conoce todo cuanto se refiere á nosotros. Ve las cosas que nos son propias, y en su vigilancia maternal nada rehuye de cuanto nos pertenece en uno ú otro sentido. No, no es posible penetrar el fondo de la bondad, no es posible conocer los abismos de la misericordia, con que esta Madre piadosísima nos observa con amorosos ojos en todos los instantes de la vida. No hay inteligencia tan perspicaz que pueda alcanzar á tanta altura de piedad, y solamente Dios puede entenderla y comprenderla.

Esta bondad no nos mira tan solo en los casos extremos, ó en las graves adversidades. El hecho que acabo de citar demuestra con evidencia, que los ojos de María nos miran solícitos y afectuosos aún en las cosas insignificantes, y hasta en los momentos en que no sería necesario tanta diligencia de patrocinio. Y en verdad, en Caná no se trataba de arrancar ninguna víctima de las garras de la muerte, ni á ninguna alma del poder del Infierno. Se trataba únicamente de que no faltase el vino en un banquete; se trataba de que no se convirtiese en tristeza la alegría de los convidados. Era sin duda poca cosa; pero por más insignificante que nos parezca ese hecho, no escapó á las miradas de la Vírgen. Ella lo nota de súbito, no se detiene un solo instante en acudir con su Patrocinio, á fin de que no quedaran avergonzados los esposos, ni descontentos los convidados á las bodas. He dicho que acudió inmediatamente con su Patrocinio, porque María, no solamente ve nuestras necesidades, sinó que siente tambien compasion de nuestras desventuras.

Entre las virtudes que más brillaron en el corazon de la Vírgen, la que echó más profundas raices fué la misericordia. Nacida con ella, creció al encerrarse en sus purísimas entrañas el Padre de todas las misericordias. Y si apareció llena y riquísima de misericordia durante su vida mortal, mucho más llena y rica de misericordia debe mostrarse en el Cielo, donde todo es perfecto y sublime y las virtudes se poseen en grado más sublime y perfecto. Ahora bien; ¿en qué consiste la misericordia, sinó en tener compasion de las miserias agenas? Así, pues, María, que está tan llena de misericordia, tiene compasion de nuestras miserias; y nosotros podemos estar seguros de hallarla piadosa y benévola en medio de las miserias que nos afligen.

Y á esta misericordia se referian precisamente las célebres heroinas que en el pueblo de Israel, aparecidas sucesivamente como ministros de salvacion, eran figuras de María. Si por las pérfidas asechanzas de Amán, un feroz decreto condena á muerte á todos los hijos de Israel, y se acerca ya la hora del exterminio, una mujer se compadece de las pobres víctimas; Esther hace trocar la sentencia de muerte en la gracia de la vida. Si por la creciente furia del feroz Holofernes, Betulia sitiada está próxima á caer en manos del feroz opresor, una mujer se compadece de la infeliz ciudad; Judith trueca el llanto en transportes de júbilo. Si por el orgullo del poderoso Cananeo los hijos de los Patriarcas ven venir sobre su pátria inminentes peligros, y un ejército de combatientes pronto á invadir las tierras de Judá, una mujer se compadece de la tremenda desventura, y trueca el dolor y el abatimiento en gozo y general regocijo. Si David, provocado por las maneras descorteses y ásperas repulsas, se dirije para pasar al hilo de la espada á Nabal y á su familia, una mujer se compadece de ellos; Abigail consigue convertir la venganza en perdon. Si Sisara amenaza oprimir y acabar con los hebreos, una mujer, Débora, triunfa de este inhumano enemigo; y otra mujer, Jael, convierte el llanto de tristeza en himno de alegría. Lo mismo puede decirse de Noemi, de la reina de Sabá, de la heroina á la cual fué concedido el singular honor de llamarla fuerte; de todas las celebradas matronas de la antigua alianza; pero María fué admirable y veneranda sobre todas ellas. Por consiguiente, si esas mujeres alabadas por su compasion se nos recuerdan como figuras de María, ¿cómo dudar de que llena de compasion debe ser aquella de la cual todas las demás mujeres, aunque piadosamente compasivas, fueron apénas una remota figura?

Y así debe ser precisamente, hermanos mios. Estos sentimientos de tierna piedad y de benéfica compasion nacen en María de un sentimiento íntimamente tierno y benéfico, cual es el de su maternidad. Ella es nuestra Madre, puesto que siendo Madre de Jesús, que es el primogénito entre muchos hermanos, es tambien Madre nuestra; y porque en el solemne testamento que hizo Jesús clavado en el santo madero, en la persona de su amado discípulo recomendó á Ella á todos nosotros como hijos. Figuraos, pues, lo que es propio de una madre, de una verdadera madre con relacion á los hijos y tendreis alguna idea siquiera imperfecta de lo que es propio de María. Una madre, una verdadera madre, concentra en el hijo todos los afectos más tiernos de su corazon, vive de su vida, respira de su aliento, lo vela con ternura, y le asiste con vivo y contínuo cuidado. Y como que goza cuando él goza, y sufre cuando él sufre, si acaece que su amado hijo languidece de hambre, se abrasa en fiebre ó sufre dolores, no separa de él la mirada, suspira, padece y llora con él; si vacila le sostiene, si cae le levanta, si se aflije le consuela, si corre peligro está á su lado para defenderle, y en todas ocasiones le cubre con su amor como impenetrable escudo.

Hé ahí una débil imágen de María. Es nuestra Madre y no puede ménos de amarnos; es nuestra Madre y no puede ménos de sentir nuestras necesidades, nuestras angustias y la más generosa compasion por nuestros males. No solamente Ella es madre como una madre cualquiera; es tambien la Madre de la bondad, la Madre de la clemencia, la Madre de la misericordia. Mas, si fuese posible que una madre llevada de las pasiones se olvidase de su hijo, y seducida por el brillo de las concupiscencias terrenas no se compadeciese del hijo de sus entrañas; jamás sucederá ni puede suceder, que María se olvide de nosotros, ó que no se compadezca de nuestros quebrantos.

Así pues, leemos que la Iglesia, para infundirnos la seguridad de esta compasion, que hace bello y carísimo el Patrocinio de María, se sirve de las imágenes y palabras de los libros santos. La llama como oliva, puesto que la oliva es el símbolo de la reconciliacion; plátano plantado á la orilla de un río, bajo cuya sombra puede el viajante guarecerse de los ardorosos rayos del sol; cinámomo, ya que el cinámomo, que despide fragantes olores, es figura de la misericordia; cuyas comparaciones, por más que digan mucho, no lo dicen todo. Dimanando la bondad de María de su grandeza, y acrecentándose en la misma proporcion de la inmensidad de su gracia y de su santidad, así como ninguna comparacion, por elevada y expresiva que fuere,

nunca llegaria á indicar toda la grandeza y todos los grados de la gracia y de la santidad de que está llena, tampoco ninguna comparacion, por expresiva y elevada que fuere, jamás podría llegar á indicar toda la bondad de que está lleno el Corazon tiernísimo de la Santísima Vírgen.

¿Acaso no es este, amados hermanos, un gran consuelo para nosotros? ¿Cómo no consolarnos en medio de nuestras angustias, sabiendo que María penetra con su mirada en lo más recóndito de nuestro pensamiento, en lo más íntimo de nuestro corazon, de suerte que, irradiada de aquella luz infinita que todo lo ve con piadoso afecto, ve nuestros peligros, nuestras necesidades, nuestras miserias y tiene compasion de ellas? ¿Cómo no abrir el ánimo á la esperanza en medio de nuestras desventuras, sabiendo que María está siempre pronta para protejernos, y que viendo nuestras aflicciones como en un espejo, no puede ménos que considerarnos con designios de misericordiosa proteccion? ¿Cómo no vernos libres de las más graves tribulaciones, sabiendo que no hay santo en el cielo que tenga por nosotros tanta piedad y ternura de nosotros en nuestras necesidades espirituales y corporales, como la que nos tiene María? ¿Cómo en los momentos mismos en que la desgracia parece que va á consumirnos, dejar de ver los rayos de consuelo, sabiendo que María nos abre sus amorosísimas entrañas y nos invita á gozar de su compasivo Patrocinio?

No basta todavía esta consolacion. Mucho es, por cierto, que María vea nuestros infortunios y se compadezca de nuestras miserias; pero ambas cosas serían insuficientes si tuviesen solamente por objeto ver y compadecer. Indudablemente, entre las muchas calamidades á que estamos sujetos de cuerpo y alma, no solo tenemos necesidad de ojos compasivos y de corazones piadosos; se necesita algo más, esto es, necesitamos tambien de una mano poderosa que pueda librarnos de las angustias, é infundirnos santa resignacion en las que son inevitables; y para obtener este beneficio podemos contar siempre con el Patrocinio de María, puesto que esta magnánima y celestial Bienhechora, al mismo tiempo que nos mira y nos compadece, extiende las manos para ayudarnos.

Nadie negará que vale mucho delante de Dios la intercesion de las almas justas. Santiago asegura, que vale mucho la oracion del justo cerca del trono del Señor (1); y nosotros sabemos que Moisés, Josué,

(1) Jac. V, 16.

Jeremías y Onías alcanzaron con sus oraciones extraordinarios prodigios, de manera, que el mismo Dios invitaba á los culpables amigos de Job á pedir socorro por medio de las oraciones del mismo, prometiendo oirles (1); despues de tantos hechos como lo confirmaron, no puede caber duda respecto de esta consoladora verdad. Ahora bien; si la intercesion del justo es casi omnipotente en presencia del Señor, ¿no será omnipotente delante del Señor la intercesion de María, que fué la más justa de todas las criaturas? Sin duda debe reconocerse en María á aquella, que en su primera santificacion recibió la gracia de no pecar, siendo pura emanacion del esplendor divino, reverbero de la bondad celestial; y como que es el centro de todas las virtudes, debe ser, igualmente, el arsenal y la fuente de todas las gracias.

Ni á María debe considerársela solamente segun las dotes singularísimas de sus perfecciones. Ella es Madre de Jesús, y si el título de madre tiene mucho poder sobre sus hijos, ¿qué poder no tendrá sobre su Hijo María? ¡Ah! cuando se lee que Jesús le estuvo sumiso durante su vida mortal, y que para cumplir sus deseos obró en la tierra el primer milagro en el órden de la naturaleza, convirtiendo el agua en vino en las bodas de Caná; cuando se lee que hasta en los últimos momentos de su vida mortal la miró con tiernísimo amor, recomendándola ántes de morir á su amado discípulo; no puede comprenderse como podría desoír sus súplicas en el Cielo, en la mansion de su gloria y de su real magnificencia. Dudar, pues, de que María puede dejar de ser oida, equivaldría á suponer en su Hijo divino indiferencia para con su Madre, ó en la Madre indiferencia para con su divino Hijo. Y como que no es posible ninguna de ambas cosas, por eso en la maternidad de María tenemos una prueba de su omnipotencia.

¿En qué casos, ó en qué ocasiones, no se ha debido reconocer esta omnipotencia en María? Repasad, hermanos míos, las páginas de las historias eclesiásticas, considerad tantos monumentos erigidos en testimonio de reconocimiento en todos los países de la tierra, preguntad á los diez y nueve siglos transcurridos desde la fundacion de la Iglesia Católica, qué es lo que ha hecho la Vírgen á favor de los fieles, y encontrareis millones de prodigios obrados todos los años y en todos los lugares de la tierra, prontos á atestiguar la grandeza de su poderosísimo Patrocinio. Unas veces, infortunados pilotos, cuando brama-

(1) Job, XLII, 8.

ban procelosos vientos y se levantaban aterradoras olas, próximos al naufragio, invocaron el Patrocinio de María, y de súbito vieron calmarse las furias del Océano. Otras, irritado el Señor por los pecados de los hombres, ordenaba á los ángeles ejecutores de su justicia, que descargasen sobre los culpables el vaso de su justa indignacion; pero se acudió al Patrocinio de María, con lo cual, aplacada la ira del Altísimo, fueron llamados los culpables á arrepentimiento y salvacion. En ocasiones dadas, el príncipe de los abismos, furioso enemigo del género humano, salido de sus lóbregas mazmorras y dirigiéndose con incesantes asechanzas al rededor de los hijos de la Iglesia, empleó todos los artificios para perderlos; pero fué vencido, porque los combatidos, suplicando con viva confianza el Patrocinio de María, se vieron prodigiosamente libres de las terribles tentaciones. ¿Quién podría contar todas las victorias que se han alcanzado sobre los herejes y sobre los infieles por medio de este Patrocinio? ¿Quién podría enumerar los enfermos que han recobrado la salud, la vista los ciegos y el consuelo los afligidos mediante este Patrocinio?

Mirad, hermanos míos, á vuestro alrededor, y sin acudir á remotos países ni á pueblos lejanos, dad solamente una mirada á nuestra pátria. Tantos templos magníficos, tantas célebres basílicas y monumentos públicos erigidos en honor de María manifiestan bien á las claras, las innumerables gracias obtenidas por medio de esta magnánima Bienhechora, y son una prueba evidentísima para demostrar con hechos evidentes el poder de su seguro Patrocinio. Los pueblos, hermanos míos, no se entusiasman por cualquiera cosa extraordinaria con sentimiento unánime y universal, si una causa comun no los impulsa á emprenderla; y la causa de estos obsequios, de estos votos, de todo esto que con piedad, confianza y amor se emplea para honrar á la divina Madre del Salvador, es, precisamente, la seguridad con la cual en su Patrocinio se reconoce una ilimitada bondad y un poder ilimitado.

Nadie se figure que al hablar de los pueblos me refiera tan solo al vulgo, puesto que el poder del Patrocinio de María es celebrado por los varones más doctos que han aparecido de siglo en siglo para honra del género humano. Cirilo Alejandrino no duda en atribuir á la Santísima Vírgen la caída de los ídolos, el triunfo del Evangelio; Agustin la venera como Aquella por la cual se alcanza victoria sobre todas las heregías; San Antonino afirma, que Ella no ruega, sinó que, en cierto modo, manda en el Cielo con grandísima eficacia sobre el Corazon de Jesús; San Anselmo asegura, que algunas veces se obtienen más facilmente las gracias que se piden en nombre de María que por la invocacion del nombre de Jesús, en el sentido de que el mismo Jesús no sabe resistir á la intercesion de su Madre; San Bernardo la presenta como la canal por cuyo conducto el Señor hace correr todas las gracias que nos concede; y para no hablar de otros basta leer cuanto ha escrito sobre este particular San Alfonso María de Ligorio, para convencerse con que magnificencia varones doctísimos han hablado del poderoso Patrocinio de María.

Además, para no abrigar la menor duda acerca de este poder, basta considerar las expresiones con que la Iglesia quiere que los fieles invoquen á la Santísima Vírgen. En efecto; es la Iglesia la que todos los días nos pone en los lábios estas palabras: Rogad por nosotros, santa Madre de Dios, para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo. Es la Iglesia la que nos invita á rezarle: Santa María Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Es la Iglesia la que la llama Reina y Madre de misericordia, y que del Patrocinio de María nos hace esperar el remedio de todos los males y la consecucion de todos los bienes.

Celebremos, pues, hermanos míos, este Patrocinio, que María nos presta con amor indecible. Ya habeis visto como nos mira en nuestras necesidades, como se conmueve por nuestras miserias, como nos socorre en nuestras enfermedades; tambien habeis visto la grandeza de la compasion, de la bondad y del poder de su Patrocinio para con nosotros. Acudamos, pues, á María llenos de fé, llenos de confianza. En Ella hallarán la salvacion los pecadores, el remedio los enfermos, el consejo los vacilantes, el socorro los desamparados, la defensa los perseguidos y los justos la gracia de la perseverancia. Cuando nos opriman desventuras, acudamos al Patrocinio de María, y recobraremos la tranquilidad de espíritu; cuando nos tienten los enemigos, recurriendo al Patrocinio de María nos confirmaremos en la amistad del Señor; cuando nos sintamos débiles, afligidos por la pérdida de intereses materiales, ó angustiados pensando en la eternidad, acudamos al Patrocinio de María... y ¡oh María! en Tí confiamos nuestra suerte, á Tí recomendamos nuestra alma, y en tus manos ponemos todo cuanto nos interesa. Vela piadosa sobre nuestras miserias, puesto que á Tí elevamos suplicante la voz, seguros de que Tú puedes enjugar nuestro llanto, acallar nuestros suspiros, consolar nuestra tristeza y proporcionarnos los bálsamos del consuelo en medio de nuestras más grandes aflicciones. Vén, pues, en auxilio nuestro, muévete á favor nuestro, eleva las manos para defendernos de las angustias,

protegernos en los peligros, consolarnos en las miserias de la presente peregrinacion; y haz que tambien nosotros oigamos repetir las dulces palabras que has dicho á otras almas y á otros pueblos: *Videns vidi afflictionem populi mei, et ascendi liberare eos.*

PATROCINIO DE MARÍA.

DISCURSO II.

Super omnem gloriam protectio.
La proteccion es sobre toda gloria.
(Isai. IV, 5.)

Hablar de las grandezas y excelencias de María, Madre de Dios y Madre nuestra, siempre ha sido asunto apetecido de los oradores cristianos como proporcionado para dejar correr las venas de la elocuencia, porque una materia copiosa dá mucho vuelo á la pluma y á la lengua; y los adornos del arte se vienen casi á la mano para tejer la corona á esta Hija de Jerusalén, á esta Vírgen de Sion, á esta Reina de las gentes, á esta Señora del mundo escogida entre millares desde la eternidad, para delicia y complacencia del mismo que la crió. Desde el principio del cristianismo han mirado los fieles á esta inmaculada Vírgen con el respeto debido á su dignidad y con una segura esperanza en su Patrocinio. La han mirado como superior á todos los escogidos, elevada sobre todos los ángeles, emperatriz soberana de Cielos y tierra, madre cariñosa para todos sus hijos y abogada poderosísima con el Dios de la gloria. De donde ha nacido en todos tiempos acudir en los trances apurados al altar de sus piedades, con la experiencia constante de haber hallado el remedio deseado en todas las aflicciones.

Como María Santísima fué dada por el mismo Jesucristo en persona del evangelista Juan á toda la Iglesia militante por Madre verdadera de sus hijos, Ella ha hecho siempre alarde de este amoroso título sobre todos los timbres y blasones que la ennoblecen. Ella es, á la verdad, la fuente sellada de los Cantares, el paraiso de las delicias, el arca del testamento, la nube de Elías, el iris de paz y de alianza, la estrella del mar, el lucero de la mañana, la luna llena, el sol resplandeciente: Ella es la Reina de los ángeles, la maestra de los apóstoles, la corona de los mártires, la luz de los doctores, el ornamento de las vírgenes;

protegernos en los peligros, consolarnos en las miserias de la presente peregrinacion; y haz que tambien nosotros oigamos repetir las dulces palabras que has dicho á otras almas y á otros pueblos: *Videns vidi afflictionem populi mei, et ascendi liberare eos.*

PATROCINIO DE MARÍA.

DISCURSO II.

Super omnem gloriam protectio.
La proteccion es sobre toda gloria.
(Isai. IV, 5.)

Hablar de las grandezas y excelencias de María, Madre de Dios y Madre nuestra, siempre ha sido asunto apetecido de los oradores cristianos como proporcionado para dejar correr las venas de la elocuencia, porque una materia copiosa dá mucho vuelo á la pluma y á la lengua; y los adornos del arte se vienen casi á la mano para tejer la corona á esta Hija de Jerusalén, á esta Vírgen de Sion, á esta Reina de las gentes, á esta Señora del mundo escogida entre millares desde la eternidad, para delicia y complacencia del mismo que la crió. Desde el principio del cristianismo han mirado los fieles á esta inmaculada Vírgen con el respeto debido á su dignidad y con una segura esperanza en su Patrocinio. La han mirado como superior á todos los escogidos, elevada sobre todos los ángeles, emperatriz soberana de Cielos y tierra, madre cariñosa para todos sus hijos y abogada poderosísima con el Dios de la gloria. De donde ha nacido en todos tiempos acudir en los trances apurados al altar de sus piedades, con la experiencia constante de haber hallado el remedio deseado en todas las aflicciones.

Como María Santísima fué dada por el mismo Jesucristo en persona del evangelista Juan á toda la Iglesia militante por Madre verdadera de sus hijos, Ella ha hecho siempre alarde de este amoroso título sobre todos los timbres y blasones que la ennoblecen. Ella es, á la verdad, la fuente sellada de los Cantares, el paraiso de las delicias, el arca del testamento, la nube de Elías, el iris de paz y de alianza, la estrella del mar, el lucero de la mañana, la luna llena, el sol resplandeciente: Ella es la Reina de los ángeles, la maestra de los apóstoles, la corona de los mártires, la luz de los doctores, el ornamento de las vírgenes;

pero, sobre todo, Ella es la abogada, la protectora, el refugio, la Madre de los pecadores; y en este carácter de piedad y de dulzura tiene cifradas sus delicias y su gloria: *Super omnem gloriam protectio.* Jesucristo es el mediador de los hombres para con su eterno Padre: María es la mediadora de los hombres para con su divino Hijo: Jesucristo muestra á su Padre su costado y sus llagas; María muestra á su Hijo su corazon y sus pechos: Jesucristo, no obstante que es nuestro salvador y nuestro hermano, es tambien nuestro juez y nuestro Dios; María siempre es nuestra Madre y Madre de piedad y de misericordia. ¡Oh dicha de los cristianos! ¡Oh consuelo de todos los hombres! La Madre del Criador es Madre de las criaturas; la Reina de los Cielos es la protectora del mundo; y el Templo del Espíritu Santo es el asilo de los pecadores. ¿Qué lengua podrá hablar dignamente de esta excelentísima criatura? ¿Qué facundia y elocuencia será proporcionada á su majestad y grandeza? Más valiera cubrirnos el rostro con un velo, y adorar en silencio lo que no es dado comprender al entendimiento humano. Yo no haré más que trazar algunos breves rasgos acerca de su poderosísimo Patrocinio, y poneros á la vista unas pruebas sencillas, pero convincentes, del poder grande de María en dispensar favores á los que acuden al trono de su clemencia, con una voluntad liberalísima en comunicar estas gracias á todos sus hijos y devotos verdaderos. Saludémosla ántes con las palabras del arcángel: A. M.

Por más que los santos y los ángeles que asisten al trono del Altísimo sean poderosos con el Rey de la gloria, podemos decir, que todo su poder y valimiento no pasa de una súplica humilde y de una representacion filial que hacen al Padre de las misericordias. Por más confidentes que sean de aquel supremo Monarca, ninguno tiene la llave del corazon del príncipe, ni los sellos reales de aquel palacio. No hay allí ningun José tan ensalzado, que con solo abrir su boca lo disponga todo á su voluntad y á su arbitrio; ni ningun Mardoqueo tan favorecido, que sea dueño absoluto de la vida y de la muerte. Este privilegio estaba reservado para otro personaje más alto; esta gracia es peculiar solamente de la Madre del mismo Rey, de la suprema dignidad de aquella corte, de la dominadora del Cielo y de la tierra, y de la Esposa escogida, á quien el Esposo divino se ha dignado entregar el mando y el imperio de cuanto existe. Esta Esther dichosa goza de inmensa amplitud en sus fueros; y esta discreta Abigail se ha ganado el corazon del príncipe de las eternidades; y no hay

que pensar que baje á los hombres gracia alguna del Padre de las luces, sin que pase primero por manos de María Los santos son hijos; María es madre; y por solo este título no hay para la Señora dificultad que no venza, imposible que no facilite, obstáculo que no supere, secreto que no penetre, nublado que no disipe, amargura que no mitigue, indignacion que no aplaque, ni negocio que no disponga segun su voluntad soberana.

Ya sabemos, hermanos, que Jesucristo es toda nuestra esperanza, nuestra salud y nuestra vida; ya sabemos que Él es la hostia pacífica y propiciatoria, la víctima de reconciliacion y de paz y el medianero entre Dios y los hombres; que su sangre lavó las manchas del pecado, borró el decreto de maldicion, venció al demonio, triunfó de la muerte, nos abrió las puertas del Paraiso, y nos dió acceso al reino de la gloria; y que las llagas que conserva en su cuerpo son otras tantas bocas que piden por nosotros, y nos alcanzan todas las mercedes, gracias y bendiciones bajadas del sólio del Eterno. Pero, como además de estos oficios de mediador y de abogado ejerce tambien los derechos de Señor y de Juez, los hombres, poseidos de respeto, de temor y de vergüenza, parece que no se atreven á pedir con libertad al mismo á quien tienen agraviado y ofendido de tantas maneras. Nuestra misma ingratitud y nuestra rebeldía son cadenas que nos atan, barreras que nos detienen, y no nos dejan llegar al tribunal de un Señor, que es todo santidad, todo equidad y justicia, todo hermosura y pureza. De ahí nace nuestra detencion y encogimiento. Pero este empacho que tenemos con el Hijo, no le tenemos con la Madre. No sé qué pasa respecto de la Vírgen santísima con los cristianos; su nombre solo regocija el corazon, dilata el espíritu, ensancha el pecho, ahuyenta el miedo, esfuerza la esperanza, dá brios á la flaqueza, y ninguna dificultad encontramos en acudir al trono de esta Señora; trono de clemencia y de bondad, de gracia y de misericordia. Como sabemos que Dios la ha constituido Madre y abogada de todos los pecadores, y le ha dado las llaves de su poder sobre las obras de sus manos, á Ella recurrimos en las necesidades y ahogos, con una firme esperanza de hallar favorable despacho á nuestras peticiones y ruegos. Esta conducta tambien es de grande complacencia para su divino Hijo, puesto que Él ha puesto en manos de su amantísima Madre el tesoro de sus bienes y la distribucion de sus gracias.

A la manera de aquellas nubes benéficas, que oscureciendo el sol en los dias de julio ó agosto cuando está en su mayor altura, y desatándose en copiosa y saludable lluvia templan el ardor del estío, re-

frescan la abrasada tierra, y alientan á la naturaleza extenuada y enardecida con los continuados intensos calores; así se verifica puntualmente con el Sol de justicia, Jesucristo, y la Nube de la gracia, María, Señora nuestra. El Señor, ofendido de tantas iniquidades como reinan en el mundo, toma en su mano el rayo de su justicia para castigarnos; pero, luego que María, su amantísima Madre, interpone su mediacion poderosa, que ruega, suplica, insta, se empeña y toma á pechos la causa de sus hijos y devotos, al momento se dá por vencido y aplaca su enojo. ¡Cuántas veces ha amagado con sus iras y ha empezado á afligir al mundo con la copa de su justa indignacion, y María santísima ha sido la medianera eficaz, la firme protectora, la poderosa á detener el brazo omnipotente que estaba para descargar sobre nuestras cabezas! ¡Oh poderosísima Vírgen! Vos habeis sido mil veces la Esther piadosa con el divino Asuero, la Abigail prudente con el ofendido David, el íris de paz en medio de las más deshechas tormentas, el remedio de todos nuestros trabajos y la fuente de nuestras felicidades.

Confieso, desde luego, que la renovacion del mundo se hizo por Jesucristo, quien le lavó con su sangre, le enriqueció con sus méritos y le transformó con su gracia. Empeñado todo un Dios en traer fuego á la tierra, era indispensable que ardiese, que se encendiese en llamas de caridad y amor puro, que se consumiese la herrumbre de las pasiones, y brillasen las virtudes en todo su esplendor y hermosura. Pero ¿quién podrá disputar á María la gloria de haber sido el taller en que se formó esta obra, el manantial de que brotó esta fuente, y el árbol que produjo este fruto de salud y de vida? San Bernardo no se detuvo en atribuir á la purísima Vírgen estos efectos prodigiosos. Quita el sol, dice este padre: ¿dónde encontrarás el dia? Quita de en medio á María, y no hallarás sinó oscuridad horrible y densísimas tinieblas de culpas y de pecados. ¿Quién dió valor á la pobreza sinó María, que á semejanza del Hijo no tuvo donde reclinar la cabeza? ¿Quién exaltó la humildad sinó María, que siendo elegida para Madre de Dios quedó abismada en su propio conocimiento, y se confesó esclava vilísima del Señor? Quién dió realce á la paciencia sinó María, que combatida por un tropel de adversidades como por otras tantas olas, se mantuvo firme como un peñasco sin despegar sus lábios para la queja? ¿Quién coronó la virginidad sinó María, que tembló á la vista de un ángel por tener aspecto de hombre, que hizo de su cuerpo y de su alma un dulce holocausto al Altísimo, y vino á ser digno templo del Espíritu Santo y sagrario del Verbo eterno encarnado?

Desde que María sembró la semilla limpia de la virtud en el campo de la Iglesia, se sofocó la cizaña enemiga; los vicios se avergonzaron de comparecer delante de esta criatura, que todo era santidad; la discordia, la venganza, la avaricia, la disolucion, la lujuria, y todas las fieras del abismo se retiraron á las grutas y cavernas infernales, y no osaron hacer frente á esta invencible exterminadora del reino del pecado. Mil escuadrones de almas justas, atraidas del olor de sus aromas, corrieron á alistarse en las banderas de María; y esta doctora universal y silla de la Sabiduría eterna, á unos les inspiraba el celo como á los apóstoles, á otros les infundía el valor como á los mártires, á estos los animaba al rigor y penitencia como á los anacoretas, á aquellos persuadía la honestidad y el recato como á las vírgenes, y á todos daba las más sublimes enseñanzas aprendidas en la escuela del Cielo. De esta manera mudó el mundo de semblante, y el que era una sentina de inmundicias, pasó á ser un jardin ameno y delicioso.

Pedid, madre mía, dijo Salomon á su madre Betsabé, pedid, madre mía, que vuestra boca será medida: estoy resuelto á dejaros airosa en vuestras solicitudes y pretensiones. Ya sabeis que soy el rey más grande, más opulento, más glorioso de Israel; pero ni la majestad del trono, ni el brillo de la púrpura, ni el resplandor del cetro y de la corona os desaliente, nada os detenga ni os acobarde: pedid cuanto os pluguiere, que quiero complaceros y llenar los votos y deseos de vuestro corazon. Por esta vez me olvidaré de los derechos de príncipe; me acordaré solamente de que soy hijo vuestro y vos sois mi madre, y no os negaré cosa alguna de cuantas me pidais. ¿Es Salomon el que así habla á Betsabé, ó es Jesucristo quien dirige estas palabras á María? Verdaderamente este es el lenguaje amoroso del Hijo de Dios para con su santísima Madre cuando ésta ruega por los pecadores. Vos sois mi Madre, le dice el Señor de la gloria; de la sangre purísima de vuestras entrañas se formó mi cuerpo, y salí á la luz del mundo vestido con las ropas de la humanidad; á vos os debo, en algun modo, el nacimiento y la vida. Yo me alimenté en mi niñez con la leche de vuestros virginales pechos, descansé mil veces en vuestros castísimos brazos, y fuí el objeto de vuestro esmero y cuidado todo el tiempo de mi mortalidad. Por ahora me olvido de todos los blasones de mi gloria, dejo á un lado los títulos de mi eterna generacion, el carácter de mi alta soberanía: me revestiré de la mansedumbre de un cordero, me acordaré de que soy hijo vuestro, y no podré negarme á vuestras peticiones y ruegos.

¡Oh expresiones las más tiernas! ¡Oh lenguaje el más suave! ¡Oh demostracion la más dulce del eterno Verbo con su amantísima Madre! ¡Y cómo desterrais mis temores, disipais mis tristezas, me infundís aliento y confianza en el Patrocinio de esta poderosísima Reina! ¿Qué pediremos á esta Señora que no nos conceda con mano franca? Vosotros mismos podeis hablar por experiencia en este punto. Si os hallais afligidos de cualquier accidente trágico que sobrevenga en vuestras casas y familias, ¿á dónde acudís por remedio sinó al Patrocinio de la purísima Vírgen? Si el Cielo os niega los rocíos oportunos para las huertas y campos, ¿á dónde acudís por remedio sinó al Patrocinio de la purísima Vírgen? Si la enfermedad os postra en el lecho del dolor, cuando ya se han apurado todos los recursos humanos, ¿á dónde acudís por remedio sinó al Patrocinio de la purísima Vírgen? Si las pasiones os combaten con su violencia; si el demonio os instiga con sus diabólicas tramas; si el lazo del pecado, de la tristeza y de la desconfianza os aprieta y os ahoga, ¿á dónde acudís por remedio sinó al Patrocinio de la purísima Vírgen? En todas nuestras angustias, calamidades, trabajos, infortunios, y miserias, el Patrocinio de María ¿no es el remedio universal de todos los afligidos?

La ciega gentilidad, vanamente persuadida de que un Dios solo no bastaba á cuidar de todos los negocios y urgencias de los mortales, multiplicaba sus númenes, y á cada cual veneraba como poderoso en su respectivo atributo. Pero nosotros nos reimos de los delirios y embustes de los paganos, y tenemos en María, Señora nuestra, el acierto en cuanto pongamos la mano. Si navegamos, María es la estrella que dirige el rumbo; si estudiamos, María es el oráculo de nuestras dudas; si guerreamos, María es la generala de nuestras huestes; si caminamos, María es la conductora y la guía de nuestros pasos; si dormimos y reposamos, María es la centinela que guarda nuestro lecho, y no permite que el demonio del día ni de la noche moleste la fantasía del que descansa. ¿Y cómo pagaremos á esta gran Reina tales y tan innumerables beneficios? Con mucha facilidad, hermanos mios; no nos pide que surquemos los mares ó que escalemos los Cielos; solo nos pide la reforma de la vida, el odio al pecado, la fuga de las ocasiones, el amor á la virtud, la imitacion de Jesucristo, un corazon recto, un espíritu limpio, unas manos inocentes, unas obras cristianas, palabras, deseos y pensamientos nuevos y celestiales; este es el sacrificio que acepta, la devocion que estima, y el único medio de merecer sus piedades.

¡Oh amabilísima Madre, socorro de nuestras tribulaciones, alegría

de nuestras penas, consuelo en todos nuestros trabajos! Vos sois la Reina del mundo, la Princesa del Cielo, el terror del abismo, la gloria del Paraiso, el regalo de los ángeles, la esperanza de los hombres, las delicias de la Trinidad beatísima; miradnos á todos con ojos benignos y piadosos, con entrañas compasivas y tiernas; cubridnos con el manto de vuestro Patrocinio, y colocadnos bajo la sombra de vuestras alas. Defendednos de nuestros enemigos, del mundo, del demonio y de la carne; dadnos firmeza y perseverancia en las virtudes, y conducidnos por los caminos de la gracia á la morada eterna de la gloria. Amen.

GRANDEZAS DE MARÍA.

DISCURSO I.

Mulier amicta sole.
Una mujer vestida del sol.
(Apoc. XII, I.)

La principal grandeza del hombre, su grandeza más íntima y personal es, hermanos mios, la pureza ó la santidad. La pureza es el órden y la armonía, y el órden y la armonía son la primera luz que brilló en los séres. Hé ahí porque Dios, que deseaba realizar en María la más sorprendente grandeza que jamás se haya admirado en criatura alguna, desde los primeros instantes de su existencia la favoreció con una pureza sin mancha. De los tesoros de su infinita bondad sacó el alma más bella que había criado; y despues de adornarla con la pureza, la gracia y la inocencia, la unió al cuerpo más digno de estas tres bellas cualidades. Tal fué el milagro de la Concepcion Inmaculada, principio de grandeza que fué en la Santísima Vírgen el punto de partida de esa grandeza personal, á la que debía alcanzar por medio de una constante y fiel correspondencia á la plenitud de gracias que había recibido. Pero, esta grandeza personal de nuestra augusta Madre era el fundamento de otra grandeza que Dios le preparaba, á saber: la grandeza que en público ha adquirido.

La Santísima Vírgen obtuvo el privilegio de la Concepcion Inmaculada porque estaba predestinada al gran privilegio de ser la Madre de Dios. Ved ahí la grandeza de que voy á hablaros. Para hacérosla comprender no apelaré á estudiadas palabras, sinó á meros y naturales hechos. Procuraré encontrar el secreto de esa grandeza en ciertas relaciones que unen á la Santísima Vírgen con su Hijo, al objeto de que esta grandeza se os presente tal cual es en realidad; es decir, una comunicacion, un reflejo de la grandeza de Jesucristo, en con-

formidad á estas palabras de mi texto: «Apareció una mujer vestida del sol: *Mulier amicta sole.*»

Hé ahí el asunto y la division de este discurso. Tres cosas especialmente constituyen la grandeza pública, que son: la dignidad, el ministerio y el poder. La Santísima Vírgen, por las misteriosas relaciones que la unen con nuestro divino Salvador, ó si quereis, en virtud de su divina maternidad, fué encumbrada á la más alta dignidad, al supremo ministerio, al más elevado poder. Dichosos vosotros, hermanos mios, si al hablaros de las grandezas de vuestra Madre, pudiera moveros á corresponderle filialmente, y en cumplimiento de nuestros deberes á tributar á su dignidad vuestro respeto, á su ministerio vuestro amor, y á su poder vuestra confianza. Pidamos esta gracia á la Santísima Vírgen, implorando su intercesion. A. M.

El primer motivo de la grandeza pública de María es su dignidad. La dignidad tomada en su sentido más lato, significa el grado ó la categoría que ocupa un sér en la jerárquía de los séres. Ahora bien; la Santísima Vírgen, por su divina maternidad, subió al punto superior á que puede subir una criatura: en union con Dios produjo á Jesucristo; en union con Dios mandó á Jesucristo; en union con Dios es glorificada por Jesucristo: tres grados de su dignidad, que van á conducirnos hasta su cumbre, que es la dignidad incomparable de María.

Ante todo, á la Santísima Vírgen se la admite al honor de producir en union con Dios á Jesucristo; es decir, que se la asocia al Criador para la más grande de sus creaciones, para la creacion de su obra maestra. La obra maestra del Dios criador no es, hermanos mios, este mundo material, cuya armonía escucha Dios desde el fondo de su eternidad; la obra maestra de Dios tampoco es el mundo espiritual, superior al mundo material de modo, que el espíritu más inferior es más grande que el primero de los cuerpos; la obra maestra de Dios tampoco es el hombre, admirable compendio del mundo de los cuerpos y del mundo de los espíritus. El hombre, á quien Dios encuentra tan bello, como que Él mismo le admira despues de haberle criado, y le aprueba como un reflejo de su propia hermosura, no es su obra maestra; ni tampoco lo es esa criatura de cuya grandeza me ocupo en este momento, la Vírgen Inmaculada, más bella que la primera Eva, vestida de inocencia, de justicia y de inmortalidad. La obra maestra de Dios es Aquel, cuyo solo nombre hace in-

clinar vuestras cabezas con respeto y con amor; es Jesucristo: ¡ved ahí la obra de Dios!

Y repito, que á María se la admite al honor de producir en union con Dios esta obra maestra. Con efecto; quitad la accion de Dios, generador eterno del Verbo, y Jesucristo sería un hombre, y no Dios; quitad la intervencion de María en la Encarnacion del Verbo, y Jesucristo sería Dios, pero no hombre; en una palabra: no existiría el Dios-Hombre, el Hombre-Dios La divinidad en Jesucristo procede del seno de Dios; la humanidad en Jesucristo procede del seno de la Madre; el mismo Jesucristo, en su unidad personal, es la misteriosa confluencia de esas dos fuentes, que vienen á unirse y confundirse en Él: *Ecce mysterium dico* (1); Ved aquí el gran misterio. A María se la asocia tambien verdaderamente al honor de producir en union con Dios su obra maestra: este es el primer grado de su dignidad, causa antecedente del segundo: en union con Dios, María manda á Jesucristo.

Lo que más enaltece al hombre á sus propios ojos y á los ojos de los demás es el derecho de mandar: este derecho importa un acto de superioridad, y la obediencia es la aprobacion y el reconocimiento espontáneo de esta superioridad. Hé ahí porque el amor de nuestra propia grandeza se confunde en nosotros con el amor del mando: nos creemos tanto más enaltecidos cuanto más se nos obedece. Con efecto, el que nos obedece nos encumbra con su propia grandeza, porque, sometiéndose á nosotros, confiesa que, bajo este aspecto, somos, al ménos, en cierto modo, más elevados que él. Así que puede establecerse como un principio incontestable, que la dignidad del que manda es proporcional á la grandeza del que obedece: y en virtud de este principio comprendereis, hermanos mios, algo de la dignidad que obtiene María en el honor de mandar á Jesucristo: á Jesucristo, cuya grandeza personal es muy superior á la de la creacion; á Jesucristo, constituido por su grandeza pública para dominar sobre todas las criaturas.

¿Extrañareis, acaso, que la criatura pueda mandar al Criador, que María pueda mandar á Jesucristo? Establecido un principio no debe retrocederse jamás ante sus consecuencias lógicas. María, en presencia de Jesucristo, se presenta como una madre ante su hijo; pero en union con Dios, hablando en un sentido estricto, tiene cierta autoridad sobre Jesucristo: por consiguiente, María obtiene á los ojos de su

(1) Cor. XV, 51.

Hijo, no solo una grandeza que Él mismo venera, sinó tambien una autoridad á que obedece. Sí; una mujer manda á esta grandeza, ante la cual se humillan todas las criaturas: á esta majestad, ante la cual cede toda otra majestad; á este príncipe, á este rey, á este Dios, en fin; y Jesucristo la obedece. En la dificultad de comprender semejante relacion os admirareis sin duda; pero hé aquí cómo se explica San Bernardo: «En dos razones se funda el milagro, y uno no sabe que admirar más, si el milagro de humildad en el Hijo, ó el milagro de grandeza en la Madre. Que un Dios obedezca á una mujer es una humildad sin ejemplo; pero, que una mujer mande á un Dios es una sublimidad que no reconoce punto de comparacion.» ¡Ah! si es una gloria para las vírgenes seguir en los Cielos al divino Cordero, adonde quiera que vaya, ¡qué gloria no merecerá la Vírgen por excelencia, cuando se la admite al honor, no de seguirle, sinó de preceder delante de Él! ¡Ah! solo Él puede conceder á su Madre un grado de gloria que sea digna de sí; y hé aquí el tercer grado de su dignidad: la de ser, en union con Dios, glorificada por Jesucristo.

Y así es en realidad, hermanos mios. Sabeis que todos los séres criados lo han sido para glorificar á Dios en la excelencia de sus perfecciones; todo sér creado enaltece las perfecciones del Criador en proporcion de las que Él mismo le ha comunicado. Pues bien; si Jesucristo es la obra maestra de Dios, si por sí solo vale más que todos los mundos reales, más que todos los mundos posibles, un latido de su corazon, una palabra suya tiene más poder para glorificar al Criador que el movimiento de todos los mundos y todas las armonías de los Cielos. Semejante glorificacion se debe á Dios, como autor de esa humanidad que glorifica al Criador; esa glorificacion se debe tambien á María, como autora de esa humanidad, por la cual se dirije la gloria á Dios, porque María ha contribuido á constituir en Jesucristo el poder de glorificar á su Padre. En efecto, cuando esta augusta Madre se presenta ante su Hijo, puede decirle sin la menor exageracion: «¡Hijo mio! Tú eres la imágen de la sustancia divina, eres el esplendor del Padre, eres tambien mi gloria, y el esplendor desciende de Tí al rostro de tu Madre.» Hé ahí como la Vírgen es glorificada por Jesucristo. Y no solo esto, sinó que las tres Personas de la Santísima Trinidad hacen reflejar sobre la Vírgen esa gloria que se eleva á Dios, en virtud del gran misterio de la Encarnacion. «Hija mia, la dice el Padre eterno, por tí veo al Verbo arrodillado delante de mí. He visto á mi igual hacerse mi súbdito.—Gloria á vos, Madre mía, le dice el Hijo; Hijo eterno del Padre, todo lo recibo

de Él, nada le doy, nada puedo darle. Por vos le dí una gloria superior á la que le rinden todos los mundos.—Gloria á vos, ¡Esposa mía! le dice el Espíritu Santo, estéril en los arcanos de Dios, porque yo soy el término de la suprema fecundidad divina, por vos y en vos he encontrado la fecundidad que glorifica á Dios.»

De esta suerte, hermanos mios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo inundan á la Vírgen con eternos é invisibles esplendores. Y esta Mujer, adornada, por decirlo así, con estas tres glorias, parece que se oculta en los abismos de lo infinito y desaparece en las profundidades de Dios; porque todo presenta en Ella un carácter divino, ménos lo sustancial de su sér. ¡Sí! María ha recibido, en cierto modo, una dignidad infinita. Y no os admire esta palabra, porque se la aplica el ángel de la escuela, Sto. Tomás de Aquino, cuando dice: «Desde el punto de vista de su grandeza personal la concibo más y más grande; pero desde el punto de vista de su grandeza pública alcanza al límite de lo infinito.»

Ya os he demostrado cuán grande es la dignidad de María: veamos ahora la grandeza de su ministerio. Toda dignidad exige un ministerio correspondiente, porque una dignidad sin ministerio es una dignidad sin objeto. No hay en la creacion sér alguno, por pequeño que sea, al que no se le haya impuesto un ministerio proporcionado á su grandeza: de donde resulta, que siendo María elevada á la más alta dignidad, debía al mismo tiempo constituírsela en el más alto ministerio. Así fué en efecto. Asociada á Dios para la produccion de su obra maestra, Jesucristo, está igualmente asociada á Jesucristo para atender á la salvacion del mundo. De esta suerte tiene un ministerio igual á su dignidad. Con efecto; la profecía, el cumplimiento y la continuacion del gran misterio de la Redencion, nos presentan en todas circunstancias á la Santísima Vírgen asociada á su divino Hijo para la obra de la redencion del mundo. Ya en la primera y más solemne de todas las profecías, en la que pronunció el mismo Dios al principio del mundo ante la abatida humanidad, señalaba en el horizonte del porvenir á la Reparadora y al Reparador. Dios dijo á la serpiente: «Has seducido á la mujer, y serás maldita; entre la mujer y tú, entre su raza y la tuya pondré una implacable enemistad; y un día quebrantará tu cabeza. Todo, empero, lo restablecerán á buen estado otro Adan y otra Eva.» Ya veis, hermanos mios, que la promesa del Reparador y de la Reparadora se conservan juntas á través de los siglos, apoyadas en la misma palabra. Cuatro mil años esperó el mundo á Jesucristo Libertador, cuatro mil años esperó el mundo

á María Libertadora; en donde quiera que había una profecía y una figura del uno, había una figura y una profecía del otro. Asociada constantemente en las promesas y en las profecías del misterio, María lo está tambien por completo á su realizacion; y esta realizacion completa, hermanos mios, es la Encarnacion y Redencion; es el Verbo que toma la humana carne, humillándose hasta este punto; es el Verbo que se sacrifica en la cruz. ¡Pues bien! En estos dos períodos de la realizacion del misterio reparador María está asociada á su divino Hijo: lo está precisamente en el período de la Encarnacion. Dios vá á sorprendernos con otra creacion, y por segunda vez descansará sobre el Verbo: *Omnia per ipsum et in ipso creata sunt.* «Así, dice Pedro de Amiens, ha querido Dios que toda esta grande obra se hiciese por María, con María y en María.» Y á la verdad. Dios vá á crear este mundo nuevo de almas regeneradas por su Hijo; lo apoya sobre su Verbo, y lo apoya tambien sobre María; ved, pues, como este misterio depende tambien de una palabra que ha de pronunciar la Santísima Vírgen. Para esta segunda creacion era necesario pronunciar otro *Fiat*; pues bien, el *Fiat* de esta segunda creacion ¿quién habrá de pronunciarlo? Escuchad, hermanos mios: el arcángel desciende á María y le descubre el gran misterio. «Concebirás y parirás un hijo que se llamará el Hijo del Altísimo: *Filius Altissimi.*» La Vírgen quedó admirada é indecisa por un momento, y con su indecision todo quedó en suspenso: el Cielo espera, espera la tierra, esperan los hombres, espera el arcángel... ¡Dios espera tambien! Por fin, sale de los lábios de la Vírgen la palabra creadora: «*Ecce ancilla Domini*: Hé aquí la sierva del Señor; *Fiat*, hágase en mí tu voluntad.» *¡Fiat!* Y en el mismo instante, con la rapidez de la luz que brilló por el poder del primer *Fiat*, el Verbo descendió y quedó consumada la Encarnacion. *Et Verbum caro factum est.* «De este modo, dice S. Bernardo, la Vírgen María, con su consentimiento, produjo verdaderamente la salvacion del mundo.

Mas ya que está asociada desde el principio, debe estarlo hasta el fin. La carne de Jesucristo que debe salvar al mundo, debe formarla para el sufrimiento; esa carne es necesario que sea ajada, inmolada, ensangrentada, ¡Mirad el Calvario, hermanos mios, ved allí al Salvador! Ha creido necesario este sacrificio para legitimar su nombre. Se ha llamado Salvador, y ha creido necesario hacerse «hombre de dolores.» Ved allí al Padre de las edades futuras; pero la Madre, ¿dónde está? Ved allí al Reparador; pero ¿dónde está la Reparadora? ¡Miradla al pié de la cruz; contemplad á esa Mujer triste, afligida, desolada como

si fuera el ideal del dolor! Ved ahí á la Madre de las edades futuras. Fija la vista en su Hijo, divina personificacion del sufrimiento, y fija en la Madre la mirada del Hijo, en virtud de esta mútua mirada todos los sufrimientos del Hijo pasan al corazon de la Madre: Jesucristo era el hombre de dolores; era necesario que María fuese tambien Madre de dolores: *Stabat mater dolorosa.* Y lo fué, y quedó sumida en un profundo mar de afliccion: la oigo que repite el *Fiat* de la segunda creacion. *¡Fiat!* ¡Ah! ¡Sí, Hijo, mio, hágase así, puesto que para salvar el mundo es necesario absolutamente padecer! hágase así. ¡Ah! tú eres el Padre de los siglos futuros por tus padecimientos, por tu pasion; yo seré su Madre por la compasion! Pero la obra de María como la de Jesucristo, no terminó en el Calvario; esta carne y esta sangre que han rescatado al mundo, deben rescatarlo y regenerarlo constantemente. Pues bien: en todas partes y despues del misterio del Calvario, María está asociada á su divino Hijo. Con efecto, en todas partes la veo: en nuestros sacramentos, en nuestro apostolado y en nuestras fiestas; tres medios de regeneracion perpétua.

María está en nuestros sacramentos. María interviene en nuestro apostolado lo mismo que los apóstoles; María triunfa de las herejías lo mismo que los apóstoles; María confunde el error lo mismo que los apóstoles; María mata el pecado en las almas y salva á los pecadores. Si legiones apostólicas hay adornadas con el nombre de Jesucristo, otras tantas en número son las que llevan el nombre de María. La Iglesia católica está tan convencida de la asociacion de María al misterio de la redencion, como que tambien ella la asocia en todo y por todo á los misterios de su Hijo, le dedica fiestas análogas á las que celebra en honor de su divino Hijo; y así como honramos la divina concepcion de Jesús, honramos la milagrosa concepcion de María; así como el universo católico saluda la natividad del divino Libertador, tambien el universo católico saluda la natividad de la Vírgen Libertadora. Se celebra la presentacion de Jesús y la presentacion de María; la pasion de Jesús y la co-pasion de María; la muerte de Jesús y la muerte de María; la resurreccion de Jesús y la resurreccion de María; y, por último, la Ascension del divino Redentor y la Asuncion gloriosa de María. Cuando el divino Reparador la vió subir á los Cielos, descendió de su trono, y tomándola por la mano, le dijo con visible y conmovedora complacencia: «Vén, madre mía, vén, que vas á ser coronada. Conmigo has padecido, conmigo has sido humillada; vás á tomar posesion de la gloria, vás á tomar

posesion del poder. ¡Sí! desde ahora coloco en tu cabeza la corona de mi reino y pongo en tus manos el cetro de mi omnipotencia.»

Hé aquí ahora la tercera prerogativa de la Santísima Vírgen: el poder. Voy á manifestaros, hermanos mios, en pocas palabras la razon de ese poder, y en qué consiste. ¿Cuál es la razon de ese poder? No será inútil explicarla, puesto que hay quien no la comprende. Lo mismo que á toda dignidad le corresponde un cargo, todo cargo requiere un poder; y así como toda dignidad sin cargo es una dignidad que no tiene objeto, un ministerio sin poder es un ministerio sin eficacia. La Santísima Vírgen, elevada al más alto ministerio y á la más alta dignidad, debía tener un poder igual á su ministerio y á su dignidad. La dignidad de María es la razon decisiva de su poder; y su dignidad, ya he dicho, que consiste en ser Madre de Jesucristo. Por toda la eternidad María dirá á Jesús: «Tú eres mi hijo;» por toda la eternidad Jesús dirá á María: «Tú eres mi Madre.» De esta relacion, que la eternidad no puede destruir, se desprende, que la Santísima Vírgen es poderosa, puesto que tiene el poder de inclinar al Todopoderoso. Mas ¿de qué modo? ¡Ah! por derecho maternal y por el amor maternal. Por estas dos razones profundas enlaza, por decirlo así, el poder de su Hijo en todas partes donde interpone estas dos cosas: su derecho, y su amor de Madre, y hace inclinar su voluntad y el corazon de su Hijo. ¡Entre estas dos voluntades hay una armonía incomparable; entre estos dos corazones hay una profunda simpatía!

La segunda razon del poder es el cargo. Algunos preguntarán ¿cómo se comprende que la Vírgen sea poderosa? Y yo preguntaría: ¿Cómo se concibe que no lo sea? Cuando Dios ha puesto en todas partes el órden y la armonía en la primera creacion, ¿se puede concebir que hiciese una segunda creacion sin órden y sin armonía? El más alto cargo sin el poder sería en la Santísima Vírgen un error y una contradiccion palpable. ¡Cómo! Cuando Dios, al sér el más insignificante, no impone cargo alguno sin otorgarle el poder de cumplirlo, ¿se podrá presumir que Dios concediese á la Santísima Vírgen el más alto ministerio sin darle el correspondiente poder? ¡Cómo! Ha tenido el ministerio de producir en union con Jesucristo la salvacion del mundo, el torrente generador ha pasado por Ella para extenderse por el mundo; y ¿se podría pretender ahora, que el gran río desviase su curso pasando completamente fuera de Ella? No puede ser; no puede ser que la Santísima Vírgen esté en el Cielo gozando de una majestad sin poder y de una dignidad de mera ostentacion.

No ménos fácil me será manifestaros las convincentes pruebas de

ese poder. Escuchad: Dios ha elevado y enaltecido á su Hijo, y le ha dado un nombre sobre todos los nombres, para que al nombre de Jesús todo el mundo doble las rodillas en el Cielo, en la tierra y en el Infierno. Observad la jurisdiccion y el lugar en que se manifiesta el poder de Jesucristo; pues bien, lo mismo debeis entender del poder de María, puesto que su poder es la comunicacion del poder de Jesucristo. Los ángeles, los hombres y los demonios son súbditos suyos. En el Cielo es Reina, y su atributo es la majestad que impera; en la tierra es Madre, y su atributo es la bondad protectora; en el Infierno es la Triunfadora, es decir, la fuerza que triunfa y que destruye á sus enemigos. Los Angeles la miran, los hombres la miran tambien, los demonios la miran igualmente, y todos la glorifican á su modo. Los Angeles dicen: «¡Oh Dios! María es verdaderamente Reina; la reconocemos en su majestad, que nos impone.—¡Oh Dios! dicen los hombres, María es verdaderamente nuestra Madre; la reconocemos en la bondad con que nos proteje.—¡Oh Dios! exclaman los demonios, María es verdaderamente nuestra enemiga, nuestra vencedora; la reconocemos en esa fuerza, en ese poder que nos aniquila.» Y por esto se dice con razon, que, lo propio que al nombre de Jesucristo, al nombre de María todo el mundo dobla las rodillas en el Cielo, en la tierra y en los Infiernos.

He dicho, hermanos mios, que la grandeza de María se reasume en su dignidad, en su ministerio y en su poder; y ahora debo deciros, para concluir, que no he pretendido excitar en vosotros una admiracion estéril. ¡Ah! No olvidemos, hermanos mios, que esas grandezas de nuestra Madre exigen por parte de sus hijos el cumplimiento de los deberes que les competen. María es grande por su dignidad; luego la dignidad exige veneracion, y la veneracion no es sinó el reconocimiento y la confesion voluntaria de la dignidad: ¡venerad, pues, á la Vírgen inmaculada, á la Madre de Dios! Así, cuando pronuncieis esta palabra con que la Iglesia católica perpetúa la angélica salutacion, *Ave, María*, no olvideis que saludais la dignidad más grande que existe despues de la de Dios; y, sobre todo, que el pensamiento no ha de avergonzaros por este acto con que se honra al embajador más grande de los Cielos. María es grande por su ministerio, es decir, por el ministerio de la salvacion. El ministerio de la salvacion, hermanos mios, indica amor; María está asociada á este ministerio de Jesucristo; no os negareis por lo tanto á amar á nuestro divino Salvador. ¡Nó! no lo rehusareis. Pues bien; ¿por qué negarlo á María, su asociada? Y puesto que nos ha salvado, no con palabras, sinó con sacrificios, es necesario que le ofrezcais tambien con vuestros sacrificios y vuestro afecto un sincero testimonio de vuestro amor filial. Por último, María es grande por su poder, y lo que el poder exige, sobre todo, es confianza. Toda confianza supone poder, y es tanto mayor aquélla, cuanto mayor es el poder en que se apoya. Pues bien, hermanos mios; ¿os atrevereis á dudar del poder de María, y, por consiguiente, os atreveríais á desconfiar de él? Nó; tengo una Madre, me digo yo, que está en íntima comunicacion con el Todopoderoso; tengo en el Cielo una poderosa Madre que me protege. Cuando fijo la atencion en este poder de Reina, de Protectora y Vencedora que se ha otorgado á mi Madre, no puedo ménos de exclamar: «¡Dichosa el alma que tiene confianza en mi Madre! Esa alma no perecerá. ¡Dichoso el pecador que se acuerda de Ella! ¡Dichoso el pecador que en la hora de sus mayores abatimientos, de sus debilidades más profundas, sepa apelar con eficacia al poder de invocarla! Ese pecador no perecerá.

Confianza, pues, pecadores, porque sereis salvos quebrantando por medio de María la cabeza de la serpiente; y triunfando de Satanás por la Vírgen María, tendreis un nuevo testimonio de que la Vírgen inmaculada, siendo Madre de Dios, sigue siéndolo siempre de los hombres, y que por su intercesion podemos alcanzar la felicidad eterna, que á todos os deseo.

GRANDEZAS DE MARÍA.

DISCURSO II.

Fecit mihi magna qui potens est.
Ha hecho en mí cosas grandes aquel que es todopoderoso.
(Luc. I, 49.)

Todas las obras del Altísimo llevan el timbre de su poder, determinadas por los impenetrables consejos de su sabiduría. Este poder, al cual ninguna cosa puede resistir, saca las obras del abismo de la nada, y las pone en el órden de su voluntad; efectos siempre admirables de su liberalidad gratuita, indicando todos la misericordia de Aquel que los ha producido.

Ese carácter de poder, que hemos de reconocer en cuanto sale de las manos del Criador, se manifiesta más ó ménos claramente, segun los designios más ó ménos elevados de la divina Providencia; y el destino de la criatura es la medida de las efusiones de su caridad y el fundamento de la grandeza que en ella se admira.

¿Y quién más que María tuvo nunca derecho á proclamar la magnificencia de los dones del Señor y las maravillas de su gracia? Escogida en los eternos decretos para Madre del que había de renovar la haz del universo y salvar á los hombres; destinada á quebrantar la cabeza de la serpiente, que por medio de la seduccion había acarreado la ruina del humano linaje; designada para ejercer el ministerio más glorioso y ocupar el lugar más encumbrado; en una palabra, consagrada á la maternidad divina, ¿podía dejar de conocer la grandeza de su destino, y con la conciencia de esta grandeza, de expresar su agradecimiento al Omnipotente?

Nó, carísimos hermanos: Aquel que es todopoderoso ha hecho en mí cosas grandes, exclama María; y en la noble sencillez de estas expresiones hallo toda la gloria y grandeza de la Madre de Dios. Todas las fiestas instituidas en honra suya dimanan de lo que en Ella

quiso hacer el Todopoderoso: los privilegios de la concepcion de María, la santidad de su nacimiento, la abnegacion de su corazon en el Templo, la perfeccion de su humildad en el momento en que concibió al Verbo, que había de encarnarse para vivir entre nosotros; su solícita caridad con Isabel, su celosa obediencia al precepto de la ley, la intrepidez de su valor á los piés de la cruz, la oscuridad de su vida, las dulzuras de su muerte, la gloria de su Asuncion; el respeto, el amor y la confianza de los fieles, los templos edificados bajo su advocacion; todas estas maravillas se fundan en la grandeza de las gracias que recibió y de las virtudes que practicó. En estos dos puntos hemos de cimentar su alabanza: María, objeto de admiracion por una parte; y por otra, de enseñanza.

En pocas palabras: María, grande por las mercedes de su Dios, y grande por sus propias virtudes: tal es la division de su alabanza y de este discurso.

Lo que hoy nos proponemos, ¡oh Santísima Vírgen! es tu gloria y nuestra enseñanza. Que por tu intercesion penetren en mi corazon las gracias de que fuiste colmada, y se comuniquen á los fieles observantes de tu culto; reconozcan ellos que si Tú recibiste grandes privilegios, supiste merecerlos. A. M.

Si nos halláramos en el caso de adoptar las ideas que el mundo se forma de la grandeza, segun las preocupaciones que las acreditan, ¿qué motivos no encontraríamos en los antepasados de María? Entre sus abuelos encontraríamos patriarcas, reyes, legisladores, héroes, una série no interrumpida de hombres célebres, que harían subir su orígen hasta la sangre de David que circulaba por sus venas, y que, antiguamente, había manifestado en la tribu de Judá el esplendor de su poder y el lustre de su autoridad. Mas no había de recibir su grandeza del poder de los reyes sus progenitores, ni de la santidad de los patriarcas de quienes descendía. Ninguna criatura podía contribuir á la gloria de la Madre del Criador. Esta hija de Abrahán es en sí misma la riqueza de sus padres, el ornamento y la gloria de sus abuelos; solo Dios era capaz de grabar en Ella caractéres que la elevasen sobre las demás criaturas, y diesen á conocer al mundo en qué consiste la verdadera grandeza. Por lo tanto, hermanos mios, la dignidad más augusta, los honores más sublimes que pueden caber á una criatura mortal, tales son los fundamentos de la grandeza de María, y tal es el objeto de nuestra admiracion.

El primer carácter de la grandeza de María es la dignidad más

augusta. La misericordia había, por fin, triunfado de la justicia divina armada contra esclavos rebeldes; el Señor, digámoslo así, abandonó sus derechos de juez y de vengador para prevalerse solo de los de padre; habíase ofrecido la víctima que había de cargar con las iniquidades del mundo, y estaba fijado en los eternos decretos el tiempo en que había de tomar la naturaleza humana; el Verbo consustancial al Padre había de encarnarse y vivir entre nosotros, Dios y hombre juntamente. Los profetas le habían anunciado, diciendo, que nacería de una vírgen; y necesitaba una madre que justificase á los ojos del universo la realidad de su humillacion y la verdad de su nacimiento. ¡Sabiduría humana! á habérsete confiado esa eleccion, ¡qué esperanzas no habrías dado á la sangre de los reyes y príncipes de la tierra! Pero, ¡cuán diferentes son los designios de Dios de los de los hombres! En el nacimiento, en la elevacion y en las riquezas de la tierra ciframos la grandeza, y el Altísimo la saca del seno de la oscuridad y de la indigencia, tomando de una familia pobre é ignorada la criatura á la cual quiere elevar sobre las demás. María obtiene la preferencia, y es elegida para que dé al mundo al que ha de salvarle.

En efecto; ¡qué riquezas en María! ¿A qué eminente dignidad no fué elevada por la augusta cualidad de Madre de Jesús? Superior á los patriarcas que le desearon, á los profetas que le anunciaron, á Juan Bautista que le bautizó, á los apóstoles que fueron los confidentes de los secretos de su corazon, y compartieron con Ella el poder de su Hijo. María, como Madre de Jesús, contrae la union más íntima y gloriosa, no solo con su Hijo, sinó con las tres personas de la adorable Trinidad. El Padre, principio y fuente de la divinidad, la cubre con su sombra, y la comunica la fecundidad divina; quiere que esta esposa vírgen sea madre de aquel cuyo padre es Él eternamente, y que conciba en el tiempo, con la sumision de su espíritu, á quien Él engendra en todos los siglos con el conocimiento de sus perfecciones. Desciende el Espíritu Santo sobre María, no solo derramando dones y virtudes en su alma, no solo descansando sobre Ella como sobre los apóstoles en el Cenáculo, sinó formando del cuerpo de María al que había de cargar con las iniquidades del mundo, y ser la única víctima capaz de aplacar la ira del Altísimo; obra más digna de nuestra gratitud que susceptible de ser apreciada por las luces de nuestro entendimiento. El Hijo, la segunda persona de la Santísima Trinidad; ¿qué admirable union no contrae con María, ó mejor, qué lazos íntimos no forma aquí la union íntima de María y Jesús? De la sangre y sustancia de María está formado el cuerpo del Hijo de Dios, no un cuerpo fantástico y aparente, no un cuerpo bajado del Cielo ó compuesto de una materia celestial, error que el delirio del espíritu humano concibió en otro tiempo, y que la Iglesia anatematizó; sinó un cuerpo que por su formacion, como dice el Apóstol, dá á María el derecho de decir de Jesús lo que Adán dijo de su compañera: Estos son huesos de mis huesos y carne de mi carne. Hijo del hombre, toma de mí, Madre suya, su denominacion; ambos somos de una misma carne; su sangre se ha formado de la mía; y es tan verdaderamente hijo mio por su nacimiento temporal, como lo es esencialmente de su Padre por su eterna generacion: *Ecce nunc os de ossibus meis, et caro de carne mea.* ¡Qué honra, qué gloria para María poder decir esas palabras! ¡Y qué grandeza en la que las dice! grandeza que no solo la asocia al Verbo divino, sinó que la hace partícipe de su mision redentora, y la dá sobre Jesús una autoridad casi natural que Ella comparte con su Dios.

Levantad, cristianos, levantad aquí el espíritu y doblad la admiracion. Sí; María, como Madre de Dios, coopera, en cierto modo, á la redencion del género humano. Verdad es, que no tenemos más que un Redentor; el nombre de Jesús es el único por quien podemos ser salvados, y sin Él esta santa Vírgen habría sido envuelta, como los demás hombres, en la masa de perdicion; pero, sin atentar á esta verdad, debemos considerar á María como á cooperadora de nuestra salvacion. Así pensaban S. Agustin, S. Bernardo y demás padres de la Iglesia. En efecto, ¿no es esta santísima Vírgen la que dió á luz al Salvador del mundo? ¿No corrió por sus venas la sangre de Jesús, ántes de derramarse en el Calvario? ¿No le consagró Ella á Dios para la redencion de los hombres presentándole en el Templo? ¿No le ofreció al pié de la cruz como á víctima expiatoria para todo el género humano? Su resignacion, su firmeza y valor, ¿no fueron en aquellos tristes momentos superiores á su ternura? Aquella espada que, segun la profecía del santo anciano Simeon, debía atravesarla el corazon, ¿no la mató tantas veces como se abrían las llagas de su Hijo? El horror de su suplicio, la ignominia de la cruz y la muerte de Jesucristo, ¿no fueron para María el título generoso de su maternidad? Gloria tanto mayor, carísimos hermanos, cuanto que durante la vida de nuestro Redentor compartió Ella sus humillaciones, sus contratiempos, sus afrentas; y que al llegar á ser Madre suya adquirió una autoridad que, sin amenguar la omnipotencia de su Hijo, la conservaba el derecho de madre y la asociaba á la obra de la Redencion. ¡Cuán grato es recordar aquellas expresiones de su obediencia, que dieron nuevo

ser al Criador de todo lo que respira! Hágase en mí segun tu palabra, responde al arcángel: *Fiat mihi secundum verbum tuum.* ¡Qué fuerza en esas palabras! ¡Qué poder en la que las pronuncia! Parece que de su consentimiento depende la salvacion del mundo, que el Altísimo aguarda su aprobacion para obrar la mayor maravilla, y que los designios de la Sabiduría eterna están como suspensos hasta que esta santísima Vírgen haya dado su sufragio. ¡Poder maravilloso de María! Tú tienes los mismos efectos que los del poder supremo; dices, y son hechas las cosas; quieres, y el autor de la naturaleza se conforma con tus votos; quieres, y tu voluntad determina los designios del Cielo, cambia el órden de la naturaleza, opera en la tierra una nueva creacion, y hace de Tí un nuevo Cielo: *Fiat mihi secundum verbum tuum.* María es, pues, elevada á la dignidad más augusta, y tambien recibe los honores más sublimes: segundo carácter de su grandeza.

Las dignidades á que ascienden los hombres acarrean el respeto á menudo forzoso de los que les son inferiores en fortuna; á lo ménos atraen, prescindiendo de los honores que los deberes y el decoro de la sociedad exigen; la pompa, el fausto y el esplendor que rodean y acompañan á los grandes del mundo, nos deslumbran los sentidos, nos subyugan los ánimos, nos cautivan los corazones; y, con frecuencia, hacen humear á sus piés un incienso que se les prodiga aun más por temor que por amor. Pero, si la virtud no justifica su grandeza, todos los cortesanos los desprecian, á pesar del aparente respeto con que los tratan, avergonzándose interiormente de los elogios que les tributan, puesto que su corazon desaprueba en secreto lo que la boca profiere en público, y para consolarse de la necesidad en que se ven de adularles, no piensan en lo que son, sinó en lo que debieran ser. Tal es el vano aparato de las grandezas humanas. Poco merecidos sus honores, el tiempo borra en breve sus títulos y desvanece su memoria. Los honores de María, vinculados en la augusta cualidad de Madre de Dios, y sostenidos por la virtud más pura, no han experimentado ninguna de las vicisitudes del tiempo, y la revolucion de los siglos no ha hecho más que acrecentar su gloria y justificar su mérito. Verdad es, que la oscuridad de la vida de su Hijo, las adversidades que éste sufrió, el desprecio que se hizo de su doctrina, las persecuciones de sus enemigos, la traicion de sus discípulos, el oprobio de su pasion y la ignominia de su muerte, empañaron, en cierto modo, la gloria de su Madre hasta los tiempos en que, segun los designios de Dios, debía el universo tributarla los

honores á su divina maternidad debidos; llena empero del espíritu del Hombre-Dios, debía María, mediante una vida oscura y desconocida de los hombres, secundar las miras de su Hijo, y aguardar los verdaderos honores de quien, por su eleccion, la había elevado sobre todas las criaturas. No hay duda de que la vida de la Santísima Vírgen estuvo llena de inquietudes, miserias y humillaciones; María hubo de someter su inteligencia ante los misterios cuyos designios encubría una sabiduría oculta. Depositaria de la salvacion del mundo, no bien abrigaba la grata esperanza de la grandeza futura de su Hijo, cuando la ambicion de un príncipe cruel la obligaba á huir para salvar su precioso tesoro; y á las brillantes visiones inspiradas por promesas celestiales, seguíase la amarga idea de los males que amagaban á su Hijo. Y siempre vivió así, ó con el temor de perderle, ó con el dolor de haberle perdido, ó con la impaciencia de reunirse con Él, único objeto de sus más tiernas afecciones. Tales eran las agitaciones de su alma. Pero ¡qué mudanza sobreviene! ¡qué de luces siguen á las tinieblas! ¡qué de dulzuras á las amarguras! ¡qué de honores á las humillaciones! ¡qué de gloria á las contínuas apreturas que había sufrido la vida de esta santísima Madre! El respeto, el amor y la confianza que la manifiesta el mundo cristiano, la indemnizan, por decirlo así, del silencio que guarda la Sagrada Escritura sobre su gloria durante su vida mortal.

¡Qué consuelo, pues, para esta santísima Vírgen, al dejar su terrenal despojo, ver del todo descubiertos los profundos misterios que por tanto tiempo la ocuparon sin satisfacerla, los impenetrables designios de un Dios, que quiso que su Hijo sufriese todas las humillaciones del estado más abyecto para llegar á la cumbre de la gloria más espléndida! ¡Oh! en aquella inefable morada Ella se congratula del sacrificio que hizo de su razon, cuando ve claramente todo lo que su Hijo la dejó ignorar en la tierra; y tiene la satisfaccion pura, los transportes que le ocasionan la presencia del Hijo adorable que la precedió en el Cielo para abrirle el camino, para prepararle la entrada. ¡Qué júbilo para María encontrar al amado Hijo, que fué objeto de su ternura en todos los momentos de su vida, y estar eternamente unida con Aquel cuya separacion la costó tantas lágrimas, suspirando de impaciencia por volver á verle! No, hermanos mios; nuestras expresiones é ideas son muy menguadas para describir aquel exceso de goces sublimes, y trazar la imágen de los honores que realzan su precio. Estos honores, diferidos por las miras de una sabiduría profunda, tienen por medida la magnificencia de un Dios,

y nada los supera, si se exceptúa la misma gloria de la divinidad. Colocada junto al trono de su Hijo, María, dice San Bernardo, comparte su poder en el Cielo como compartió sus padecimientos en la tierra, y los honores que la tributan las potestades celestiales no dejan entre Ella y su Hijo más que la distancia que media de la criatura más santa al autor de toda santidad. No temamos pues, hermanos mios, rebajar la gloria de Jesús ensalzando á su Madre; temamos ántes menoscabar la gloria del Hijo despreciando la de María. Nuestras alabanzas, nuestro respeto, nuestra confianza, nuestras oraciones y nuestro amor á la santísima Virgen son gratos á Dios, porque todas estas honras y homenajes se refieren á las mercedes de que la colmó, á los tesoros de mérito con que la enriqueció, al poder que la comunicó, á la salvacion y la vida que Ella nos dió con Jesús, redentor nuestro. Pero, para que nuestros homenajes sean aún más dignos de Ella, añadamos el ejercicio de las virtudes de que nos dió ejemplo, puesto que si María fué grande por las mercedes de que la colmó el Cielo, no lo fué ménos por las virtudes que practicó, nuevo motivo de su verdadera grandeza.

Cuanto mayor es la grandeza de una persona, tantos más deberes ha de cumplir. Las dignidades más eminentes no son en los designios de Dios sinó compromisos más penosos á los cuales nos sujeta su providencia. Cuando nos eleva, no es para recompensar nuestro mérito, ni para halagar nuestra vanidad, sinó para destinarnos á su voluntad, para hacernos servir al cumplimiento de sus designios; y los títulos más brillantes y distinguidos que nos confiere, no pueden hacernos grandes sinó por el mérito que á ellos nos conduce, y la fidelidad que en ellos nos sostiene. ¡Qué nuevos títulos de grandeza para María en las virtudes que la preparan para la gloria que la está destinada, y en la fidelidad que las corona! y al mismo tiempo, ¡qué enseñanza para nosotros, que ansiamos los honores, los solicitamos y creemos merecerlos! Destinada á ser Madre de Dios, María conoce más y más su insignificancia, su nada; y cuando ya es Madre de Dios, María no considera más que sus deberes.

Así es, que á la dignidad más augusta agrega la humildad más profunda, y al honor más grande corresponde con la fidelidad más constante. Ved ahí, carísimos hermanos, el modelo que Ella nos traza, los ejemplos que nos dá, y el camino que nos abre para llegar á la verdadera grandeza. Profunda humildad de María, acompañada de la dignidad más augusta. Si examino su vida, dice San Ambrosio, es un modelo para todos los estados, condiciones y sexos; en todos sus

actos descubre los sentimientos y acciones de su modestia y humildad. Concebida y nacida en la santidad, colmada de las bendiciones con que el Señor preparaba su tabernáculo, entró por su humildad, sin advertirlo, en todas las vías que habían de conducirla á la dignidad más sublime; sigue paso á paso al Señor, quien la llevaba como de la mano; y su docilidad á las impresiones de la gracia no la dejaba entrever la honra á que la destinaba: humilde de estado, de profesion y eleccion, oculta bajo el sacrificio de su virginidad la gloria de su predileccion. ¡Cómo se manifestó la humildad de María en aquel dichoso día que dió principio á su grandeza y anunció la alta maravilla de la Redencion del género humano! Recordemos el objeto de la mision del arcángel del Altísimo. María es elegida para ser la Madre de su Dios; distinguida de las demás mujeres de su nacion, el Cielo la ha reservado un privilegio, que desde hacía cuatro mil años estaban deseando vivamente todas las hijas de Judá. Su nombre será venerado en todo el universo, todas las naciones la llamarán bienaventurada, y la tributarán homenajes por el Redentor que Ella les dió. Sin embargo, por más lisonjera, por más risueña que sea la perspectiva de la gloria que la espera, la vemos humillarse al oir las promesas del arcángel, preferir el título de sierva del Señor al de Madre suya; en una palabra, no merecer que sea elevada sobre todas las criaturas sinó porque Ella es la más humilde.

Siempre igualmente humilde, María bendice, por una parte, la mano de Dios, que ensalza ó humilla segun los decretos de su justicia ó los designios de su misericordia; y por otra, procura ocultar á los hombres el esplendor de sus augustas prerogativas, al par que el motivo de sus profundas humillaciones. Atenta á no dar al mundo noticia de las maravillas que el Señor quiere obrar en Ella, nada se la escapa, ni una palabra, ni una accion que pueda indicar su gozo ó descubrir su humildad; ora, inspirando sospechas de infiel á un esposo poco enterado del misterio, devora en silencio toda la vergüenza de una sospecha tan humillante, y deja al Altísimo el cuidado de manifestar su inocencia; ora, unida á la suerte de su Hijo, comparte sus adversidades, sus humillaciones y sufrimientos, sin querer participar de la reputacion de su doctrina, de la gloria de sus milagros, de las alabanzas de su sabiduría, ni del triunfo de su resurreccion, que borra todo el oprobio de su muerte. Preséntase detrás de los apóstoles como una simple mujer, sin distincion, sin preeminencia, siempre tan recogida en sus sentimientos de humildad, como elevada por los brillantes títulos de que está investida; y siempre tan poco contristada

por sus desgracias, como ofuscada por los atributos de su gloria. ¡Qué contraste, carísimos hermanos, entre la conducta de esta Reina del Cielo y la de los esclavos del mundo! ¡Cuán propio es para sonrojarnos! La humildad es desconocida de unos, y otros la practican muy mal; las grandezas nos embriagan, las riquezas nos seducen, la estimacion del mundo nos halaga: hasta en el ejercicio de la virtud nos lisonjean las alabanzas; atendemos más á una vana reputacion que al cuidado de agradar á Dios; hacemos actos exteriores de humildad, cuyo mérito se empaña por una aprobacion interior; é incensamos á la Divinidad para llenarnos de olor, ó más bien, solo inmolamos víctimas al amor propio. María, por el contrario, refiere á Dios toda la esplendidez de los honores de que está colmada; más sensible á la gloria del Altísimo que á sus larguezas, publica en alta voz, que solo debe á su bajeza el precioso título de su maternidad divina; que la eleccion que el Señor ha hecho de Ella no tiene otro fundamento que la nada de su sierva: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ;* que si son tan grandes las maravillas que en Ella ha obrado, á su omnipotencia se debe: *Fecit mihi magna qui potens est.* No habla de sus propias ventajas sinó para realzar la gloria de sus dones y el poder de su brazo: *Fecit potentiam in brachio suo*; y responde á tan eminentes prerogativas con la más puntual fidelidad.

Sigamos, hermanos mios, á María en el curso de su vida mortal, é instrúyanos su ejemplo. Veremos que desde la edad más tierna abre su corazon á las santas inspiraciones de la gracia: á la sombra del santuario, en aquella dichosa soledad, el esposo muy amado se complace en comunicar con la esposa querida: allí, toda absorta en Dios, aplicada á meditar su santa ley, solo tiene ojos para contemplar el Cielo, solo corazon para recibir las bendiciones del mismo, solo sentidos para someterlos á su voluntad. Allí, distinguida de todas las criaturas por sus privilegios, distínguese aún más por su fidelidad; allí ofrece á Dios su virginidad, virtud entonces despreciada y desconocida en su nacion; allí la consagra irrevocablemente. Su boca no se abre sinó para entonar cánticos de alabanza y acciones de gracias; sus manos solo se ocupan en adornar el Templo del Señor. Siempre atenta á prevenir con su sencillez é inocencia las nuevas mercedes de que es colmada, la gracia tiene siempre para Ella nuevos atractivos, y Ella tiene siempre para la gracia nuevos fervores; en una palabra, el primer instante de sus privilegios es el de su fidelidad.

¡Qué ejemplo para nosotros, carísimos hermanos, que somos en

verdad, ya en el bautismo, ya en la penitencia, regenerados en Jesucristo y justificados por la gracia, pero por una gracia, que no tiene la estabilidad de la de María, ni su integridad ni su penitencia; por una gracia, que, aunque omnipotente, se halla en un vaso de arcilla; que, aunque santificante, no siendo una gracia de inocencia está expuesta á mil peligros; y que, aunque copiosa, exige precauciones y esfuerzos para conservarla y recoger sus frutos. Sin embargo, á pesar de esa diferencia, ¿qué hacemos por ella? Nuestros primeros años pasan ¡ay! en la disipacion de los placeres ó en una ociosidad criminal; los atractivos del mundo nos cautivan casi en el momento de comenzar á conocerlo: una educacion poco cristiana, nos prepara mil ocasiones de pecado; el enemigo nos tiende lazos, y nosotros mismos buscamos pretestos para caer en ellos. Apénas hemos reconocido el precio de nuestra perdida inocencia, cuando nos quejamos de los menores esfuerzos que hemos de hacer para recuperarla. ¡Ah! hermanos mios, ¡cuán poco conforme se halla nuestra conducta con el ejemplo que María nos dá, con las virtudes cuya imitacion nos propone!

¿Qué mucho, pues, que la Iglesia, admirada del esplendor de tantas virtudes, no halle expresiones bastante enérgicas para celebrarlas? Si eleva á esta Vírgen sobre todas las hijas de Sion; si exalta su santidad sobre la de los mayores patriarcas; ¿qué mucho que todos los padres de la Iglesia reconozcan en Ella una preeminencia de gloria que ni la herejía ha podido negar, que los ángeles adoran en el Cielo, y que es en la tierra el objeto de nuestro culto y veneracion? Continuemos, amados hermanos mios, instruyéndonos y edificándonos. Si con tales privilegios María no se cree segura sinó adelantando siempre en el camino de la perfeccion hasta el dichoso término de su carrera, nosotros, en quienes tanto imperio y tantas ocasiones de triunfo tiene la devocion, en quienes tantos enemigos y escollos tiene la gracia, y en quienes deja ésta tanta languidez y debilidad; nosotros, que con los auxilios más abundantes somos tan pecadores, porque siempre somos hombres; ¿qué hacemos para conservar esa gracia tan preciosa y tan necesaria á nuestra salvacion? ¡Ah! la consideramos como un freno que estorba nuestras inclinaciones, y procuramos sacudirlo como una carga pesada; despiértanse nuestras pasiones, y nada queremos hacer para ahogarlas; todo lo que nos rodea las favorece, y aún buscamos lo que puede excitarlas; corrompidos de orígen, hacemos cuanto está en nuestra mano para serlo más; pecadores ántes de nacer, acrecentamos nuestra corrupcion; hijos de

maldicion por naturaleza, aún lo somos más por voluntad: seguimos el torrente por inclinacion y eleccion, el menor atractivo del pecado nos seduce y la menor dificultad nos desalienta. No, carísimos hermanos, el hombre no conserva la gracia y la justicia cuando se expone voluntariamente á tantas ocasiones de perderla y renunciar á ella. Para conservar la gracia de humildad, sería menester evitar cuidadosamente el orgullo y sus pretensiones, la vanidad y sus caprichos; para conservar la gracia de la pureza sería preciso renunciar á la sensualidad y á sus cebos, al placer y á sus seducciones; para conservar la gracia de la piedad, sería indispensable alejarse de los lugares peligrosos, de las disipaciones mundanas donde tantas veces naufraga la virtud; sería indispensable que el ambicioso sacrificase á su salvacion los intereses de su fortuna, el avaro á la caridad el fruto de sus injusticias, el voluptuoso á la pureza los restos de una vida culpable, el vengativo al Evangelio el orgullo de sus resentimientos; sería indispensable que el hombre sacrificase su razon á la fé, y á la religion sus deseos y gustos; en suma, sería indispensable una correspondencia generosa á la gracia, y en ella una fidelidad constante. Hé ahí nuestra norma, hermanos mios; hé ahí, con ménos peligros y ménos debilidad, el gran modelo que María nos ofrece en todas las acciones de su vida. Ya sé que en el ejemplo que María nos propone tenemos grandes privilegios que echar de ménos; pero si sentimos en nosotros las enojosas reliquias, las humillantes consecuencias del pecado de que esta Santísima Vírgen se vió exenta, ¿cuántos remedios, cuántos recursos no tenemos contra sus funestas impresiones? ¿Las gracias de Jesucristo, toda su sangre, todo El, no basta para suplir la gracia de la primera inocencia? Nosotros no tenemos la justicia original, pero sí la gracia de la cruz, la gracia de la oracion, la gracia de los sacramentos; y si somos débiles, ¿no basta toda la fuerza del Altísimo para sostenernos? ¡Ah! hermanos mios, no hemos de quejarnos de nuestra debilidad, sinó de nuestra indiferencia; no nos faltan auxilios, sinó voluntad; no nos ataca el enemigo con fuerzas superiores, ántes bien despreciamos las invencibles armas que Dios nos pone cada día en las manos.

¡Vírgen Santísima! acabamos de ensalzar tus augustas prerogativas. Así las mercedes de que te colmó el Cielo nos dén á conocer el precio de las que hemos recibido. Nosotros te invocamos como á protectora y modelo nuestro; pero, para seguir la senda que nos has trazado, necesitamos las celestes bendiciones de tu Hijo. Háznozle propicio á nuestros deseos y al culto que se te ofrece especialmente en

este día. No te olvides que somos hijos tuyos; inspíranos el deseo de imitar tus virtudes en este valle de lágrimas, y sostén nuestros esfuerzos, para que un día merezcamos participar de tu gloria y de tu corona en el Cielo. Así sea.

FIN.

LOS

NOVENARIOS

SOBRE LOS

MISTERIOS

DE LA

SANTÍSIMA VÍRGEN,

Y LOS

SEPTENARIOS DE LOS DOLORES,

FORMAN EL TOMO IV DE ESTA COLECCION

DEL

TESORO MARIANO.

ÍNDICE.

PÁG.

PROFECÍAS DE LA BIBLIA RELATIVAS Á MARÍA.
Discurso I. 1
» II. 10
FIGURAS DEL ANTIGUO TESTAMENTO QUE SE REFIEREN Á LA VÍRGEN
Discurso I. 20
» II. 29
PREDESTINACION DE MARÍA.
Discurso I. 39
» II. 49
MISION DE MARÍA.
Discurso I. 58
» II. 70
LA CONCEPCION INMACULADA DE MARÍA.
Discurso I. 80
» II. 90
NATIVIDAD DE MARÍA.
Discurso I. 100
» II. 109
DULCE NOMBRE DE MARÍA.
Discurso I. 117
» II. 126
PRESENTACION DE MARÍA EN EL TEMPLO.
Discurso I. 135
» II. 144
DESPOSORIOS DE LA VÍRGEN.
Discurso I. 153
» II. 161

PÁG.

ANUNCIACION DE MARÍA.
Discurso I. 170
» II. 180
VISITACION DE MARÍA.
Discurso I. 188
» II. 197
EXPECTACION DE LA VÍRGEN MARÍA.
Discurso I. 205
» II. 211
MARÍA EN EL MISTERIO DEL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS.
Discurso I. 216
» II. 224
PURIFICACION DE MARÍA.
Discurso I. 230
» II. 239
DOLORES DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.
Discurso I. 245
» II. 254
DOLORES GLORIOSOS DE MARÍA. 262
TRÁNSITO Ó MUERTE DE MARÍA SANTÍSIMA. 271
ASUNCION DE MARÍA.
Discurso I. 277
» II. 287
CORAZON DE MARÍA.
Discurso I. 295
» II. 305
PATROCINIO DE MARÍA.
Discurso I. 312
» II. 323
GRANDEZAS DE MARÍA.
Discurso I. 330
» II. 340

FIN DEL ÍNDICE.